

LIBRO SEGUNDO

DE LA

CONQUISTA DEL REINO DE NÁPOLES

HECHA POR EL

GRAN CAPITÁN GONZALO FERNÁNDEZ DE AGUILAR Y DE CORDOBA

CAPÍTULO I

De cómo los moros de Granada se levantaron con las Alpujarras y el Gran Capitán los venció y sujetó.

No habían pasado dos años después de la venida del Gran Capitán en España por mandado de su Rey, como está dicho, creyendo ya haber hallado reposo en sus tierras de sus tantos trabajos pasados, la fortuna (la cual le había estado siempre firme y verdadera compañera de la virtud) le presentó á la hora nueva manera de guerra, y fué que los moros del reino de Granada se amotinaron, los cuales no habían querido seguir al Rey Boabdélín, vencido en la batalla, el cual perdido que hubo el reino se partió de España, y ellos habían sido recibidos en fe debajo de ciertos capítulos y condiciones. Metiéronse en armas y dieron señal de una nueva é importantísima guerra; porque no podían sufrir de ser constreñidos á bautizarse, é hicieron fuertes en el Alpujarra á una falda de la montaña en un lugar que se dice Lanjarón y parece que llamaban de la vecina Berbería un mozo de sangre real á la esperanza del reino. El cual favorecido de grandes ayudas de bárbaros parecía que de cada hora se aguardaba en España. El Rey D. Fernando, desvelado con este tumulto, mandó á todos los grandes que por el bien y reputación de España juntasen sus gentes y en breve tiem-

po fueron juntos seis mil hombres de guerra. Y hizo de su ejército Capitán general á Gonzalo Fernández, la cual determinación fué á la verdad con maduro consejo hecha por no dar desabrimiento á los grandes que no querían que ninguno de su orden y potencia les fuese preferido. Y de su voluntad holgaban de seguir á uno que fuese inferior de ellos en señorío, el cual se aventajase en esfuerzo y plática en las cosas de guerra á los otros. Porque aunque Gonzalo Fernández no se pudiese igualar en el estado y patrimonio con los señores de Castilla, porque todo el estado del padre según las leyes de Castilla pertenecía por el mayorazgo á su hermano D. Alonso, él solo por su merecimiento y valor era tenido y se trataba como los más principales. Pues así escogido por Capitán general, como dicho es, y por todos aceptado la elección, con grande diligencia hizo reseña y mandó á su hermano D. Alonso de Aguilar, que era capitán de una banda de caballos, que cerrase la orden y marchase para sus enemigos. Y como llegaron cerca de Lanjarón el Gran Capitán mandó que la gente de caballo por la falda de la montaña, que es hacia lo llano, diesen una vista haciendo demostración de querer combatir el fuerte de los enemigos. Y en tanto que el enemigo estaba atento mirando la gente de caballo y empezando algunas escaramuzas ligeras entre ellos, el Gran Capitán con la infantería muy secretamente subió á lo alto de la mon-

taña, y al tiempo que la gente de á caballo andaban envueltos con los moros, que bien descuidados estaban de la sobrevenida de los infantes, llegó Gonzalo Fernández con su gente y dió en ellos de tal manera que si llegara al cabo de su designo no quedara moro de ellos á vida, aunque peleaban como hombres desesperados y con intención de morir antes que rendirse. Mas Gonzalo Fernández, como aquel que era más inclinado á piedad y mansedumbre que no á crueldad y rigor, y como era conocido de los moros por tantos razonamientos que con sus Reyes había tenido y siempre había sido entre ellos y su Rey benigno árbitro de paz ofreciéndoles honestísimas condiciones, teniendo por ayudador á D. Iñigo de Mendoza, Conde de Tendilla, Alcaide de Alhambra, fueron del Rey perdonados todos sus errores y rebelión y todo el reino de Granada fué pacífico. Ganó en esto Gonzalo Fernández grande loor de humanidad é industria igual á la gloria de la guerra pasada, pues con haberse fundado en la elocuencia juntamente con el ejercicio militar, había traído á una tan buena y breve conclusión un negocio tan importante y calificado, tan provechoso á la Corona real y casi sin derramamiento de sangre. Y esto causó la reputación en que los moros al Gran Capitán tenían, al cual tenían más temor que á todos los otros capitanes. Y así la principal causa por que tan presto y tan voluntariamente se dieron á partido fué ésta.

CAPÍTULO II

Del aparejo que el Rey Luis de Francia hizo para venir sobre el ducado de Milán y el turco para venir sobre los venecianos.

Dos estados en Italia han sido siempre de los Reyes de Francia muy deseados y aun procurados con todas sus fuerzas y mañas. El uno el reino de Nápoles, de cuya conquista se ha tratado y tratará, y el otro el ducado de Milán, por los derechos que pretenden á ellos tener aunque falsa y fingidamente. Y así como esta opinión después que el Gran Capitán pasó en España, como en el primero libro se recita, que fué en el año del Señor de mil y cuatrocientos y noventa y siete, el estado del reino de Nápoles estuvo en mucho sosiego y paz por algunos años, hasta que el

Rey Luis de Francia, oncenno de aquel nombre, sucesor del Rey Carlo octavo, pasó segunda vez en Nápoles, que fué en el año de mil y cuatrocientos y noventa y nueve, según que adelante se dirá. Entre el cual y el Papa Alejandro con venecianos y florentines habían hecho una liga muy dañosa á Italia contra Ludovico Esforcia, Duque de Milán y contra el Rey Federico de Nápoles. Con estas condiciones: que al Rey Luis de Francia se adjudicase Milán, á venecianos Cremona, á César Borja, hijo del Papa Alejandro (el cual habiendo, como en el primero libro se cuenta, muerto cruelmente á su hermano el Duque de Gandía, había desechado el capelo de Cardenal y había en Francia tomado por mujer á Carlota de Labrit, parienta del Rey de Navarra) se le diese favor y ayuda con la cual aniquilase y desterrase toda la casta y linaje de los antiguos Príncipes y se hiciese señor de la Romanía y de la Marca de Ancona y de la Umbría, y el Rey Luis de Francia se tomaría para sí el reino de Nápoles. Fué con tanta astucia tenida en secreto esta liga, que jamás llegó á noticia del Rey Federico de Nápoles, el cual en cualquier temor y peligro, de ninguno esperaba mayor ni más cierto socorro que del Rey D. Fernando de Aragón, su pariente y viejo defensor. Ludovico Esforcia, Duque de Milán, viéndose rodeado de aquella cruel conjuración de Príncipes y aguardando en vano el socorro del Emperador Maximiliano, el cual estaba necesitado de dineros y entonces le hacían guerra los suizos y grisonos, envió embajadores á Bayaceto, Emperador de los turcos, dándole á entender que aquella conjuración se hacía con mal fin y con designo que después que estos Príncipes pusiesen fin á la guerra de Italia, conforme á sus pensamientos, se ajuntarían en uno y pasando en Grecia le harían á él la guerra en Constantinopla y en otras partes muy cruda, así por la mar como por la tierra. La orden que en la liga se tuvo, según algunos escritores de aquel tiempo, fué de esta manera: que como el Rey Luis de Francia hubiese, según dicho es, sucedido en el reino por muerte de Carlo octavo de aquel nombre y le trajesen á la memoria el derecho que los Reyes de Francia sus antecesores tenían al ducado de Milán y reino de Nápoles, aunque debajo de disimulado título fingían ser legítimo y verdadero y así lo pretendían, fué

inclinado á conquistar aquellas señorías. Y como fué por algunos entendida su voluntad, que era recuperar para sí y su corona como cosa propia aquellos señoríos, viéndole hacer alguna diligencia para ello juntando ejército y aparejando otras cosas y municiones á semejante empresa necesarias y convenientes, algunos príncipes y señores de Italia, como más por necesidad que por voluntad habían en el tiempo que allí estuvo el Gran Capitán dejado al francés, como no hallaban quien les amparase y se les habían rendido, compelidos agora teniendo aliento y respiradero por la nueva que se divulgaba, dejaron la amistad que de necesidad habían tomado y allegáronse á la vieja del francés, y tan del todo se mudaron que en una tan temida venida como la del Rey Luis de Francia, rompiendo la liga que entre ellos había, quisieron ser unos á otros contrarios, como lo fueron los venecianos con el Duque de Milán. Y esto fué por una diferencia que entre sí tenían sobre la señoría de Pisa, que fué causa que los venecianos, por ocasión de la enemistad que con el Duque de Milán tenían, determinaron hacer nueva liga como amigos de novedades, no según á sus antiguos, sino según sus cosas y obras modernas. Y así enviaron sus embajadores al Rey Luis de Francia, entendiendo que juntándose con el que pretendía el ducado de Milán, se vengarían de su enemigo el Duque, lo que por sí solos no se atrevían ni sentían suficientes y poderosos, dando al Rey de Francia á entender lo mucho que se habían holgado por la nueva elección suya en el reino de Francia y ofreciéndose de favorecerle y ayudarle para que pudiese tomar el estado de Milán, conociendo que de derecho los Reyes de Francia tenían justo título de ser señores dél. Y los que lo poseían era tirana é injustamente desde la muerte de Filipo María, tercero Duque de Milán hasta agora. Y esta embajada no tanto la hicieron los venecianos por hacer bien ni servicio al Rey Luis de Francia, cuanto por la enemistad que como dicho es tenían al Duque de Milán, considerando que quitaban delante de sí un grande empacho á su desordenada codicia quitado de cabe sí al Duque de Milán, el cual á cualquier cosa que injusta emprendiesen les podría poner obstáculo é impedimento, y también porque tenían una secreta codicia y deseo de extender su estado y seño-

ría, y esto era con fin que como su Senado, á su opinión, lo tuviesen por perpetuo y los Reyes fuesen mortales y no duraderos, á lo menos tanto como los Senados, de esta suerte siendo amigos del Rey de Francia y sus confederados compañeros y aliados, el estado de Milán por discurso de tiempo podría venir debajo de su imperio y señorío, y sus límites y confines se extenderían mucho más y serían y valdrían mucho más de lo que antiguamente en el tiempo de sus predecesores había valido. Otrosí los venecianos enviaron sus embajadores al Papa Alejandro sexto, sin la ayuda del cual tenían por cierto que su pensamiento no vendría en el efecto que deseaban. Al cuallos embajadores, entre otras cosas que le dijeron, le trajeron á la memoria cómo la dignidad pontifical era transitoria y que por esta razón y otras muchas que el embajador le dijo, debía en tanto que Dios le daba vida procurar de haber algún buen estado para César Valentino, su hijo, el cual si Su Santidad era servido podía en breve adquirir y aquistar las señorías de Imola, Forli, Pésaro y Faenza juntándose con el Rey de Francia y otros sus aliados contra el Duque de Milán Francisco Esforza, contra el cual el Rey de Francia sin duda ninguna pasaba su grueso ejército en Italia, y que esto debían hacer ajuntándose todos y haciendo una masa y hermanándose debajo de capítulos y conciertos útiles y provechosos para todos y á su parte y contra el Duque de Milán su enemigo y hombre solo, sin adjuditorio ni defensión de nadie. Tanto hicieron y supieron decir los venecianos, y por tales términos, que convencieron al Pontífice, que fué por su industria persuadido á favorecer al Rey de Francia contra el Duque de Milán. Concertado que fué esto, luego del Papa Alejandro fué avisado el Rey de Francia, enviándole á decir por sus embajadores la voluntad y amor que tenía á sus cosas y al acrecentamiento de su señorío y reino. Y que sabiendo cómo quería enviar gente contra el ducado de Milán, movido por el derecho que á los Reyes de Francia en aquel ducado competía y presupuesto que era así verdad como así se publicaba, él se ofrecía de le ayudar con todo su poder juntamente con los venecianos, que no menor deseo demostraban á su servicio que sus propios vasallos y súbditos. El Rey de Francia fué de esto muy ale-

gre, y no poniendo de ahí adelante duda en ganar el ducado de Milán, se dispuso más libremente á su empresa como cosa hecha. Y así luego respondió con sus cartas y mensajeros así al Pontífice como á los venecianos y otros aliados de quien había en este caso recibido embajadas, agradeciéndoles el amor y voluntad que le mostraban. Y también envió sus embajadores para que con aquellos Príncipes asentasen sus condiciones y capitulaciones de amistad y confederación, los cuales ajuntándose fué entre ellos el concierto en esta manera: Primeramente, que el Rey de Francia después de haber ganado el ducado de Milán fuese obligado á favorecer con su gente al Papa Alejandro para conquistar el estado de Imola, Forli, Pésaro y Faenza para César Valentino su hijo. Item, que después de haber ganado estos estados fuese obligado el Papa á ayudar al Rey de Francia para conquistar el reino de Nápoles juntamente con los venecianos. Item, que por el trabajo y gastos que los venecianos habían en aquella liga y socorro, el Rey de Francia fuese obligado á dar á los venecianos la ciudad de Cremona con todo el Cremonés y Gerada hasta el río á cuarenta brazas. Estos, pues, fueron los capítulos y condiciones entre el Papa Alejandro y el Rey Luis de Francia y los venecianos, los cuales asentados y jurados por las partes, fueron luego pregonados; lo cual fué á veinticinco días del mes de Marzo del año de nuestra salvación de mil y cuatrocientos y noventa y nueve. Y luego entendieron cada uno de ellos en gritar y sueldo recoger gentes, municiones y pertrechos para entender primero en ir sobre Milán.

CAPÍTULO III

Del grande ejército que el Rey de Francia envió sobre Milán, y de cómo el Duque de Milán se fué á Alemania por gente de socorro.

Cuanto sean los negocios de mayor calidad tanto más deben ser pensados y medidos con el nivel del buen juicio por los discretos, porque no trayan las inadvertencias desusados inopinados fines. Y así por esta razón el Rey de Francia, como hombre sagaz y de buen entendimiento y consejo, considerando los in-

convenientes que de esta empresa se le podían seguir, sabiendo cuán obligado fuese el Emperador Maximiliano á favorecer al Duque de Milán por razón que le era feudatario, parecióle que sería bien concertarse con los suizos del Buey y del Grifo, dándoles una grande suma de dinero por que le ayudasen y no le fuesen contrarios, y aun inquietasen y molestasen al Emperador Maximiliano de tal manera que él no pudiese bajar á dar socorro al Duque de Milán, como ya tenemos dicho que lo hacían (y la causa era ésta). Asimismo se confederó con el Rey D. Fernando de España, haciéndose su amigo, lo cual hizo con color que como nuevo Rey de Francia quería confederarse y aliarse con todos los Príncipes cristianos y hacer una grande armada para ir contra el turco. El Rey D. Fernando creyendo su embajada y no creyendo ser su ánimo tan doblado é inicuo prometióle amistad. Allende de esto se concertó y entendió con los señores del estado de Borgoña, haciendo con ellos la misma amistad que con los otros. Después de hecho esto, recelando que con la dilación del tiempo alguno de sus aliados podría mudarse de su opinión y ponerle algún impedimento á su propósito, con una increíble presteza envió su ejército contra el ducado de Milán, con el cual envió por Capitán general á monsiur de la Tramulla. Este capitán francés vino, como dicho es, sobre el ducado de Milán con voluntad y propósito de hacer en aquel negocio tales cosas que sirviendo á su Rey quedase de él entera memoria. Allegado, pues, que fué monsiur de la Tramulla capitán en el Piamonte, con toda su gente junto á la ciudad de Aste, que fué en el mismo año de mil y cuatrocientos y noventa y nueve, toda la gente de aquella región se comenzó de alborotar y poner en armas, señaladamente los milaneses, por la venida suya, mayormente viniendo con tan superbo ejército; pero el Duque de Milán que temía la venida de los franceses sobre él, por razón que cuando fué alzado por Rey de Francia el Rey Luis escribió cartas á todos los Príncipes de Italia de mucha amistad para congratularse con ellos y á él no le había escrito, y en todas sus cartas se intitulaba Rey de Francia y Duque de Milán, y así el Duque siempre había recelado que el Rey de Francia tenía voluntad de quererle quitar el ducado de Milán. Y así con este presupuesto consideró lo que debía hacer en aquel caso, y halló

que pensar defenderse á mano armada contra un tan poderoso enemigo era imposible, y que se ponía él con su gente y estado en grande riesgo. Señaladamente que llegaba ya á su noticia que los venecianos le favorecían y habían enviado su gente con el Conde Pitiliano, y lo mismo había hecho el Pontífice, que le había enviado su ejército con el Duque Valentino, su hijo, de cuya causa él no se podía sustentar. Por lo cual, echados muchos juicios, á la fin se resolvió en procurar algún concierto con el francés, pensando que de aquella manera apartaría las guerras de su señorío, y con este acuerdo envió á decir al Rey de Francia que si era su voluntad él se concertaría con él de esta manera: que le dejase en paz en el ducado de Milán durante sus días, y después de él sus hijos lo poseyesen por tiempo de dos años, después de los cuales el ducado de Milán viniese á la corona de Francia, habiendo hijos legítimos, y que por el mismo caso fuese obligado el Duque de Milán de dar al Rey de Francia luego de presente doscientos mil ducados. En este partido y concierto viniera el Rey de Francia si el Emperador Maximiliano, entendiendo lo que entre el Rey y el Duque pasaba, con sus letras no lo estorbara, enviando á decir al Duque de Milán no apuntase ninguna cosa con el Rey de Francia, porque él le favorecería de manera que se pudiese defender en su estado. Y á esta causa, con la esperanza del Emperador, el Duque retirado de su propósito se puso en armas y entendió en defenderse. Verdad es que no dejó de tener temor viendo el crecido ejército del Rey de Francia y tan allegado á él, y así no se atrevió de aguardalle en campaña, sino por las mejores maneras que pudiese entretenelle á veces con tratos y á veces con escaramuzas, en tanto que le venía el socorro del Emperador, y cuando aquel le faltase tenía entendido que no podía dejar de venir á poder del Rey de Francia con algún partido. Y así se detuvo algunos días, en los cuales como viese la tardanza del socorro del Emperador, determinó de ir él en persona por gente á Alemania dándoles buenos partidos. Y para esto dejando el castillo de Milán muy bien proveído de gente, provisiones y municiones y otros pertrechos á la defensa de aquél necesarias, y asimismo otras fuerzas del estado, y dejando por castellano del castillo de Milán á un camarero suyo de quien él mucho se fiaba, llama-

mado Bernardino Cortés, natural de Pavia, él se fué á Alemania, encargándole primero mirase cómo el crédito y fidelidad que de él tenía entendidos y conocidos le habían movido antes á él que á otro dejar tan grande cargo como era la guarda de aquel castillo de Milán, el cual era la llave de todo el ducado, y que si aquel se perdía era perdido todo aquel estado, por lo cual le encargó mucho mirase que usase bien del cargo que le cometa, que él le prometía dentro de tres meses de lo socorrer y darle en su señorío tierras con que viviese mucho á su honra. Bernardino Cortés viendo el buen concepto que el Duque su señor tenía de su fe, le respondió con mucha gratitud prometiéndole de tener el castillo, no sólo tres meses, pero tres años si necesidad hubiese aunque no fuese socorrido, pues tenía bastimento y gente y municiones bien bastantes. A lo cual le obligaba no solo ser su criado, pero el crédito y confianza que de él más que de otro ninguno mostraba tener dejándole un tan fuerte é importante castillo en guarda. Con esto el Duque de Milán se partió la vía de Alemania, en donde estuvo muchos más días de los que pensaba haciendo gente la más que podía y le era menester para defensión de su estado.

CAPÍTULO IIII

De cómo Bernardino Cortés, castellano del castillo de Milán, vendió el castillo á los franceses.

Partido, pues, que fué el Duque de Milán, Francisco Esforcia, la vía de Alemania, los franceses desvelados con el deseo de ensanchar su señoría, se empezaron á meter por las tierras del ducado de tal manera, que las unas por fuerza y las otras de grado en breve tiempo se sometieron á su imperio. El castellano Bernardino Cortés, á quien, según dicho es, había dejado el cargo de castellano, no mirando los beneficios del Duque recibidos ni su prometida fe, así como fementido, estimando más el dinero que el francés le prometía que la fama y honra suya y de sus descendientes, y el título tan honrado que de ser castellano fiel de un tan honrado castillo podía alcanzar, posponiendo la honra por la utilidad, dentro de diez días después de la partida del Duque vendió el castillo á los franceses, de lo cual redundó grandísimo daño en el

ducado, porque las tierras y castillos que no se habían querido dar á los franceses, viendo el castillo y principal cabeza de aquella señoría en poder de los enemigos, no supieron cómo detenerse ni ampararse, por lo cual todos, aunque contra su voluntad, se dieron á los franceses. En este tiempo los milaneses que tenían la voluntad del Duque, con mucha diligencia le hicieron saber el estado de Milán y en qué términos estaba y lo que después de su partida había sucedido, y cómo el castellano Bernardino Cortés había usado de su oficio con tanto alevé, y que aquello había sido la principal parte de la perdición de todo su estado, el cual casi todo estaba ya en poder de franceses, y así le suplicaban que lo más presto que pudiese volviese á Milán con la más gente que haber pudiese, que ellos estaban prestos de le recibir como á su señor natural y servirle como á tal con sus personas y haciendas. El Duque de Milán siendo avisado como está dicho, y viendo la ruína y perdición suya y de su estado por la traición y alevosía de su criado, á quien él había prometido hacer mercedes por el amparo y guarda del castillo de Milán, y hallando tan firmes las voluntades de los milaneses á su servicio y tan constantes á lo que le cumpliese, teniendo ya una buena banda de suizos y otra de alemanes y borgoñones á caballo, se metió en camino para su ducado de Milán, aunque ya poseído del enemigo. Pues llegado al término y raya de la señoría de Milán, luego lo hizo saber á los suyos, los cuales entendido que vieron su venida todos se levantaron contra los franceses, aunque una de las ciudades que más guardó la fe á su señor fué Alejandría de la Palla, la cual recibió con muy grande acatamiento al Duque, y él se fué muy alegre á meter en ella con toda su gente. El capitán monsiur de la Tramulla sabiendo la venida del Duque, hizo retraer su ejército á una villa llamada Montara, adonde se rehizo llamando los que andaban por aquella señoría derramados, y tomando á sueldo copia de suizos y otras naciones hizo un grueso ejército, y deseando en breve expelir al Duque de Milán perpetuamente de aquel señorío, usó de una cautela como los franceses acostumbra cuando ven al enemigo tan poderoso y bastante como ellos, y fué que por sus secretos modos trató con los soldados suizos que el Duque de Milán había traído que él les daría una buena

suma de moneda y luego pagada, y más de allí adelante en cada un año treinta mil ducados si le pusiesen al Duque en su poder. Los suizos, como más amigos de dineros que de honra y de paz, aunque deshonrada, que de guerra peligrosa invita, prometieron de hacer lo que él les pedía, para seguridad de lo cual monsiur de la Tramulla, Capitán general, les prometió de dar una buena villa del estado de Milán, llamada Bellizona, y para efectuar su mal trato y prender al triste Duque, que de todo esto estaba ignorante, ordenaron que monsiur de la Tramulla allegaría su gente para dar batalla al Duque, y que saliendo el Duque de la ciudad para lo mismo, que los suizos del Duque se juntasen con los suizos del capitán francés y entre todos lo prendiesen. Este partido aceptaron y juraron los suizos que habían venido con el Duque por medio de los que esto trataban. Esto hecho, los franceses muy contentos se determinaron dar la batalla, y así alzado su campo fueron derecha vía para Alejandría. El Duque como fuese avisado de la venida de los franceses, poniendo su gente en orden salió bien á punto para afrontarse con ellos, y estando bien cerca los unos de los otros, los suizos que tenía el Duque, por razón del concierto que con los franceses habían hecho, dejaron el camino derecho que los otros soldados llevaban y tomaron otro hacia la parte de la montaña, enderezando hacia los otros soldados suizos que el francés traía con fin de juntarse con ellos. En esto el Duque mandó á su gente que caminase para afrontarse con el enemigo, que se había detenido en unos recuestos, los cuales como se aderezasen para la batalla, los soldados suizos del Duque comenzaron á tañer los atambores para llegarse á consejo, el cual fué menester que el Duque esperase, bien ajeno de la traición que le tenían armada, y acabado su consejo enviaron á decir al Duque que ellos no querían pelear contra soldados de su nación, por razón que entre ellos estaba tal costumbre. El Duque de Milán viéndose así burlado de la gente en quien él tenía toda su esperanza, con mucha presteza mandó retirar su campo la vía de Alejandría por donde habían venido. Los franceses viendo retirar el campo del Duque lo siguieron hasta encerrarlo dentro de la ciudad, sobre la cual los franceses asentaron su real, donde estuvieron muchos días te-

niendo cercada la ciudad, esperando tomarla junto con la persona del Duque.

CAPÍTULO V

De cómo los franceses por la gran traición de los suizos prendieron al Duque de Milán y después fué preso su hermano el Cardenal Ascanio Esforcia y los enviaron presos á Francia.

Siendo el Duque de Milán retraído con la gente á la ciudad de Alejandría y viendo cuán al revés le había sucedido su pensamiento por la gran traición de los suizos que él había traído de Alemaña, no sabía qué hacer de sí en tanta calamidad y trabajo como á la sazón estaba, y el mejor remedio que le pareció que para su fatiga podría ser era, posponiendo las armas y guerra, procurar algún concierto de paz, y así empezó á tratar con el capitán francés, diciendo que él se haría feudatario del Rey de Francia si le dejase pacíficamente en la posesión de su estado, con seguro que en su persona ni casa no sería hecho daño ni perjuicio alguno. En este concierto disimuladamente vino monsiur de la Tramulla, pensando que debajo de aquel concierto podría prender al Duque de Milán sin pérdida de su gente, y así le respondió que él sería de aquel trato muy contento y que lo haría, pero que era necesario que se viesen los dos con seguridad de ambas partes, y para esto que saliese el Duque á cierta parte fuera de la ciudad, debajo de su fe y seguro, adonde estaba aguardándole, y allí darían orden en todas las cosas hacederas. El Duque de Milán, confiado de la palabra de monsiur de la Tramulla y no creyendo que en él hubiese engaño, salió de fuera de la ciudad para verse con él y hacer su capitulación y concierto y llegó al lugar asignado. Los franceses, que sobre aviso estaban, porque su capitán se lo había advertido, luego que vieron asegurada la gente del Duque, dieron sobre ellos con muy grande ímpetu, y matando y hiriendo muchos de ellos los desbarataron, yéndose los unos por una parte y los otros por otra. Los alemanes que estaban con el Duque, en quien hubo más fe y constancia, como vieron la traición de los suizos, hechos todos un escuadrón se retiraron y salvaron de aquel peligro, tomando el camino de la montaña, y algunos que desmandados toma-

ron la parte del llano fueron de los franceses muertos, sin quedar ninguno de ellos vivo. Los suizos, por encubrir su maldad, disimuladamente, haciendo muestra de querer salvar al Duque, lo hicieron apearse del caballo, y vistiéndole de su mismo hábito, como suizo, porque no fuese conocido de los franceses, le dieron una pica, el cual metido entre ellos en su escuadrón fué de los franceses conocido ó más verdaderamente fueron los franceses avisados y fué de ellos preso. Y así es de creer que fué por industria de los suizos, pues cumplieron con el francés lo que le habían prometido. Finalmente, viendo los franceses al Duque en su poder y cuán prósperamente les había sucedido, lo cual pudiera ser que no se hubiera así acabado si no fuera por la acometida traición de los suizos. Pues preso el Duque y entendiendo los franceses que no le tenían seguro en Italia, según los continuos movimientos de los Príncipes y señores de aquella región, determinaron de enviarlo al Rey de Francia, porque se holgaría mucho y habría mucho placer de la prisión; así lo hicieron que á muy buen recaudo lo enviaron. Después de esto pasado, la ciudad de Milán, que estaba sin amparo ni esperanza de socorro, se dió luego á los franceses. El Cardenal Ascanio Esforcia, hermano del Duque de Milán, viendo la prisión de su hermano y la caída que por esta causa el estado de Milán tendría, se determinó de salir de Milán, adonde á la sazón estaba, y con mucha compañía de amigos que seguirle quisieron, yéndose por el Placentino, más en modo de paz que de guerra y aun con fin de excusarla cuanto pudiese, fué su dicha caer en las manos de los venecianos, con los cuales venían Carolo Ursino y Sosino Bezón, capitanes de aquella gente, y dando sobre ellos muchos de los del Cardenal fueron presos y muchos muertos y los demás escaparon huyendo. El Cardenal Ascanio Esforcia, viéndose en tanta necesidad, procuró escaparse, huyendo con solos tres caballeros que lo siguieron, y fuese á una villa que dicen Ribalte, pensando allí guarecer; pero el capitán Bezón con algunos caballos lo siguió hasta tanto que lo prendió en aquella villa, y de allí lo llevó á Venecia, en donde fué guardado y puesto á mucho recaudo. El Sumo Pontífice Alejandro, sabida la prisión del Cardenal Ascanio Esforcia, envió sus embajadores al Senado veneciano, rogándoles tuviesen por bien

de entregarle la persona del Cardenal, como su súbdito, para administrar la justicia que era á él debida, y que él les prometía que no estarían quejosos de lo que á él tocaba hacer. Los venecianos, agora fuesen contentos de obedecer al Pontífice, agora congratularse con el francés, como quiera que fuese, aunque hay diversas opiniones como esto pasó, basta que enviaron al Cardenal Ascanio Esforcia á los franceses, que también se lo habían demandado para llevar al Rey de Francia con su hermano el Duque de Milán. Así que de todo esto se infiere que él fué preso y llevado á Francia con su hermano preso y entregados los dos al Rey Luis.

CAPÍTULO VI

De cómo la armada del Gran Turco vino sobre la ciudad de Lepanto y lo que los venecianos hicieron en su defensa.

Ya que hubo entendido el bárbaro Bayaceto la ocasión y importancia del peligro que en la confederación del Papa Alejandro y el Rey Luis de Francia y venecianos se hacía y lo que de aquello le podría resultar, como dicho es en el capítulo segundo de este segundo libro, y siendo avisado por el Duque de Milán, mandó presto hinchir el arcipiélago de galeras y dió orden á Scander bajasán Iaco de la Esclavonia, que con mucha caballería arruinase y saquease las tierras de venecianos hasta las lagunas y llegase á ver las torres de Venecia. Con este mandamiento partido Scander, Bajá de Constantinopla, llevando la vía de Peloponeso, que hoy se llama la Morea, adonde llegado mandó aderezar su armada contra una ciudad que se dice Lepanto, tierra de venecianos. Antes de este movimiento del turco todos los Príncipes cristianos estaban muy sobre el aviso apercebidos para defenderse de aquel peligro, mayormente el Maestre de Rodas, que más cercano estaba, el cual con toda diligencia se había proveído para esperarlo si contra él tentase de venir. Pero como fué su viaje diverso y contra la común opinión, los venecianos no estaban tan ápercibidos como convenía, por lo cual la armada del turco comenzó por mar y por tierra á hacer en aquella ciudad de Lepanto todo el mal y daño que le era posible, y así fué que en breve, antes que pudiese ser socorrida, como la ciudad estuviese desapercibida fué de los turcos toma-

da, usando en ella de todo género de crueldad y que aquellos crueles carniceros mostraban hacer en gente ya rendida, metiéndola á fuego y sangre con muy terrible crueldad. Los venecianos, que ya de la venida de los turcos sobre su ciudad habían sabido, á muy gran priesa hicieron una buena armada de cuarenta velas ó más, y enviáronla contra el armada del turco, el cual habiendo pasado los hondos ríos que le estaban en medio, que son la Livenza, el Lisonzo, el Tallamento y la Piave, habiendo hecho muy grandes daños á la gente de venecianos y llegado al condado de Trivigo, siendo capitán de la gente y flota veneciana el Grimano, juntando con ellos la armada francesa, porque habían enviado á suplicar al Rey de Francia les proveyese con alguna gente en aquella necesidad, no tanto por la obligación de la amistad y confederación que tenían, cuanto por la justa guerra que contra infieles tenían, y así el Rey de Francia, con buen celo de favorecer á los venecianos y socorrer la cristiandad, envió con toda presteza cuatro mil hombres de socorro en siete naos y una carraca. Los cuales partiendo del puerto de Marsella y hechos á la vela, en breve llegaron á la isla de Corfú, adonde hallaron la armada de los venecianos que los aguardaba, y de allí, hecho su recibimiento y habiendo consultado lo que debían hacer, la armada veneciana y francesa partieron de aquel puerto de Corfú y con buen tiempo llegaron á vista de la ciudad de Lepanto, la cual reconocieron estar en poder del turco y que se habían tardado mucho en el socorro. Pero Scander Bajá, alegre de la victoria que había habido de la ciudad, como vió venir la armada de los venecianos, entendió en salir á recibirlos, y saliendo del puerto púsose en el piélago de la mar, y como se juntaron y el armada veneciana no fuese tan poderosa como la de los turcos, en breve fué desbaratada y metida en rota. El armada francesa por la otra parte hacía todo su poder y deber contra el turco, y en la carraca veneciana estaba un capitán veneciano, llamado Oredano, varón de mucha virtud, el cual en aquel acometimiento bien demostró su virtud y valor. La otra parte de la armada, que según dicho es había vuelto las espaldas, desamparando la compañía, fué á parar á una isla llamada el Zante, y estando allí reparando las galeras del daño que de los turcos habían recibido, un capitán

de aquellos, llamado Melchior de Treviso, oprimido de una muy grave y peligrosa enfermedad, falleció en aquel lugar, de que mucho pesó á toda la gente de la armada, porque era un hombre muy sabio y de mucho ánimo y esfuerzo en las cosas de la guerra, mayormente en las batallas marítimas era muy proveído. El Senado veneciano que luego fué avisado de la rota de su flota y de la muerte de aquel capitán, en su lugar escogieron un fuerte y venturoso varón, que se llamaba Benito Pesaro, el cual con toda diligencia fué á tomar cargo de la armada francesa que quedaba envuelta con los turcos y el capitán Lore-dano que con su carraca había aferrado con otra gruesa carraca. Es así, que pelearon tanto los unos con los otros, que de ambas partes había infinitos muertos y heridos; lo cual visto por otro capitán francés que estaba en otra carraca, dicha por nombre Charauda, como vió la batalla de las dos carracas, á todas velas fué sobre ellas por socorrer á los cristianos. Las galeras turcas, viendo aquella carraca en favor de la otra cristiana y contra su carraca turca, arremetieron contra la carraca francesa y aferraron con ella cuarenta y ocho galeras de armada turca. En esto vino en la mar una grande calma, á cuya causa los de las galeras turcas se aprovechaban mucho de la carraca francesa, tanto que estuvo á punto de perderse. En esto los turcos que con la Bretana combatían, viéndose en todo peligro y estrecho puestos de los cristianos, echaron fuego á la carraca veneciana, la cual comenzó á arder con tanta fuerza que los cristianos no lo pudieron remediar. Y así les convino rendirse, de los cuales unos se dieron á prisión, otros fueron muertos de los turcos, y así fué la carraca desamparada, la cual en breve fué hecha ceniza. Los turcos no pudiendo desaferrar su carraca de la de los cristianos que bien aferradas estaban, como fuese muy grande el fuego de la otra carraca, saltó en la suya y sin ningún remedio fué asimismo quemada como la carraca cristiana. La otra carraca francesa que por la grande calma estaba de los turcos muy oprimida, porque los turcos con destrales y otros ingenios la tenían casi rompida por junto á la grúa, plugo á Nuestro Señor Dios que refrescó el tiempo, por lo cual á los turcos fué forzado con harto daño suyo desaferrarse de la carraca francesa desamparándola. Y así cada una de las armadas se re-

tiró á su alojamiento, porque el armada francesa bien destrozada y con algunos vasos perdidos se fué á juntar con los venecianos á la isla del Zante, donde estaban reparándose del daño que en la refriega pasada con los turcos habían recibido, y los turcos se volvieron á la ciudad de Lepanto, la cual, como dicho es, no pudieron socorrer los cristianos, antes con harto daño se hubieron de retirar. En esto vino el invierno, por donde el turco hubo de parar de pasar adelante y aposentó toda su gente, que serían ciento y cuarenta mil hombres de todo género, en la comarca de aquella ciudad de Lepanto. Siendo de esto sabidores las dos armadas veneciana y francesa, habiéndose ya reparado del daño recibido, determinaron de ir sobre la isla de Chafalonia, pues de la armada del turco por entonces estaban seguros, creyendo en aquella se vengarían del daño recibido. Esta tierra así como la ciudad de Lepanto era de venecianos y el turco la había puesto debajo de su señorío. Finalmente, ambas á dos armadas francesa y veneciana se hicieron á la vela enderezando su camino contra la isla de la Chafalonia, sobre la cual en breve se pusieron. Los turcos que estaban en guarnición de la villa, que bien serían sin los naturales de ella ochocientos hombres, como vieron el armada cristiana en el puerto, luego se pusieron en defensa, juntándose á estorbar la salida en tierra; pero al fin como fuese poca la gente de los turcos y no bastantes á resistirles la salida, recibiendo mucho daño se recogieron á la villa. Y de esta manera saltaron de las armadas cristianas diez mil hombres de guerra, los cuales con muy buena orden cercaron la villa y plantaron el artillería en el mejor lugar y más acomodado que les pareció, aunque con harta dificultad, por ser la villa de sitio muy fuerte, la cual asentada batían con ella cada día la villa con mucha fortaleza y le daban asalto las más veces que podían; pero siendo como era la villa de sitio fuerte y los turcos de dentro escogidos y de mucha experiencia, antes recibían daño los cristianos que lo hacían, porque puesto que habían derribado con el artillería dos lienzos del muro de aquélla, con los reparos que los de dentro hacían la hallaban más fuerte que antes. Y así habiendo estado tres meses de lo más fuerte del invierno sobre la Chafalonia y visto que su trabajo salía en vano y hacía poco efecto, considerando que

venía el verano y el turco podía venir sobre ellos y destrozarlos á todos, determinaron alzarse de allí y recogerse á sus tierras. Y así recogidos todos á sus fustas dejaron aquella isla de Chafalonia y los venecianos se fueron á la isla de Corfú y el armada de Francia con harta pérdida de gente se volvió á Marsella. Al tiempo que estas armadas se retiraron, el Gran Turco Bajaceto entró por el examilo de Corintio en la Morea con un grueso ejército y tomó á Modón y ganó al Junco, que fué Pilo de Nestor y á Criseo de allá del Acrite, hoy llamado cabo de Gallo, y á Corón, habiéndoles poco antes ganado á Lepanto en el golfo de Etolia, como dicho es, y á Durazo en Albania y otros pueblos que por prolijidad aquí no se escriben, pero dejémoslo para adelante y diremos en tanto lo que en Italia pasaba.

CAPÍTULO VII

De cómo el Duque César Valentino, hijo del Papa Alejandro, vino á conquistar el estado de Imola, y de lo que le sucedió.

En la amistad y confederación del Papa Alejandro con el Rey de Francia y venecianos fué concertado, como dicho es, que después que el Rey de Francia hubiese ganado el ducado de Milán para sí, dando su parte á los venecianos, habían todos de ayudar á César Valentino con gente la que menester fuese para conquistar el estado de Imola con lo demás que arriba está dicho, que son Faenza, Forli, Arimino y Pesaro. Pues agora cuenta la historia que ganado el ducado de Milán, aunque con malas maneras, como dicho es, y habiendo ido el César Valentino sobre Imola con seis mil suizos y seiscientos españoles y trescientos hombres de armas; y sobre aquella puesto su campo, los de la ciudad, recelando de antes el daño que venirles podía, poniéndose en defensión determinaron de darse al Duque Valentino voluntariamente, teniéndole por muy buen caballero; y así contra la voluntad de mucha gente de guerra que en la ciudad estaba, se rindieron al Duque y lo recibieron en la ciudad. La gente de guerra que en la ciudad estaba se recogió en la roca, en donde se pusieron animosamente á defender. El Duque Valentino, visto que la ciudad de Imola se le había entregado y los de la roca se hacían fuertes, mandó contra

ellos plantar el artillería y asentar su real á la redonda. Finalmente, que fué la roca tan varonilmente combatida por todas partes, que de la parte de la ciudad derribaron un lienzo del muro y quitaron las defensas de un turrión que estaba delante de las puertas del castillo, y hecha esta batería, estando los españoles del Duque puestos á punto, mandóles que luego diesen asalto; así los españoles como de ánimos invencibles lo hicieron también, que, aunque con harto daño suyo, cobraron la roca de poder de los que dentro se habían recogido, de los cuales fueron unos presos y otros muertos y fué ganada por el Duque. Pasado esto, viéndose el Duque señor de la ciudad de Imola, reconoció su gente y reparándola de armas y lo necesario y dejando parte de aquella gente en guarnición de la ciudad y roca de Imola, fuese con el resto del campo la vía de la ciudad de Forli, la cual viendo que la ciudad de Imola se había rendido de su voluntad al Duque, por los mismos respetos determinó de entregarse. Y así recibiendo dentro al Duque Valentino, al cual por esta razón no le fué necesario detenerse en la expugnación de aquella ciudad, la señora de Forli, retrayéndose á la ciudadela llamada Roca, se fortificó lo mejor que pudo con mucha gente de guerra que consigo metió en aquella fortaleza. El Duque mandó asestar el artillería contra la ciudadela donde la señora, como está dicho, se había recogido, la cual se plantó por dos partes, y tan reciamente la batieron, que derribaron mucha parte de la muralla y un pedazo de un turrión. Después de esto el Duque mandó dar asalto por donde está el camino que va á Mendola, donde se detuvieron mucho los del Duque en la presa de la ciudadela y murieron muchos del Duque hasta que los españoles llegaron de refresco é hicieron tanto que peleando con mucha fortaleza tomaron por fuerza la ciudadela y mataron de seiscientos soldados que la defendían los cuatrocientos y los otros se dieron á prisión. Los de la Roca viendo tomada la ciudadela luego se rindieron al Duque Valentino, el cual tomando á la señora en prisión la envió al Papa Alejandro, su padre, para que la tuviese á buena guarda en Roma. Y de esta manera el Duque Valentino comenzó á señorear las tierras de la Romaña como tenía pensado.

CAPÍTULO VIII

Del aparejo que el Rey D. Federico de Nápoles hizo en su reino temiéndose de la venida de los franceses.

Después que los franceses hubieron ganado y sometido debajo de la corona de Francia el ducado de Milán, el Rey D. Federico de Nápoles, que mucho se recelaba de lo que podría suceder á su reino, viendo la casa de Esforcia tan caída de su estado y preso el Duque juntamente con su hermano el Cardenal Ascanio, considerando la liga y conjuración que el Papa y venecianos habían hecho con el Rey de Francia, de donde conjeturaba que acabado el desegno del estado de Milán y el que entonces se trataba con la señora de aquellas ciudades, que el Duque Valentino para sí conquistaba, acabado que lo hubiesen, todos juntamente enderezarían las armas contra su reino de Nápoles, al cual los Reyes de Francia tenían mucha codicia. Asi que con este pensamiento, que por muy cierto tenía, pensó que como quiera que sucediese le sería útil estar apercebido de tal arte que ya que los franceses viniesen contra él á le tomar el reino, no le hallasen descuidado de lo que conviniese á su defensión, y no confiándose en sus solas fuerzas envió su embajada á los Reyes Católicos de España, en quien toda su esperanza tenía, diciéndoles que el reino de Nápoles, que por su mano había sido defendido y amparado de los franceses, agora esperando otro segundo azote de ello creían que enderezaban las armas contra él, era de esta manera: que el Papa Alejandro y la señoría de Venecia se habían confederado con el Rey de Francia y hecho liga para que conquistasen el ducado de Milán para el francés, como de hecho lo habían ya conquistado y llevado preso al Duque de Milán á Francia, y agora entendían en conquistar las señorías de Imola, Faenza, Forlì, Atimino y Pesaro para el Duque Valentino, hijo del Papa, como entre ellos estaba capitulado, y que concluido esto, luego se habían de pasar con sus ejércitos contra él para le tomar el reino para sí, por lo cual le suplicaba, pues aquel reino de Nápoles era una de las mejores cosas de Italia y junto con esto pertenecía á la casa de Aragón, donde él descendía, y aquel reino pertenecía no

habiendo heredero á la casa de Aragón legítimo, que viendo la necesidad en que estaba y el peligro que esperaba, si no era socorrido, le valiesen de la manera que á sus pasados ha'ían hecho, pues estaba entera la misma obligación entre ellos, trayéndoles á la memoria que si aquel reino que entonces le poseía era traspasado á los franceses, venía en daño y menoscabo de Sus Altezas y de la casa de Aragón y les sería muy dificultoso de cobrar de tan poderoso enemigo. Y aun también hecho aquello, con su ambición se atreverían á pasar en Sicilia los franceses y conquistarla. Estas y otras muchas cosas mandó al embajador que dijese á los Católicos Reyes de España para atraerlos á su opinión y ser de ellos ayudado y socorrido. Con esta embajada llegó el embajador del Rey D. Federico en presencia del Rey D. Fernando el Católico, el cual besándole las manos y explicada su embajada, aceptó el Rey D. Fernando el cargo de valer al Rey Federico é hizo con mucha diligencia aderezar mucha y muy buena gente y lo demás que cumplía para la defensa del reino de Nápoles. En tanto que estas cosas pasaban en España, el Rey de Nápoles, como hombre pusilánime, temiendo que antes que fuese socorrido el ejército francés haría mucho daño en su reino y gentes, determinó de enviar su embajada al Rey de Francia para congratularse con él, la cual después fué ocasión de su total perdición, por la cual le envió á decir el mucho placer que de la alcanzada victoria del ducado de Milán había recibido y que le pesaba infinito porque no se había querido servir de su reino y gente para aquella conquista como se había servido del Papa Alejandro y de los venecianos; pero que aunque no le había sido pedido socorro, que él de su parte se lo ofrecía para todo lo que mandase, y para más congregarse con él le envió á decir que si quisiese pasar por su reino con todos sus soldados y ejército á conquistar el reino de Sicilia, él les daría paso y vituallas todas las que fuesen menester. Estas y otras muchas cosas envió á decir el Rey D. Federico al Rey de Francia, lo cual no pudo ser tan secreto que no viniese á noticia del Rey D. Fernando de España. De lo cual recibió tanta alteración contra el Rey don Federico, que pospuesto el amor que le tenía propuso de no le socorrer. Pero advertido que el reino de Nápoles en defecto de legiti-

mos sucesores pertenecía á él y á la corona de Aragón, y que si el Rey D. Federico lo perdía también redundaba en su daño, y que si los franceses lo ganaban intentarían de pasar sobre Sicilia como el Rey D. Federico había apntado al francés, luego se determinó de enviar la gente en favor del Rey de Nápoles, disimulando el enojo que tenía, aguardando que el tiempo declararía lo que convenía hacer, y también porque se recelaba que el Rey D. Federico no hiciese algo del reino, según que ya lo había intentado con el Rey de Francia, y para esto envió delante á muy gran priesa un caballero aragonés muy entendido, llamado mosén Clavero, para que esforzase al Rey D. Federico y le quitase todo temor que de los franceses tenía, avisándole que muy brevemente sería socorrido del armada española, la cual venía ya con muy buen ejército. Con esto se partió mosén Clavero la vía de Nápoles, adonde llegó á tiempo que el Rey D. Federico estaba con hartó temor por la venida de los franceses, el cual mosén Clavero embajador esforzó mucho y dijo lo que los Reyes sus señores le habían mandado, de que no poco fué consolado y esforzado el Rey D. Federico.

CAPÍTULO IX

Del socorro que el Rey de España envió en el reino de Nápoles, y de lo que la armada del turco hizo en las tierras de venecianos, como adelante se dirá.

El muy católico Rey D. Fernando, de gloriosa memoria, sabiendo las cosas de Italia en el estado en que estaban y de cómo los milaneses eran ya derrocados por razón que estaban en poder del Rey de Francia y su Duque preso, según dicho es, y viendo asimismo lo que el turco Bayaceto había hecho en la presa de Lepanto, y asimismo cómo los franceses estaban al presente ocupados en la presa de aquellos señoríos para el Duque Valentino, hijo del Pontífice, y temiendo que el ejército de Francia procuraría de quererse extender más de lo que estaba tomando el reino de Nápoles, y por el consiguiente, cuán peligroso estaba su reino de Sicilia de recibir el mismo daño, determinóse de enviar con mucha diligencia el socorro prometido al Rey D. Federico, no tanto por cumplir con él cuanto por lo que le tocaba á su reputación y corona, y tener

aquellos reinos de Nápoles y Sicilia en toda tranquilidad y sosiego guardados y defendidos de toda fuerza y violencia. Y por esta razón envió otra segunda vez al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Aguilar, con una muy buena armada de gente y artillería y sesenta velas ó más, donde venían cuarenta urcas, tres carracas y ocho galeras y otras carabelas y fustas, hasta diez y nueve, y metió en ella siete mil infantes y trescientos hombres de armas, y más de trescientos caballos ligeros; toda esta gente con buenos capitanes, adonde venía D. Diego de Mendoza por capitán de gente de armas, el cual mereció por sus hechos ser Conde de Melito, una buena villa que es en la Calabria. Iba asimismo el Prior de Mecina por capitán de gente de armas. Iban por capitanes de infantería el capitán Pizarro y el capitán Villalba, y el capitán Zamudio y el capitán Diego García de Paredes con otros muchos y muy buenos capitanes. Finalmente, toda esta gente metida en orden, el Rey D. Fernando mandó al capitán Gonzalo Fernández se partiese en aquella armada para su reino de Sicilia, con el mismo cargo de Capitán general, y que allá se estuviese esperando lo que el ejército francés determinaba hacer, y que si se moviese contra el reino de Nápoles, luego sin detenimiento se moviese él con su gente en socorro del reino, y que si no hiciese aquello que el sabio tiempo le enseñase. El Gran Capitán habida la licencia del Rey su señor se fué á Málaga á dar recaudo en todo lo que para el viaje le sería menester. Metió treinta piezas de artillería y mandó embarcar su gente, y un día á cinco del mes de Junio del año del Señor de mil y quinientos se partió de aquel puerto de Málaga. Hechos á la vela, allegó en la isla de Sicilia en el puerto de Mecina primer día del mes de Agosto del mismo año, donde se detuvo muchos días esperando lo que el ejército francés determinaba de hacer. En este mismo verano, el turco, que según se ha dicho tenía su gente aposentada en las tierras de Lepanto y de la Morea, mandó mover el armada de aquel lugar é ir delante sobre unas ciudades de venecianos que se llaman Modón y Corón. La primera ciudad sobre que el armada turca llegó fué sobre Modón, la cual cercó y puso en muy grande estrecho hasta que la tomó por fuerza. Sabido por los venecianos el peligroso estado suyo y de cómo la voluntad

del turco se enderezaba á les querer tomar sus tierras, y viendo el peligro y necesidad que tenían si aquellas ciudades no eran de ellos presto socorridas, enviaron sus letras y embajador al Gran Capitán, que estaba en Sicilia, suplicándole fuese contento que, vista la voluntad de su Rey y la obligación que tenía de favorecer á los cristianos, en especial á los venecianos, por razón de la primera confederación suya y la necesidad en que estaban puestos, que muy extremada era, les viniese á socorrer con su armada y gente contra los turcos, enemigos de nuestra santa fe católica, los cuales aumentando su secta perversa y dañada procuraban someter toda la tierra de cristianos debajo de su señorío en disminución grande de la religión cristiana. Y que pues á él más que á otro los semejantes casos y afrentas pertenecían, le suplicaban no tardase de los socorrer, y antes de esto lo habían los venecianos enviado á suplicar y hacer saber á los Reyes Católicos, y tardáronse los embajadores bien dos meses, dentro de los cuales Modón se tomó por el turco, y asimismo se dieron otras dos ciudades, la una dicen el Junco y la otra Corón, y la comarca de Modón. De manera que no pudo haber ningún efecto su embajada para en socorro de aquellas ciudades. Bien es verdad que el capitán Benito Pesaro, proveedor de la armada de venecianos, fué á socorrer aquellas ciudades con su armada, pero fué ya tarde, aunque no tanto que no le convino venir á las manos con algunas fustas turcas, de las cuales tomó dos y otras metió al fondo, de que hubo asaz ropa y joyas y captivos, con que se fué la vía de Losanto. Finalmente, después de esto hecho, el turco se fué á la ciudad de Constantinopla, dejando primero un capitán general en toda su armada para que corriese todas aquellas costas de venecianos, que se dice el mar Adriático, y el capitán turco con su armada y con ocho mil hombres de pelea fué sobre una ciudad que dicen Nápoles de Romanía, y saltando la gente en tierra corrieron toda aquella campaña de Forjulio hasta las riberas de un río que se llama Livenza, adonde los turcos hicieron mucho daño y destrucción, así en hombres como en mujeres y niños, no dejando una criatura que no la pusiesen á filo de espada. En esto, estando los turcos sobre Nápoles de Romanía, el Gran Capitán, habido mandado del Rey D. Fernando, su señor, se

movió con la armada del puerto de Mecina, último día del mes de Octubre del sobredicho año, y fuese derecho la vía de la isla de Corfú, adonde creyó hallar la armada veneciana, y como llegó en aquella isla supo lo que el armada del turco hacía en aquellas partes de Nápoles de Romanía, por lo cual muy deseoso de se topar de aquella vez con los turcos y venir á las manos con ellos, y tomar venganza por la mano de sus españoles (en semejantes empresas ejercitados) de la injuria á los venecianos hecha, movió de aquella isla de Corfú y enderezó su armada camino de Nápoles de Romanía. Los turcos, que de muchas espías eran avisados, supieron cómo el armada de España iba contra ellos, de cuya causa se alzaron de sobre aquella ciudad de Nápoles de Romanía y se fueron retirando al estrecho de Galipoli para invernar. El Gran Capitán, no perezoso en todas las cosas que emprendía hacer, iba á la mayor priesa que el tiempo les podía llevar á dar en los turcos, creyendo que los hallarían ocupados en el cerco de la ciudad de Nápoles de Romanía; pero de otra manera sucedió por razón que de ciertos bergantines que para espiar el armada del turco fué avisado, los cuales había enviado adelante por descubridores, en cómo los turcos se habían alzado de sobre aquella ciudad y se habían ido á sus tierras, de que mucho pesar el Gran Capitán hubo; el cual tornando atrás se fué á la villa de Losanto para esperar allí el armada de los venecianos, adonde estuvo algunos pocos días, dentro de los cuales el proveedor Benito Pesaro con el armada veneciana allegó, de que muy alegre fué, por se ver muy pujante con el socorro de España, y así estuvo allí algunos días dando refresco y orden con el Gran Capitán en lo que debían hacer.

CAPÍTULO X

De una grave tormenta que en la mar hubo de que las dos armadas estuvieron en punto de ser perdidas, y de cómo fueron á conquistar la isla de la Caphalonia ¹.

Estando las dos armadas española y veneciana en el puerto de Losanto dando orden los capitanes de ellas de lo que debían de hacer, pues siendo la entrada del invierno,

¹ Cefalonia, la mayor de las islas jónicas, está escrito unas veces Chaphalonia y otras Caphalonia. Lo mismo sucede con otros muchos nombres geográficos.

sobrevino, como muchas veces acaece, tan gran tormenta en la mar, que estando las dos armadas dentro del puerto, allegaron á punto de ser perdidas, pero siendo Nuestro Señor servido de dar bonanza en la mar, la cual si no sobreviniera sin ninguna duda peligraran las armadas. Finalmente, después de pasada aquella gran tormenta de que no poco tristes estaban esperando el fin no tan salvo como sucedió y siendo del todo ciertos de cómo el armada turca se había levantado de sobre Nápoles de Romanía, determináronse entre sí de moverse de aquel lugar é ir sobre la isla de Caphalonia, la cual según dicho es era de venecianos y el turco se la había sacado de su poder. Esta isla de Caphalonia está puesta entre las islas de Losanto y la cuarta en el archipiélago, la cual es noble por dos puertos y por la fertilidad de la tierra y por la grande abundancia de fuentes de agua dulce. Y á esta causa les sería de grande comodidad para la contratación; de lo cual especialmente habiendo perdido á Modón, que solía dar seguro puerto y reposo á los que navegaban en Suria. El proveedor de venecianos llevaba diez mil hombres de guerra y treinta galeras y siete carracas y provisión de mucha y muy buena artillería. De manera que muy aderezadas las armadas de todo lo necesario para aquella importante empresa, movieron del puerto del Zante y allegaron con muy buen tiempo sobre la isla de la Caphalonia, adonde el turco tenía ochocientos hombres de guerra á la continua, toda gente muy escogida, sin los de la tierra. El Gran Capitán, que en aquel menester no tenía segundo, luego como llegó en aquel puerto saltó en tierra con toda su gente y tomando alguna parte de ella se fué á reconocer la disposición de la tierra y asiento del castillo, adonde se halló ser la tierra muy fuerte y áspera, y por el mismo caso halló muy grande dificultad para dar asiento á la artillería, por razón que el castillo está puesto en muy alto monte, que muy áspero de subir era porque está lleno de muchas peñas. Finalmente, no se pudo asentar el artillería si no fué por la puerta que sale á la isla, adonde en un pequeño montecico estaba un poco de llano, y allí la asentó, aunque con mucha dificultad, por razón que no había de lo llano más de hasta trescientos pasos al derredo; y así no se podía sufrir ni compa-

decer. Asentada que fué la artillería, los dos capitanes veneciano y español comenzaron á dar asiento en las estancias de su gente, y el Gran Capitán dió á su gente aposento en la forma siguiente: Delante de la puerta que sale á la isla, en el llano de un montecico adonde estaba el artillería á tiro de piedra de la villa, hizo el Gran Capitán hacer muchos reparos en los cuales para seguridad de la artillería puso al capitán Pizarro y al capitán Villalba con seiscientos infantes, y treinta y cinco pasos más atrás á la mano izquierda de aquella estancia contra la villa estaba asentada toda el artillería, junto á la cual el Gran Capitán mandó poner su tienda, adonde con una parte de gentileshombres y con dos mil y quinientos infantes aposentó su persona. Más atrás de la estancia del Gran Capitán puso sus tiendas y gentes el proveedor de los venecianos. Más adelante de la mano derecha de la villa puso el Gran Capitán á D. Diego de Mendoza y al capitán Pedro de Paz con doscientos hombres de armas y doscientos caballos ligeros y con mil y quinientos infantes. Alrededor de la villa al pie del monte, por las riberas de él, repartió otra buena parte de infantería debajo de sus capitanes, los cuales serían hasta otros mil y quinientos infantes. De la parte de la villa delante de un turrión que llaman el Espolón, adonde los turcos tenían una puerta falsa, puso al Comendador Mendoza y á Pedro de Hocés con cien hombres de armas y cien caballos ligeros y mil infantes. Y de esta manera fué cercada toda la villa y castillo de la Caphalonia, y el Gran Capitán, que mucho deseo tenía en aquel segundo pasaje de hacer muestra de su persona y gente, en especial habiéndolo contra turcos y enemigos de nuestra santa fe católica, dió toda la mayor priesa que pudo en el batir del artillería, porque aquel era el primero movimiento de guerra que en aquel caso se debía hacer por razón de ser fuerte la villa y castillo contra quien era necesario poner todas sus fuerzas y poder. Pues habiendo proveído todas las cosas necesarias para dar el asalto, determinó el Gran Capitán de enviar una embajada á los turcos, con la cual fueron Aparicio, capitán de las galeras, y Solís, valeroso capitán de infantería, haciéndoles saber cómo los soldados viejos del riquísimo Rey de España, ejercitados de largo tiempo en la guerra y

vencedores de los moros, habían venido en socorro de los venecianos, y que si ellos querían entregar la isla y castillo de Caphalonia, que todos se podrían ir salvos y seguros, pero que si estaban determinados de probar las fuerzas de los españoles y esperar los golpes del artillería, que después no hallarían lugar de perdón ni misericordia. A estas palabras respondió con alegre rostro Cisdar, de nación albanés, capitán de la guarda de la Caphalonia: «Cristianos, agradecemos os mucho vuestra voluntad, pero hacemos os saber que nosotros estamos determinados, ó vivos ó valerosamente muertos, de ganar grande gloria de constancia para con Bayaceto, ni nos espantamos por ningunas amenazas de hombres, habiéndonos la fortuna á todos escrito en medio de la frente el fin de la vida. Decid á vuestro capitán que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con las cuales valerosamente vengaremos nuestras muertes, si acaso no pudiéremos resistir á vuestro destino ó á vuestro esfuerzo». Dicho esto, mandó enviar un fuerte arco con un carcax dorado al Gran Capitán. Finalmente, la villa se batió con el artillería, mayormente con la de venecianos, que tenían algunas piezas de bronce muy gruesas que se llamaban basiliscos, que echaban con ellas pelotas de hierro colado que pasaban ocho pies de muralla, con la cual derribaron por aquella parte un buen pedazo del muro, por donde los cristianos hacían mucho daño en los turcos, los cuales aunque tenían gran trabajo en reparar los lugares que la artillería derribaba, los turcos al encuentro mucho más de lo que se puede creer se defendían animosamente, que por las espantosas muertes de los suyos no se movían un paso atrás, tirando contino artillería y tanta furia de saetas, que el campo y las tiendas cubrían, y era la crueldad mayor por estar enerboladas, que por pequeña que fuese la herida morían los pobretos soldados, como acaeció á don Sancho de Velasco, mozo nobilísimo y valeroso, el cual primero que pudiese ser remediado en poco rato fué muerto de una bien pequeña herida. Pero siempre los cristianos los molestaban con continuos combates, pero los turcos no por eso dejaban de día ni de noche con escaramuzas alterar el campo de los cristianos, adonde así de la una parte como de la otra siempre había muertos y

heridos y no dejaban los turcos con daño de los cristianos cada día fortalecerse más. El Gran Capitán, que pesante era de los peligros y daños que los suyos recibían, procuró de le evitar y asimismo de abreviar aquella conquista con la mayor diligencia que pudo, y por esta razón mandó hacer por diversas partes de la villa muchas minas, y por la parte do él tenía su estancia hizo hacer una muy grande, y por la parte del Espolón hizo hacer otra, las cuales fueron de muy gran copia de pólvora llenas, y después las mandó cerrar de un muy fuerte muro de piedra. Y junto con esto mandó meter en orden su gente, con voluntad de en descargando las minas dar el asalto á la villa por aquella parte. Y con esta determinación un martes á veinte y cinco días del mes de Noviembre del sobredicho año de mil y quinientos, el Gran Capitán, después de haber metido en orden su gente, mandó poner fuego á las minas, las cuales reventaron con muy gran fortaleza derribando dos buenos pedazos del muro; pero con los grandes reparos que los turcos de dentro tenían, la villa quedó tan fuerte como de antes. Mas los españoles codiciosos de honra, esperando gozar de aquel saco que con la victoria se les aparejaba, arremetieron al muro con muy grande ímpetu, pero muy desordenadamente, y poniendo sus escalas comenzaron unos á subir por una parte y otros por otra con gran peligro de sus personas, por razón que los turcos estaban puestos en la defensa de los muros derribados y tenían consigo todo género de defensa, echando contra los cristianos piedras de mucha grandeza, lanzas, flechas, fuego artificial y olio ferviente y asimismo mucha y muy espesa artillería, con que hacían muy gran daño en los cristianos de abajo. Y de esta manera muchos de los españoles que subían caían abajo unos muertos y otros heridos; otros que allegaban de refresco reforzaban la batalla, pugnando cada cual por entrar dentro. Tanto hicieron los españoles de aquella vez, que algunos de ellos, contra la resistencia de los turcos, pudieron entrar encima los reparos que los turcos tenían por de dentro y desde allí peleaban con muy grande ánimo y fortaleza, procurando de echar á los turcos de aquel lugar. Pero por ser poca la gente que subió y los turcos fuesen muchos, no tuvieron tanto poder de se defender de

ellos, y con esto los turcos rompieron todas las escalas con que aquellos pocos españoles habían subido en los reparos. De manera que ya no les quedaba otro remedio sino de morir encima de aquel lugar ó de echarse de allí abajo, que no poco alto estaba, y lo que peor era, que como las escalas fuesen despedazadas por los turcos, ninguno de los de abajo podía socorrer á los de arriba, y con esto los turcos reforzando la causa de su peligro hicieron tanto por aquella parte, que alanzaron por fuerza de los reparos abajo á los españoles que en lo alto, habían subido, entre los cuales cayó D. Diego de Mendoza, varón de mucha virtud y ánimo que al principio de aquel combate había subido de los primeros; pero siendo de muchos y muy pesados golpes atormentado, cayó abajo casi muerto, y los demás muchos heridos y muertos, les convino desamparar aquel lugar por razón de la noche que sobrevino, y los turcos en toda aquella noche no dejaron de rehacer los lugares derribados, que de las minas y artillería estaba mucha parte del muro por el suelo. En este cruel asalto los moros usaban de un diabólico ingenio, y era que á los españoles procuraban de tirallos de abajo para encima de la muralla echando sobre ellos ciertos garfios de hierro que llamaban lobos, con los cuales los cogían por los hombros de la coraza ó por la cinta y los subían en el castillo, y con estos garfios entre otros con grande peligro de la vida fué preso Diego García de Paredes, valeroso capitán de infantería, el cual después en muchas guerras hizo muestra de muy singular fortaleza. Y después de subido sobre el muro con una espada y rodela que llevaba hizo cosas tan dignas de memoria defendiéndose varonilmente que nunca lo pudieron rendir, hasta que de hambre y debilitación de las fuerzas lo rindieron, y así fué tenido en tanto de los turcos, que pensando por su medio haber algún honesto partido no lo quisieron matar, pero dende á pocos días fué rescatado y libre.

CAPÍTULO XI

En que cuenta un milagroso sueño que el Gran Capitán soñó, el cual fué causa que mucha de su gente no se perdiese.

Después que los españoles se retiraron á sus estancias con harto daño y pérdida suya,

según que la crónica lo ha dicho en lo pasado, el Gran Capitán, viendo que de aquella vez no había podido hacer cosa ninguna y que todo el trabajo de aquella batalla había salido muy sin fruto, antes con su gente había recibido muy grande detrimento, andaba siempre muy solícito en todo aquello que se debía hacer para dar fin en aquella empresa que entre manos tenía, ó de morir en aquella demanda; y por esta razón mandó por muchas partes cortar el muro, y asimismo hacer otras muchas minas con las cuales mucho daño se hacía en los muros, según que por el efecto de las otras minas se conocía y con el artillería. Junto con esto de día y de noche no se hacía otra cosa salvo batir la villa con mucha fortaleza; pero los turcos, que de muy grande ánimo é ingenio son en el arte de la guerra, á todos los peligros se ponían con muy gran corazón y hacían muy grande resistencia en todo, defendiéndose de todas las maneras y artes que el Gran Capitán buscaba para los ofender. Los turcos muchas veces con la oscuridad de la noche (porque en aquella hora con el beneficio de lo oscuro les parecía estar seguros del peligro de la artillería) salían del castillo y tiraban á los cristianos tanta multitud de saetas, que muchas veces estuvo el Gran Capitán en mucho peligro, porque aun hasta su tienda estaba llena de ellas; de tal manera que con dificultad se podía poner remedio. Y así el Gran Capitán pensó un muy saludable remedio, y fué que mandó hacer una trinchea muy cerca de la villa en derecho de la puerta, rodeada de matones, la cual fortificó con artillería apuntada al paso por donde los turcos habían de salir, de tal manera hecha que primero los turcos eran muertos del artillería casi con golpe cierto, que ellos pudiesen llegar al lugar donde ellos solían meterse á tirar sus saetas. Este aviso rompió el osar de los turcos, porque siendo hombre valeroso á quien había sido encomendado el cargo de defender la trinchea, tenía siempre atenta la guardia, y saliendo los turcos (según su costumbre) dos veces afuera, entrambas los cogió tan fácilmente, que de una súbita ruciada de artillería mató grande número de ellos. Andando, pues, el campo cristiano metido entre tantos contrastes, deseosos todos de vencer y de tomar aquella villa, una noche siendo de guardia el capitán Pizarro y el capitán Villalba, con cuatrocientos hombres, junto á los re-

paros que estaban dentro de la puerta del castillo, acaeció un caso de mucho misterio, y fué así: que pasada la media noche á la tercera guarda estaba el Gran Capitán durmiendo en su tienda, que poco antes cansado de requerir las guardas se había recogido á dormir. Soñó que por la una parte del muro que las minas habían derribado, los turcos salían fuera de la villa y salteaban la guarda de los españoles que bien segura de este sobresalto estaba. El Gran Capitán, con la gran congoja que del sueño recibió, comenzó hablar muy alto, diciendo á los suyos tomasen las armas, animándolos fuesen á herir en los turcos que con las guardas andaban revueltos. Estando en este sobresalto metido el Gran Capitán, despertó del sueño lleno de mucha alteración y á muy gran priesa demandó sus armas. Haciendo meter en armas toda la más gente que allí se halló, fué á ver aquel lugar de la guardia por donde había soñado que los turcos salían. Ya los turcos en este tiempo habían salido á darles rebate y dieron con muy grande ímpetu en la guarda de los cristianos, y tan reciamente los acometieron que en breve los desbarataron, por razón que, seguros los cristianos de aquel rebate, los más dormían, los cuales despertando á deshora con la venida de los enemigos, unos tomaban las armas, otros poniendo la esperanza de su salud en huir, se fueron al campo donde el cuerpo del ejército estaba. Unos pocos que estaban despiertos juntamente con los capitanes resistieron un rato á los enemigos, pero los más de ellos fueron muertos siendo como eran en número muy desiguales. En esto el Gran Capitán, á quien Nuestro Señor milagrosamente había dado aquel sueño porque no perciese aquella gente, allegó de refresco con su gente que, según dicho es, había puesto en tanta alteración y comenzó de animar á los que desamparaban el lugar, al cual como conociesen los españoles, afirmáronse más contra los enemigos que todavía los estaban hiriendo, y los turcos como sintieron el socorro volvieron las espaldas contra la villa y los cristianos los siguieron, matando é hiriendo en ellos hasta que los encerraron dentro de ella. Y con esto los cristianos se volvieron á sus estancias, estando muy sobre el aviso hasta que fué de día. Los turcos, que de aquel salto no sacaron tanto provecho como pensaron, luego á la mañana habiendo todo lo que de la noche que-

daba atormentado un cristiano para le atraer que renegase la fe de Jesucristo, el cual en aquel rebate habían prendido y el cristiano no lo queriendo hacer, los turcos á vista del campo cristiano lo empalaron, dándole aquel género cruel de muerte que aquella perra gente acostumbra á dar. Y de esta manera aquel bienaventurado soldado murió y dió el ánima á Nuestro Señor confesando la fe católica como mártir y santo. Los cristianos viendo tan grande género de crueldad como en su compañero se ejecutó, tomaron á un turco que ellos asimismo habían captivado y á vista de los turcos en medio del campo le quemaron vivo, y así fué vengada la muerte bienaventurada del cristiano con la malaventurada vida del turco.

CAPÍTULO XII

De cómo el proveedor de los venecianos con su gente dió la batalla á la villa, y de lo que le sucedió.

Toda la cosa bien considerada y con prudente consejo determinada trae consigo mejor efecto que no aquella que inconsideradamente se ejecuta. Y así acaeció al proveedor de venecianos, llamado el Pesaro, el cual viendo el mucho y largo tiempo que en la conquista de aquella villa se había gastado, y el poco fruto que el Gran Capitán en todos sus acometimientos había sacado, determinó con su gente tentar fortuna y de dar la batalla á la villa, y por esta razón habló un día con el Gran Capitán, el cual mejor que ninguno otro sabía vencer, y dijole cómo tenía determinado de él con su gente dar la batalla y que quería probar si por ventura aquella gente descreída se podía defender de sus manos. El Gran Capitán, que hasta entonces no se había dormido, antes estaba muy trabajado, pensando siempre lo que convenía á la expugnación de aquella villa, recibió pasión de la soberbia del proveedor, al cual respondió diciendo que no tuviese á los turcos en tan poco que así ligeramente pensase vencerlos, en especial viendo que la villa era en sí muy fuerte y el daño que por esta razón habían los suyos recibido, defendiéndose los turcos con mucho saber y fortaleza, y que se acordase asimismo con cuánto daño suyo los de Francia y venecianos el año pasado se habían levantado de sobre ella sin

la tomar ni dañar, y que visto esto su parecer era que hasta hacer otros aparejos é ingenios de guerra no se debía tentar la fortuna en aquel caso; mas que esto no embargante, si su parecer era de combatir la tierra con su gente y tan determinado estaba de lo hacer, que él no estorbaría su voluntad. El proveedor de los venecianos, que muy determinado era en sus hechos, no quiso tomar el consejo del Gran Capitán, antes pensó con poco trabajo tomar la villa con su gente, deseando ponerlo por obra. Por razón que ganando él con su gente aquella villa, toda la honra de la victoria sería á él atribuída. Y así con esta voluntad un miércoles á diez y seis días del mes de Noviembre del sobredicho año de mil y quinientos años, hizo meter toda su gente en armas, y haciendo batir la villa con su artillería con muy gran fortaleza, después de la haber batido arremetió con su gente, los cuales en el principio hicieron muestra de mucha virtud, porque con aquel deseo que de ganar la gloria para sí tenían los venecianos, peleaban con muy grande ánimo y pusieron las escalas á muy gran priesa, por las cuales comenzaron á subir mucha gente, no mirando entre sí orden ni concierto de guerra que en aquellos casos es muy necesario. Los turcos, que muy aderezados estaban para los rebibir, viendo la priesa con que subían los venecianos y el poco concierto que traían, para darles ocasión á que con más voluntad mucha más gente subiese por los reparos, escondiéronse para adentro muchos de ellos y otros á vista de venecianos iban retrayéndose desamparando los reparos; de manera que cuando les pareció ser tiempo, así los turcos que estaban escondidos como los que hacían fingidamente muestra de retraerse, tornaron sobre los venecianos, los cuales á grandes voces viendo que ya tenían ganada la villa gritaban victoria, victoria ganada por los venecianos, y muchos de ellos con el alegría de la victoria se alzaron por los reparos abajo dentro en la villa. Pero como los turcos se descubriesen de su celada y tornasen sobre los venecianos con muy grande ánimo, dieron tan reciamente en ellos que mataron é hirieron muchos de ellos. Y aunque la repentina venida de los turcos y el daño que de ellos recibían en los venecianos metiese mucho miedo, no por eso dejaban de resistir con mucho ánimo las fuerzas de los turcos, y animándose unos con

otros, no creyendo que los turcos habían de prevalecer de tal manera que por eso dejaran de seguir la victoria; pero como los turcos peleasen por la defensión de sus vidas, y de sus mujeres é hijos, y por el estado de su libertad, hicieron tanto de sus personas que los venecianos no lo pudieron sufrir y fueron lanzados de los reparos abajo, y los que dentro saltaron pensando que ya del todo era la villa ganada, fueron de los turcos muertos que no quedó hombre vivo, y los que abajo habían quedado, viendo la gran priesa con que los turcos cargaban en los suyos, no se atrevieron á subir más, viendo el daño de los otros. Finalmente, siendo de los venecianos muchos muertos y heridos, los turcos quedaron por vencedores encima de sus reparos y los venecianos se retiraron á sus estancias, á los cuales los turcos siguieron gran rato fuera de la villa, haciendo en ellos todo el daño que podían. El Gran Capitán que vido venir á los venecianos huyendo, socorrió con una parte de españoles, y entonces viendo los venecianos venir el socorro del Gran Capitán, revolviéron sobre los turcos, y los turcos contentos con lo hecho se tornaron á encerrar en la villa, habiendo hecho aquel día gran daño en los venecianos por su desordenado acometimiento y mal consejo que en aquel caso el Pesaro proveedor de los venecianos siguió.

CAPÍTULO XIII

De cómo el Gran Capitán, visto el daño que los venecianos hablan de los turcos recibido, él con su gente dió otro combate en que tomó la villa.

Habiendo el proveedor de los venecianos dado, según dicho es, un combate á la villa del que recibió mucho daño en su gente, el Gran Capitán muy gran pasión recibió de aquel hecho, por razón que los turcos cobraban ánimo y fuerzas; y habiendo en aquellos días el Conde Pedro Navarro (el cual después en la guerra alcanzó suprema honra siendo inventor de obras maravillosas) derribado una parte del muro, y haciendo cavar algunas minas en el fundamento donde estaba asentada la fortaleza y metiendo en ellas barriles de pólvora para dalles después fuego, que con la violencia de aquel elemento, cerrado por donde pudiese expirar, rompía con grande pres-

teza cuanto topaba. El Gran Capitán determinó de su parte con su gente dar otro tiento á la fortuna, pero con mejor consejo y prudencia que el proveedor en aquel acometimiento pasado usado había. Y con esta voluntad el Gran Capitán se dió mucha prisa á hacer aparejos é ingenios con que pudiese tomar á los enemigos, y de tal manera andaba diligente en el efecto de aquel negocio, que de día ni de noche no reposaba, dando en este medio muy gran batería con el artillería y asimismo acometiendo á los enemigos cuando era menester, no se apartando de aquello que era razón seguir, como hombre que de aquel menester sabía mejor usar que ningún otro. El cual entre otros muchos aparejos é ingenios que mandó hacer hizo tres grandes minas, las cuales hinchió de mucha pólvora é hízolas cerrar de un muro muy fuerte. Después de esto, muy secretamente, como de los turcos no fuesen sentidos, mandó hacer una puente con ingenio muy sutil, y fué de manera que al tiempo que los españoles diesen la batalla y llevasen lo mejor de ella, la puente se echase encima del muro, de manera que pudiese subir por ella mucha gente, porque como los turcos estuviesen ocupados por los lugares de do eran de los cristianos acometidos, no impedirían el efecto de aquel ingenio, con el cual el Gran Capitán pensó del todo tomar la villa, como lo hizo, según que abajo se dirá. Pues después que las minas fueron acabadas y los otros ingenios y aparejos fueron hechos y la puente de madera acabada, el Gran Capitán un día bien de mañana mandó meter en armas su gente, los cuales siendo juntos en uno les dijo:

ORACIÓN DEL GRAN CAPITÁN Á LOS ESPAÑOLES

«Por cierto, señores, si después del auxilio divino no esperase en vuestro valor y esfuerzo de ser vencedor en esta jornada que tan deseada y á la mano tenemos, acordándome de vuestra sobrada virtud, por mejor tuviera que nos quedáramos en España, aunque con honra sepultada, que no haber venido aquí, en donde los venecianos han querido concurrir con nosotros en la honra, pensando, como habéis visto, que se quisieron jactar (estando sobre el fuerte de los enemigos, donde después con tanto vituperio fueron lanzados) que

ellos tenían la victoria de esta empresa y así lo empezaron de publicar. Por cierto muy mala cuenta daríamos de nosotros si ello así fuese y pasase en verdad, que una ciudad tan ruin y unos desarmados flecheros se nos amparasen tanto tiempo. ¿Por ventura nosotros no somos aquellos españoles que domamos la soberbia de los franceses echándolos con tanto vituperio de todo el reino de Nápoles y restituimos en su señorío al Rey D. Fernando, y después habemos hecho poseer aquel reino pacíficamente al Rey D. Federico, su sucesor? ¿Pues será verdad que á una gente tan experimentada y valerosa le sea preferida la veneciana con su arrogancia? La cual ha de ser testigo y pública pregonera de nuestro esfuerzo ó cobardía; si bien lo miráis mejor os será la honesta muerte que la vida muy vituperada, mayormente pues es contra infieles, donde el que pierde el cuerpo precedero salva el alma inmortal, y el que queda vivo quedará rico de fama y joyas que éstos tienen encerradas. Pues si pensáis que este cerco puede durar mucho, advertid que estamos en tierra de enemigos y con mucha falta de vituallas, las cuales no pueden sernos proveídas sino por la mar, la cual como veis anda tan alterada que no se puede navegar ni hay esperanza de bonanza en muchos días. Pues ¿paréceos que será más conveniente morir de hambre sin esperanza de socorro y como cobardes que, combatiendo varonilmente como acostumbraís, vencer al enemigo y perpetuar la honra y fama y ganar la tierra, la cual abunda de lo que á nosotros nos falta, que es las provisiones y dineros, y poder tomar descansado sueño, del cual los enemigos nos privan y sus continuos asaltos? Yo os ruego, no como á soldados, sino como á hermanos, que por tales os tengo y he tenido como sabéis, que de tal manera empleéis vuestro esfuerzo, que nuestra nación siempre sea tenida en la posesión que hasta aquí y que nuestras manos sea nuestra vida y honra y provecho, porque haciéndolo imitaremos á nuestros pasados y los venecianos conocerán la ventaja que hay entre ellos y nosotros. Haremos el mandado de nuestro Rey, castigaremos los soberbios mahometas, vengaremos las injurias pasadas, ganaremos, en fin, una fuerza que será seguro puerto á los cristianos, de donde tanto bien se sigue, y pues todo lo necesario á este combate está en buena disposición, no hay para

qué tantas palabras, pues os sobra el esfuerzo y ningún género de palabras lo puede acrecentar, pues vuestras obras mostrarán cada uno quién es y lo que vale y cómo merece ser galardonado según sus obras y virtud».

A estas palabras habiendo estado todos muy atentos, respondieron que no querían más de licencia de su capitán que por la obra conocería su voluntad y buen deseo. Y luego el Gran Capitán con tal esperanza ordenó su gente para la batalla, según que el número de ellas, el tiempo y lugar demandaban, y como fué toda la gente en orden, mandó poner fuego á las minas, las cuales no tuvieron efecto ninguno, por razón que por la parte de dentro los turcos tenían hechas ciertas contraminas por donde todas las fuerzas de las minas fueron causa de se perder, porque expiró por las contraminas y quedó el muro tan fuerte como de antes estaba. El Gran Capitán Gonzalo Fernández, viendo el poco ó ningún daño que las minas hicieron en el muro de la villa, dejó una parte de la gente en la guarda de la puente de madera que había hecho, dando orden para que al tiempo que viesen que su gente estaba encima de los reparos, ellos echasen la puente sobre el muro y subiesen por ella con mucha presteza, y él con toda la otra gente, después que fué muy bien batida con toda la artillería, se allegó al combate, y en allegándose comenzó con muy grande ánimo y fortaleza que los españoles por se señalar entre los venecianos ponían, y lo que más les ayudaba era el favor del Gran Capitán, el cual proveía con muy gran diligencia en todos los lugares, animando á los suyos y él de su persona combatía como muy valiente soldado. En esto el Gran Capitán mandó allegar las escalas al muro por diversas partes y mandó por ellas subir á toda la gente, por las cuales comenzaron á subir con muy denodado ánimo; pero los turcos en esto no dormían, antes con muy grande saber y fortaleza se defendían, no dando lugar á que los españoles subiesen, por razón que desde lo alto les echaban mucho fuego artificial y olio herviente y piedras y lanzas y todo género de armas que á las manos podían haber, con que no poco daño hacían en los españoles, porque muchos eran abajo muertos y otros tullidos y muy mal heridos por la cruel resistencia que con aquellos materiales hacían, y junto con esto los turcos despedazaron muchas escalas, de que no poco

impedimento se les seguía á los españoles. Pero el Gran Capitán, reforzando su gente y la batalla de fresco, y de una y de otra parte con mucha y grande diligencia proveía, de que los españoles tomaron tanto y tan gran ánimo, que los unos por las escalas y los otros haciendo montones de cuerpos muertos arriados á los reparos y ayudándose los unos á los otros, subieron encima de los reparos á mal grado de los turcos, de que no poco daño hacían á los españoles por se defender de ellos y de sus fuerzas. De los que subieron primero en los reparos fué un Martín Gómez, capitán de infantería, el cual hizo mucho de su persona al subir de los dichos reparos, haciendo camino á todos sus compañeros para dalles lugar que subiesen, con harto daño y peligro suyo y de su persona, y con esto la voz fué por todo el campo cómo ya los españoles eran subidos á los reparos. Y con esto todos los otros lugares cobraron ánimo y procuraron con muy gran diligencia de subir en el muro, y de esta manera, cuanto más á los españoles les crecía el ánimo, tanto más las fuerzas de los turcos se disminuían, porque en muy poco espacio los españoles fueron señores de los reparos, y los turcos comenzaron á desmayar y á desamparar los muros y se recogieron dentro por las fuertes casas de la villa. En este medio, viendo que era ya tiempo de echar la puente, los españoles que habían quedado en guarda de aquel hecho echaron la puente sobre el muro, el cual como estuviese más desembarazado de los dichos turcos, subieron por ella muy muchos españoles, los cuales de fresco comenzaron á cargar sobre los turcos matando é hiriendo muchos, tanto que ya no pudiendo sufrir más los turcos á los españoles, volvieron las espaldas. Los españoles, matando é hiriendo en ellos, los siguieron hasta metellos por la puerta del castillo, donde el capitán turco Cisdar con mucha gente de la suya se había recogido y tomaron cerca de ochenta turcos vivos aunque heridos, y los españoles allegando al castillo con la matanza comenzáronle á combatir, poniendo en aquel combate no menos fuerzas que en la presa de la villa. Finalmente, los españoles como los viesan como hombres vencidos, muy en breve los tomaron juntamente con el castillo, al cual tomándole por fuerza los españoles mataron todos los turcos que dentro se habían recogido con su capitán Cis-

dar, los cuales todos fueron muertos que serían hasta trescientos soldados. De esta manera el Gran Capitán con su gente alcanzó esta tan gloriosa victoria, restituyendo la villa á su debido señor. Pero la fortuna le esparció aquel dulcísimo honor de la honrada hazaña con el amargor del doméstico llanto, porque casi en aquel tiempo D. Alonso de Aguilar, su hermano, mayorazgo de su linaje, capitán de gran autoridad, fué muerto de los moros en la sierra Bermeja; habiéndose aquella gente dejado debajo de ciertas condiciones de paz después de la guerra de Granada en la sierra Morena y eran forzados del Arzobispo de Toledo á hacerse cristianos, rebeláronse y pusieron en armas, fué cometido el cargo á D. Alonso para que les hiciese guerra y los castigase. Y él combatiendo esforzadamente, habiéndose metido muy adelante, sobreviniendo la noche, dándole encima los moros por todas partes, saliendo de las celadas le mataron, habiéndole primero muerto el caballo. El Conde de Ureña, compañero suyo en aquella empresa, no tuvo esfuerzo de socorrer á don Alonso, puesto en medio de sus enemigos. D. Pedro, su hijo, habiendo recibido grandes heridas junto á su padre, fué socorrido de don Francisco Alvarez de Córdoba, amigo valerosísimo, y echados con grande fuerza los bárbaros le levantó, que estaba en tierra con una pierna pasada, le puso en un caballo y con muy grandísima honra le salvó y le puso en salvo.

CAPÍTULO XIII

De la gran hambre que los cristianos padecieron después de ganada la isla de la Caphalonia.

Después que el glorioso vencimiento el Gran Capitán hubo en la presa de la Caphalonia sobre la cual puso gran trabajo é industria, estando en el cerco cincuenta días de los más trabajosos del invierno, el cual siendo de muchas aguas y vientos combatido y contino sufriendolo con paciencia. En este medio el Gran Capitán, que mucha pasión tenía á causa del mal tiempo y de su gente que de sola hambre se caían muchos de ellos muertos, y faltándoles la carne comían las bestias del ejército, así asnos como caballos y otros animales, haciendo de los crudos cueros calzado para sus pies, allegó la gente

del ejército en tan extrema necesidad de hambre, que faltándoles los caballos y las otras bestias comían los ratones y las yerbas y otros muchos manjares de esta calidad y bebían agua. Finalmente, el Gran Capitán y el proveedor se vieron, juntamente con su gente, en la mayor necesidad que nunca se vieron capitanes, y esto era por no poderse navegar la mar; y el Gran Capitán, que de muy gran corazón era y magnánimo, determinó de se partir de aquella isla, queriendo antes oponerse á la ventura de la mar que no morir de hambre allí en aquella isla. Bien es verdad que en la mar, según el fuerte tiempo del invierno, no estaba bien seguro; pero, como dicho es, antes se quería el Gran Capitán cometer á la mar que no esperar allí la muerte, que muy cierta les era por la muy grande falta que tenían de todos los mantenimientos. Finalmente, el Gran Capitán con su gente se metieron en las galeras con propósito de se aventurar y partirse luego de aquel lugar; pero como las cosas de la mar sean tan dudosas que en un momento se truecan del todo, acaeció que sobrevino á deshora una grande tormenta y un tan contrario tiempo en la mar, que convino á los dos ejércitos no partirse de aquel puerto. Duró esta tormenta quince días y más, dentro de los cuales como tomase á la gente de las dos armadas con tanta necesidad y hambre, se caían muchos muertos, y verdaderamente perecieran aquellos dos ejércitos si Dios por su gran misericordia no los socorriera por una muy grandísima ventura. La cual fué que una nao de ochocientas botas yendo á Alejandría cargada de castañas, por la muy gran tormenta de la mar se perdió en el surgidero de aquella isla, de la cual antes que fuese á lo hondo, con las barcas y bateles toda la gente del ejército cada uno por su parte con diligencia recogieron todas las castañas y avellanas y algunas otras vituallas que se pudieron salvar de aquella nave perdida. Había en este tiempo en el un campo y en el otro, guardado de secreto, alguna cantidad de trigo; lo cual sabido por el Gran Capitán Gonzalo Fernández, lo mandó traer y hacer algunos pequeños molinos de á brazo, los cuales en cada una galera movidos por los forzados, y faltando cedazos para sacar el salvado, quitó á las mujeres de las cabezas algunos velos muy delicados, los

mejores que entre ellas halló, é hizo hacer hornos pequeños en la ribera de la mar donde se cociese el pan, y así con esta provisión no solamente se remedió la hambre, mas ambos campos fueron levantados en esperanza de poderse librar de la muerte que cruel esperaban. Y esto, juntamente con la presa de la nave ya dicha, fué mucho consuelo y ayuda para aquella gente que casi del todo pensaron de morir de hambre y perecer en aquella isla. Finalmente, con aquella provisión y bastimento se detuvieron los dos ejércitos hasta tanto que la mar se metió en bonanza, que muy alterada había estado en todos aquellos quince días continuos, y después que la mar abonó quedando la villa de la Caphalonia á muy buen recaudo, las dos armadas se partieron ambas de aquel puerto y el Gran Capitán se fué á Sicilia y el proveedor á Venecia para enviar de allá gente y provisión para la villa que en mucha necesidad quedaba, como adelante se dirá.

CAPÍTULO XV

De cómo el Duque Valentino fué sobre Faenza, y de lo que en la villa de Fosara le acaeció.

En este medio tiempo que el Gran Capitán estuvo sobre la Caphalonia, el Duque Valentino, habiendo ya, según dicho es, conquistado el estado de Imola y Forli como en las capitulaciones se contenía, determinó de se mover de su aposento con toda la gente que tenía por aquellas tierras de la Romania aposentadas y fué sobre Faenza, otra villa de las que en la capitulación se contenía; y como llegó á Saxo Ferrato, distribuyó el ejército y mandólo aposentar por las villas de aquella comarca, y siendo aposentados en una villa que se dice Fosara, el capitán francés monsiur de Alegre, uno de los que venían con el Duque para aquella conquista con cincuenta hombres de armas y cuatrocientos infantes españoles, los de aquella villa cerraron las puertas y no les quisieron aposentar dentro. La razón fué, según se dijo, porque cuando el Duque Valentino tornó de Francia de hacer su casamiento, viniendo un día uno á se querer aposentar en aquella villa y viéndolo los vecinos no le quisieron recibir dentro ni darle aposento para su persona, ni vituallas; de

que el Duque muy enojado, no se queriendo detener, pasó adelante la vía de la ciudad de Roma. Y de este desacato se temían los de la villa no se quisiese agora vengar de ellos recibéndole dentro su gente, y también pensaron que como la vez primera pasó sin les hacer daño, también se pasaría aquella vez última no haciendo cuenta ninguna de su inobediencia. Pero de otra manera sucedió que pensaron, porque como el Duque supo el gran desacato que aquella tierra mostraba en su servicio, y asimismo tuviese en la memoria de cómo no le quisieron dar aposento á su persona cuando por allí pasó viniendo de Francia, determinó de castigar la obstinada malicia de aquella gente, no pudiendo más tolerar la pasión que de aquel hecho recibió. Y con esta determinación, pareciéndole al Duque ser cosa muy á la larga quererlos tomar á fuerza de armas combatiéndolos con el artillería, buscó alguna manera ó arte con que los pudiese tomar, y fué así que acordado que con la infantería española que estaba con monsiur de Alegre venían dos valientes soldados que eran cabos de escuadras de la infantería, al uno llamaban Sancho de Valdoncellas y al otro llamaban Ferrer, estos dos valerosos soldados tomaron una acémila y con ella se fueron ambos á dos á una de las puertas de la villa, y como llegaron hablaron con las guardas rogándoles muy mucho que los dejase entrar á cargar aquella acémila de provisión para su escuadra, porque tenían necesidad de ella. Las guardas no los consintieron entrar en ninguna manera, temiéndose de algún engaño ó traición. Los soldados españoles tornáronlos á importunar otra vez, haciéndoles seguros de aquel recelo que las guardas tenían. Finalmente, creyendo las guardas que sería así como ellos lo decían, y también no se temiendo de dos solos hombres, abrieron las puertas y metiendo el acémila dentro tornáronlas á cerrar. En este medio el capitán monsiur de Alegre estaba aderezando con los infantes para poner por obra el trato que tramado les tenía, que fué éste: Que como los dos soldados hubieron comprado lo que se les antojó, tornáronse á salir por aquella misma puerta por do habían entrado; al tiempo que las guardas abrieron la puerta echaron el acémila delante, y ellos que bien armados iban de malla debajo el vestido, meten mano á sus espadas

y comienzan de ferir en las guardas, y en esto llegaron á la puerta otros doce soldados españoles compañeros de los otros dos que habían consigo traído, los cuales se quedaron de fuera, y como el uno de ellos se apoderó de la puerta, dió lugar á que los otros doce soldados entrasen juntos y todos cargaron sobre las guardas de tal manera, que los echaron á golpe de espada de aquella puerta. En esto el rumor fué grande por la villa, diciendo traición, traición de enemigos, de cuya causa mucha fué la gente que acudió al lugar donde los españoles estaban, y con muy gran impetu dieron sobre ellos, y de aquel acometimiento hirieron á Sancho de Valdovinos y casi á todos los demás que con él estaban, los cuales como muy valientes soldados defendieron la puerta pasando mucho peligro de sus personas, por razón que los de la villa peleaban muy fuertemente por todas maneras defendiendo la villa. En esto los hombres de armas de monsiur de Alegre socorrieron y entrando dentro en la villa se mezclaron con los enemigos con mucha fortaleza. La infantería no llegó tan presto, por razón que del burgo hasta la villa hay una cuesta muy grande y mala de subir, y por esta razón se tardó un poco que no acudió tan presto como debiera. Finalmente, los de la villa reforzando la causa de su peligro, todos juntos cerraron de tropel y cargaron sobre los españoles, y tan reciamente los afrontaron, que hiriendo muchos de ellos los llevaron retrayéndose por una calle abajo más de cien pasos, de lo cual fué causa que muchos soldados (teniendo ya la villa por tomada) se metieron á robar por algunas casas, y con este desconcierto la gente se desordenó y pudiera ser que del todo se perdieran si no sobreviniera monsiur de Alegre con la infantería, que ya había subido la cuesta, porque los de dentro, casi desesperados de su salud, todo lo mejor que pudieron se habían ya retraído hacia la puerta para salirse afuera; pero como vieron el socorro que les venía, afirmáronse más contra los de la villa. En esto los unos por tomar la villa y los otros por defenderla peleaban muy fuertemente y con harto daño de la una y de la otra parte, y estando la cosa de esta manera trabada un hombre de armas español de los del Duque, varón de muy gran fortaleza y ánimo, al cual llamaban Diego García de Paredes, el cual

después de rescatado de los moros de la Caphalonia había venido con mandado al Duque Valentino, éste apeándose de su caballo se puso á pie, y entrando en la villa vido cómo los de su parte tenían harto que hacer en se defender, y como esto vido, arremetió como un león denodado con su espada y lanzóse por medio de las fuerzas de los enemigos dando voces, diciendo á los de su parte, que casi como vencidos estaban: «Ea, amigos, no consintáis que os venza gente vencida; por tanto, apretad con ellos». Con esto se lanza por medio de los enemigos haciendo cosas dignas de eterna memoria, al cual los otros soldados viendo su denodado corazón le comenzaron de seguir combatiendo muy valientemente, aunque toda la gente no podía pelear por razón de ser la calle estrecha, pero los que pelear podían hicieron tanto que los de dentro, aunque pugnaron de se defender mucho, pero no les aprovechó ninguna cosa, antes viéndose perdidos volvieron las espaldas, y los españoles matando é hiriendo en ellos los siguieron hasta que la noche los desparció, en la cual mucha gente escapó de no morir por razón que se descolgaron muchos del muro abajo, y huíanse á otros lugares, y otros se encerraban en el castillo, esperando allí la merced del Duque. La villa aquel día tomada y saqueada y quemadas algunas casas de las principales, hecho en ellas todo el daño que hacerse pudo, muchos fueron muertos e heridos, de manera que fué bien vengada el injuria que por dos veces al Duque hicieron, según dicho es. Luego otro día siguiente el Duque tomó á merced á todos los hombres y mujeres que se habían recogido al castillo, y aunque le habían sido mortales enemigos suyos los perdonó, y dejando tan mal parada aquella villa, se fué de aquel lugar la vía de Faenza.

CAPITULO XVI

De cómo el Duque Valentino se partió la vía de Faenza y de cómo puso cerco sobre ella.

Luego otro día que los de la villa y castillo de Fosara se dieron á merced al Duque Valentino, según dicho es, el Duque se fué aposentar con su ejército á una villa que dicen Fano, y estando en aquella tierra aposentados acació una mañana estando mucha gente así del

ejército del Duque como de los vecinos de la villa de Fano en una iglesia oyendo misa, sucedió un grande misterio, el cual puso no poco temor en muchos de la compañía que sin respeto ninguno ni temor de Dios que nos crió, hacían muchos desaguizados, sacrilegios y desafueros, forzando dueñas, corrompiendo vírgenes, robando los templos sagrados y casas de Dios, y finalmente no perdonando ni aun á lo que está dedicado á su honra y ministerio. Fué, pues, así que un soldado de los del Duque que se había hallado el día antes en el saco de Fosara, entrando en una iglesia había robado un cáliz de plata, y porque no fuese de los de la compañía visto, tomó el cáliz y dando sobre él con una piedra le abolló y metióse aquella plata en la manga del jubón; y como aquel mismo soldado se hallase á la sazón entre los otros soldados en aquella iglesia en misa, al tiempo que el sacerdote alzó el Santo Sacramento del cáliz, el dicho soldado cayó muerto sin poder hablar cosa ninguna. Los que allí se hallaron de la compañía, doliéndose de aquel caso tan desastrado, allegaron á él por le levantar y atentaron la manga, adonde sacando lo que tenía en ella halláronle el cáliz abollado, de que se conoció claramente el misterio de que quiso Nuestro Señor manifestar su grandeza, por razón que no es cosa justa que lo que está al servicio y culto divino aplicado sea de profanas manos tratado. Finalmente, el soldado sin confesión pasó á la otra vida. Luego aquel mismo día el Duque se partió con todo su ejército y allegó á Forli, adonde se detuvo algunos días para entender en dar orden en lo que debía de hacer en la conquista de Faenza, y en fin, después de habido consejo con sus capitanes se partió de Forli y fué con todo su ejército á poner cerco sobre la villa de Faenza, adonde estuvo en el medio del invierno y en todo lo más fuerte dél. Y como llegó allí, asentó su campo contra la parte del burgo que mira hacia Forli, y después de asentado dió orden en el asiento de la artillería, la cual se asentó contra el burgo en frontera de la puerta de él, y luego comenzó con gran fortaleza á batir la muralla y fué tan grande la batería y tan recia, que cayó en tierra toda la puerta con un pedazo del muro de la mano derecha, y asimismo una buena parte de la torre que está sobre la misma puerta. Luego que la batería cesó, la gente fué toda metida en armas para dar el combate al burgo;

pero mirando el Duque el daño que el artillería había hecho, vido que estaba un pedazo de la torre casi para caer, por lo cual mandó que la gente no se moviese hasta tanto que la artillería acabase de derrocar aquel pedazo que aun estaba fuerte y desde aquel lugar los de la villa hacían daño en la gente del Duque con el artillería. Pero acaeció lo que en semejantes casos suele acaecer. Los españoles que estaban ya en orden para combatir la villa, algunos de ellos con poco sufrimiento se desmandaron á querer subir encima de la batería; los otros soldados, codiciosos por se ver dentro la villa, se desordenaron, los cuales fueron todos juntos y el alférez con sus banderas, y subieron todos sobre el estanque y pusieron escalas sobre la otra parte para subir todos sin ninguna orden y sin tiempo, y de esta manera se comenzó la batalla, adonde los unos por entrar y los otros por defender la villa peleaban con mucha fortaleza, de cuya causa así de una parte como de otra había muchos muertos y heridos. Pero los del Duque, por mucho que trabajaron, no pudieron entrar el burgo, por razón que los de dentro tenían hecho por la parte de dentro otro gran foso y otros muchos reparos, y lo que más daño hizo en la gente del Duque fué que los contrarios tenían toda su artillería asestada por la parte de dentro por la batería contra ella, con que mataban mucha gente de la del Duque. Estando, pues, en esta presa de pelear los del Duque con los de Faenza, el pedazo que de la torre estaba para caer, según dicho es, siendo de la artillería muy recio atormentado, cayó abajo encima de la batería y mató de caída á los dos alférez, con otros muchos soldados que á la sazón allí se hallaron, y junto con esto el artillería de los faentinos, que según se ha dicho hacía daño en la gente del Duque, de un través á la mano derecha mató á uno de los capitanes del Duque, mancebo varón de mucha virtud, al cual llamaban Honorio Sabelio, de linaje de los Sabelios romanos, y cayó en poder de los faentinos, los cuales nunca le quisieron dar para le sepultar hasta tanto que Faenza vino en poder del Duque. Este capitán había subido imprudentemente sobre una escala por se meter en la villa y vino de través una pelota que le llevó de vuelo. Gran prudencia han menester los capitanes y gente de guerra en todos sus acometimientos, porque los peligros que sin consejo, antes con temeridad, se

acometen, siempre suceden de ellos lo que á este capitán con menos saber avino. Finalmente, habiendo aquel día los del ejército del Duque Valentino muy desordenadamente peleado, sobreviniendo la noche, les convino retraerse á fuera con harto daño que recibieron.

CAPÍTULO XVII

De cómo el Duque Valentino se retiró de Faenza por razón del invierno, y de cómo el rey de Francia le envió socorro con que tornó segunda vez sobre Faenza.

Otro día siguiente después de aquel combate primero que el Duque dió á los faentinos mandó mudar el artillería para dar la batalla por otra parte al burgo, y queriéndola mudar fué tanta el agua y nieve que vino que pensaron todos de perecer, y los caballos no podían menearse con el artillería, porque como la tierra es de arcilla y gruesa, hácese lodos en gran manera y acaece muchas veces en semejantes casos quedarse los caballos y otras bestias del carruaje estancadas en el lodo y no poder salir de ello, y más si los inviernos son de agua. De esto avino muy gran desconcierto en el ejército del Duque, á cuya causa pudiera todo el ejército recibir gran daño, en especial que á la sazón salieron los de dentro de la villa á dar en ellos, donde les hicieron mucho daño. Viendo el Duque cómo no se podrían sostener estando en campaña en tiempo de tantas nieves y aguas, y que no se podía aprovechar de la artillería y toda la pólvora estaba húmeda, determinó de se levantar de sobre Faenza y repartir su gente á aposentarla por aquella comarca. La gente española aposentó en Forli y al capitán Miguel Valentino con su gente á dos millas de allí, y su persona con toda la otra gente del ejército se aposentó junto á Cesena, por aquellas granjas. Asimismo dejó gente de guarnición en muchos lugares cercanos de Faenza, para que mediante aquel tiempo del invierno saliesen de aquellos lugares á dar rebatos y escaramuzas á los faentinos y correrles la tierra. Había de esta gente en Imola y en Solarola, y en Bresiguela y Rojada, adonde cada día siendo el campo aparejado salían á correr la tierra de Faenza. Estando el Duque sin hacer cosa ninguna por razón del invierno, envió á demandar más gente de socorro al Rey de

Francia, el cual según por lo capitulado entre ellos era obligado á le enviar. Y con esto, visto por el Rey de Francia la necesidad que el Duque tenía de gente, envióle doscientos hombres de armas y mil y quinientos gascones y cuatrocientos archeros, y dió el cargo de esta gente á monsiur de Alegre. Asimismo en aquel tiempo que quedaba de pasar del invierno el Duque hizo aderezar toda la artillería y mandó traer más, y la gente se aderezó de armas esperando que el verano apuntase para ir sobre aquella villa, que muy gran vergüenza era detenerse en la conquista de ella. Después que fué pasado lo más recio del invierno, y el verano se comenzó á sentir por los mortales, el Duque Valentino mandó recoger toda su gente y artillería en un lugar. Hecha reseña de ella hallóla toda muy bien aderezada, y halló tener mucha más gente en su ejército que no la que llevó la vez primera que fué sobre aquella villa de Faenza. Finalmente, el Duque movió todo su campo la vía de Faenza, la cual era muy fuerte villa, como es dicho, y muy fuertemente defendida por los de dentro, y como llegaron sobre ella hizo asentar su campo junto al camino de Bolonia y aposentó su persona junto á un monesterio fuera de la villa, que dicen San Francisco, y luego que fué aposentado el campo y aposentada la persona del Duque, se dió orden en el asiento del artillería, la cual se asentó contra la roca de la villa una parte de ella y otra parte mandó asentar contra un bestión que los de dentro habían hecho para reparo de su artillería. Y de esta manera asentada, como dicho es, el artillería, luego se comenzó á jugar de una parte y de otra con ella, de manera que murió alguna gente de ambas las partes. En esto la gente se metió en armas y acometieron á tomar el bestión, el cual defendieron los de la villa con mucha fortaleza; pero como el artillería estaba asentada contra el bestión y descargasen tan á menudo, recibía mucho daño la gente que estaba en defensa de él. Por manera que no se pudiendo allí sufrir á causa del peligro del artillería, les convino á los faentinos desamparar el bestión; lo cual visto por el Duque tomaron de aquel bestión, adonde asentaron gran parte del artillería, y sobre la boca del foso desde allí batían muy reciamente. De manera que se hizo lugar para que con ingenio se sacó toda el agua del foso. Gran diligencia y sagacidad mostró tener en aquel

tiempo el Duque en su persona, el cual no cesaba de visitar á los unos y á los otros, mostrando en todo muy gran ánimo y corazón. Después que fué sacada el agua del foso mandó batir por todas partes muy reciamen- te con el artillería é hizo estar á punto toda la gente de armas é infantería para dar el combate cuando fuese tiempo. Finalmente, después que fué bien batida la fortaleza y muro de la villa, comenzaron á dar el combate, en el cual así los franceses como españoles hacían grandes cosas de sus personas peleando muy fuertemente, matando muchos de los enemigos, aunque á la verdad con mucho daño suyo. En esta priesa de pelear algunos espa- ñoles subieron encima de los reparos, entre los cuales el primero que subió fué Diego Gar- cia de Paredes, haciendo cosas muy señala- das, dando lugar á que la otra gente subiese, adonde todos los que subieron fuertemente peleando hicieron muy gran daño en los con- trarios, procurando con todo su poder de en- trar en la villa; pero los que subieron sobre los reparos fueron pocos y la subida fué muy dificultosa y no pudieron ser de los de abajo socorridos. Por manera que como los faentinos vies- en el peligro tan eminente como les esta- ba aparejado, cargaron muchos sobre los re- paros para echar á los españoles de aquel lugar, y tanto hicieron en aquella defensa de los reparos, que atormentados los españoles de muchos y muy pesados golpes, convino á muchos dejar las vidas sobre los reparos; otros mal heridos no esperaban otra cosa salvo morir á manos de sus enemigos. En esto un capitán de grande ánimo y fortaleza, que llamaban Pedro de Murcia, viendo á los de su parte en tanto peligro, arremetió con alguna gente de armas é infantes españoles á soco- rrer los otros que estaban en peligro muy grande, el cual subiendo sobre los reparos fué de un arcabuz muerto por el través. Los otros españoles que con él habían subido, no con poco daño suyo recobraron los otros que estaban en peligro de muerte. Aunque de am- bas las partes, y en especial de la parte del Duque, no pocos muertos y heridos hubiese, no por eso había ningún mudamiento en el Duque, antes como fuerte varón reforzando siempre la batalla con grande diligencia, á todas partes proveía gente de refresco; pero los de la villa, que muy buena gente y fuer- te era, viendo cómo defendiendo la villa de-

fendían sus personas y sus mujeres é hijos, y asimismo la libertad, peleaban con mucha fortaleza y no consentían entrar á los enemi- gos en la villa, antes tenían por mejor morir en defensión de ella que vivir sujetos al Du- que. De esta manera no llevando los del Du- que otro provecho en aquel día, salvo el daño de mucha gente que fué muerta con el com- bate, por razón de la noche que sobrevino, les convino retirarse de aquel combate, difi- riendo el otro combate hasta la mañana veni- dera.

CAPÍTULO XVIII

De cómo el Duque Valentino otro día de ma- ñana dió otro combate á la villa y de cómo la tomó.

Grande trabajo padecía la gente del Duque en la conquista de aquella villa y mayor peli- gro, porque según se halló, murió de la gente del Duque más de dos mil hombres; de mane- ra que cuanto mayor resistencia hallaban en los faentinos, tanto mayor voluntad y deseo tenía el Duque de tomar aquella villa. Pues fué así que pasada aquella noche, luego á la mañana el Duque dió el cargo del primer com- bate á un capitán italiano llamado Vitelo, que con la infantería italiana y con alguna gente de hombres de armas acometiesen la prime- ra batalla, y con esta orden el capitán Vitelo con aquella gente que le fué cometida arre- metieron con gran ímpetu y pasando el foso comenzaron á subir sobre los reparos, y tanto hicieron por entrar dentro, que los faentinos que se defendían con gran fortaleza mataron muchos de ellos, aunque se defendían con har- to daño suyo; y todavía los italianos pugnando de entrar fueron por los de la villa apre- miados, que convino á los italianos del Duque desamparar aquel lugar, siendo lanzados de allí abajo á golpe de espada. El Duque, que muy bien mirando estaba lo que los suyos hacían, y viendo que los faentinos los lanzaban abajo de los reparos, arremetió él con toda su gente de armas é infantería española é italiana y so- corrió á los otros italianos que estaban en aquella priesa, y pasando el foso sobre muchos cuerpos muertos que del combate del otro día habían allí quedado, con muy gran fortaleza peleando subieron sobre los reparos no con poco daño. Grande fué la defensión que los del Duque hallaron en los faentinos, y muy

mayor fortaleza, por donde merecen perpetua gloria y honra entre todas las otras tierras de Italia, que siendo una villa no muy grande, se defendió tanto tiempo contra todo el ejército del Duque, que de mucha y de muy fuerte gente estaba acompañado. Finalmente, los españoles hicieron tanto aquel día, que por fuerza les hubieron de tomar una sala del castillo que estaba á la mano izquierda, debajo de la cual los enemigos tenían su munición de pólvora, y como los españoles eran muchos los que peleaban en la sala, los faentinos pusieron fuego debajo en la pólvora, y como se quemó, derribó con su fortaleza gran parte de la sala, de cuya causa murieron allí muchos de ellos y de los de la villa; pero los que quedaron pelearon tan fuertemente, forzando por entrar en la roca, que convino á los faentinos desamparar aquel lugar. Junto con esto, como el artillería del Duque hubiese derribado un pedazo del pasadizo de la torre, no tuvieron lugar ni pudieron pasar á defender la batería los de la tierra, por manera que desamparando del todo la torre convino retraerse á la roca, y cesando la batalla aquel día por la noche que sobrevino, el Duque se apoderó en todo lo que él se pudo apoderar y aquella noche metió en la torre muchos arcabuceros, los cuales hacían mucho daño en los que defendían la roca; y los faentinos, viendo cómo no se podían defender y que á un tiempo la villa juntamente con la roca se perdería, y junto con esto viendo la gran falta que tenían de provisión, y que si mucho ellos pugnaban por se defender mucho más el Duque trabajaba de los tomar, determinaron de se dar al Duque con condición que en ellos ni en su señor no fuese hecho daño alguno; y de esta manera acordado entre el Duque y faentinos, no sólo les prometió seguridad en la persona de su señor, que el señor se llamaba Astorge, y á su hermano, pero prometióle de le haber del Pontífice un capelo de Cardenal, y de esta manera los faentinos se dieron al Duque y le entregaron en su poder al señor Astorge y á su hermano; y el Duque mandólos llevar á Roma, á los cuales desde á pocos días los hizo matar, no cumpliendo aquello que á los faentinos había prometido. Finalmente después de haber con harto daño de los unos y de los otros venido la ciudad de Faenza en poder del Duque Valentino, y dejando las cosas de aquella ciudad en toda paz y sosiego, el Duque sin entrar en la ciudad se par-

tió de San Francisco, donde estaba aposentado, y fuese camino de Bolonia con voluntad de ir sobre micer Juan de Bentebolla, que tiránicamente tenía ocupada la ciudad de Bolonia que era del Pontífice. Pero viendo micer Juan de Bentebolla que la voluntad del Duque era ir sobre él, aparejóse para le esperar lo mejor que pudo, fortaleciendo las puertas y muros de Bolonia de mucha y muy buena gente y artillería, y junto con esto tuvo á los ciudadanos en gracia no le tratasen algo con el Duque, de que recibiese daño en su persona y estado. Finalmente, el Duque, que muy bien apercebido halló á micer Juan de Bentebolla, y viendo que era por demás querer intentar de entrar en la ciudad, determinó de se concertar con micer Juan, y fué el concierto en esta manera: Que el micer Juan diese al Duque una escuadra de caballos en su servicio y que le diese asimismo cierta suma de dinero para pagar á su gente. Lo cual siendo cumplido por micer Juan, el Duque se alzó de sobre Bolonia con mucho enojo que de los bolonieses hubo por razón que le habían escrito que viniendo con su gente sobre aquella ciudad, ellos le recibirían dentro levantándose contra micer Juan; y viendo cómo le habían burlado, no haciendo ningún movimiento de su parte, con la pasión que de esto hubo de los bolonieses, envió las mismas letras que de él le habían escrito á micer Juan de Bentebolla, descubriendo por esta causa la traición de bolonieses; por lo cual micer Juan de Bentebolla inquiriendo los autores de aquella traición, fueron degollados públicamente. Y con esto micer Juan de Bentebolla quedó por algún tiempo pacífico en Bolonia; y el Duque despidiendo los franceses que de parte del Rey en socorro tenía, contada la otra gente atravesó la Toscana y se fué á poner en el puerto de Barato, adonde se detuvo algunos días, dando orden en lo que convenía á la expugnación de la ciudad de Plumbin.

CAPÍTULO XIX

De cómo el ejército del Rey de Francia se movió la vía de Nápoles, y de la división que de aquel reino se hizo entre el Rey de Francia y el Rey D. Fernando de España.

Después que el Rey de Francia, según dicho es, hubo cumplido con el Duque Valentino favoreciéndole en la conquista del estado de

la Romaña, y asimismo ya de su parte después de la muerte del Rey Carlo octavo, su predecesor, hubiese sometido debajo de su señoría y corona el ducado de Milán, y que en todo la fortuna le había sido favorable, determinó de pasar más adelante, extendiendo su estado, como de costumbre lo tienen los Reyes de Francia, en especial en aquellas conquistas que los Reyes sus pasados hubieron y movieron contra el reino de Nápoles. Finalmente, no siendo ajena la naturaleza de este Rey D. Luis de la de los otros, determinó, no quedando ya cosa por hacer en la Lombardia ni en la Romaña, de enviar su ejército contra el reino de Nápoles, con el cual envió á monsiur de Aubegni por Capitán general dél. El cual con esta orden y mandamiento de su Rey se partió de Milán, dejando la ciudad bien proveída de gente de guarnición y lo mismo el castillo, y comenzó á caminar la vía del reino de Nápoles. De esta voluntad del Rey de Francia fué avisado el Rey D. Fernando el Católico de España, teniendo mucho á mal del Rey de Francia que no embargante las confederaciones y amistad que entre ellos estaban puestas y asentadas, quería ir á tomar el reino de Nápoles, sabiendo cuánto era su deservicio por razón de ser Rey de aquel reino el Rey D. Federico de Aragón, su pariente y descendiente de los Reyes de Aragón, y asimismo porque dado caso que el Rey D. Federico muriera sin heredero, había de derecho y justicia el Rey D. Fernando de ser Rey de Nápoles; y por este efecto determinó de quebrantar él la fe á quien primero había quebrantádosela, y con esta determinación hizo hacer en Castilla mucha gente de guerra para la enviar al Gran Capitán, que estaba en Sicilia, para que juntamente con la otra gente que él consigo tenía se moviese contra el Rey de Francia y contra su ejército, si intentase de venir contra el Rey D. Federico de Nápoles. Pero considerando el Rey D. Fernando mejor aquel negocio, halló muy gran aparejo en el Rey D. Federico para recibir en el reino de Nápoles al Rey de Francia, por razón de una carta que le fué dada al Rey D. Fernando del Rey D. Federico, la cual había enviado al Rey de Francia, en que por ella decía dos cosas: la una que el Rey D. Federico se obligaba de dar al Rey de Francia cada un año cierta suma de dinero en tributo porque le dejase gozar del Reino de Nápoles sin ninguna contradicción de

su parte, y asimismo se ofrecía de le dar paso y vituallas para ir á conquistar el reino de Sicilia, si su voluntad fuese. Item hallaba el Rey D. Fernando otro inconveniente, y era que dado caso que el Rey de Francia no quisiese recibir aquel tributo del Rey D. Federico, sino llevarle todo por rigor y fuerza de armas, tenía el Rey de Francia muy gran aparejo, después de haber ganado el reino de Nápoles, para pasar su ejército contra su reino de Sicilia. Item el Rey D. Fernando tenía mucho enojo con el Rey D. Federico por razón del mal tratamiento y odio que tenía y mostraba con su madrastra la Reina, mujer que fué del Rey D. Fernando, el primero que fué de aquel nombre en aquel reino de Nápoles y padre que era de este mismo Rey D. Federico y del Rey D. Alfonso que murió en Sicilia. Al Rey D. Fernando le pareció muy mal este trato, no queriendo que aquel reino fuese tributario á gente enemiga, el cual reino el Rey D. Alonso su tío con gran esfuerzo y con difícil guerra y muchas veces con dudosas victorias lo había ganado, y que él poco antes con los tesoros de España y Sicilia lo había defendido contra los mismos enemigos. Por manera que muchas razones y causas legítimas movieron al Rey D. Fernando el Católico á tener enemistad con el Rey D. Federico, en especial lo que por la carta que enviaba al Rey de Francia le fué manifestado, por lo cual determinó de enviar sus embajadores al Rey D. Luis de Francia para que de nuevo confirmase las confederaciones pasadas. Asimismo para que visto el daño que llevando gentes en el reino de Nápoles se esperaba á ellos, entre sí con muy amorosa paz se confederasen de nuevo y dividiesen aquel reino de Nápoles como buenos amigos. Con esto se partieron los embajadores del Rey Católico, los cuales alcanzaron del Rey D. Luis de Francia que hiciesen lo que los embajadores venían á concertar con él; y así se concertó que se partiese el reino en dos partes y que el Rey don Fernando llevase las provincias de Puglia y Calabria, y que todo lo restante del reino fuese del Rey de Francia. Muy conforme fué esta partición entre ambos los dos Reyes, por razón que al Rey D. Fernando estaba mejor tener aquellas dos provincias que no lo otro, por la confinidad de vecindad que tienen con su reino de Sicilia. Finalmente, dividido el reino de Nápoles, cada uno de los Reyes envió

gente en el reino para tomar para su Rey la parte que le tocaba, y con esto el Rey de Francia envió, según dicho es, al capitán monsiur de Aubegni y al capitán Francisco de San Severino, Conde Gayazo, para que con su ejército pasasen á tomar aquella parte del reino de Nápoles que le tocaba; y el Rey D. Fernando el Católico envió asimismo gente al Gran Capitán que estaba en Sicilia para que tomase aquellas dos provincias de Calabria y Puglia, que le habían tocado de su parte en la división de aquel reino de Nápoles que entre el Rey D. Fernando y el Rey D. Luis de Francia se había hecho, y de esta manera siendo hecha esta partición, según dicho es, cada parte trabajó con mucha diligencia de tomar para su Rey la parte que le había tocado.

CAPÍTULO XX

Del ejército que el Rey D. Luis de Francia envió contra el reino de Nápoles para tomar la parte que le había tocado.

Habiendo en la manera ya dicha el Rey don Fernando partido el reino de Nápoles con el francés, el Rey de Francia para tomar la parte que le había tocado envió su gente con monsiur de Aubegni y con el Conde Gayazo, para que tomasen aquella parte del reino que por división le había tocado, para lo cual envió novecientos hombres de armas y mil y doscientos caballos ligeros y siete mil infantes y treinta piezas de artillería, grandes y pequeñas. Venían por capitanes de este ejército monsiur de Alegre, de la gente de armas, el cual después que se despidió del Duque Valentino se había ido con su gente á la ciudad de Milán, adonde todo el ejército del Rey de Francia estaba. Venían asimismo monsiur de la Paliza y monsiur de Greni y monsiur de la Laude y Luis Dares Pocodinare, Simonete, monsiur de Catela, D. Luis de Viamonte, monsiur de Riso, monsiur de Santa Colonia, monsiur de Arno, monsiur de Chandela, éste era el coronel de toda la infantería, el cual era caballero de mucho valor y estima y muy entendido en las cosas de la guerra. Toda esta gente venía por tierra la vía del reino de Nápoles. Por la mar en el armada francesa venían cuatro carracas y dieciséis naves gruesas y diez galeras, adonde venían cuatro mil infantes y treinta piezas de artillería, sin la otra gen-

te y artillería de las mismas naves que ellas en si mismas venían muy bien artilladas y bas-tecidas de todo lo necesario. Era capitán de esta armada monsiur de Rabastayn, el cual traía consigo en aquella armada muchos hombres de calidad, entre los cuales señaladamente venía el Infante de Navarra. Ordenada de esta manera la gente del Rey de Francia por mar y por tierra, envió el Rey de Francia sus letras al Duque Valentino, el cual estaba en el puerto de Barato, y ordenaba de tomar á los de Plumbín, rogándole mucho que pues ya tenía noticia de la división que del reino de Nápoles entre él y el Rey Católico D. Fernando de España había hecho, fuese contento de le ayudar á tomar y adquirir aquella parte que le había cabido, pues que para ello no sólo le obligaba las posturas y amistad que entre ellos dos había, junto con el parentesco que había contraído, pero por la orden de San Miguel, que de su misma mano recibido había, debía y era obligado por la confederación que entre ellos había de le ayudar y favorecer en todas sus necesidades, y que por tanto le rogaba en aquello no hubiese falta ninguna de su parte. El Duque Valentino, viendo la voluntad del Rey de Francia y la obligación que á él tenía de ayudarle en aquella empresa, determinó de se aderezar lo mejor que pudo para le ir á ayudar. Y sabido cómo monsiur de Aubegni con todo su ejército francés venía camino de Roma, aderezóse para partirse del puerto de Barato y se ir á la ciudad de Roma por dos cosas: la una porque se juntaría con monsiur de Aubegni para ir sobre el reino de Nápoles y de allí darían orden en lo que debían hacer, y la otra porque con la entrada del ejército francés en la ciudad de Roma no intentasen á hacer ningún desafuero en ella, de que el Pontífice su padre recibiese pasión. Y por estas razones, sabiendo que monsiur de Aubegni con el ejército estaba en Florencia, embarcando su gente en ciertas naves y galeras que tenía en aquel puerto, se metió en la mar con hasta dos mil hombres, y de camino tomó el vado de Plumbín, adonde dejó una buena parte de gente en guarnición, con voluntad de en desembarazándose de cumplir con el Rey de Francia tornar sobre Plumbín, que gran deseo tenía el Duque Valentino de tomar aquella ciudad para sí, por ser tierra fuerte para en tiempo de guerra y apacible para en tiempo de paz. Desde Barato envió

toda la más parte de su ejército por tierra para que se juntasen con el ejército de monsiur de Aubegni, el cual, según dicho es, á más andar venía la vía de Roma, y el Duque con toda la otra gente se fué á Roma por allegar antes que el ejército francés llegase.

CAPÍTULO XXI

Del aparejo que el Gran Capitán hizo para haber de ir á tomar las dos provincias que á su Rey habían tocado.

Como el Rey de Francia hubiese, según dicho es, enviado su ejército á tomar aquello que del reino por división le cabía, y el Rey de España, viendo la gran diligencia que el Rey de Francia ponía en cobrar su parte, temíase, según la condición de franceses, no procurase después de haberse apoderado en la parte que les tocaba de intentar á tomarle la parte suya, y por esta razón envió con diligencia á avisar al Gran Capitán que estaba en Sicilia para que luego tomase aquellas provincias que le habían tocado por su parte, y asimismo le envió á mandar que luego enviase al Rey D. Federico á Nápoles para que le diese la Reina joven, su sobrina, y que después que se la enviase en España. Y el Gran Capitán habido el mandamiento de su Rey en la forma susodicha, envió á un caballero principal á Nápoles al Rey D. Federico diciéndole de su parte del Rey de España cómo habían sabido del mal tratamiento que había hecho y hacía á la Reina, su madrastra, la cual días había que se le había quejado, y asimismo sabía otras cosas que intentó hacer y concertar con el Rey de Francia, todo en su deservicio y en disminución de su corona y estado. Y que por tanto le rogaba tuviesen por bien de le enviar la Reina joven su sobrina en España, y que para este efecto le enviaba aquel caballero con sus galeras, adonde podría la Reina venir á Sicilia, y que desde Sicilia le enviaría á España, según que su Rey y señor se lo había enviado á mandar. También de su parte con ánimo generoso, antes que le hiciese guerra, le envió á decir que con solemne contrato le renunciaba las ciudades y castillos en el Abruzo y en el monte de Santángelo, que en la guerra pasada por los servicios que le hizo le había hecho merced, porque aquel que le había de ser enemigo ol-

vidado de todas las mercedes recibidas no le pareciese ingrato. Federico, maravillado del respeto y de la grandeza de ánimo del Gran Capitán, á la embajada de su parte le respondió que él conocía claramente la virtud y bondad suya, aunque le fuese enemigo; que no se arrepentía de la liberalidad y mercedes que le había hecho, y así de nuevo con grandes privilegios las confirmó, habiendo publicado y dicho muy grandes loores del Gran Capitán, el cual con libre voluntad le había borrado la infamia de la ingratitud y le había hecho conocer cómo constreñido por los mandamientos de su Rey y señor le hacía guerra. Junto con esto, el Gran Capitán, para haber de ir á tomar aquellas partes que tocaban á su Rey por la partición, viendo cómo no tenía harta gente para poder poner por efecto el mandado de su Rey en aquel caso, por razón de la mucha gente que perdió en la presa de la Chafalonia, juzgando que era bien ganar la voluntad á algunos príncipes de Italia con aquella liberalidad acostumbrada, porque alguna vez se olvidasen de la parte anjoyna, á la cual en la guerra pasada había conocido que casi toda la Calabria era muy aficionada, ganó, con grande consejo, por amigos á los señores coloneses, hombres nobilísimos y de singular valor en la guerra, los cuales él conocía ser no sólo grandes enemigos del Papa, y envió á suplicar al embajador Francisco de Rojas y al Cardenal de Santa Cruz que ya pues sabían que el Rey de España se había acordado con el Rey de Francia haciendo partición del reino de Nápoles entre sí, según dicho es, y que por cuanto á él le era dada comisión de parte de su Rey de tomar las provincias de Puglia y Calabria que le habían tocado de su parte, y porque en la presa de la Chafalonia había perdido mucha y muy buena parte de su gente, les suplicaba de su parte que toda la gente de guerra española y de otra nación cualquiera que en Roma se pudiese haber con la mayor diligencia que pudiesen se la enviasen, pues era muy grande la falta de gente que tenían para aquella empresa, pues por el mismo caso á ellos convenía y era dado proveer las necesidades de su Rey y señor, como á él era dado el trabajo de los servir en ellas. El Cardenal de Santa Cruz y Francisco de Rojas, como supieron la necesidad que el Gran Capitán de gente tenía, determinaron con

toda diligencia de lo proveer, y con esto hablaron con Diego García de Paredes, capitán valeroso, de quien arriba hemos hecho mención, y diéronle comisión que hiciese gente en Roma y que de su parte allegase toda la más gente española que pudiese haber para ayuda del Gran Capitán que estaba en Sicilia, que tenía de ir á tomar por el Rey de España aquellas provincias Puglia y Calabria que le habían tocado á su parte. Diego García de Paredes, conforme á la comisión que le fué de parte del Cardenal de Santa Cruz y embajador Francisco de Rojas dada, echó bando en que allegó ochocientos hombres de guerra españoles y de otras naciones, toda muy buena gente y sus capitanes varones de muy grande virtud y fortaleza, los cuales él muy bien conocía del tratamiento y prueba que de ellos había hecho en el tiempo que con el Duque Valentino habían andado. Pues asentados sus capitanes, el coronel Diego García de Paredes y con el Embajador y Cardenal de Santa Cruz habida licencia del Duque Valentino, al cual Duque Valentino hasta entonces habían servido, se partió con toda presteza y diligencia con aquella gente de la ciudad de Roma y fué con ella á Ostia, adonde embarcó con cinco naves un día á veinticuatro días del mes de Junio del año de la Encarnación de Nuestro Redentor Jesucristo de mil y quinientos y uno, y hecho á la vela se fué á Sicilia, adonde llegó á doce días del mes de Julio del dicho año, en una muy buena villa que se llama Melazo, y desde allí se fué el dicho García de Paredes adonde el Gran Capitán estaba ya en orden para se partir á la provincia de Calabria, que aquella provincia era la primera que había de recibir.

CAPÍTULO XXII

Del aparejo de guerra que el Rey D. Federico hizo para esperar á los dos Reyes que le venían á tomar el reino de Nápoles.

Muy grande tristeza tenía el Rey D. Federico viendo cómo el Rey de Francia enviaba su ejército contra él para le tomar el reino, y que el Rey de España, en quien tenía esperanza que le había de favorecer, se le había hecho asimismo contrario y su enemigo, aunque justamente, de lo cual tenía mucha pa-

sión y no podía pensar qué se debiese hacer en tanto aprieto y necesidad como se veía. Y habido su consejo con los del reino y con los de Nápoles, acordóse que mejor le era defenderse, pues otro remedio no tenía, salvo de perder el reino, y con esta determinación hizo la más gente que pudo para esperar los enemigos, en que hizo ochocientos hombres de armas y mil y quinientos caballos ligeros y cinco mil infantes, y junto con esto fortificó el castillo de Nápoles y el castillo de Capua, y el de Taranto y el de Gaeta, con todas las otras fuerzas y castillos del reino que eran de importancia. Y asimismo, acordándosele del socorro y favor que en la adquisición del reino el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Aguilar le había dado, pensó que así lo haría agora contra el ejército del Rey de Francia, no mirando que el Gran Capitán estaba en servicio del Rey de España, contra el cual había intentado de juntarse con el francés y aliarse, y que era hombre que por dádivas y promesas no había de negar su Rey natural. Con esta voluntad envió sus letras y embajador rogándole mucho que, vista su necesidad y el estrecho en que la venida de los franceses le tenían puesto, fuese contento de le socorrer, pues la verdadera defensión de aquel reino él sólo con su persona había sido, no sólo dándole á él el reino libre de manos de franceses, pero también lo había defendido al Rey don Fernando su sobrino, y que pues no sólo él, pero todos los grandes del reino con él esperaban, no quisiese agora denegarle el favor que de costumbre tenía darles, prometiéndole junto con esto muy grandes estados y señoríos en el reino. El Gran Capitán, que muy bien sabía la voluntad de su Rey y señor, siendo el mayor varón de fe y constancia de cuantos nacieron, tuvo por menoscabo de honra los ofrecimientos del Rey D. Federico, al cual por su mismo embajador respondió (que era micer Octaviano, varón de muy buen consejo) diciendo que él hubiera placer que se hubiera habido de tal manera en su reino el Rey don Federico, que no fuera causa de haber indignado contra sí al Rey D. Fernando, su Rey y señor; el cual por su inconstancia y poca fe había mudado del todo su voluntad, diciendo que á él le pesaba en gran manera por no lo poder hacer por cuanto le había sido mandado de parte del Rey de España, su señor, tomase por él aquellas provincias, Puglia y Ca-

labría, que le habían de su parte cabido por razón de la división que el Rey de Francia y el Rey de España, su señor, habían hecho entre sí de aquel reino, según que lo debía saber como persona á quien principalmente tocaba aquella demanda, y que por esta razón él no debía en manera ninguna ir contra el mandamiento y voluntad del Rey su señor, y que así se lo había enviado á decir y mandar. Con esta respuesta se partió el Embajador micer Octaviano harto triste por no llevar alguna esperanza de socorro. El Rey D. Federico, habida la respuesta del Gran Capitán y viendo cómo ambos los Reyes se habían concordado para le quitar el reino de Nápoles, y que ya estaban á punto para se mover con sus ejércitos cada cual con su demanda, determinó de se defender con todo su poder con la gente que tenía. Y con esta determinación el Rey D. Federico envió á decir á Fabricio Colona, que estaba á la sazón en Mariñano con trescientos hombres de armas y con trescientos caballos ligeros, y con ochocientos infantes italianos y doscientos españoles y doscientos alemanes, que se viniese con aquella gente á Capua, que era el paso por donde los franceses habían de pasar á Nápoles y la primera ciudad que habían de conquistar, y que allí se hiciesen fuertes de tal manera que los franceses no la pudiesen haber, por razón que aquella ciudad era llave del reino después de la ciudad de Nápoles por aquella parte. Eran los coloneses enemigos de los franceses y amigos del Rey D. Federico, cuyos vasallos eran ellos, los cuales como fueron ciertos de la venida de los franceses en el reino de Nápoles, desampararon sus tierras y viniéronse á servir al Rey D. Federico, y lo contrario fué de los Ursinos, que siendo de la parte de los Reyes de Nápoles, dejaron de seguir la parte de D. Federico; siendo su Rey y teniendo muchos lugares en el reino cuyo vasallaje debían al Rey de Nápoles, siguieron á los franceses, y viniendo en el reino los más lugares de los coloneses ocuparon y destruyeron, y lo mismo hicieron en los lugares y castillos de los sabelos, los cuales siguieron la misma parte que los coloneses. Finalmente, el Rey D. Federico, después de haber enviado á Capua al capitán Fabricio Colona, dejó por coronel de la infantería que él tenía con su persona á D. Iñigo de Mendoza, y dejándole en Nápoles en defensa de la ciudad, él con alguna poca

de gente partió de Capua, así para proveer en todo lo que era menester para la defensa de aquella ciudad, como para dar orden al capitán Fabricio Colona de lo que debía hacer. Junto con esto, como llegó á Capua, para retener á los ciudadanos en su fe y gracia, los habló muy amorosamente, encomendándoles mirasen mucho cómo en el hombre no se mira tanto la nobleza suya y alto nacimiento como la natural virtud que en él se puede hallar, y que esta virtud no es cosa que se puede ganar de los pasados como la nobleza, antes se gana con hacer tan señaladas cosas de sus personas que verdaderamente puedan ser loados no ser nobles por nobleza ganada de sus pasados, sino por nobleza ganada por su propia virtud, fortaleza, ánimo y corazón; porque no ha de esperar un hombre á la ganar como la ganaron los griegos con su saber y doctrina, lo cual no ayuda tanto á sostener la república (bien que mucho ayude) como ayuda el bueno y leal ciudadano en defender su patria, servir á su Rey, guardarle la fe prometida con las armas en la mano y poner su vida y hacienda á riesgo, por lo cual debe sufrir el importuno invierno y el fatigoso verano, y si conviene, pobreza, necesidad, hambre, sed y con ánimo invencible echar de sí al enemigo, y que haciendo el contrario, daña la fama y honra, no sólo suya, pero aun de su patria. Trájoles á la memoria de la otra vez que el Rey Carlo octavo de Francia vino contra el reino de Nápoles, cómo, olvidando á su propio Rey y señor, recibieron dentro á los franceses, lo cual fué principal causa que la misma ciudad de Nápoles negase á su Rey, no le dejando entrar dentro á la vuelta que tornó, según dicho es, y que si de aquel amigable recibimiento que á los franceses hicieron algo ganaron, que lo mismo les darían agora, que fué mal tratamiento, usar mal de sus mujeres, servirse de sus hijos como de esclavos viles, y lo que peor era, la corrupción de sus vírgenes, con disminución de sus haciendas y honras, por lo cual debían ahora, pues ya la condición de esta gente tenían experimentada, no por el daño que de venir á su poder de ellos esperaban, por lo que debían al servicio de su Rey y señor, habían de poner sus personas, haciendas é hijos á todo peligro; pues mayor era el peligro que de venir á las manos de los enemigos se seguiría, que de esperar cualquier calamidad y daño

que de la guerra les podía suceder, como quiera que próspera ó adversa la fortuna les fuese, pues para el bien que venir podía, aquello mismo les era galardón, y para el daño, con entenderse que habían hecho su debido, quedaba de ellos perpetua fama, y para con su Rey una perpetua obligación de gratificarles. Muchas cosas les dijo de esta calidad, incitándoles en toda fortaleza, ofreciéndoles asimismo á toda la gente de guerra grandes dádivas para que de buena gana le sirviesen. Después de esto hizo reparar la ciudad de muchos bestiones por de dentro y por de fuera y alimpiar muy bien el foso, y hacer otros aparejos que para defender la ciudad de los enemigos les podía aprovechar. Finalmente, después de haber puesto toda diligencia que convenía, los capuanos quedaron de hacer todo lo que en sí fuese y más, ofreciéndose de sostener la ciudad en tanto que sus vidas bastasen, poniendo en la defensión la mayor fe y amor que en vasallos se podría hallar. Y con esto el Rey D. Federico se tornó á Nápoles no poco alegre en dejar tan bien proveída la ciudad de Capua, y los ciudadanos de ella tan conformes á su servicio y mandado.

CAPÍTULO XXIII

De otros muchos aparejos que el Rey D. Federico hizo en el reino y cómo los franceses asentaron su campo contra la ciudad de Capua.

Después que el Rey D. Federico hubo, según dicho es, hablado con los de Capua y dejado proveída la ciudad lo mejor que pudo, fué la vía de Nápoles por dar orden en las otras ciudades y provincias del reino, no las tomasen los españoles mal proveídas de socorro y de gente y de las otras cosas necesarias. Y como fuese en Nápoles, envió á la ciudad de Taranto al Duque de Calabria, su hijo primogénito, para que estuviese en aquella ciudad y la defendiese de sus enemigos si venir quisiesen á la tomar, asimismo para que de aquella ciudad él proveyese todas las ciudades y fortalezas importantes de la provincia de Puglia y de la Calabria. Juntamente con él envió á D. Juan de Guevara, Conde de Potencia, y á fray Leonardo Alejo, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalem, hombres en la gue-

rra muy valerosos, con cien hombres de armas y con cien caballos ligeros y con quinientos hombres para que con aquella gente se tuviesen en tanto que fuesen de más gente socorridos; y en Aversa, que es una ciudad que está entre Capua y Nápoles, puso al Príncipe de Melfa con setecientos caballos ligeros para que con aquellos corriesen toda aquella comarca de Aversa y la Chirinola y reconociesen el campo de los franceses y asimismo les vedasen y estorbasen el uso de las vituallas y provisión para su ejército que de aquella comarca se les podría llevar. Junto con esto el Rey D. Federico hizo prender al Príncipe de Vesignano, por razón que según era verdadera fama se quería pasar á los franceses. Después de esto monsiur de Aubegni que estaba con el ejército francés en Roma, un día á venticinco días del mes de Julio del año de mil y quinientos y uno se partió con todo su ejército la vía del reino de Nápoles, y el Duque Valentino se quedó en Roma esperando recoger su gente y también para proveer otras cosas necesarias para aquella empresa. Y monsiur de Aubegni como caminase la vía del reino de Nápoles pasó con el ejército por algunas tierras de los colonieses y sabellos, las cuales hizo asolar y destruir por razón de ser aquellos linajes enemigos de franceses, y asimismo pasando por muchos lugares que eran de los Ursinos, los cuales el Rey D. Fernando, predecesor del Rey D. Federico, había quitado al capitán Virginio Ursino, por razón que le había sido enemigo en la primera conquista del Rey Carlo octavo, predecesor de D. Luis que ahora era Rey de Francia, se los tornó, entre los cuales fueron restituidos á los Ursinos (quiere decir á Jordán Ursino) la villa de Alma y la villa de Talahoz. Finalmente, después de haber discurrido por aquellos lugares su ejército, vino sobre la ciudad de Capua, y antes que llegase bien dos millas de la ciudad, envió un trompeta al capitán Fabricio Colona y á los capitanes haciéndole saber cómo él venía en aquel reino con comisión del Rey de Francia para tomar por él la parte que le había tocado en aquel reino por razón de la partición que entre los Reyes de España y Francia se había hecho, y que por esta misma razón los quería requerir de parte del Rey de Francia que pacíficamente le entregasen la ciudad de Capua y le dejasen libremente pasar á Nápoles, donde no, que tuviesen por cierto que por fuerza

de armas las sacaría de su poder con mucho daño, mayor del que ellos pensaban. Esto oído por el capitán Fabricio Colona lo que el trompeta de parte de monsiur de Aubegni le dijo y las amenazas y palabras que muy lleno de presunción y soberbia le envió á hablar con aquel trompeta, le respondió que tornase á su señor y que no volviese otra vez con semejante embajada, si no que á él le ahorcaría de una almena de la ciudad, y dijese á monsiur de Aubegni que si él venía con aquella demanda de parte del Rey de Francia, su señor, que él estaba allí de parte del Rey D. Federico para le estorbar su propósito é injusta demanda que traía. Y con esto se tornó el trompeta al campo, y oída por monsiur de Aubegni la respuesta de Fabricio Colona, allegó su ejército á la ciudad y fué asentarse de la otra parte de la ciudad junto al rio de Bultorno, no muy lejos de Gayazo, adonde estuvo y dió asiento á su campo, lo uno por estrechar la ciudad y lo otro porque el Rey D. Federico no la pudiese socorrer por aquella parte. Y asimismo por tener el ejército más abastado de provisión y vituallas que no la tuviera estando de la otra parte a vía de Roma, y para que mayor abundancia que de vituallas hubiese en el campo, mandó hacer una puente en el rio para dos efectos, el uno porque por aquella puente pasase la gente á combatir la ciudad y el otro para que por allí se pasasen los bastimentos que de las tierras de la otra parte del rio estaban á la parte del campo, por manera que el asiento de su ejército fué muy bien mirado el daño y el provecho que venirles podía. Aposentó su persona en un monesterio que dicen San Francisco, el cual está delante de la roca, camino de Nápoles, un tiro de ballesta de la ciudad de Capua. Después que monsiur de Aubegni hubo dado su asiento al ejército, luego aderezó dar la batería á la ciudad y de asentar el artillería en los lugares más convenientes y más provechosos para haber de combatirla. Y un día viernes de mañana, á diez días del mes de Agosto del sobredicho año, puesta en orden el artillería, comenzaron á disparar contra un cuarto de la ciudad que guardaban los españoles, en el cual hizo mucho daño, y los españoles reparaban el muro lo mejor que podían y cada día salían de la ciudad á escaramuzar los españoles con los franceses, adonde siempre con poco daño suyo en la gente francesa matando é hiriendo de aque-

llos franceses. Y con esto acaeció que un día saliendo los españoles como solían de aquel cuartel, dieron sobre la guarda de los franceses que guardaban el artillería, y tan fuertemente los acometieron que matando é hiriendo algunos franceses, los desbarataron á todos ellos y tomaron una pieza de artillería, y llevándola los españoles á meter en la ciudad, cargó todo el campo sobre ellos, de cuya causa les fué forzado, desamparando el cañón, recogerse á la ciudad porque no pereciesen allí todos, y de esta manera salvándose de la presa de los franceses cerraron las puertas, porque no entrasen con ellos á vueltas los enemigos.

CAPÍTULO XXVIII

De cómo el Duque Valentino vino de Roma en ayuda de monsiur de Aubegni, y de otro segundo combate que dieron á la ciudad.

Estando el campo del Rey de Francia sobre Capua, acaeció que padecían gran falta de bastimentos en el ejército, por manera que casi no podía sustentarse en aquel cerco, y era la causa que como el Rey D. Federico ordenase al Príncipe de Melfa con los caballos ligeros para desde la ciudad de Aversa y desde Chirinola corriesen todas aquellas tierras vecinas y no consintiesen llevar provisión en el campo francés, que era de necesidad que había de haber falta de bastimentos, y de aquella manera se le pudiera hacer harto daño en el ejército de franceses. Pero como monsiur Aubegni, que muy sagaz capitán era, supo la causa de aquella penuria que de bastimento en su ejército había, tomó consigo doscientos hombres de armas y quinientos caballos ligeros, y partiéndose del campo se fué la vía de Aversa. La gente del Rey D. Federico que en Aversa estaba con el Príncipe de Melfa, como supieron la venida de monsiur de Aubegni, salieron de la ciudad y fuéronse huyendo á Nápoles, y por esta razón monsiur de Aubegni, sin ningún estorbo ni impedimento se metió en la ciudad de Aversa, y desde allí los franceses corrían hasta dentro á las puertas de Nápoles, y así llevaban provisiones de todos aquellos lugares para su campo, donde son pan y carne y frutas, que hay muchas en aquella tierra, y dejando monsiur de Aubegni gente de guarnición en Aversa, se

tornó á su campo, al cual, porque más abasto viniesen las vituallas de la otra parte del río y no fuesen estorbadas de los de la ciudad de Capua, mandó hacer una puente de madera, media milla sobre la ciudad. Pues estando las cosas del reino en este estado, no poco apasionado el Rey don Federico por ver que ya los franceses le habían entrado en el reino y que tenían ocupado y en su devoción la ciudad de Aversa, y asimismo veía el muy grande estrecho en que tenían puesta la dicha ciudad de Capua, y que muchas tierras de la Puglia ya claramente mostraban ser por Francia, de las cuales era Venosa y Espinactola y Labello y la Chirinola y Andria, con otros muchos lugares de aquella provincia, no sabía qué remedio diese á tan grande turbación como del reino veía, y junto con esto fué sabidor en cómo el Príncipe de Melfa, no teniendo en nada su prometida fe y palabra, por guardar mejor su estado y señorío de Melfa, se había pasado con todo su ejército y gente, que consigo traía, á la parte del Rey de Francia, por razón que ya comenzaba á prevalecer en el reino y tener la mejor parte, la cual todos los Príncipes por la mayor parte seguían, y ciertamente esto puso al Rey D. Federico en muy gran tribulación y duda de poder sostenerse en el reino de Nápoles. Después de esto el Duque Valentino que, según dicho es, había puesto cerco sobre la ciudad de Capua, vino á se juntar con ellos con todo su ejército, en el cual traía quinientos hombres de armas con quinientos caballos ligeros, y así asentó su real de esta otra parte de la ciudad por la vía derecha de Roma, y después que hubo dado orden en el asiento de su campo y dejándolo todo como convenía para tal caso, él se pasó adonde estaba el ejército francés para comunicar con monsiur de Aubegni, capitán de los franceses, y con el Conde Gayazo y los otros principales de aquel ejército todo lo que se había de hacer cerca de la expugnación de Capua. Finalmente, aquellos señores y capitanes entraron en su consejo, adonde se determinó que, porque en la gente del Duque no venía infantería, que se pasasen á su parte dos mil infantes de los del ejército francés, y que asimismo se pasase del artillería gruesa alguna parte, y de aquella manera la ciudad estaría cercada por todas partes. Hecho según dicho es, el artillería que se pasó adonde la gente del Duque estaba, fué asendada contra dos bestiones que

los de Capua tenían fuera de la ciudad asimismo contra la muralla de la dicha ciudad, y con ésta se jugaba contra los dos bestiones y también contra los muros de la ciudad; por manera que cuando se diese la batalla á los bestiones los de la ciudad no se pudiesen poner á la defensa, ni asomarse á los muros á socorrer á los alemanes que estaban en la defensa de ellos. La otra parte de la artillería se asentó toda ella de la parte del río en el campo de los franceses contra un cuartel de los de la ciudad, que llamaban las caballerizas, el cual dicho cuartel guardaban los españoles, según que arriba se ha dicho. Así repartida, pues, de aquesta manera que se ha dicho toda el artillería, un viernes á hora de vísperas se comenzó á batir muy fortísimamente aquella ciudad y los bestiones por todas partes, y tan fuerte fué la batería de los bestiones, que deshicieron un grande pedazo de ellos, y luego el capitán monsiur de Aubegni y el Duque Valentino metieron en armas toda la gente para dar la batalla á los bestiones que guardaban los alemanes, y los franceses con codicia de ganar la ciudad arremetieron de recio y pelearon bien una hora y más. Los alemanes peleaban con mucha fortaleza por defender los bestiones que no se los tomasen los franceses, y todavía los defendieran, sino que los franceses les mataron su capitán, lo cual fué causa que los alemanes viéndole muerto desmayaron todos y fuéronse huyendo á la ciudad por una puente que tenían hecha, por donde salían y entraban en los bestiones, y los franceses como vieron que los alemanes desamparaban el bestión, cargaron más recio sobre ellos, por manera que se apoderaron valerosamente en él. Los otros alemanes que guardaban el otro bestión menor, como vieron que los alemanes que guardaban el bestión grande se huían á más andar á la ciudad, dejándolo ya en poder de franceses, temieron en grande manera de no poder sustentarse en el que guardaban; por tanto, todos le desampararon como hicieron al otro, y por el mismo lugar que los otros alemanes se habían ido se huyeron ellos á la ciudad, y de esta manera los bestiones vinieron en poder de los franceses, y así apoderados los unos en los bestiones, los otros los fueron siguiendo hasta entrarse con ellos revueltos por las puertas de la ciudad. En esto los españoles viendo la poca resistencia de los alemanes y la gran prisa que

daban los franceses por tomar la ciudad, vinieron con D. Hugo de Moncada hasta cien españoles, dejando bien proveído el cuartel que guardaban y dieron de recio sobre los franceses, los cuales porfiaban á entrar por la puerta de la ciudad, donde matando é hiriendo algunos de ellos los hicieron apartar de la puerta un buen trecho hasta tanto que la noche sobrevino que los despartió. Por manera que los franceses se tornaron á su campo, dejando muy buena y lucida gente en guarda de los bestiones; los españoles se tornaron á la guarda del cuartel que ellos guardaban.

CAPÍTULO XXV

De cómo los de Capua vinieron en concierto con monsiur de Aubegni, y de cómo los franceses se metieron por fuerza en la ciudad, no guardando las posturas que con los capuanos hicieron.

Después de haber ganado los franceses los dos bestiones, según dicho es, toda aquella noche con el día siguiente no cesó de batir el artillería por muchas partes de la ciudad, de tal manera que las casas de dentro con la muralla de fuera recibieron de aquella vez mucho daño, mayormente la tela del muro que estaba entre los bestiones; y luego, el sábado siguiente por la mañana, monsiur de Aubegni ordenó sus haces para dar el combate á la ciudad; y porque la artillería de la ciudad hacía mucho daño en el campo francés, en especial cuando la gente con gran ánimo se allegaba á dar la batalla, hizo monsiur de Aubegni hacer muchas trincheras por donde encubiertamente toda la gente se podía llegar sin recibir daño. Y de esta manera, los franceses, muy en orden, llegaron junto á los muros y foso de la ciudad, y no quisieron acometer la batalla hasta que el artillería del todo derribase un buen pedazo de la tela del muro que estaba entre los dos bestiones, lo cual de la recia batería del día pasado estaba ya casi para se caer, y así estuvieron esperando más de una hora sin hacer ningún mudamiento de sí, ni intentar de subir el muro, antes estaban en la guarda de los bestiones, porque no los tornasen á tomar. En este medio, los capuanos, viéndose puestos en un muy grande trabajo y estrecho, considerando la naturaleza

francesa, que es ser imperiosos y muy vengativos contra aquellos que por fuerza vencen, y temiéndose asimismo que si la ciudad se tomaba por fuerza, recibirían el mismo daño que las otras ciudades con semejante fuerza suelen recibir, acordaron de su parte muy secretamente, sin dar de este acuerdo ninguna parte al capitán Fabricio Colona, enviar á hablar á monsiur de Aubegni con todos los otros capitanes del ejército del Rey de Francia, diciendo cómo su voluntad era de recibirlos en la ciudad y de ser vasallos del Rey de Francia, y que así lo hubieran hecho muchos días antes si no lo estorbara Fabricio Colona y D. Hugo de Moncada, á quien el Rey D. Federico había enviado en guarda de aquella ciudad; pero que no obstante esto, ellos determinaban con toda su voluntad recibirlos dentro en la ciudad, con condición que de su parte no les fuese hecho daño ni perjuicio en sus personas y haciendas. Con este acuerdo enviaron los de Capua al Conde de Potencia, el cual se fué al campo francés y habló con monsiur de Aubegni sobre aquello que la ciudad determinaba de hacer, de que monsiur de Aubegni fué contento, y así se apuntó entre ellos debajo de aquellas mismas condiciones que los capuanos demandaban, que era que se recibiese la ciudad por el Rey de Francia, con que no les fuese hecho daño ninguno en sus personas y haciendas. Después de esto, el Conde Potencia demandó en merced á monsiur de Aubegni por la seguridad de su estado; el cual capitán le respondió que en lo que tocaba á la seguridad de Capua él había respondido otorgando todo lo que ellos demandaban, pero que en lo que decía de su estado y seguridad de él, tiempo había para hablar sobre ello, que por el presente bastaba recibir la ciudad según á ellos cumplía y demandaban se hiciese. Con esta respuesta el Conde de Potencia se partió más temeroso y pesante por la mala respuesta que en lo de su estado le dió monsiur de Aubegni, que no por la buena negociación que sobre lo que tocaba á la ciudad llevaba. Fabricio Colona, que de la salida de aquel hecho no tenía buena esperanza, y barruntando, según los indicios que sacaban, querer los ciudadanos dar la ciudad á los franceses, determinó él de su parte de entender en aquello que á la salud suya y de los suyos convenía, y por esta razón, recibiendo del capitán monsiur de Aubegni seguridad

para le ir á hablar, un día se salió de la ciudad y vino al campo francés y habló con todos los capitanes del ejército, de los cuales demandó que, pues era cierto que la ciudad de Capua los recibía y se daban por vasallos del Rey de Francia, él les rogaba fuese de manera recibida que á su persona y gente dejasen primero salir de la ciudad. Los franceses como sean más enemigos de los vencidos y más señores sobre ellos que otra ninguna nación, no quisieron en este caso responderle, antes le mandaron que sin ningún detenimiento se saliese del campo, si no que sería tenido por enemigo y que como á tal le castigarían. El capitán Fabricio Colona, viéndose en medio de sus enemigos y que ni en el campo francés ni en la ciudad no podía seguramente estar, dudoso en lo que debía hacer, por razón que aun para se tornar á la ciudad no le daban lugar, sucedió que metido en este peligro se encontró en el campo francés con Jordán, hijo de Virginio Ursino, el más capital enemigo que tenían, por razón que estas dos familias siempre fueron contrarias, el cual, dejando olvidar las viejas y nuevas enemistades que entre ellos había, se allegó á Fabricio Colona y amigablemente le abrazó, y preguntándole la causa de su venida en el campo francés, y conociendo el gran temor que tenía no le fuese hecho algún daño de los franceses, él le dijo desechase de sí la pena juntamente con el temor que tenía, que él le prometía de hacer de manera que de ninguno fuese injuriado, y de esta manera, hablando con Fabricio Colona, con mucho amor le sacó del campo y se fué con él hasta le dejar seguro á las puertas de la ciudad. Hecho fué este digno de eterna memoria, que aquel que en sumo grado buscaba la perdición total de los coloneses, pudiendo vengarse en aquel tiempo, quiso antes vencerse á sí mismo mostrando humanidad en el que del todo era vencido, que no dar lugar al rigor con el cual pudiera aprovecharse de su enemigo. En esto los franceses, que estaban encubiertos en las trincheas, como sintieran que monsiur de Aubegni venía en acuerdo con los de Capua, y viendo cómo para tomar la ciudad por fuerza de armas estaba lo más y el mayor peligro pasado, comenzaron á descubrir de las trincheas, y un francés que en aquel día se mostró más que los otros de mayor fortaleza, fué poco á poco hablando con los soldados italianos y alemanes

que estaban en la guarda del portillo que ya el artillería había hecho, y como con el concierto que se había hecho entre los unos y los otros estaban las armas suspensas, dejaron los italianos allegar aquel francés hasta junto al portillo derribado, y tras él se fueron otros muchos franceses hablando con los de dentro amigablemente; los cuales como fueron junto al muro y el francés primero conociese que los de dentro tenían miedo, allegose más á ellos; echando mano á su espada, los acometió con muy gran denuedo, y los otros asimismo se juntaron con aquel francés y peleaban con los de dentro en aquel portillo, pugnando por se meter en la ciudad. En esto, los que estaban encubiertos en las trincheas todos salieron afuera y junto con ellos todo el campo acudio allí, de donde los soldados que guardaban el portillo, con grande miedo de tanta gente que cargó, desampararon el portillo y fuéronse huyendo por la ciudad dando voces cómo los franceses estaban dentro parte de ellos. En esto, el ejército francés, viendo el saco en las manos, cada cual, aunque con mucho desconcierto, se allegó al muro para subir tras los otros compañeros; de manera que dándose los unos á los otros las manos subieron en el portillo, y otros, abriendo las puertas de la ciudad se metieron dentro, matando é hiriendo en ellos sin dejar hombre á vida. Fabricio Colona, como vido aquel hecho, ir tan de caída y derrota y que sin ningún remedio la ciudad se tomaba por los franceses, recogió toda la gente de armas y caballos ligeros y fuese á salir fuera de la ciudad por la parte donde el Duque tenía su campo, creyendo por aquella puerta él y los suyos poderse salvar. Pero la gente de armas del Duque, que tenía la guarda de aquel lugar, como sintieron el rumor y el alboroto de los caballos que salían, acudieron todos juntos de tropel á la puente, adonde hallaron toda la gente de caballo de Fabricio Colona, que por aquella puerta salvaban sus vidas, con grande ímpetu cargaron sobre ellos y mataron é hirieron muchos de ellos y algunos prendieron y despojaron de todo lo que llevaban. Por este rebato, Fabricio Colona, desesperado de su salud, viendo que no podía guarecer á los suyos, determinó de librarse á sí mismo; el cual, con muy gran peligro de su persona, con solos tres ó cuatro de caballos ligeros se huyó de aquel rebato, y siguiéndole los fran-

ceses, por su contraria dicha, cayó en un foso con el caballo, adonde allegando los enemigos le prendieron. En esto, los españoles que en Capua estaban, viendo asimismo el estado de la ciudad de Capua ser todo perdido y que ya no se miraba á ofender los enemigos, salvo defender sus vidas, cada uno según podía, determinaron todos juntos de recogerse á la roca de la ciudad, y así se fortificaron en aquel lugar lo mejor que pudieron, determinando de morir antes que no venir á manos de franceses, y así en la roca estuvieron los españoles hasta tanto que pasó toda la prisa del saco, y después el Duque Valentino los libró; el cual, dado caso que estuviese de la parte de Francia, no por eso dejaba de seguir y amar su naturaleza. Mucha gente murió en este combate, porque según se halló, pasaron de tres mil hombres de toda calidad, así de hombres como de mujeres y niños. Hubieron de aquel caso los franceses muchas ropas y joyas y dineros, y muchos prisioneros, á los cuales rescataban después por lo más que podían. Hizose con esto muy gran fuerza en las vírgenes doncellas, así monjas como seglares, de cualquier estado y condición que fuese y á sus manos pudieron haber. Entre éstas no dejaré de contar un caso digno de memoria perpetua, que acaeció á un soldado suizo con una doncella entera llamada por nombre Galeza de San Severino, y fué así: que teniéndola en prisión aqueste soldado suizo, quiso usar con ella deshonestamente y llevarle la flor de su virginidad; la cual, temiéndose en gran manera de perder aquello que tanto ella preciaba, le rogó muy humildemente que no la quisiese avergonzar ni hacer cosa que dañase su honra, que ella le prometía de llevarle en parte adonde se tuviese por más dichoso con los dineros que en aquel lugar habría, que no se ternía corrompiendo su virginidad por un tan breve y feo deleite. El suizo, que de la promesa de la doncella no poca esperanza de ver alguna buena y grande cantidad de moneda recibió, sin hacer daño ninguno en su honra propuso con mucha alegría de se ir con ella y no con poca codicia de se ver adonde ella decía. La cual, llevándole al lugar donde decía tener el tesoro escondido, vinieron á dar en un alto que salía sobre el río, y como llegase, la dicha doncella le dijo: «Ves aquí el tesoro que te prometí», y diciendo estas palabras se echó de

aquel lugar abajo en el río, adonde en poco espacio se ahogó, y el suizo muy burlado ni gozó del un tesoro ni del otro. ¡Oh maravilloso ejemplo de toda virtud para las que de semejante tesoro é integridad quieren gozar! Ciertamente no es desemejante de aquel de la castísima Lucrecia, que tuvo por mejor darse la muerte con sus manos que no vivir con vituperio y deshonor de la castidad. Bien es verdad que no apruebo el hecho por bueno, por ser más gentilicio que no allegado á nuestra cristiana religión, pero apruebo la intención loable con que se hizo. Finalmente, después de muchas muertes y robos y sacrilegios de templos y corrompimiento de vírgenes, seglares y religiosas, y muchos incendios y otros daños, la ciudad de Capua vino en poder de los franceses, y el Rey D. Federico, sabiendo la presa de Capua y asimismo la prisión del capitán Fabricio Colona, habiéndole dado los franceses en fiado á Jordano Ursino, que como supo su prisión, dado que fuese enemigo, le quiso en aquella necesidad favorecer, envió de Nápoles dos mil ducados, que fué el precio de su rescate, con que recibió libertad, y por el rescate de D. Hugo de Cardona, que juntamente fué preso en aquella ciudad, envió el Rey D. Federico al Príncipe de Visiñano, que según dicho es, por ser de la parte del Rey de Francia, el Rey D. Federico había preso. Algunos quisieron decir que el Duque Valentino había rescatado en mil ducados á don Hugo de Cardona, varón de mucha virtud y nobleza, y que en trueco del Príncipe de Visiñano se había rescatado Fabricio Colona. Finalmente, de la una manera ó de la otra, sea de cualquiera, ellos fueron rescatados y sacados del poder de franceses. Mucho trabajó el Duque Valentino y el Papa Alejandro, su padre, por poder haber en su poder al capitán Fabricio Colona por le dar la muerte, por razón del mucho odio y enemistad que con él tenía. Sabido esto por los capitanes franceses, en cuyo poder estaba, no le quisieron dar, sabiendo la mala intención dañada de ellos y que no le querían salvo para le dar la muerte y vengarse de su familia que ellos mucho desamaban. Este principio y presa de esta ciudad fué causa de que muchas ciudades y lugares del dicho reino de Nápoles luego se dieron á los franceses, no se atreviendo á esperar su rigor é ira que el castigo de aquella ciudad en todas partes hacía temer.

CAPÍTULO XXVI

De cómo el Rey D. Federico se salió de Nápoles y se fué á Iscla, y cómo los franceses se apoderaron de Nápoles y en sus fuerzas.

Ya se dijo arriba cómo los franceses tomaron la ciudad de Capua con mucho daño de ella. Pues resta decir lo que después sucedió acerca del principal propósito suyo, que era tomar aquella parte del reino de Nápoles que por la división susodicha le tocó al Rey de Francia. Pues como los franceses hubieron tomado aquella ciudad, estuvieron en ella dos días mucho á su placer, dentro de los cuales monsiur de Aubegni, que en aquel hecho de su Rey no era nada perezoso, envió un hombre de armas, caballero principal del ejército, al Rey D. Federico, requiriéndole de parte del Rey de Francia que, pues en la partición hecha entre el Rey de España y el Rey de Francia, su señor, á quien aquella parte del reino le había tocado, y el Rey de Francia le había cometido á él aquel hecho para que por la una parte y la gente del Rey de España por la otra, recuperase cada cual sus términos, jurisdicciones y señoríos, y que pues de la parte de su Rey le cabía aquella ciudad de Nápoles, le requería y rogaba que saliéndose de ella se la dejase libre y desembargada; donde no, que él fuese cierto que por fuerza de armas, haciendo el mayor daño que pudiesen en la ciudad, se la quitarían de poder. El Rey D. Federico por la presa de Capua del todo tenía perdido el ánimo, y asimismo siendo de los mismos ciudadanos de Nápoles constreñido á que se saliese de la ciudad, temiéndose no le sucediese como á los capitanes capuanos les había sucedido, y junto con esto viendo la voluntad de los napolitanos tan pronta y aparejada para recibir al Rey de Francia ó á su gente en su nombre, determinó en lo extrínscico antes ser amigo de franceses que no enemigo, en especial que ni la voluntad de los de Nápoles era de se defender ni menos tenía aparejo de gente para se oponer á la defensa, antes por todas las maneras que buscaba le faltaba el remedio. Con esto tornó á enviar á monsiur de Aubegni su embajada con dos caballeros de su corte, rogándole mucho que, pues la voluntad del Rey de Francia era de desterrarle de su reino y despojarle de él, que era contento

de salirse de Nápoles con tal que le diese término de ocho días para poder recoger su casa y otras cosas é irse á Iscla. El capitán monsiur de Aubegni le envió á decir con los mismos embajadores, que le daba el término de los ocho días para poder salir de Nápoles, pero que en lo de la estada en Iscla él decía que si dentro de seis meses no saliese de Iscla sería tenido por enemigo y pasaría sus gentes contra él. Finalmente, el Rey D. Federico vino á todo lo que monsiur de Aubegni sacó por condición. Y con esto el Rey D. Federico, pasados los ocho días, se fué á Iscla con toda su casa, y el capitán monsiur de Aubegni y el Duque Valentino se fueron con sus gentes á Marchanes, adonde estuvieron esperando que pasasen los ocho días para se haber de meter en Nápoles. En este mismo tiempo, antes que el Rey D. Federico saliese de Nápoles, el Gran Capitán, que ya por otro caballero había enviado al Rey D. Federico que le enviase la Reina joven, porque esta era la voluntad del Rey D. Fernando de España, envióle segunda vez á D. Iñigo López de Ayala, caballero principal de su ejército, en que le tornó á demandar la Reina joven, sobrina del Rey D. Fernando el Cático; al cual el Rey D. Federico con sus propias necesidades no podía proveer cuanto más oponerse á denegar aquella demanda, luego se la entregó á D. Iñigo López de Ayala, el cual recogióndola en seis galeras que para este efecto llevaba, se vino á Sicilia con ella y de allí el Gran Capitán la envió en España.

CAPÍTULO XXVII

De cómo el Gran Capitán pasó en la Calabria y comenzó de someter toda aquella provincia debajo de la corona del Rey D. Fernando.

Como los franceses hubiesen, según dicho es, ya casi del todo tomado la parte que á su Rey tocaba en el reino de Nápoles, el Gran Capitán, que estaba en Sicilia, teniendo ya el aviso de su Rey en lo que por su parte debía hacer, no quiso diferir más tiempo aquel negocio, temiéndose que, según los franceses son de natura cobdiciosos y soberbios, después de haber tomado la parte de su Rey intentarían por el mismo caso de tomar la del ajeno. También se temía por razón que muchas tierras, villas y lugares de las provincias de Puglia y Calabria reconocían y admitían el

nombre y apellido de franceses, sabiendo claramente aquéllas haber tocado al Rey D. Fernando de España por división. Finalmente, consideradas todas las cosas y viendo ser conveniente tiempo para hacer aquella empresa, recogió todo su ejército en la villa de Melazo, adonde á la sazón estaba, y en las naves y galeras que tenía en la mar hizo embarcar á su gente, metiendo asimismo toda su artillería y todos los otros aparejos de guerra que eran necesarios para aquel viaje. Y con esto alzando velas en breve se pusieron en la Calabria, por razón que es poca la distancia de Sicilia á aquella provincia. Allegaron de noche á un lugar despoblado, adonde saltando toda la gente en tierra se estuvieron todo lo que de la noche quedaba en el camino junto á la marina, y como fué de día el Gran Capitán entró en consejo y tomóse por parecer que D. Diego de Mendoza se fuese con toda la gente del ejército á una villa que estaba no muy lejos de aquel lugar, que llaman Nicastro, y él con algunos pocos de soldados se fué á Turpia para en aquella villa proveer algunas cosas importantes á aquel hecho. Estuvo en Turpia el Gran Capitán quince días, en los cuales entendió en muchas cosas que convenían, porque á la verdad no halló en todas aquellas dos provincias mejor lugar que era éste, porque tenían la fe de los españoles y les servían con mucha voluntad. Allí se holgaba él más estar y con la gente de aquellos lugares se aconsejaba en aquel hecho como con personas de mucha fe y crédito.

CAPÍTULO XXVIII

De cómo los franceses se metieron en Nápoles y el Rey D. Federico se fué de Iscla á Francia, y de lo que acaeció.

Dicho se ha ya arriba cómo el capitán monsiur de Aubegni y el Duque Valentino con todo el ejército francés se fueron á una villa que llaman Marones para esperar allí en aquel lugar que se pasasen los ocho días que dió de término al Rey D. Federico para se salir de Nápoles. Pues dice agora la crónica que como fueron pasados los ocho días, el Rey D. Federico se fué á Iscla y dejó en tenencia de los castillos Castel-Novo y Castel del Ovo al capitán Próspero Colona, para que con el castillo de Gaeta los entregase á monsiur de Au-

begni como le recibiesen en Nápoles. Después que monsiur de Aubegni supo la partida del Rey D. Federico de la ciudad de Nápoles, sin más se detener se partió de la villa de Marones con todo su ejército y fuese á Nápoles, adonde fué de los napolitanos recibido con mucha solemnidad, porque á la verdad el daño de la ciudad de Capua había puesto mucho temor en Nápoles y en todas las otras ciudades y villas del reino, y por esta razón mostraban todos buen amor y voluntad á los franceses. Finalmente, recibidos los franceses, según dicho es, el capitán Próspero Colona luego entregó los castillos Nuevo y del Ovo y el de Gaeta á monsiur de Aubegni, según que por el Rey D. Federico le había sido mandado. Después de lo cual él se fué á Iscla, adonde su Rey y señor se había recogido. Estuvo el Rey D. Federico muchos días en Iscla muy solícito en pensar lo que debía hacer sobre su destierro, porque halló cerrado todo el remedio que podía buscar, y en quien alguna esperanza tenía, que era en los Reyes Católicos, los cuales meritamente habían sido causa de su despojo y destierro de su reino, y por esta razón determinó del todo, pues le faltaba el socorro y le convenía dentro de seis meses partirse de Iscla, buscar la mejor manera que pudiese para se recoger en alguna parte, pensó que sería bueno, y así se lo aconsejaron, de se pasar en España, por razón que entre sus amigos y parientes hallaría algún remedio y amparo á su triste vivir. Pero por otra parte pensó que tenía muy enojados á los Reyes Católicos, y que por ventura por buscar bien buscaría mal. Y por esta razón determinó de se pasar á Francia, adonde él había sido criado y gastado todo lo más de su vida y tenía mucho conocimiento con todos. Finalmente, con este acuerdo el Rey D. Federico se partió de Iscla y dejó en su lugarteniente de aquella ciudad de Iscla al Marqués del Gasto, y con sus galeras se pasó en Francia, á quien el Rey de Francia recibió muy bien y dióle un muy honrado estado en Francia, con que vivió mucho á su contentamiento. Algunos que esto escribieron, quisieron decir que el Rey de Francia le había recibido muy desabridamente. Bien es verdad que esta opinión, por ser escrita peculiarmente y en aquel tiempo, debe ser más probada, y así yo la tengo por más verdadera, porque me parece conforme á la naturaleza de franceses, que es

mostrarse rigurosos y soberbios contra los vencidos. Pero cualquiera de éstas que sea verdadera, basta saber que después que el Rey D. Federico se partió de Iscla se fué á vivir á Francia, y allí estuvo hasta que murió.

CAPÍTULO XXIX

De lo que el Gran Capitán hizo en la conquista de Puglia y de Calabria.

Después de la partida del Rey D. Federico y del rescibimiento de Nápoles á los franceses, monsiur de Aubegni, que era general de ellos, sabiendo cómo el Rey D. Federico había dejado á Iscla, y que estaba en tenencia de ella el Marqués del Gasto, envió un caballero, requiriéndole con grandes partidos al Marqués le entregase á Iscla como todas las otras tierras del reino de Nápoles se habían dado y entregado. Pero el Marqués del Gasto, que muy buen caballero era, teniendo en más su honra que no por ningún interese dejar de guardar lo que prometió á su Rey, embió á decir á monsiur de Aubegni que el Rey D. Federico su señor le había dejado á él en aquella tenencia, que hasta que supiese su voluntad acerca de aquel caso él no haría ninguna mudanza en su fe, y que antes pensaba tener aquella isla con todo su poder, de manera que hasta que otra cosa se acordase por el Rey D. Federico no fuese de su poder y mano enajenada, teniéndole asimismo en gran merced y gracia los ofrecimientos que le hacía, lo cual dejará ahora la crónica de contar por decir lo que acaeció al Gran Capitán queriendo tomar la parte que á su Rey tocaba. En esta sazón estaba el Gran Capitán en Turpia, dando orden en lo que debía hacer en aquel negocio que se le había cometido, el cual por tener más contenta á su gente y porque de mejor gana le sirviese les pagó nueve meses que les debía, hasta el último día de aquel mes de julio del año sobredicho. Mucho contento pone en los soldados la paga, y muchas fuerzas y ánimo les acrescenta, juntamente con el deseo que de servir á sus señores tienen; y por el contrario, de no ser pagados suceden á las veces, por el descontento que tienen, desamparar sus capitanes en las mayores necesidades, y perderse de su parte las acometidas afrentas, teniendo por mejor el guardar sus vidas que no ponerlas en condición sin remu-

neración de su trabajo. Y así se ve cada día en los ejércitos por culpa de los capitanes levantarse y amotinarse los soldados y aun pasarse á servir la parte de los enemigos. Por esta razón el Gran Capitán, que de gran prudencia era, considerando que no su persona sola más las fuerzas de su gente habían de haber los vencimientos, teníalos á todos en sumo grado contentos y distribuía los despojos todas las veces que los hacían mucho á favor y contentamiento de los suyos. El Gran Capitán después que hubo pagado á su gente se partió de Turpia y se fué á Nicastro, adonde D. Diego de Mendoza estaba con ejército que en aquel lugar los había pagado, y detúvose en aquel lugar bien ocho días, por razón que en aquel tiempo rescibió muchas villas y lugares que se le daban de su voluntad. Como llegó á Nicastro ahora, despachó á Diego García de Paredes, coronel que según dicho es había pasado de Roma con ochocientos hombres de guerra en ayuda del Gran Capitán, y ansimismo mosén Mudarra llevaba cien caballos ligeros, y mandóles el Gran Capitán que con aquella gente fuesen sobre Cosencia, una ciudad que está en la Calabria, la cual se tenía por el Rey D. Federico y estaba en ella un gran capitán que se llamaba micer Antonelo del Noble con doscientos hombres de guerra, y habiendo sido requerido por el Gran Capitán le diese la ciudad, no había querido, antes con mucha diligencia se aderezaba para se defender y guardar aquella ciudad que no viniese en poder de los españoles. Finalmente, con la orden y comisión del Gran Capitán, Diego García de Paredes y mosén Mudarra con la dicha infantería y caballos ligeros se partieron de Nicastro á nueve días del mes de Agosto de aquel mismo año de mil y quinientos y dos. Y en allegando á la ciudad de Cosencia hallaron cómo los ciudadanos (temiéndose de las fuerzas de los españoles, y ansimismo temerosos en ver el hecho del Rey D. Federico ir tan de caída) se habían dado al Gran Capitán por el Rey de España. Micer Antonelo del Noble, su capitán, que de aquella voluntad había sido contrario, se había con su gente recogido al castillo, y desta manera el castillo se tenía por del Rey D. Federico y la ciudad se tenía por el Rey de España. Pues los capitanes españoles se metieron en la ciudad sin ningún impedimento, y en llegando tomaron la Mota, que no era tan fuer-

te como el castillo, y luego se puso diligencia en la expugnación del castillo, al cual por le poner en mayor estrecho, Diego García de Paredes con toda la infantería se aposentó junto al castillo por de dentro de la ciudad, y puso sus guardas por en derredor dél, y mosén Mudarra con sus caballos hizo lo mismo, y ordenadas las guardas en los lugares que más convenía, pusieron en una iglesia que está fuera junto á una viña un capitán para que estuviese en aquel lugar en guarda de las guardas que estaban al derredor del castillo, con trecientos hombres de noche y ciento y cincuenta de día, y con esto hicieron otros muchos aparejos para combatir el castillo, dando asimismo asiento con el artillería. Finalmente, después de haber hecho todos estos aderezos, el capitán micer Antonelo del Noble, viendo como los españoles habían puesto sus estancias tan cerca de los muros del castillo, y que si perseveraban tanto tiempo en el cerco de aquel castillo de necesidad se perdería á falta de provisiones, de las cuales tenían gran penuria, determinó de morir ó hacer de manera cómo echase á los españoles de aquellas estancias, y con esta voluntad salió un día fuera del castillo con ciento y cincuenta hombres de guerra, y dió sobre la guarda de los españoles, la cual tenía mosén Mudarra con sus caballos, entre los cuales se mezcló una muy grande y reñida escaramuza, por razón que como los españoles fueron tomados á deshora y de sobresalto comenzaron á rescebir gran daño de los enemigos y casi fueron desbaratados, sino que los españoles porfiando con mucha fortaleza por no perder la estancia, se detuvieron con los enemigos un buen rato, pero al fin no pudiendo ya más sufrir la fuerza de los enemigos les convino retirarse á fuera y desmamparar la estancia. En este mismo tiempo Diego García de Paredes que estaba en otro lugar, siendo avisado en cómo la guarda que tenía mosén Mudarra era del todo retirada de su estancia por la fuerza de los contrarios que del castillo habían salido, socorrió con mucha diligencia con docientos hombres que consigo tenía, y por su venida los otros que ya habían desmamparado su estancia cobraron ánimo, y afirmáronse contra los enemigos, no dando pie atrás, antes con la ayuda y favor de Diego García de Paredes reforzaron la batalla y tornaron sobre los contrarios tan de recio que les mataron siete hombres é hirieron otros mu-

chos, y tanto hicieron que á fuerza de armas los desbarataron y los encerraron en el castillo. Murió en este rebate un alférez español y fueron algunos heridos de su parte, y Diego García de Paredes habiendo por su socorro reforzado la gente del capitán Mudarra, dejolos en las mismas estancias adonde antes estaban, y él con toda la otra gente con que socorrió se tornó al lugar do hacía su guardia, y por razón que la noche sobrevino, no dió lugar á que por aquel día se hiciese otra cosa sobre aquel caso. Otro día siguiente el capitán micer Antonelo del Noble, habiendo en aquella noche vuelto en su pensamiento lo que acerca de aquel cerco en que los españoles le tenían debía de hacer, y viendo el poco remedio que tenía, por razón que le faltaba gente y vituallas, y temiendo asimismo no quisiesen los españoles dar el combate al castillo, del cual tenía duda según su fuerza de aquella gente poderle sostener, determinó de hablar con Diego García de Paredes, al cual envió á decir que él tenía aquel castillo por el Rey D. Federico, el cual había hasta entonces tenido juntamente con la ciudad con aquella gente que el Rey D. Federico había puesto en guarnición de ella, y los ciudadanos le habían sido contrarios, dándola contra su voluntad y en deservicio de su Rey y señor al Gran Capitán por el Rey de España; y que pues así era, por la obligación que tenía á quien le había puesto, le rogaba mucho le diese quince días de término, en los cuales el esperaba socorro de algunos lugares y villas comarcanas que se detenían por el Rey D. Federico, y que si por el contrario no fuese socorrido según pensaba, él le prometía debajo de algún conveniente partido de rendirle el castillo al Gran Capitán. Diego García de Paredes, que en aquel hecho tenía mucha seguridad, no le quiso responder cosa ninguna hasta tanto que diese aviso de aquel partido al Gran Capitán, demandándole su parecer. Pero el Gran Capitán, temiéndose que si el castillo era socorrido se perdería la ciudad, la cual estaba según dicho es por el Rey de España, determinó de no dar aquel lugar al capitán micer Antonelo del Noble, y por esta razón luego á la hora se partió con todo su ejército de Nicastro y vino la vía de Cosencia con determinación de en llegando combatir el castillo y no dar lugar á que entrase socorro en él. Y micer Antonelo del Noble, como supo que el

Gran Capitán en persona venía sobre el castillo, desesperado del socorro y constreñido del temor, tuvo por bueno de darse al Gran Capitán. Luego como llegó, rescibió el castillo y dióle en tenencia á mosén Mudarra y él estuvo allí algunos dias.

CAPÍTULO XXX

De cómo el capitán de la armada española tomó una nave del Rey D. Federico, y de cómo los franceses comenzaron á usurpar algunos lugares que tocaban al Rey de España.

El Rey D. Federico se partió de Iscla y dejó cargada una nave para que la cargasen de artillería y munición, para que se la enviasen á su hijo el Duque de Calabria que estaba en Taranto; lo cual ponéndolo por obra y viniendo la nave su camino derecho á la ciudad de Taranto, vino á ser vista por el capitán de la armada española, que se llamaba Juan Lezcano, el cual había quedado en Turpía al tiempo que el Gran Capitán se partió á Nicastio, según dicho es; y el capitán Juan Lezcano, como vido la nave, enderezó sus galeras contra ella, y alcanzóla muy lejos de allí cerca del estrecho, y allegando á ella y reconociendo que era de enemigos, aferraron sus galeras en la nave, y comenzaron por una parte y por otra á combatir, y tanto hicieron que por fuerza de armas entraron la nave y la tomaron y prendieron todos cuantos en ella venían. Después de esto monsiur de Aubegni habiendo ya tomado la parte del reino de Nápoles que pertenecía al Rey de Francia, siendo amigos los franceses de novedades, deseosos de extender su señorío de cualquier manera que pudiesen, como está dicho, determinaron de tomar algunos lugares pertenecientes al Rey de España, y junto con esto fué avisado monsiur de Aubegni de los mismos de Nápoles cómo si la provincia de Puglia venía en poder de los españoles, y la ciudad de Nápoles con los otros pueblos no participaban de los trigos y cebadas de aquella provincia, no podían vivir ni sustentarse sin muy gran daño y detrimento de aquella parte del reino que ya era de los franceses, y que por esta razón cumplía mucho buscar alguna manera para poder aprovecharse de ello. El capitán monsiur de Aubegni viendo la legítima causa, y el daño evidente que por esto podía venir á la

ciudad de Nápoles, determinó sin consultar cosa ninguna con el Gran Capitán, y sin tener respeto alguno á los capítulos y asientos que entre el Rey de España y el Rey de Francia estaban hechos sobre la división de aquel reino, acordó de enviar algunas compañías de su ejército para que se apoderasen en algunas villas de aquella provincia de Puglia. Envió asimismo sus comisarios con sus patentes para que en todas las villas y lugares de aquella provincia los rescibiesen y diesen todas las provisiones necesarias, diciendo cómo en Nápoles y en los otros lugares no se podía sustentar el ejército francés. Esto no lo hacía monsiur de Aubegni con voluntad sana, sino con propósito que tenía de venir por aquella razón á manos con los españoles, y sacarles si pudiese aquellas dos provincias que de la parte del Rey de España les había tocado. El Gran Capitán que estaba en Cosencia, como fué sabidor que gente francesa por comisión de monsiur de Aubegni ocupaban las tierras de Basilicata y Capitanata, que era de su pertenencia, envió á un caballero de su ejército á monsiur de Aubegni, á le decir que bien sabía en cómo por la división de entrambos los Reyes de España y Francia habían cabido las dos provincias de Puglia y de Calabria al Rey de España, y que junto con esto habían sido por los reyes jurados los capítulos que acerca desta partición se celebraron entre ellos, los cuales debían ser guardados y mantenidos conforme á como de su parte se guardaban y mantenían; y que él había sido informado en cómo la gente de su ejército se había metido y aposentado en las tierras del Rey de España, yendo contra el asiento y capítulos que entre ambos los Reyes se celebraron, que le hiciese saber cuál era la causa que á hacer esto les movía, y que le rogaba que revocando su mandamiento y comisión que sobre este caso había dado, hiciese luego levantar aquellas gentes de aquellos lugares del Rey de España. Y con esto, el embajador del Gran Capitán se despidió para ir á poner por obra su embajada, y luego envió el Gran Capitán á Pedro de Paz con mil infantes á Manfredonia, para que trabajase de tomar el castillo, el cual se tenía por el Rey D. Federico. Y ansimismo puso mucha gente de armas en todas aquellas tierras que estaban en la ribera de Sipantua, por razón que los franceses no se metiesen en ellas primero, como habían

hecho en muy muchas otras de Basilicata y Capitanata. El embajador del Gran Capitán como fué ante monsiur de Aubegni, refirió su embajada conforme á como venía instruido de su capitán, al cual monsiur de Aubegni respondió, que por cuanto las tierras de Basilicata y Capitanata no habían sido nombradas en las escrituras de la partición de aquel reino, había sido informado que al Rey de Francia tocaba tambien en ellas su parte, y le había mandado tomar en ellas la parte que á su rey tocaba, y por esta razón lo había hecho, y que así lo pensaba hacer hasta tanto que la verdad de ello se liquidase por los mismos Reyes de España y Francia; y que por esta razón á él le parecía que porque no estuviese largo tiempo en esta diferencia, la cual nacía de esta causa, que enviase cada uno por su parte á hacerlo saber á su rey, para que entre ellos se determinase por justicia y derecho, y que entretanto que la resolución de esto venía de ambos los Reyes, le parecía ser justo que en cada una de estas tierras se pudiesen aposentar así franceses como españoles, y que ansimismo hubiese en cada lugar dos banderas, una de España y otra de Francia, por razón que las sobredichas villas y lugares no reconocían mediante esta definición particular señor entre ellos. Y con esta respuesta se despidió el embajador del Gran Capitán, el cual como por la respuesta viesse este hecho puesto en caso dudoso, ansimismo que monsiur de Aubegni se justificaba por lo que decía, determinó de sobreseer en aquel hecho, y de seguir su parecer enviando á su Rey el caso de aquella duda, y monsiur de Aubegni por el mesmo tenor lo hizo saber al Rey de Francia, para que entre ambos los Reyes se determinase aquel hecho.

CAPÍTULO XXXI

De cómo el Gran Capitán vino sobre la ciudad de Taranto, y de lo que el Príncipe de Calabria hizo sobre ello.

En el tiempo que los franceses entraron en el reino de Nápoles, el Rey D. Federico, entre otras cosas que proveyó acerca de la defension del reino, fué enviar al Príncipe de Calabria, su hijo primogénito, para que se metiese en Taranto y la defendiese; de manera que no viniese en poder de los españoles, hasta

que otra cosa se acordase sobre ello, como arriba se cuenta. Y pues, dende algunos días, habiendo el Gran Capitán sometido casi toda la provincia de la Calabria debajo de la Corona de los Reyes Católicos, partióse de la ciudad de Cosencia, donde á la sazón estaba, y fué á Turpia, donde el armada española se surgió. Y como llegó en aquella villa, determinó con brevedad de ir á tomar la ciudad de Taranto, por razón que aquélla es una de las más principales ciudades de Calabria, y estaba hecho fuerte dentro el Príncipe de Calabria. Es maravilloso el asiento de aquella ciudad, que por todas partes es bañada del mar, que D. Alonso de Aragón, el mozo, y por sobre-nombre el Guercho, la había cortado de tierra firme, cuando los turcos tomaron á Otranto, entre las otras ciudades de tierra de Otranto, por la grande comodidad de aquel puerto designaban de tomar á Taranto. La ciudad está agora puesta en aquel lugar donde antiguamente estuvo la grandísima roca de Taranto, ennoblecida por el cerco, no menos largo que vano, de Anibal; pero adonde estaba el viejo Taranto son ahora grandes ruinas, y por todo él se muestran maravillosos vestigios de la ciudad deshecha. Es, en fin, Taranto ciudad nueva, y toda traspasada en aquella isla y ceñida en derredor del mar, y por dos puentes de madera se pasa á ella, puestos el uno al Levante y el otro al Poniente, en las cabezas de las cuales están edificadas dos hermosas fortalezas, que por medio de la una y de la otra tierra firme corren dos canales, y así, con grande dificultad se puede combatir de la parte del abierto mar. No se pueden allegar las naos, porque aquel lado de la ciudad está fortificado de unos bravos peñascos, y por esta razón, luego envió al capitán Juan de Lezcano con el armada para que por la mar tuviese cercada aquella ciudad, que no dejase meter provisiones de otra parte. Y luego, el último día del mes de Agosto del año sobredicho, el Gran Capitán se partió de Turpia y vino á poner cerco á Taranto; pero vista la fuerza determinó, aunque con trabajo, igualar los bestiones y fosos á la alteza de Taranto á golpe de artillería, y cerró las salidas de las puentes haciendo dos castillos de tierra y encima la artillería con propósito de invernarse allí. Juan de Lezcano, que según dicho es había partido con el armada de Turpia, pasó por la Roca Imperial, la cual se tenía por

el Rey Federico, y tomándola, dejó al capitán Carlos de Paz con quinientos infantes de guarnición. y él se fué á poner en la Roca. En esto, el Gran Capitán, como hubo cercado á Taranto, envió al Duque de Calabria un su capitán que llamaban el capitán Oliván, á le decir cómo él había venido en aquellas partes por tomar la provincia de Puglia y Calabria, provincias tocantes al Rey Católico su señor, por la división y partición que entre el Rey de Francia y él se hizo del reino de Nápoles, y que por esta razón le requería de parte del Rey de España fuese contento de dejar aquella ciudad como cosa que pertenecía á su Rey, donde no que protestaba y se excusaba para con Dios del daño y muertes que por el contradecir este derecho podría suceder. El Duque de Calabria, oyendo lo que el Gran Capitán le envió á decir, suspendió su respuesta, no sabiendo en ninguna manera lo que en aquel caso debía de hacer, á razón que quererse oponer y defender del Gran Capitán y de su poder teníalo por cosa grave y dudosa, porque él tenía muy poca gente consigo en defensión de la ciudad, y lo otro, porque toda aquella provincia casi habían rescibido al Rey de España, por donde él tenía muy poca esperanza de ningún socorro, y ansimismo, viendo cómo el Rey D. Federico, su padre, se había ausentado del reino, en quien tenía puesta toda la confianza de aquel hecho. Y por estas razones que he dicho á la crónica, el Duque de Calabria envió por su respuesta al Gran Capitán con su embajador, al cual llamaban micer Octaviano, que bien sabía cómo el Rey D. Federico, su padre, le había hecho merced de aquella ciudad y de otras algunas villas de aquel a provincia, por lo cual él estaba con determinación de la tener hasta tanto que el Rey su padre, que se lo dió, se lo mandase dejar, y por esto le rogaba mucho fuese contento de le dar algún término conveniente, dentro del cual él pudiese avisar á su padre de lo que pasaba y que según la orden y mandado que de él hubiese, así de su parte se cumpliría. Desto fué muy contento el Gran Capitán, y dió al Duque de término dos meses, en los cuales, ora el Rey D. Federico respondiese, ora no respondiese, el Duque fuese obligado á le entregar la ciudad, y ansimismo se sacó por condición, que dentro del dicho término el Duque no pudiese fortificar la ciudad, ni meter gente, ni hacer nin-

guna cosa por donde se viese ser su voluntad de se defender. Finalmente, con esta respuesta micer Octaviano se despidió del Gran Capitán. Habíanse por este tiempo de dar rehenes, en seguridad de una parte á otra, por lo cual el Duque envió al campo español al hijo del Duque de Potencia, y de la parte del Gran Capitán se pasó en la ciudad el capitán Oliván por razón que los españoles no intentasen á querer hacer alguna fuerza en la ciudad. Luego el Gran Capitán hizo allegar su ejército más á la ciudad, adonde le tuvo desde 16 de Septiembre del sobredicho año hasta que viniese la respuesta del Rey D. Federico. El Duque de Calabria envió luego su despacho con sus letras para el Rey D. Federico, su padre, que estaba en Francia, haciéndole saber el estado en que estaba su ciudad de Taranto, y de lo que estaba con el Gran Capitán apuntado, que era dos meses de treguas, dentro de los cuales, por ser breve el término, él esperaba breve resolución de lo que era servido se hiciese en aquel caso, y ansimismo le hacía saber cómo ni por mar ni por tierra él no podía meter gente ni vituallas, no sólo porque así estaba capitulado y jurado entre ellos, pero por razón que de la parte de la mar estaba el armada bien cerca de la ciudad de Taranto y por tierra estaba todo el ejército aposentado en derredor de la ciudad, por manera que no podían entrar por parte ninguna. Esto fué lo que el Duque de Calabria escribió á su padre.

CAPÍTULO XXXII

De lo que intentó hacer monsiur de Aubegni en deservicio del Rey de España, y cómo algunos príncipes y señores de aquellas dos provincias se vinieron á reconciliar con el Gran Capitán.

Entre los españoles y franceses, el principio de las discordias y guerra fué, según dicho es, por razón que al tiempo de la primera conquista del reino de Nápoles, cuando el Rey Carlo Octavo pasó en el reino de Nápoles, el Conde de Corata y Reinaldo Barbina siguieron la parte de franceses, por lo cual, después que el Rey D. Fernando fué restituido, según dicho es, se ausentaron del reino y se fueron á la ciudad de Trana, tierra de vencianos, y allí se estuvieron escondidos hasta

que vino otra vez el ejército de franceses contra el reino de Nápoles, en el tiempo que reinaba el Rey D. Federico, los cuales, debajo de este favor, muy secretamente salieron de Trana y se fueron á Corata, el cual lugar estaba por el Rey D. Federico, juntamente con otros lugares comarcanos, adonde se metieron y ocuparon aquel lugar, y se hicieron fuertes en él, y los recibieron con mucha voluntad. Hubo el Rey D. Federico en dote este condado de Corata con otros lugares circunstantes, por razón que se casó con una hermana del Príncipe de Altamura. Como aquestos lugares no estén metidos dentro de las dos provincias Puglia ni Calabria, sino en la frontera de Puglia, y ansimismo el Rey de Francia pensaba que por razón de aquel casamiento y bienes dotales del Rey D. Federico que á él solo pertenecía el derecho de aquellos lugares, intentó monsiur de Aubegni, por comisión de su Rey, y persuadido por el Rey don Federico, que ya estaba en Francia, el cual en excesivo grado aborrescía el nombre de España, de tomar aquellos lugares juntamente con la otra parte del reino que ya había tomado el nombre del Rey de Francia. Y para este efecto, el capitán monsiur de Aubegni envió al Gran Capitán tres caballeros de su ejército, al uno llamaban monsiur de Greni, y al otro monsiur de la Mata, y al otro Luis Darías, con los cuales le dijo que por cuanto aquellas tierras que dudaban de Basilicata y Capitanata, eran tierras distintas de las que se entendieron de la partición que de aquel reino hicieron, y hallaban por algunos avisos que el Rey de España no tenía en ellas ninguna parte, por razón que estaban muy apartadas de las dichas dos provincias Puglia y Calabria que á él tocaban, y él tenía determinado de tomar aquellas tierras solamente en nombre del Rey de Francia, hasta tanto que de ello viniese la determinación, según que se había enviado á demandar á los Reyes sus señores. El Gran Capitán, como hombre prudente y sabio, siempre procuró de usar con los franceses toda la mejor manera de paz que pudo, y con esto envió á decir á monsiur de Aubegni mirase cuánto cumplía al servicio de Dios y de los Reyes, en cuyo nombre allí habían venido, la paz que con suma justicia se puede mantener, y que pues aquella duda ya se había enviado á consultar con los Reyes de España y Francia, no quisiese entretanto

que la resolución de ello venía innovar de su parte cosa alguna, porque si así intentaba hacer, como le era por sus embajadores dicho, él se excusaba protestando primero toda paz y concordia para con Dios nuestro señor, que ni el Rey de España, ni él, ni sus capitanes, no tenían en ello culpa, ni eran autores de aquella defensión de la jurisdicción y derecho de su reino, sin haber ofendido en parte alguna el derecho del suyo. Con esta respuesta del Gran Capitán se tornaron los embajadores de monsiur de Aubegni, el cual, como tuviese voluntad de extender, ora con justicia, ora contra justicia, los señorios de su Rey, sin atender ley ni derecho, se comenzó á meter del todo en aquellos lugares. En este tiempo los Príncipes de Melfa, y Visiñano, y de Salerno, viendo el principio de las altercaciones de entre españoles y franceses, que esperaban sangriento y dudoso fin, considerando que en todas las cosas que el Gran Capitán había emprendido había alcanzado victoria, como la alcanzó con muy grandísima honra suya en la primera conquista deste reino de Nápoles contra el Rey Carlo octavo, según en los capítulos pasados se ha dicho, y que así se esperaba alcanzaría en todos sus hechos, según su grandísima virtud, determinaron de venir juntamente con el Marqués de Bitonto á Taranto, adonde el Gran Capitán estaba, los cuales fueron del Gran Capitán con mucho amor y buena voluntad recibidos, y ellos ofrescieron sus personas y estados en servicio del serenísimo Rey D. Fernando de España, y hicieron también pleito homenaje en la forma acostumbrada de guardar y mantener todo aquello que debían hacer en servicio del Rey Católico. Por lo cual, el Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Aguilar y de Córdoba les confirmó sus estados, y de ahí adelante fueron habidos por vasallos del Rey de España, é hizolos el Gran Capitán muy bien aposentar en su campo á sus personas y á los suyos.

CAPÍTULO XXXIII

Del aparejo que el Duque de Calabria hizo en Taranto, y de lo que el Gran Capitán hizo sobre esto.

Ya se dijo arriba cómo los franceses no aguardando la respuesta y determinada voluntad de su Rey, en lo que tocaba á la duda de

a aquellas tierras, ellos mismos se habían metido en ellas, queriendo del todo usar de rigor para as traer debajo del servicio del Rey de Francia. Pues, no contentos con esto, procurando por todas las vías y maneras que podían hacer daño en los españoles, enviaron muy secretamente al Duque de Calabria á le decir que bien sabían cómo el Gran Capitán estaba sobre Taranto, y ansimismo el término que le había dado para entregar la ciudad, y que por esta razón, no embargante que el término pasase, le rogaban mucho de su parte se sufriese por algunos días en la ciudad, que ellos le prometían de le socorrer con brevedad, porque ellos tenían aviso del Rey D. Federico su padre ser aquella su voluntad. Esto mismo enviaron á decir al Castellano de Manfredonia, que se tenía por el Rey D. Federico, sobre el cual estaba el capitán Pedro de Paz con mil infantes según dicho es. El Duque de Calabria, que del todo tenía perdida la esperanza de ser socorrido por razón de la ausencia del Rey D. Federico su padre, viendo el ofrescimiento del socorro que los franceses le hacían, determinó de estar quedo y no dar la ciudad al Gran Capitán, dado caso que pasase el término de los dos meses que le había dado. Y con esta voluntad luego comenzó muy secretamente de meter aparejos dentro de la ciudad, así de gente y vituallas como de otras cosas necesarias para defenderse. Y ansimismo comenzó de reparar algunas partes en el castillo que estaban mal paradas. El capitán Oliván que estaba dentro en Taranto, en rehenes, barruntó, no embargante que aquellos aparejos se hicieron con mucho secreto, lo que el Duque determinaba de hacer, de lo cual todo dió aviso al Gran Capitán, y él viendo el estado de aquella ciudad dudoso para la haber de rescibir, con mucha diligencia mandó hacer muy grandes reparos contra la ciudad de Taranto, y junto con esto mandó asentar mucha artillería por lugares diversos contra la ciudad, y con muchos bergantines y otros vasos ligeros armados de gente y de artillería, mandó ocupar el mar Pechuno, por razón que por allí no viniese á la ciudad provisión ninguna ni gente de socorro. El Gran Capitán allende de esto, con maravillosa y extraña manera, á imitación del cartaginés Aníbal, hizo poner hasta veinte navíos encima de carros, y del abierto mar Jonio los hizo traspasar en aquel mar cerrado, el cual tiene de largo cerca de cuatro millas y está hecho

á modo de un grande estanco ó laguna, y en el derredor había diez y ocho millas ó más. Y aunque hay muy grandes tormentas, tienen allí las naves un reposado y seguro acogimiento y de pescado es abundantísimo. Pues habiendolo llevado las naves á aquel instante los soldados españoles con fiestas y cantares muy alegres corrían toda aquella marina, los tarantinos concibieron grande temor, aunque á la verdad aquel negocio más era espantoso que dañoso. Habiendo, pues, de esta manera dado orden el Gran Capitán á lo que tocaba á la expugnación de Taranto, los de la ciudad juntamente con el Duque, viendo la guerra puesta en las manos y el daño que de esta causa se les aparejaba, enviaron á decir al Gran Capitán cómo ellos estaban prestos y aparejados para entregar la ciudad pasado el término de los dos meses, y que por cuanto se temían según el largo camino que hay desde aquella ciudad á Francia, donde estaba el Rey D. Federico, dentro de aquel término no podían haber respuesta, le rogaban encarecidamente que apartando el rigor y sospecha que en su campo contra ellos había nascido, les difiriese el término de otros tres meses, dentro del cual creían sin ninguna duda que les venía la respuesta del Rey D. Federico de lo que debían hacer; y que si dentro de este término no viniese, que ellos le prometían de le entregar la ciudad sin ninguna dilación y echar de ella al Duque. El Gran Capitán, que de natura era humanísimo é inclinado á otorgar cualquier partido que le demandasen, en especial habiéndolo con el Duque de Calabria, que no lo tenía por enemigo, tuvo por bueno de les prorrogar el término otros dos meses, con condición que pasados aquellos sin hacer innovación de cosa le entregasen la ciudad de Taranto. Quedando las cosas de Taranto en este estado, Próspero Colona y Fabricio Colona que hasta en aquel tiempo habían servido al Rey D. Federico con gran diligencia y fe, como vieron las cosas del reino de Nápoles del todo estar en el suelo, y que el Rey D. Federico su Rey y señor había sido despojado de su reino, y que á esta causa se pasó en Francia, determinaron de salirse de Iscla adonde á la sazón estaban, é ir á servir al Rey de España, por razón que ya habían mudado su voluntad; y si hasta entonces habían seguido al Rey de Francia, ya le aborrecían y tenían aquella nación por enemiga capital, y por contrario amaban

á los españoles. Así pensaban, según la virtud del Gran Capitán, tornarse en su estado de que por los franceses habían sido despojados. Con esta determinación y voluntad Próspero Colona y Fabricio Colona se fueron á presentar al Gran Capitán, ofresciéndose por vasallos y servidores del Rey de España. Y el Gran Capitán teniendo noticia de la fe y constancia que aquellos caballeros tuvieron y mantuvieron al Rey D. Federico, y ansimismo el amor que ya tenían con las cosas de España, los rescibió muy bien y alegremente, estimándolos mucho por sus personas, y ansimismo ellos de ahí adelante hicieron en servicio de los Reyes de España cosas muy dignas de grande memoria, según que más adelante en la prosecución de la Crónica se relatará.

CAPÍTULO XXXIII

De cómo el armada francesa se partió de Nápoles para ir á conquistar algunas tierras del Turco, y de lo que les acaesció.

A este mismo tiempo que el Gran Capitán estaba en Taranto, monsiur de Rabastayn, capitán general de la armada francesa, de nación flamenco, como llegase á la sazón en Nápoles y viese que la parte de su Rey era ya tomada, y que no era menester su ayuda, determinó de salir de allí é ir la vía de Levante para conquistar algunas tierras de los turcos en ayuda y favor de venecianos, cuya armada ansimismo estaba en aquellas partes con semejante expedición. Y con esta voluntad movido monsiur de Rabastayn, salió con el armada de Nápoles, y pasando por el mar Jonio cerca de Taranto, fué á dar á una isla que llamaban Mitilene, adonde Benito Pesaro, proveedor de venecianos, se juntó con el armada francesa, y dende aquel lugar acordando entre sí en lo que debían hacer, salieron en tierra, y fueron á combatir una ciudad que se llamaba del mismo nombre Mitilene, donde como llegaron, dieron orden entre sí de cercarla. Venían en la armada francesa cuatro carracas gruesas, y diez y seis navíos y diez galeras, adonde iban cinco mil hombres y treinta piezas gruesas de artillería. Con este aparejo el coronel de los venecianos y monsiur de Rabastayn con su gente, asentaron su campo y artillería sobre aquella ciudad, dejando muy buena gente de guerra en las armadas. En esto micer

Benito de Pesaro, proveedor de venecianos, fué avisado cómo el armada de turcos había de salir en breve de Lepanto en favor de aquella ciudad, y por esta razón dejó al capitán francés en aquel lugar, y por su teniente dejó á un caballero que llamaban micer Paulo, con solas tres galeras de gente y de artillería bien proveídas, y se fué á la isla de Tenedo por esperar allí el armada del turco y dar aviso á los suyos á su tiempo. Y como el capitán francés vido ido al proveedor, porque toda la honra de la presa de aquella ciudad se atribuyese á él, y como son franceses de natura avaros, soberbios y codiciosos, dió orden con su gente de combatir la ciudad, del cual del teniente del proveedor fué muchas veces rogado difiriesen aquel combate hasta la venida de micer Benito, y que en ello rescibiría muy gran merced y gracia. Pero el capitán francés monsiur de Rabastayn, incitado de la codicia y ambición, creyendo que con poco trabajo se tomaría la ciudad, metiendo en orden toda su gente después de haber muy fuertemente batido la ciudad con su artillería, con la cual derribó un muy grande pedazo del muro, arretrató con su gente con muy mucho denuedo y fortaleza, á los cuales los turcos rescibieron muy bien no con menor ánimo y fortaleza de aquel con que fueron acometidos. Tenían los turcos por de dentro hechos muchos reparos, de manera que la ciudad se quedaba tan fuerte como de antes que el muro se derrocasse, y de tal manera y con tanta presteza fué de los turcos la ciudad defendida, que muriendo de aquella vez muchos de la gente francesa y no pocos de los turcos, convino á monsiur de Rabastayn dejar el combate hallándose burlado de su mala esperanza, por lo cual mandó embarcar su gente, y quiso alzarse de aquella ciudad y partirse luego á Francia. En esto sobrevino Benedito Pesaro, de cuyos ruegos el capitán francés se hubo de quedar no más de para que con su gente estuviese cerca de la ciudad, y que no saliesen á ningún combate. Habíase sabido por algunos turcos de los que se habían capturado que dentro en la ciudad no había más de ciento y veinte turcos de guarnición y trecientos turcos de la misma ciudad. Por manera que de gente de guerra no había más de cuatrocientos y veinte hombres, de los cuales los trecientos eran renegados. Estuvieron algunos días los dos ejércitos sobre aquella ciudad, no de-

jando cada día de batir con mucha fortaleza el muro, del cual rescebían mucho daño, habiendo derrocado la artillería gran parte dél. En esto vino aviso al proveedor cómo venía una buena armada de turcos de socorro á la ciudad, por lo cual aconsejándose con monsiur de Rabastayn, determinó de irse con su armada en un lugar secreto, por manera que diesen sobre los enemigos antes que fuesen de ellos sentidos. Y así se hizo, que viniendo á manos el armada veneciana y los turcos, el socorro de los turcos no hubo ningún efecto, porque unos fueron muertos y otros presos y los demás anegados. Algunos de ellos que se escaparon escondiéndose en algunos lugares desiertos de aquella isla, los venecianos tuvieron mejor lugar de tomar la ciudad. Y así un día micer Benedito Pesaro metiendo su gente dió una batalla en la ciudad muy sangrienta, porque los turcos defendiéndose muy fuertemente y los venecianos pugnando por los entrar, perdieron allí muchos sus vidas, y tanto hicieron los venecianos que dos veces por fuerza de armas subieron encima de los muros, y tantas veces los turcos los hicieron retirar, por manera que aquel día sin tomar la ciudad los venecianos se retiraron afuera; y en este medio vino una fusta del maestre de Rodas, la cual dió aviso á los capitanes de las dos armadas de cómo el Maestre venía con su armada á les ayudar, y por aquella razón les rogaba mucho que tuviesen cercada la ciudad hasta que llegasen. No poco placer cierto rescibieron desta vez el proveedor y el capitán francés, creyendo que de su socorro y venida no podría estar la ciudad sin ser tomada, y así se derminó monsiur de Rabastayn de esperar al Maestre. Pero como los franceses sean del todo mudables é inconstantes, que lo que una vez determinan de hacer luego se mudan de parecer, y así lo hizo éste, que sin consideración se levantó otro día con su armada dejando al proveedor de venecianos solo con su armada en aquel lugar, y fuese á una isla que llaman Achios, adonde estuvo algunos días. Después de los cuales queriendo ir en Nápoles, sucedió una tan gran tormenta yendo á la vela, que rompidas velas y jarcias, y hechos pedazos los mástiles, desparcidos los unos de los otros se perdieron todos los más vasos de la armada, y los que escaparon vinieron á dar en diversas partes de la Puglia y Calabria. De manera que quiso nuestro Señor

maravillosamente demostrarnos que aquellos que habían rehusado el peligro y daño que les podía venir en defensión de su fe y nombre, no queriendo ayudar á los venecianos, no se pudiesen guarecer de pasar el peligro de la mar, debajo de cuyo poder y mando son todas las cosas. Finalmente, viniendo en aquellas partes de Puglia y de Calabria, el Gran Capitán ya tenía muchas de aquellas tierras de las dos provincias sometidas debajo de la Corona del Rey de España. No teniendo en la memoria la enemistad que con él tenían los franceses, y lo que agora de refresco contra el servicio de su Rey intentaban de hacer en los lugares y castillos de Basilicata y Capitanata, envió en todas aquellas villas y puertos adonde los franceses habían llegado tan mal parados mensajeros, rogándoles que les hiciesen muy buen rescebimiento, y los tratasen como á su misma persona lo harían, porque aquello sería servicio de su Rey y de su señor. Y junto con esto, á monsiur de Rabastayn, que era capitán general de la armada francesa y muy buen caballero, le envió un presente de setenta caballos y muchos brocados y sedas y otras cosas, y telas de lienzo para su vestido y aderezo de su persona y de los suyos. Envióle asimismo gran copia de dinero para su gasto, porque venían en su compañía el señor Estuardo Duque de Albania y otros principales franceses. Envióle junto con esto muy buena copia de caballeros y hijosdalgo que le acompañasen hasta le poner en el lugar donde fuese más su voluntad. Y monsiur de Rabastayn lo rescibió siendo de aquel hecho del Gran Capitán muy pagado, teniendo en mucho su humanidad y clemencia, y agradeciéndole la cortesía y buen tratamiento que en el halló, se fué á Nápoles, adonde dando muchas dádivas y otros dones á los caballeros que le acompañaron, se despidió de ellos, enviándolos al Gran Capitán, confesando no ser en cosa alguna igual al Gran Capitán, porque poco antes movido de la codicia de la gloria, persuadido para ello de venecianos, había navegado contra turcos á fin que tomada la isla de Mitilene, como ciudad é isla más noble, sobrepujase en la honra al Gran Capitán, el cual felizmente había adquirido ganando la Chalfonia; pero aquella conquista de Mitilene fué con más temeridad que con valeroso esfuerzo de franceses emprendida, y así tuvo muy deshonorado fin. No faltaron soldados es-

pañoles que teniendo grande envidia de aquellas dádivas hechas á los franceses, que por las tiendas y públicas conversaciones decían que el Gran Capitán con real mano derramaba las riquezas con los extranjeros, que fuera más justo proveer á la necesidad de sus soldados, así como aquellos que se les debían pagas de muchos meses; por donde la envidia de aquella malvada furia prendió de tal manera los ánimos de los enojados soldados, que todos de una voluntad y súbito consentimiento se amotinaron, y tocando al arma se metieron en orden y comenzaron á demandar al Gran Capitán sus pagas. Había pasado tan adelante este furor, que estando el Gran Capitán desarmado, le metieron las picas en los pechos, y ninguna cosa tanto le defendió en tan crecido peligro quanto su maravillosa constancia y majestad de sus palabras, porque un soldado privado que con terrible vista le amenazaba con la punta de la pica, le metió la mano debajo de ella y con un rostro apacible medio riendo le dijo: «Levanta para arriba esta punta, necio, que burlando no me pases de parte á parte». Decía esto con tanta alegría como si aquel soldado que con el enojo apretaba los dientes se estuviera burlando. Fué allende de esto increpado con vituperio y feisimas palabras; porque excusándose de le haber tardado la paga y jurando cómo se hallaba en extrema necesidad de dineros, un capitán vizcaíno, llamado Isciar, le respondió soberbiosamente diciéndole: «Si tú no tienes dineros, mete á tus hijas en el burdel». De la cual palabra, aunque por entonces no mostrase ningún sentimiento en su persona de haber tomado enojo por ello, pero llególe á lo intrínseco del corazón, porque habiéndose asesegado aquel motín con ciertos prometimientos de dineros, la noche siguiente mandó ahorcar á Isciar de una ventana abajo, adonde el ejército le podía ver. Donde el Gran Capitán con aquella severidad cobró no solamente su autoridad y reputación, la cual el reciente motín de los soldados había escurecido, pero en lo de porvenir con aquella terribilidad del súbito castigo átemorizó á los sediciosos soldados, que de allí adelante no tuvieron atrevimiento de ofenderle. Pues mirad, ó franceses, la clemencia y humanidad de los pasados romanos, por cuyo ejemplo debemos todos vivir. No ha tenido como fuerza para poner alguna en vosotros, á lo menos fingida, pues

propria no la teníades según vuestra soberbia. Esta liberalidad debiera bastar para convertir vuestro duro corazón, pues que con vosotros siendo sus enemigos este excelente capitán usó, para que vuestra naturaleza pudiesedes en la imitación de éste y hiciédesdes trueco de costumbre mudando vuestra inhumanidad y clemencia, que son dos cosas las más preciadas que en un caballero se pueden hallar, porque no os inclináis á serle gratos de tan grande beneficio. Pero como los franceses tuviesen ya gana de romper con los españoles, disimularon esta virtud por dar lugar á su condición, y con esto no dejaban de se extender ocupando siempre las villas y lugares, no sólo sobre aquellos que tenían duda, pero los que verdaderamente sabían pertenecer al Rey de España.

CAPITULO XXXV

De cómo los franceses intentaron por manera y arte de haber en su poder el castillo de Manfredonia, y de cómo el Gran Capitán envió sus gentes y le tomaron juntamente con la villa.

Pues como el Gran Capitán hubiese prometido en el motín pasado dar paga á sus soldados, y como no tuviese orden ninguna de ser de presente proveído de dineros, estando en grande perplejidad con gana de cumplir su palabra, la fortuna que en las cosas difíciles jamás le desamparó, le socorrió de tal manera que en un punto le enriqueció con la mercancía de una nave de Génova, la cual navegando para Levante había venido al golfo de Taranto. El cual mandó á Pricio, capitán, que con las galeras de Lezcano la rodease y la metiese á saco estando la nave bien descuidada de semejante rebato. Mandó el Gran Capitán hacer esto por algunas causas justas que á ello le movían, y señaladamente porque llevaba hierro á los turcos. Estimóse el valor de la nao en más de cien mil ducados, aunque esto hizo hacer el Gran Capitán compelido de la gran necesidad; pero decía que un capitán general, á tuerto ó á derecho, siempre había de procurar de vencer, aunque fuese con daño de algunos inocentes, porque ganada la victoria, los daños que se habían hecho á los miserables pobres después se podía recompensar con mucha cortesía y cumplimiento. Pues en este tiempo los franceses, que no se olvidaban en sus co-

sas, llevándolas mal gobernadas y no fundadas sobre buen cimiento, comenzaron de nuevo á tramar con el castellano de Manfredonia persuadiéndole que les entregase á ellos aquella villa y castillo, y prometiéndole por esta razón muchas dádivas y diciéndole que si él quería que ellos la tendrían por el Rey D. Federico y ni más ni menos como hasta entonces había sido por él tenido, y que en aquello ellos servían al Rey D. Federico, del cual tenían sus letras y su signo y comisión bastante para tener aquel castillo en su nombre, el cual se temía de perder por ser muy fuerte y le pesaría en gran manera que viniese á manos y poder de españoles. Y así le enviaron al castellano para que diese más fe de lo que decían ciertos contrasígnos y falsos seguros, lo cual obró tanto que el capitán se determinó de entregar el castillo á los franceses. Pero esto no se pudo hacer tan secreto ni tan presto que el capitán Pedro de Paz, que estaba sobre aquel castillo, no lo sintiese; el cual con mucha presteza luego avisó al Gran Capitán de todo lo que se trataba entre los franceses y el castellano de Manfredonia. Demandóle le enviase luego gente de socorro para combatir el castillo, porque de aquella manera venía el castillo antes á su poder que no dilatando el cerco. El Gran Capitán Gonzalo Fernández de Aguilar y de Córdoba, que muy bien conoció en lo que aquellos movimientos habían de parar, determinó de socorrer al capitán Pedro de Paz con gente. Y con esto ordenó á D. Diego de Mendoza para que fuese á Manfredonia, al cual dió cien hombres de armas, y á Diego García de Paredés, y á Pedro Navarro; y á Pedro Pizarro envió con dos mil infantes, y á Diego de Vera capitán del artillería envió con diez piezas entre cañones gruesos y falconetes; y con esta orden y comisión del Gran Capitán los sobredichos capitanes y gente se partieron la vía de Manfredonia con voluntad de luego como llegasen dar el combate al castillo. Y partidos de Taranto para Manfredonia á veinte y tres días del mes de Febrero de mil y quinientos y tres años, llegaron primero día de Marzo del mismo año, y luego comenzaron á dar asiento al artillería contra el castillo, y aposentar la gente en los lugares más convenientes que les pareció, y sin ningún detenimiento comenzaron á batir con el artillería el castillo; el cual se batió con mucha fortaleza tres días continuos, de que se hizo mucho daño

en el castillo y aun á la gente que á la defensa estaba. En esto teniendo los capitanes españoles la gente aderezada para dar la batalla, el capitán de Manfredonia, desconfiando de socorro y viendo cómo los franceses se tardaban en venir á rescibir el castillo por el Rey D. Federico según que estaba acordado, determinó de se dar á los españoles debajo de partido, el cual fué que le dejasen sacar su mujer é hijos, y los bienes que tenía junto con la gente de dentro; de manera que no rescibiesen daño alguno, y que les entregaría el castillo. De esto fué avisado el Gran Capitán, el cual luego envió á mandar que sin ningún detenimiento le recibiesen debajo de aquellas condiciones que el castellano ofrecía. Pues queriéndoles dar el castillo, aconteció que una noche, como el castellano hubiese hecho concierto con los franceses, según dicho es, de les dar el castillo para que en nombre del Rey D. Federico lo rescibiesen, vino por esta razón un locteniente de monsiur de Alegre que llamaban Fonte Ralás á se meter dentro del castillo, el cual partido de Ronda en un bergantín con solos veinte hombres, creyendo que no hubiesen venido españoles sobre Manfredonia se fué muy descuidado á meter dentro en el castillo; y como las guardas de españoles lo sintieron, vinieron sobre Fonte Ralás y la gente que llevaba, y prendiéronlos á todos, lo cual fué causa que el castellano otro día siguiente entregase el castillo á los españoles debajo de las condiciones y seguros que contado ha la crónica. Y dando aquel castillo al Gran Capitán, dióle en tenencia á mosén Rocas, y quedando del todo seguro el lugar por el Rey de España, D. Diego de Mendoza con los otros capitanes se partieron de allí por comisión del Gran Capitán y se fueron cada uno de ellos á aposentar á los lugares siguientes y tierras comarcanas de Manfredonia. Primeramente quedó el capitán Pedro Navarro en guarnición de Manfredonia con cuatrocientos infantes, y D. Diego de Mendoza con ciento y cincuenta hombres de armas y cuatrocientos infantes se fué á Nochera; y en Santanger y en Esquitela se aposentó Diego García de Paredés con seiscientos infantes, y en Isoja el prior de Medina con cien caballos ligeros y quinientos infantes. Y se estuvieron los capitanes y gente de armas é infantes hasta tanto que vino la respuesta de los Reyes sobre la duda de aquellas tierras.

CAPÍTULO XXXVI

De cómo vino la respuesta de los Reyes de España y Francia, y del lugar que asignó para la determinación de ella.

Pasando la cosas de entre los españoles y franceses en la manera sobredicha, deseando el Gran Capitán que aquellas diferencias se determinasen antes por paz y amigablemente que no por guerra y enemistad, vino la definitiva respuesta de los Reyes de España y Francia, la cual fué de esta manera: que por cuanto convenía mucho al estado del reino de Nápoles, y á la pacificación dél, y de ello rescibían servicio los Reyes de España y Francia, les mandaba que amigablemente españoles y franceses partiesen entre sí aquellas dos provincias de Basilicata y Capitanata, sobre que tenían diferencias. Para lo cual ellos enviaban personas tales para que conforme á justicia y conciencia harían la partición. Envió el Rey de España para este efecto un caballero y doctor que se llamaba micer Tomás Malferit, hombre de muy buen consejo y temeroso de su conciencia, á quien con razón justa el Rey de España cometió aquel hecho. Y el Rey de Francia ansimismo envió de su parte un buen caballero á quien hizo Visorrey de Nápoles, que llamaban monsiur de Nemos [*Nemours*], varón de mucha virtud y fortaleza, que en estos rebatos y guerra mostró bien su gran corazón y ánimo, según que abajo se dirá, el cual por no ser letrado cometió en la disfinición de aquel caso todas sus veces á un doctor que llamaban micer Julio Escrociato. Con los cuales doctores se juntaban doce caballeros de una parte y doce de la otra, para que entre ellos se determinase con más facilidad y menos diferencia. Pues estando las cosas en esta orden puestas, el Visorrey monsiur de Nemos hizo saber al Gran Capitán su venida y la comisión que traía del Rey de Francia. El Gran Capitán á la sazón estaba sobre Taranto, y de allí envió su embajador para concertar con él lugar y día, dónde y cuándo se habían de juntar para averiguar la diferencia de aquellas tierras, y el embajador llevó respuesta al Visorrey para que se viesen los unos en Melfa y los otros en Atela, y que desde aquellos lugares se comunicaría aquel negocio, y se averiguaría del todo por los doctores y caballeros aquellas diferencias. Con esta respuesta del Visorrey y del Gran Capitán comenzaron

á dar orden en su partida para Atela, que era el lugar do había de estar con su gente el Gran Capitán, en el cual tiempo de los tres meses que el Gran Capitán había dado al Duque de Calabria para que le entregase la ciudad y castillo de Taranto, ya habían corrido y pasado. A cuya causa antes que el Gran Capitán se partiese de sobre la ciudad, sin esperar más dilaciones, el Duque entregó la ciudad al Gran Capitán, y envió al Duque de Calabria á Bitonto con cien caballeros de guarda, con quien iba un caballero que tenía cargo dél, por mandado del Gran Capitán, que llamaban Luis de Herrera, adonde había de estar entretanto que aquella diferencia se determinase entre españoles y franceses. Y luego el Gran Capitán determinó de alojar toda la gente suya por aquellos lugares comarcanos, y él con solos cuatrocientos caballos se partió de Taranto la vía de Atela, adonde había de atender para tratar con el Visorrey, que estaba en Melfa, el lugar adonde se había de ver, el día y la hora. Ordenóse que la vista del lugar fuese entre los dos pueblos, para lo cual había muy buen aparejo, por razón que entre Melfa y Atela está una hermita que llaman San Antón. En aquella iglesia concertaron de se ver. Un día que fué el primero de su vista, el Gran Capitán, doctor y caballeros de su parte y el Visorrey y doctor y caballeros de la suya vinieron á aquel lugar de ia hermita de San Antón, los cuales de aquella vez no hicieron otra cosa salvo cometer cada cual la declaración de aquella diferencia en manos de los doctores y caballeros señalados. Quedando este negocio por vía de compromiso en quien lo había de determinar, según dicho es, el Gran Capitán y monsiur de Nemos con sus gentes se tornaron á sus aposentos.

Grandes fueron las fiestas y placeres que aquel día pasaron entre españoles y franceses, creyendo que del todo se habían de apaciguar aquellas diferencias; pero de otra suerte sucedió, como abajo se dirá.

CAPÍTULO XXXVII

De lo que los doctores y caballeros en quien estaba comprometida la duda de las dos provincias hicieron, y de lo que pasó en una villa que llaman Tripalda.

Los doctores y caballeros en cuyas manos estaba aquella duda de Basilicata y Capita-

nata, para haber de determinar aquella diferencia, cada día entraban en consistorio, por manera que tardaron doce días en la definición de aquella causa. Dentro de los cuales el Visorrey y el Gran Capitán se tornaron á ver en la hermita de San Antón, y los doctores queriendo dar la sentencia en la averiguación de aquella diferencia, juntáronse otro día todos en la dicha hermita, adonde habiendo sentenciado y determinado aquel negocio, y queriendo partir las dichas tierras conforme á justicia y derecho, los Príncipes de Salerno, de Melfa y Vesignano, que ya se habían vuelto á la parte francesa, metieron tal discordia en ello que favoreciendo la parte de Francia casi hubieron de venir franceses y españoles á las manos, por lo cual quedando de aquella vez del todo discordes españoles y franceses, se tornaron los capitanes y caballeros y gente de guerra á sus aposentos. Pero como la dañada voluntad de franceses no se pudiese encubrir, y ansimismo les durase el deseo de usurpar aquellas provincias y meterlas en la parte de su Rey, un día después de aquella discordia fué el Gran Capitán avisado cómo venían cincuenta hombres de armas y cincuenta archeros á se meter en la villa que llaman Tripalda, por lo cual con mucha diligencia el Gran Capitán envió al capitán Escalada con trescientos infantes para que con aquella gente se metiese en la tierra primero que los franceses allegasen. Luego el capitán Escalada movió con aquella gente la vía de la Tripalda un día, diez días andados del mes de Junio del sobredicho año de mil y quinientos y tres. Pero este capitán se detuvo tanto en el camino por impedimentos que le sucedieron, que cuando llegaron á la Tripalda ya los franceses estaban dentro, á los cuales los de la villa habían rescebido so color de las dos banderas que tenían, por donde podían recibir así españoles como franceses, y debajo de este color los franceses ocupaban y habían ocupado algunas villas de aquellas dos provincias de Basilicata y Capitanata. El capitán Escalada viendo que los franceses estaban dentro y que no los dejaban entrar, hizo requerimiento á los de la villa, diciendo que por cuanto aún no estaba determinada la duda y diferencia que acerca de aquellas tierras entre españoles y franceses había, él traía una patente comisión, de la cual hacía una presentación para que le acogiesen á él y á su gente

dentro, y les requería pacíficamente los acogiesen en la villa, donde no que él haría de manera que entraría con daño y perjuicio de los franceses que estaban dentro. Dando por ninguna la comisión y patente que llevaba del Gran Capitán, no les quisieron dar entrada en la villa, de lo cual muy enojado el capitán Escalada procuró de intentar con armas lo que por paz y buenas palabras no pudo acabar, y con esta voluntad comenzó de meter en orden su gente para combatir la villa. Pero los de la Tripalda temiéndose del daño que de aquel hecho les podría venir si á manos viniesen españoles y franceses, ansimismo considerando que por las dos banderas de España y Francia que ellos tenían podían acoger así á los unos como á los otros, hablaron con los franceses diciéndoles la gran sinrazón que les hacían á los españoles en les perturbar la entrada, y que por esta causa ellos determinaban, por quitar las revueltas y ansimismo por evitar el daño que á la villa le podría venir, de les abrir las puértas, pues que con derecho lo podían y debían hacer; y que ellos viesen lo que determinaban hacer en aquel caso, que aquella era su postrera y última voluntad. Los franceses viendo á los de la Tripalda muy aparejados de rescebir en la villa á los españoles y viendo que ellos eran pocos para se oponer contra los españoles, y ansimismo considerando que si quisiesen intentar á les estorbar la entrada tenían al enemigo doméstico que eran los de la Tripalda, los cuales eran de contraria voluntad, determinaron de salirse de la villa, y así lo hicieron, que un día antes que fuese claro se salieron por una parte contraria á los españoles y fuéronse á Avelino y á Monte Fosculo, y luego los de la Tripalda abrieron las puertas á los españoles, y entráronse dentro con la voluntad y amor de los de la villa, y allí estuvieron muchos días, dentro de los cuales los franceses de Avelino y Monte Fosculo cada día salían y venían á correr la Tripalda, y los españoles ansimismo los salían á recibir; y junto á una iglesia que está dos tiros de ballesta de la Tripalda, que llaman San Lázaro, allí se encontraban unos con otros, adonde de una parte y de la otra siempre había muertos y heridos. Este fué principio de los franceses no poco deseado, por razón que de allí adelante pensaban dar mejor fin en aquellos hechos poniéndole á esta causa en condición de las armas.

CAPÍTULO XXXVIII

De cómo después de ser rompida la paz entre españoles y franceses se allegó mucha gente de una parte y de otra, y lo que le acaesció á un capitán español en una villa que llaman Montelone.

Después que, según dicho es, por la discordia que los Príncipes de Melfa, Salerno y Vesignano encendieron entre los doctores y caballeros, favoreciendo el partido de los franceses, no teniendo en la memoria el gran beneficio que pocos días antes habían del Gran Capitán recibido, en les haber restituído en sus estados que por el Rey D. Federico les habían sido quitados, quedando como quedaron de ahí adelante franceses y españoles metidos en toda discordia y enemistad, cada cual por su parte procurando lo que más les convenía. Y desta manera, como los franceses fuesen, según dicho es, echados de la Tripalda adonde españoles se iban á aposentar, y se hubiesen los franceses ido á los lugares vecinos, como era Monte Fosculo y Avelino, no cesaban cada día de se afrontar con escaramuzas y correrías los unos y los otros, defendiéndose los españoles en la Tripalda con muy grande ánimo y fortaleza. Y por esta razón viendo los franceses que de ahí adelante con causa más justa podían tener á los españoles por enemigos, lo uno porquè de la lid y diferencia de aquellas tierras de Basilicata y Capitanatá no había habido averiguación ninguna, antes habían quedado más discordes que de antes, y ansimismo por lo que en la Tripalda habían pasado y pasaban cada día, lo cual todo declinaba antes á guerra y odio que no á amor y conservación de treguas y confederaciones que entre los Reyes había, por lo cual monsiur de Aubegni, que era uno de los generales del ejército francés, con mucha diligencia recogió todos los franceses que estaban aposentados por aquella comarca, y metióse con ellos por aquellos lugares de Avelino y Monte Fosculo para destruir del todo á los españoles que estaban en la Tripalda, y con voluntad de les ir á combatir aquel lugar y de lo sacar por fuerza de armas de su poder. En esto el Gran Capitán con todo su poder procuró de terminar aquella diferencia por paz, viendo la poca razón de franceses, y conociendo cómo eran de seguir su injusta y da-

ñada voluntad, más que no á ponerse en lo que según derecho y justicia debían seguir. Determinó él de su parte mostrar defensión sin tener voluntad ninguna de ser principio de ofender los franceses. Y con esto viendo la gente que en Monte Fosculo y Avelino se habían recogido de la parte francesa, por orden de monsiur de Aubegni, y conjeturando que su intención era destruir á los españoles que estaban en la Tripalda, hizo recoger toda la gente que estaba aposentada por aquella comarca, y mandóla que se fuese á meter en la Tripalda, y que estuviesen en aquel lugar, no para otro efecto, salvo para se defender, si los franceses viniesen contra ellos, y que no viniendo no hiciesen al, salvo estarse quedos. Con esta orden y decreto del Gran Capitán los españoles que estaban distribuidos y aposentados por aquella comarca, se comenzaron á recoger y venir unos y otros á se meter en la Tripalda, entre los cuales viniendo un día el capitán Villalva con su gente á se meter en la Tripalda hubo de pasar por un lugar que se llama Montelone, y queriendo entrar dentro á se aposentar con su gente, los de Montelone cerraron las puertas; de lo cual muy enojado el capitán Villalva cometió el hecho á las armas, pues por bien no pudo alcanzar nada. Y dando orden en el combate de la villa, viendo los de Montelone el daño que de contradecirles la entrada á los españoles se les podía seguir, entendiendo la determinada voluntad de se querer meter en la villa por fuerza, tuvieron por bueno de abrir las puertas y de los recibir dentro, y de esta manera entrando los españoles en Montelone se aposentaron contra la voluntad de los de la villa. Los franceses que estaban en Monte Fosculo habían sido primero avisados de los de Montelone cómo los españoles querían por fuerza aposentarse en aquella villa, y luego con mucha diligencia enviaron sesenta hombres de armas y cincuenta ballesteros para que se metiesen en Montelone y no dejasen entrar á los españoles dentro. Pero como ya los españoles estuviesen en Montelone, no tuvieron lugar los franceses de entrar dentro como quisieran, y como los franceses llegaron al burgo, todos los ballesteros se apearon de sus caballos con sus ballestas armadas y se fueron á la villa adonde los españoles estaban, y ansimismo la gente de armas se fué tras los ballesteros dejando todos sus caballos en el burgo, y como

allegaron junto á la puerta de la villa comenzaron los ballesteros á tirar á los españoles que estaban en la defensa de la puerta. Como vieron tirar, todos salieron de tropel y cargaron de recio en los franceses, y de tal manera se revolvieron con ellos que en poco espacio fueron todos los ballesteros desbaratados, siendo de ellos muertos tres franceses y heridos muchos, y de los españoles murió sólo un soldado de una saeta y hubo algunos heridos. La gente de armas que habían ansimismo descabalgado, viendo venir á los ballesteros de rota, tomaron atrás, y los que pudieron tornaron á cabalgar y los otros perdían sus caballos juntamente con sus personas, por razón que por la gran priesa que los españoles les daban no podían así libremente cabalgar; de cuya causa les convino perder en aquel rebato veinte caballos, y fueron algunos dellos presos, y los demás que escaparse pudieron se tornaron á Avelino y los españoles á Montelone, adonde estuvieron aquella noche, y otro día de mañana se partieron de allí y se fueron á la Tripalda, adonde se recogió toda la otra gente española, según que el Gran Capitán lo había mandado y ordenado.

CAPÍTULO XXXIX

De cómo los franceses salieron de Avelino y se emboscaron junto á la Tripalda, y de lo que se hizo en aquel día.

Después que fueron desbaratados los franceses en aquel lugar de Montelone, según dicho es, viendo cómo cada día venían españoles á meterse en Tripalda, y no podían saber el número de la gente que dentro estaba, porque según la voluntad de monsiur de Aubegni quisiera mucho tomar aquella villa á los españoles y destruirlos á todos dentro, sin que quedase hombre á vida, por esta razón determinó un día de enviar gente para ver si podría tomar lengua de la gente que dentro estaba, tomando algún español en prisión. Y así un día salieron de Avelino cien hombres de armas, y docientos archeros, y docientos infantes, y fuéronse lo más encubiertamente que pudieron hasta llegar junto á la hermita de San Lázaro, que está, según dicho es, dos tiros de ballesta de la Tripalda. Y como allí llegaron, todos se metieron en una emboscada, y en-

viaron solos veinte caballos ligeros para que corriesen hasta la Tripalda, y los convidasen á querer salir, con pensar que no era más gente. Con esta orden los caballos llegaron hasta junto á los muros de la Tripalda, y los españoles que bien barruntaron aquel ardid de guerra de los franceses, salieron contra ellos ochocientos infantes y los llevaron hasta los meter por la emboscada de los otros franceses que habían quedado junto á San Lázaro, y luego se descubrieron todos y comenzaron á se mezclar con los españoles con mucha fortaleza, y así los unos como los otros procurando de se hacer el mayor daño que podían, hiriéndose por todas partes con grande ánimo y voluntad, y lo que ayudó aquel día á los infantes españoles que no rescibiesen mayor daño, fué que los caballos franceses se aprovechaban muy poco, por razón que todo el tiempo que pelearon, que fué más de una hora, no salieron de entre unas calles de viñas que hay en aquel lugar; de cuya causa los españoles se aprovechaban más de los caballos franceses y gente de armas que no ellos de los españoles. Finalmente, después de haber una hora peleado, viendo los franceses el grande inconveniente que les era la incomodidad del lugar, se comenzaron á retraer á Avelino, habiendo de aquella vez algunos muertos de la una parte y de la otra, y muchos heridos, y otros presos. Y otro día siguiente después de esto, acaesció que viniendo á la Tripalda dos capitanes españoles, al uno llamaban Martín Gómez y al otro Muñoz, y traían cuatrocientos infantes, fué menester aposentarse en una villa que llaman Altavilla; y como los franceses que estaban en Avelino y en Monte Fosculo supiesen su venida, determinaron de los salir al encuentro, y estorbarles el aposento, no los dejando entrar en Altavilla; y así salieron de Avelino y de Monte Fosculo cien hombres de armas y cien archeros y algunos infantes, los cuales como llegasen junto á la villa para se meter dentro y estorbar la entrada á los españoles, los franceses como los vieron arremetieron de recio entre unas calles de viñas, y allí pelearon los unos y los otros una pieza, y de los franceses hubo cien hombres muertos, adonde murió un capitán francés que llamaban monsiur de Cornato, y de los españoles murió sólo un soldado; y después siendo los franceses desbaratados les convino volver las espaldas é irse á

Avelino y á Monte Fosculo, á los cuales los españoles siguieron más de dos tiros de ballesta, y en aquel alcance murieron algunos franceses, y prendieron otros, y tomáronles cinco caballos, y al fin no los queriendo más seguir los españoles, se tornaron á Altavilla, adonde se aposentaron aquella noche, y luego otro día siguiente saliendo de Altavilla se fueron á meter en la Tripalda con la otra gente española.

CAPÍTULO XL

De cómo monsiur de Aubegni vino á poner cerco sobre la Tripalda, y lo que pasó en aquel día abajo se dirá.

Pasando estas cosas entre españoles y franceses en la Tripalda, monsiur de Nemos, que era Visorrey de Nápoles, como hubiese tanta turbación entre su gente y españoles, fué avisado del gran daño que cada día rescibían los que estaban en Avelino y en Monte Fosculo en todos sus acometimientos, envió á monsiur de Aubegni su mandado para que con toda la más gente que pudiese recoger fuese en Monte Fosculo y en Avelino, y de allí hiciese guerra á los españoles que estaban en la Tripalda. El cual capitán con esta orden recogió bien dos mil infantes, y hasta cuatrocientos hombres de armas, y quinientos caballos ligeros; y fuese con esta gente á Avelino, desde donde cada día molestaban con escaramuzas y correrías los españoles que estaban en la Tripalda. El Gran Capitán, que en todo era advertido y de gran virtud, siempre procuró de se justificar con los franceses, y de los ofrecer la paz y buena concordia entre ellos, queriendo antes perder su derecho que no que su Rey y señor pensase que dél nacía el acometimiento de las afrentas y diferencias contra los franceses. Y como ya viese aquel negocio ir muy de rota, y que ya los franceses procuraban de no sólo ocupar aquellas tierras de Basilicata y Capitanata, pero también le querían tomar la parte que á su Rey tocaba, determinó de no se mostrar tan blando, pues que de ello se podría esperar la pérdida de la parte de su Rey. Y por esta razón viendo asimismo que monsiur de Aubegni en persona estaba en Avelino con comisión del Visorrey de Nápoles para dar guerra á los españoles que estaban en la Tripalda, temiendo de no

perder aquella villa, envió á Gómez de Solís y á otros capitanes con hasta mil y quinientos infantes para que se metiesen con aquella gente en la Tripalda y allí esperasen lo que monsiur de Aubegni quisiese hacer. No dejaba monsiur de Aubegni de enviar cada día gente de Avelino y de Monte Fosculo á correr la Tripalda, adonde junto á la hermita de San Lázaro españoles y franceses se hacían mucho daño, habiendo cada día muertos y heridos de una y de otra parte. Pues estando las cosas en este estado, un día que era sábado, diez y ocho días del mes de Junio del año sobredicho, monsiur de Aubegni, deseoso de romper con los españoles, salió de Avelino con toda su gente de armas é infantería y con catorce piezas de artillería, y vino á poner cerco sobre la Tripalda, con pensamiento de aquella vez la tomar á los españoles por fuerza de armas. Pero los españoles que dentro de la villa y arrabales estaban aposentados, siendo avisados cómo monsiur de Aubegni en persona venía sobre ellos, y del aparejo que traía de guerra, todos se recogieron en muy buena orden, y saliéronle á rescibir fuera buen rato de la villa, en el camino adonde los franceses se encontraron con los españoles, y allí todos se mezclaron y trabaron entre sí una muy reñida escaramuza. Y acaesció que andando de esta manera revueltos españoles y franceses, descubrieron por la montaña á las espaldas de la Tripalda una gran copia de gente española, creyendo que eran franceses que les venían á tomar las espaldas, dejando la batalla se comenzaron lo mejor que pudieron á retraer hacia la villa. Entonces como los franceses vieron cómo los españoles se retiraban, cargaron más de recio sobre ellos, y matando é hiriendo en ellos los siguieron hasta entrar con ellos por las puertas del arrabal. Murieron de este retirar veinte españoles, y fueron muchos heridos. Pero no quedó en esto aquel hecho, por razón que como la gente que venía por la montaña se descubriese más claramente, reconociese que era un caballero del ejército español, que llamaban el Duque de Terms, el cual venía con cien hombres de armas, y el capitán Pedro Navarro con los cuatrocientos infantes que tenía en Manfredonia y se venía á meter en la Tripalda. De cuya causa los españoles se afirmaron y tornaron á dar vuelta en los franceses, y como asimismo los franceses reconociesen que la

gente que venía por la montaña era española, tornáronse retirando, pesándoles en gran manera, por se haber metido tanto en los españoles, los llevaron matando é hiriendo en ellos más de media milla, adonde murieron cuarenta de los franceses y fueron heridos más de doscientos de ellos, y ciertamente los franceses recibieron en aquel día mucho daño, sino que vino en el mayor rebato y priesa en que estaban gran tempestad de agua y en tanta abundancia que los franceses ni se pudieron aprovechar del artillería, ni los españoles tuvieron lugar de acabar aquel vencimiento, el cual sin duda ninguna alcanzaran con grande honra suya y daño universal de los franceses, sino por la gran tempestad que vino á deshora. Era tan grande la priesa con que los franceses iban huyendo, que desmamparaban del todo el artillería, y convino á monsiur de Aubegni, que muy buen caballero era, viendo ir tan de rota su gente, y que del todo se perderían, á pesar de su caballo, y con la espada en la mano, á grandes voces los amenazaba para que se refirmasen y no desamparases el campo. Entonces los franceses, como vieron á su capitán á pie, constreñidos de vergüenza se detuvieron algún tanto; pero en conclusión fué tan recia el agua y revuelta de tanto granizo que sobrevino, que creciendo cada rato más les convino á los españoles despartirse de aquel seguimiento y alcance tan vitorioso, como de aquella vez hubieran en los franceses, y así mal parados y rotos se tornaron á Avelino, y los españoles á muy gran priesa, por la tempestuosa agua que caía, se tornaron á la Tripalda.

CAPÍTULO XLI

De cómo tres capitanes franceses se juntaron en Troya con su gente y fueron contra Nochera, adonde D. Diego de Mendoza y Pizarro estaban con su gente aposentados, y lo que les acaesció.

Ya estaban españoles y franceses determinados y puestos en ofenderse, en especial los franceses, que no pensaban en otra cosa salvo en dañar con todo su poder á los españoles. Por lo cual monsiur de Alegre, y monsiur de Formento, y monsiur Pocodinare, capitanes franceses todos tres, se juntaron en un lugar de las provincias de Basilicata y Capitanata

que llaman Troya, para ir contra otra villa de aquellas provincias que llamaban Nochera, adonde D. Diego de Mendoza, D. Iñigo López de Ayala y el capitán Pizarro estaban aposentados con ciento y cincuenta hombres de armas y trescientos infantes, y los sobredichos capitanes franceses, puesta en orden su gente y dado consejo y parescer en lo que se debía hacer, salieron de Troya y fuéronse la vía de Nochera, y como allegaron hasta dos millas de aquella villa, emboscáronse en un lugar bien encubierto y desde allí enviaron cien caballos ligeros á correr la tierra, y también para combatir á los españoles que saliesen contra ellos, para que hubiese efecto su celada. D. Diego de Mendoza y los otros capitanes, como sintieron que gente francesa les corría la tierra, enviaron hasta veinte caballos ligeros para tomar lengua del número de la gente que venía, y ellos con toda la otra gente de armas se pusieron junto á la puerta de la villa aparejados para salir cuando fuese menester. En esto como los corredores españoles llegaron bien cerca de los otros corredores que venían de los franceses, reconociendo la emboscada los españoles lo mejor que pudieron se comenzaron á retirar hacia la villa para dar aviso á D. Diego de Mendoza de la emboscada que habían descubierto, y los corredores franceses viendo que ya los españoles habían visto la emboscada de ellos, entendiendo que darían aviso en Nochera, procuraron con mucha diligencia de tomarlos á todos, y así los llevaron escaramuzando hasta bien cerca de la villa. Monsiur de Alegre y los otros capitanes franceses, viendo que eran sentidos de los españoles y que ya no podrían dar el fin que deseaban en aquel hecho, salieron de la emboscada y comenzaron de seguir los corredores suyos que tras los corredores españoles iban, y ya en esto D. Diego de Mendoza había sido avisado de la emboscada de los franceses, por lo cual luego movió del lugar con presteza adonde estaba y arremetió contra los corredores franceses, y revuelto con ellos se trabó una recia y bien reñida escaramuza, el cual así de la una parte como de la otra murió alguna gente y fueron algunos heridos. Pero como estando en el calor de aquella pelea llegase monsiur de Alegre con los otros franceses de la emboscada, no se pudieron sufrir, porque eran pocos y el número de los franceses grande, de cuya causa D. Diego de Mendoza con

los caballos se comenzaron á retraer hacia la villa, y los franceses los siguieron hasta los meter por las puertas de Nocherà, adonde en aquel seguimiento los franceses mataron é hirieron algunos españoles. En esta priesa el capitán Pizárro, como vido los caballos españoles venir todos de caída á se meter en Nochera, saltó con sus infantes y dió de recio en los franceses, los cuáles como vieron el socorro que les venía á los caballos españoles dejáronlos de seguir, y con muy buena orden se comenzaron á retraer camino de Troya, de donde habían salido, y los españoles con algún daño que en aquel día rescibieron se volvieron á Nocherà.

CAPÍTULO XLII

Del apuntamiento de paces que entre el Gran Capitán y el Visorrey de Nápoles se hizo por españoles y franceses, y de lo que después sucedió.

Mediante aquel tiempo que esto acaesció entre franceses y españoles en la Tripalda y en las otras tierras de Basilicata y de Capitanata, monsiur de Nemos, Visorrey de Nápoles, estando en Melfa, adonde había ido para se hablar con el Gran Capitán sobre la diferencia de aquellas dos provincias, según dicho es, el cual viendo las cosas que entre españoles y franceses habían pasado y pasaban en la Tripalda, y ansimismo en algunos otros lugares, y la grande resistencia que en los españoles habían hallado, aunque no fuesen iguales en número, de cuya causa sucedía mayor daño en su gente que no ganar honra y provecho en sus acometimientos, y que todo le sucedía muy al revés de lo que él pensaba, determinó con mucha diligencia de apaciguar aquellas diferencias, por lo cual envió al Gran Capitán á le decir que le rogaba mucho que, pues de aquellas revueltas de entre españoles y franceses no se seguía ningún provecho á una ni á otra parte, antes gran daño de muertes y prisiones, y ansimismo el desasosiego del reino y parcialidades que en él se levantaban, y que de ello no tenía él culpa alguna, antes él lo había procurado de atajar y no había podido, él de su parte mandase á su gente estar queda y reconciliarse, que toda amistad y amor con los españoles quería y que aquella era su voluntad, siendo ansimismo de ello contento. El Gran

Capitán, que por razón del mandamiento de su Rey no era otra su voluntad sino por las mejores maneras que pudiese concertarse con los franceses, y así tuvo por bueno lo que le fué dicho de parte del Visorrey de Nápoles, y procuró que la guerra no pasase más adelante. Con esta voluntad de ambos capitanes se tomó apuntamiento que entre españoles y franceses hubiese paces por espacio de un año, las cuáles se pregonaron por todo el reino de Nápoles, y junto con esto el Gran Capitán y Virrey de Nápoles enviaron á la Tripalda adonde los españoles estaban, y á Avelino y á Monte Fosculo, adonde los franceses hacían guerra, á dos personas, al uno llamaban fray Juan Peynero, de la parte del Gran Capitán, y al otro llamaban monsiur Pateoveri, que iba de parte del Visorrey de Nápoles, para que ambos á dos y cada uno á los suyos avisase, haciéndoles saber la voluntad de sus capitanes, lo cual estaba entre ellos asentado ansimismo para que luego cesasen las guerras pasadas de entrambas partes, y se dividiesen todos para sus aposentos, según que de antes estaban por aquella comarca. Con esta orden se partieron los sobredichos comisarios á la Tripalda y á Avelino y á Monte Fosculo, adonde allegaron á veinticuatro dias del mes de Junio del sobredicho año, y día de San Juan. Hallaron las faces de España y Francia puestas en orden para darse la batalla; y como allégaron, luego presentaron sus comisiones á los capitanes de los dos ejércitos, por manera que vinieron á tiempo que no hubo quien rompiese entre los unos y los otros, siendo ciertos de la paz que entre el Gran Capitán y Visorrey estaba apuntada, por lo cual cesaron de dar la batalla y tornáronse los unos á la Tripalda y los otros á Avelino y Monte Fosculo, de donde á ciertos dias salieron según que les fué mandado por sus capitanes, y se fueron á aposentar por diversas partes, y quedaron en la Tripalda y en Avelino dos honrados hidalgos muy buenos soldados, y en la Tripalda de parte de España, Martín de Tuesta; en Avelino de parte de Francia, Juan Gallote, adonde habían de estar y recoger en las dichas tierras ansi españoles como franceses, y ansimismo para que hiciesen saber á los soldados que viniesen á las dichas villas todo lo que estaba apuntado entre españoles y franceses, para que cesase entre ellos toda guerra y enemistad.

CAPÍTULO XLIII

De cómo el Visorrey de Nápoles dende á treinta días de la publicación de las paces ordenó de prender al Gran Capitán, y de matar á todos los españoles que estaban en el reino, y de lo que sucedió.

Como el avaricia sea servidumbre de los ídolos, y tenga tanta fuerza este deseo de señorear que con razón diga el poeta y llame á este deseo hambre abominable que atormenta los corazones de la humana natura, no debemos culpar á los franceses por lo que rompiendo la tregua y paz con los españoles puesta hicieron, siguiendo el parecer de aquel Julio César dictador de Roma, el cual tenía por común decir que las leyes y derecho no era injusto romperse cuando se rompían por razón de señorear, porque en las otras cosas se debía guardar la fe y en ésta no. Pues así se puede decir que acaesció en estos tiempos á los franceses, que después de haber publicado un apuntamiento de la paz, entre españoles y franceses, estuvo el estado del reino de Nápoles en toda paz y amor solos treinta dias, mediante los cuales, como la naturaleza de franceses sea hacer sus cosas más á su salvo que no guardando razón ni derecho, de lo cual sucede muchas veces por tener buena justicia no salir con su demanda; pues el Visorrey de Nápoles no mirando lo que debía guardar, acerca de la tregua que entre él y el Gran Capitán se habla jurado, determinó de romper aquellos capítulos dando lugar á su codicia, que era de haber todo el reino de Nápoles en su poder, á lo cual le convidaron los consortes de su misma infidelidad, que eran los príncipes de Melfa y Visiñano, Salerno y Rosano y Marqués de Bitonto, que no mirando en cómo pocos días había que, siendo privados de sus estados, el Gran Capitán se los restituyó, y juraron en sus manos de servir al Rey de España, se le tornaron sus contrarios, siguiendo la parte de los franceses. Pues por esta razón el Visorrey de Nápoles entró en consejo con ellos, y les dió parte de su voluntad sobre aquel hecho, diciéndoles falsamente como él tenía aviso cierto del Rey de Francia, para que de nuevo hiciere guerra á los españoles, porque el Rey D. Federico le había renunciado el reino de Nápoles, y héchole señor dél, y que de esta causa le había venido nuevamente

poder, capitulación y comisión para que los echase del reino, juntando la parte que había tocado á su Rey con todo lo que á su corona pertenecía, y que para haber de ponerlo por obra convenia mucho saber sus voluntades, si eran todos conformes con su parescer. Los príncipes que dicho ha la crónica, oyendo lo que el Visorrey les dijo en aquel caso, respondieron todos diciendo que no era ni sería su voluntad contraria de lo que fuese servicio del Rey de Francia su señor. Y que pues su parescer tomaba de ellos, luego debía el Visorrey poner en obra aquel hecho, que de su favor no esperase menos de aquel que con las vidas pudiesen dar; las cuales no sólo en aquel caso de que á ellos se les podrían seguir todo provecho y honra, por tener ellos sus señoríos y estados en aquellas provincias tocantes al Rey de España, pero en otras cosas donde no se aventurase sino solamente el servicio de su Rey, prometiéndole servir hasta la muerte, y no pusiese duda ninguna. El Visorrey agradeció mucho la voluntad que al servicio del Rey de Francia mostraban, por lo cual y por más los obligar á que debiesen hacer lo que prometían, les dió á todos ellos el hábito de la Orden de San Miguel, que no á otro efecto el Rey de Francia había enviado comisión y poder al Visorrey para los hacer Comendadores de San Miguel, sino por los obligar más en su servicio y confirmarlos y á ganarlos más en su amor. Muy alegres y contentos fueron los príncipes con el hábito, los cuales de ahí adelante quedaron muy alegres y muy más conformes y deseosos del servicio del Rey de Francia. Después que el Visorrey hubo dado este principio en aquel hecho, comunicó con los principales muy secretamente la manera que debía tenerse para tomar aquellas dos provincias, y determinóse, para que con más facilidad viniesen á su poder, prendiese al Gran Capitán, y ansimismo al Duque de Calabria, y que después matarían todos los españoles que estaban en el reino, lo cual podían hacer en aquel tiempo por razón que el Gran Capitán estaba bien seguro por la tregua y paz que entre ellos había y estaba en la villa de Atela, adonde le podrían tomar sin sospecha. En esta determinación quedó el concierto de aquel hecho, y sin dar parte ninguna á otros, salvo á los que eran partícipes en la conjuración, el Visorrey hizo muy secretamente venir su gente á Melfa para que desde allí saliesen á pren-

der al Gran Capitán. El cual engaño y traición no pudo ser tan secreto que el Gran Capitán no supiese y fuese avisado de todo aquello que pasaba entre los franceses contra su persona y contra el asiento de la tregua. Y así queriendo luego dar el remedio que convenía á tanto mal y no pudiendo así prestamente recoger su gente por razón que, por la tregua que había, estaba toda distribuída y aposentada por diversas partes de toda la tierra de Basilicata, hubo su consejo en lo que debía hacer en aquel caso. Algunos le aconsejaron que se retirase á la marina de Salerno y ocupase todo aquello hasta Rijoles, pues no tenía gente para esperar en campo á los franceses, y otros le aconsejaron que se retirase á la marina de Barleta, porque allí había fuertes villas y se podría tener en ellas hasta tanto que fuese secorrido. Y así al Gran Capitán le pareció que lo debía hacer, y luego con mucha diligencia dió aviso á todos los capitanes españoles para que secretamente juntasen toda la gente de armas y caballos ligeros y toda la infantería, y todos juntos se fuesen á meter en Barleta, porque así convenía á la salud universal de todos. Después de haber el Gran Capitán proveído en dar aviso á sus capitanes, no se hallando él muy seguro en aquella villa de Atela, una noche á la media noche á veintitrés días del mes de Julio se partió de Atela con docientos caballos ligeros, que no tenía más gente consigo, y fué derecho á Bitonto, adonde tenía el Duque de Calabria en compañía de aquel caballero Luis de Herrera, y le envió á Taranto, porque allí estaría más seguro de franceses. Però no pasaron muchos días que le hizo pasar en España, el cual hoy día de la fecha está en Valencia. Después de esto el Gran Capitán se salió de Bitonto y fuese á la ciudad de Barleta, adonde halló mucha de su gente que ya estaba dentro, y cada día venía gente española á se meter en la ciudad; el cual luego mandó proveer todos los castillos y tierras fuertes que estaban en la marina de Barleta que eran de importancia, y él mismo en persona los anduvo visitando todos, y fué á una villa que dicen la Chirinola, adonde estaba por gobernador un caballero que llaman D. Tristán, por ver si era lugar para se poder defender gente en ella. Halló que era de poca defensa para se defender, y dejándole se tornó á Barleta, dado caso que no dejó de proveer la Chirinola de alguna

gente; lo uno porque desde allí podían dar aviso en Barleta, y ansimismo enviar provisiones de vino y pan al ejército que había de estar en Barleta de asiento. Quedaron en la Chirinola Diego Garcia de Paredes y el Prior de Mecina con cincuenta caballos ligeros y cincuenta infantes.

CAPÍTULO XLVIII

Cómo los franceses, viendo que no habían podido prender al Gran Capitán, pusieron en condición de las armas lo que por engaño no pudieron hacer, y de lo que les sucedió en la Chirinola.

Como las cosas que injustamente se intentan nunca sale de ellas buen fin, en especial cuando maliciosamente se cometen, así sucedió á los franceses muy al revés el final intento de su deseo, por razón que no hay cosa que el tiempo no la descubra y saque á la luz. Dicho ha la crónica cómo el Gran Capitán sabiendo en cómo los franceses sin tener algún respecto á la tregua que con los españoles tenían, quisieron prender al Gran Capitán y matar á todos los españoles que estaban en el reino de Nápoles, y apoderarse en la parte que al Católico Rey D. Fernando pertenecía. Pues dice ahora que después que se hubo recogido el Gran Capitán con su gente á Barleta con temor de aquella traición y engaño que contra su persona y á los suyos querían los franceses acometer, el Visorrey de Nápoles y monsiur de Aubegni siendo muy pensantes del ruin fin que en aquel caso su voluntad hubo, por razón del aviso que dieron al Gran Capitán, determinóse de poner por armas lo que no pudieron alcanzar por engaño, en especial viendo la poca gente que el Gran Capitán tenía á la sazón consigo, y que si esperase á que le viniese socorro, no lo podrían hacer tan fácilmente como en aquel tiempo; y por esta causa el Visorrey y monsiur de Aubegni hicieron muy grandes aparejos de guerra con determinación de mover contra el Gran Capitán que estaba en Barleta, y luego monsiur de Aubegni con aquella orden que del Visorrey hubo, el cual estaba, según dicho es, en Avelino con mucha parte de gente francesa, hizo mandado á todos los capitanes franceses que estaban distribuídos y aposentados por aquellas villas y lugares comarcanos para que

todos se recogiesen con su gente en Avelino. Y con esto todos los capitanes con su gente vinieron á Avelino, y se allegaron de los que estaban aposentados en aquella provincia mil hombres de armas, y dos mil y quinientos caballos ligeros y cinco mil infantes, y veinte piezas de artillería, con que monsiur de Aubegni salió de Avelino y fué á Melfa, donde estaba el Visorrey de Nápoles; y como allegó, juntando toda la gente con la que estaba con el Visorrey se salieron todos de Melfa, y puestos en camino con muy lucida gente comenzaron de caminar la vía de Barleta, y de la primera jornada vinieron á aposentar una noche en un bosque que está entre una villa que dicen Foja y la torre de Lemano, el cual se llama la Leonesa; y desde aquel lugar el Visorrey envió á monsiur de Formento y al Marqués del Ochito con doscientos hombres de armas y cuatrocientos caballos ligeros á correr la Chirinola, adonde estaba Diego García de Paredes y el prior de Mecina con algunos caballos é infantes españoles. Y como los capitanes franceses llegaron cerca de media milla de la villa todos se metieron en una emboscada, y dende allí salieron ciento y cincuenta caballos ligeros, y hasta cincuenta hombres de armas para reconocer la tierra, é informáronse si el ejército español estaba del todo recogido en Barleta, y para que si algunos españoles estuviesen en la Chirinola saliesen á escaramuzar con ellos y los llevasen hasta los meter en la emboscada. Iba con estos corredores franceses el Marqués del Ochito, y monsiur de Formento se quedó en la emboscada, y el Marqués con los caballos llegó corriendo hasta las puertas de la villa, y Diego García de Paredes y el prior de Mecina, como vieron á los franceses tan cerca de la villa, salieron con los caballos é infantes que allí tenían, que eran bien pocos, y arremetieron con mucha fortaleza y ánimo contra la gente francesa, que eran todos hombres de armas y caballos ligeros, adonde se trabó entre las viñas una escaramuza no poco reñida, en que murieron veinte franceses y muchos heridos que hubo; y los españoles todavía reforzando su causa, aunque con peligro, apretaron muy de recio en los franceses, y trabajaron tanto en aquel rebato, que los franceses no lo pudiendo sufrir se comenzaron á retraer hacia la emboscada con la otra gente y los españoles no los dejando de seguir,

los llevaron retrayendo hasta los meter en la emboscada. En aquel alcance hirieron los españoles algunos franceses, y verdaderamente se perdieran allí todos si no fuera por monsiur de Formento, que viendo venir á los suyos perdidos, salió con toda la otra gente de la emboscada y arremetió con toda su gente contra los españoles, los cuales como conocieron el engaño, comenzaron á retraerse lo mejor que pudieron hacia la villa, y los franceses los siguieron hasta los alcanzar bien junto de la villa entre unas calles de unas viñas, adonde se tornaron á trabar de nuevo franceses y españoles, y allí hizo mucho de su persona Diego García de Paredes, y no menos trabajo pasó aquel día el prior de Mecina, los cuales como los franceses fuesen muchos y ellos muy menores en número, conveniales suplir con sus fuerzas la falta de su gente. Y lo que más les ayudó, fué que como la gente francesa estuviere toda á caballo y no se pudiesen bien revolver por las viñas, rescebían muy gran daño y perjuicio de los infantes españoles, por razón que les herían los caballos y les mataban la gente toda á su salvo. Y por esta causa, viendo que ya no lo podían sufrir y que mientras más pugnaban por dañar á los españoles mayor daño rescebían ellos, determinaron de se salir de las viñas á un llano creyendo que los españoles los seguirían; pero como eran pocos en respecto de los franceses no los quisieron seguir, antes se encerraron en la Chirinola sin perder tan sólo un hombre, y los franceses se tornaron á su ejército con harto daño suyo. Después de esto, otro día siguiente Diego García de Paredes y el prior de Mecina fueron á Barleta á dar aviso al Gran Capitán de lo que le había acaecido con los franceses, y de cómo sabían de cierto que venían á le cercar á Barleta.

CAPÍTULO XLV

De los aparejos que el Gran Capitán hizo sabiendo que los franceses le venían á cercar á Barleta.

Como el Gran Capitán fué avisado por los capitanes que habían quedado en la Chirinola, que eran Diego García de Paredes y el prior de Mecina, cómo los franceses le venían á buscar en Barleta, determinó de se aparejar lo mejor que pudo para esperar á los fran-

ceses; y con esto, habiendo ya recogido en aquella ciudad toda la gente española que estaba aposentada en Basilicata, hizo reseña de ella y halló que tenía muy poca gente para haber de esperar en campo á los franceses, y por esta razón determinó de fortalecer todas las villas comarcanas con gente, y que allí se hiciesen fuertes entretanto que les venía socorro del Rey de España, al cual habían hecho saber el estado del reino y de lo que los franceses procuraban hacer en su deservicio, y diciendo la poca gente que tenía para se poner en campo con los franceses, y que á esta causa se había hecho fuerte en Barleta, en tanto que el número de la gente le aconsejase lo que debía hacer; y que considerada esta necesidad, convenía mucho que sin ningún deteniimiento su Alteza los socorriese, donde no, que se aventuraba la pérdida de aquellas dos provincias, que no poco daño redundaría á su reino de Sicilia de aquella causa, juntamente con la pérdida de aquellas partes que tenía en el reino de Nápoles. Estas y otras muchas cosas hizo saber al Rey de España el Gran Capitán, demandándole con mucha instancia socorro y favor de gente. Después de esto distribuyó alguna parte de su gente en algunos lugares de aquella comarca, porque en la villa de Andria puso á D. Diego de Arellano con mil y quinientos infantes para defensa de aquella villa, que es fuerte, y en Canosa puso al capitán Pedro Navarro y al capitán Cuello con cuatrocientos infantes, y toda la otra gente de armas y caballos ligeros é infantería se quedó con él en Barleta juntamente con el artillería. Dada esta orden en estas villas despachó á un caballero, con el mismo aviso que al Rey de España dió, para el Emperador Maximiliano, suplicándole fuese contento de le enviar dos mil alemanes muy escogidos, porque tenía de ellos mucha necesidad, por razón que los franceses contra todo derecho, rompiendo su fe y tregua que entre sí tenían, le querían cercar en Barleta con voluntad de le tomar las dos provincias de Puglia y Calabria, que al Rey de España pertenecían por virtud de la partición del reino que ambos los Reyes de España y Francia habían hecho de aquel reino de Nápoles, y que para comenzar á pagar la gente, aquel caballero llevaba los más dineros que se habían podido haber, y que en todo lo demás habiendo llegado adonde él estaba, él los pagaría y contentaría largamen-

te por lo que debía á su servicio. El Emperador Maximiliano, sabida la necesidad que el Gran Capitán tenía de gente y asimismo el estrecho en que estaba, si no era con diligencia socorrido, hizo luego dos mil infantes alemanes y enviólos en Italia donde el Gran Capitán estaba. El cual no dejaba de día ni de noche de entender en lo que convenía á su defensión y de su gente, por lo cual mirando muy bien todo lo que dañar le podía, halló que no podía tener otra falta sino de provisiones, y así procuró de quitar este inconveniente en esta manera: que mandó salir de Barleta todos los hombres que no eran para traer armas, y asimismo todas las mujeres y niños, y que solamente quedasen los que por sus personas pudiesen defender la ciudad, y mandólos llevar á Trana, una villa que es de venecianos y está junto á la mar. Gran compasión puso en los corazones de los soldados ver salir entre niños y mujeres y viejos cinco mil ánimas, los cuales todos iban llorando con mucha lástima y pasión, viéndose apartar de su naturaleza y que quedaban sus haciendas en poder de soldados. Pero como aquel daño era pequeño según el que causarían quedando en la ciudad solamente á comer, hubo de disimular hasta tanto que el estado del reino de Nápoles tuviese algún determinado fin. Los venecianos que, según dicho es, supieron como la gente de Barleta estaba en Trana, movidos á compasión enviaron por ellos á aquel lugar, y recibidos en las naves los tuvieron en Venecia hasta que fué tiempo de se tornar á su deseado solar y dulce posesión y tierra.

CAPÍTULO XLVI

De cómo el ejército del Rey de Francia partió de la Leonesa y vino á poner cerco sobre Canosa, adonde el capitán Pedro Navarro y Cuello estaban.

El Visorrey de Nápoles que, según dicho es, estaba con todo su ejército en la Leonesa, como vió los aparejos que el Gran Capitán hacía, y asimismo el mal recibimiento que los de la Chirinola habían hecho á la gente que había enviado, como arriba se dijo, determinó de se partir de allí, del aposento del bosque, é ir sobre Canosa, una buena villa que está no muy lejos de Barleta, adonde estaban el capitán Pedro Navarro y el capitán Cuello con su

gente, y con esta determinación el Visorrey partió del bosque de la Leonesa, y por sus jornadas vino sobre Canosa, adonde llegó á quince días del mes de Agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora del sobredicho año, y queriendo luego poner por obra la expugnación de aquella villa, hízola cercar toda alrededor, porque por la parte del río Lopanto, que pasa junto á la villa, el Visorrey se aposentó con todos los hombres de armas y caballos ligeros, y por la otra parte de la villa en contrario del Visorrey, junto á unas iglesias que estaban no muy lejos de la villa, se aposentaron monsiur de Aubegni y monsiur Chandela con toda la infantería y artillería. Asentado en esta manera el campo francés, el capitán Pedro Navarro y el capitán Cuello con cuatrocientos infantes que en la defensión de la villa estaban, se partieron por las estancias del muro en esta manera: el capitán Cuello con ciento y cincuenta infantes se puso en el cuartel que cae á las iglesias, adonde monsiur de Aubegni estaba con la infantería y artillería; y el capitán Pedro Navarro con otros ciento y cincuenta infantes muy bien aderezados tomó el otro cuartel de hacia el río, adonde estaba el Visorrey de Nápoles con toda la gente de armas, y los otros cien soldados que quedaban fueron puestos en el castillo, los cuales estaban como sobresalientes para que de allí señoreaen el campo francés y saliesen á socorrer la parte que más necesidad tuviese de los dos cuarteles. Después de esto, los franceses que estaban en el cuartel de las iglesias luego aderezaron de batir la villa con el artillería, y asentáronla en los lugares que mejor les pareció por aquella parte que era más fuerte, no pensando ellos que había más flaqueza en otra parte del muro. Después de asentada, la batieron con el artillería con mucha fortaleza dos días y dos noches, sin que cesasen de quebrantar el muro por donde acertaba, pero mayor daño hacían en las casas de dentro, porque aliende de derribar algún poco del muro, derrocó muchos tejados y paredes de las casas, de que se siguió gran daño. El capitán Cuello con su gente no dejaban de pasar mucho trabajo en reparar lo que la artillería derrocaba. De manera que solamente aprovechaban los reparos para se defender en ellos y estar encubiertos en la defensa del muro, y después de haber batido los franceses el muro

de la villa y derrocado alguna parte dél, metiéronse en armas todos y arremetieron á dar el combate á la villa, adonde los españoles hicieron tanto en aquel día, que durando el combate más de dos buenas horas, nunca los franceses pudieron entrar, aunque muchos llegaron á poner las escalas y á subir por ellas al muro. Por lo cual desesperados de tomar aquel día la villa, con harto daño suyo les con vino retirarse á su campo, y verdaderamente los franceses no tomaran aquella villa si no fuera que aquella noche, después del combate del día pasado, un villano de Canosa se salió de la villa y se fué adonde estaba el Visorrey, al cual demandándole mercedes le dijo que le daría por donde pudiese tomar la villa con menor trabajo. Al cual el Visorrey gratificándole su peligro y buena voluntad, el villano le dijo que mandase pasar el artillería contra aquel cuartel adonde Pedro Navarro estaba, y que según la poca fortaleza que por allí tenía el muro, no dudaba que breve se tomaría la villa. Y luego el Visorrey entendiendo el buen parecer y consejo del villano, mandó que así se hiciese, y pasando el artillería en aquel lugar la asentaron contra aquel cuartel, que verdaderamente estaba el más flaco de la villa, y batieron con ella el muro un día y una noche, y la batería fué hecha con tanta fortaleza que echaron por tierra una gran parte del muro que le hicieron llano con el suelo. El capitán Pedro Navarro con su gente repararon lo mejor que pudieron; pero por mucho que hicieron en reparar aquel pedazo derrocado, no dejaron de estando á la defensa recibir gran daño en sus personas. Los franceses como vieron el muro en el suelo y la entrada en la villa más fácil que por el otro cuartel la tenían, metiéronse todos en armas y dieron el combate á la villa por aquel lugar derribado, el cual duró más de hora y media, adonde hubo muchos heridos y algunos muertos de una y de otra parte; por razón que como los españoles viesan su perdición si los franceses les entraban, pugnaban con dobladas fuerzas y poder por no venir á sus manos; y los franceses, por el contrario, por entrar en la villa, que gran vergüenza les era viendo el muro por el suelo y hecho tan gran portillo, por donde no habían de bastar las fuerzas de los españoles que les estorbasen la entrada, pelearon con mucho ánimo y fortaleza; pero en fin, los españoles con muy mayor ánimo y

fortaleza, dado caso que lo hubieron con todo el ejército francés y fuesen veinte franceses para un español, los cuales después de mucho trabajo y daño de su gente, así de muertos como de heridos, viendo que por entonces no podían entrar á los españoles, se retiraron á su campo, dejando la batalla para el otro día siguiente.

CAPÍTULO XLVII

De cómo el Gran Capitán queriendo socorrer los españoles que estaban en Canosa forçados de los muchos combates que los franceses les habían dado, dieron la villa con un buen partido.

Estando en este trabajo y peligro los españoles que estaban en Canosa, dándoles cada día la batalla, adonde por ser tan flaca la villa y muros pasaron mucho trabajo en la defensión della, fueron avisados los españoles que estaban en Barleta de lo que pasaba en Canosa, y del peligro que tenían los españoles que estaban dentro si no eran socorridos. De cuya causa los soldados españoles tomaron muy gran sentimiento y enojo de ver cómo los franceses les mataban su gente y estaban tan cerca para ser socorridos, y que por negligencia se dejaba de hacer aquel socorro. Por lo cual todos juntos determinaron de ir al Gran Capitán á le decir que por qué razón consentía, sabiendo el estrecho en que el capitán Pedro Navarro estaba y los españoles en Canosa, y que no fuesen socorridos de los suyos, que era cosa muy fuera de razón sufrir lo contrario, y que viese que no solamente por lo que tocaba al servicio de su Rey se les debía dar socorro, pero por lo que debían á la honra de España, que muy gran menoscabo de honra recibían sufriendo delante de sus ojos ofensa y daño hecha en los suyos mismos. Por lo cual ellos estaban determinados de los socorrer ó morir en la demanda. El Gran Capitán, que muy bien conoció el ánimo y fortaleza que había en los suyos, y asimismo la razón que en lo que decían tenían, tuvo por bueno su parecer, pero no quiso determinarse en ello hasta tanto que lo comunicase con algunas personas de su ejército que eran de muy buen consejo; á los cuales luego sin detenimiento hizo llamar, y delante los capitanes y principales del ejército español hizo saber aquel hecho y les demandó

le aconsejasen lo que en aquel caso era mejor seguir. Finalmente todos los más eran de opinión que no saliesen á dar socorro á los españoles, por razón que el Gran Capitán no era tan pujante en fuerzas y poder de gente como los franceses, y que si saliesen en campo no podrían remediar á los cercados, antes perdiéndose ellos también se perdería el ejército español, y juntamente con se perder la gente se perdería el servicio que debían á su Rey en perder la parte del reino que le pertenecía; por lo cual el más seguro consejo era que, pues en breve esperaban el socorro del Rey de España y del Emperador Maximiliano se estuviese quedo en Barleta hasta que tuviese gente con que con razón saliese en campo contra los franceses y no queriéndoles agora acometer y esperar tan dudosa y peligrosa salida de ello. Finalmente, no obstante los dichos y pareceres de todos los príncipes del ejército, Diego García de Paredes, que gran deseo tenía de dar el socorro á Canosa, dijo al Gran Capitán y á todos los demás que muy feo parecía á tan noble gente como eran los españoles dejar por ningún temor de acometer aquello que con justicia y obligación debían acometer y poner por la obra, en especial en aquel caso que tan aparejadas estaban las voluntades de los soldados á dar aquel socorro á los de Canosa, diciendo que si aquella gente de aquella vez se perdía, no era otra cosa salvo dar ánimo á los enemigos para que teniendo en poco á los españoles emprendiesen cosas de mayor cantidad, de que por el mismo caso los españoles viendo perder aquella villa perdiesen mucho de sus fuerzas, y aún los que estaban en guarnición de otros lugares y villas de aquella provincia, si fuesen cercados de los franceses dejarían de mejor gana las villas, que no defendiéndolas, esperar el mismo daño que á los de Canosa viniere por no ser socorridos, y que por esta razón su parecer era que muriendo ó viviendo se debían de socorrer, por lo cual se obligaba con los españoles que allí estaban hacer alzar el campo de los franceses de sobre Canosa y desbaratarlos como otras muchas veces le había á él acaescido con muy poca gente romper gran copia de enemigos franceses, que no tienen otra cosa salvo estar acompañados de soberbia y presunción. El Gran Capitán y todos los demás que allí estaban, oyendo lo que Diego García de Paredes dijo, les pareció á todos muy bien, por lo cual luego

con mucha diligencia se dió orden conforme y cómo se había de dar áquel socorro á los de Canosa, y para que esto hubiese buen efecto el Gran Capitán envió aquella misma noche al capitán Oliva con cien caballos ligeros para que reconociese el campo de los enemigos y viese dónde y por qué parte tenían su campo repartido sobre Canosa, y asimismo tomase lengua del número de la gente y qué era su voluntad, y supiese el estado en que los españoles cercados estaban. Con esta orden y gente el capitán Oliva se partió aquella noche de Barleta y allegó á la punta del día cuando quería amanecer al lugar adonde los franceses tenían puestas sus centinelas. Y los caballos españoles viendo las guardas francesas arremetieron contra ellos y de siete franceses que eran mataron los tres y prendieron los dos, y los otros se escaparon á uña de caballo. Los caballeros españoles no quisieron pasar más adelante, por razón que de los prisioneros franceses pensaban sacar todo el aviso que ellos pensaban y iban á saber, y asimismo porque los franceses serían avisados de los dos que se escaparon y podría ser que peligrasen todos cien caballeros españoles pasando más adelante, y por esto el capitán Oliva con aquella gente se tornaron á Barleta; adonde presentando aquellos dos prisioneros, el Gran Capitán fué de ellos avisados de lo que se había hecho en Canosa, y del estado en que estaba áquel negocio, y asimismo del asiento y disposición del ejército francés. Muy pesante fué el Gran Capitán por saber el peligro en que su gente estaba, y de cómo se había tardado en les enviar socorro, por lo cual con mucha diligencia mandó á todos los capitanes y gente se aderezasen y estuviesen á punto para la noche siguiente, por lo cual tenía determinado de ir á socorrer á los españoles de Canosa. Estando, pues, en esta voluntad el Gran Capitán viróle nueva cómo áquel día que el capitán Oliva tomó las guardas, los franceses habían apresurado la batalla de tal manera que desecha la muralla, mano á mano se combatían los de dentro con los de fuera, y en aquel combate los españoles lo habían hecho muy valerosamente, por razón que de todo el ejército francés se defendía, no solamente con armas defensivas, pero con otros ingenios ofensivos, como eran piedras y olio hirviendo, con lo cual quemaron muchos franceses; pero como el muro estuviere todo des-

baratado y metido por tierra, por mucho que los españoles se quisieran defender, no lo pudieran hacer sin que se perdieran todos en aquella villa, y por esta razón no pudiendo los españoles sufrir tanto trabajo y daño como en otras batallas y en aquella habían padecido, muriendo muchos de una parte y de otra, determinó el capitán Pedro Navarro y el capitán Cuello de dar la villa á los franceses; la cual dieron debajo de un muy honroso partido, y fué, que dejándolos á todos salir á banderas tendidas sin daño ni perjuicio de ninguna de su gente, y por el mismo caso asegurando los bienes y personas de los de la villa de Canosa, ellos se saldrían de la villa y la dejarían libre y desembargada en su poder. No se pueden llamar por esto los españoles vencidos, pues que haciendo todo su deber, solos cuatrocientos hombres metidos en un vivar se defendieron tantos días de todo el campo francés, y al fin se salvaron las vidas honrosamente, saliendo delante de todo el ejército sin que les fuese hecho daño en cosa ninguna, metidos en orden á banderas desplegadas se fueron á Barleta, donde el Gran Capitán estaba aderezando para los socorrer. Los franceses como fueronidos los españoles, todos se metieron en Canosa, y allí estuvieron mucho tiempo, según que la crónica lo irá contando, mediante el cual franceses y españoles hicieron cosas hazñosas, visitándose cada día con escaramuzas adonde siempre de una y de otra parte había muertos y heridos.

CAPÍTULO XLVIII

De cómo los franceses salieron de Canosa para ir á cercar al Gran Capitán, y de cómo en el camino tomaron la villa de Bitonto, y de lo que más les sucedió.

Después que los franceses hubieron tomado la villa de Canosa en la manera que dicho ha la Crónica, estuvieron en ella algunos días; rehaciéndose de lo que tenían necesidad para pasar adelante, y al fin de algunos días el Visorrey con todo su ejército salió de Canosa con voluntad de ir sobre Barleta á cercar al Gran Capitán, en lo cual ponía mucha diligencia, pensando poderle prender antes que le viniese el socorro que esperaba; y por esta razón ya que fueron los franceses salidos de Canosa, fueron su camino la vía de Bitonto y

de Bari, por ocupar primero algunas villas que estaban en aquella comarca, y así recibió algunos lugares que se le dieron de su voluntad, y allegando á Bitonto los de aquella villa, dado caso que estuviesen por el Rey de España, no por eso dejaron sin ninguna contradicción de recibir dentro á los franceses, y así se aposentó el ejército dentro en Bitonto. Y como todas las villas y lugares que estaban por el Rey de España tuviesen un gobernador ó teniente en ellas para que las conservasen en toda justicia, y de aquella causa reconociesen al Rey que servían, estaba por castellano en aquella ciudad un esforzado español, el cual como viese que los ciudadanos de Bitonto habían recibido á los franceses dentro, con temor que hubo no le fuese hecho algún daño en su persona, él solo con doce soldados se recogió al castillo, y allí se defendió algunos días de los franceses, con muy grande ánimo y fortaleza. Pero como los franceses hubiesen recibido aquella ciudad, y viesen que si el castillo no se tomaba era no haber tomado nada, determinaron de le combatir y sacarle por fuerza de armas del poder de aquel español. Y con esta voluntad llegaron contra la torre del castillo toda la artillería, y con ella batieron la torre toda una noche y un día, de cuya causa le fueron quitadas y metidas por el suelo todas las defensas que tenía, de manera que la gente de dentro no se podían defender porque estaban descubiertas y el artillería les hacía muy gran daño. Después de bien batida la torre, los franceses se metieron en armas, y dieron combate en el castillo, el cual dieron con mucha fortaleza; pero como lo hubiesen con solos doce hombres ó trece, no pudieron los españoles tanto resistir á los franceses que al fin no fuesen entrados por fuerza, adonde siendo tomado el castillo prendieron al castellano y á los otros soldados que con él estaban. Después de esto dejando los franceses aquella ciudad libre y desembargada por el Rey de Francia, se salieron de allí y fueron el camino derecho de Barleta, y pasados por cerca de Andria, D. Diego de Arellano con la gente española que allí tenía, como vido pasar á los franceses tan cerca de Andria, no los quiso dejar ir tan á su favor, antes saliendo de Andria con aquella gente dió sobre la vanguardia tan recio, que sacando de ellos un repelón de muertos y heridos que de aquel salto hubieron, les convino tornarse á

la villa, por razón que ellos eran pocos y los franceses comenzaban á cargar sobre ellos de recio. Finalmente, los españoles hicieron una sabrosa arremetida mucho á su salvo, y los franceses no se queriendo detener en Andria, siguieron su camino la vía de Barleta; de los cuales como fuesen algunos corriendo la tierra, y adelantándose del cuerpo del ejército, para dar aviso de alguna gente si se descubriría que los quisiese de sobresalto dañar, vieron ir por el camino de Barleta seis infantes españoles y una mujer, y arremetieron contra ellos. Los españoles como vieron los caballos franceses, temiendo de no ser de ellos presos ó muertos, recogieron todos en dos torres que allí había, de que en las viñas de aquella tierra hay mucha abundancia, y comúnmente en toda Italia hay de estas torres, y otras casas de placer fuertes, que allá llaman posesiones, y en la una de las torres se metieron los cuatro soldados y en la otra los dos con la mujer, y los caballos franceses ligeros que todavía los siguieron, llegaron á las torres adonde los españoles estaban retraídos, y tras ellos desde á poco llegó todo el campo y comenzaron de no poner menor diligencia en prender aquellos seis infantes que si lo hubieran de haber con igual número de gente como la suya; los cuales luego comenzaron á lomardear las torres, y hacer otras cosas para tomar los seis infantes españoles. Los de una torre que era la más flaca y de menor defensa, adonde los cuatro españoles se habían recogido, viéndose tan duramente combatir y que el artillería había casi metido por el suelo todo lo demás de la torre, y que no tenían ningún remedio, determinaron de se dar á los franceses con condición que no los matasen. Los otros dos soldados, que con la mujer estaban en la otra torre, aunque fueron con el artillería bien lomardeados, no hicieron muestra de se dar, por razón que la torre era fuerte y ellos no de menor ánimo, en especial que en aquel día mostró bien el uno de ellos su valor, porque dándose el compañero á los suizos que aquella torre combatían, le hirieron malamente, dándole muchos golpes en todas las partes del cuerpo, de lo cual escarmentado el otro soldado que sólo quedó en la torre determinó de morir antes que darse en poder de los franceses, esperando que lo mismo harían de él que del compañero que se dió habían hecho, y con determinación de morir se

estuvo solo en la torre, adonde hizo maravillosas cosas de su persona; hasta tanto que no le pudiendo entrar los franceses siguieron su camino, y el soldado español por su buen corazón y ánimo que en aquel día mostró, quedó libre juntamente con la mujer, no recibiendo el vituperio ni el captiverio y afrenta que los compañeros con menos ánimo recibieron, el cual después que vido en campo seguro se salió de la torre y se tornó con la mujer á Andria, que estaba cuanto á una milla de aquel lugar do aquello había pasado.

CAPÍTULO XLIX

De cómo el Visorrey de Nápoles vino á cercar á Barleta, y de lo que le acaesció en el viaje con los españoles.

Pues como los franceses se hubieron partido de aquel lugar de las viñas, adonde habían combatido á los seis infantes españoles, según dicho es, comenzaron á seguir el camino de Barleta. Ya que estaban no muy lejos de la ciudad, el Visorrey, que muy buen caballero era, metió en ordenanza su gente, y metiéndola en escuadrones dió la rezaga á monsiur de Aubegni, con trescientos hombres de armas y con quinientos caballos ligeros, y con el otro batallón de quinientos hombres de armas, y mil caballos ligeros, y toda el artillería é infantería repartida en dos escuadrones, tomó el avanguardia. Y de esta manera que dicho ha la Crónica, los franceses caminaron hasta llegar á la puente del río Losanto, hasta llegar cuatro millas de Barleta. El Gran Capitán, que muy bien había sabido que los franceses venían contra él, determinó de los aguardar á la pasada del río, y de los saltar con su gente, y de les dar un rebato antes que asentasen su real. Y con este acuerdo el Gran Capitán salió con toda su gente de armas y caballos ligeros é infantería, y púsose en el camino por donde los franceses habían de pasar, y no queriendo acometer á la vanguardia, fuese encubiertamente y cargó en la rezaga que traía monsiur de Aubegni; y los españoles dieron en la gente francesa con tanta fortaleza, que gran deseo tenían de les hacer mal y daño, que perdiendo muchos las vidas les convino retraerse hacia donde estaba la vanguardia, en los cuales fueron dando y matando una buena milla los españoles. En

esto el Visorrey, que ya había sabido el daño de los de la retaguardia, vuelve á socorrer á los suyos con toda la gente y artillería de la vanguardia, lo cual fué causa que no se perdiese toda la gente de la rezaga, porque según los españoles los traían á mal traer, no se escapara hombre de ellos, y todavía no dejara el Gran Capitán el campo y de pasar adelante con el alcance, sino que se recelaba de un capitán italiano que se llamaba Alfonso de San Severino, que, según era fama, tenía lengua con los franceses, y era capitán de cien hombres de armas y de cincuenta ballesteros á caballo, y temíase no recibiese de aquella parte algún daño en su gente. Por esta razón, dando el Gran Capitán vuelta con su gente, se tornó á meter en Barleta, y los franceses todos juntos, así los de la rezaga como los de la vanguardia, pasaron el río y vinieron á asentar el campo de la otra parte de la puente del río de Losanto, donde á la boca de la misma puente asentaron su artillería y pusieron sus guardas de la otra parte de la puente, media milla contra Barleta, y el Gran Capitán tenía sus guardas tres millas de Barleta entre unas viñas, no muy lejos de donde la guarda de los franceses estaba. Y desde allí escaramuzaban cada día españoles y franceses, y se hacían todo el daño que hacerse podían.

CAPÍTULO L

De cómo los franceses fueron saltados de los españoles, y cómo por razón del daño que hubieron de aquella vez, el Visorrey alzó su real y se fué á Canosa.

Estando los franceses en aquel lugar de la puente de Losanto, viniéronles de socorro mil y quinientos suizos, con los cuales, dado caso que el campo francés fuese en desigual número mayor que no el de españoles, con aquella gente que era buena y venía de refresco se multiplicó en fuerzas, ánimo, poder; y así de ahí adelante no ponían duda los franceses en tomar á Barleta juntamente con el Gran Capitán, sino que como los franceses sean gente de no mucha razón y prudencia, y por el consiguiente sean muy desordenados, acaesció que muchas veces los infantes franceses se desmandaban de su campo y pasaban al lugar do los suyos tenían su guarda, y todos juntos unos por una parte y otros por otra se des-

mandaban á comer uvas de las viñas, que muchas hay en aquella tierra, y esto tenían cada día de costumbre. La guarda española viendo esto muchas veces, y viendo el desconcierto que en andar por las viñas tenían, determinó de avisar de ello al Gran Capitán, el cual poniendo sus espías sobre ellos, un día siendo el comendador Mendoza de guardia con cien caballos ligeros en el mismo lugar donde los españoles acostumbraban tener su guarda, envió á Diego García de Paredes y al prior de Mecina con doscientos caballos ligeros y con cincuenta hombres de armas para que salteasen la guardia de los franceses, cuando se desmandasen como solían á comer uvas por las viñas. Había en la guardia de los franceses cincuenta hombres de armas, y ciento y cincuenta caballos ligeros, y cuatrocientos infantes. Los sobredichos capitanes y gente de caballo salieron de Barleta, y muy secretamente caminaron hasta dar consigo en el lugar adonde la guarda de los españoles estaba; y como los reconociesen, dieron orden con el comendador Mendoza para que todos juntos saliesen á la guarda francesa, que á esta sazón andaban muy desmandados por las viñas comiendo uvas, y para este efecto los capitanes españoles hicieron dos partes de su gente, porque la una tomó Diego García de Paredes y la otra tomó el prior de Mecina; y Diego García de Paredes con toda su gente dió tan de recio en los de la guardia francesa por la una parte, y el prior de Mecina por la otra, que como los franceses anduviesen tan desbaratados sin concierto, comiendo y cogiendo uvas por las viñas, hicieron de aquel tropel muy gran mortandad en los franceses, los cuales viéndose salteados, no esperando otra cosa salvo la muerte según su desorden, cada uno como mejor podía procuraba huir y desviarse de aquel peligro y salvarse. Los españoles, que no por bien parecer habían acometido aquel hecho, sino por vengarse de los franceses, los siguieron matando y hiriendo en ellos, hasta los meter por las puertas de la puente adelante, adonde el Visorrey con todo su ejército estaba; y tan grande fué el miedo que los españoles metieron en el campo francés, que todos se tenían por perdidos, creyendo que todo el ejército español venía sobre ellos. Por lo cual todos alborotados se metieron en armas con voluntad de salir á los españoles, los cuales bien contentos con lo hecho tornaron so-

bre su camino de Barleta sin perder tan solamente un hombre, y de los franceses fueron muertos en aquel rebate ciento y cincuenta hombres, y gran parte de ellos presos y heridos. El Visorrey de Nápoles viendo el gran daño que de estar en aquella estancia de la puente cada día se les recrecía, en especial aquel de que muy pesante fué, haciendo los españoles sus hechos tan á su salvo, determinó de se alzar de aquel lugar, y que pues por aquella parte no podían dar á los españoles, ir con muy gran secreto sobre la ciudad de Taranto que estaba sin gente y muy mal proveída, donde estaba Luis de Herrera, que ya había enviado el Duque en España, según dicho es. Y con esta determinación el Visorrey se movió de aquel lugar de la puente de Losanto, y fuese con su ejército á Canosa; y como fué en aquella villa, luego con mucha diligencia dió orden cómo pusiese por obra su voluntad para ir sobre Taranto, y así porque el Gran Capitán quedase cercado en Barleta, como porque no barruntase que su voluntad era ir sobre aquella ciudad de Taranto, repartió su ejército por aposentos en esta manera: al capitán monsiur de la Paliza con doscientos hombres de armas y con doscientos caballos ligeros mandó que aposentasen en Rubo; el capitán monsiur Pocodinare con cien hombres de armas y cien caballos ligeros mandó aposentar en Terlique, y á monsiur de Chandela con cien hombres de armas y cien caballos ligeros mandó aposentar en la Chirinola, y su persona con monsiur de Aubegni con toda la otra gente de armas é infantería y caballos ligeros se quedó en Canosa. Siendo de esta manera aposentado el campo francés por las tierras comarcanas de Barleta, teniendo medio cercados á los españoles, el Gran Capitán que ni de día ni de noche no pensaba sino en la manera que había de tener para se defender de los franceses, porque aquellas dos provincias Puglia y Calabria no viniesen á su poder, y así mismo procurando por otra parte cómo los dañase, supo del repartimiento que de su gente el Visorrey había hecho por aquellos lugares comarcanos, y pensó que aquella distribución no se había hecho sin misterio, y no asegurándose de aquello, que según su gran prudencia pensó no tener buen fin, determinó de enviar luego al capitán Pedro Navarro á Taranto, para que juntándose con Luis de Herrera diesen entre sí orden de defender

aquella ciudad si franceses fuesen á poner cerco sobre ella, al cual dió trescientos infantes y dos galeras en que fuese por mar y más prestamente cumpliese aquel viaje.

CAPÍTULO LI

De cómo monsiur de Nemos se partió de Canosa para ir sobre la ciudad de Taranto, y de lo que le acaeció con los españoles en el camino.

Ya dijimos arriba cómo el Visorrey de Nápoles después que se alzó de sobre la ciudad de Barleta se fué á Canosa, el cual con voluntad que tenía de ir sobre la ciudad de Taranto repartió su gente por aposentos por aquella comarca de Barleta. Pues dice ahora la crónica que dejando el Visorrey de Nápoles al capitán monsiur de Aubegni en Canosa con mil y quinientos infantes con la mayor parte de gente de armas y caballos ligeros, él con trescientos hombres de armas y otros tantos caballos ligeros, y con cinco mil infantes y nueve piezas de artillería se partió de Canosa y se fué á la ciudad de Taranto, según que el Gran Capitán lo había sentido, para cercar aquella ciudad y hacer por aquella parte daño, pues no lo habían podido hacer en Barleta. El capitán Pedro Navarro que, según dicho es, el Gran Capitán había enviado á Taranto para socorro de aquella ciudad, allegó con muy gran diligencia en ella, adonde halló á Luis de Herrera que tenía cien caballos ligeros en guarnición de aquella ciudad, y aderezando con él todo lo que convenía para defensión de aquella tierra, supieron cómo los franceses á más andar se acercaban á aquella parte; por lo cual saliendo ambos estos dos capitanes de Taranto se fueron á una villa que está no muy lejos de Taranto, que llaman Castellaneta, adonde estaba el Arzobispo de Mazarra y el Conde de Matera, los cuales tenían la parte de España, y tenían consigo sesenta hombres de armas italianos y otros sesenta caballos ligeros, y fueron á aquella villa por ver si era fuerte y se podía defender; y hallando que no era suficiente para esperar en ella al campo francés y comunicando las cosas que convenían con aquellos príncipes, determinóse Luis de Herrera y el Arzobispo de Mazarra y el Conde de Matera se quedasen dos días en la Castellaneta, dentro de los cua-

les proveyesen algunas cosas en la villa; y si viniesen los franceses, avisasen en Taranto, y quedaron con ellos sesenta hombres de armas y sesenta infantes, y cien caballos ligeros; y ordenado esto el capitán Pedro Navarro con sus infantes se tornó á Taranto para proveer él por su parte lo que cumplía á la ciudad. Ya en este medio el Visorrey estaba en una villa que dicen Linterno, adonde fué avisado que los españoles que estaban en Taranto quedaban en Castellaneta, y que en breve se habían de tornar á la ciudad, de cuya causa luego el Visorrey despachó á Luis de Haste y á monsiur de Formento, que por otro nombre se decía Castilione, que con cien hombres de armas y con cuatrocientos caballos ligeros tomándoles la delantera los esperase en el paso por donde habían de pasar y los salteasen en el camino. Con esta orden los sobredichos capitanes franceses se partieron de Linterno, y pasaron muy secretamente de noche por la Castellaneta y fueron á un paso junto á unas lagunas que están cinco millas de Taranto en el mismo camino de Castellaneta. Y en esto el conde Matera, y el Arzobispo de Mazarra y Luis de Herrera saliendo ya bien tarde de Castellaneta, para irse á Taranto á avisar á Pedro Navarro de cómo tenían nueva de los franceses, yendo por el camino bien descuidados de lo que sucedió, allegaron ya bien noche á aquellas lagunas donde los franceses estaban esperando, y dejándolos pasar un poco adelante para los tomar por las espaldas, salieron todos de tropel y dieron de recio en la gente italiana que aquellos capitanes llevaban, y como los tomasen por las espaldas y pensasen con la oscuridad de la noche que venía todo el campo francés sobre ellos, debaratáronse todos sin hacer muestra de resistencia, y mataron de aquel salto los franceses treinta hombres y prendieron al Conde de Matera. Hubieron en este rebate ansimismo cerca de cien caballos, y verdaderamente no quedara tan solo un hombre que no fuera muerto ó preso, salvo que con la oscuridad de la noche se salvaron los más y se fueron á Taranto bien mal parados de lo que les sucedió aquella noche. El Conde de Matera, como dicho es, siendo preso por monsiur de Formento, hizo pacto de se rescatar en diez mil ducados, el cual como de presente no tuviese aquella suma para podella pagar, alcanzó de monsiur

de Formento facultad para ir á buscar aquellos dineros á Barleta, dejando en rehenes en lugar suyo á un sobrino.

CAPÍTULO LII

De cómo el Visorrey de Nápoles se movió de Linterno y vino á cercar á la ciudad de Taranto, y de lo que sucedió después con los franceses, como adelante se dirá.

Después que los franceses hubieron roto la gente que iba á Taranto de Castellaneta, luego se tornaron adonde el Visorrey de Nápoles estaba, el cual había quedado con todo su ejército en aquella villa de Linterno, y como fueron todos juntos, muy alegre el Visorrey de lo bien que á los suyos había sucedido aquella noche entre Castellaneta y Taranto, determinó de se mover la vía de Taranto y á dar fin aquello que determinado tenía, y así se partió de Linterno, y llevando su camino derecho, pasó por Castellaneta y tomóla en su devoción; y saliendo de aquel lugar llevó su camino derecho á Taranto, y allegando cuanto á una milla de la ciudad, puso allí el asiento de su real junto á un río que entra en el mar Pechino, y estuvo en aquel lugar algunos días informándose de la manera que habían de tener para tomar la ciudad; pero el tiempo que allí estuvo recibió mayor daño en la gente que no sacó provecho. Y al fin viendo la fortaleza de la ciudad y la buena orden que tenían los de dentro en se defender, determinó de se alzar de allí é irse á Canosa, adonde, según dicho es, había quedado el capitán monsiur de Aubegni, y antes que fuese á Canosa fue con todo su ejército al cabo de Taranto, y en el camino tomó una villa que llaman Oira, juntamente con el castillo, adonde estaba por castellano un capitán que decían Moreno, y antes que se partiese de sobre Taranto dejó en las villas y lugares de aquella comarca sus guarniciones, porque en Castellaneta dejó el capitán Grimoneto con cincuenta hombres de armas y cien caballos ligeros, y en las grutallas dejó á monsiur de la Candela con cien hombres de armas, y en Panosa y en Leporana, que son dos lugares cercanos uno de otro, dejó al capitán Fabricio, hijo del Conde de Gonza, con el cual dejó doscientos hombres de armas y sesenta caballos ligeros. Aposentada, pues, la gente en esta forma que dije, habiendo tomado á Oira

con otros lugares de aquella provincia, el Visorrey fué á Lichea, unas villas que estaban por el Rey de España, y como fué sobre ellas luego se le rindieron, y reposando en aquella villa algunos días se fué á Canosa.

CAPÍTULO LIII

De un reñido campo y desafío que entre once caballeros franceses y once españoles se hizo en Taranto, y de lo que sucedió.

Grandes cosas acaecían cada día entre españoles y franceses, de las cuales solamente cuenta la crónica las que por ser dignas de memoria merecen perpetuidad. Acaeció, pues, que al tiempo que los franceses tenían su real cerca de Barleta hubo entre los franceses quien dijo que los españoles no sabían pelear á caballo, y que todo su hecho era acometer á los enemigos á pie, y que en aquella manera de pelear era buena gente y se sabían bien valer, pero que á caballo ellos les tenían muy gran ventaja, como hombres que todo el ejercicio de la guerra de ellos era lo más á caballo, y como más experimentados les tenían muy excesiva ventaja. Los españoles defendían lo contrario, diciendo que ellos no sólo sabían pelear á pie pero aun á caballo, de lo cual ellos se alababan, poniéndoles por ejemplo la experiencia que de ello había, porque en todos sus acometimientos y escaramuzas siempre españoles llevaban lo mejor. Finalmente, tanto se altercó sobre esta materia, que hubo de resultar en sangriento fin, por razón que los españoles son no poco suntuosos y ambiciosos de la honra; porque afrentados de lo que los franceses días había que decían, queriendo los españoles tornar por sí, desafiaron á los franceses, porque á caballo como ellos habían dicho sabían poco, saliesen en campo once caballeros franceses contra otros once caballeros españoles, y que allí se vería el verdadero testimonio de aquello que decían. Los franceses, no poniendo duda en el vencimiento, aceptaron el desafío, y así se atreguaron los unos á los otros hasta tanto que el campo fuese hecho. Enviábanse de una á otra parte personas que diesen orden en el desafío, así para concertar el lugar adonde se había de hacer como para dar á cada parte las armas que habían de llevar. Finalmente el lugar para el combate se señaló junto á la ciudad de Taranto en una tierra de venecianos, y las armas que habían

de llevar eran á guisa de hombres de armas con hachas y espadas, y estoques y dagas, y asimismo para seguridad del campo se dieron rehenes de una parte á otra, según que se acostumbra hacer en semejantes desafíos. Y después de todo aderezado, allegado el día del combate, que fué á veinte y siete días del mes de Septiembre del sobredicho año de mil y quinientos y tres, los españoles salieron de Barleta, los cuales por entrar en campo tan señalado es justo decir los nombres de los unos y de los otros. Fueron de la parte de España once caballeros soldados muy escogidos: el primero fué Diego García de Paredes, el cual así por su fortaleza como por entrar aquel día herido de tres heridas en la cabeza que tres días antes le habían dado en Barleta departiendo un ruido que entre los soldados hubo, donde si no se hallara murieran más de mil soldados, es razón le nombre la crónica primero; el segundo Diego de Vera, capitán del artillería, varón de muy gran virtud, y el tercero fué otro muy buen soldado que llamaban Jorge Díaz Aragonés, y el cuarto fué Martín de Tuesta, aquel buen capitán que al tiempo de las treguas entre franceses y españoles había quedado en la Tripalda; el quinto se llamaba Moreno, de quien ya la crónica ha hecho mención que estaba en Oira antes que viniese en poder del Visorrey de Nápoles, según dicho es; el sexto se llamaba Oliván; el séptimo se llamaba Segura; el octavo se llamaba Arévalo; el noveno, Aguilera; el penúltimo, Pivar; el último, Oñate; todos varones de mucho ánimo, en quien con razón se cometi6 la honra de España como en aquel desafío se altercaba. Antes que estos soldados combatientes saliesen del real y asiento, el Gran Capitán los habló encomendándoles mucho procurasen sustentar la honra de España y mantenerla con las armas, como habían sabido tornar por ella con palabras que cuestan muy poco y menos valen si no se hacen verdaderas con el hecho, y que supiesen ciertamente que en aquel día ganaban particular honra para sí y su tierra haciendo su deber si salían vencedores del campo, porque todas aquellas otras afrentas y acometimientos, dado caso que ellos hubiesen salido victoriosos, no se atribuya á ninguno la honra en particular sino en general á los españoles; pero en aquel desafío solamente sus personas la ganaban, como ganada y merecida por sus propias obras. Y con esto encomendándolos á Dios, los dichos

combatientes españoles salieron del real y llegaron al lugar del campo, y allegaron antes que los franceses; los cuales no menor diligencia habían puesto en se aderezar de su parte para aquel día que aplazado tenían. Fueron los combatientes franceses no poco escogidos en todo el ejército, aunque á la verdad según su soberbia, no pensaban que era menester tan fuerte gente como ella era para haber de combatir con españoles. Los nombres de los combatientes franceses son los siguientes: Monsiur de Rosón, la Ribiera, Pedro de Bayarte, Mondragón, Velabra, Simonete, Ynovate, Torrellas, Nampón y Lisisco; todos capitanes y varones nobles de mucha virtud. Puestos juntos españoles y franceses en el lugar señalado del combate, los jueces que para aquel hecho habían sido nombrados metieron en el campo los combatientes, y poniéndolos á cada una de las partes en su lugar, apartáronse á fuera y partiéndoles el sol vinieron unos contra los otros con mucha fortaleza. Pararon sus golpes de tal manera que del primer encuentro cayeron á tierra dos franceses y dos españoles; dejando las hachas metieron mano á las espadas, y de ahí cada uno se aprovechaba de las otras armas según les parecía que las había menester. Grandes fueron los golpes que se daban, y verdaderamente fué muy reñido combate, así por los unos como por los otros, porque los españoles procuraban ganar honra porque no quedasen los franceses por verdaderos de lo que habían dicho; los franceses por el contrario pugnaban por sacar verdadera su opinión, por razón que si salían victoriosos de ahí adelante serían tenidos por mejores cabalgantes y más diestros y esforzados; y con esto cada uno hacía muy grandísimas cosas de su persona, y dábanse muy recios y pesados golpes; de manera que muy mucha sangre les salía por entre las armas, y aun el campo se teñía de la sangre que de las heridas salía, aunque muy mayor abundancia era la que de los caballos salía, que casi todos los más fueron muertos y heridos. Andando, pues, en la mayor priesa del pelear, todos los caballeros franceses vinieron al suelo, si no fueron tres de ellos, que fueron Pedro de Bayarte y otros dos. De los españoles asimismo quedaron á pie otros tres, que fué Jorge Díaz y Diego de Vera y Oliván; todos los demás perdieron los caballos, aunque á esta sazón así las hachas como las espadas

y estoques y lanzas, todas las demás estaban por el suelo hechas pedazos, y así no tenían armas con qué poder pelear. Los franceses los más de ellos ó todos estaban en el suelo no se pudiendo defender de los españoles que quedaron á caballo, que eran seis. Convínoles retraerse á un lugar, adonde en un mismo círculo y compás estaban cuatro caballos muertos, y así tomando siete lanzas de las que estaban en el suelo, comenzáronse á defender de los españoles, con harto trabajo suyo, porque ya no se podían resistir ni amparar en el campo contra ellos. Pero Diego García de Paredes, que había la victoria en las manos, como vido que aquellos franceses se defendían en aquel lugar y que los compañeros no los entraban, comenzó á decir en alta voz, pues que la victoria habían alcanzado, ó á lo menos la mayor parte de ella, procurasen dar el fin que en aquel combate deseaban, diciéndoles que por estar él tan atormentado de las heridas que en la cabeza tenía, no se apeaba de su caballo, pero que bien vían que si no era á pie no se podían de otra manera entrar aquellos franceses que estaban reparados con los caballos. Y así Diego García de Paredes, con muy grande enojo que de ver cómo tanto tiempo les duraban aquellos vencidos franceses en campo, y por dar ánimo á los compañeros, arremetió con su caballo muy denodadamente contra ellos, y peleó solo con aquellos siete franceses un buen rato; pero al fin, como por razón de los caballos que estaban en el campo muertos no pudiese revolver el suyo á su placer, ni aprovecharse de los enemigos á su voluntad, hubo de retirarse afuera muy cargada su persona de muy pesados golpes y el caballo muy lleno de heridas que apenas se podía tener. En este medio los otros españoles se habían apeado de sus caballos y venían á ferir en los franceses con voluntad de dar fin en aquel combate, que la noche estaba ya muy oscura y érales muy gran vergüenza que gente vencida les durase tanto en campo. Pero los franceses, que ya estaban más acompañados de miedo que no de soberbia, viendo venir á los españoles á dar en ellos, determinaron de los requerir diciéndoles que ellos habían hecho como buenos caballeros, y que no procurasen de llegar al cabo aquel combate, porque era ya pasada gran parte de la noche y que se contentasen con sólo el hecho y que los dejasen salir á ellos del campo, que-

dando en él los españoles; los cuales fueron de voto y opinión que así se hiciese, diciendo, que pues los franceses habían sido los requeridores, de cualquier manera que saliesen, sería suya la vergüenza, y la honra y prez de los españoles, y que por esta razón no debían hacer más en aquel caso. Pero Diego García de Paredes, que muy recatado era en todos los puntos de honra, no quiso pasar por aquellas condiciones, diciendo que no satisfacía cosa alguna con lo que eran obligados, ni cumplían de aquella manera con su honra, por lo cual él se determinaba que lo que de aquel lugar los había de sacar, había de ser la muerte de los unos ó de los otros. Por estas palabras de Diego García de Paredes vino la cosa á tanta discordia entre los españoles que fué causa de no acabar del todo aquel hecho ni alcanzar cumplidamente la victoria, que sin ninguna duda hubieran, si todos ellos se concordaran en un mismo parecer. Y así con todo su daño y heridas de cabeza se apeó después de rompida su lanza, y habiéndosele por desgracia caído la espada de la mano y perdida la maza, obstinadamente se valió de tirar piedras, con las cuales por orden el espacio del campo estaba señalado, de que hizo mucho daño é impedimento á los enemigos. Finalmente, los franceses salieron del campo y los españoles se quedaron en él con la mayor parte de la victoria. Duró este combate de once por once cinco horas y más, las cuatro horas de día y lo demás de noche. Fué el más reñido y duro combate que nunca se vido ni se leyó jamás. Los jueces en el tribunal sentenciaron que la victoria era incierta, con tal que á los españoles les fué dado el nombre de valerosos y esforzados, y á los franceses el loor de una grande constancia. Pero bien es aquí aplicar un agudo y muy sutil dicho del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Aguilar y de Córdoba acerca de esto, porque habiendo vuelto los caballeros españoles del combate, loando Alarcón en presencia del Gran Capitán á Diego García de Paredes, y en su propia presencia, sus excelentes obras que había hecho en este trance, que faltándole las armas se había ayudado de las dichas piedras, el Gran Capitán respondió: «No tienes por qué maravillarte en ninguna manera tanto de esto, porque Diego García de Paredes en todo es muy valeroso y muy animoso soldado, y más que confiado en sus naturales armas se ha habido

más esforzada y gallardamente que los otros». Todos aquellos caballeros y gentiles hombres que estaban presentes se rieron y holgaron mucho, porque por vía de palacio y pasatiempo tachaba á Diego García de Paredes un humor malancónico que le tomaba muchas veces y venía á salir de sí. Y tenía el dicho García de Paredes por costumbre dar de puñadas á los que estaban más cerca, así como hacen los furiosos cuando echan piedras á la multitud de la gente. De allí adelante los franceses y españoles encendidos por la gloria de la honra, con mayor orden y esfuerzo peleaban, de manera que parecía que más combatían por la gloria que por el derecho del reino. Por lo cual se hacían muchas veces emboscadas, y otras veces combatían en abierta campaña, pero en el rescatar y trocar los soldados prisioneros hubo muchas contiendas de la una y de la otra parte, porque eran muy afligidos y molestados los soldados y capitanes, y era la causa que ponían mayor tasa en el rescate de los prisioneros de lo que era justo, y así no podía sufrirse. El Gran Capitán queriendo poner en esto remedio, se concertó con monsiur de Nemos, Visorrey de Nápoles, de esta manera: que un soldado privado por su rescate diese la paga de un mes; un hombre de armas de tres meses; un capitán de una compañía ó un alférez la paga de seis meses; el capitán de una banda de caballos el sueldo de un año; los otros capitanes de la orden de los nobles, cuando fuesen presos, pagasen de tasa á arbitrio del capitán general cuyos prisioneros fuesen. Mandó después de esto el Gran Capitán un bando por su campo, el cual mandó severamente guardar, que con los prisioneros usasen liberalidad y magnificencia, y esto fué por dar honra y fama á la nación española, porque los españoles no sólo de esfuerzo, mas aun de humanidad y cortesía, quería que hiciesen ventaja á los franceses. Pero como los franceses estuviesen muy airados del mal suceso de la lite de once por once, viendo cuán mal había sucedido á los suyos en aquel combate y desafío, determinaron de se vengar de otro modo y manera, y ganar por otra parte lo que por aquella habían perdido. Y con esta determinación y voluntad monsiur de la Mota, que á la sazón estaba en Rubo, salió con toda la gente de caballo que en aquella villa de Rubo estaban y fué á dar un tiento en Barleta, en la cual tan solamente habían quedado

D Diego de Mendoza con algunos otros caballeros é infantes, porque toda la más gente era ida con el Gran Capitán al combate, para favorecer y ayudar á los suyos, si por caso fuesen de los dichos franceses contra la seguridad acometidos. Y por esta causa sabiendo el capitán monsiur de la Mota la muy poca gente que en Barleta había quedado, vínose según se ha dicho arriba sobre ella. Pero don Diego de Mendoza, que muy buen caballero y esforzado era, no quiso en ninguna manera esperar á los enemigos dentro en la ciudad cerradas las puertas, sino con muy grande ánimo, varonil corazón, salir á los recibir con su gente aunque era poca, mas animosa; el cual con aquellos pocos españoles y italianos que allí tenía, y los sobredichos franceses (que hasta las puertas de Barleta corrían por todos los caminos y heredamientos y atalaban lo que podían en ellas) se trabó una tan reñida escaramuza que muchos franceses perdieron allí las vidas y muchos fueron heridos y presos, y al fin no pudiendo más sufrir la fuerza de los italianos, que en aquel día lo hicieron muy valerosamente, se comenzaron á desbaratar unos por una parte y otros por otra. Y D. Diego de Mendoza, que en aquella escaramuza mostró muy bien su valor y la fortaleza de su corazón, con pérdida de muy pocos de los suyos y con mucha honra de la alcanzada victoria, se tornó á Barleta, adonde otro día vino el Gran Capitán con la otra gente y caballeros combatientes muy alegres, no tanto por la victoria tan crecida y afamada que de los once caballeros franceses alcanzaron, cuanto por la buena victoria que el capitán D. Diego de Mendoza hubo tan á su salvo y honra. El cual contó al Gran Capitán muy largamente todo lo que le había acaecido después que de la ciudad de Barleta se partió al combate, alabando muy mucho á la nación italiana, que en aquel día lo habían hecho muy virilmente, usando de muy gran corazón, virtud, fortaleza y ánimo contra los franceses.

CAPÍTULO LIIII

De cómo un capitán francés, que se llamaba monsiur de Alegre, fué sobre una villa que dicen San Juan Redondo, y lo que sucedió.

Después de aquel famoso combate de once por once, que entre españoles y franceses hubo, según dicho es, el Visorrey de Nápoles,

que no entendía otra cosa salvo en destruir á los españoles, supo cómo en una villa que es la montaña de Sanctángelo, que dicen San Juan Redondo, estaba un capitán español con ciento y cincuenta españoles en guarnición de aquella villa, y que si se pusiese diligencia, se podría muy fácilmente tomar junto con otros lugares y villas de aquella montaña; el cual luego envió contra aquella villa de San Juan Redondo uno de sus capitanes, que llamaban monsiur de Alegre, con trescientos hombres de armas y quinientos caballos ligeros y mil y quinientos infantes, con siete piezas de artillería. Y con esta orden y mandamiento se partió monsiur de Alegre de Canosa, y por sus jornadas allegó á San Juan Redondo, adonde con mucha diligencia asentó su campo y hizo todos los aparejos que convenía para la expugnación de aquella villa y asentó el artillería contra el muro, el cual hizo batir con mucha fortaleza dos días continuos, de cuya causa vino á tierra una buena parte del muro. Pues como en los semejantes combates suele, acaeció luego que se hubo dado la batería, monsiur de Alegre hizo meter en armas su gente, y en allegándola al muro dióse la batalla á la villa, adonde como los franceses fuesen muchos en número y los españoles pocos, conveniales cumplir con fuerzas y ánimo la falta de la gente, por manera que hicieron tanto aquel día de sus personas, que dado caso que gran parte del muro hubiese el artillería de los franceses echado por tierra, rebotaron aquel día á los franceses y les mataron é hirieron más de veinte soldados con harto poco daño suyo. El Gran Capitán que estaba en Barleta, luego que monsiur de Alegre se partió de Canosa para ir contra San Juan Redondo, fué luego avisado, por lo cual con mucha presteza despachó á Diego García de Paredes con ochocientos infantes, para que metidos con aquella gente en dos galeras y otros siete navíos fuese á la mayor prisa que pudiese á socorrer aquella villa por la vía de la mar. Diego García de Paredes, que no era perezoso en lo que tocaba al servicio de su rey, luego se movió de Barleta la vía de San Juan Redondo, y tanto anduvo que llegó á vista de la villa. Los franceses, como vieron venir aquellas velas, reconocieron que eran españoles, y por esta causa monsiur de Alegre mandó apresurar la batería, por razón que antes que los españoles socorriesen la villa, la

tomasen. Y de tal manera la batieron y con tanta fortaleza, que en poco espacio metieron llano por el suelo una gran parte del muro, por lo cual convenía á los de dentro de la villa combatirse con los franceses á lanza pareja. Finalmente, el Gobernador español viendo la poca gente que tenía y la mucha de los enemigos, y que era imposible los de dentro de la villa combatirse con los franceses y poder sostener la villa á causa del muro derribado, determinó de venir en concierto con monsiur de Alegre, al cual envió á decir que si le hiciese seguro á él y á los suyos juntamente con los de la villa, de sus personas y haciendas, de manera que no recibiese daño de alguna persona, que ellos le entregarían la villa, donde no, que ellos determinaban de morir como les convenía, de morir en prisión ó de morir en libertad, defendiendo la villa con todo su poder y fuerzas. Monsiur de Alegre, que como era francés de naturaleza así lo era en sus malas maneras, mostró que era contento de pasar por aquel partido con condición que los de la villa pudiesen hacer lo mismo, y así lo prometió sobre su fe de hacer, y con esto el capitán español, no creyendo que monsiur de Alegre haría otra cosa, le recibió á él y á su gente en San Juan Redondo; y queriéndose partir aquel capitán, monsiur de Alegre, yendo contra su fe y palabra, hizo prender al capitán español y á todos los suyos, á los cuales hizo despojar de sus armas y caballos y todo lo que tenían. Junto con esto hizo saquear la villa y hacer otros agravios que no debiera, por solo cumplir su palabra y fe. En esto Diego García de Paredes era ya bien cerca de Manfredonia, el cual siendo visto por monsiur de Alegre, no quiso esperar en San Juan Redondo, por razón que por la batería que ellos habían antes dado en aquella villa estaba el muro muy mal parado y no era posible poderse defender de los españoles en aquel lugar. De cuya causa luego se partió con toda su gente de aquella villa y vino la montaña abajo á San Juan Leonardo, con voluntad de irse á meter en otra villa que estaba la marina arriba, que llaman Veste, porque monsiur de Alegre tenía habla con algunos ciudadanos de Veste, en que le habían enviado á decir, cuando estaba sobre San Juan Redondo, que queriendo venir con su gente sobre aquella ciudad, ellos le prometían de le abrir las puertas y de le recibir dentro; y por esta razón monsiur de Alegre luego se movió

de San Juan Leonardo con toda el artillería y gente, y vino á una villa que llaman Ronda, que es asimismo en la sobredicha montaña de Santángel; y porque desde aquel lugar adelante camino de Veste no se podían llevar los carros del artillería, por la aspereza de la tierra, hízola monsiur de Alegre embarcar en cuatro galeras que el capitán Peri Juan, del armada francesa, al presente tenía en aquel puerto de Ronda, adonde juntamente con el artillería mandó embarcar quinientos suizos para guardar el artillería y para que se metiesen en Veste antes que ellos, y con esto el capitán monsiur de Alegre por tierra y el artillería y la otra gente por mar, cada cual enderezó su camino la vía de Veste. En esto Diego García de Paredes, que ya había llegado á Manfredonia, fué avisado de lo que monsiur de Alegre hizo en San Juan Redondo, y ansimismo de cómo por razón de la habla que con los ciudadanos de Veste tenía, con intención de se meter en aquella ciudad, había movido de San Juan Redondo la montaña abajo, la vía de aquella ciudad.

CAPÍTULO LV

De cómo Diego García de Paredes salió de Manfredonia de noche y allegó á Veste antes que los franceses y se metieron dentro.

Pasando estas cosas según la orden que monsiur de Alegre había dado en aquel hecho, Diego García de Paredes, que bien había sido de todo lo que pasaba avisado, estando como estaba en Manfredonia, se partió aquella noche de la villa á las tres horas de noche, y dándose la mayor priesa que pudo vino sobre Veste á la punta del día, ya que quería amanecer; y los de Veste, como reconocieron las galeras que venían por la mar ser españoles, teniendo ya concertado, según dicho es, con monsiur de Alegre de lo recibir dentro de la ciudad, diéronle luego aviso, diciendo cómo galeras españolas habían llegado con gente por mar á se meter en la ciudad, y pues él se había estado en venir, como se había concertado, no podían hacer otra cosa sino darles la ciudad y estar como estaban en obediencia, porque de otra manera, haciendo lo contrario, ellos no tenían aparejo para se defender tan solamente una hora. Los principales que de este caso habían sido autores con los france-

ses, no se hallando bien seguros en la ciudad, por razón que si el capitán español lo supiese los castigaría por su traición y menos fe, tuvieron por bueno y más seguro partido ausentarse de allí y irse adonde monsiur de Alegre estaba, en Ronda. Luego Diego García de Paredes, como llegó sobre Veste, saltó en tierra con toda su gente, que eran cuatrocientos hombres, y sin ninguna contradicción ni resistencia que en los de Veste hallase se metió dentro, y allí habló con los ciudadanos, confirmando en el amor del Rey de España y reprendiéndolos amorosamente lo mal que lo habían hecho en se cartear con los franceses y mostrarles voluntad de los recibir en la ciudad, en que mucho habían deservido á su Rey, lo cual todo se les perdonaba, queriendo de ahí adelante mudar la condición y fielmente, junto con él, mostrar sus fuerzas contra los franceses. Los de Veste se disculparon, echando toda la traición en los ausentes, diciendo cómo ellos habían sido los levantadores de aquel trato y que ellos no habían tenido conformidad ninguna con ellos en deservicio de su Rey. Finalmente, quedando los de Veste en mucho amor con el capitán español, hiciéronse luego con gran diligencia todos los aparejos que para esperar los franceses eran necesarios, esperando si por ventura los franceses todavía procurarían de venir sobre aquella ciudad. Monsiur de Alegre, como supo que la ciudad de Veste había sido de los españoles ocupada por razón de su tardanza, pesóle mucho de ello, pero no dejó todavía tentar con su gente lo que hacerse podía. El cual, enviando primero delante cincuenta hombres de armas y cien caballos ligeros y trescientos infantes, él se quedó en Ronda con voluntad de luego otro día siguiente moverse de aquel lugar la vía de la ciudad de Veste. Aquella gente francesa que monsiur de Alegre envió á saber el estado de la ciudad, á fin de tomar lengua del número de la gente española que dentro estaba, partiéndose de Ronda allegaron hasta milla y media de Veste antes que fuese de día, y allí se emboscaron todos hasta que fué el día claro, desde donde enviaron veinte hombres de armas y cincuenta caballos ligeros para correr la tierra é informarse de lo que en Veste se hacía. Y los corredores franceses con esta orden se partieron de la emboscada y llegaron junto á la ciudad, en un monasterio que se dice San

Francisco; y Diégo García de Paredes, que fué avisado de los corredores franceses y cuán junto estaban de la ciudad, salió á ellos con ciento y cincuenta españoles de los suyos y dió sobre ellos con mucha fortaleza, y los franceses, por el contrario, se comenzaron á defender no teniendo en nada á los españoles; pero al fin los españoles hicieron tanto aquel día, que en muy poco espacio desbarataron á los franceses y mataron y hirieron de ellos más de treinta. Y los franceses, que todavía eran de los españoles seguidos, retrajéronse hasta el lugar do los otros franceses estaban emboscados, los cuales, recogiendo á los suyos y viendo ir los españoles todavía en su alcance, partieron de allí todos de aquel lugar y muy con gran priesa se recogieron á un lugar cercano de allí, que llaman Viço; y desde allí se fueron á Ronda á dar aviso de todo lo que alcanzaban del estado de la ciudad á monsiur de Alegre; y los españoles se tornaron muy alegres á Veste, habiendo hecho aquel acometimiento muy á su salvo y sin daño de los suyos.

CAPÍTULO LVI

De lo que acaeció al capitán Peri Juan en el puerto de Veste, y de cómo partiéndose de allí fué sobre Visela.

Hase dicho arriba cómo monsiur de Alegre desde Ronda había enviado gente para informarse de lo que se hacía en Veste. Dice agora la crónica que después que aquellos corredores franceses fueron por los españoles desbaratados, según dicho es, y tornando toda la gente que había enviado á Ronda, adonde él había quedado con voluntad de esé mismo día partir con la otra gente la vía de Veste, dijéronle el mal recibimiento que en los españoles habían hallado; y asimismo que como los de Veste ya habían mudado del propósito y voluntad que habían mostrado de los recibir, por manera que monsiur de Alegre, que muy bien conocía lo que su gente le decía, principalmente viéndolos venir tan mal parados como los vido, determinó de no seguir aquella empresa, antes luego se partió de Ronda y fuese con su gente á Canosa para dar aviso de su voluntad al capitán Peri Juan, que llevaba por mar el artillería. Despachó de presto una barca para le decir que, dejada la empresa de Veste, se tornase con aquella gente y

artillería la vía de Visela y la cercase y la tomase por el Rey de Francia, y que no quisiese pasar adelante por razón que no había ningún efecto en aquel caso, antes recibiría daño en la gente. La barca se partió de Ronda para dar aviso al capitán Peri Juan; pero como las cosas de la mar no suceden todas veces conforme al querer y voluntad de los navegantes, sucedió aquel mismo día que el capitán Peri Juan se partió de Ronda para ir sobre Veste, la mar mudó su sosiego y, tornado en tiempo contrario, dió al través con el armada, por manera que, á cabo de mucho peligro, habiendo de ir el armada francesa la vía de Veste, fué á parar en un puerto de Esclavonia, de cuya causa ni la barca cumplió el mandado de monsiur de Alegre ni el capitán Peri Juan fué avisado de ella de lo que había de hacer, ni menos acabó aquello que le fué mandado por monsiur de Alegre, que era que fuese sobre Veste. Finalmente, el capitán Peri Juan, como vido el tiempo metido en bonanza, deseando cumplir lo que por monsiur de Alegre le había sido mandado, partióse con sus galeras de aquel puerto, de do había parado, creyendo que ya habría monsiur de Alegre tomado la ciudad de Veste y que allí le hallaría sin ninguna dudá, según el concierto que con los de Veste tenía, y viniendo con muy buen viento, allegó cerca del puerto de Veste un día de mañana. A la sazón acaeció que salió del puerto una fusta de españoles, y el capitán Peri Juan, como la vió venir, encaró contra ella con sus galeras con voluntad de la tomar, y los que venían en la fusta, como reconocieron las galeras francesas, tornaron á muy gran priesa á se meter en el puerto, y los franceses todavía la fueron siguiendo hasta tanto que dos galeras de las francesas se adelantaron más y le tomaron el camino, por manera que convino á los de la fusta, antes que los franceses aferrasen con ella, allegar la proa en tierra junto aquel lugar do estaba el monasterio de San Francisco. Como allegaron los de la fusta, saltaron afuera desmanparándola por amparar sus vidas. Entonces el capitán de las galeras se metió en un bergantín y en los esquifes de las galeras metió doscientos hombres, y con aquel aparejo, dejando las galeras más metidas en la mar, se fué al lugar donde estaba la fusta española para lá tomar. En esto, aquellos hombres que iban en la fusta española, que eran tan solamente diez hombres,

habiendo ya dado aviso á Diego García de Paredes de lo que en la mar pasaba, pusiéronse á defender la fusta y hicieron mucho contra los franceses; pero en fin, como ellos uesen pocos, los franceses tomaron tierra é hicieron retirar á los españoles la montaña arriba. En éste tiempo Diego García de Paredes salió de Veste con ciento y cincuenta hombres y vino á aquél lugar do los franceses pugnaban por tomar aquella fusta española, y como gran parte de los suizos que el capitán Peri Juan traía estuviesen en tierra, la gente española de Diego García de Paredes dió de recio en ellos, y tanto hiciéron aquél día que, peleando muy fuertemente, mataron los españoles más de cien hombres de la parte francesa, y de los que procuraban de se meter en los esquifes para se salvar fueron en la mar anegados más de veinte de ellos; los demás, con gran dificultad y daño suyo, se pudieron recoger á las galeras. Y verdaderamente aquel día muriera mucha gente, si no fuera que en todo el tiempo que los españoles escaramuzaban con los franceses no dejaban el artillería de las galeras de soltar muy á menudo su acostumbrada colación, de que no poco daño y mayor estorbo hacía en los españoles en no los dejar dar el fin de aquella escaramuza, muy más sangrienta que no lo fué. En esto el capitán Peri Juan, habiéndose recogido con su gente en las galeras, viendo el daño que había recibido y el poco que en los contrarios habían hecho, determinó de se mover de aquél lugar con las galeras é irse á Ronda, creyendo que hallarían allí á monsiur de Alegre, el cual, como fué en Ronda, supo cómo le había dejado mandado monsiur de Alegre que dejase la empresa de Veste y se tornase la vía de Viselá á la cerca y tomar, según que la crónica lo ha contado, y hizolo así. Y Diego García de Paredes, muy contento del daño que había en los franceses hecho tan á su salvo, se tornó á Veste, quedando de los suyos sólo uno muerto y quince heridos.

CAPÍTULO LVII

De cómo el capitán Senón salió de San Juan Redondo y vino á correr á Santángelo, y de lo que le sucedió.

En este mismo tiempo que pasó en Veste lo contado, un capitán que monsiur de Alegre había dejado en San Juan Redondo al tiempo

que salió de aquella villa para venir sobre Veste (al cual llamaban el capitán Senón), determinó una noche de salir de aquel lugar é ir á correr á Santángelo, una buena villa que es en la montaña, de cuyo nombre se llamó la montaña de Santángelo, adonde estaba en guarnición un capitán español que llamaban el capitán Villalba, de quien en otro lugar la crónica ha hecho mención, con trescientos infantes españoles. Y como el dicho capitán francés saliese de noche, vino hasta milla y media de Santángelo y allí se metió en un bosque espeso esperando á que viniese el día, y como ya fuese claro, envió desde allí cien infantes adelante á correr la tierra, á que tomasen alguna buena presa de ganado, de que hay mucho en aquella montaña; y los infantes franceses hiciéronlo así como por el capitán les había sido mandado, y comenzando á correr por aquellos términos y rededores de aquel lugar, robaron hasta trescientas cabezas de ganado que hallaron fuera de la villa. Y los pastores que guardaban el ganado, como vieron los franceses, desmampáronlo y fueron á la villa de Santángelo á dar aviso al capitán Villalba, que allí estaba, de todo lo que pasaba, diciendo en cómo franceses habían subido la montaña y les habían robado todo el ganado que tenían fuera en los pastos y que habían procurado de captivarlos á ellos, y hacían otros daños y desaguisados en aquella comarca. De cuya causa el capitán Villalba, muy enojado de lo que oía, salió fuera de Santángelo con doscientos hombres, corriendo á grande prisa, y alcanzaron á los franceses, que llevaban aquella cabalgada de ganado, á medía milla de aquél lugar, y dando con mucha fortaleza en ellos los desbarataron en poco espacio y mataron y prendieron los españoles hasta más de veinte franceses y, junto con esto, les tomaron la cabalgada, que no se perdió de ella tan solamente una cabeza de ganado; y los franceses, así desbaratados, escaparon por la aspereza de la montaña y se fueron donde habían dejado su capitán emboscado. El cual como supo que los españoles venían en pos de ellos y del mal recibimiento que habían habido sus soldados de los españoles (diciéndose muy propiamente por ellos que fueron por lana y vinieron trasquilados), levantóse á gran prisa del bosque y retrájose con su gente al lugar adonde habían venido, que era San Juan Redondo. Y los españoles,

viendo ya en su poder la cabalgada que los franceses llevaban, se tornaron asaz alegres á Santángelo, no queriendo más seguir á los franceses.

CAPÍTULO LVIII

De un desafío que Diego García de Paredes hizo contra monsiur de Formento, y de cómo Diego García de Paredes salió del campo con mucha honra.

La crónica ha ya contado cómo cuando el Visorrey de Nápoles fué sobre Taranto, desde Barleta envió á Luis de Aste y á monsiur de Formento para que aguardasen á Luis de Herrera y al Conde de Matera y Arzobispo de Mazarra y los destruyesen juntamente con la gente que llevaban. Pues dice agora la crónica que, habiendo ya monsiur de Formento tomado en prisión en aquel rebate al Conde de Matera y dándole libertad, quedándole un sobrino suyo en rehenes, para que fuese á Barleta por los dineros de su rescate, y no los hallando dentro el término que era tenido de los enviar, á lo menos todos ellos, el Conde de Matera escribió una letra al capitán monsiur de Formento, que era el que, según dicho es, había tomado en prisión al Conde, haciéndole saber cómo él había trabajado mucho y puesto diligencia en buscar la suma de diez mil ducados de su rescate que le debía, y que, según la gran penuria y falta en que aquellas guerras tenían puesto aquella tierra, en especial á Barleta, él no había podido hallar tanta cantidad, y que por esta razón le rogaba que, pues entre caballeros es uso y costumbre hacerse, le diese término más competente dentro del cual pudiese buscar toda aquella suma de diez mil ducados, y que él le daba su fe y palabra de se los enviar en hallando cumplimiento de todo. Como monsiur de Formento leyó la carta del Conde de Matera, apartándose de aquello que á ley y gentileza de caballeros se debe, con muy grande enojo y soberbia le respondió por otra carta, por la cual le decía cuán conocido tenía mucho antes de aquello la poca fe de italianos y españoles, y cuán mal la sabían mantener, y que muy peor hacía quien en ellos se fiaba, jurando que aquello le escarmentaría para todas las cosas de adelante, y otras cosas muchas que la carta decía en desacato de ambas las naciones italiana y espa-

ñola. El Conde de Matera, como hubo leído la carta de monsiur de Formento, enojado de sus deshonestas palabras, la mostró al Gran Capitán; y como la hubo leído en secreto, la tornó á leer otra vez en altas voces delante de todos sus capitanes, acriminando en gran manera aquellas palabras, diciendo el gran cargo en que monsiur de Formento infamaba, no sólo á la nación italiana, contra quien principalmente venían dirigidas, pero también á la nación española, queriendo por ellas notar la poca fe que en las dos naciones había, y de su parecer era que se debía de volver por la honra de los españoles é italianos, pues en aquella carta muy gran detrimento padescían sus honras. Pero como todas las cosas que de voluntad se emprenden y con temeridad, como hizo monsiur de Formento, por la mayor parte tienen tristes y dudosos fines, y, por el contrario, las que de necesidad y compelidos, acostumbran tener prósperos sucesos, así acaeció en la respuesta de esta carta. Porque aquel animoso Diego García de Paredes, que al presente se halló en Barleta, por su gran virtud quiso ganar para sí aquella honra y prez, así por las palabras del Gran Capitán como por lo que en la carta de monsiur de Formento venía, y movido con enojo de aquello y por el celo de la honra de España, suplicó al Gran Capitán tuviese por bien darle á él licencia para retar sobre aquel caso á monsiur de Formento, que aquella letra tenía atrevimiento de enviar en denuesto de la nación italiana y española, á do tan buena gente hallaba de ambas aquellas naciones, y por esta razón él prometía como caballero de le hacer confesar por su misma boca que todo lo que, así contra italianos como españoles, había dicho, era mentira y gran falsedad, y que había escrito como malo y mentiroso caballero. El Gran Capitán, que no menor enojo de lo dicho tenía que cualquiera otro particular de la compañía, hubo muy gran placer de ver la voluntad que Diego García de Paredes mostraba en querer defender la honra de su nación y de los italianos, el cual, confiando en la virtud de Diego García de Paredes y conociendo cuán buenas salidas daba en todo aquello que pretendía de hacer, fué contento de le dar aquella licencia. Luego Diego García de Paredes, que muy ganoso estaba de verse metido en el campo con aquel francés, le envió un trompeta con un cartel de desafío, en

que le retaba y daba por mentira todo lo que contra la nación española é italiana había escrito al conde de Matera, y que por esta razón le desafiaba y ofrecía su persona en campo, adonde pensaba hacerle desdecir por su propia boca de todo aquello que contra su nación y contra la nación italiana había osado decir como malo y falso caballero. Con este desafío fué el trompeta á monsiur de Formento, á Canosa, el cual, viendo lo que le era dicho de parte de Diego García de Paredes, cuya fama y fortaleza estaba muy bien conocida en el campo francés, pesóle de lo que le había enviado á decir, viendo que no podía hacer menos, por lo que debía á su honra, de le responder, y que lo había de haber con Diego García de Paredes, á quien los franceses cada uno en particular temían por hazañas y grandes cosas que hacía y acometía. Pero no pudiendo hacer otra cosa, aceptó el combate, respondiendo de cómo él era muy contento de sustentar aquellas palabras, que con mucha verdad había dicho y que, pues dél salieron, él era caballero para las hacer verdaderas, así en lo uno como en lo otro. Pusieron para este combate todas las cosas necesarias, así de jueces como de personas que estuviesen en rehenes para seguridad del campo; señalóse el día del combate y el lugar adonde había de hacerse, que era entre Trana y Visela, según que otros combates y desafíos hacerse suelen. Y allegado el día del combate, Diego García de Paredes salió de Barleta con los jueces que de su parte habían de ser y con mucha gente que para ver el combate había salido, el cual para aquel día, por parecer y consejo de algunos amigos suyos, salió muy galán y muy bien devisado, con muchos penachos, así sobre su almete como en la cabeza y gropa de su caballo, tal que parecía que ponía envidia á los miradores por no ser cada uno de ellos el requeridor como lo era Diego García de Paredes. Y hechas las ceremonias acostumbradas, paseó el caballo, que español y muy bueno era, por el campo con mucha destreza, dando contentamiento á todos los que lo miraban, y después de asosegado, se puso á una parte del campo, aguardando á monsiur de Formento, al cual aguardó todo el día solar, en el cual monsiur de Formento no salió ni osó salir ni parecer en todo el campo, queriendo anteponer la vida á la honra, la cual aquel día perdió para siem-

pre; por causa de lo cual los jueces que por las partes eran nombrados, todos conformes sentenciaron y declararon á monsiur de Formento ser falso caballero, y así procedieron contra su honra y fama según que contra los tales, según orden de caballería, se acostumbra proceder. Y esto hecho, los jueces y caballeros que allí se hallaron, sacaron á Diego García de Paredes con muy gran honra del campo y tornáronse á Barleta, adonde el Gran Capitán había quedado, del cual fué con mucho placer y honra recibido.

CAPÍTULO LIX

De cómo vino socorro de gente de Sicilia á la Calabria, y de cómo vino el Conde de Melito contra ellos en Terranova, y de cómo por la venida de D. Yugo de Cardona fueron librados los que estaban en el castillo de Terranova.

Era tan grande la hambre y falta de bastimentos que en este tiempo tenían los del campo español que estaban en Barleta, por lo cual padecía mucho trabajo, á los cuales dejará la crónica por agora, y dirá lo que en la Calabria acaeció en aquel mismo tiempo. Pues dice agora que un día, andados diez y nueve días del mes de Octubre del sobredicho año de mil y quinientos y tres, habiendo el Gran Capitán enviado por gente á Sicilia para guarnición de la Calabria, vino en aquella provincia gran copia de gente siciliana y española, toda muy buena gente; y como allegaron en la Calabria luego se fueron á meter en una villa que se dice Terranova, y estando allí dando orden en lo que debían de hacer, el Conde de Melito, que tenía la parte de Francia junto con el Príncipe de Salerno, como supo que españoles tenían tomada aquella villa por el Rey de España, estando á la sazón en la llana de Terranova allegó sesenta hombres de armas y ciento cincuenta caballos ligeros y cuatrocientos infantes, y con aquella gente vino sobre Terranova con voluntad de destruir á los que estaban dentro de la parte de España. Y como allegó á aquella villa, dió orden de dar la batalla, la cual comenzó á dar por una parte que dicen la puerta de la Judaica, y la gente que de la parte de España estaba hizo mucho en la defensión de la villa, y así se defendieron algunos días con mucha for-

taleza; pero al fin, como no hubiese mucha ó ninguna fe en los villanos de Terranova, tramaron muy secretamente de meter dentro al Conde de Melito y á su gente, y con esta voluntad, un día los de Terranova los metieron por una puerta que ellos mismos guardaban, que dicen la puerta de Santa Catalina; y los españoles como conocieron la traición de los de Terranova, no tuvieron otro remedio salvo recogerse todos en el castillo, los cuales el Conde y su gente siguieron hasta los meter en el castillo. En este alcance murieron dos soldados de la parte de España y otros muchos hirieron, pero al fin retraídos todos al castillo hicieron fuertes en él muchos días, por razón que el Conde los tuvo cercados más de veinticuatro días, dentro de los cuales los españoles padecieron muy gran trabajo de hambre y otras necesidades. De manera que faltándoles del todo el mantenimiento comían carne de algunos caballos que dentro tenían, que les fué no poca ayuda y consolación, que de otra manera sin ningún remedio perecieran de hambre; y bebían agua de unos pozos que en el castillo había de no muy buena agua, y verdaderamente no pudieran sufrirse cuatro días más que no vinieran en poder del Conde y de los suyos. Pero como todas las cosas que están en peligro y necesidad Dios sea el que da el remedio al mejor tiempo, acaeció que sabiendo D. Yugo de Cardona, que después de la partida del Rey D. Federico de Nápoles, se había ido á Roma, la necesidad que el Gran Capitán tenía de gente, salió de Roma con seiscientos infantes y fué á Sicilia, y de ahí con muy gran diligencia pasó á la Calabria con aquella gente en aquel mismo tiempo que los españoles estaban en el castillo de Terranova estrechamente cercados. Y estando en una villa de aquella provincia, que dicen Semenara, supo la gran necesidad en que el Conde de Melito tenía á los españoles, de cuya causa, metiendo en orden su gente, don Yugo de Cardona se movió de Semenara enderezando su camino la vía de Terranova. En esto el Conde de Melito, como supo la venida de aquel capitán español contra su persona y los suyos, dejando alguna de su gente en guarda del castillo, él mismo con ciento y cincuenta caballos ligeros y con cien hombres de armas y algunos infantes salió de Terranova para saltar en el camino á don Yugo de Cardona y á su gente. Y con esta voluntad se vino

abajo de un casar que dicen San Martín, para los esperar allí, los cuales á más andar ya venían su camino derecho de Terranova; y al pasar de un río que corre por aquel lugar, la gente del Conde de Melito y de don Yugo de Cardona se encontraron, y allí comenzó á trabarse entre ellos una muy brava escaramuza y reñida, adonde la gente de don Yugo de Cardona hicieron tanto que con mucho daño de la gente del Conde le desbarataron, muriendo en aquella pelea veinte hombres del conde y catorce que fueron presos. Y después de mucho daño que de aquella vez hubo en la gente del Conde, recogióse él con la otra gente y se salvó con ella en Melito; y don Yugo de Cardona, muy alegre con la victoria que del Conde hubo, prosiguió su camino la vía de Terranova, adonde saliendo la gente que el Conde de Melito había dejado sobre el castillo, supieron lo mal que al Conde le había sucedido, y de cómo don Yugo de Cardona se venía á meter en Terranova á descercar los españoles y otras gentes del castillo; por lo cual los del Conde se levantaron de aquel lugar y se salieron á muy gran priesa y se fueron á Melito, adonde el Conde estaba, y don Yugo de Cardona allegando á Terranova destruyó aquel lugar y la saqueó, sacando del castillo la gente que en él se había retraído, según dicho es, lo cual mandó hacer por se vengar de la traición que los de aquella villa cometieron contra su rey y señor y contra su gente. De esta manera fueron descercados aquellos que por el Conde de Melito en el castillo de Terranova estaban cercados.

CAPÍTULO LX

De cómo los Príncipes de Calabria se movieron contra don Yugo de Cardona, y de lo que al Príncipe de Rosano acaeció con el capitán Peynero.

Después que el Conde fué roto en lo de Terranova en fin de aquel mes de Octubre del dicho año, los Príncipes de Vesignano y Salerno con otros muchos varones y principales de aquella provincia de la Calabria se allegaron juntos en uno con doscientos hombres de armas y con cuatrocientos infantes y con doscientos caballos ligeros franceses, y con otra mucha gente de la tierra, y determinaron de venir contra don Yugo de Cardona, que esta-

ba en Terranova con su gente. El cual como supiese que los Príncipes de Calabria le venían á buscar con todo su poder, y viendo que aquella villa no era nada fuerte para los poder allí esperar, en especial temiéndose de los de la villa no le hiciesen otra semejante traición como la pasada, según dicho es, salióse de allí con toda su gente y fuese á otra villa que se llama San Jorge. Los Príncipes de la Calabria, después que se hubieron partido de Melito vinieron por Semenara, que estaba por el Rey de España, y tomáronla por fuerza de armas, y después la saquearon y quemaron muchas casas de los principales. Finalmente, dejándola muy mal parada siguieron su camino para Terranova, y viniendo sobre ella supieron cómo don Yugo de Cardona, siendo avisado de su venida, se había salido de aquella villa y ídose con su gente á San Jorge, y por esta razón los Príncipes se metieron en Terranova y estuvieron dentro más de quince días sin hacer cosa que de contar sea. Pero en este tiempo el Príncipe de Rosano, que era de los Príncipes de la junta, trató con los ciudadanos de Rosano muy secretamente para que tomasen al capitán Peynero, que estaba dentro de aquella ciudad, que la tenía en guarnición por el Rey de España, adonde tenía aposentados quinientos infantes y doscientos caballos ligeros. Y el Príncipe para haber de poner por obra este hecho, aperció primero todas las tierras de la comarca, para que si el capitán Juan Peynero saliese de Rosano, no se pudiese escapar por ningún arte sin que fuese preso. Y dada esta orden, según dicho es, el Príncipe de Rosano vino á Rosano, y venía con mil y quinientos infantes de la provincia y ochenta hombres de armas y doscientos caballos ligeros, con voluntad de prender á Juan Peynero y á su gente. Pero como este capitán fuese avisado de la venida del Príncipe y por conjeturas hubiese sacado el trato que contra él había sido concertado, determinó de no esperar más allí, y una noche muy secretamente se salió de Rosano con su gente y fuese la vía de Cotrone. Como la gente del capitán Juan Peynero fuese la más de la provincia, como sintieron que el príncipe de Rosano venía contra Juan Peynero, amotináronse los más de sus soldados, en especial de la gente de infantería, y con toda esta falta que al capitán Juan Peynero se recreció, viniendo su camino la vía de Cotrón se encon-

tró en la mitad dél con el Príncipe de Rosano y su gente, con el cual le convino de fuerza venir á las manos, y hubo con el Príncipe una muy recia y reñida escaramuza, y murieron muchos soldados de una y de otra parte; pero al fin como la gente del Príncipe fuese en desigual número mayor que la del capitán Peynero, hubo el Príncipe lo mejor de la batalla, y siendo los infantes del capitán Juan Peynero desbaratados, y por el mismo caso toda la otra gente de caballo y hombres de armas, no pudo hacer menos de desamparar el campo y retraerse con toda la gente que pudo recoger en Cotrón, adonde estuvo retraído algunos días hasta tanto que el Comendador Aguilera le socorrió, según abajo más largamente se dirá.

CAPÍTULO LXI

Del socorro que el Rey de España envió en la Calabria, y de cómo el Comendador Aguilera vino con gente de Roma ansimismo en socorro, y de lo que sucedió á los unos y á los otros.

Cállase al presente lo que en la Puglia acaecía, adonde el cuerpo de los dos ejércitos estaba, y dicese lo que pasó en la Calabria con los Príncipes de ella, que todos eran enemigos de España. Había mediante este tiempo muchas escaramuzas, rebates y otros recuentros entre españoles y la gente de los Príncipes de la junta, en los cuales ansí de los unos como de los otros había muertos y heridos y presos. Acaecían otros daños semejantes que en guerra acaecer suele, por lo cual el Rey Católico de España, que muy gran cuidado tenía, viendo la necesidad que los españoles que estaban en la Calabria tenían de gente y que el Gran Capitán no se podía sin gran daño deshacer de la gente que tenía en Barleta y en sus confines, que en defensa de aquellas tierras estaba, envió en la Calabria un caballero que llamaban Manuel de Benavides, con doscientos hombres de armas y doscientos jinetes y con cuatrocientos infantes para en socorro de los otros españoles que en la Calabria estaban. Y el sobredicho capitán con esta gente vino á una villa que dicen Rijoles, que está en la costa de la Calabria, adonde desembarcó un día, andados quince días del mes de Noviembre del sobredicho año, y después de esto estuvo algunos días en Rijoles dando

orden en lo que debían hacer, y partiéndose de Rijoles vínose la vía de una villa que dicen Yrache, adonde allegó á veintitrés días del dicho mes. Los Príncipes de la Calabria, que según se ha contado estaban en Terranova con su gente, como fueron avisados del socorro de gente que había pasado en la Calabria con Manuel de Benavides, luego desmayaron y dejaron lo que tenían determinado de hacer contra D. Yugo de Cardona, que estaba en San Jorge; y no osando esperar á los españoles en aquella villa que era asaz flaca de defensa, según dicho es, salieron todos juntos de Terranova y fuéronse á Melito. En Terranova dejaron un capitán que llamaban Malerma, con cien hombres de armas y con trescientos infantes gascones en defensa de aquella villa, si españoles viniesen sobre ella. El capitán Manuel de Benavides, siendo sabidor que los Príncipes de la Calabria se habían retirado á Melito, vino con toda su gente sobre el capitán Malerma, y allegando á Terranova comenzó á combatir el muro, y los de la tierra por el mismo caso se defendían con mucha fortaleza. Y al fin no pudiendo tomarlos con las armas, los tuvo cercados más de quince días, en los cuales el capitán Malerma hizo saber á los Príncipes el estrecho en que estaba y de cómo no podía hacer menos de se dar, si de ellos no fuese socorrido. Y por esta razón los Príncipes salieron de noche con toda su gente de Melito y vinieron muy secretamente sin ser sentidos aquella noche á Terranova, y por una parte de la villa sacaron al capitán Malerma con toda su gente y tornáronse con ellos á Melito. Y luego como fué de día, supo el capitán Manuel de Benavides lo que los Príncipes habían hecho, por lo cual sin más detener se movió de allí y fué en su alcance hasta dentro de Melito; y como no los pudiesen haber á las manos tornáronse de allí á un lugar que se dice Burelo, adonde aposentó su persona y gente hasta que fué tiempo de salir de allí, según se dirá en su lugar. Estaba en este mismo tiempo el Comendador Gomez de Solís en la Mantra con toda su gente, el cual como viese que los españoles ya comenzaban alzar cabeza y que era tiempo que se moviesen de aquel lugar en su ayuda y favor, aderezó toda su gente, que eran los que sacó de la Mantra ciento y cincuenta hombres juntamente con otra alguna gente de aquellos que se habían ausentado de Cosencia y vino

sobre aquella ciudad, por razón que al tiempo que los principales se fueron á meter en Melito enviaron desde allí al capitán Gremino con mucha y muy buena gente á tomar la ciudad de Cosencia por el Rey de Francia. Y de esta causa avino que los españoles que estaban en guarnición de aquella ciudad se retrajeron al castillo y allí estaban cercados de los franceses. Finalmente, el Comendador Gómez de Solís vino una noche á Cosencia y de la media noche abajo se metió muy secretamente dentro en la ciudad y dió á deshora en los enemigos que estaban descuidados y tenían el cerco sobre el castillo, y de tal manera los acometió que en muy breve las guardas de los enemigos rompiendo, se metieron dentro en el castillo y le proveyó de más gente y de vituallas y de todo lo necesario para su defensa. En este mismo tiempo, el Comendador Aguilera, que estaba en Roma, movido de la fama de la necesidad que sabía que tenía el Gran Capitán, en especial la gente que estaba en la Calabria, y viendo que no tenían ni podían venir á mejor tiempo para servir al Rey Católico su señor, que en este tiempo tenía determinado de salir de Roma en el socorro de aquella provincia. Y con esta voluntad allegó cuatrocientos españoles, gente bien escogida, y con aquella gente se vino á Sicilia. Dende allí, sin se detener cosa alguna, pasó en la Calabria y se aposentó en la ciudad de Cotrón, donde tenían cercado al capitán Juan Peynero, al cual socorrió y descercó, y dende algunos días que el Comendador Aguilera estuvo en aquella ciudad con su gente y con alguna otra parte de gente que sacó de los castillos, salió de Cotrón dejando proveído con el capitán Juan Peynero lo que habían de hacer. Se fué sobre una villa que se dice Belcastro, adonde estaba un capitán francés que decían Olo, con cien franceses y con alguna otra gente allegada de las tierras y lugares comarcanos que ansimismo estaban de la parte de Francia; y como el Comendador Aguilera allegó sobre la villa de Belcastro, comenzó á combatirla muy fuertemente, y duró el combate más de una hora, en el cual combate de la una parte y de la otra fueron asaz muertos y heridos; pero al fin el Comendador Aguilera, como fuese aquella la primera cosa que en aquel reino hacía, pugnó mucho de ganar allí honra, por manera que al cabo de su trabajo la villa vino á su poder, la cual tomó por fuer-

za, y tomó ansimismo en prisión todos los franceses juntamente con el capitán Olo. Y después de esto el Comendador Aguilera mandó saquear aquella villa y hizo quemar muchos edificios, de manera que de aquella vez quedó la villa de Belcastro muy mal parada y arruinada de los españoles, donde se hicieron otros muchos daños así de los vecinos como de los soldados que estaban puestos en su defensa. Finalmente, el Comendador Aguilera se salió de aquella villa y vino con su gente á otra villa que se llama Mesuraca, y allí estuvo algunos días, mediante los cuales el capitán Juan Peynero, que juntamente con el Comendador se había hallado en lo de Belcastro, dejando en Mesuraca al Comendador con cien caballos ligeros y ciento y cincuenta infantes, salió de Mesuraca y vino á socorrer la ciudad de gente que había dejado en Cotrón. Y viniendo por su camino el Príncipe de Rosano, que estaba en Santa Severina, como fué avisado de la partida de Juan Peynero y de su gente la vía de Cotrón, salió de Santa Severina con la gente que ende tenía y fué en pos de Juan Peynero que le llevaba mucha ventaja. Y temiéndose de esta causa de no le poder alcanzar, envió adelante con su capitán, el cual se decía Antón Barranca, con ciento y cincuenta caballos ligeros y con doscientos infantes para que le tomasen la delantera y se tuviesen con él, entretanto que llegaba con la otra gente. El capitán Barranca llegó y puso por la obra lo que el Príncipe le mandó, y tanto anduvo con su gente que tomó la delantera al capitán Juan Peynero, y pasando con su gente el capitán Antón Barranca se puso á esperar á los españoles junto á un río que por aquel lugar corre. Como estuviere allí esperándolos y viese que se detenían más de lo que pensaba que se podían detener, temiéndose no se pudiesen ir por algún otro lugar, envió de allí hasta veinticuatro caballos ligeros, para que entretanto corriesen una villa que llaman las Castelas, y ansimismo mirase que tomasen lengua si el capitán Juan Peynero era pasado á Cotrón. Los veinte caballos se partieron de su capitán de junto al río de Tasila y vinieron á correr toda aquella tierra de las Castelas, donde tomaron asaz ganado y otras cosas, y con ello se vinieron á aquel lugar do el capitán Antón Barranca había quedado esperando. Y en este punto el capitán Juan Peynero asomaba con su gente la vía de

Cotrón, y como llegó junto al río en el lugar do estaban los enemigos, fué de ellos salteado con mucha fortaleza; pero no con menor fueron de los españoles recibidos, adonde el capitán Juan Peynero hizo de su persona y tanto trabajaron los suyos aquel día, que á pura fuerza peleando muy reciamente los unos con los otros convino á los enemigos dejar el campo, por razón que después de haber peleado un gran rato los españoles llevaron lo mejor, habiendo de ambas partes muchos muertos y heridos, y el capitán Antón Barranca con su gente fué metido en rota; el cual con bien poca de su gente se salvó de la batalla y se fué adonde el Príncipe estaba, según dicho es. El Príncipe como vido á su capitán venir perdido y desbaratado con gran disminución de la gente que había llevado, hubo de ello muy gran pesar; pero creyendo que todavía el capitán Juan Peynero les venía en el alcance, temiendo no sucediese á su gente lo que de la otra había sucedido, tornóse atrás su camino á San Severino, de donde había salido con poder de gente que no tornó. El capitán Juan Peynero, glorioso con su victoria, se metió en Cotrón, no teniendo de ahí adelante en tanto á sus enemigos.

CAPÍTULO LXII

De cómo un capitán salió de Manfredonia y tomó una villa que llaman Toja, y de cómo el Visorrey dividió su ejército en ayuda de la Calabria, y de lo que sucedió al Conde de Melito y otros dos capitanes franceses.

Mucho se ocupa el cronista en contar las cosas que en la provincia de Calabria acaecían, por manera que casi parecía querer del todo olvidar los hechos que en la provincia de la Puglia, adonde los dos ejércitos estaban, acaecieron. Pero como, á la verdad, así de la una parte como de la otra sucedían cada día cosas nuevas, no las puede el cronista contar sin hacer división de una ó de otra provincia, y en especial agora las hará más á menudo, por razón que el ejército francés se dividió en dos partes: la una parte quedó en Canosa con el Visorrey, y la otra vino en favor de la Calabria con monsiur de Aubegni, según que abajo se dirá. Pues dice ahora la crónica, hablando de la provincia de Puglia, que todo el tiempo que el Gran Capitán estuvo en Bar-

leta, siempre entre españoles y franceses había recuéntrros y escaramuzas, haciéndose entre los unos y los otros el mayor daño que hacerse podían, en que había muertos y heridos, robos y otros daños de esta calidad, y de cada día procuraban hacerse más. Y con esto un día fué avisado el Gran Capitán cómo en una villa que llamaban por nombre Toja, estaba un gobernador con solos quince soldados franceses, los cuales tenían aquella villa por Francia. De cuya causa, viendo el daño que allí se podía hacer, aunque en la verdad era bien pequeño según otros que cada día hacían los unos á los otros, envió á mandar á un capitán que estaba en Manfredonia, llamado Ariarán, que luego con su gente fuese sobre aquella villa y la tomase. El capitán Ariarán luego movió de Manfredonia con cuatrocientos infantes españoles é italianos y salió de allí á dos horas de noche y con mucho secreto; caminando toda la noche llegó sobre aquella villa cuatro horas antes del día, porque no son más de diez y ocho millas de Manfredonia á Toja, y antes que llegasen con buen trecho el capitán Ariarán metió en orden su gente y aderezó sus escaladores. Después de todo hecho, con mucho secreto, porque no fuesen de las guardas sentidos, se allegaron al muro y echaron las escalas, y pocos á pocos subieron todos, sin que fuesen sentidos de parte ninguna; y bajando la muralla abajo, comenzaron á discurrir los unos por unas partes, los otros por las otras, y pusieron las banderas de España por el muro de la villa; por manera que como la gente estuviese muy descuidada en sus camas durmiendo, no procuraban de se defender, antes como ovejas consentían hacer de sí y de su hacienda lo que era la voluntad de los españoles, y fueron presos algunos franceses y toda la villa metida á saco; y el gobernador, con algunos franceses que consigo tenía, se salvó de ellos colgándose del muro abajo de la villa y los otros por otras partes. Lo cual pudo hacerse sin ser vistos por la oscuridad de la noche. Finalmente, los españoles hubieron de aquel saco asaz joyas, ropas y dineros, lo cual les dió ánimo para mayores cosas. Y dejando de esta manera que dicho ha la crónica la villa de Toja, el capitán Ariarán se tornó á Manfredonia muy alegre por el buen suceso y victoria que había habido en la toma de aquella villa, sin perder tan solamente un hombre de los

suyos. En este mismo tiempo, según dicho es, los Príncipes de la Calabria, habiendo recibido grandes daños, así en su gente como en sus personas y señorios, por razón que el estado de España estaba ya más próspero y en mejor condición por la venida de aquellos caballeros españoles que habían pasado con su gente en favor del Calabrés, que casi por la mayor parte estaba por el Rey de Francia, determinaron de enviar al Visorrey de Nápoles, que estaba en Canosa, á le decir la mucha necesidad que tenían de su favor y ayuda por razón de los daños que cada día recibían de los españoles, que muy pujantes estaban habían reducido muchas villas y lugares á su devoción, estando por el suelo las banderas de Francia menospreciando su nombre. Y que pues hasta entonces habían procurado con todo su poder de sostener aquella provincia, juntamente con sus estados, por el nombre y servicio del Rey de Francia, que no era justo que ahora, que no podían á las fuerzas de los españoles resistir, los dejasen salir con aquella empresa por falta de gente. Y que pues que ellos estaban determinados á seguir con su ayuda y mandado la guerra, le suplían cuán encarecidamente podían que enviase gente á la Calabria, porque ellos pudiesen tener manera de tornar alzar cabeza y confundir del todo á los españoles, que muy arraigados estaban en aquella tierra. El Visorrey de Nápoles, que persona muy sagaz y prudente era, viendo la encarecida petición de los Príncipes de Calabria ser muy justa y muy allegada al servicio del Rey, y asimismo viendo el celo y voluntad de lo que tocaba á la sustentación de la provincia por el Rey de Francia, hubo su consejo de lo que en aquel caso debían hacer, adonde, así él como todos los Príncipes del ejército, de quien el Visorrey tuvo parecer, fueron de opinión que les enviase socorro. Y con esta determinación, el Visorrey dividió el ejército en dos partes: la una dejó con su persona en Canosa contra el Gran Capitán, y la otra parte envió con monsiur de Aubegni á la Calabria, en defensa de aquella provincia contra D. Yugo de Cardona y Manuel de Benavides y los Comendadores Gómez de Solís y Aguilera, los cuales, según dicho es, habían pasado en Calabria y habían hecho grandes cosas contra los Príncipes de la Calabria, que eran enemigos del Rey de España. Pues con esta orden se partió el capi-

tán monsiur de Aubegni de Canosa, y traía en su ejército doscientos hombres de armas y quinientos caballos ligeros y mil y quinientos infantes y más nueve piezas de artillería, y salió de Canosa último día del mes de Noviembre del sobredicho año de mil y quinientos y tres. Enderezó su camino la vía de Melito, adonde el Conde de Melito con todos los otros capitanes estaban recogidos de miedo de los españoles. En este tiempo los españoles que estaban en Buruello en sus casares aposentados, que eran el capitán Manuel de Benavides y el capitán Yugo de Cardona con su gente, como fueron avisados de la venida de monsiur de Aubegni en socorro de la Calabria, juntáronse ambos á dos estos capitanes y salieron de los lugares donde hasta entonces habían estado, que eran asaz flacos y de poca defensa para esperar el campo francés, y fueron á meter en Rosano por estar allí más fuertes. Después de esto, como monsiur de Aubegni hubo llegado á Melito con todo su ejército, dió orden con los principales cómo más á su salvo dañasen los españoles; el cual, sabiendo cómo se habían ido á la ciudad de Rosano, determinó les hacer guerra por todas partes. Y con esta voluntad envió al Conde de Melito con otros dos capitanes que se llamaban Bescorte y Espiritulamar con setecientos infantes y gente de caballo contra D. Yugo de Cardona y Manuel de Benavides, que estaban en Rosano, según dicho es. El Conde, yendo su camino, hubo de tener noche en una villa que está no muy lejos de la ciudad de Rosano, que la llaman Calamera. Y como los capitanes españoles supieron que el Conde estaba con su gente en aquel lugar, salieron aquella noche de la ciudad de Rosano muy secretamente con toda su gente y fueron á dar sobre aquella villa, donde el Conde de Melito estaba aposentado; y como llegaron junto á la villa los capitanes españoles, enviaron adelante sus espías para que reconociesen la tierra y viesen la manera que tenían aquella gente del Conde en su guarnición. Finalmente, las espías reconocieron el estado y descuido que la gente del Conde de Melito tenía. Y con esto tornaron á D. Yugo de Cardona y á Manuel de Benavides, que estaban aguardando con su gente, y haciéndoles saber lo que pasaba en Calamera, se partieron muy calladamente de aquel lugar con su gente muy bien aderezada; vinieronse paso á paso hasta la

villa y metiéndose dentro comenzaron muy animosamente á dar en los franceses, que bien descuidados estaban de aquel hecho; y tanto hicieron de sus personas, que matando y hiriendo muchos de ellos y tomando en prisión muchos, al Conde convino, con la gente que pudo recoger, meterse en el castillo. Grandes fueron las cosas que en esta jornada los españoles hicieron contra la gente del Conde, y bien se mostró no haber estado durmiendo, según los muertos, heridos y presos que hubo de la parte del Conde, adonde fué muerto el capitán Espiritulamar y el capitán Bescorte preso, juntamente con más de trescientos hombres con él. La villa fué tomada y saqueada y hechos otros daños de mucha caldad, y no se quisieron los capitanes españoles detener en el combate del castillo adonde el Conde de Melito se había recogido, antes, contentos con lo hecho, que muy á su honra y salvo había sido, dando de ello á Nuestro Señor Dios infinitas gracias, porque no permitió que contra justicia los franceses usurpasen y señoreasen las tierras y señoríos ajenos, se tornaron á Rosano, y de allí fueron muy alegres á una villa que dicen Polistra.

CAPÍTULO LXIII

De cómo monsiur de Aubegni fué á buscar los españoles para se ver con ellos en batalla, y de lo que hizo yéndose los españoles de Terranova á Condexame.

Monsiur de Aubegni, que, según dicho es, había quedado en Melito cuando envió al Conde Rosano contra los españoles, viendo lo mal que había sucedido al Conde y á su gente, y cuán destrózosos habían salido del poder de los españoles, hubo de ello mucho pesar y enojo, y determinó de los ir á buscar á do quiera que estuviesen y de se afrontar con ellos en batalla. Y con esta voluntad, sabiendo monsiur de Aubegni cómo después de la rota de Calamera los españoles se habían ido á una villa que dicen Polistra, con toda su gente se salió de Melito y enderezó su camino la vía de Polistra, donde creyó hallar los enemigos; pero D. Yugo de Cardona y Manuel de Benavides, como supieron la venida de monsiur de Aubegni y la intención que traía, viendo el gran poder suyo y la poca gente que

ellos tenían para esperar en campo contra tan pujante ejército como aquel capitán francés traía, determinaron de se recoger en parte donde de aquella gente no fuesen dañados ni perjudicados. Y con esto, dejando en una buena villa, que se dice San Jorge, trescientos infantes y proveyendo muy bien aquella villa de todo lo necesario para sustentación, y asimismo dejando en Pinto, otra buena villa, otros doscientos soldados de guarnición, con toda la otra gente se partieron diligentemente de Polistra y se vinieron á Terranova, adonde llegaron un domingo de Natividad, y estuvieron en aquella tierra tan solamente una noche, por razón que por ser de muy poca defensa aquella villa, no se hallaron seguros en ella. Por tanto, luego el lunes de mañana determinaron estos capitanes de se ir la vuelta de Rotamarina á una villa que dicen Condexame. En esto monsiur de Aubegni, como allegó con su gente á Polistra y fué sabedor en cómo los españoles se habían partido de aquella villa, y asimismo el camino que llevaban, que había sido el de Terranova, partió de allí con mucha prisa caminando de noche y vino á Terranova, y allí supo cómo se habían ya de allí partido y se iban la vía de Rotamarina, de cuya causa á la mayor prisa que pudo, sabiendo cómo le llevaban poca ventaja, los fué siguiendo con su gente, hasta tanto que los alcanzó á una subida que hay en aquel camino de Terranova á Condexame, y monsiur de Aubegni, muy alegre de ver á los enemigos en lugar do muy bien se podían aprovechar, arremetió con una parte de su gente y dió muy de recio en la rezaga de los españoles. Los cuales como se vieron salteados de los franceses cobraron algún temor, porque á la verdad era muy desigual el número de los unos y de los otros; pero todavía los españoles comenzaron á defenderse con muy grande ánimo y discreción. Y en esto Manuel de Benavides y D. Yugo de Cardona, que iban en el avanguardia, socorrieron con ella á los de rezaga, que bien vieron que lo habían menester; y los primeros que allegaron fueron hasta sesenta hombres de armas españoles, los cuales se encontraron con los franceses entre unas calles de viñas que ende había y pelearon con ellos muy valerosamente, y tanto y de tal manera se reforzaban los unos á los otros, viendo su daño y péligró delante de los ojos, que bien hacían sentir á los enemigos la fortaleza

y ánimo suyo de los españoles. Muy gran copia de gente francesa fué herida y muerta en aquel rebate, y muchos de los españoles también; lo cual fué por causa de la poca gente de los de España y la mucha de Francia. Andando, pues, la pelea en grande manera muy reñida, brava y sangrienta, los españoles mataron á un capitán francés que llamaban monsiur de Grivino; de cuya causa monsiur de Aubegni, encendido en muy grandísima ira, que tan poca gente se les defendiese tanto tiempo en campo, cargó de recio en los españoles, por manera que siendo de aquella vez muertos más de veinte soldados españoles y presos más de cuatrocientos, les convino á los que quedaron volver prestamente las espaldas atrás. Grandes fueron las cosas que de sus personas en esta batalla hicieron don Yugo de Cardona y Manuel de Benavides, y Antonio de Leiva y Juan de Alvarado y Gonzalo de Avalos, y asimismo toda la otra gente, pero la mucha gente de los franceses sobrepujó la fortaleza de los pocos españoles. Y verdaderamente estos capitanes fueron causa que no se perdiesen todos en aquella batalla, en especial D. Yugo de Cardona, que viendo ir su gente rota y de vencida, airado contra la fortuna que tan enemiga y contraria se les había mostrado aquel día, descendió del caballo en que peleaba y cortándole las piernas se puso á pie en un lugar ó calle estrecha de aquellas viñas, por donde los franceses, en especial los caballos, necesariamente habían de pasar en alcance de los españoles que iban de rota, y allí como muy valiente y valeroso caballero, con la espada en la mano y con una pica á veces defendió aquel paso una gran pieza, tanto que los españoles tuvieron lugar de se retraer con el bagaje á unos lugares que dicen Yrache y la Rochela, Castrovete y al castillo de Condexame, y esto causó la gran fortaleza y ánimo de este valeroso capitán. No desemejante en este hecho á aquel famoso capitán Oracio Romano, que de todo el ejército se defendió hasta tanto que los suyos cortaron un pedazo de la puente do á la sazón peleaban, de cuya causa echándose él después de la puente abajo con grande corazon, salió nadando á la parte de su gente y los enemigos no tuvieron poder para pasar, según se cuenta en las crónicas romanas, y especialmente Tito Livio en sus *Décadas*; por la virtud y grande fortaleza del cual los ro-

manos se salvaron de no venir á las manos de sus enemigos, que verdaderamente, según el mucho número de ellos, no dejaran todos los romanos de perecer aquel día. Pues ¿quién pone duda que lo mismo no acaeciera en este día por los españoles, si aquel valeroso ánimo y hectóreo corazón de D. Yugo de Cardona no se pusiera á muy gran peligro de muerte por salvar á los suyos? El cual viendo ya la gente española puesta en toda seguridad y recogido el bagaje en aquellos castillos y lugares que ha contado la crónica, él á ratos cayendo, á ratos levantando, tuvo lugar de poderse salvar por las malezas de aquella sierra, metiéndose hartas veces por entre la nieve que le llegaba á la media pierna. Finalmente, los franceses muy alegres de la alcanzada victoria, se tornaron atrás á Melito; dende ahí aderezaron de ir para la vía de la ciudad llamada Cosencia, adonde el Comendador Gómez de Solís estaba, y los españoles se fueron á la Mota de Bonalima, y desde allí se partieron por otros lugares, hasta tanto que se tornaron á rehacer de la pérdida pasada. Y Gómez de Solís, como fuese sabidor de la ida de monsiur de Aubegni contra él, teniendo á la sazón muy poca gente consigo, no tuvo atrevimiento de le esperar en aquel lugar, y por esta razón saliéndose de allí se fué á la Mantra, adonde así Gómez de Solís como D. Yugo de Cardona y Manuel de Benavides con sus gentes estuvieron todo lo que quedaba del invierno, que fueron Enero y Febrero y Marzo del año del Señor de mil y quinientos y cuatro, aposentados en aquellos lugares, hasta que, según la crónica lo irá contando, fué tiempo de salir de allí.

CAPÍTULO LXIII

De cómo por mandado del Gran Capitán Francisco Sánchez, despensero mayor, y el capitán Pizarro salieron de Barleta á correr á Canosa y la Chirinola, y lo que les acaeció.

En este tiempo, que, según dicho es, estos capitanes estaban invernando en aquellas tierras del Calabrés, en aquel mes de Enero, en el año sobredicho de mil y quinientos y cuatro años, el Gran Capitán, que no solo por dañar á los franceses, cuanto por la necesidad que tenían de hambre en Barleta, envió á Fran-

cisco Sánchez, despensero mayor, y el capitán Pizarro con cien hombres de armas y cien caballos ligeros y cuatrocientos infantes para que corriesen aquella tierra de Canosa y de la Chirinola y trajesen algún ganado para provisión de la gente. Y así con este mandamiento y orden del Gran Capitán, los sobredichos capitanes Francisco Sánchez y Pizarro salieron de Barleta y llegaron con su gente aquella mañana á un lugar desecho que está seis millas de Barleta, que dicen Canosa, adonde los cónsules romanos fueron muertos con toda su gente, según Tito Livio cuenta en sus *Décadas*, y allí en aquel lugar mismo se emboscaron con toda la gente y enviaron tan solamente los caballos ligeros, para que corriesen aquellos campos de la Chirinola y Canosa. Y los caballos con el mandado y orden de sus capitanes comenzaron á correr la tierra, en que hicieron muy gran presa de ganados de los que pacían el Aduana, y los pastores algunos fueron presos y otros se escondieron, de manera que no vinieron en poder de los españoles. Y éstos sintiendo el campo seguro, se fueron cada cual de ellos á sus lugares de donde ellos eran y dieron aviso los unos pastores en Canosa y los otros en la Chirinola de la gran cabalgada que la gente española había hecho del ganado que ellos guardaban y pacían en el Aduana; de cuya causa de los franceses que estaban en la Chirinola salieron hasta obra de doscientos hombre de armas y cien caballos ligeros, que fueron en seguimiento de los españoles que llevaban el ganado por se lo quitar. Pero monsiur de Santa Colonia por mandado del Visorrey salió de Canosa por estar más cerca de los españoles que llevaban la cabalgada, y fué tras ellos con cien hombres de armas. Tanto anduvo y tanta diligencia puso en los alcanzar, que bien poca ventaja les llevaban; pero los españoles que venir los vieron, poco á poco se comenzaron á retirar á aquel lugar do estaba la otra gente emboscada, y los franceses los siguieron en tanta manera hasta que los metieron á los españoles en su emboscada. En esto el capitán Pizarro y el despensero mayor á muy gran prisa se descubrieron con toda la gente de armas y infantería, y dieron muy de recio en los franceses, los cuales como vieron salir aquella gente de la emboscada dieron vuelta sobre sí y comenzaron lo mejor que pudieron á retraerse la vía de Canosa; pero los espa-

ñoles los siguieron con tan gran prisa que antes que llegasen los franceses á Canosa los alcanzaron y pelearon tan fuertemente con ellos, que mataron de aquella vez algunos franceses y muchos más murieron si se refirieran más en el campo; pero como viesen la fuerza de los españoles, no siendo bastante á los esperar en el campo, como mejor pudieran volvieron las espaldas y se metieron en huida la vía de Canosa. Entonces los españoles cargaron de recio en los franceses y mataron en el alcance ocho franceses y prendieron más de treinta. En esto los infantes y gente de armas española se detuvieron y no los quisieron más seguir, si no fueron algunos caballos ligeros, que viendo á los franceses ir de huida, con codicia de llevar por más entero la victoria se desmandaron de los suyos en el alcance de los franceses, de cuya causa se alejaron de la infantería una gran pieza de tierra. En este medio monsiur de Formento y monsiur de Chartela, que habían salido con la gente de la Chirinola, allegaron á aquel lugar con cien hombres de armas y cien caballos ligeros, y atajaron en el camino á los caballos ligeros españoles, que, según dicho es, habían ido en el alcance de los franceses, que iban de rota; y tornándose los caballos ligeros adonde habían dejado el cuerpo de su gente, cayeron en las manos de los franceses, y dando de recio sobre ellos mataron cuatro caballos españoles y prendieron quince, y los demás se escaparon á uña de caballo. Y queriendo ir en su alcance vieron venir á más andar la gente de armas y infantería española, que venían en socorro de los caballos ligeros; de cuya causa monsiur de Santa Colonia y monsiur de Chartela mandaron detener su gente y que dejasen el alcance, y con esto los franceses se retrajeron la vía de la Chirinola. Pero los caballos ligeros y gente de armas española ni por esto los dejaron de seguir, antes corriendo á muy gran prisa tras los franceses alcanzaron hasta diez ó once hombres de armas en el camino, los cuales franceses prendieron y con ellos se tornaron adonde el cuerpo de su gente había quedado, y todos juntos muy alegres con la victoria en la cual si no hubiera sido por el desconcierto de los caballos ligeros, no habría habido ningún desmán, se tornarón con los presos y con la cabalgada la vía de Barleta.

CAPÍTULO LXV

De cómo el Visorrey de Nápoles vino á derribar la puente de Losanto, y de la muerte de monsiur de Laude sobre Taranto.

Según de la manera ya dicha los españoles tenían de costumbre de salir de Barleta y proveer la gran necesidad que tenían con presas de mucha calidad, así de ganados como de todas las otras cosas necesarias, y por esta razón los pastores de los ganados que pasaban en el Aduana, viendo el gran daño que los españoles hacían y la gran pérdida que en su hacienda aventuraban teniendo cada día tanta y tan grande disminución, fueron todos juntos á se quejar al Visorrey, y á le suplicar que pues él era á quien principalmente tocaba la guarda y toda seguridad de toda aquella tierra, por ser de su voluntad y parcialidad ellos, y estaban allí porque no hubiese falta de carnes en su ejército y asimismo otras muchas provisiones necesarias de que ellos le proveían, de lo cual todo gozaban los españoles con sus cotidianos rebatos, él pusiese el remedio que más conveniente les fuese, de manera que ellos no recibiesen tanto daño y menoscabo en sus haciendas, donde no que ellos buscarían su provecho y se irían á otros lugares con sus ganados, donde tuviesen más seguro pasto. El Visorrey de Nápoles, oída la justa querrela de los pastores, respondióles rogándoles no curasen de hacer mudamiento ninguno de pastos para su ganado, que él les prometía de poner mucha diligencia y remedio en aquel caso, asegurándoles y juntamente con esto de les pagar todo lo que hasta allí habían perdido y de lo que de ahí adelante perdiesen. De esta respuesta del Visorrey fueron los pastores algo más contentos de lo que estaban; pero no por eso dejaban los españoles, muy á su salvo, de diezmarles el ganado. Finalmente, el Visorrey de Nápoles, mirando muy bien lo que en aquel caso se debía de hacer para quitar el inconveniente grande que á los pastores dañaba, hizo juntar muy secretamente todas sus gentes de armas y caballos ligeros é infantería en Canosa, y tomando consigo toda la artillería, se salió una noche á la media noche abajo de Canosa y vino á se poner contra la puente del río Losanto, que va á Barleta, para la derribar con el artillería, por razón que por allí pasaban

los españoles á hacer los robos y presas que hacer solían, creyendo que derrocando aquella puente los españoles no podrían pasar por el río y por el consiguiente no harían tanto daño en el ganado del Aduana. Finalmente, el Visorrey salló (con aquel aparejo que dicho ha la crónica) de Canosa y allegó á la punta del día sobre la puente, la cual está cuatro millas de Barleta, y con mucha diligencia el Visorrey mandó encarar el artillería contra la puente y con ella la bombardearon fuertemente, de tal manera que cayó en la agua un gran pedazo de ella. Pues estando en este bombardear con el artillería, según que dicho es, el Gran Capitán y la gente de Barleta sintieron el rumor y estruendo de la artillería francesa, el cual se podía muy bien sentir según el poco trecho que hay de la puente á Barleta; de cuya causa, aunque á la verdad no supiese de cierto lo que podía ser, pero imaginaron la misma verdad, con la cual juntamente con ser de ello avisados y á muy gran prisa hizo meter el Gran Capitán en armas su gente y salió de Barleta así caballos ligeros y hombres de armas como infantería, y al más andar vino camino derecho á la puente. En esto las guardas francesas que contra la ciudad de Barleta estaban puestas, viendo venir á los españoles aderezados de guerra en defensa de la puente; dieron aviso al Visorrey, el cual como lo supo, temiéndose del Gran Capitán, á muy grande prisa se alzó de aquel lugar con toda su gente y artillería y se retrajo á Canosa. En este medio el Gran Capitán allegó á la puente, y como vido que los franceses se habían retirado, hubo de ello muy grande pesar y enojo, por razón que quisiera mucho venir á los manos con ellos, antes que se tornara á Barleta; y á esta causa, envió á muy grande prisa tras el Visorrey de Nápoles un trompeta diciendo que él se maravillaba mucho en cómo persona que tan gran gente y ejército regía y gobernaba, tuviese tan poco ánimo que al tiempo que debía esperar las afrontas, entonces las desviaba y huía, y que le hacía saber en cómo él venía á se ver con el campo y con su gente, y que por esta razón le rogaba no se retirase tan apresuradamente, sino que le esperase un poco en el campo para que con la poca de su gente diese la batalla, y que donde no quisiese hacer lo que le enviaba á decir, le desafiaba para la batalla cada y cuando que fuese su voluntad. Y él

trompeta corrió todo lo más que pudo correr y alcanzó al Visorrey bien cerca de Canosa, y allí le notificó lo que el Gran Capitán le mandó decir. Al cual el Visorrey de Nápoles respondió diciéndole de esta manera: que él y su gente estaban en Canosa y que, así por aquello como porque ya era tarde y lo más del día pasado, él no se determinaba á darle la batalla; pero que si mucha gana la tenía, que otros muchos días había en los cuales se encontrarían en el campo; pero porque viese cuánto la deseaba de su parte y que no tenía razón de le juzgar á cobardía lo que en aquel día había hecho, él le aplazaba la batalla para otro día siguiente con tal que entrase él y su gente otra tanta tierra en el término de Canosa cuánta él había entrado aquel día en el término de Barleta, y que de aquella manera ellos se verían y cumplirían de su parte con la voluntad que de batalla de campo tenían. Y con esta respuesta se tornó el trompeta al Gran Capitán, el cual hubo de ello mucho placer, y disimuló en sí lo que tenía en pensamiento de hacer en aquel caso y tornóse con este concierto á Barleta con su gente. Después de esto, en este mismo tiempo el capitán monsiur de la Laude, que, según dicho es, el Visorrey dejó en las grúallas cuando vino la vez primera sobre Taranto, hacía con su persona y gente muchas correrías y daba otros rebatos en Taranto, procurando por su parte de hacer todo el daño en españoles que podía hacer. Y durándole esta voluntad, acació que un día hizo juntar toda la gente y capitanes que estaban aposentados en Castelaneta, Púzano, Elepurano y dió orden con ellos como fuesen á correr hasta Taranto toda aquella tierra; y así movidos con esta voluntad todos aquellos capitanes, juntándose todos, fueron á dar un tiesto en Taranto por la parte del castillo, y con buena orden vinieron hasta junto á los muros de la ciudad; y el capitán Pedro Navarro y Luis de Herrera, que estaban en guarnición de aquella ciudad, como vieron los franceses tan cerca de sí, salieron fuera con toda su gente y dieron con gran ímpetu en ellos, y de tal manera los recibieron que anduvieron un gran rato escaramuzando, haciéndose todo el daño que podían, de cuya causa, así de los unos como de los otros, hubo algunos muertos y heridos, en especial de la parte francesa. Y como en esta escaramuza hubiese de la parte de España algunas esco-

petas y ballestas, un soldado escopetero hirió á monsiur de la Laude de un tiro de través, de que cayó luego de su caballo muerto; de cuya causa los otros franceses, viendo á su capitán muerto, aflojaron en fuerzas y poder, y dejando el campo comenzaron de se retirar á fuera á sus aposentos. En este retirar murieron diez franceses y muchos que hubo heridos, y de los españoles murieron dos y fueron heridos cinco.

CAPÍTULO LXVI

De cómo el Gran Capitán salió de Barleta á buscar en campo al Visorrey, y de lo que sucedió; y de cómo el capitán Ariarán, que estaba en Manfredonia, fué sobre San Juan Redondo y la tomó.

Según arriba se dijo, el Gran Capitán envió á desafiar al Visorrey de Nápoles para que ambos á dos con sus gentes se viesen en el campo. Pues dice ahora la crónica que habiendo quedado aplazada la batalla para el día siguiente, como dicho es, el Gran Capitán, que mucha gana tenía de venir á las manos con los franceses, aquella noche hizo recoger toda su gente de armas y caballos ligeros y infantería, y salió de Barleta ya que era pasado una buena parte de la noche, y caminó toda la noche la vía de Canosa para buscar al Visorrey, según que entre ellos había quedado ordenado, y antes que amaneciese allegó á milla y media de Canosa y envió desde aquel lugar á do estaba emboscado hasta doscientos caballos ligeros para que corriesen toda aquella campaña de la Chirinola y Caba, y robasen el ganado que haber pudiesen. Los caballos ligeros y españoles con aquella orden del Gran Capitán comenzaron á correr todos aquellos términos, en que hicieron presa de más de treinta mil cabezas de ganado de aquello que pascía en el Aduana, y con aquella cabalgada se tornaron la vía de Barleta. Los pastores que guardaban el ganado, algunos de ellos fueron presos y otros se escaparon, y éstos dieron luego aviso en aquellos lugares donde franceses estaban, de donde salieron gran copia de caballos ligeros y gente de armas, con voluntad de les quitar la cabalgada, entre los cuales de la Chirinola salieron monsiur de Formento y monsiur de Chandela, con cien hombres de armas y con doscientos caballos

ligeros, y fuéronse á gran prisa la vía de Canosa para tomar la delantera á los españoles que llevaban el ganado; y llegando más acá de los términos de Canosa pasaron junto á la emboscada adonde estaba el Gran Capitán con su gente. El Gran Capitán, aunque vido los caballos franceses ir en pos de la cabalgada, no quiso moverse de allí hasta tanto que el Visorrey saliese de Canosa con toda su gente para pelear con él. El capitán monsiur de Formento y monsiur de Chandela, que según dicho es salieron en pos de la cabalgada, pasaron á muy gran prisa en seguimiento de los españoles sin sentir la emboscada del Gran Capitán, y siguieron la cabalgada de los caballos españoles hasta el río Losanto, y los españoles ya tenían puesto el ganado de la otra parte del río, de cuya causa mucho menos temían á los franceses. En esto el Gran Capitán, que muy gran pieza del día había estado esperando al Visorrey de Nápoles que saliese de Canosa, viendo cómo se tardaba, no quiso más esperar, porque á la verdad fuera de muy poco fruto su estada, por razón que el Visorrey había sentido la emboscada y no estaba en voluntad de salir de Canosa; y así en esta manera á muy gran prisa fué contra monsiur de Formento y contra monsiur de Chandela, que ya comenzaban á pasar el río para dar en los españoles. Los cuales como vieron venir detrás de sí á los caballos ligeros y gente de armas española cayeron en el engaño de la emboscada, y por esta razón monsiur de Chandela, que aun no había pasado el río, con cincuenta hombres de armas dió la vuelta la vía de la Chirinola á más no poder huyendo; pero monsiur de Formento, que con toda la gente ya había pasado el río, no tuvo lugar de se salvar tan presto como monsiur de Chandela, y por la otra parte del río con toda la otra gente de armas y caballos ligeros se comenzó á retirar á grande prisa la vía de Canosa. Pero no le avino como él quería, por razón que el Gran Capitán, que muy bien sabía hacer sus cosas, alcanzó los franceses bien antes que llegasen á Canosa, y dió en ellos con tanto ánimo y fortaleza, que en muy breve tiempo los desbarató á todos y mató y prendió más de treinta franceses; y monsiur de Formento con muy grande trabajo apenas se pudo escapar, y con alguna gente que recogió se fué á Canosa. El Gran Capitán hizo en esta escaramuza peleando con su muy

fuerte brazo y animando á los suyos á veces cosas muy señaladas, por manera que hacía maravillas á quien lo veía. Asimismo D. Diego de Mendoza y el Duque de Termes, y el capitán Pizarro, Diego García de Paredes y el prior de Mecina, y Pedro de Paz y Villalva, y Escalada y Cuello, todos varones de muy gran virtud y los demás hicieron aquel día obras de memoria y prez. Y después que no tuvieron más en qué se ocupar, porque los franceses habían dejado el campo, el Gran Capitán los hizo esperar todo lo que de aquel día les quedaba, por ver si el Visorrey salía á ellos con su gente; pero no estaba el Visorrey de aquella voluntad, y así se estuvo, que no quiso salir de Canosa; y por esta razón el Gran Capitán habiendo cumplido la postura del desafío, y viendo el día pasado y que la noche se acercaba, sin perder tan solo un hombre de la escaramuza pasada se comenzó á venir la vía de Barleta, y como allegó luego otro día siguiente envió su mandado al capitán Arriarán, que estaba en Manfredonia, para que con la gente que tenía fuese sobre San Juan Redondo, que es una villa, según dicho es, en la montaña de Santángelo, y que la tomase por el Rey de España. Estaba en esta villa un capitán que se decía el capitán Senón, á quien dejó monsiur de Alegre en guarnición después que aquella vez la saqueó y destruyó, según que está ya dicho, y este capitán desde aquel lugar hacía muy gran daño en algunas villas y lugares comarcanas de aquella montaña que estaban por España. Finalmente, que el capitán Arriarán, que era varón de muy gran virtud, una noche muy secretamente metió en armas su gente y salió de Manfredonia, y metido en camino anduvo toda la noche hasta que se halló á la punta del día junto á San Juan Redondo, y con muy grande silencio hizo llegar la gente al muro de la villa, y como las guardas hubiesen velado toda la noche, habíanse adormecido la madrugada; y así por esto como por el gran sosiego de la gente española, hubo lugar de echar las escalas al muro sin ser sentidos de los franceses, y así poco á poco por las escalas subieron todos en el muro, y lo más presto que pudieron se bajaron al cuerpo de la villa, y con muy buena orden, teniendo en la boca el apellido de España, comenzaron á discurrir por las casas de la villa, y quebrantando las puertas hallaban á los franceses desnudos durmiendo en sus ca-

mas con mucho sosiego y descuido de sí; de los cuales los españoles mataron algunos y todos los otros prendieron juntamente con el capitán Senón, dejando aquella villa por el Rey de España, debajo de pleitos y homenajes de los de la villa. El capitán Arriarán dejó algunos soldados ende en guarnición, y con toda la otra gente y prisioneros sin perder tan solo uno de los suyos, se tornó á Manfredonia muy alegre.

CAPÍTULO LXVII

De un trato doble que un falso soldado tramó contra los españoles que estaban en Taranto, y de lo que le sucedió, y de cómo fué preso el capitán Fabricio, hijo del Conde Conce, y muerta toda la más de su gente.

Según las cosas que acaecían en ambas las dos provincias, adonde franceses estaban contra españoles, así la crónica las va contando, y dice que en la ciudad de Taranto, adonde Luis de Herrera y Pedro Navarro estaban, un día un soldado de los de aquella provincia, que era de la compañía de Luis de Herrera, se salló de la ciudad y se pasó al campo de los franceses, de que muy gran pasión hobieron los capitanes españoles, por razón de muchos avisos que podía dar á los franceses de que les podía á ellos suceder daño. Finalmente, aquel soldado aconsejó á los franceses un trato doble contra los españoles, de que se les podía hacer gran daño y suceder detrimento, si Nuestro Señor por su clemencia no lo remediara, y fué así. En el campo francés había un soldado muy entendido en la lengua española, de tal manera que muy bien podía explicar cualquier cosa en aquel lenguaje, y este soldado por orden de los capitanes franceses vino un día á Taranto, como que de su voluntad procedía y habló con los capitanes Luis de Herrera y Pedro Navarro, y díjoles la grande amistad y familiaridad que él tenía con aquel soldado que se les había huído del campo francés, y que él sabía de cierto que aquel soldado había dado muchos avisos á los franceses de que se les podría recrecer algún daño, si no estuviesen sobre todo cuidado, ofreciéndoles asimismo que si ellos querían, porque tan gran aleve y traición no pasase sin castigo, él haría de manera cómo se les entregase en su poder para que hiciesen dél todo lo que

fuese su voluntad. El capitán Luis de Herrera y Pedro Navarro, que mucho deseo tenían de castigar aquel soldado, para que la pena de uno fuese ejemplo de muchos, que semejante traición procurasen hacer, agradecieron mucho al soldado la buena voluntad que en ello mostraba, y dijéronle que viesse lo que era necesario se hiciese de su parte en aquel caso, que así se haría. El soldado les dijo que convenía que ellos y su gente saliesen la noche siguiente milla y media de la ciudad, y que él les traería al soldado á aquel lugar por engaño y se lo pornía en sus manos. Pues quedando aplazada la cosa, según dicho es, el soldado francés se salió de Taranto, dejando los capitanes españoles muy contentos, no sabiendo el engaño que se les urdía, y yéndose al campo francés dió aviso de lo que quedaba concertado, y la noche y hora que los españoles habían de salir de aquel lugar. Los cuales muy descuidados de traición y de engaño se salieron aquella noche de aquel lugar que concertaron con el faraute que había de vender al soldado su amigo. Estando esperando gran parte de la noche, ya que quería amanecer, descubrieron toda la gente francesa que venía por los prender y matar á todos, y verdaderamente recibieran los españoles muy gran daño, si no fueran de ellos los franceses sentidos, los cuales conociendo el engaño del soldado, comenzaron á retirarse á muy gran prisa á la ciudad; y los franceses como los vieron, corrieron en pos de ellos hasta las puertas de Taranto; y no los pudiendo alcanzar, los españoles se quedaron dentro en la ciudad, y los franceses se tornaron cada capitán á sus estancias, enojados de lo mal que les había sucedido con aquel trato que ordenado habían. En esto el capitán Pedro Navarro y Luis de Herrera, que muy bien sabían los lugares do los capitanes franceses se habían de acoger con su gente, y viendo cómo se tornaban á sus aposentos, determinaron de les pagar el trato doble, antes que se guareciesen en sus estancias. Con este acuerdo salieron muy secretamente con toda su gente de la ciudad por la puerta que va á Puzano, adonde estaba aposentado con su gente el capitán Fabricio, hijo del Conde de Conce, y caminando muy aprisa se pusieron muy encubiertamente en una emboscada, á dos millas de Puzano, junto á una iglesia que llaman Santa María de Tesano, y allí estuvieron esperando gran rato

del día. Y al cabo de una buena pieza, andando corriendo hasta veinte caballos españoles aquella tierra, no muy apartados de la emboscada, vieron venir á Fabricio con su gente que se venía á su estancia. El capitán Fabricio, como vido aquellos caballos españoles, creyendo que sería gente que había venido á correr la tierra, y que no sería más de la que pareció, arremetieron con mucha prisa con sus caballos para tomar los españoles, los cuales haciendo vista de huir viniéronse á meter por su emboscada. El capitán Fabricio los siguió hasta tanto que descubrió la infantería española, de que conoció que eran perdidos todos aquel día; conoció su daño, pero como mejor pudo se comenzó á retirar hacia Puzano; mas los españoles que muy gran voluntad tenían de destruir aquella gente, no les dieron tanto lugar, antes salieron todos de la emboscada y dieron en el capitán Fabricio y su gente con tanta fortaleza que, peleando con él un gran rato, hicieron tanto de sus personas que de sesenta franceses que ellos eran, mataron cincuenta y prendieron casi todos los otros, entre los cuales fué preso el capitán Fabricio, hijo que era, según dicho es, del Conde de Conce. Y de esta manera se les trató á los franceses el trato doble que contra los españoles habían ordenado, y llevando consigo al capitán y á los otros prisioneros muy alegres de la victoria que con tanto daño de sus enemigos alcanzaron, se tornaron á Taranto.

CAPÍTULO LXVIII

Del arte que tuvo el Gran Capitán para hacer daño á los franceses, y de la prisión del capitán monsiur de la Mota, juntamente con la muerte y prisión de los suyos.

Muy grande era el cuidado y solicitud que el Gran Capitán ponía acerca de lo que tocaba al servicio de su Rey y señor, y asimismo en dañar á sus enemigos en todas las maneras que podía, y con esto no se ocupaba en otras cosas salvo en buscar su total destrucción. Pues dice agora la crónica que el Gran Capitán se determinó un día de hacer á los franceses una burla, con que les costase caro el deseo que de matarlo ó prenderlo juntamente con su gente tenían, y fué así que echó fama por todas aquellas villas comarcanas de Barleta cómo en Trana, una villa que está en

la costa de la mar junto á Rubo, tenía veinte mil ducados y que ordenaba lo más presto que ser pudiese de enviar por ellos. Pues acaeció que esta fama se divulgó tanto entre franceses, que no deseaban ni esperaban otra cosa salvo el día cuando habían de salir de Barleta é ir por ellos, y así tenían sus espías puestas en el camino de Trana, para que fuesen los franceses que estaban en Rubo avisados de su venida. Finalmente, después que el Gran Capitán sintió que sería ya publicada y divulgada la fama de aquel engaño, cuando le pareció tiempo, envió al Comendador Mendoza con cincuenta caballos ligeros á Trana; bien instruido en lo que debía hacer, por que no se errase aquel trato que contra los franceses ordenaba; y porque más lugar tuviesen los franceses de ser avisados de su ida, mandó que se estuviese en Trana tres días, para que en este tiempo los franceses de Rubo lo sabrían y saldrían al camino á les tomar los dineros como gente que no es poco codiciosa de semejante fruta. Pues con esta orden el Comendador Mendoza con los cincuenta caballos salió de Barleta y fuese á Trana, y allí estuvo tres días, según que el Gran Capitán se lo había mandado; mediante los cuales monsiur de la Mota, que estaba en Rubo, siendo avisado cómo ya eran los españoles venidos por el dinero á Trana, salió con sesenta hombres de armas y cincuenta caballos ligeros de Rubo y fuese á poner en una emboscada junto á una ermita que está milla y media de Trana, y allí estuvo esperando al Comendador Mendoza hasta que dió la vuelta, aunque sin dineros. El Gran Capitán otro día siguiente después de partido el Comendador, envió al capitán Diego García de Paredes y á don Diego de Mendoza con cien hombres de armas y cincuenta caballos ligeros y con trescientos infantes, y saliendo de noche de Barleta se fuesen á poner en unas grutas que están milla y media de Trana, apartados del camino, adonde monsiur de la Mota eran avisados que estaba, y allí llegaron media hora antes que viniese el día; y junto con esto el Gran Capitán con ciento y cincuenta caballos ligeros se salió de Barleta y se puso dos millas y media de Barleta en el mismo camino de Trana para esperar allí lo que sucedería de los suyos y para socorrerlos si necesidad hubiese de socorro. En esto, pasados los tres días que el Comendador Mendoza estuvo en

Trana, siendo cuatro horas entrado el día, se salió con los cincuenta caballos para se tornar á Barleta; y como monsiur de la Mota tuviese puestas sus espías para que le avisasen cuando el Comendador saliese, por razón que si por aventura quisiese irse por otro camino no se le fuese sin venir con él á las manos, fué sabidor en cómo los españoles habían ya salido de Trana y que se venían á Barleta por el mismo camino, de cuya causa, ya que los españoles llegaban cerca de donde los franceses estaban, monsiur de la Mota con su gente salió á ellos. El Comendador Mendoza como los vido, desvióse del camino y á muy gran prisa se fué retirando la vía de Barleta, adonde creyó que los suyos le estaban aguardando. Finalmente, los franceses apresuraron tanto que alcanzaron los caballos españoles, y escaramuzando con ellos los franceses, como eran muchos, los fueron apretando y prendieron más de veinte hombres. En esto D. Diego de Mendoza y Diego García de Paredes, que estaban emboscados en aquellas grutas, como sintieron la escaramuza de franceses con los españoles, salieron á muy gran prisa de la emboscada y dieron muy de recio en los franceses, que fuertemente peleaban con los caballos españoles, y de su venida fueron de los franceses muertos y heridos más de veinte. El Gran Capitán, que estaba, según dicho es, dos millas y media de Barleta en el camino de Trana, esperando lo que sucedería de los suyos, fué avisado cómo ya los franceses andaban revueltos con los españoles y que les habían herido y muerto algunos franceses, aunque todavía los españoles llevaban lo mejor. El cual, con el deseo que tenía que no se le escapase ningún francés, se movió de aquel lugar y á la mayor prisa que pudo vino con su gente adonde la batalla se hacía, y como allegó, halló que los españoles traían á muy mal traer á los franceses y que les tenían muertos y presos muchos de ellos, á gran salvamento de los españoles. Adonde halló más encendida la batalla, allí se metió con su gente por el un costado del escuadrón, y de tal manera los acometió que los franceses no los pudieron más sufrir y metiéronse todos en rota, y los españoles los siguieron más de una milla, adonde monsiur de la Mota fué preso y muertos más de sesenta franceses y todos los demás presos, que no escaparon de todos los que llevó el capitán monsiur de la

Mota para aquel hecho sino sólo tres caballeros; y de esta manera los franceses hallaron que la moneda que se usa entre españoles no es sino armas, con las cuales se compra el vencimiento de sus enemigos, como aquí acaeció. Y después de todo acabado, el Gran Capitán con toda su gente, sin perder tan solamente un hombre, se tornó á Barleta muy alegre de la victoria que de aquella vez alcanzó, llevando consigo al capitán monsiur de la Mota preso juntamente con todos los otros franceses.

CAPÍTULO LXIX

De cómo por ciertas palabras feas, que monsiur de la Mota dijo contra la nación italiana, se combatieron trece soldados franceses contra otros trece italianos, y lo que sucedió.

Después que monsiur de la Mota fué preso y su gente toda muerta y presa, según suele acaecer entre caballeros y gente de guerra, estando monsiur de la Mota en Barleta en compañía de todos aquellos caballeros, más preso en el nombre que en el tratamiento, acaeció que hablando con él D. Íñigo López de Ayala, un caballero soldado español, en las cosas de guerra y lo que cada día acaecía entre españoles y franceses, diciendo la virtud que había en los españoles y cuán bien sabían defender su derecho, y lo mismo de la nación italiana, que muy por entero había mostrado su virtud en el servicio del Rey de España los que en Barleta se habían hallado, respondió monsiur de la Mota aprobando lo que decía de los españoles y reprobando lo que D. Íñigo López de Ayala decía de la virtud de los italianos, y diciendo cuán de poca estima fuesen en el oficio de la guerra, en especial no teniendo en su compañía gente que les colorase y cumpliese sus faltas, como se había visto nunca venir ellos solos á las manos con los franceses, sino mezclados con españoles. Por manera que en lo que en su alabanza traía D. Íñigo López, no se podía evidentemente probar, y que por aquella razón, según lo que él concebía en sí, él tenía á los italianos por gente muy para poco y de menos saber y valer. A esto D. Íñigo respondió diciendo que mirase lo que decía, porque allí tenía el Gran Capitán gente que era de tanta virtud y fortaleza que poca necesidad tenía de la ayuda y favor de los españoles, y que era gente de

tanta honra que la sabrían do quiera que fuese menester defender. Monsiur de la Mota tornó á replicar diciendo que lo que él había dicho tenía por opinión verdadera, y él la haría buena donde le fuese pedido dándole libertad. A esto D. Íñigo López de Ayala respondió: «Señor monsiur de la Mota, si tanta gana tenéis de decir mal de la nación italiana, prestos estamos de ver la prueba, para lo cual yo tengo en mi compañía italianos, en quien conozco tanta virtud que sin duda creo que sabrán sacar mis palabras á salvo; por ende, dad vos tantos franceses de vuestra parte para que se combatan ó otros tantos italianos como los que yo metiere en campo, y allí veremos la experiencia de todo lo que decíais». Monsiur de la Mota dijo que era de ello muy contento, y ordenóse que fuesen trece franceses de la parte de monsiur de la Mota contra otros trece italianos de la parte de D. Íñigo López de Ayala, diciendo que aunque entrasen más en campo no los estimarían los franceses en nada. Finalmente, el combate se concertó en esta manera: que el vencido perdiese las armas y caballo y diese al vencedor cien ducados, y que el campo fuese entre Andria y Cuadrata, y había de ser el estacada señalada en un círculo ó término labrado, dentro del cual se habían de combatir; y cualquiera de los combatientes que saliesen de aquel término no pudiese más entrar ayudar á los compañeros, sino como vencido perdiese el caballo y armas y fuese condenado en los cien ducados que había de haber el vencedor. Y asimismo se dieron para seguridad del campo entre los unos y los otros rehenes ó ostages, que allá llaman así, y junto con esto señalaron por jueces de la parte de los italianos á Diego de Vera, capitán del artillería, y de la parte de los franceses al capitán monsiur Pocodinare. Los nombres de los combatientes italianos son los siguientes (y porque fuese la ciudad acostumbrada á siempre vencer preferida á las otras): fueron tres romanos los primeros, que fueron: Juan Bracalone, Juan Capocha y Héctor Peracio; de Nápoles, Marco Carolario; de Capua, Héctor Ferramusca, nacido de bellicosísima sangre; de Teana, Ludovico Beabolin; de Sauro, Mariano Aventi; de Toscana, Meyale Romanella; de Sicilia fueron dos nombrados, porque esta isla violentamente partida por la mar no pareciese haber perdido el derecho de las ciudades de Italia, los

cuales sicilianos fueron Francisco Salomoni, que después fué claro en muchas batallas, y Guillermo Albamonte; de las ciudades que están junto al Pou fueron nombrados los que faltaban, que fueron el Ricio de Parma y Tito por la ciudad de Lodi, llamado por sobrenombre el Franfrulla. Verdaderamente eran todos varones de muy gran virtud, ánimo y fortaleza y amigos de tornar por su honra en gran manera. Los nombres de los franceses eran los siguientes: Marco de Enfrena, Siran de Forsis, Grajan de Aste, Martellin de Sugre, Pierre de Alle, Jacobo de la Fonte, Lionte de Barante, Juan de Landes Sánchez, Francisco de Pineses, Jacobo de Guntibun, Marin de la Francia y Cares de Toggles, varones de muy grande ánimo y virtud de fuerza, tan abundantes de soberbia como lo eran de fuerzas y esfuerzo. Todos estos combatientes, así italianos como franceses, salieron de sus aposentos para estar en el campo el día señalado del combate, los cuales fueron bien acompañados de caballeros y gente de guerra, que sólo por ver el combate se allegaron. El Próspero Colona, capitán de los italianos, con palabras graves, aunque con alegre semblante, animó á los suyos, los cuales casi todos eran de su capitania y de la de Fabricio su hermano, acordándoles cómo la honra de Italia estaba puesta en su valor y esfuerzo, que hiciesen todo su deber porque no los engañase su opinión. El cual habiendo puesto aparte tantos caballeros había particularmente escogido á ellos como á muy buenos y fuertes defensores del nombre italiano. No hubo ninguno de ellos que no se moviese por el loor de la gloria y que no jurase de volver del campo vencedor. Después de uno en uno los advirtió muy en particular que guardasen las armas y los caballos, y dió á cada uno lanzas muy fuertes y casi una brazada más largas que las de los franceses y sendos estoques colgados de los arzones á la parte izquierda y sendas espadas cortas y anchas ceñidas para herir de tajo. Púsoles á la parte derecha de los arzones, en trueque de maza de hierro, una hacha de estas de labradores de gran peso con un mango de media braza colgada con una cadennilla. Los caballos llevaban sus testeras de hierro lucidas y sus armaduras de pescuezo, las cubiertas doradas de cuero cocido, que los antiguos las llamaban clivani, las cuales comodísimamente cubrían los pechos y ancas

de los caballos. Fuéronles demás de esto añadidos dos venablos, los cuales estaban plantados en el suelo, así que aquellos que fuesen derribados en tierra, tomando en las manos aquellos venablos, pudiesen combatir. Fueron estos venablos, según se entendió de Próspero, y para aquellos que combatieron, muy provechosos para ganar la victoria. No con menor cuidado monsiur de Nemos instruyó á los suyos, los cuales salieron al campo con riquísimos sayos de brocado y terciopelo carmesí. Monsiur de la Paliza había escogido entre muchos á estos, los cuales deseaban aquella honra, y enseñando á cada uno el arte de combatir, los había grandemente inflamado á que mostrasen testimonio del valor de los franceses. Fué señalado el campo con un surco, cuasi la octava parte de una milla, en el medio de Cuadrata y Andria, como está dicho, y hicieron un cadalso en el cual debajo de un dosel estaban los jueces, los cuales ordenaron que aquellos que fuesen sacados de fuera de aquel espacio fuesen habidos por vencidos, y que el premio de aquel vencedor fuese las armas y el caballo y cien ducados por cada uno de los vencidos. Demandaron los jueces que les asegurasen el campo; monsiur de la Paliza lo excusó, así como en importante y peligroso negocio de querer en esto obligarse. El Gran Capitán protestó, diciendo que aseguraría el campo y toda cosa, y sacó toda la gente fuera de Bari, y con muy buen concierto los metió en orden de batalla, que parecía que estaban á punto para combatir, y metiéndoles un cierto y dudoso temor tenía suspensos los ánimos de los franceses, habiéndose hecho venir delante los italianos, no con otras palabras los esforzó, sino que con generosa determinación de ánimo constante tuviesen en poco los hombres de aquella nación y sangre, así como aquellos que se acordaban cómo sojuzgada la Francia muchas veces habían sido vencidos, muertos y domados de sus antepasados, y que tuviesen esperanza cómo Dios daría ciertamente la victoria á aquellos que combatían con tan buena querella contra hombres insolentes, locos y soberbios. Pues esto así pasando, fueron los jueces de ambas las partes á ponerse en su lugar. Y Diego de Vera, que era juez de los italianos, llevaba en su poder los mil y trescientos ducados para dar á los franceses, si los italianos fuesen vencidos. Los cuales

monsiur de Pocodinare, ó porque conforme á su nombre él tenía pocos dineros ó porque según su soberbia, que es más verdadera, él no ponía duda en el vencimiento de los suyos, no quiso llevar aquella suma ni ponerse en aquel trabajo. Finalmente, allegados los combatientes al lugar del combate fueron por los jueces metidos en el estacada dentro del término donde habían de combatir. Puestos cada uno en el lugar que le fué señalado, fuéles partido el sol por los jueces. Los franceses antes que entrasen en el campo tenían entre sí acordado que en el primer encuentro cargasen tan de recio en los italianos que los hiciesen perder el campo y salir de la raya y término señalado; pero no les avino así como pensaron, antes los italianos, que muy bien sabidos y ejercitados eran en aquel menester, tuvieron buen aviso en que hecha la señal dieron y recibieron tan fuertemente los encuentros de las lanzas que las quebraron todos sin se mover ninguno de las filas; y pasaron adelante mirando cada uno la raya, no saliese de ella. Después echaron mano á las otras armas, de las cuales se aprovechaban los italianos muy sabiamente con muy buen tiento, dando y recibiendo muy pesados y fuertes golpes, así de las hachas como de las espadas, de que así de ellos como de los caballos andaban heridos y de que el campo se teñía de sangre. Pues andando de esta manera revueltos los unos contra los otros, cuatro caballeros franceses y un italiano tocaron la raya, los cuales luego fueron por los jueces sacados de allí como hombres que, según la postura, no podían entrar más á ayudar á los compañeros, de que los italianos muy alegres se reforzaron más y cargaron muy más de recio en los franceses todos juntos de un tropel; y tanto hicieron que echaron á otros dos caballeros franceses del campo, de que más los italianos cobraron fuerzas y poder, y tanto más á los otros franceses que quedaban se les disminuía, viendo que seis de sus compañeros habían tocado en la raya y perdido el campo. Los italianos, conociendo la flaqueza de los franceses, procuraron de darse mucha prisa por vencer los que quedaban, y así cargaron tan de recio en los siete franceses, que harto tenían que hacer en se defender, de tal manera que á fuerza de armas hicieron rendir á los tres de ellos; y de los otros cuatro los tres tocaron la raya y no quedó en el campo

sino sólo un francés, que bien mostró aquel día su valor, el cual fué Grajan Daste. Este francés hizo tanto de su persona y tan fuertemente se defendió de los italianos, que verdaderamente si todos los otros fueran de su parte, no dudaran en el vencimiento de su parte. Este fué cargado de muy pesados golpes de los italianos, y él todavía hacía su poder dando así á los unos como á los otros, y al fin nunca se quiso rendir. Los italianos, viendo que no les quedaba otra cosa que hacer, salvo vencer aquel francés, en quien estaba la honra y el cumplimiento de la victoria, comenzáronle de nuevo á cargar de muchos y muy pesados golpes y heridas, diciéndole que se rindiese, si no que le matarían. El cual nunca lo quiso hacer hasta tanto que no pudiendo más sufrir los duros golpes de los italianos cayó en tierra como desacordado, y luego cargaron sobre él para le matar, y con todo esto nunca se quiso rendir, hasta que los jueces, viendo su voluntad y que de allí no podía escapar sin la muerte, se metieron en medio y dieron por vencedores á los italianos de aquella demanda. Y el capitán Diego de Vera, después de haber hecho tomar las armas y caballos de los franceses, demandó al capitán monsiur Pocodinare mil y trescientos ducados que se debían á los italianos por la postura; los cuales el capitán francés, que no pensó que los suyos fueran vencidos, no los había llevado. Y por esto el capitán Diego de Vera, como vido que los franceses no cumplían según la postura que habían puesto entre ellos, llevó consigo á los combatientes franceses vencidos en rehenes de los mil y trescientos ducados, y fuese con ellos á Andria, adonde el Gran Capitán había quedado con su gente de armas y caballos ligeros y con dos mil infantes; el cual había salido de Barleta con voluntad de favorecer los italianos, si los franceses no les quisiesen guardar su seguro y lo pactado. El capitán Pocodinare, como vido al capitán español tan determinado en llevar aquella cosa al cabo, rogó primero al capitán Diego de Vera le hiciese tanta gracia de le dejar consigo llevar aquellos franceses, que él le daba su fe como caballero de en allegando á Rubo enviar aquellos ducados, y que así lo prometía de hacer sin falta ninguna. El capitán Diego de Vera, que de la promesa de franceses tenía muchas veces hecha experiencia, dijo que él no era en aquel

caso sino juez, y que no tenía más poder en ello de cuanto los italianos vencedores lo quisiesen hacer, y que pues ellos no querían, no podía hacer ende al. Finalmente, el capitán Pocodinare, viendo que no podía alcanzar del capitán español lo que quería, se partió enojado y fuese á Rubo. Diego de Vera como llegó á Andria con los combatientes italianos y franceses, el Gran Capitán lo salió á recibir con mucho placer de la victoria, que tan á su honra los italianos habían alcanzado, alabando mucho su virtud, ánimo y fortaleza, y con esto muy contentos todos se estuvieron todo aquel día en Andria. Otro día siguiente se partió el Gran Capitán de Andria con su gente y fuese á Barleta. Después de esto monsiur Pocodinare dende á cuatro días que se tuvo en Rubo, habiendo los mil y trescientos ducados de la tasa de los franceses vencidos, los envió á Barleta al capitán Diego de Vera, el cual recibiendo la dicha suma de dinero, dió libertad á los trece franceses para que se fuesen á Rubo, siendo primero satisfechos los italianos vencedores de todo aquello que en el asiento y postura se habían concertado.

CAPÍTULO LXX

De cómo el capitán Diego García de Paredes y D. Diego de Mendoza, por mandado del Gran Capitán, salieron de Barleta á coger sarmientos de las viñas de Visela, y de lo que les aconteció con los franceses que estaban en aquella villa.

Costumbre es de guerras, que doquiera que los tales movimientos hay, haya hambres y pestilencias y otras muchas necesidades, especial cuando las tales guerras y discordias duran mucho tiempo. Así acaeció en este tiempo en Barleta y sus confines, adonde españoles estaban aposentados. Y como el Comendador Peri Juan, capitán de la armada francesa, estuviere en Brindes (ciudad que está en el paso de Sicilia para venir á Barleta por mar) todas las provisiones que venían de Sicilia al campo español, todo lo tomaba el sobredicho capitán francés con sus galeras, y por esta razón si algún bastimento había de venir, no venía con temor de las galeras francesas que estaban, según dicho es, en Brindes, y de esta causa necesariamente había de haber necesidad de hambre; la cual padecían en extremo

grado, no sólo la gente, pero los caballos, que muchos días había que por falta de cebada y paja, que es su provisión, comían sarmientos y otros ramos verdes de árboles de las viñas de Barleta, adonde ya no se podía hallar una vid y sarmiento, sino á muy gran pena. Por esta razón convenía ir á buscar á otras partes, por lo cual el Gran Capitán ordenó que D. Diego de Mendoza y Diego García de Paredes fuesen con sacomanos para traer los sarmientos de las viñas de Visela, una villa que es distante de Barleta trece millas, á los cuales dió treinta hombres de armas y cincuenta caballos ligeros y doscientos infantes para que con aquella gente, entre tanto que los sacomanos sacaban y cogían los sarmientos, que ellos hiciesen la escolta. Finalmente, los sobredichos capitanes y gente, juntamente con los sacomanos, se partieron de Barleta la vía de Visela, para poner en efecto el mandado de su capitán. Estaba en Visela en guarnición un capitán francés que llamaban la Crota, con cuatrocientos infantes; con el cual el capitán Pocodinare, que estaba entre Lica, siendo avisado la noche antes de la venida de los españoles, salió con cien caballos ligeros y cincuenta hombres de armas y fuese á juntarse con él para que ambos á dos saliesen á dar en los españoles. Los capitanes D. Diego de Mendoza y García de Paredes, después que salieron de Barleta, porque la infantería no fuese vista de los franceses, mandáronlos subir en los sacomanos, y de esta manera pareció que todos venían á caballo y que no venían infantes. Allegando los españoles á milla y media de Visela, enviaron delante los caballos ligeros para que se informasen del estado en que estaban los de Visela y vieses si había algún movimiento de franceses y los avisasen con tiempo. Los franceses, como estaban sobre aviso, luego como sintieron venir á los españoles, enviaron cien infantes delante para que peleasen con los españoles y se entretuviesen con ellos, entretanto que con toda la otra gente de caballo y infantes ellos acudían, por razón que pensaron que si todos salían de un golpe, los españoles no osarían esperar y volverían las espaldas, y de aquella manera como se cebasen en pelear con aquellos infantes, no mirarían tanto sobre sí, creyendo que no venía más gente. En conclusión, los caballos ligeros españoles, como vieron los infantes, arremetieron con ellos y del pri-

mero encuentro los franceses fueron rotos en dos partes, de manera que los sesenta de ellos se retrajeron á una torre fuerte de aquellas viñas y los cuarenta se tornaron á muy gran prisa á Visela á dar aviso á los capitanes franceses del estrecho en que los otros infantes quedaban en la torre. Por manera que el capitán Pocodinare con el otro capitán francés luego salió de Visela con toda la gente de caballo y infantería para socorrer los franceses que estaban en la torre; y los españoles como vieron salir de tropel toda la gente francesa de Visela y que eran tres para uno de los españoles, determinaron lo que sería bien hacerse en aquel caso, ó si combatirían la torre do los sesenta franceses estaban, ó si considerando la mucha gente que venía contra ellos sería bueno retirarse hacia Barleta. D. Diego de Mendoza y otros muchos con él fueron de opinión que sería más seguro retirarse á Barleta, como mejor pudiesen, que no perecer allí todos sin ningún remedio, esperando con temeridad tan pocos que ellos eran á combatir con tantos de los franceses como parecían venir, en especial viendo que estaban metidos entre todas las guarniciones de los franceses y que ellos estaban lejos de Barleta, donde no podrían ser socorridos, y los franceses el socorro que más lejos tenían era á seis millas de Visela. Diego García de Paredes fué de este parecer muy contrario, el cual dijo que muy mejor sería que la torre se combatiere, por razón que, si la combatían, los franceses que venían de Visela creerían que había en ellos muy gran engaño de celada de gente encubierta y no osarían pasar adelante, viendo que sin ningún temor los españoles acometían la torre y que no hacían caso de ellos y que retirarse les era muy mayor peligro, por razón que los franceses cobrarían ánimo y por el contrario los españoles lo perderían; y que allende que los franceses por se retirar conocerían en ellos flaqueza y no dejarían por eso de los alcanzar y dañar con todo su poder, por lo cual á él le parecía que entre dos peligros el menor sería combatir la torre y mostrar ánimo contra los franceses, de lo cual resultaría creer ellos que había mucha más gente española de la que parecía, diciendo que en el combatir de la torre él tomaba á cargo con los infantes de la rendir bien presto, y que en lo demás D. Diego de Mendoza con los caballos y gente

de armas se pusiesen al camino, que es entre unas viñas, por donde los franceses habían de venir, y que allí se estuviese quedo, encarado contra ellos sin se mover de allí con su gente. Muy bien pareció á todos lo que Diego García de Paredes dijo, y así lo pusieron por obra, porque entretanto que Diego García de Paredes combatía la torre, D. Diego de Mendoza con la gente de armas y caballos ligeros se puso á la boca de una calle de las viñas, que era el camino por donde los franceses habían de venir, según dicho es. Entretanto Diego García de Paredes se puso á pie con la infantería y instruyéndolos en lo que debían hacer, todos juntos por todas partes comenzaron á combatir la torre con grande ánimo y fortaleza, á la cual los franceses defendían con gran corazón, en que mataron de lo alto algunos españoles é hirieron muchos, de que no poco enojo recibió Diego García de Paredes, viendo el daño que en su gente se hacía y lo mucho que estaban en tomar aquella torre, porque tenía gana de socorrer á D. Diego de Mendoza, si menester lo hubiese. Por esta razón, animando su gente y haciendo él por su persona cosas de muy gran valor hizo apresurar el combate por todas partes, poniendo fuego á la torre con los sarmientos de las viñas, que ende había asaz hechos en manojos; por manera que con ellos quemó la puerta de la torre, por donde algunos soldados con gran corazón se comenzaron á meter, y los españoles que combatían por la otra parte de la torre ya habían en esta sazón con las picas deshecho una parte de la muralla de lo alto de la torre por donde todos los franceses se descubrían queriéndose poner á la defensa, de cuya causa recibían de los españoles muy gran daño, los cuales debajo con las picas y piedras y ballestas habían muerto más de un tercio de la gente que estaba en la torre. Después de esto Diego García de Paredes, andando con muy gran diligencia y ánimo proveyendo en todos los lugares y reforzando su gente cuanto podía para que tomasen la torre, porque se temía que los franceses acometerían á D. Diego de Mendoza y á su gente de caballo, y convenía que él le socorriese después de haber tomado la torre, y que sin la tomar le era muy mal caso apartarse de allí, apresuró mucho más el combate, por manera que los unos entrando por la puerta y los otros subiendo por las picas á lo alto de la torre, ayudándose los

unos á los otros, con grande ánimo tomaron la torre y mataron á todos los franceses que ende se habían acogido, excepto uno, el cual se dió á conocer á Diego García de Paredes, que había sido su criado un poco de tiempo, y por esta obllgación que le tenía Diego García de Paredes le salvó que no muriese como los otros. En este combate Diego García de Paredes lo hizo tan valerosamente y trabajó tanto de su persona, que ningún otro en el mundo pudiera hacer tanto, y asimismo los infantes españoles hicieron maravillosas cosas en aquel día. Pues, tornando á los franceses que habían salido de Visela para socorrer á los infantes que se habían retirado á la torre, como vieron la determinación y osadía con que habían acometido la torre los españoles, y viendo la otra gente de caballo que estaba en el paso aguardándolos, no osaron pasar adelante, pensando que, según el poco temor que en los españoles conocían, sería mucha más gente de la que parecía, y por esta razón sin socorrer á los infantes se tornaron á Visela; y D. Diego de Mendoza que, según es dicho, estaba en el camino esperando á los franceses, como vido que no habían osado pasar adelante, antes volvieron las espaldas, túvose de ello por bien contento; porque si los franceses intentaran á venir á las manos, no dejaran los españoles de recibir gran daño; y con esta buena salida con toda la gente se tornó á do había dejado á García de Paredes, que ya había tomado la torre y muerto á los franceses. Y Diego García de Paredes, á aquel francés que había librado, mandóle que se fuese á Visela y que contase al capitán Pocodinare y al capitán la Crota toda la manera de que habían usado para los esperar y la poca gente que tenían, y les hiciese saber la muerte y daño de los de la torre, para que así por esta pérdida como por la confusión que tendrían en se ver engañados de tan poca gente, recibiesen mayor pena, viendo y considerando haber perdido toda aquella gente por su grande flojedad y demasiada cobardía y poco ánimo. Finalmente, después de todo esto acabado, los sacomanos cargaron con gran diligencia todos los sarmientos que hubieron menester, y de ahí todos juntos muy alegres se tornaron á Barleta y dieron cuenta al Gran Capitán de todo lo que les había acaescido con los franceses.

CAPÍTULO LXXI

De cómo Lezcano, capitán de la armada española, destruyó el armada francesa que estaba en Brindez, y de cómo el Gran Capitán se concertó con los villanos de Castellaneta por que se levantasen contra los franceses.

Ya se dijo arriba cómo el capitán Peri Juan, que estaba en Brindez, impedía el venir de las provisiones que se traían desde Sicilia á Barleta, y que á esta causa había en aquella ciudad muy grande penuria y falta de bastimentos para la gente del ejército español. Pues dice agora la crónica que pensando el Gran Capitán de poner remedio en este caso, mandó al capitán Lezcano que se moviese con el armada española y que fuese á deshacer el inconveniente que á causa de estar aquel capitán francés en el paso seguía á su gente y ejército. Y con esta orden el capitán Lezcano, tomando dos navíos de dos galeras y dos carabelas bien aderezadas, las cuales llevaban cuatrocientos hombres de guerra, sin la otra gente de las mismas naves, se metió en el camino de Brindez, adonde en el puerto de aquella ciudad estaba el capitán Peri Juan con sus galeras. Pues es de saber que andando por sus jornadas, vino el capitán Lezcano á vista de Brindez y hizo enderezar el armada contra el puerto de aquella ciudad. El capitán Peri Juan, como vió el armada que por la mar venía que se enderezaba hacia aquel puerto, reconoció ser de españoles, y por esta razón mandó recoger con mucha presteza dentro en el puerto todas sus galeras y fustas, que no estuviesen unas de otras apartadas, y asimismo mandó se apercibiesen todos para esperar el armada que contra ellos hacía vista de venir. En esto el capitán Lezcano apresuró más su camino, y tanto anduvo que antes que el armada francesa se recogiese al puerto la alcanzó, y aferrando sus galeras con las galeras francesas, pelearon una pieza con mucha fortaleza; por manera que como el capitán Lezcano fuese varón de mucha virtud por la mar, y aun por la tierra, y la gente que llevaba fuese escogida y de muy buen hecho, en muy poco tiempo rompieron todas las galeras de Peri Juan, haciendo asimismo grande daño en la gente de ellas. Finalmente, viendo el capitán Peri Juan el daño de su gente, juntamente con el de sus galeras, fué constreñido de ne-

cesidad lo mejor que pudo en una galera recogerse á Brindez por salvar su persona, que ya del armada poca cuenta hacía, como á la sazón quedase toda perdida y muy mal parada; el capitán Lezcano le fué siguiendo; pero al fin no le pudiendo alcanzar, le dejó, siendo asaz alegre y contento de lo bien que le había sucedido con las galeras francesas, quedando por esta causa el paso de Sicilia más libre y exento que no lo había estado hasta allí. Después de este mismo tiempo, el Gran Capitán, que no se ocupaba en otra cosa salvo en quitar y apartar tantos movimientos y guerras como á la sazón había entre españoles y franceses, no deseando por eso perder su derecho, trató con los villanos de Castellaneta, que es una villa junto á Taranto, adonde estaba en guarnición un capitán francés que llamaban Simonet con mucha gente francesa, que se levantase y se tornase á la devoción y parte del Rey de España, como buenos y leales vasallos, para ejecución de lo cual dió esta orden que se sigue, para que más á su salvo y sin daño suyo pusiesen en efecto aquel hecho. Y así que tomasen primeramente y principal en prisión al capitán Simonet, y después á todos los franceses que ende tenía, y que para esto él daría aviso al capitán Luis de Herrera y al capitán Pedro Navarro, que eran sus capitanes que estaban en Taranto, para que el día que ellos señalasen, estos capitanes juntamente con su gente socorriesen á tiempo. Esto hacía el Gran Capitán por matar de un tiro dos pájaros, por razón que no solamente de aquella manera ganaba la villa, pero también hacía menos de sus enemigos. Finalmente, los villanos de Castellaneta, habida la orden y mandamiento del Gran Capitán, como deseosos de hacer su mandado, viendo que el capitán Simonet había en muchas refriegas que con los españoles hubo perdido mucha gente, y que á la sazón no estaba tan poderoso que ellos no lo fuesen mucho más, en especial habiendo de ser de los capitanes de Taranto socorridos. En conclusión, los de Castellaneta avisaron á los capitanes españoles un día antes, diciéndoles que otro día siguiente antes que fuese de día, viniesen allí con mucha diligencia y muy grande secreto, y que ellos los meterían en la villa, sin que ninguno de los franceses lo sintiese, por manera que muy bien podrían hacer de los franceses á su voluntad. Y con este aviso que les dieron, el ca-

pitán Luis de Herrera y el capitán Pedro Navarro, aquella misma noche aderezaron muy bien su gente y salieron de Taranto para ir á Castellaneta; y los villanos por su parte aquella misma noche, después que todos los franceses se hubieron recogido á dormir, se metieron todos en armas y se pusieron á esperar los españoles hasta cerca del día, los cuales á esta hora estaban siete millas de Castellaneta. Pero los de la villa, como ya se hubiesen metido en armas y vieses que los españoles se tardaban en su venida, y que si el día se allegase, el trato se descubriría y no podrían hacer lo que deseaban, siendo avisados cómo los españoles venían no muy lejos de la villa, tomaron por sí el principio de aquel hecho y comenzaron á dar por las casas donde los franceses estaban seguros, de los cuales acaeció que dormían en sus camas á sueño suelto. El primero aposento adonde ellos fueron, fué al del capitán Simonet, al cual tomaron en prisión y pusieron á muy buen recaudo, y de ahí prendieron á todos los franceses sin que dejasen ninguno á libertad. Y en este tiempo los españoles que habían apresurado su camino, estaban bien cerca de la villa, por manera que si los de la villa se hubieran hallado en peligro, pudieran ser de los españoles ligeramente socorridos. Los cuales como llegaron á Castellaneta, hallaron las banderas de España puestas por la villa, y preso el capitán Simonet juntamente con sus soldados. Y los de Castellaneta luego entregaron al capitán y á los otros franceses en poder de los capitanes españoles; y así, quedando la villa de Castellaneta por el Rey de España, se tornaron con los prisioneros á Taranto, de lo cual todo fué avisado el Gran Capitán, de cuyo hecho mucho fueron agradecidos los de Castellaneta.

CAPÍTULO LXXII

De cómo el Visorrey de Nápoles fué sobre Castellaneta por vengarse de la injuria que le habían hecho los de aquella villa, y de cómo el Gran Capitán tomó á Rubo y prendió al capitán monsiur de la Paliza con muchos de los suyos.

La crónica haciendo su continuación y orden debida, dice que después que los de Castellaneta prendieron al capitán Simonet y los

otros franceses, según dicho es, el Visorrey de Nápoles, que de este hecho fué sabidor, hubo de ello muy gran enojo, y por esta razón, indignado contra los villanos de aquella tierra y villa de Castellaneta, que de este caso habían sido principales autores, quiso castigarlos, según merecía su inobediente malicia. Y así con esta determinación y parecer se partió de Canosa con toda la más parte de gente de armas y caballos ligeros, y con toda la infantería y artillería vinose camino derecho de Castellaneta, con intención de meter á fuego y á sangre aquella villa, por la grande y fea traición de que habían usado con su gente que allí tenía en guarnición. Y andando por sus jornadas el dicho Visorrey vino con su gente y llegó á una villa que está á cuatro millas de Castellaneta, que dicen Baterna, y allí se detuvo algunos días dando orden en lo que debía hacer en la presa de Castellaneta. El Gran Capitán, que de todo lo que pasaba en el campo francés era muy bien avisado, como supo la partida del Visorrey contra Castellaneta y la intención que llevaban de poner en efecto su perdición, determinó él por otra parte de se vengar del daño que esperaba que le había de ser hecho por el Visorrey en Castellaneta, y así muy secretamente hizo un día poner en orden su gente, y siendo de noche á dos horas pasadas salió con su gente y artillería de Barleta, y fuese muy secretamente la vía de Rubo, adonde estaba monsiur de la Paliza, un capitán francés, con toda su gente de armas é infantes en guarnición de aquella villa. Eran en número de doscientos hombres de armas y doscientos archeros, toda muy buena gente y escogida. Y andando el Gran Capitán, como está dicho, toda la noche, allegó sobre la villa de Rubo bien cerca del día, el cual con mucha diligencia y presteza puso su gente en orden, y primero dió asiento al artillería para batir la muralla, y así asentada batióse la dicha villa bien hora y media, en que vino á tierra una gran parte del muro de lo alto, y después de esto mandó el Gran Capitán á su gente que diesen la batalla con muy buena orden y concierto, y la primera fué encomendada al capitán Diego García de Paredes, y él con toda su gente arremetió al muro. Y allegados al pie dél, pusieron las escalas, y los franceses, por el contrario, defendían con todas sus fuerzas á los españoles todo lo que podían. Estando de lo alto del muro

echando muchas piedras y flechas, y con las picas y alabardas cortaban las escalas y echaban abajo los españoles que querían subir, en que recibían gran daño, y mataron algunos de los españoles y hirieron á muchos. En esto el Gran Capitán se metió con toda su gente en el combate, por manera que así con su esfuerzo como con su prudente consejo daba doblado ánimo y fuerzas á los suyos; y los españoles, viendo que peleaban delante de su capitán, cada uno procuraba ganar para sí toda la honra y prez que podía para que ganase juntamente la voluntad de su capitán y fuese conocido por muy buen soldado; y así hicieron en tan poco tiempo tanto de sus personas que, matando y hiriendo mucha parte de los que estaban puestos en defensa del muro, tuvieron lugar de subir, entre los cuales el primero que subió encima del muro fué el capitán Francisco Sánchez, despensero mayor, que puso la primera bandera en el muro. De ahí subiendo otros muchos, los franceses perdieron mucho ánimo, y dejando los franceses el muro en poder de los españoles, todos se retiraron al cuerpo de la ciudad, y haciéndose fuertes en las casas principales de la ciudad y en algunas calles. Pero muy poco les aprovechó, por razón que subiendo en el muro todos los españoles abajaron abajo con ánimo victorioso diciendo: «España, España». Comenzáronse á mezclar entre los franceses combatiéndoles las casas fuertes adonde se habían metido, y lo mismo hacían en muchas calles adonde se habían hecho fuertes. De cuya causa les hacían perder mucha gente, haciendo en los franceses todo el daño que podían, por manera que por fuerza les tomaban muchas casas y los prendían y mataban, queriéndose oponer á se defender dentro en ellas. Finalmente, los españoles hicieron tanto, que echaron á los franceses fuera de los lugares donde se habían recogido y prendieron á monsiur de la Paliza juntamente con el Duque de Saboya, y con otros muchos franceses, y los demás que salvarse pudieron se recogieron á un castillo viejo que estaba en Rubo y á una muy buena torre y muy fuerte que estaba sobre las puertas de la ciudad. De allí se defendieron valerosamente algún tanto, pero el Gran Capitán hizo meter el artillería contra aquella torre y castillo viejo para los tomar por fuerza de armas como lo habían hecho á la ciudad. Y los franceses como se vieron amenazar con

el artillería y viendo que era imposible poderse sustentar más de un día contra las fuerzas del Gran Capitán, tomaron su consejo y determinaron de se dar debajo de su merced y amparo, y el Gran Capitán los recibió y les dió libertad. Todo lo demás vino en poder de los españoles, porque á la verdad, dejando aparte los prisioneros, pero todas las otras cosas, así de joyas como de dineros, ropas y caballos, fueron todos muy cargados y bien contentos, y con todo muy alegres se fueron á Barleta. Y porque dije de caballos, es razón decir el número de ellos, que fué, según verdad, más de mil caballos los que de aquella presa hubieron los españoles. Muy grandes fueron las cosas que en este combate de Rubo hizo la persona del Gran Capitán, y dignas de memoria las que toda su gente y capitanes hicieron, donde fué el capitán don Diego de Mendoza, Diego García de Paredes, el prior de Mecina, el capitán Pedro de Paz Escalada, el coronel Villalba, el Duque de Termes, el capitán Pizarro y los dos fuertes Colona, Próspero y Fabrico Colona, y juntamente con otros dos caballeros napolitanos, con otros algunos italianos de grande estima que en aquel día hicieron maravillosas cosas de sí; y verdaderamente eran bastantes estos valerosos capitanes que dicho tengo á tomar otra Rodas en fortaleza, cuanto más una ciudad tan pequeña y no muy fuerte, como era Rubo. El Gran Capitán, en tanto ruido y revuelta de la tierra saqueada, todas las mujeres que en las iglesias halló, llenas de lágrimas y temor, hizo que fuesen tan guardadas, cuanto convenía á la limpieza de no ser violadas, antes como supo que toda aquella gente militar las halagaba y festejaba con lengua y manos para mal usar con ellas, aquello castigó muy reciamente, y todo cuanto les tomaron hizo luego á la hora restituirles, y ellas puestas todas en libertad les mandó dar muy grande y cumplida abundancia de mantenimientos, de que estaban en mengua, y así libres de aquel infortunio, la mayor en edad y principal en dignidad de aquellas, le dijo: «No sin causa, magnánimo señor, la natura os otorgó forma de cuerpo y gesto tal que respaldece más vuestro oficio y dignidad, y pues las gentes no bastan á dar tanto loor quanto merece vuestra magnanimidad, plegue á Dios otorgaros la gloria que de derecho todos deben á vuestra piadosa persona y grande humanidad». No menos virtud

de clemencia y humanidad usó el Gran Capitán cuando trajo gente sobre Gaeta, y ganado el monte de aquella, y el arrabal entrado, viendo que las vírgenes de la Anunciada, que son unas criaturas hijas de padres y madres inciertos, porque, por cubrir su infamia, en naciendo las echan á las puertas de las iglesias, las cuales estaban en un ayuntamiento de religión, do se crían grande número de mozas, y en aquella observancia están hasta que la misma casa de la religión donde están las casa. La cual religión ó casa entrada por la gente del Gran Capitán, ellas sin pensamiento de tan súbito peligro huyeron á los tejados y azoteas, por ser antes de allí despeñadas que forzadas. El Gran Capitán, que vió tanta multitud de mujeres angustiadas, y sabida la causa, que era que mucha parte de su infantería las quería meter á saco, como hacían de todos los otros bienes, para usar mal de ellas, con mucha presteza y muy grande diligencia las socorrió, diciendo estas palabras como hombre piadoso: ser aquellas antes dignas de ayuda que de injuria, y descendiéndolas de allí, tal cobro les puso y en tanta manera miró por ellas, que tan limpias en su contento quedaron como las hallaron, y siendo forzado de ir á proveer en lo que convenía á la presa de la ciudad, substituyó para guarda de éstas á un caballero de su casa, llamado Martín de Tuesta, el cual, los que muy bien lo conocieron, afirmaron que entró tan virgen en la tierra como salió del vientre de su madre. Al cual, con gente que le dejó, le mandó que las guardase, diciéndole de esta manera: «Martín de Tuesta, mirad que si me voy de aquí, es porque dejo otro yo». Pues si el hecho de Scipión Africano Romano, es tan alabado por los escritores romanos, por la muy grande y excelente virtud que usó con la desposada de Lucio, Príncipe de los Celtiberios, que sabido quien era lo envió á llamar al desposado y se la restituyó tan entera quanto vino á su poder, juntamente con el rescate que por ella sus padres le enviaron, como lo cuenta Tito Livio en sus *Décadas*. Y si asimismo el dicho Scipión es alabado del mismo Tito Livio, porque la anciana dueña de los rehenes de Hispania, mujer de Mandonio, que fué tomada en Cartagena, echándose á sus pies del Africano, le suplicó que todas las mujeres que allí había habido fuesen encomendadas á buena guarda por el peligro que de comunicar con la gente suel-

ta les podía suceder. El cual Scipión las encargó á un hombre honrado, casto y virtuoso, mandándole que las guardase como á propias madre y hija. Y si, como escribe Justino, habiendo Alejandro llamado el Magno, en la guerra de Darío, prendido á Gisisbamba, madre que fué del mismo Darío, y á su mujer y hijas, de continuo las trató con tanta reverencia y honestidad como si fueran sus propias hijas, madre y hermanas, cuánto más puede y debe ser alabada en nuestro Gran Capitán una tan soberana virtud y clemencia usada con estas mujeres; porque si Scipión usó de aquella liberalidad con la mujer de aquel Príncipe Celtiberano, aquéllo hizo más con fin de ser ayudado de aquél para la guerra que con los cartagineses tenía que por otros fines, porque no menos era hostigado de su amor que otro cualquiera de sus soldados; y asimismo porque le faltaba gente y amigos en España, y para atraerlos á su devoción y amistad le convenía más con virtud y buenas obras atraer á los españoles á su amistad, siendo tan valerosos, que con rigor de armas y asperezas, de que no le podía suceder ningún provecho, y asimismo porque los capitanes romanos si hacían alguna cosa indigna de tan grandes varones, eran después por el Senado gravemente castigados. Pues si decimos de la benignidad de Alejandro para con la madre, mujer y hijas de Darío, no por esto había ni debe ser preferido al Gran Capitán, porque si lo usó, lo que de cierto no se sabe, fué por tener su amor puesto en su Rosana, y aun por codicia y ambición de fama, que no constancia de ánimo que dél se publicase con aquella moderación, pues es cierto que no fué tan continente que no se puede creer lo contrario de lo que se escribe. Pero lo del Gran Capitán procedía de ánimo modesto, continente y moderado, porque no solamente después de haber entrado los pueblos, pero antes de dar el asalto, con público pregón mandaba que á las mujeres que en las iglesias y monasterios se hallasen, no tocasen ni afrontasen con manos ni lengua, y no satisfecho con esto, él en persona las iba á amparar y defender de cualquier daño y afrenta que hacerles quisiesen, como arriba se ha contado. Pues volviendo al propósito, el Gran Capitán, después de haber ganado á Rubo y prendido á monsiur de la Paliza y á otros caballeros principales que con él estaban, como dicho es, el día siguiente, no

siendo aún del todo saqueada la tierra, usando la misma presteza volvió á Barleta, habiendo llevado las mujeres de Rubo consigo, y luego les dió muy cumplida libertad, sin llevar cosa alguna por su rescate, habiéndolas guardado con tanta honestidad como si de cada una de ellas fuera padre. Pero no quiso que los hombres de armas franceses se rescatasen, porque monsiur de Nemos no les había guardado las condiciones puestas entre ellos; todo el resto de la infantería puso en las galeras de Lezcano hasta que la guerra fuese acabada, dándoles algo más dura pena de lo que en la milicia se acostumbra. Lo cual hacía con muy gran razón, pues en nada guardaban con él y con su gente lo que prometían los franceses.

CAPÍTULO LXXIII

De cómo el Visorrey, sabida la presa de Rubo, mudó su propósito en lo de Castellaneta y se tornó á Canosa, y cómo vinieron á los españoles siete naves á Barleta cargadas de trigo de Sicilia, con que se remedió la hambre que el ejército español padecía.

Después que el Gran Capitán hubo tomado á Rubo y preso á monsiur de la Paliza con otros muchos de los suyos, como dicho es, vino á saberse aqueste hecho por el Visorrey de Nápoles, que estaba en Baterna, cuatro millas de Castellaneta, el cual queriendo ir sobre la villa de Castellaneta, según que había salido con esta intención de Canosa, y viendo el daño que por su ausencia el Gran Capitán había hecho en los suyos, temiéndose que si mucho estaba ausente lo mismo haría el Gran Capitán en todas las otras guarniciones, mudó propósito, proveyendo primero lo más y no dejar lo más por lo menos. Y así determinó de se tornar á Canosa, y antes que se partiese de Baterna envió á decir á monsiur de Bramente, que estaba en las Grutallas, que luego visto su mandado se moviese de allí con su gente y se fuese á Canosa por el camino que él llevaba, porque así convenía hacerse. Luego sin ningún detenimiento monsiur de Bramente se partió con su gente de las Grutallas una noche, bien pasadas tres horas de ella, y vino la vía de Canosa, según la orden que el Visorrey tenía dada. Los capitanes Luis de Herrera y Pedro Navarro, como supieron la

partida de monsiur de Bramonte de las Grutallas y que aquel lugar estaba desocupado de franceses, salieron de Taranto con su gente y fuéronse derechos á aquella villa, donde fueron muy bien recibidos, y allí se estuvieron algunos días, mediante los cuales determinaron ir sobre algunas villas de aquella comarca que se tenían por Francia; y un día saliendo de las Grutallas se fueron á otro lugar que llaman la Chera, adonde asimismo se detuvieron algunos días. De ahí se fueron sobre una villa que dicen Aste, dejando primero todas las tierras que dicho tengo conformes á la devoción y parte de España. El capitán Lezcano, que, como dicho tiene la crónica, había roto el armada francesa, corrió por aquella costa de la Pulla por la parte del Adriático, el cual como supo que españoles estaban sobre Aste y que no habían podido tomar aquella villa, saltó en tierra con cuatrocientos infantes y vino derecho á Aste, donde halló los otros españoles, con la venida del cual, alegres por se ver más crecidos en número de gente, comenzaron de nuevo á combatir aquella villa, que muy contraria se les había mostrado. Pero al fin, como las fuerzas españolas no sean en poco tenidas en aquellas partes, avino que por fuerza de armas hubieron los españoles de la tomar y la saquearon, por razón que se les había procurado muy valerosamente defender con todo su poder, según dicho es. Luego después de esto los españoles salieron de Aste y fuéronse á otra villa que llaman Francavilla, adonde sin ninguna resistencia se metieron en ella. Está esta villa hasta cuatro millas de Oira, adonde el capitán Luis de Aste estaba en guarnición con cuatrocientos infantes y cuatrocientos caballos ligeros y hombres de armas; y dende allí los españoles que estaban en Francavilla con los franceses de Oira siempre se visitaban con correrías y escaramuzas, por manera que se hacían los unos á los otros todo el daño que podían; á los cuales dejará ahora la crónica por contar lo que en Barleta aconteció en este tiempo. Y fué así que, según en otros lugares ha contado la crónica, en Barleta había muy gran falta de bastimentos para la gente y para los caballos, lo cual les duró muchos días, que padecían la mayor hambre que ejército de gentes jamás pudo padecer, y junto con esto había en Barleta muy gran pestilencia, de que en especial los de la misma

ciudad fueron de esta enfermedad muchos tocados y muertos, y milagrosamente Nuestro Señor guardaba la gente de guerra que no muriese, porque de otra manera no se pudiera el Gran Capitán sustentar una semana que no dejara la ciudad. Pero con todas estas fatigas y trabajos, y lo que más les tenía puestos en necesidad era la hambre, la cual sintieron en mayor grado después de la presa de Rubo, de que se acrecentó el gasto de las provisiones por razón de los muchos prisioneros y gran copia de caballos que ende hubieron. Y bien se pudiera desembarazar el Gran Capitán de todos los prisioneros franceses si quisiera, porque el Visorrey después que llegó á Canosa, le envió muy gran suma de dinero de rescate á monsiur de la Paliza y de monsiur de la Mota y de los otros capitanes y gente francesa que tenían en prisión en Barleta; pero no los queriendo dar por ningún precio de dinero, respondió que él no tenía en voluntad señorear el oro, sino las personas que lo mandaban y daban, y con esto quiso antes estar sujeto á la hambre que no á sus enemigos, porque en fin hacía de sus enemigos los menos. Pues dejado esto, dice la crónica que á la sazón le vinieron de Sicilia siete naos cargadas de trigo y tomaron puerto en Barleta, de que muy alegres fueron todos por el remedio que á la hambre les había venido. Desembarcaron todo el trigo de las naves, y así los unos como los otros fueron con este socorro remediados. El Gran Capitán hizo tres partes de todo aquel trigo: la una parte repartió entre su gente, y la otra repartió á los ciudadanos de Barleta, y la tercera parte repartió á sus guarniciones que tenía por aquella comarca, y quedando todos de este repartimiento contentos estuvieron de ahí adelante más aparejados en el servicio de su capitán.

CAPÍTULO LXXIII

De cómo el Visorrey de Nápoles, queriendo venir á las manos con los españoles, envió á llamar á todos los capitanes que estaban en las guarniciones de Pulla, y de cómo el Gran Capitán hizo asimismo llamamiento del capitán Luis de Herrera y Pedro Navarro.

En este tiempo, estando el Visorrey de Nápoles en Canosa temeroso no le viniese el

Gran Capitán á cercar allí, el cual á la verdad, por razón que dividió su ejército, no le tenía tan pujante como de antes, y por esta causa envió á llamar al capitán Luis de Aste, que estaba en Oira, para que con toda la gente de armas y caballos ligeros é infantes se viniese á Canosa. Lo mismo hizo á todos los otros capitanes franceses é italianos que estaban por Francia, mandándoles que luego que viesen su mandado, se viniesen á Canosa con la gente que tenían, y entre los otros escribió á Andrea Matheo Acuaviva, que de Conversano fuese á Altamura, adonde estaba Luis de Arce, y de allí ambos á dos juntas las fuerzas viniesen á Canosa, donde le hallarían, porque monsiur de Nemos ponía grande esperanza en el consejo de aquel hombre para el gobierno de la empresa y no le parecía tentar ninguna cosa sin el Luis de Arce, capitán valiente y animoso. Ciertamente, según el tiempo que este llamamiento se hacía, no dejaba de ser pronóstico de grandes movimientos. El Gran Capitán, viendo cómo el Visorrey llamaba su gente á Canosa y que no sabía para qué, recelóse de ello, por lo cual él asimismo de su parte envió á llamar al capitán Pedro Navarro y á Luis de Herrera, que, según dicho está, estaban en Francavilla, para que con toda su gente viniesen á Barleta, dejando á buen recaudo la ciudad de Taranto mientras el Arce y Acuaviva concertaban el día de su partida. Pedro Navarro tomó las cartas de Arce junto á Taranto, y como avisado, habiendo entendido el designio de los franceses, hizo una emboscada al Acuaviva, cuando había de pasar, y así rodeado de un no pensado mal, defendiéndose animosamente, habiéndole muerto el caballo y herido gravemente, fué preso. Juan Acuaviva, su hermano, peleando valerosamente fué muerto; la caballería fué rompida y casi toda ella vino en mano de los enemigos. Habiendo, pues, felizmente sucedido esta empresa, Pedro Navarro y Luis de Herrera partieron para Barleta con trescientos infantes y con cuarenta hombres de armas y cincuenta caballos ligeros, y llegaron un sábado á Castellaneta, y allí estuvieron holgando el domingo siguiente por razón de la festividad que era. Luego otro día lunes siguiente, de mañana, después de haber oído misa, salieron de Castellaneta y tomaron el camino de Barleta, y andando por sus jornadas acaeció que un

día allegando entre Conversano y Rodillana se encontraron con el Marqués de Bitonto, el cual había salido de Conversano para ir con su gente á Canosa al llamamiento del Visorrey, de cuya parte él era, y llevaba cincuenta hombres de armas y cincuenta caballos ligeros y trescientos hombres de la comarca, toda gente vil y para poco. Y como los capitanes españoles los vieron, enviaron á muy gran prisa los caballos ligeros adelante para que detuviesen los del Marqués, entretanto que llegaba la infantería, los cuales agujieron tanto que se alejaron de la infantería bien dos tiros de ballesta, y los infantes no se parecían; por razón que con las matas de un bosque que estaba en aquel lugar iban cubiertos, por manera que el Marqués de Bitonto, como vió los caballos españoles, no pensó que había más gente de la que parecía, y por esto con toda su gente arremetió de recio contra ellos, y mezclándose los unos con los otros se herían con mucho ánimo. En esto el capitán Pedro Navarro y Luis de Herrera allegaron con la infantería y dieron muy recio en la gente del Marqués, y tanto hicieron que en breve fueron los bitontinos desbaratados y presos y muertos más de treinta de ellos, y todos los demás y su capitán se salvaron en Rodillana y Conversano. Aquí fué preso el Marqués de Bitonto y hubieron los españoles muy gran despojo de dineros, ropas y joyas juntamente con todo el recaudo y recámara del Marqués, adonde venía toda su plata y otras muchas cosas de calidad. Y después de esto el capitán Luis de Herrera y el capitán Pedro Navarro, que así como lo sabían ganar lo sabían conservar, temiendo que si llevaban consigo al Marqués hasta Barleta podría ser que saldría gente de las guarniciones francesas y se lo quitarían de poder, y por esta razón le enviaron á Varina, donde en el castillo fué tenido á muy buen recaudo y debajo de muy buenas guardas; y los españoles luego se movieron de allí y se fueron á Barleta, adonde dieron cuenta al Gran Capitán de lo que en el camino habían hecho y de la prisión del Marqués de Bitonto, de que mucho se holgó el Gran Capitán, y luego mandó llevar el Marqués al castillo de Manfredonia, por razón que aquel castillo es más fuerte que el de Varina y estaría allí muy más seguro y bien guardado.

CAPÍTULO LXXV

De cómo vinieron al Gran Capitán los dos mil alemanes de socorro, y de cómo salió de Barleta á buscar en campo al Visorrey de Nápoles, y del gran trabajo que su gente pasó en el camino de la Chirinola.

Después que el Gran Capitán mandó venir sus capitanes y gente de guerra á Barleta, viéronle de socorro los dos mil alemanes que había enviado á pedir al Emperador Maximiliano, según dicho es, los cuales se desembarcaron en Manfredonia y de ahí por mandado del Gran Capitán se vinieron á Barleta. No poco contento y alegre estaba el Gran Capitán viendo ya que sus cosas iban de mejor arte y condición, por razón que así en gente como en otros casos de guerra, de que así como los suyos habían salido victoriosos, se iban acrecentando, y por esta causa que ya veía su ejército más crecido y animoso, porque sin temor se podía oponer á esperar todo el ejército del Rey de Francia, dado que fuese mucho mayor en número de gente que no lo era el suyo; y así por lo uno como por lo otro, confiando en su justicia, con que las fuerzas de sus enemigos pensaba confundir, determinó de salir en campo al Visorrey á buscarle y no estar encerrado, difiriendo aquel hecho tanto tiempo en Barleta, que hasta allí por no haber tenido gente para salir lo había disimulado. Y con esta voluntad, después de tener allegada en Barleta toda su gente y puesta en buena orden, así de armas como de caballos como de todo lo demás que para la guerra es menester, hizo saber al Visorrey la gana y deseo que él tenía de dar fin á sus hechos de una vez, y que esto se podía hacer encomendándolo á una batalla de campo, viéndose ambos á dos con su gente, y que le hacía saber cómo él saldría otro día á le buscar con su ejército á Canosa, y que de aquella vez concluirían tantas diferencias como hasta allí tanto tiempo habían tenido. El Visorrey de Nápoles, como supo que el Gran Capitán estaba determinado de salir á le buscar en campo, salió de Canosa con toda su gente de armas y caballos ligeros y infantería y con el artillería de campo, vino á esperar al Gran Capitán media milla de Canosa junto al río Losanto; allí estuvo hasta que el Gran Capitán salió de Barleta. En esto, como el Gran Capitán supo que el Visorrey

con todo su ejército lo esperaba en campo junto á Canosa, un jueves á veintiséis días del mes de Abril del dicho año de mil quinientos tres con toda su gente de armas y caballos ligeros y infantería salió de Barleta con aquella voluntad encendida que de venir á las manos con los franceses tenía. Y aquel día que salió de Barleta, vino á aposentar con su gente á un lugar deshecho por su antigüedad, de que en esta crónica se ha hecho mención, que llaman Canas, que está á seis millas de Canosa, y allí se estuvo toda aquella noche en aquel lugar bajo de la guarda de sus centinelas. Y otro día de mañana entró en consejo con los principales de su ejército para tomar de ellos su parecer en lo que debían hacer. Era el Gran Capitán de tan humana condición y tan amigo de consejo, que el más mínimo de todo su ejército que le quisiese dar parecer y consejo en alguna cosa lo recibía de muy buena voluntad, como si fuera dado de hombre muy experimentado en guerra, de los muertos y nacidos ejemplo grande de la humanidad en un tan supremo capitán como lo era; y así tenía de costumbre en todas sus hazañas y hechos que acometer quería, tomar primero el consejo y parecer de los suyos. Finalmente, el Gran Capitán se aconsejó si sería bueno ir sobre los franceses, los cuales á la sazón estaban en su campo bien fuertes con proveídos aparejos, ó si irían sobre la Chirinola, una buena villa que está diez y siete millas del sobredicho aposentamiento de Canas. En conclusión, después de altercada entre todos esta duda, el último parecer como mejor se siguió: que era ir sobre la Chirinola. Y así el mismo día, que fué viernes veintisiete días del mes de Abril, el Gran Capitán se partió de aquel aposento, y antes que se moviese, aderezó su gente y ordenóla en la forma siguiente, porque así en orden y por sus escuadrones fuesen por el camino. De los infantes españoles e italianos, que serían seis mil, hizo un escuadrón, en el cual puso á Diego García de Paredes y á Pedro Navarro con otros nobles capitanes; de los dos mil alemanes hizo otro escuadrón y dióles capitanes de su misma nación; de la gente de armas hizo tres escuadrones, dándoles personas de grande gobierno y saber que asistiesen en cada uno de los escuadrones. Ordenada, pues, la gente en la forma susodicha, el Gran Capitán dió la avanguardia á Diego García de Paredes

y á D. Diego de Mendoza y á Pedro Navarro con los infantes españoles y con trescientos hombres de armas, y su misma persona con los alemanes y con doscientos hombres de armas tomó la batalla, y mandó quedar consigo al capitán Próspero Colona con otros varones del reino, y en la rezaga puso al Duque de Termes y á Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey, con doscientos hombres de armas y con doscientos caballos ligeros. Junto con esto, mandó al capitán Fabricio Colona que con cuatrocientos caballos ligeros fuese á un lado del ejército, desviado cuanto una milla, para ir descubriendo el campo y mirasen cuándo se movían del lugar donde estaban para venir contra ellos y los avisase con gran diligencia, porque no los tomasen de sobresalto. Ordenado, pues, el ejército del Gran Capitán en la forma sobredicha, cada uno con su cargo, luego se movió de Canas caminando la vía de la Chirinola por una muy rasa campaña, donde aquel día pasó la gente del ejército del Gran Capitán muy grande trabajo, por razón que como fuese verano y aquella tierra sea de natura seca y la más estéril del mundo, adonde un árbol no se halla de ninguna manera, por ser una de las más cálidas provincias que hay, adonde no había sino unas cañaveras y gamones bien altos, de los cuales hay tanta abundancia que es cosa maravillosa de ver, lo cual todo se acrecentaba en daño de la gente del ejército con el muy gran calor. Y como el remedio del fuego sea el agua para se apagar y este contrario no se hallase ni una gota de agua, vino la gente á tanta necesidad de sed que pensó toda perecer en aquel raso de aquella campaña, que andaban unos de otros apartados y sin orden buscando agua para beber; y es verdad que en aquella tierra especial por donde el ejército del Gran Capitán caminó aquel día, no se halla otra natura de agua sino es de algunos pozos que hay por el campo y por el camino, adonde cuando el invierno llueve se recoge en ellos, más para que los ganados que por allí andan se puedan sustentar que no para que gente humana la pueda beber; los cuales en verano, como la tierra sea seca, los más de ellos se agotan, y de esto avino que como era principio del verano y el ejército caminase por aquel páramo en el fervor del medio día y con el polvo y con las cañaveras y gamones que hervían y ardían como fuego y les daban por las

caras, y asimismo con el cansancio del camino y con el gran calor de las armas, la sed vino tan extrema en la gente que era verla gran compasión, quedando muchos soldados en el camino muertos, no pudiendo de sed ir atrás ni adelante, y asimismo las bestias de carruaje muchas se caían muertas y no podían llevar adelante las cargas de pura sed. El Gran Capitán, que muy grande conmiseración hubo de este caso de tanta desventura, sin tener remedio ni podelle poner, mandó á los hombres de armas y caballos ligeros tomasen á las ancas de los caballos suyos á los infantes, porque ellos eran los que mayor peligro pasaban y más daño recibían. Y porque hubo quien rezongó y murmuró de ello diciendo que también eran ellos obligados á mirar por sus caballos que les servían en las guerras, el mismo Gran Capitán primero que otro ninguno tomó un infante á las ancas de su caballo para que por su ejemplo no se desdiesen los otros de los tomar á las ancas. Ejemplo de humildad para todos los capitanes del mundo, que él fué el que primero se abajó á llevar un infante de los suyos á las ancas de su caballo, y él, que era el primero que en todos los peligros, no le parecía que había hecho ninguna cosa, si no participaba de los trabajos de que los suyos habían parte. Finalmente, por ejemplo del Gran Capitán, todos los caballos tomaron á los infantes á las ancas y llevábanlos á ratos, y de esta manera fueron remedios algún tanto del trabajo del camino. Murieron en este camino de sed más de cuarenta hombres y muchos caballos y otras bestias de carruaje; y muchas más murieran, sino que, según dicho es, de algunos pozos que hallaron remediaron algún tanto la sed, porque, á la verdad, los pozos eran pocos y tenían poca agua, y la gente era mucha y no hubo cumplimiento para todo el ejército. Con este cruel trabajo y peligro la gente llegó á las viñas de la Chirinola, adonde la gente de armas, fatigados del camino, no se pudiendo tener en sus caballos, se echaban de ellos abajo y se iban á buscar agua, que ya allí estaban en tierra de promisión donde había agua, aunque no mucha en demasía. Estas viñas estaban cercadas de un pequeño foso, dentro del cual Próspero y Fabricio Colona, considerando y mirando el lugar, se alojaron. Y habiendo de presto limpiado y ensanchado y alzado á la parte de dentro una margen á manera de re-

belín, cuanto la brevedad del tiempo sufría poderse hacer, se fortificaron contra la caballería de los enemigos, persuadiendo al Gran Capitán los nuevos soldados que en este día se fenecía el trabajo de una tan larga y molesta guerra, en tanto por otra parte plantaban el artillería enfrente de los enemigos por donde habían de venir á los lugares que parecía ser más decentes y necesarios. También el Gran Capitán mandó asentar su campo en aquellas viñas, y entretanto que unos entendían en dar asiento en el ejército, otros tornaban por sus caballos y traían á los infantes que se habían muchos quedado en el camino, que no podían ir atrás ni adelante, como dicho es; unos yendo, otros viniendo, hubo lugar de recogerse toda la gente en el lugar do el campo se había asentado, aunque no con poco trabajo de los caballos y suyo. Gran sed padeció el ejército español, especial la gente alemana, porque como sea gente usada á beber, fué maravilla poder escapar hombres de ellos. Finalmente, después de todos recogidos en el campo, el Gran Capitán, después de se haber refrescado la gente del trabajo y cansancio del camino, comenzó á dar orden en el combate de la Chirinola, adonde contra el muro por la parte de las viñas hizo asentar algunos cañones de los gruesos del artillería, y con ellos se comenzó á batir el muro con mucha fortaleza y ánimo.

CAPÍTULO LXXVI

De cómo el Visorrey de Nápoles movió con su ejército en pos del Gran Capitán, y de la mortal batalla que franceses y españoles hubieron en las viñas de la Chirinola, de lo cual el Gran Capitán hubo la victoria, con muerte del Visorrey de Nápoles y de otros muchos capitanes.

Aquel mismo día que el Gran Capitán se partió de Canas la vía de la Chirinola, el Visorrey de Nápoles, monsiur de Nemos, que quedaba esperando junto al río Losanto al Gran Capitán, según dicho es, fué el Visorrey de Nápoles avisado de ciertos caballos ligeros, que los franceses habían preso aquel día, que el Gran Capitán iba sobre la Chirinola y el gran peligro que la gente llevaba de sed, la cual padecía en el camino con muy gran daño de todos ellos. El Visorrey de Nápoles, viendo

que si en el camino los alcanzaba, lo uno por ir cansados los españoles y lo otro por el trabajo y fatiga que de sed tenían, podía muy fácilmente vencer al Gran Capitán y desbaratillos á todos, y así á muy gran prisa mandó mover su ejército en seguimiento de los españoles; y verdaderamente, según arriba se dijo, que esta fuera la última perdición de los españoles, si al tiempo que el ejército que el Gran Capitán llevaba, yendo tan trabajado, dieran los franceses sobre ellos. Pero Nuestro Señor, que en todo hacía por el Gran Capitán y por el derecho que por su Rey mantenía, no permitió que hubiese efecto la voluntad del Visorrey de Nápoles, antes por donde pensó vencer, por esa misma causa fué vencido y confundido, según dirá la crónica. Y así llegó el Visorrey á tiempo que muy bien fué de los españoles recibido, estando ya del trabajo pasado algo refrescados. Pues cuenta la crónica ahora muy largamente que el Visorrey después que se partió de junto á Canosa, adonde tenía su campo, como dicho es, caminó á gran prisa todo aquel día con voluntad de alcanzar los españoles en medio de aquel raso, adonde creyó que irían más sedientos y fatigados, y como no pudo alcanzallos, hubo de ello grande enojo y pasión; pero no por eso dejó de los seguir hasta que los halló junto á la Chirinola. Llevaba el Visorrey su gente en esta orden: su misma persona tomó elanguardia con cuatrocientos y cincuenta hombres de armas y quinientos caballos ligeros y con cinco mil infantes, de los cuales tenía la gobernación monsiur de Chandela. En la batalla puso á monsiur de Salerno y de Visiñano, y en la rezaga puso á monsiur de Alegre y á Luis de Aste con doscientos y cincuenta hombres de armas y con trescientos caballos ligeros y todos los demás infantes. Y con esta determinación y orden venían, cuando el capitán Fabricio Colona allegó con los caballos ligeros al Gran Capitán, diciendo en cómo ellos habían descubierto el ejército francés, que venía á más andar contra ellos en su seguimiento. Luego el Gran Capitán comenzó con gran diligencia á poner su gente en orden para recibir á los franceses, no mostrando por su venida ninguna turbación, aunque á la verdad tenía pasión, por razón que muchos soldados de los suyos no estaban para tomar armas aquel día por el trabajo pasado. Asimismo sabía que el ejército francés era en gran can-

tividad mayor que no era el suyo, de que, aunque su virtud no lo mostrase, todavía, según veía su gente mal parada, temía la batalla. En esta confusión y angustia estaba el Gran Capitán puesto, cuando Diego García de Paredes se encontró con él, y conociendo su descontento, que á la verdad era mucha razón tenerle en aquel trance que esperaba á los suyos tan inhábiles para pelear, le dijo: «Mostrad, señor, el camino de firmeza de corazón que mostrar soléis en semejantes aprietos; porque los famosos y valientes caballeros y capitanes como vos, siempre los halla la fortuna aparejados á la resistir, mostrándose enemiga y contraria en sus cosas, cuanto más que aquí no vemos claramente adversidad alguna, ni tal confianza tenga que veremos, por lo cual yo os certifico, señor, que con estos pocos españoles que aquí somos, mediante la misericordia de Dios, será la victoria de nuestra parte». El Gran Capitán tenía necesidad muy poca de consolación y consejo, porque tenía todo lo que á buen capitán pertenecía, ánimo y fortaleza, prudencia y consejo, ardid de guerra y toda felicidad en sus hechos, que no todas veces concurren las sobredichas cosas en un capitán, aunque más diligente sea y que más vigilancia ponga en la guerra. Finalmente, puso la gente en orden para esperar los franceses, que bien cerca de allí venían encubiertos con las cañaveras y gamones, de tal manera que no se parecían, y hizo de su infantería un batallón y púsolo en una calle de aquellas viñas, de la cual hizo tres escuadrones; de los alemanes hizo un escuadrón y púsolos en una viña á la parte de Barleta; de los otros infantes españoles hizo otros dos escuadrones; en el uno de ellos puso al capitán Pizarro y á Zamudio y al coronel Villalba y al capitán Escalada y al capitán Cuello con otros capitanes, y puso este otro escuadrón á la parte de la Chirinola, y en el otro escuadrón puso á Diego García de Paredes y á Pedro Navarro, y púsolos en otra viña junto á la artillería, la cual estaba contra aquella parte por donde los franceses venían. Eran trece piezas de artillería, y Diego García de Paredes con aquella gente había de guardar la artillería y dar el recaudo necesario, y asimismo estaba para ayudar la parte que mayor necesidad tuviese, como sobraliente; y de la gente de armas hizo un escuadrón, en el cual puso á D. Diego de Mendoza y al Duque de Termes y á Próspero Colona, y

á éstos puso en las bocas de unas calles de viñas. De los caballos ligeros hizo otro escuadrón, en el cual puso á Fabricio Colona y al capitán Pedro de Paz. A estos mandó estar fuera de las viñas en un campo raso, para se poder de los caballos mejor aprovechar. Ya los franceses se comenzaban á descubrir de las cañaveras y estaban bien cerca unos de otros. Esto sería á hora que el sol se iba á poner. Luego se comenzaron á saludar con el artillería, la cual traían los franceses buena y bien aderezada. De que así en la una parte como en la otra se hizo algún daño, y tirábase tan á menudo y con tan grande fortaleza, que el rumor y sonido de ella sonaba treinta millas alrededor en aquella comarca. Pues estando en este tirar de artillería, quiso Nuestro Señor mostrar un gran misterio en aquel día por los españoles, y fué con acaecimiento de un gran desastre al parecer en el ejército español, que por ser digno de memoria se escribe, por razón del peligro en que á esta causa el campo español creía ser puesto, y fué así. Que un lombardero queriendo cargar un cañón, se le cayó de una bota, en el suelo, un rastro de pólvora de las carretas do venía la munición. Allegó el rastro hasta donde el cañón se había de cebar, y queriendo el artillero poner fuego al cañón sopló la mecha y saltó una centella en el suelo, donde desde el rastro de la pólvora fué el fuego adelante hasta dar en la bota. Encendida la bota saltó de ella en los carros de munición, por manera que en el tiempo de la mayor necesidad que tenían de la artillería fué Nuestro Señor servido de se la quitar, para les dar cumplidamente el triunfo y victoria, y de esta manera se quemó toda la pólvora y munición que en el ejército español había, que no quedó tan solamente un polvo de ella. Gran tristeza puso en los españoles este hecho, porque á la verdad siendo ellos tan desiguales en número con los franceses, hacíales muy gran falta la artillería, y los franceses cobraban ánimo y, por el contrario, los españoles lo perdían. A esta sazón el Gran Capitán que en las mayores necesidades siempre hallaron su ánimo y corazón muy entero y lleno de todo esfuerzo, como vido la pólvora quemada y que su gente perdía el ánimo y enflaquecía en fuerzas, las cuales á la sazón eran bien necesarias, comenzólos de animar diciendo: «Ea, amigos y compañeros míos, no os alteréis por lo que habéis visto, que sed ciertos que estas

son las luminarias y mensajeros de nuestra victoria; por tanto, cúmplase la falta de la artillería con el poder de nuestro corazón y ánimo invencible». Cuando esto decía el Gran Capitán ya se comenzaba á oscurecer el día y á se venir la noche, y los franceses se comenzaban á gran prisa á aderezar para la batalla, á la cual iban muy alegres, por razón que no ponían duda alguna en el vencimiento de ella, viendo quemada la pólvora del ejército español y que no había de aquella causa ningún estorbo en su acometer. En esto el capitán Fabricio Colona, como vido venir á los franceses con muy grande orden á dar en ellos y viendo quemada toda la pólvora de su artillería, como hombre que ya poca esperanza tenía que los españoles habían de vencer aquel día la batalla, comenzó á decir: «Esto es hecho, no hay quien provea cómo el artillería tire; digan al Gran Capitán que salga al encuentro contra la gente de armas contraria, y que ya los franceses son junto á nosotros y nos quieren acometer». Y Diego García de Paredes, que por estar cerca de Fabricio Colona bien oyó estas palabras, respondió muy enojado: «Señor Fabricio, proveed vos lo que mejor os pareciere, que para estos franceses yo solo basto, cuanto más que aquí son tan nobles españoles y valientes caballeros que bastarán á se combatir con todo el mundo». A esta sazón el Visorrey y monsiur de Chandela, que tenían el avanguardia, arremetieron con grande ímpetu contra los españoles con toda su gente de armas y infantes, los cuales dieron por aquella parte donde Diego García de Paredes estaba; y como estaban bien seguros los franceses que la artillería no les estorbaría el paso, no dudaron el acometer. En esto los capitanes Diego García de Paredes y Pedro Navarro, que estaban en aquella parte, como vieron venir contra sí á los franceses, salieron de las viñas á fuera á los recibir con quinientos infantes españoles de los suyos, y mezcláronse los unos con los otros muy reciamente, haciéndose entre ellos una muy reñida y peligrosa batalla, adonde, allende las espadas, andaban tantas escopetas y ballestas, que mucha gente de una y otra parte caía en el campo muerta. Pero los dos capitanes con su gente hicieron tanto de sus personas y tan valerosamente trabajaron, que en bien poco tiempo rompieron toda el avanguardia francesa y mataron más de treinta franceses,

entre los cuales en este primero acometimiento murieron el Visorrey de Nápoles, monsiur de Nemos, de un arcabuzazo que estando en el foso sin poder pasar adelante le dieron, y monsiur de Chandela, que, según dicho es, tenía el avanguardia; los cuales murieron como muy esforzados y valientes caballeros y capitanes en el campo peleando. En esto los franceses desmayaron viendo muertos á sus capitanes y caudillos, y no pudiendo sufrir más á los españoles volvieron las espaldas, y toda la otra gente de aquel escuadrón de Diego García de Paredes, que serían mil y quinientos hombres, saltó luego fuera de las viñas, y juntándose con la otra gente que primero había salido, siguieron la victoria por aquella parte. Y de tal manera los siguieron, que la gente de armas francesa, que por se salvar de los españoles á gran prisa huía, rompiendo por un costado su propia infantería, que ya combatía por la otra parte con el escuadrón de la infantería española, adonde estaba el capitán Pizarro y el coronel Villalba y el capitán Zamudio, los cuales con los franceses y los franceses con ellos peleando los desbarataron. Diego García de Paredes y Pedro Navarro, siguiendo, según dicho es, la victoria, llegaron tras la gente de armas francesa y los apremiaron hasta los meter por su infantería, adonde infantes con infantes se habían mezclado, como es dicho, con tanta fortaleza que era cosa maravillosa de ver. El suelo estaba lleno de espadas, picas, alabardas, muchas jinetas quebradas, mucha gente de la una parte y de la otra muerta, el campo teñido de la mucha sangre que se derramaba, así de la una parte como de la otra, en especial de los franceses, que muchos estaban en el suelo muertos. En esto los españoles llevaban lo mejor, cuando el Gran Capitán, viendo á los franceses ir de vencida, arremetió con toda la restante gente de armas y caballos ligeros y dió tan recio en los franceses, que por su venida todos fueron en muy poco espacio desbaratados y metidos en rota. ¡Quién viera en esta sazón el gran placer y alegría del Gran Capitán y cuán mezclada era su alegría con la tristeza y sangriento fin de los franceses! Los que se escaparon de aquel peligroso cuchillo fueron Luis de Aste y monsiur de Alegre con los principales de Melfa y de Salerno, con toda la otra gente de armas y caballos ligeros, los cuales con la infantería que pudieron recoger se metieron en huida.

no les siendo provechosa para su salvación la oscuridad de la noche, y tornáronse la vía de Canosa. El Gran Capitán con toda su gente siguió la victoria más de seis millas, matando y hiriendo siempre en los franceses, hasta que no hallaron con quien pelear. Los franceses que salvarse pudieron se tornaron aquella noche al campo que, según dicho es, tenían junto al río Losanto á media milla de Canosa. Aquí perdieron los franceses toda su artillería, que no les quedó cosa de todo cuanto tenían sino solamente sus personas. Murieron en esta batalla de la Chirinola más de tres mil y quinientos franceses y fueron presos más de quinientos. Duró esta batalla desde puesto el sol hasta hora y media de noche. Muy pocos fueron los que de la parte del Gran Capitán murieron, porque en todo quiso Nuestro Señor guardarles y darles victoria, dando por aquella razón á conocer á todos su justicia y derecho que el Rey Católico tenía en el reino de Nápoles. El capitán monsiur de Alegre y los Príncipes de Melfa y Salerno dejaron el camino que llevaban de Canosa forzados del peligro que por el alcance de los españoles se les podía seguir, y con muy grande trabajo se pasaron en Melfa; de lo cual fué causa acaecer aquella victoria de noche, que de otra manera no se salvara tan solamente un francés. El capitán Luis de Aste desde Melfa con doscientos caballos ligeros se fué á Canosa, adonde estuvo muchos días hasta tanto que, según abajo se dirá, Bartolomé de Alviano le echó; y el capitán monsiur de Alegre, asimismo no se hallando bien seguro en Melfa, con toda su gente de armas y caballos ligeros y con mil infantes de los que pudo recoger se fué á Nápoles. El Gran Capitán, después de haber saqueado su gente todo el campo francés, habiendo ende muchas joyas, ropas y otras muchas cosas de oro y plata, tomando las mismas tiendas, se tornó con toda su gente á la Chirinola con voluntad de otro día siguiente combatir la villa de la Chirinola. En esta batalla el capitán Pizarro y Zamudio y Cuello, Escalada y D. Diego de Mendoza y el Duque de Termes y Diego García de Paredes, y don Ñiño López de Ayala y Pedro de Paz y Carlos de Paz y Pedro Navarro y el Prior de Mecina y Francisco Sánchez, despensero mayor del Rey, lo hicieron muy valerosamente y mostraron ende la gran fortaleza y ánimo que en ellos había. De los capitanes italianos Prós-

pero Colona y Fabricio Colona y Marco Antonio Colona y Héctor Ferramusca, Conde de Montorio, y aquellos excelentes capitanes napolitanos Margaritón Lofreda y Antonio Monino y Torenglas y el capitán Carlo y el Príncipe de Noya, todos varones de muy gran hecho y ánimo y amigos de su Rey español hicieron tanto que no lo cuenta la crónica por menudo porque sería nunca acabar. Lo que la gente particular hizo no se puede decir, pero el fin tan glorioso de aquella batalla da verdadero testimonio de lo que hicieron. Todo lo que les quedó de la noche, que fué bien poco, dieron descanso y reposo á sus cuerpos, que del trabajo del día y de la noche se puede creer que estarían bien cansados y fatigados, y luego á la mañana el Gran Capitán cabalgó y rodeó todo el campo donde había sido la batalla, y mirando los muertos á una y otra parte, conocieron el cuerpo del Visorrey de Nápoles, el cual estaba desnudo, que los soldados españoles le habían á vuelta de otros despojado, y detúvose un rato mirándole con suspiros llenos de conmiseración, viendo aquel buen capitán vencido por él, dando gracias infinitas á Dios que había sido servido darle la victoria contra los franceses, y ver la batalla que tan dudoso fin tenía y principios tan contrarios, como fueron á los españoles de quemarse la pólvora y tomarlos aquel día, en el cual tanto trabajo habían pasado en el camino, según dicho es, y haberles tan prósperamente sucedido, pareciéndole sueño y no verdadera victoria. Dijo-se que el Visorrey tenía hecho voto solemne á los suyos de ir á comer á Barleta un día de los de Pascua de Espiritu Santo, primero que vendría; pero como las cosas de la guerra sean dudosas y sus salidas inciertas, no debe nadie fiar en ellas, especial siendo sujeto todo á nuestro Criador, el cual da (en lo que los hombres piensan hacer) contrarias disposiciones, en especial siendo contra razón y justicia. Y por esta razón, donde el Visorrey pensó ir á comer Barleta, fué á ser consumido y comido de la tierra. El Gran Capitán que en todo era muy cumplido y abastado de virtud, le mandó llevar á Barleta con aquella honra que á su estado convenía, y allí le dió un muy suntuoso sepulcro, donde está hoy día un epitafio bien escrito en lengua latina, que contiene la manera de su acabamiento.

CAPÍTULO LXXVII

De cómo Diego García de Paredes, hallándose á la punta del día siguiente en el campo francés junto á Canosa, fué sobre aquella villa, donde se habla recogido un capitán francés con alguna gente, y cómo la tomó.

Cuenta la crónica que otro día siguiente, sábado, á veintiocho días de Abril del año sobredicho, Diego García de Paredes, que con el alcance había hasta el campo de los franceses llegado, donde aquella noche holgó en las estancias en que los mismos franceses estaban y cenó él y su gente bien abasto de lo que los franceses tenían para cenar, como fué de día, hallándose junto á Canosa, fué avisado cómo un capitán francés, llamado por nombre Pierres de Arambur, se había recogido con algunos franceses dentro en Canosa y se había ende hecho fuerte con aquella gente. Y Diego García de Paredes, viendo aquel inconveniente que en Canosa quedase francés, por razón del daño que desde allí se podía hacer en la provincia, determinó con la gente que allí tenía, que eran cien caballos y trescientos infantes, de ir sobre Canosa, pues había buena disposición y aparejo para lo hacer y echar de allí á los franceses. Pues así como lo pensó, lo puso por obra, y así metiendo en orden su gente, fuese derecho la vía de Canosa; y como llegó, halló que los franceses tenían las puertas cerradas y ellos en el muro cargados de muchos ingenios para se defender. Diego García de Paredes, que no era nada perezoso, luego como llegó, hizo apearse los de á caballo, porque en aquel lugar se podían poco aprovechar de ellos, y con las hachas y alabardas comenzaron á batir las puertas; y los franceses, en número de cien hombres, desde el muro se comenzaron á combatir muy fuertemente echando de lo alto piedras y con ballestas y otros ingenios tirando, hirieron á algunos de los españoles de lo alto. Pero los españoles, encendidos de enojo en ver cómo aquellos pocos franceses se les defendían y los herían y maltrataban, diéronse tanta prisa con sus alabardas y hachas, que á pesar de los franceses hicieron pedazos la puerta y la echaron por el suelo, y los españoles entraron en la villa, y yendo en seguimiento de los franceses hallaron que se recogían en el castillo; pero los españoles los

siguieron con tanta prisa que los metieron por las puertas del castillo. En este alcáncance mataron diez franceses, y el capitán Pierres dentro en el castillo mandó luego cerrar las puertas muy fuertemente; y desde lo alto hacían lo mismo en defensa de la puerta de la villa, desde donde largaron muy grandes piedras y otros ingenios para aventar los españoles que no combatiesen el castillo. Pero los españoles arremetieron muy fuertes contra el castillo con las hachas y alabardas y comenzaron de romper las puertas del castillo, ni más ni menos como lo hicieron á la entrada de la villa. Bien hicieron los franceses todo su poder, pero al fin no habiendo aún del todo despedido el miedo de la batalla del día pasado, no les pareció oponer sus fuerzas contra las de los españoles; y de esta causa, viendo que sí mucho porfiaban en la defensa del castillo era encender más la ira de los españoles y al cabo no harían nada en la defensa del, determinó el capitán Pierres de Arambur de dar el castillo á partido y con condición que les diese un salvoconducto del Gran Capitán para, en saliendo de allí, todos juntos los franceses se pudiesen ir á Melfa, sin que les fuese hecho daño ninguno. Entonces Diego García de Paredes mandó apartar la gente española que dejasen el combate; respondieron que les placía de lo así hacer, así para traer el salvoconducto como para dar cuenta al Gran Capitán de lo que había hecho en Canosa, y despachó luego un hombre con sus letras. En este mismo tiempo que el salvoconducto venía, tenía Diego García de Paredes voluntad de entrar en el castillo, y así lo hizo saber á Pierres de Arambur, el cual fué de ello contento, con que primero le diese seguridad y le prometiese su fe de no hacer cosa que en su daño fuese ni de su gente, yendo contra el asiento que entre ellos fué hecho, y asimismo que no había de entrar dentro sino con solos tres soldados suyos, los que su voluntad fuese meter. En todo vino Diego García de Paredes, el cual tomó asimismo seguro que en su entrada no hubiese traición alguna ni aleve, y el capitán Pierres de Arambur así lo prometió. Luego Diego García de Paredes con su seguro de una parte y de otra se metió con aquellos tres soldados en el castillo bien descuidados de traición alguna; y la otra gente española que había quedado fuera del castillo cada

uno se aposentó lo mejor que pudo entre los vecinos de Canosa, los cuales así por el trabajo de la noche pasada como por el de aquel día, tuvieron por bueno dar reposo á sus miembros, porque ya no tenían que hacer. En este tiempo vino la noche y el despacho del salvoconducto no había venido, y los soldados con su capitán Diégo García de Paredes, que estaba dentro en el castillo, siendo hora se retrajeron en sus aposentos, siendo de los franceses muy amigablemente tratados, los cuales dormían en una misma cuadra. Y estando ya reposados, que del trabajo pasado lo habían bien menester, el capitán Pierres de Arambur, sintiendo sosogada la gente de fuera, dió orden en poner en efecto su traición, y fué que aquella noche matasen á Diégo García de Paredes con los otros tres soldados españoles que consigo tenía, y que después muy secretamente se saliesen por un postigo ó puerta falsa del castillo y se fuesen á Venosa con Luis de Aste. Y con esta voluntad el capitán y los franceses que ende tenían se armaron, siendo ya de la noche pasada buena pieza; se fueron defechos con muy gran silencio á la estancia donde Diégo García de Paredes estaba con los tres soldados sus compañeros, y dando de recio en las puertas, luego fueron de los españoles sentidos, en que conocieron haber traición de los franceses, por manera que saltando de sus camas á gran prisa se armaron y se comenzaron á defender con mucho ánimo y fortaleza. Los franceses como todos estaban en una cuadra del castillo, hubieron lugar de tomar á los tres soldados apartados de su capitán y cargaron sobre ellos de tal manera que no se pudiendo juntar los tres soldados con Diégo García los tomaron en prisión. Diégo García de Paredes, que dudo sería hallar otro su par, crugiendo los dientes de enojo, hecho un león en su braveza, tuvo lugar de se retraer á un torreón del castillo que tenía pequeña la entrada, y allí se refirmó y hizo fuerte con muy gran virtud y ánimo, el cual con la espada en la mano por más de media hora de todos los franceses se defendió é hizo cosas hazafiosas y de grande memoria, en que nunca le pudieron ni osaron entrar. En esto la gente española que estaba fuera en sus estancias, oyendo el rumor y alboroto del castillo, luego vieron lo que podía ser, y saltando todos afuera tomaron sus armas y todos jun-

tos vinieron sobre el castillo y con mucha fortaleza echaron las puertas en tierra y entraron dentro en el castillo por fuerza, aunque los franceses les defendieron la entrada muy animosamente. Pero los españoles como leones sueltos á pesar de los franceses, se metieron dentro matando primero á la entrada más de veinte franceses, y discurriendo por el castillo prendieron al capitán Pierres y á todos los otros franceses con él, á los cuales los españoles querían ahorcar de las almenas del castillo, por les pagar la traición que habían acometido contra su capitán; pero Diégo García de Paredes no lo consintió jamás, teniendo en menos el peligro de su vida que poco antes había tenido, que no el peligro de su honra y vergonzosa venganza, yendo contra la fe que les había dado y prometido. Y por esta razón siéndoles perdonadas las vidas, por aquel á quien se la habían ellos procurado quitar, se partió con ellos al Gran Capitán, quedando Canosa amiga de españoles y dejando en ella gente de guarnición. Es verdad que después de aquel glorioso vencimiento de la Chirinola, muchas tierras de aquella provincia se tornaron en la devoción del Rey de España, todos de su voluntad, que ya casi lo más del reino se reconcilió en el amor del Gran Capitán y seguía la parte del Rey de España. Los franceses que estaban en la Chirinola, como vieron ir de vencida á los suyos, todos se salieron de allí y se fueron á Melfa, adonde se juntaron, según dicho es, con el capitán monsiur de Alegre, y este capitán no teniendo ya que hacer, con toda su gente se partió de la Chirinola, lunes á treinta días del mes de Abril del sobredicho año, y fuese la vía de Nápoles. Y el día que el Gran Capitán se partió para la Chirinola, se fué aposentar tres millas de Melfa en un bosque cabe un río adonde hay muchas lagunas de agua. El Príncipe de Melfa, como supo que el Gran Capitán estaba en su tierra, de temor no le quisiese castigar por la fe que le quebrantó dos ó tres veces, dejando el servicio de su Rey por servir al Rey de Francia, envióle á decir le perdonase, que le daba su fe y palabra, debajo de cualquier pleito y homenaje que de él quisiese tomar, de servir y seguir con todo su poder al Rey de España y que nunca directe ni indirecte no le sería contrario; pero el Gran Capitán, que muy bien conocía la poca fe de este Príncipe y cuán

mudable fuese en sus cosas, no le quiso perdonar, y por esta razón el Príncipe de Melfa dejó su estado y fuese á Francia, no osando quedar en el reino de Nápoles.

CAPÍTULO LXXVIII

De cómo el Rey Católico envió socorro en la provincia de la Calabria, y de cómo monsiur de Aubegni fué sobre Terranova, y por la venida de los españoles se levantó de allí, y de la muerte de don Pedro Puertocarrero, á quien el Rey de España había dado cargo de aquella gente.

Ha contado la crónica de cómo el Visorrey de Nápoles, enviándole á pedir gente de socorro los Príncipes de la Calabria, hizo dos partes su ejército y envió la una con monsiur de Aubegni á la Calabria, y de cómo vinieron á las manos franceses y españoles entre Terranova y Condexame, y los capitanes españoles fueron rotos y recogidos por muchas villas y lugares de aquella provincia, do pasaron el invierno, y que monsiur de Aubegni inverró en la Mota Bufalina con su gente, esperando aparejado tiempo para romper con los españoles. Dice ahora la crónica que sabiendo el Rey Católico la necesidad que tenía Manuel de Benavides y don Yugo de Cardona con la otra gente española que estaba en la Calabria, determinó de les enviar socorro, porque por aquella parte no se perdiese su derecho; y haciendo trescientos y cincuenta hombres de armas y cuatrocientos caballos ligeros y dos mil infantes gallegos y castellanos, de los cuales era capitán un noble caballero, que llamaban don Fernando de Andrada, asimismo gallego, Conde Villalva, y de los caballos ligeros era capitán don Alonso de Carvajal, con otros caballeros y capitanes cuyos nombres en la prosecución de la crónica se dirán. Envio con toda esta gente á don Pedro Puertocarrero por General, por ser casado con una hermana de la mujer del Gran Capitán, y este descendía de la noble familia de los Bocanegra de Génova; el cual se embarcó en Cartagena con cuarenta naos á tres días del mes de Febrero del dicho año, y hechos á la vela, por sus jornadas vino á Rijoles, puerto de Calabria, de quien la crónica ha hecho mucha mención, por haber tenido ésta la fe de su señor más que ningún otro lugar del reino de

Nápoles. Allegó don Pedro Puertocarrero con toda su gente á veinticuatro días del mes de Marzo de aqueste año, y estuvo en Rijoles donde estuvo refrescándose su gente, que del trabajo de la mar venían fatigados, diez días, mediante los cuales se dió orden en el socorro que se había de dar á los españoles, que estaban suspensos sin hacer cosa ninguna contra los franceses, que estaban en Rotamarina. En este medio monsiur de Aubegni, que, según dicho es, estaba en la Mota Bufalina, como fué sabidor del socorro que á los españoles era llegado, determinó de los acometer antes que los socorriesen, y con esta voluntad se partió con su gente de la Mota Bufalina con doscientos hombres de armas y ochocientos infantes, y fué á poner cerco sobre Terranova, adonde estaba de guarnición de aquella villa el capitán Alvarado con cien hombres de armas y con trescientos infantes. Bien pensó monsiur de Aubegni deshacer aquella gente antes que fuesen socorridos. El capitán Alvarado como vido que monsiur de Aubegni venía contra él, y que traía gran poder contra tan poca gente como él tenía para se defender, en especial siendo aquella villa no fuerte, quiso salirse y desamparar aquella villa; pero haciéndosele vergüenza, acordó esperar, avisando primero á don Pedro Puertocarrero le enviase socorro sin ningún detenimiento. Hizo de esta manera, que en la mitad más fuerte de la villa se recogiese toda su gente, por razón que por aquella parte había buena disposición para la defender, y atajáronla con buenos y fuertes reparos y fortaleciéronse lo mejor que pudieron. En esto los franceses allegaron sobre Terranova, á los cuales como los de la villa viesen que eran más poderosos que los españoles, metiéronlos dentro, abriéndoles una puerta de la villa, y los franceses viendo la voluntad de los de Terranova metiéronse dentro y pusieronse en aquella parte que había quedado desembargada, que llaman el Burgo de Santa Catalina, y se puso Aubegni adonde tuvieron cercados á los españoles ocho días continuos, en los cuales cada día, los franceses por les tomar la otra parte de la villa y los españoles por la defender, siempre había muertos y heridos y peleaban muy fuertemente, haciendo los españoles en defensa de aquella parte, donde estaban, cosas de grande virtud. Don Pedro Puertocarrero, que estaba en Rijoles, habiendo enviado á llamar

todos los capitanes de la Calabria y recogido toda la gente española, para desde allí salir á acometer á los franceses, como supo el estrecho en que el capitán Alvarado y su gente estaba en Terranova, envió á Manuel de Benavides en su socorro con trescientos caballos ligeros y seiscientos infantes muy bien aderezados, el cual á muy grande prisa se partió de Rijoles y fuese camino de Terranova. Monsiur de Aubegni, como supo la venida de Manuel de Benavides en socorro de los españoles, no quiso esperar allí, antes saliendo de Terranova se fué á otra villa que dicen San Martín. Allí estuvo algunos días deseando de venir á las manos con los españoles en campo y dar fin á una batalla y á tantos movimientos, y así determinó de los ir á buscar do quiera que estuviesen. En estos días don Pedro Puertocarrero, que estaba en Rijoles, cayó enfermo de una mala enfermedad, de que en pocos días murió. Gran pesar y tristeza mostraron los españoles con la muerte de su capitán, que era muy buen caballero, pero al fin disimularon el sentimiento conformándose con la ordenación de Dios que fué servido llevarle, y con esto de consentimiento de todos los capitanes eligieron por general de aquel ejercito á don Fernando Andrada, por ser varón de mucha virtud y bondad en el arte de la guerra. Después de todo esto monsiur de Aubegni, que con voluntad de venir á las manos con los españoles había recogido en San Martín toda su gente que estaba en la Calabria, teniendo gran deseo de se ver en campo con los españoles, envió un su trompeta llamado Ferragut al capitán don Fernando Andrada, en que lo desafiaba á él y á todos sus capitanes y gente de guerra para la batalla, la cual él tenía en voluntad de se la dar en campo; y que si no quisiese, él los iría á buscar adonde quiera que estuviesen. Don Fernando de Andrada, oyendo el desafío de monsiur de Aubegni, respondió que él era de ello muy contento y la aceptaba para cuando fuese su voluntad, y dió al rey de armas Ferragut dos vasos de plata muy ricos, y para esto hizo venir al capitán Alvarado con su gente á Rijoles, adonde metiendo en orden su gente y capitanes, que eran Manuel Benavides y don Yugo de Cardona y don Alonso de Carvajal y Antonio de Leiva, y Alvarado y Gonzalo de Avalos y Figueroa, se partió de Rijoles y vino á Seme-

nara, y dende Semenara españoles y franceses, los que estaban en San Martín, cada día se visitaban con corredores y se hacían dende aquellos lugares el daño que podían los unos á los otros.

CAPÍTULO LXXIX

De cómo Juan de Meneses y Pablo Marganio vinieron de Roma á servir al Rey de España en lo del reino de Nápoles, y de cómo metidos en una villa que dicen Pichoncabal vinieron los Ursinos sobre ellos con su gente, y de lo que les acaeció.

Habemos de saber, según cuenta la crónica, que al tiempo que el Gran Capitán estaba en Barleta necesitado de gente y de las otras cosas á la guerra pertenecientes, viendo que tardaban los alemanes que había enviado á la sazón á pedir al Emperador Maximiliano, determinó el Gran Capitán de buscar gente por todas las maneras que pudo, y con esta voluntad envió á Roma una patente de parte del Rey Católico, en que mandaba á todos los españoles caballeros y del pueblo que en Roma hubiese, después de la notificación de aquel edito saliesen de Roma aderezados de guerra en servicio del Rey Católico, so pena del que lo contrario hiciese se procediese contra él, como se procede contra los que son desleales y cometen crimen contra su Rey. Y un caballero español llamado Juan de Meneses, y otro caballero que llaman Paulo Margano Romano, oída la patente del Gran Capitán y la voluntad del Rey de España para aquel caso, con sesenta caballeros españoles é italianos salieron de Roma y enderezaron su camino por la vía del Abruzo, provincia que era de la parte del Rey de Francia; y andando por sus jornadas allegaron al Condado de Arbesques, en aquella provincia, y fueron sobre una villa que dicen Pichoncabal, y entraron sin ningún impedimento y se estuvieron en aquella villa treinta días, dentro de los cuales trajeron á su devoción algunos lugares de la comarca, unos por fuerza, otros por voluntad, en especial los que eran de los Ursinos, cuyo contrario era aquel caballero Paulo Margano, por ser de la sangre y familia de los Coloneses, enemigos capitales de los Ursinos. Pues en este tiempo Jordano Ursino y Paulo Ursino, como supieron lo que aquellos capitanes

habían hecho en sus tierras, vinieron sobre ellos con ciento y cincuenta caballos ligeros y con tres mil peones de la gente de aquella provincia, los cuales allegando á Pichoncabal, adonde los españoles estaban, repartieron la gente por sus estancias en derredor de la villa y fortalecieron muy bien su campo, teniendo de esta causa los capitanes Juan de Meneses y Paulo Margano estrechamente cercados. Estuvieron los Ursinos en este cerco cinco días, en fin de los cuales Margano y Juan de Meneses no se hallando bien cercados, salieron una noche muy secretamente con grande furor y dieron en las estancias de los Ursinos, que bien seguros estaban, y del primer acometimiento echaron fuego á una de las estancias de los Ursinos, y como los Ursinos sintieron el fuego dentro en la estancia á gran prisa la desampararon, pero no pudieron de ella salir tan presto que primero no se quemasen cinco hombres. En esto, como los Ursinos se vieron acometer tan de improviso y como fuese de noche, en la cual no se determina el número de la gente, antes poca gente parecía mucha, creyendo que aquella gente que les había acometido no era la que estaba cercada, sino alguna otra gente que les había venido de socorro, alzáronse de Pichoncabal y se comenzaron á muy gran prisa á retirar. En esto los españoles y los Coloneses cargaron más sobre los Ursinos, y tanto hicieron que desbarataron toda aquella gente y los mataron siete hombres. Y Paulo Ursino y Jordano Ursino, viéndose perdidos y desbaratados, con toda la gente de caballo y con los infantes que pudieron recoger, dejaron el campo y se recogieron á unas villas confines, que se dicen Roca de Bota y Uricula, y los capitanes españoles y coloneses se tornaron á Pichoncabal muy alegres con la victoria. Y un día salieron de Pichoncabal con doscientos hombres y fueron á acometer una villa que es en aquella provincia, que llaman Catalahoz, y salieron de noche de Pichoncabal, y allegaron tres horas de noche á Catalahoz, con muy gran secreto, porque no fuesen sentidos de los de la villa, y repartieron su gente en esta manera: los cien hombres, que era la mitad de la gente, tomó Juan de Meneses consigo, y poniendo las escalas en el muro de la villa, las subieron todos sin ser de nadie sentidos, y estuyéronse quedos una gran pieza de la noche, y dos horas antes que fuese de día pu-

sieron las escalas á la roca y comenzaron á subir por ellas. Y siendo ya en lo alto de la roca, fueron discurriendo por los aposentos adonde las guardas estaban, y tomaron al castellano del castillo en prisión juntamente con todas las guardas y gente que ende estaban. Luego alzaron en el muro de la roca las banderas de España, y apellidando «España, España» como fué de día, Juan de Meneses con aquellos cien soldados salió fuera de la ciudad y comenzaron á discurrir por ella. Paulo Margano con los otros ciento arremetió por otra parte de la villa. Viendo los de Catalahoz que la ciudad era en poder de los españoles y que sería gran vanidad resistirlos, determinaron de se dar sin defender cosa ninguna, y allí hicieron pleito homenaje en las manos de los capitanes de tener aquella villa por los Reyes Católicos de España. Los capitanes Ursinos que estaban retirados en Roca Devota y en Uricula, como supieron que los españoles estaban en Catalahoz, salieron el mismo día que Catalahoz vino en poder de los españoles á hora de vísperas, trayendo ciento y cincuenta hombres de á caballo, y vinieron por la parte de la villa por que no fuesen vistos; y como los de Catalahoz vieron el socorro de los Ursinos, dado caso que hubiesen hecho pleito homenaje á los españoles, les abrieron las puertas y se tornaron á rebelar y á meter contra los capitanes y contra la gente española. Paulo Margano y Juan de Meneses, viendo la gran maldad y poca fe de los de Catalahoz, y de cómo habían metido á los Ursinos, lo mejor que pudieron se retiraron al palacio, y en lo más alto de la villa se hicieron fuertes combatiendo con mucha fortaleza, y los Ursinos los siguieron y pelearon con los Coloneses y españoles todo lo que quedaba del día y de toda la noche. Y como otro día siguiente yendo con voluntad los Ursinos de tomar por fuerza de armas á los Coloneses y españoles (lo cual pudieran muy bien hacer con el favor de los de la villa), pero en aquella sazón vino nueva de la rota de los franceses en la Chirinola y de la muerte del Visorrey de Nápoles, y de cómo ya casi todo el reino de Nápoles estaba por España. De manera que, turbados los Ursinos con semejantes nuevas y no se teniendo por seguros en aquel lugar, se levantaron y se fueron á un lugar muy bueno que dicen Corvaron, y los capitanes Paulo Margano y Juan de Meneses, alegres con la

buena nueva de lo de la Chirinola, tornaron de nuevo á tomar á Catalahoz y castigaron á todos aquellos que fueron en quebrantamiento del pleito homenaje que hicieron, y de ahí adelante dejaron aquella villa pacífica por España. En aqueste mismo tiempo el Sumo Pontífice Alejandro sexto no había hecho cosa por donde mostrase amor á españoles ni enemistad á franceses; el cual como supo lo que pasaba en la provincia de Abruzo, que hasta entonces había estado en nombre de Francia, halló aparejo á la sazón de reducir la ciudad del Aguila á la Sede Apostólica, como pertenecía de derecho, adonde estaba uno que llamaban Hierónimo Galoso, dicho cabo de parte. Para esto envió el Sumo Pontífice á Fracaso de Verino, de la familia de los Severinos de Roma, muy buen caballero, con cien hombres de armas franceses é italianos, y este capitán con esta gente se partió de Roma y vino al Aguila, y metiéndose dentro se juntó con aquel cabo de parte que estaba en la ciudad, que era de parte de los franceses. Muy sospechoso fué el Gran Capitán de la venida de aquel capitán de parte del Sumo Pontífice en el Aguila, creyendo principalmete venía en favor de los franceses, siendo el Pontífice más inclinado á los españoles con justo título que á los franceses; pero quieren algunos decir, que como la ciudad del Aguila perteneciese á la Sede Apostólica y hasta entonces estaba tiránicamente ocupada, que era su voluntad en aquellos movimientos reducirla á su silla, como con derecho debía, y por esta razón no se debe imputar culpa en lo del Pontífice.

CAPÍTULO LXXX

De cómo los franceses y los españoles, que estaban en la Calabria, se desafiaron en campo, y de la sangrienta batalla que ambas las haces hubieron, adonde los españoles fueron vencedores.

Ya se dijo arriba cómo monsiur de Aubegni, que estaba en San Martín de la Calabria, había enviado un su trompeta á desafiar á los españoles que estaban á la sazón en Rijoles. Pues dice ahora la crónica, que después que los españoles hubieron allegado á Semenara, con voluntad de se juntar con los franceses, que monsiur de Aubegni, viendo ya aparejado tiempo para salir contra ellos, como ya les

había enviado á decir y de los españoles había sido aceptado, determinó de se lo hacer saber segunda vez, enviándoles á decir que ellos estaban prestos y aparejados de salir donde quiera que viniesen. Después de aquesto, sabido por monsiur de Aubegni la voluntad de los españoles, salió con toda su gente de San Martín y fuese á poner junto á Semenara, bien instruídos los franceses de lo que debían hacer. Dende allí envió monsiur de Aubegni un trompeta á Semenara haciendo saber á los españoles en cómo él había allegado allí con su gente ordenada para la batalla y que allí los esperaba, diciéndoles no rehusasen la batalla ni pusiesen excusas algunas, porque él no se quitaría de su palabra si no fuese por muerte ó por vencimiento de los unos ó de los otros. D. Fernando de Andrada y los otros capitanes españoles respondieron al trompeta que por aquel día no podían salir á cumplir su voluntad, pero que ahí estaba otro día, en que se podía hacer todo lo que él quería. Esta respuesta dieron los capitanes españoles por razón que la infantería de D. Yugo de Cardona no quería salir á pelear hasta que les pagasen las pagas que les debían, lo cual al presente no podían cumplir, porque tenían muy grande falta de dineros y cada día los esperaban para les pagar. Monsiur de Aubegni, oída la respuesta de los capitanes españoles, se levantó de aquel lugar y fuese á Joya, adonde estuvo hasta otro día siguiente. En esto los infantes españoles algo aplacados, salieron de Semenara con cuatrocientos hombres de armas y con quinientos jinetes y con tres mil y quinientos infantes y fuéronse á aposentar á un casar que llaman Palma, adonde estuvieron dos días, dando orden en lo que se debía de hacer y congraciando á los infantes de don Yugo de Cardona para que mostrasen voluntad en la batalla que esperaban de haber con los franceses, porque á la verdad los infantes se tornaron á levantar otra vez y no querer pelear, si primero no les pagaban. D. Yugo de Cardona, que muy triste y apasionado estaba por lo que veía, especialmente estando á puntos los franceses con voluntad de dar la batalla el día siguiente, y viendo que sin muy gran vergüenza y con peligro suyo no podía dejar de darla, con muchas lágrimas habló á sus soldados diciéndoles: «Oh, amigos y muy fuertes compañeros míos, cómo es posible

que queráis así oscurecer vuestros clarísimos hechos con estimar una cosa tan poca y sucia como es el dinero, con deseo y codicia que dél tenéis. No queráis, hermanos míos, ahora perder esta tan manifiesta victoria de hoy, esperando con ella grande honra y perpetua memoria y fama por cosa tan vil y pasada como es el dinero, especialmente no siendo lo que se os debe los tesoros de Salomón ni el oro índico. Ya veis, amigos y compañeros míos, que al presente no puedo satisfacer vuestro deseo, hasta que salgamos con la victoria y vencimiento de aquesta batalla que en este día se nos ofrece, en el cual vencimiento yo no pongo duda por vuestra virtud. Yo os ruego que de esto poco que tengo, hagáis como de cosa vuestra, distribuyéndolo entre vosotros como mejor os pareciere». Entonces el capitán D. Yugo de Cardona quitóse una cadena de oro al cuello y fuéseta á dar á sus soldados, prometiéndoles á pagar en saliendo de aquella afrenta que esperaban. Los infantes españoles, viendo que no se podían por ninguna vía excusar de venir á las manos con los franceses, y que asimismo les sería gran vergüenza dejar de ayudar á los suyos en aquella batalla, mudaron todos de parecer, tornándose á reconciliar con su capitán; y donde hasta allí rehusaban la batalla, de allí adelante eran ellos los que principalmente la deseaban; y dijeron que mirando más su honra que no el interés, aunque muy mucho fuera, ellos estaban aparejados de muy entera voluntad para se hallar en la batalla los primeros y que por su causa no la dilatasen más tiempo; y con esto no quisieron recibir cosa alguna de lo que les daba su capitán. Y entonces D. Fernando de Andrada y D. Yugo de Cardona, muy contentos y alegres por ver cómo Nuestro Señor había mudado en bien la voluntad de sus infantes, se movieron de aquel casar de Palma y fuéronse la vía de Joya á buscar los franceses. Y monsiur de Aubegni sabiendo la venida de los españoles, salió de Joya con toda su gente para los encontrar en el camino y darles la batalla. Y andando por su camino encontráronse ambas las haces junto á un río que está dos millas de Joya, camino de Semenara. Los franceses como vieron á los españoles en orden, lo mejor que pudieron los salieron á recibir, y la orden que llevaban ambas las haces es la siguiente: El capitán D. Fernando de

Andrada de los caballos hizo un escuadrón, en el cual venía D. Alonso de Carvajal y Manuel de Benavides y Gonzalo de Avalos y el Alcaide Figueredo. De la gente de armas hizo otro escuadrón, en el cual venía su misma persona y el capitán Juan de Alvarado y Antonio de Leiva y Juan Martínez Pardo. De toda la infantería hizo otro escuadrón, adonde venía D. Yugo de Cardona y D. Juan de Cardona con otros capitanes. De la parte de los franceses monsiur de Aubegni de la gente de armas hizo dos escuadrones. En el uno venía el capitán Belcorte y Alonso Severino. De los caballos ligeros hizo otro escuadrón, en el cual venía el capitán Pacheco y monsiur de Venoes. De toda la infantería (que sería hasta dos mil infantes) hizo otro escuadrón, adonde venía el capitán Malerma y el capitán Rosa Roja con otros capitanes. Venían delante de toda la gente francesa siete piezas de artillería entre falconetes y medios falconetes. El avanguardia de toda esta gente tomó monsiur de Aubegni con el escuadrón de los escoceses, que eran cien hombres de armas. Pues como en esta orden que dicho ha la crónica, venían ambas las haces españolas y francesas á se herir, y juntándose los unos con los otros cuanto un tiro grande de arco, comenzó á descargar el artillería en los españoles, por manera que arrebató algunos, y monsiur de Aubegni que traía el avanguardia con la gente de armas escocesa, arremetió contra la gente de armas española que asimismo traía el avanguardia, y el otro escuadrón adonde venía el capitán Belcorte afrontó con la infantería española. El capitán Malerma y el capitán Pacheco, con los caballos ligeros y con la infantería francesa quedaron en la rezaga, por manera que toda la batalla el primer acometimiento se hubo con la avanguardia francesa. Los españoles peleaban tan viril y animosamente, que era cosa maravillosa de ver; y los franceses en aquella batalla ponían toda la esperanza de los hechos de su Rey, y reforzando la causa procuraban alcanzar el fin glorioso de aquella batalla; y con esto así de los franceses como de los españoles estaba el campo lleno de cuerpos muertos. En esta prisa que todos estaban, socorrió de refresco el capitán D. Alonso de Carvajal con el escuadrón de los caballos ligeros y dió tan de recio en el ejército de los franceses por las espaldas que de su allegada se hizo no poco daño en

los enemigos. Luego movió D. Yugo de Cardona y D. Fernando de Andrada con toda la infantería y los otros capitanes con la gente de armas y caballos ligeros, y cargaron tan de recio y con tanto furor en los franceses, que les hicieron perder el campo; porque monsiur de Aubegni con toda la gente de armas, no pudiendo sufrir más el poder de los españoles, con muerte de muchos de sus franceses, fué desbaratado y metido en rota, y retirándose al lugar adonde venían los capitanes Malerma y Rosa Roja en la rezaga, pensó de se rehacer allí y tornar á dar sobre los españoles. Pero de otra manera le avino, por razón que los españoles, viendo ya la victoria en las manos, siguieron de tal manera que no les dieron aquel lugar, antes todos revueltos, matando y hiriendo en los franceses, animosamente allegaron con el alcance hasta donde venía la infantería y caballos ligeros franceses, los cuales viendo venir á los suyos desbaratados huyendo, perdieron todo el corazón, y más cuando así se vieron tan fuertemente afrentar de los españoles. Es verdad que los franceses se refirieron un poco en aquel lugar, procurando de tornar sobre sí; pero los españoles les dieron tanta prisa y tan fuerte y valerosamente pelearon, que se hacían temer de los franceses y por todas partes les hacían lugar. Finalmente, no se pudiendo más los franceses sufrir en campo contra los españoles, volvieron otra vez las espaldas, siendo de todo punto desbaratados y rotos la vía de Joya. Los españoles, matando y hiriendo en el ejército de los franceses, los siguieron hasta los encerrar por las puertas de Joya. Fué tan sangriento y crudo este alcance, que los que murieron en pelea, como los que murieron en el alcance, fueron más de ochocientos franceses, y fueron presos los demás de los que quedaron. Los españoles, deseando dar fin cumplidamente á aquella gloriosa batalla, se metieron todos en Joya, adonde el capitán Malerma y el capitán Alonso Severino se habían recogido, y allí los prendieron con toda otra la gente que con ellos se habían encerrado en Joya. Monsiur de Aubegni se salvó con hasta treinta caballos ligeros y se fué huyendo á la Roca de Anguito, y allí se recogió con hasta doscientos franceses, los cuales se habían salvado de la batalla, y hizose fuerte en aquella tierra. Mas Fernando de Andrada y D. Yugo de Cardona,

sabiendo que estaba allí monsiur de Aubegni con aquella gente, fueron contra él con todo su ejército y tuviéronle cercado en la Roca de Anguito treinta días, hasta tanto que un día, metiendo en armas toda su gente, D. Fernando de Andrada hizo dar el combate á la villa, en que tanto trabajaron los españoles que á fuerza de armas tomaron la villa y prendieron á monsiur de Aubegni y á todos los franceses que con él estaban, con los cuales, muy alegres de tan sublimada victoria (que Nuestro Señor fué servido darles con muy grandes cosas que ende hubieron de joyas y ropas y con gran copia de captivos) y sabiendo el vencimiento del Gran Capitán en la Chirinola, dejaron aquella provincia libre y fuéronse la vía adonde el Gran Capitán estaba.

CAPÍTULO LXXXI

De cómo el Gran Capitán siguió su camino la vía de Nápoles, y de cómo monsiur de Alegre, dejando los castillos á buen recaudo, se salió de Nápoles y se fué á Gaeta, y de cómo el capitán Luis de Herrera y Pedro de Paz recibieron por el Rey de España las ciudades de Capua y Aversa.

Ya se ha dicho arriba cómo después que el Gran Capitán hubo vencido á los franceses en la Chirinola, que se partió luego de allí con su ejército para venir á la ciudad de Nápoles, y que en aquella jornada había tomado en su devoción al Príncipe de Melfa. Pues dice ahora la crónica que yendo el Gran Capitán su camino la vía de Nápoles con su ejército á un lugar debajo de Santa Agata, cabe un río que pasa junto á una ermita que dicen San Antón, y allí cabe aquel lugar se estuvo refrescando él y su gente un rato; adonde sabiendo que monsiur de Alegre se había partido de Nápoles con su gente y que llevaba la vía de Capua, envió á muy gran prisa al capitán Luis de Herrera y á Pedro de Paz con los caballos ligeros á Capua, para que le tomasen á monsiur de Alegre la delantera y le impidiesen el paso en tanto que llegaba con todo el ejército. Este capitán monsiur de Alegre, después que se escapó de la Chirinola vino, según dicho es, con toda la gente de armas y caballos ligeros y infantes que pudo recoger á Nápoles, y allí estuvo algunos días, mediante los cuales hizo proveer los castillos del Ovo y

Nuevo y otras fuerzas de la ciudad de lo necesario para su defensión, adonde dejó seiscientos hombres de guerra sin la gente que los castellanos tenían consigo antes y sin otros muchos mercaderes franceses, que como supieron la rota de los suyos y que el Gran Capitán venía á la ciudad, se metieron todos en los castillos. Pues con esta nueva de la venida del Gran Capitán á Nápoles, monsiur de Alegre, hecha la dicha provisión de los castillos, se partió de Nápoles enderezando su camino á la ciudad de Gaeta, que por ser muy fuerte ciudad y la llave del reino de Nápoles, en ella pensaban estar más seguros y por pensar que allí recogería el socorro que el Rey de Francia había prometido de enviarle. Los capitanes Luis de Herrera y Pedro de Paz con los caballos ligeros, según la orden del Gran Capitán, se partieron á muy gran prisa de aquel lugar y fuéronse la vía de la ciudad de Capua. De esta venida de los españoles fué monsiur de Alegre avisado, por lo cual, temiendo no le estorbasen el paso, según que era aquella su voluntad, aseguró el camino lo más que pudo, de tal manera que llegó á la ciudad de Capua bien antes que los caballos españoles; y queriendo pasar por medio de la ciudad con toda su gente, los de Capua cerraron las puertas y enviaron á decir á monsiur de Alegre que no tenían por bueno que pasasen todos juntos, y que si voluntad tenían de pasar, que fuesen de treinta en treinta ó de cincuenta en cincuenta hombres, de manera que no entrasen unos hasta que hubiesen salido los otros. Esto hacían los capitanes por razón que como los franceses venían tan mal parados, temieron no hiciesen algún daño en la ciudad, lo cual podían muy bien hacer pasando todos juntos de tropel. Finalmente, monsiur de Alegre, que qualquiera cosa hiciera por no se detener, que tenía en los oídos los caballos ligeros españoles que venían en pos de él, fué contento pasar en aquella manera que los capitanes decían, y sin más detenerse comenzaron á pasar unos en pos de otros, y cuando los unos habían salido, cerraban las puertas y abrían las primeras para que entrasen los otros. De esta manera acabó de pasar toda la gente de monsiur de Alegre, y siguiendo su camino por no se detener se fueron á Gaeta por el Garellano Emola, y allí estuvo monsiur de Alegre muchos días, mediante los cuales se rehizo de mucha y buena gente, con la cual sa-

lió de Gaeta y se puso en el Garellano, según que la crónica lo contará bien extensamente. Los capitanes Luis de Herrera y Pedro de Paz, por mucho que apresuraron su viaje por alcanzar á monsiur de Alegre, cuando llegaron á Capua era ya pasado, por manera que no hubo fruto alguno en aquel caso su venida, más que de camino recibieron aquella ciudad juntamente con la ciudad de Aversa por España, y allí se tuvieron algunos días hasta que el Gran Capitán les mandó hacer otra cosa, según abajo se dirá.

CAPÍTULO LXXXII

De lo que monsiur de Alegre hizo después que se fué de Gaeta, y de cómo el Gran Capitán siguiendo su camino vino al bosque de Gangello, doce millas de Nápoles, adonde los napolitanos enviaron al Gran Capitán doce caballeros para que les confirmase los privilegios de la ciudad, y de cómo entró en Nápoles, y de otras cosas.

Después que monsiur de Alegre llegó, según dicho es, á Gaeta y anduvo muy bien toda la ciudad, en que la halló muy fuerte, así de muros como de voluntad y conformidad en los gaetanos por el Rey de Francia, que no en poco lo tuvo, y allí estuvo algunas días, en los cuales proveyó la ciudad de todo lo necesario para la guerra. Junto con esto atrajo algunas villas y lugares que estaban indiferentes en lo que habían de seguir, para que tuviesen la devoción de Francia, y para confirmar los ánimos de algunos que, viendo la mejoría que los españoles tenían en el reino, vacilaban en su servicio. Los cuales hasta allí, por ser la parte que al Rey de Francia había tocado, señalaban como habían señalado por sus valles; ahora al presente, viendo la inclinación general de los pueblos por España, no se sabían determinar y estaban suspensos, y para que éstos no le fallesiesen del todo, determinó, más por jactancia y presunción que no por pensar que él era tan poderoso que á los españoles osase esperar en campo con toda su gente, que eran cuatrocientos hombres de armas y trescientos caballos ligeros y con dos mil infantes, sin otra mucha gente de la comarca, á se poner en campo junto al Garellano, un río que pasa por aquella provincia de Campania, enviando sus cartas á to-

dos los pueblos que eran y se mostraban por Francia, llenas de presunción, en que les decía: que no les causase alteración ni causase inconstancia en su ánimo ver que los franceses fueron vencidos, pues las cosas de la guerra son de calidad que trueca sus veces dando vencimiento una vez á unos, otra á otros; por manera que de aquello no se había de hacer cuenta, pues podía acácer lo mismo por los españoles; cuanto más que no habían quedado los franceses tan confundidos que no estaban allí y él con su persona para resucitar á la fortuna en su favor y mudar su condición en mejor estado que no había hasta entonces tenido, diciéndoles otras muchas cosas para sustentarlos por su Rey, más de presunción que no de verdadera consolación. Después de esto, habiendo, como dicho es, salido de Gaeta, vino á poner en campo junto al Garellano, abajo de un lugar que dicen Trajeto, y allí se puso más por la reputación y por dar á entender á los pueblos que se querían mantener contra el ejército español y esperar en aquel lugar, que no porque por verdad que hubiera en los franceses osadía para lo hacer. El Gran Capitán, que desde el aposento de San Antón había enviado á los capitanes Luis de Herrera y Pedro de Paz para tomar el paso á los franceses, sabiendo que ya eran pasados sin ser impedidos de los suyos, movióse de allí con su gente, pasó adelante cuatro millas de aquella ciudad, riberas abajo del río, y vino á aposentar junto á una villa que dicen Piche, y allí se detuvo dos días; y luego en cabo de estos dos días, el Gran Capitán se levantó de aquel aposento del río junto á Piche y vino con su gente á aposentar doce millas de Nápoles en un bosque que dicen el bosque de Gangelo, y estuvo allí aquella noche y otro día siguiente. Queriéndose mover el Gran Capitán de allí para se meter aquel día en Nápoles, los napolitanos, que sabían su venida, enviaron doce embajadores, caballeros principales de la ciudad, porque en nombre de todos los ciudadanos le saludasen y suplicasen que no quisiese entrar en Nápoles hasta que primero les confirmase sus privilegios y jurase de guardar conforme como los Reyes pasados los habían confirmado y guardado y mantenido; que haciéndolo así la ciudad de Nápoles estaba aparejada á le recibir dentro y poner las banderas de España por los muros y lugares públicos de la

ciudad, y donde no, que antes se ofrecerían á la muerte que perder el menor privilegio de los que tenían. Finalmente, los doce caballeros diputados allegaron con este mandado al bosque del Gangelo, adonde estaba el Gran Capitán ya para se partir, y hicieronle relación á lo que venían; á los cuales, siendo primero del Gran Capitán muy honrados y cumplidamente recibidos, les confirmó sus privilegios ni más ni menos que como hasta entonces habían sido por los Reyes de Aragón pasados confirmados. Los diputados, habida la confirmación de sus privilegios, le besaron la mano en lugar del Rey D. Fernando de Castilla y de Aragón y le entregaron las llaves de la ciudad como en reconocimiento de su vasallaje, y con esto los diputados se partieron del Gran Capitán y se tornaron en Nápoles. El Gran Capitán después de esto se estuvo en aposento del bosque tres días, en los cuales fué avisado en cómo el capitán monsiur de Alegre se había rehecho de gente y que había salido de Gaeta y que se había puesto en campo en el Garellano, y que tenía hecho una puente de madera en el río del Garellano, para que los de Cieza y sus casares pudiesen pasar vituallas y provisiones al campo francés. Mucho le pesó al Gran Capitán de esto, porque pensó que de esta manera los franceses tornarían á alzar cabeza, y para quitar que de la parte de la ciudad de Cieza y de sus casares no les enviasen provisiones, y asimismo para que los suyos rebotasen á los franceses de aquel lugar ó le comiesen la gente con escaramuzas, envió á Cieza al Duque de Termes y al capitán Próspero Colona con cuatrocientos hombres de armas y con cuatrocientos caballos ligeros y con los dos mil alemanes á hacer guerra á monsiur de Alegre, según dicho es. Los capitanes y gente ya dicha se partieron con este mandado del Gran Capitán y allegaron aquel día mismo á Cieza y metieronse todos en la ciudad, y fuera en el burgo y en los casares (porque no cabían todos dentro) se aposentaron todos los caballos ligeros, y allí estuvieron muchos días, mediante los cuales españoles y franceses se hacían muy cruda guerra, saliendo cada día los caballos ligeros y gente de armas españoles y pasaban la puente que los franceses habían hecho, y siempre le herían y mataban mucha de su gente. El Gran Capitán aquel mismo día que él envió sus capitanes y

su gente á Cieza, se partió con su ejército del bosque de Gangelo y vino á Nápoles, adonde llegó ya tarde, y hiciéronle los de Nápoles un muy solemne recibimiento, adonde salieron todos los caballeros y gentileshombres de la ciudad y el Senado y regidores de ella, todos en muy buena ordenanza con el pendón de Aragón delante, y salieron tres millas fuera de la ciudad á le recibir, haciéndose en este recibimiento muy grandes fiestas y danzas, y con orden de mucha gente á la manera de soldados, todos muy bien aderezados y muy lucidos, y con muy grande alegría y placer de todos allegó á la ciudad. Entró por la puerta de Capua, adonde le esperaban muy grande número de señoras y damas de Nápoles muy ataviadas, de las cuales fué el Gran Capitán muy bien recibido, y él, saludando á todos con muy alegre rostro, le llevaron por todos los barrios de la ciudad y después le dejaron en aposentamiento; el cual fué las casas del Príncipe de Salerno, y así pasó el Gran Capitán aquella noche, aunque no con tanto placer como la noche de la rota de los franceses.

CAPÍTULO LXXXIII

De cómo el Gran Capitán envió al Marqués del Gasto sobre el castillo de Salerno, adonde estaba un castellano con mucha gente de guerra y tenía aquel castillo por Francia, y de lo que sucedió.

Como la gente y Príncipes de Italia conformes sus voluntades con la del vencedor tuviesen (después de aquellas dos crecidas victorias que casi en un mismo tiempo hubieron los españoles, que fué la de la Chirinola en la Pulla y la de Semenara en la Calabria, según dicho es) todas las demás villas y lugares del reino de Nápoles se tornaron á la parte de España. Pero como suele acacer de una roñosa oveja que ensucia y daña todas las otras, determinó el Gran Capitán desarraigar del todo á aquella roña y parcialidades que aun estaban en el reino por franceses; y entre otras muchas villas y castillos que seguían esta parte, era uno el castillo de Salerno, donde, estando la misma ciudad por España, el castellano se había recogido y con mucha y muy buena gente hizose fuerte en el castillo, el cual era bien fuerte para aquel propósito. Y para esto el Gran Capitán envió

sobre él al Marqués del Gasto con quinientos infantes españoles y con cien caballos ligeros, y el Marqués con aquella gente se partió de Nápoles y fué á Salerno; y en llegando metióse en la ciudad con su gente, sin ninguna contradicción de los ciudadanos; y luego como allegó, miró muy bien la disposición del castillo y halló que era fuerte y que por fuerza de armas era dificultoso tomarle, y por esta razón determinó de tenerlo cercado y cercólo en esta manera. En un monte que está sobre el castillo, que llaman la Bastida, puso toda la infantería, y á la parte de abajo por dentro de la ciudad puso su persona con todos los caballos; y así tuvo el Marqués del Gasto cercado bien estrechamente aquel castillo, de adonde cada día salían los de dentro á escaramuzar con los de fuera, en que se hacían harmo daño los unos á los otros. Estando en este estrecho cercado el castillo de Salerno, el Conde de Capacho, que asimismo tenía la parte del Rey de Francia, siendo de ello avisado, vínole á socorrer con dōscientos caballos ligeros y con ochocientos infantes soldados viejos de la tierra. Y como llegó á Salerno, metióse dentro con toda su gente y dióse tal manera en el socorro, que antes que de allí partiese hizo por fuerza de armas alzar al Marqués del Gasto de sobre el castillo, y después proveyó el castillo de gente francesa y de las vituallas que eran menester y pudo haber, y saqueó las casas de aquellos que supo que se tenían por España, y con esto se salió de Salerno y se volvió adonde había salido. El Marqués del Gasto, como supo que el Conde de Capacho era ya salido de aquella ciudad, tornó á Salerno con su gente á cercar de nuevo el castillo, y así le tuvo estrechísimamente cercado más de treinta días, mediante los cuales procuraron de muchas maneras de le tomar por fuerza, haciendo ingenios y usando de muchas maneras de le tomar por fuerza con que le pudiesen atraer á su poder. Pero como el castillo era tan fuerte, ningún fruto se sacaba de todo lo que se hacía, y por tanto acordó el Marqués del Gasto de hacerle una mina muy grande, en la cual se trabajó mucho y se puso muy gran diligencia, y así se hizo al fin bien grande y bien fuerte y en muy buen lugar; y hinchándola de muchos barriles de pólvora, según que conviene á semejante ingenio, hizola cerrar de un fuerte muro de

piedra y junto con esto mandó meter gente en armas y dar el combate fuertemente al castillo. Primero se descargó la mina, la cual reventó con tal fortaleza que cayó en el suelo una gran parte del muro del castillo, y luego la gente española arremetió con muy grande ánimo á combatir el castillo, adonde el Marqués del Gasto mostró enteramente su mucha virtud y grande ánimo. Finalmente, de aquella vez, después de ser muertos en aquel combate muchos de la una parte y de la otra, el castillo vino á poder del Marqués, el cual prendió al castellano y á todos los suyos y hizo saquear el castillo, que hasta allí había estado por Francia, y de ahí adelante juntamente con la misma ciudad tornó por España.

CAPÍTULO LXXXIII

De cómo el Gran Capitán dió cargo de combatir el castillo Nuevo al capitán Pedro Navarro y á Diego de Vera, capitán del artillería, y de cómo se hubo de combatir primero la torre de Sant Vicente.

Habiendo el Gran Capitán con toda su gente dado ya algún descanso á sus fatigados cuerpos, que de los trabajos pasados estaban con mucha necesidad, determinó de nuevo ofrecer su gente á nuevos peligros, porque no era cosa razonable que, estando la ciudad de Nápoles por el Rey de España, sus fuerzas y castillos estuviesen en poder de ajeno señor, como lo estaban á la sazón en poder de los franceses que, según dicho es, se habían ende hecho fuertes esperando cada día socorro de su Rey. Pues para haber de quitar este inconveniente, que no pequeño le parecía, dió orden cómo el castillo Nuevo, que era lo principal y lo más fuerte de Nápoles, se combatiese primero, y dió el cargo en el combatir y tomar este castillo al capitán Pedro Navarro con los otros capitanes y al capitán Diego de Vera con el artillería, para que lo uno con el poder de la gente y lo otro con el buen orden del artillería, aquel castillo fuese más en breve quitado del poder de los franceses. Pues con esta orden y comisión del Gran Capitán, Pedro Navarro y Diego de Vera comenzaron á poner por obra aquel hecho. El capitán Diego de Vera vido muy bien la disposición del castillo y el lugar adonde mejor podía estar el artillería asentada, y

asentóla en el burgo en Sancti Spiritus en una huerta al Parco, la cual está junto á la ciudadela, el foso en medio, y después de asentada comenzóse á batir el castillo por aquella parte con mucha fortaleza. Los franceses que estaban en la torre de Sant Vicente, viendo el lugar donde la artillería española estaba y cómo desde allí tiraban al castillo, comenzaron desde lo alto de la torre, que bien señoreaba aquel lugar, de tirar con su artillería á la artillería española, que muy bien se descubría; por manera que se hacían ende muy grande daño; de cuya causa los capitanes españoles, viendo el gran inconveniente que les era aquella torre de Sant Vicente, y que tomada la torre no podían ser dañados ni impedidos al tomar y batir del castillo, y para este efecto en un canto que está enfrente de la puerta de la ciudad que sale al burgo de la puerta de Sancti Spiritus, asentaron ciertas piezas de artillería, y á la otra parte del Parco; contra el castillo y contra la ciudadela y contra un jardín que llaman el Paraíso, asentaron otras tantas piezas de artillería; y más abajo del Parco, junto á la marina contra la torre de Sant Vicente, asentaron otras tantas y en un jardín encima de la Trinidad, contra la misma torre de Sant Vicente, asentaron otras tantas piezas, por manera que así se repartió toda el artillería contra el castillo Nuevo y contra la torre de Sant Vicente. Después de esto luego ordenaron por sus estancias la gente que era menester para el combate de las dichas fuerzas, y luego se comenzó á batir primero la torre; la cual se batió tan fuertemente, que derribaron gran parte de un rebelín que está más alto que la torre, y ansimesmo se derribaron de las defensas de lo alto de la torre un gran pedazo de ellas, y de la muralla del patio abajo de la torre á la parte de la capilla de Sant Vicente derribaron grande parte del muro. Pues con tanta fortaleza el artillería española batió la torre por aquellas dos partes, que los franceses que estaban dentro en el rebelín, ni en el patio de abajo ni en lo alto de la torre no podían estar por estar descubiertos á la defensa del artillería, porque no les llevase y hiciese gran daño. En este tiempo los capitanes españoles, que según la recia batería que se había dado en la torre, les parecía tiempo de dar el combate, ordenaron que se diese más por arte y manera que no

por fuerza de armas, y con esto el capitán Pedro Navarro hizo hacer un ingenio en una barca por la mar en esta forma. Hizo toldar la barca y cubrir por encima con un muy fuerte maderamiento, por respeto que la gente que por ella había de ir no recibiese daño de los franceses desde lo alto de la torre; y después de reparada con este pertrecho, metió dentro su persona y con él cuarenta soldados, los veinte ballesteros y los otros veinte escopeteros, y junto con esta en otro barca descubierta hizo meter con el capitán Martín Gómez otros cuarenta soldados muy bien armados. Concertado esto en esta manera, un día, una hora antes que anocheciese, salieron del puerto y con mucha disimulación se fueron por la mar abajo hacia una iglesia que se llamaba la Magdalena; y como fué noche oscura volvieron sobre la torre de Sant Vicente, y como ya fueron cerca, el capitán Pedro Navarro enderezó su barca hacia la parte de la capilla adonde el artillería había derribado un gran pedazo de muro del patio, y allegado en aquél con mucho silencio comenzó á subir endé con su gente. Eran, según dicho es, veinte escopeteros y veinte ballesteros, y como la subida estaba algo alta y dificultosa, cayeron algunos soldados en la mar, en que se mojaron muy bien. La otra barca en que iba Martín Gómez enderezó á aquel lugar, adonde estaba la otra puerta del patio de la misma torre, y allí tenían los franceses atravesada una gruesa y fuerte cadena, porque por aquella parte no pudiese con barca pasar. Pero con la gran fuerza que llevaba y á poder de remos pasaron por la cadena, rompiéndola, de la otra parte; y como allegaron al lugar de la otra puerta del patio, el capitán Martín Gómez saltó fuera y metiéronse en el patio de la torre, adonde halló que ya habían entrado el capitán Pedro Navarro con su gente. No dejaban en este medio los franceses de la torre de se defender, haciendo con el artillería daño en los españoles que estaban abajo, y lo mismo hacían los del castillo Nuevo, que como estaba en lo alto señoreaba el patio y tiraba en descubierto á los españoles. El capitán Martín Gómez y Pedro Navarro, viendo el daño que hacían á la gente española y que no podían hacer nada de sus personas, determinaron de aquella noche buscar el mejor remedio á su salud que pudiesen hallar, y con esto mandaron hacer en el patio una trinchea,

adonde se reparasen de la artillería; y así se hizo con mucha diligencia, y desde aquella trinchea, muy á su salvo, podían los españoles con las ballestas y escopetas tirar á los franceses de la torre que se asomaban, de que se les hacía algún daño. Al tiempo que los españoles hacían la trinchea, los franceses, que muy bien oían el golpear de los picos y azadones, que en aquel menester traían, pensaron que les minaban la torre, de que muy gran temor y extraña alteración hobieron, porque veían claramente que, si les minaban la torre, no podían dejar de recibir gran daño y peligro y muerte en sus personas, y de esta causa estaban suspensos y dudosos en lo que debían hacer; porque unos tenían por mejor que diesen la torre á los españoles, otros tenían lo contrario, por manera que no sabían lo que se debiese hacer. Finalmente, determinaron de venir en partido, y fué que enviaron á decir al capitán Pedro Navarro que si del castillo Nuevo no fuesen socorridos aquella noche y al día siguiente hasta medio día, que ellos rendirían la torre, con tal que los dejasen salir sin les hacer daño alguno en sus personas; y que para seguridad de esto ellos enviarían en rehenes un francés, y para que ellos fuesen ciertos que así se cumpliría de su parte, les enviásen ellos un español. El capitán Pedro Navarro fué de aquesto muy contento, y así, enviando los franceses abajo un soldado francés, los españoles enviaron otro soldado español. En esto cesaron las armas, y los franceses de Sant Vicente luego lo hicieron saber al castellano del castillo Nuevo, lo que habían apuntado con los españoles, diciéndole que si dentro de aquel término no les enviaba socorro, no podían dejar de pasar por la postura y entregar la torre á los españoles; pero que si les enviaba socorro, ellos harían hasta la muerte todo su poder. El castellano del castillo Nuevo, que bien conocía el estrecho en que los de la torre de Sant Vicente estaban, ora fuese por ser negligente, ora porque no pudo más, el término pasó y el socorro no vino á los de la torre, por manera que luego á la hora de visperas los franceses de la torre de Sant Vicente la entregaron á los españoles según la postura y conclerto, y los franceses se fueron al castillo Nuevo. De esta manera el capitán Pedro Navarro tomó la torre de Sant Vicente, de adonde no poco daño y perjuicio resultaba

en el combate del castillo Nuevo á los españoles. Luego como fué tomada la torre de Sant Vicente, el Gran Capitán mandó al capitán Pedro Navarro que aderezase la gente para tornar á combatir la ciudadela; el cual para aquel hecho hizo subir á lo alto de la torre de Sant Vicente cuatro piezas de artillería que los franceses habían perdido, la cual asentó en contra de la ciudadela y por la parte del Parco, contra la ciudadela misma, y por muchas partes asentó más artillería. Ansimismo hizo minar la ciudadela por muchas partes, y después de hechos todos estos aparejos, el capitán Pedro Navarro hizo poner mucha gente en el foso de la ciudadela junto á la puerta de la ciudad que sale al burgo de Sancti Spíritus, donde mandó hacer muchos pertrechos en defensa de lo alto y mandó que picasen muy fuertemente el muro por muchas y diversas partes, de manera que sin recibir ningún daño de las ofensas de lo alto, á causa de los pertrechos, estuvo aquella gente más de treinta días, en que hicieron dos minas, según qué se dirá en su lugar.

CAPÍTULO LXXXV

De cómo vino al campo francés monsiur de Naves con mucha y muy buena gente, y de cómo queriéndose el capitán monsiur de Alegre meter en Sant Germán fué echado ende por el capitán Diego Garcla de Paredes

Contado ha la crónica cómo monsiur de Alegre salió con toda su gente de Gaeta, y que se había puesto en campo junto al río del Garellano. Pues dice ahora que estando en aquel lugar haciéndose daño los dos campos de franceses y españoles, que sabido por monsiur de Naves (que muy bien había sabido el estrago y rota de los franceses, y ansimismo sabía la necesidad que de gente tenía, á causa de la tardanza que en enviar socorro ponía el Rey de Francia), determinó con toda la demás gente que pudo venirse á juntar con monsiur de Alegre. Y con esta voluntad un día se salió de Roma, adonde á la sazón estaba, con doscientos hombres de armas y con dos mil infantes, y por sus jornadas vino al Garellano, adonde estaba el ejército francés con monsiur de Alegre. El Duque de Termes y el capitán Próspero Colona, que, según arriba es dicho, estaban en Cieza, cada día salían con su gente de caballo y daban algunos re-

batos en el campo francés, en que siempre hacían algún daño, y lo mismo hacían los franceses por su parte contra los españoles, visitándose los unos á los otros, en esta manera. Un capitán que se llamaba Luis de Viamonte salió una noche de su campo con cien caballos ligeros y con cien infantes, y pasada la puente vino muy secretamente á Cieza, y porque más quedo y con mayor silencio pudiese pasar, hizo á los caballos ligeros tomasen á las ancas los infantes. De esta manera pasó á la otra parte de la puente sin ser sentido; y como llegó junto á Cieza, dió sobre unos hombres de armas, los cuales estaban aposentados fuera de la ciudad en un jardín, de los cuales mató cien hombres y prendió ocho, y tomó diez ó doce caballos, y con esto muy á su salvo, se tornó á su campo sin perder tan solo un hombre. No poco contento estaba monsiur de Alegre viendo su ejército, con la venida de aquel caballero monsiur de Naves, más pujante en fuerzas y en poder que no lo había estado hasta allí, teniendo por muy cierto que había de resucitar aquella tan mala caída como el estado de Francia había dado; y con esta nueva ayuda, monsiur de Alegre comenzó á extenderse en nuevos deseos y cosas de mayor calidad, por lo cual, como viese que el Gran Capitán estaba en Nápoles ocupado en la presa de las fuerzas de la ciudad, se determinó que en desembarcándose de allí, él mismo con monsiur de Naves quería mover contra el Gran Capitán. Pero no se hallando con todo esto tan poderoso que al Gran Capitán osase esperar en campo, determinó de se recoger en Sant Germán y hacerse fuerte en aquella villa, lo uno por esperar el ejército del Rey de Francia, que según por nueva cierta tenían había de venir por allí, y porque el Rey de Francia en su gracia y servicio tenía la señoría de Florencia, y el Duque de Ferrara y de Mantua, juntamente con los Bentivollos de Bolonia, todos se aderezaban de enviar, según se dirá en su lugar, su ejército contra el Gran Capitán, y lo otro por se proveer de allí de todos los bastimentos necesarios para sustentación del ejército. Y con aquesta determinación para guarnición de gente dejó mil hombres de guerra juntamente con el armada de mar que le pareció que bastaría para en defensión del monte y de la ciudad. Y esto hecho, aderezó su partida para se meter en Sant Germán. Y estaba en esta villa un italia-

no que se dice Pedro de Médicis, el cual tenía el castillo del Abadía por el Rey de Francia, y tenía gran voluntad monsiur de Alegre de recogerse con toda su gente en aquella villa, porque tenía muy grandes provisiones de trigo y cebada y vino de su cosecha y de todos los otros lugares y heredamientos comarcas, por razón que entonces los labradores de la provincia tenían el grano en las eras y lo comenzaban á encerrar en sus casas. Determinó de fortificar muy bien la torre y castillo y Abadía, haciéndose en ellos fuerte con todas las maneras de defensión que podían, y así por la reputación de los pueblos, porque no conociesen en él flaqueza alguna, como por tener seguro aquel paso para cuando le viniese socorro del Duque de Mantua y de los otros Principes y señoría de Florencia, que, según dicho es, en gracia y amor del Rey de Francia aderezaban un grande ejército para le venir á ayudar, como abajo se dirá. El Gran Capitán, siendo avisado por las espías que tenía en el campo francés lo que monsiur de Alegre determinaba de hacer, con muy grande diligencia, viendo el daño que de nnevo por aqueste hecho se le recrecía, llamó á Diego García de Paredes, y díjole así: «Vos, Diego García de Paredes, que para sufrir trabajos nacisteis, conviene que entre los otros muchos pasados toméis este á vuestro cargo; y es que con la mayor presteza del mundo os metáis en Sant Germán primero que los franceses entren dentro, porque si ellos toman aquella villa primero, sería ponernos en muy mayor cuidado que hasta aquí habemos tenido, y comenzar de nuevo á entrar en la conquista de este reino». Al cual luego dió la orden que en aquel negocio convenía, y Diego García de Paredes con muy grande celeridad con mil y quinientos infantes y con trescientos caballos ligeros se partió de Nápoles y vino á una villa que dicen Galacho á la hora del Ave María, y allí se estuvo toda aquella noche repartiendo de su gente por otros castillos de alrededor, porque no cabía toda en Galacho. Y pasada que fué la noche, luego otro día de mañana queriéndose partir de Galacho le vino nueva en cómo los franceses allegaban y habían cercado á Sant Germán, y por esta razón Diego García de Paredes con los doscientos caballos ligeros se partió de Galacho y dejó á toda la infantería atrás, para que al mayor andar que pudiesen se viniesen en Sant Ger-

mán, porque él se quería adelantar á se meter con los caballos dentro antes que los franceses. Aun no estaba Diego García de Paredes á una milla de Sant Germán, cuando halló que los franceses ya estaban dentro solamente doscientos hombres de armas y doscientos caballos ligeros que habían venido adelante, los cuales habían entrado en Sant Germán por aquella parte del Coliseo. En esto Diego García de Paredes con los caballos apresuró su camino, y allegando cerca de Sant Germán, los franceses que los vieron venir á muy grande andar, temiéndose no viniese todo el campo español sobre ellos, se salieron de Sant Germán y no osaron ende esperar, y fuéronse á Roca Guillerma y á Trajeto, adonde todo el campo francés quedaba para haber de venir á Sant Germán; y como monsiur de Alegre y los otros capitanes fueron avisados de la venida de los españoles en Sant Germán, hubieron de ello muy gran placer, con voluntad que tenían de luego mover de allí con todo el ejército y tomarlos á todos dentro en Sant Germán. Pedro de Médicis, que, según dicho es, era castellano en el castillo de Sant Germán, como vido salir á los franceses y que los españoles se venían á meter en aquella villa, no se quiso ir con los franceses, antes saliéndose del castillo se fué á proveer la Roca, y allí dejó ochenta hombres en su defensa, y con esto él se salió de la Roca y fuese al Abadía con toda la otra gente. Diego García de Paredes, que muy gran prisa se había dado á caminar con los caballos ligeros, allegó á Sant Germán, y como halló desocupada la villa y supo que los franceses que allí habían allegado se tornaron atrás, metióse dentro de la villa con todos los caballos ligeros, y toda aquella noche estuvo debajo de muy buena guardia Diego García de Paredes. Y otro día de mañana, allegó á Sant Germán una compañía de hasta cuatrocientos infantes españoles de los que habían quedado en Galacho, con los cuales y con la otra gente de caballos ordenó luego combatir fuertemente el castillo, de manera que sin más se detener con aquella gente, que él allí tenía, se subió al llano del monte que está entre el Abadía y el castillo, y de la gente de la misma villa allegó hasta ciento y cincuenta hombres muy bien aderezados, con los cuales puso un cabo de escuadra español, para que ellos por aquella parte de la misma villa diesen asimismo el combate al castillo. Y luego

se comenzó por la parte de lo alto, donde Diego García de Paredes con la gente española estaba, y por la parte de abajo adonde la gente de la villa estaba, con mucha fortaleza á combatir, y duró este combate tres horas, hasta que la noche fué muy cercana; y los del castillo se defendieron muy fuertemente y mataron tres hombres de los de la tierra, que los combatían por lo bajo, y de los españoles mataron uno y muchos que fueron heridos aquel día. Diego García de Paredes, enojado viendo muertos cuatro hombres de los suyos, y que no había podido tomar el castillo, comenzó de nuevo á dar tanta prisa en el combate y tan reciamente se hubo en la expugnación del castillo, que por fuerza de armas les ganaron un rebelín del castillo, adonde estaban treinta soldados, los cuales viendo que no podían más resistir los españoles, se comenzaron á retraer al cuerpo del castillo; y como la entrada fuese angosta, no pudieron todos entrar, de cuya causa los soldados españoles mataron al entrar trece hombres del castillo y tomáronles el rebelín y más un torreón del cuerpo del castillo, que llaman el espolón, el cual cae hacia la parte de la villa adonde estaba la iglesia de San Elian. A esta hora, era bien ya hora y media de noche, y Diego García de Paredes, después de haber los del castillo retirádose á la torre del castillo maestra, dejando muy buena guardia en el rebelín y en el torreón del castillo, y ansimismo en el rededor del castillo, y ansimismo en los de dentro no se salvase aquella noche, él se recogió con toda su gente á sus estancias, y dejó mandado que aquella noche se hiciesen ciertos pertrechos para que con picos cortasen dende abajo una torre, sin que lo alto recibiese ningún daño, y en todo cuanto fué aquella noche no se entendió en otra cosa salvo en hacer los pertrechos para el dicho combate. Como fué de día, siendo ya del todo acabados los tres reparos, comenzóse á cortar el muro de la torre por muchas partes, y los de lo alto hacían muy grandísima resistencia y grande daño en los que picaban, tirando piedras y con ballestas y otras defensiones que hicieron á los españoles; pero no por eso dejaron los españoles de cortar la torre á muy gran prisa; y los del castillo, viendo que no aprovechaban diligencias para se defender, sino que sin falta ninguna les convenía venir á poder de los españoles, junta-

mente con el castillo, determinaron entre todos de se dar á merced y les entregar el castillo. Ya en aqueste medio toda la infantería que había quedado en Galucho y en los otros lugares comarcanos allegaron á Sant Germán, adonde hallaron que el castillo se había tomado aquel día, y que el capitán Pedro de Médicis se había ido y salido del Abadía con su gente, donde el campo francés estaba en el castellano, y desta causa sin más armas vino la villa de Sant Germán con el castillo y abadía en poder de los españoles, que de ahí adelante por la parte de los Reyes de Castilla, algunos lugares comarcanos, como fueron éstos Roca Seca y Ponte Corvo y otros muchos de alrededor, viendo que Sant Germán estaba á la parte del Rey de España, determinaron ellos de hacer por el mismo caso lo semejante; de manera que de ahí adelante quedaron muy conformes con los españoles. En este tiempo el Duque de Termes y el capitán Próspero Colona, como supieron que Sant Germán estaba por España, salieron de Cieza con toda su gente y vinieron á Santángelo, y de allí se juntó Diego García de Paredes con ellos, adonde todos juntos se vinieron á Ponte Corvo, y en aquella villa y en su comarca estuviéronse ajuntados hasta quel Gran Capitán vino de Nápoles, según la crónica irá contando.

CAPÍTULO LXXXVI

De cómo el Gran Capitán hizo dar prisa en la presa de la ciudadela y castillo Nuevo, y de cómo le tomaron los españoles.

Contado ha la crónica cómo el capitán Pedro Navarro hizo hacer muchas minas y otros muchos aparejos contra la ciudadela y castillo Nuevo de la ciudad de Nápoles. Pues dice ahora que después que hubo acabado de hacer las minas, hízolas henchir, según es de costumbre, de muchos barriles de pólvora, y junto con esto las hizo cerrar de un fuerte muro y pared gruesa, y después de todo esto hecho, el Gran Capitán, que en todo estaba presente y proveía en lo que debía hacerse, mandó que toda la gente estuviese en orden para dar el combate. Y el capitán Diego de Vera y Pedro Navarro y Nuño Docampo y Martín Gómez aderezaron el artillería para que por muchas partes encarada estuviese contra la ciudadela y contra el castillo. Y todo proveído como mejor convenía, el Gran Capitán mandó

poner fuego á las minas, las cuales reventaron con tanta fortaleza que derribaron por aquel lugar un pedazo del muro de la ciudadela, y fué tanto que hinchó el foso que por aquella parte le ceñía, que casi quedó llana la subida. Luego Pedro Navarro y los otros capitanes arremetieron con toda la gente y comenzaron los españoles á subir á la ciudadela y á se meter dentro; pero los franceses, como los vieron entrar con tanto ímpetu, defendiéronse algún tanto, pero no lo pudieron más sufrir y por esta razón desampararon la ciudadela y fuéronse todos huyendo al castillo y quedáronse en la puerta hasta doce hombres de armas para alzar la puente levadiza, que ende estaba. Y á la sazón que estaban alzando la puente, allegaron el capitán Pedro Navarro y Nuño Docampo con los otros capitanes y dieron sobre ellos, que no les dejaron alzar la puente, la cual dejando desamparada les convino retraerse al rebelín, adonde, juntamente con los franceses, los españoles entraron revueltos, y antes que se recogesen los franceses, fueron muertos todos doce. En esto cargaron muchos soldados españoles en la puente por entrar con los otros en el rebelín, de manera que toda la puente estaba llena de gente, y los franceses que estaban dentro en el patio del castillo cargaron ciertas piezas de artillería, y entre estos cañones descargaron una culebrina y dió la pelota en la misma puerta del castillo, la cual era de bronce, y no la pasó, antes quedó fijada en la misma puerta, como hoy se ve fijada. Luego por la otra puente del castillo, que estaba á la parte del jardín que llamaban Paraíso, cargó ansimismo mucha gente para entrar dentro en el castillo por aquella parte, por razón que los franceses la habían desamparado é iban huyendo, y los españoles intentaban de se entrar á vueltas de ellos; y por esta razón que los españoles no entrasen, comenzaron los franceses á alzar la puente. A la sazón que la alzarón, llegó un soldado, el cual bien mostró aquel día su corazón y ánimo (que era paje del Gran Capitán, llamado Peláez Berrio), y asíóse con la una mano de las cuerdas de la puente y con la otra mano con la misma espada que traía, estando colgado con la una mano de la puente, cortó las cuerdas de ambos cabos, por manera que juntamente con la puente cayó abajo á la puerta del castillo, y luego con muy gran fortaleza se levantó y metióse

peleando con los franceses por la misma puerta del castillo, adonde como él fuese solo y los franceses muchos, por muy aína que los españoles que quedaban fuera le quisieron socorrer, los franceses le mataron, y allí acabó como valiente hombre y esforzado soldado digno de toda memoria. En esto los españoles, así por la una puente como por la otra, cargaron de recio con gran fortaleza y se metieron en el rebelín; y desde allí comenzaron á combatir reciamente el castillo por las cámaras abajo que salen al rebelín, y los franceses, como vieron á los españoles que estaban ya dentro, desde las torres se comenzaron á defender con piedras y ballestas y con mucha artillería por todas partes, echando mucho fuego artificial y pólvora ardiendo sobre los españoles que andaban en el rebelín, de que mataron algunos de ellos. En esto, como aún no dejase de entrar gente por la puente en el rebelín en favor de los españoles que estaban dentro, cargaron los franceses un cañón y encaráronlo contra la puente desde una reja del castillo, y como al tiempo que le pusieron fuego estuviese la puente llena de españoles, mató quince hombres é hirió á algunos, por manera que por temor de aquella pelota y del daño que había hecho en los soldados compañeros, todos se retiraron afuera y no osaron entrar dentro ni pasar la puente. En esto aquel valeroso y muy gran capitán Gonzalo Hernández de Aguilar allegó vestido de unas corazas y una celada borgoñona y una espada y una rodela que en la mano traía, y animando á su gente los hizo entrar consigo la puente adelante. Porque como vieron á su General tan fuertemente peleando, todos á una le iban siguiendo y cobrando dobladas fuerzas y no mostrando cobardía en acometimiento, no teniendo en nada cualquier peligro que suele en semejantes casos acaecer. El Gran Capitán iba delante haciendo maravillosas cosas de su persona. Finalmente, los españoles dieron sobre el castillo por todas partes con tanta fortaleza y tanto trabajaron aquel día, que los franceses, viendo la gran prisa que los españoles daban y la grande diligencia que ponían por los tomar, no los pudiendo más sufrir tuvieron por más seguro darse á merced. El Gran Capitán, que no quería venganza de los enemigos, mas de cobrarles aquello que con justicia se le debía, usando de aquella humanidad con los enemigos que con los amigos,

no queriendo esperar el fin de su mala fortuna, fué muy alegre y contento tomar el castillo con todo lo que tenía y librar la gente de manera que en sus personas no les fuese hecho daño alguno de los españoles. Y así vino el castillo Nuevo en poder del Gran Capitán y todo lo que ende había. Cosas dignas de gloria y perpetua memoria hizo el Gran Capitán aquel día, las cuales particularmente referidas sería escribir otro tanto volumen mayor que éste, que así en fuerzas y poder de su persona como en acometer á los enemigos con prudencia y consejo no se halló otro su igual. Las cuales todas estas virtudes mientras más ira tenía con sus enemigos, tanto más la reprimía y moderaba cuando convenía. Pues de los otros capitanes Pedro Navarro y Çareta, Martín Gómez, Nuño Docampo y de los otros soldados y capitanes españoles, verdaderamente se gastaría mucho tiempo en hablar de su virtud y fortaleza; pero porque la fin y salida de todas aquellas cosas que intentaron de hacer dan testimonio verdadero de sus obras, según la crónica cuenta, no es menester decir más en su alabanza. Grandes riquezas se hallaron en aquel castillo, adonde todas las cosas que en aquellos dos años que poseían franceses en la ciudad de Nápoles pudieron recoger y haber, todo lo tenían ende, y también muchos mercaderes y banqueros, y así se hallaron cosas de mucha calidad y cantidad y muchas cajas llenas de cosas de grande valor, aunque hubo muchos soldados que no les alcanzó parte de aquella rica presa, y blasfemando mucho se lamentaban de su mala suerte; á los cuales volviéndose el Gran Capitán les dijo: «Andad, porque con mi liberalidad venzáis vuestra fortuna, dad saco á mi casa». Pues habiéndoles hecho aquella merced, todos de presto y con mucha alegría corrieron para su casa con tanta codicia que descolgaron la tapicería y hasta la botillería dieron saco.

CAPÍTULO LXXXVII

Del socorro que vino á los castillos por mar, y de cómo viendo la armada francesa en cómo los castillos eran en poder de españoles se levantaron de allí y se fueron á Iscla, y lo que allí pasaron.

Contado ha la crónica la manera que se tuvo para tomar la ciudadela y el castillo Nuevo y

el trabajo que ende pasaron los españoles; á esta causa, pues, dice ahora que el mismo día de la presa del castillo, á hora de vísperas, allegaron al puerto tres carrozas y cuatro galeras y otras naos y fustas que venían en socorro del castillo, y tralan mil y quinientos franceses de guerra. Allegaron á surgir cerca del castillo del Ovo, y desde el surgidero enviaron una fusta al castillo del Ovo los mismos de la armada para se informar del estado de los del castillo. La fusta llegó al castillo del Ovo y supo cómo el castillo Nuevo y torre de Sant Vicente era en poder de los españoles; y los de la fusta, no contentos con esta información, pasaron más adelante con su fusta y llegaron cerca de la torre de Sant Vicente. Y como los españoles que estaban en la torre los reconocieron, descargaron contra la fusta francesa unas piezas de artillería, en que tan á menudo les tiraban, que los franceses, viendo el mal recaudo que tenían y temiendo su daño propio y conociendo que todas las fuerzas de Nápoles (excepto el castillo del Ovo) eran ya tomadas, tornáronse atrás con sus fustas á se recoger con su armada, informando á los suyos de todo lo que pasaba. Los cuales entendiéndolo, se levantaron de allí y se fueron á Capri, que es una isla bien cercana de Nápoles, donde estuvieron algunos días, y de allí se levantaron y se fueron á Iscla, adonde en el puerto de aquella isla estaba el capitán Juan de Lezcano con el armada española; y como los franceses llegaron á vista del puerto reconocieron el armada de España, por lo cual, como su armada fuese más crecida y más pujante que no lo era la de los españoles, tomaron atrevimiento para la haber de acometer; y así la comenzaron de cercar por todas partes, por donde la tuvieron en harto estrecho puesta, porque de ambas partes se lomardebaban con mucha fortaleza y se hacían gran daño. Venía en el armada española un capitán que se decía Villamarín, el cual, así para se meter en el castillo como para asegurar la tierra por aquella parte, por razón que por la parte de la mar bien segura estaba con el armada de Juan de Lezcano, saltó en tierra con alguna gente de armas, y el capitán Juan de Lezcano se quedó en la mar con el armada, el cual hizo algunos acometimientos contra la armada francesa, en que hizo en ella no poco daño; por razón que junto al puerto echó á fondo dos naos fran-

cesas, porque era tan bien afortunado que siempre salía en todas sus refriegas victorioso, haciendo no poco daño en el armada de los franceses; y lo que más le perjudicaba era el continuo tirar del artillería, para que sin tanto daño se pudiese con su armada conservar en el puerto. Y con esta voluntad hizo hacer unos reparos en esta manera, los cuales defendían que las pelotas no pasasen á herir en las galeras ni en los otros vasos de su armada. Y fué que mandó sacar todas las botas que para agua dulce y para vino tenían en las galeras y en las otras naos, y hizolas poner delante de su armada todas entretrabadas unas con otras muy fuertemente á la boca del puerto, y solamente hizo dejar una puerta por donde cupiese un navío en pos de otro, y no más; por manera que si los franceses quisiesen entrar con su armada no pudiesen sino solamente una galera en pos de otra. Este reparo se hizo con mucho artificio é ingenio, el cual verdaderamente causó mucho provecho en la armada española, porque de ahí adelante los franceses no los pudieron tirar ni hacer daño alguno. Después de hecho el reparo el capitán Lezcano con los esquifes y barcas de las naos y de las galeras no hacía sino salir del puerto por aquella boca del reparo y lomardear el armada de los franceses, y los franceses por el mismo caso lomardebaban á los españoles; de adonde siempre salían muertos y heridos algunos de la una parte y de la otra. Finalmente, á cabo de ocho días, el armada francesa, viendo ser mayor el daño que recibían que no lo era el que ellos hacían en los españoles, por razón del reparo de las botas que habían hecho, determinaron descalar y irse de aquel cerco á Gaeta.

CAPÍTULO LXXXVIII

De lo que hizo el Gran Capitán después de haber tomado el castillo Nuevo y las otras fuerzas, y de cómo se salió de Nápoles para venir de Ponte Corvo con su gente y dejó encomendado al capitán Pedro Navarro la presa del castillo del Ovo, y otras cosas que acaecieron en diversas partes.

Habiendo contado la crónica la presa del castillo Nuevo y torre de Sant Vicente, y desarraigado del todo los enemigos de lo interior de la ciudad, no quedando que tomar sino

solamente el castillo del Ovo, veníanles en este tiempo muchas nuevas y continuas quejas de algunos capitanes franceses que se habían hecho fuertes en algunos lugares del reino y hacían desde allí muchos agravios y desaguisados en las tierras y villas comarcanas que estaban por España, reduciéndolas por fuerza á la parte de Francia. Entre los cuales entre la provincia de Pulla y una villa que dicen Venosa, estaba un capitán francés que llamaban Luis de Aste, que, según dicho es, entre otros capitanes franceses éste había escapado de la batalla de la Chirinola, y se había retirado en aquella villa y allí había recogido mucha gente, con que hizo mucho daño en aquella provincia. Tenía entre caballos y infantes mil hombres y más, y con aquella gente tenía ya reducidos á su devoción algunos lugares de la comarca y extendía la parte de su Rey cuanto más podía; y por esta razón el Gran Capitán proveyó en aquel caso de esta manera. Que envió contra aquel francés á don Diego de Arellano con cien caballos ligeros y á más comisión que recogiese de la gente española que había quedado en aquella provincia toda la que le fuese necesaria, y que diese muy continua guerra á aquel capitán francés, hasta tanto que le echase de aquella provincia. Ansimismo envió al capitán Fabricio Colona en la provincia de Abruzzo en socorro de Juan de Meneses y de Paulo Marganio, que estaban en Catalahoz, para que juntándose con ellos no dejasen en aquella provincia ninguna simiente de franceses, reduciendo todos los pueblos contrarios al servicio del Rey de España. Y después de esto en Nápoles dejó al capitán Pedro Navarro con orden y mandado que tomase el castillo del Ovo, con el cual dejó al capitán Diego de Vera con el artillería, en cargo de batir el castillo por aquellas partes que más conviniese. Y para haber de combatir aquel castillo y darle la batalla á su tiempo, dejó al capitán Pedro Navarro mil infantes, y dejó por castellano en el castillo Nuevo á Nuño Docampo, hombre valeroso. Después de todo ordenado en la forma sobredicha, el Gran Capitán con toda la gente de su ejército se salió de Nápoles y vino la vía de Ponte Corvo, adonde, según está dicho, el Duque de Termes y Diego García de Paredes y el capitán Próspero Colona estaban con la otra parte del ejército español. El capitán Fabricio Colona, que con el mandado del Gran

Capitán se había partido contra la provincia de Abruzzo, juntamente con los Condes de Montoro y de Pópulo, allegó á Barleta y allí recogió más gente, y embarcándose en dos galeras comenzaron á caminar, y de camino llegaron al Guasto, que estaba por el Rey de Francia; pero como vieron venir los españoles, sin contradicción se dieron y los recibieron en la misma villa. En este medio Juan de Meneses y Paulo Marganio, que estaban en Catalahoz, trataron con los de la villa de Roca de Medio que se declarasen por España y alzasen sus banderas, que ellos les favorecían y sacarían á salvo, si de parte de los franceses les fuere hecho daño ó intentasen de lo hacer. Eran en estas partes los que tenían la parte de Francia, y sostenían á muchos pueblos de esta provincia, en esta devoción, Fabio Ursino, Jordano Ursino y Paulo Ursino, familia de mucho nombre y en mucho grado enemigos de españoles. Muchos de los pueblos de aquella provincia de Abruzzo tenían voluntad de seguir la parte de España, salvo que no osaban en ninguna manera por los Ursinos. Y porque Juan de Meneses y Paulo Marganio conocían esto y la voluntad de los de Roca del Medio de se querer tornar por España, salieron de Catalahoz y fuéronse á meter en Roca de Medio, y allí estuvieron algunos días haciendo siempre guerra á los Ursinos, fuera caso Severino, que estaba en el Aguila con Hierónimo Galoso, según que ha contado la crónica. En este tiempo el capitán Fabricio Colona y los Condes de Montoro y de Pópulo, salieron del Guasto y fueron á Veste, y de allí á Salmona y todos estos pueblos recibieron sin ninguna contradicción que mostrasen, y estuvieron en Salmona algunos días, después de los cuales salieron ende y fuéronse á juntar con Juan de Meneses y Paulo Marganio, que estaban en Roca de Medio. Y como fueron todos juntos, estuvieron en aquella villa de Roca de Medio cuarenta días, y mediante aquéllos siempre hacían guerra ursinos y españoles, y ansimismo se la hacían españoles á Fracaso Severino y á su gente. Y un día Fabricio Colona con la gente que tenía, salió de Roca de Medio y fué á correr á otra villa que estaba por Francia, la cual llamaban Roca de Caña; y como llegó á las puertas de la villa, hallaron las puertas cerradas y la gente de dentro en orden de se defender, y por esta razón Fabri-

cio Colona aderezó su gente para dar la batalla á la villa, el cual halló no poca resistencia en la gente de Roca de Caña, por manera que convino á Fabricio Colona tentar con su gente todas las maneras de fuerza para haber de tomar aquella villa, porque allegando la gente al muro combatieron la villa una gran pieza, y los de dentro se defendían con grande ánimo y voluntad. En esta sazón que los de Fabricio combatían la villa, salió de dentro el gobernador con hasta cincuenta ó sesenta hombres con intención de apartar los de Fabricio Colona del muro, y peleando con ellos convino al gobernador juntamente con los suyos de quedar en poder de los españoles preso; y todavía, no obstante la prisión del gobernador, los de Roca de Caña persistían en dureza y no se querían dar por España. Y por esta razón, viendo la gran dificultad que había en tomar aquella villa con armas, acordó Fabricio Colona de la tomar por arte, y fué así: que mandó atar las manos atrás al gobernador que estaba preso, y así atado le mandó traer ante las puertas de la villa, y con gran disimulación fingió que le quería ende ante todo el pueblo degollar, amenazando á los de dentro que si no se rendían que le degollaría, pero que si se daban ellos le darían libertad juntamente con todos los demás que tenía presos. Los de Roca de Caña, como vieron á su gobernador en peligro de muerte, tuvieron por bueno de le redimir la vida dando la villa á Fabricio Colona, y de esta manera Roca de Caña vino en poder de los españoles, y de ahí adelante siguieron el servicio del Rey de España, según que las otras villas y lugares de la comarca lo seguían. Después de esto así acabado el capitán Fabricio Colona y los Condes de Montoro y Pópulo comenzaron á discurrir por el condado de Albi y por las tierras del Aguila, reduciendo muchas tierras á la devoción de España. Ya casi toda aquella provincia se había vuelto por España, y de cada día la gente española crecía en fuerzas y poder, y por esta razón Fracaso Severino, que estaba en el Aguila juntamente con Hierónimo Galoso, viendo la parte que tenían españoles en la provincia, y asimismo la gran pestilencia y mortandad que en la ciudad del Aguila, do ellos estaban, había, cercados de uno y otro temor hallaron más seguridad en sus cosas dando la ciudad, y así se salieron del Aguila con su gente y se fueron á Roma. Los de la

ciudad, como vieron idos aquellos dos capitanes en cuyas manos y poder estaba toda su defensión y amparo, enviaron á decir á Fabricio Colona y á los Condes de Montoro y de Pópulo que viniesen á la ciudad, que ellos estaban aparejados de los recibir por España y de se dar á ellos por esta parte, alzando sus banderas por los muros de la ciudad. Los Condes habido este avlso de los del Aguila, luego fueron derechos á la ciudad, pero no osaron entrar dentro por razón de la mortandad que había en ella. Enviáronlo á decir á los ciudadanos del Aguila, los cuales salieron los que para ello tenían comisión y poder á fuera, y juntamente con los Condes hicieron su concierto y compusieron sus capítulos, de manera que de ahí adelante la ciudad del Aguila fué amiga de España, y metióse debajo de la seguridad y amparo del Rey Católico. Muchas villas y lugares se reconciliaron á la parte y bando de España, viendo la ciudad del Aguila asimismo ser de aquella opinión, de manera que ya casi no había que hacer en toda aquella provincia.

CAPÍTULO LXXXIX

De cómo el capitán Fabricio Colona fué sobre una villa que se dice Chitelino, y envió al capitán Alonso de Valladolid sobre la Roca de Polena, y lo que sucedió.

Habiendo reducido el capitán Fabricio Colona la ciudad del Aguila y casi todas las más villas y lugares de aquella provincia del Abruzo á la parte de España, según que dicho es, con aquel celo que tenía de extender el estado de España, movióse luego con su gente y vino contra una villa que dicen Chitelino, adonde estaba retraída la Marquesa de Bitonto, después que el Marqués de Bitonto fué preso en la de Altavilla, según que dicho es. Estuvo algunos días sobre esta villa, teniéndola Fabricio Colona mediante este tiempo cercada en mucho estrecho, y desde allí envió Fabricio Colona á un capitán que llamaban Alonso de Valladolid sobre una villa que se dice Roca de Polena, adonde estaba un capitán que era italiano que decían Juan María, que tenía aquella villa por el Rey de Francia y tenía consigo cuarenta hombres. La gente que el capitán Alonso de Valladolid llevó para aquel hecho fueron cien infantes españoles y más cua-

trocientos villanos de la comarca. Como el capitán allegó con su gente á la Roca de Polena, ordenó su campo en derredor de la villa y no quiso por entonces combatirla hasta otro día siguiente. Y luego el segundo día que tuvo cercada la villa, el capitán Juan María, viendo que con aquella poca gente no podía sustentarse contra los españoles, determinó de venir en concierto con Alonso de Valladolid. Después que Alonso de Valladolid supo la voluntad de Juan María de los recibir en la villa, quiso el capitán Valladolid meterse dentro en el castillo para asentar con el castellano los capítulos y condiciones que sacaron por partido; y con esto el capitán Alonso de Valladolid fué asegurado con que no metiese ende consigo sino sólo seis hombres, el cual lo hizo así, y llevando consigo seis solos soldados de los suyos se metió en la Roca. Ya en este tiempo el capitán Juan María tenía en orden su gente y puesta en el lugar secreto para haber de prender á Alonso de Valladolid y á los que con él venían; y como Juan María vido dentro en la Roca á Alonso de Valladolid, por le poder más á su salvo prender, apartólo amorosamente de los compañeros y fuese con él hablando hasta le meter por la cámara de su aposento. Descuidado el capitán español de la traición que le estaba ordenada, tenía el castellano Juan María dos hombres armados en la cámara para que como Alonso de Valladolid entrase, luego le echasen mano y lo prendiesen sin que de los compañeros que afuera quedaban fuese sentido. Finalmente, allegado á la cámara, hablando Juan María disimuladamente con el Alonso de Valladolid, se allegó á le prender, y como el Alonso de Valladolid conoció la traición, saltó fuera y echó mano á su espada, y de los primeros golpes batió por el suelo al castellano muerto. Los otros dos hombres que ya habían salido, cargaban á Alonso de Valladolid de muchos golpes, y él se defendía de ellos con mucho saber y arte, por manera que retirándose poco á poco, vino al lugar do habían quedado los seis soldados sus compañeros; y los compañeros como le vieron tan mal parado, juntáronse con él, que ya ellos habían sido de los de la Roca acometidos, y allí en aquella cámara todos siete se hicieron fuertes. Verdaderamente hicieron los siete españoles muy grandes cosas en aquel día, porque se defendieron de todos los de la Roca sin que ninguno

osase allegar ni entrar. Era tan grande el estruendo y rumor que á esta causa habla en la Roca, que la gente que estaba fuera en el campo lo sintieron. Luego conocieron la traición, por lo cual todos juntos puestos en armas allegaron á la Roca, combatiéndola con tanta fortaleza que á fuerza de armas hubieron los españoles de tomar la Roca; y en metiéndose dentro, hicieron tantas bravezas de sus personas que verdaderamente bien supieron vengar la injuria hecha á su capitán y el peligro que en su vida recibió, por razón que todos los más que estaban en la Roca fueron á sus manos muertos y algunos presos, que debajo de merced se dieron; por manera que así vino la Roca á la devoción de España, y el capitán Alonso de Valladolid con sus seis compañeros puestos en seguro, el cual, según dicho es, muy bien lo habían menester sus vidas y personas.

CAPITULO XC

De cómo el Gran Capitán, queriendo ir sobre Roca Guillerma, una villa fuerte que estaba por el Rey de Francia, envió delante al capitán Diego García de Paredes, para tomar un paso que dicen los Fratres, adonde estaban quinientos franceses entre infantes y caballos, y de lo que sucedió.

Ya se dijo arriba cómo el Gran Capitán salió de Nápoles con todo su ejército y se vino á Pontecorvo, adonde Diego García de Paredes y el Duque de Termes y Próspero Colona estaban con su gente. Pues dice ahora la crónica que como el Gran Capitán llegó á Pontecorvo, estuvo ende cuatro días dando orden de ir á tomar una villa muy fuerte que estaba por Francia, que se llama Roca Guillerma; y porque, según la ejecución de aquel negocio, era menester proveer á quitar muchos inconvenientes que había, entre los cuales era el paso de los Fratres, que es un paso muy fuerte por donde de necesidad se había de pasar con el ejército español, adonde en defensa dél estaban quinientos franceses entre caballos y infantes. Por esta razón envió el Gran Capitán adelante á Diego García de Paredes con quinientos infantes para que tomase los Fratres y echase dende los franceses. Diego García de Paredes con aquellos quinientos infantes salió una noche de Pontecorvo á una hora de la noche y no quiso pasar por la puente de

la villa por no ser descubierta, sino fuese el río abajo cuanto ocho millas con voluntad de pasar el río con una barca que está frontero de Sant Jorge. Y como Diego García de Paredes llegó con su gente en aquel lugar, serían pasadas cinco horas de la noche y no halló la barca en aquel lugar donde pensó hallarla, adonde solía estar de antes. Era la causa que los franceses que estaban en los Fratres con aquel mismo temor que los españoles pasarían por ella, la habían pasado de la otra parte del río y la habían anegado en el agua en un regolfo que ende hace el río, de manera que no podía subir á lo alto por el grande peso y carga que tenía de piedras. Pero Diego García de Paredes, que toda cosa dificultosa hacía hacer fácil su buena diligencia, luego buscó el remedio para haber de pasar, y buscando por el río hallaron un londre pequeño en que podían caber tres hombres y no más; y Diego García de Paredes tomando el londre juntamente con otros dos de sus compañeros y soldados se metieron dentro y todos tres pasaron de la otra parte del río, y tornando con el mismo londre en cinco veces pasaron quince hombres, y todos quince con harto trabajo pusieron por obra de sacar la barca encima del agua, y tanto hicieron ellos que á pura fuerza de brazos la sacaron á lo seco y la descargaron del peso que tenía de las piedras y luego la lanzaron en el agua, por manera que en veces pasó de la otra parte del río toda la gente que había quedado. Y á esta sazón cuando acabó toda la gente de pasar quería amanecer, y los franceses que estaban en los Fratres, siendo avisados por sus centinelas como españoles hablan pasado el río, que les venían á tomar aquel lugar, creyendo que fuese todo el ejército español salieron de los Fratres y fuéronse adonde monsiur de Alegre estaba con el ejército. El cual como supo la venida del Gran Capitán contra él, no osó aguardalle en el campo y por esta razón se partió del Garellano con su ejército y se retrajo en Gaeta. Diego García de Paredes, luego como su gente acabó de pasar, movió de allí y fuese á meter en los Fratres, adonde allegando halló desembarazada la villa de los franceses y supo cómo de temor de su venida se habían aquel día salido. Y por esta razón, metido que fué con su gente en los Fratres, luego lo hizo saber al Gran Capitán, que según dicho es estaba en Pontecorvo; el cual sabiendo lo que había acaecido en

los Fratres, y cómo Diego García de Paredes estaba apoderado en ellos, se movió luego de Pontecorvo llevando la vía de Roca Guillerma, y no fué por la vía que llevó Diego García de Paredes, sino por la misma puente de Pontecorvo se fué el río abajo y llegó aquel día dos millas de Roca Guillerma, adonde estuvo todo lo que quedaba de aquel día y la noche. Los de Roca Guillerma como supieron la venida del Gran Capitán en persona á aquella villa, sabiendo que los franceses habían desamparado los Fratres y viendo el poco remedio que tenían de defenderse, determinaron de se dar al Gran Capitán por el Rey de España, y así en esta manera se lo enviaron á decir. En que el Gran Capitán, sabida la voluntad de los de Roca Guillerma, hubo por bueno de los recibir, según y con las condiciones que ellos demandaron, en que hicieron voto y pleitesía de se mantener por el Rey de España todo el tiempo que la tuviesen, sin hacer de sí algún mudamiento. Pero poco duró aquella gente en su voluntad, por razón que aquel mismo día que se dieron al Gran Capitán les vinieron de socorro cuatrocientos franceses, los cuales vinieron por la parte de la montaña. Y por esta causa los de Roca Guillerma (que muy rebeldes y de poca fe fueron), según abajo se dirá, viéndose favorecidos, se tornaron á rebelar contra el Gran Capitán, no guardando el homenaje y pleitesía que en mano del Gran Capitán aquel día habían hecho. Por esta razón el Gran Capitán, enojado con ver la poca fe de los de Roca Guillerma, propuso de ir contra ellos con toda su gente y de los asolar y meter á fuego y á sangre, como se suele hacer de las villas y lugares que, quebrantando la fe á su Rey y señor, se le muestran claramente contrarios. Finalmente, luego aquella noche el Gran Capitán envió un hombre á Diego García de Paredes, en que le hacía saber cómo Roca Guillerma habiéndose una vez dado por el Rey de España y jurando de se mantener en aquella voz y parte, se había en aquel mismo día venido á rebelar contra España por razón de cierta gente de socorro que del campo francés le había venido, y que por esta razón él tenía determinado de destruir aquel pueblo, por donde cumplía que en todas maneras con la gente que tenía tomase la montaña y que diese por aquella parte el combate al castillo y á la villa, y que él iría por la parte de abajo con toda la gente á se lo dar, y que de esta

manera muy en breve creía que Roca Guillerma vendría en su poder. Diego García de Paredes, como fué avisado de lo que había de hacer en aquel caso, partióse á media noche con toda su gente de los Fratres, y tanto anduvieron, que antes que fuese de día allegaron á una montaña, adonde con mucho trabajo todos los españoles subieron, por razón que es la subida de aquella montaña la más áspera que jamás se vido, por cuya aspereza ni los habitantes del castillo ni moradores de las tierras comarcanas, si no es á muy gran necesidad, pocas veces acostumbran subir. Finalmente, como los españoles subieron en lo alto de aquella montaña, hallaron el paso por donde habían de pasar á dar el combate á la villa tomado de los franceses y gente de la villa, los cuales viendo venir á los españoles por la montaña todos se metieron en huida, sin haber muestra de alguna resistencia fueron camino de la villa. Pero el capitán Diego García de Paredes como los vido ir así de huida, comenzó á muy gran prisa de los seguir con su gente, y verdaderamente si no fuera por la aspereza de la montaña no les quedara hombre á vida. Pero como ellos no supiesen la tierra y por el contrario los enemigos estuviesen en ella tan cursados, sabían bien los atajos, á cuya causa todos se escaparon sin que los hiciesen daño alguno. En esto los españoles pasaron el paso de la montaña y abajáronse por ella hasta se poner hacia la parte del castillo junto á una hermita que está en lo alto sobre la misma villa. El Gran Capitán á esta sazón ya se había movido del aposento y venía con toda su gente, y allegando sobre la villa á la parte de abajo, Diego García de Paredes por la parte de lo alto comenzaron aderezarse para dar el combate á los de Roca Guillerma. Los cuales viendo todo el ejército español sobre sí y que de allí no se les podía seguir sino su total perdición, no siendo bastantes los franceses que les eran allegados de socorro para se poder oponer al Gran Capitán, determinaron de se dar otra vez por España, de manera que de los franceses no les fuese hecho daño ninguno. Y así encubiertamente sacaron por una puerta de la villa á los franceses que dentro estaban, sin que de los españoles fuesen sentidos. Y después que fueron en salvo, los de Roca Guillerma enviaron al Gran Capitán cuatro hombres de los principales á le pedir de

su parte les perdonase por el yerro que contra él habían cometido, excusándose que si al tiempo que los franceses venían en su favor hubiera venido á se meter alguna gente de su parte, ellos se sustentaran en el servicio del Rey de España; pero que como los hallasen tan desamparados del favor de los españoles, no tuvieron atrevimiento de contradecir á los franceses la entrada de la villa; pero que ahora podían hacer lo que fuese su voluntad de ellos, y por eso le enviaban la segunda vez á ofrecer y entregar la villa juntamente con sus personas, las cuales ponían debajo de su amparo y seguridad. El Gran Capitán, aunque estaba en determinación de los asolar y destruir, viendo su colorada excusación tuvo por bien de les perdonar y tomar debajo de su merced, y así se metió con toda la gente dentro y compuso con los de Roca Guillerma muchas cosas para confirmación de su vasallaje, y junto con esto les dejó por gobernador un caballero que se decía Tristán de Acuña con algunos españoles de guarnición, el cual quedó allí con este cargo. Hecho esto, el Gran Capitán se salió de Roca Guillerma para ir sobre Gaeta, según que abajo se dirá.

CAPÍTULO XCI

De cómo D. Diego de Arellano después de haber partido de Nápoles con la orden que el Gran Capitán le dió, fué sobre Luis de Aste, y de lo que con él sucedió.

Contado ha la crónica cómo antes que el Gran Capitán se partiese de Nápoles, según dicho es, despachó al capitán Fabricio Colona y á los Condes de Montoro y de Pópulo, para ir contra la provincia de Abruzo, adonde los Ursinos tenían muchas villas y lugares conformes con la parte del Rey de Francia á quien ellos servían, y que junto con ello envió á D. Diego de Arellano contra un capitán francés que llaman Luis de Aste, que desde una villa que dicen Venosa hacía mucho daño en las villas y lugares de la comarca que tenían la voz y parte de España. Pues dice ahora que siendo D. Diego de Arellano partido de Nápoles con la orden que el Gran Capitán le dió, allegó con su gente á una villa que dicen Repola, primero día del mes de Agosto de mil y quinientos y tres años, y allí en aquella villa recogió de gente española que estaba en la Pulla cien caballos ligeros y qui-

nientos infantes, por manera que ya tenía doscientos caballos con los ciento que él trajo de Nápoles. Y después que hubo recogido aquella gente movióse de aquel lugar y fuese á una villa que dicen Atela, adonde llegó día de la Ascensión de Nuestra Señora, que es á quince días andados del mes de Agosto, y allí estuvo algunos días haciendo correrías y enviando siempre gente contra Venosa, donde según dicho es estaba Luis de Aste. Con estas correrías se hacían muchas presas de ganados y prendieron asimismo alguna gente, de que Luis de Aste mucho se sentía. El cual un día á diez y nueve del dicho mes de Agosto salió de Venosa con toda su gente y con artillería, y fuese á poner tres millas de Atela, y en aquel lugar se quedó emboscado con la gente y envió adelante hasta cien caballos ligeros á correr un casar de griegos que se llama Barina, y los caballos con esta orden se partieron de donde Luis de Aste se quedaba emboscado y allegaron á Barina, adonde los griegos estaban bien descuidados. Finalmente, los caballos franceses se metieron en la tierra y metiéronse todos en saquear los casares; los cuales con la codicia del saco se comenzaron á desmandar los unos de los otros repartiéndose por las casas, robando cuanto ende hallaban. En esto los griegos juntáronse hasta ciento, y viendo el daño que los franceses les hacían, como hombres perdidos arremetieron á ellos; y como los tomaron apartados unos de otros, mataron y hirieron algunos franceses; pero como conocieron el daño que los griegos les hacían, salieron todos de las casas y dieron sobre los griegos por el un lado, por manera que hiriendo y matando algunos griegos, los franceses comenzaron á retirarse no muy vacíos de lo que habían robado, y así mismo llevando una grande cabalgada de ganado que en aquel término pacía, con que comenzaron á ir camino de donde estaba la emboscada. A la sazón que los griegos fueron acometidos, D. Diego de Arellano, que estaba en Atela, fué avisado, el cual con mucha diligencia envió en pos de los franceses al capitán Fernando de Quesada para que alcanzase á los franceses y les quitase lo que llevaban robado de los casares y la cabalgada del ganado. Finalmente, Fernando de Quesada con cien caballos y con trescientos infantes se partió de Atela, y al más andar que llevar pudo comenzó de seguir á los fran-

ceses; pero como llevasen en su séguimiento tan grande prisa hubo la gente de se desordenar corriendo cada uno á todo su poder, por manera que unos se quedaban atrás y otros iban adelante. Los cuales con este desorden llegaron á una villa que se dice Rivacandía, y los franceses al pasar reconocieron el desorden que llevaban los españoles, y por esta razón cuando fué tiempo, Luis de Aste con toda su gente y artillería salió de la emboscada y dió sobre los españoles. Y como estaban unos de otros apartados y sin ningún orden no se pudiendo tan presto recoger, convino morir á las manos de los franceses más de cincuenta de ellos, y fueron presos más de veinte, y todos los demás fueron desbaratados y metidos en huida, salvándose por estar Atela tan cerca que se salvaron en ella. De lo cual fué causa la gran desorden de la gente que en el séguimiento de los franceses iba.

CAPÍTULO XCII

De muchas cosas que entre D. Diego de Arellano y Luis de Aste acaescieron en aquella provincia de Pulla.

Después que el capitán Luis de Aste hubo roto los españoles en lo de Rivacandía, recogióse con su gente á Venosa, que era lugar adonde él tenía su aposento, y un día que eran diez días del mes de Septiembre salió otra vez de Venosa con toda su gente y artillería y fué á poner cerco sobre una villa que dicen Andria, de que en esta crónica asaz mención se ha hecho. Y teniéndola muchos días cercada muy estrechamente, los de Andria no pudieron hacer otra cosa salvo sino darse por el Rey de Francia, y después con toda su gente se metió dentro. D. Diego de Arellano, siendo avisado en cómo Luis de Aste había tomado á Andria, salió de Atela con su gente y fuese á meter en Barleta y en Corata, adonde estaban el capitán Pedro Hernández de Nicuesa y fray Leonardo con trescientos caballos ligeros griegos y españoles. Y como D. Diego de Arellano llegó á Barleta, halló que había ende muy gran falta de pan y otras provisiones, por lo cual luego envió á la Chirinola cincuenta caballos para traer de allí ciertos carros de trigo para sustentación de la gente. El capitán Luis de Aste que estaba en Andria, siendo avisado de lo que los españoles ordenaban hacer, que era recoger

el grano que había en la Chirinola y en Barleta, salieron muy secretamente de Andria con toda su gente y con el artillería y vino á poher al pie del paso en el camino que va de Barleta á la Chirinola, y allí estuvo hasta que los cincuenta caballos llegaron, que habían ido á la Chirinola y dieron la vuelta con el trigo; y como allegaron al lugar donde Luis de Aste estaba esperando, fueron dellos acometidos, por manera que como los franceses eran muchos y los españoles no más de cincuenta caballos, según dicho es, no pudieron sufrir el gran poder con que los franceses muy cruelmente los cargaron, y por esta razón les convino siendo desbaratados dejar en poder de los franceses el trigo, y algunos de ellos asimismo fueron presos. Y con esto Luis de Aste con su gente se comenzó á venir la vía de Andria. Los caballos que se salvaron á muy gran prisa avisaron á D. Diego de Arellano y á Pedro Hernández de Nicuesa, los cuales viendo cómo Luis de Aste llevaba el trigo y que se recogía con ellos á Andria, con muy gran diligencia salieron con quinientos infantes y con trescientos caballos ligeros, y al mayor andar que pudieron fueron en séguimiento de los franceses, á los cuales alcanzaron á una milla de Andria ya pasado el día y entrada la noche cuanto una hora, y dieron sobre la rezaga francesa; y con mucha fortaleza de tal manera se vinieron con los franceses que iban en la rezaga, que los desbarataron á todos y les mataron quince hombres y les tomaron cuatro piezas de artillería, y asimismo todo el trigo que les hablan tomado, según dicho es. Y Luis de Aste, que iba en la vanguardia no quiso tornar atrás en favor de la rezaga, antes á muy gran prisa con la gente que recogía (que toda fué desbaratada) se retrajo á Andria, y los españoles se tornaron á Barleta y Corata. En este tiempo habiendo estado Luis de Aste con su gente en Andria seis días, sintió ende muy grande falta de mantenimientos para sustentación de su ejército, y por esta razón, no pudiendo sufrir aquel lugar, convino salir de Andria y irse con su gente á una otra villa que dicen Visela, adonde había alguna más disposición para se sustentar. Y allegó la nueva de esto al capitán D. Diego de Arellano, que sobre los franceses tenía puestas sus espías; y como supo el movimiento de los franceses y el lugar para donde se aderezaban, con muy gran

diligencia tomó cuatrocientos caballos ligeros y en su compañía á Pedro Hernández de Nicuesa y salieron de Barleta y Corata y fueron en seguimiento de los franceses, á los cuales alcanzaron á dos millas de Visela ciento y cincuenta caballos griegos que se adelantaron de los otros para los detener antes que se metiesen en Visela. Y como allegaron adonde los franceses iban en la rezaga, cargaron sobre ellos y comenzáronles de herir muy fuertemente; pero Luis de Aste que llevaba la vanguardia, como sintió que los de su rezaga habían sido de los españoles acometidos, tornó con la gente de la vanguardia y con el artillería cargada. El cual como allegó cerca de los griegos, mandó descargar el artillería, en que de una pelota murió un griego de los que venían delante, y junto con el tirador cargó sobre ellos sus gentes, de manera que dado caso que los caballeros peleasen una breve pieza, al fin no pudieron sufrir á los franceses, por lo cual todos se metieron en huida, y los franceses se fueron entre los otros caballos que atrás venían, y así se mezclaron los unos con los otros y pelearon un grande rato, adonde hubo heridos de ambas partes y uno muerto de la parte de los españoles, y al fin siendo los españoles desbaratados, lo mejor que pudieron se tornaron á Corata y á Barleta. El capitán Luis de Aste no quiso ir en su alcance, pensando meterse en Visela aquel día; pero no le avino como pensó, porque como los de Visela supieron la venida de franceses contra ellos, cerraron las puertas y pusiéronse en la defensa, y por esta razón puso cerco sobre ella y tóvola así cercada una noche y un día; y así por la gran falta que de mantenimientos tenían, no se pudo ende sufrir más tiempo y alzándose de sobre Visela se fué al Rubo, adonde estuvo con su gente algunos días, mediante los cuales D. Diego de Arellano se salió de Barleta y se fué á Bitonto, y de allí franceses y españoles se visitaban con escaramuzas y se hacían todo el daño que podían.

CAPÍTULO XCIII

De cómo Luis de Aste saltó á los españoles por un engaño, en que les hizo harto daño, y de otras cosas que entre los unos y los otros acaescieron.

Luego otro día siguiente, como Luis de Aste vino á Rubo, según dicho es, determinó

hacer un engaño á los españoles, con que hizo no poco daño en ellos, y fué que ordenó de hacer en la forma siguiente: Echó fama cuando salió de Rubo que quería ir sobre un lugar que se dice Altamira, y siendo de Altamira cuanto una milla, dejó el camino que llevaba y dió la vuelta sobre Corata, adonde Pedro Hernández de Nicuesa estaba; y siendo á dos millas de Corata, Luis de Aste se metió con su gente en una emboscada con voluntad de esperar allí á los españoles, que por cierto tenía que habían de salir á le acometer creyendo que llevaba el camino de Altamira. Y así fué que siendo avisado D. Diego de Arellano en cómo Luis de Aste iba sobre Altamira con cien caballos ligeros y con trescientos Infantes, salieron de Corata y de Bitonto juntamente con Pedro Hernández de Nicuesa, y con esta gente á muy gran prisa dieron tras de Luis de Aste, que llevaba el camino de Altamira, según que se había publicado. Y como los españoles fueron junto á la emboscada adonde los franceses estaban, Luis de Aste con toda su gente se descubrió y dió sobre los españoles con mucha fortaleza. En que los españoles, turbados del asalto que tan de repente se les había hecho, comenzaron de se defender lo mejor que podían, en que murieron veinte hombres, y de la una y de la otra parte fueron muchos heridos. Pero al fin, como los franceses fueran muchos más que no los españoles, cargaron tan de recio sobre ellos que no los pudieron sufrir, por manera que como mejor pudieron se comenzaron á retirar la vía de Corata y de Bitonto, y los franceses los fueron siguiendo hasta los meter casi dentro de la villa. Mataron los franceses en este alcance treinta españoles y hirieron otros muchos. Hecho esto, Luis de Aste se retiró con esta victoria, que muy á su salvo había habido por haber usado aquel engaño; y fué desde allí con su gente á un lugar que dicen Espinazolla, que estaba por el Rey de España, y como allegó puso su gente alrededor y con el artillería puesta por lugares diversos la combatió muchos días hasta tanto que un día metiendo en orden su gente la tomó á fuerza de armas, adonde hizo muy gran daño en los bienes de los moradores de aquella villa, saqueándoles y robándoles todo cuanto tenían. Finalmente, Luis de Aste estuvo en aquella villa tres días, y á cabo de este término se salió de Espinazolla y se fué á Ve-

nosa. D. Diego de Arellano y Pedro Hernández de Nicuesa y fray Leonardo luego se movieron de Corata y Bitonto y vinieron á una villa que dicen Monarvino, y allí se estuvieron dos días, en fin de los cuales D. Diego se partió de Monarvino y se pasó á otra villa que llaman Labelo, que estaba á cinco millas de Venosa, y allí en Labelo D. Diego de Arellano dejó al capitán Nicuesa y á fray Leonardo con trescientos caballos ligeros, y él con doscientos caballos y con quinientos infantes se partió de Labelo y se fué á Melfa, una villa que es ocho millas de Venosa, que ya estaba por España, después que, según ya dicho es, el Príncipe de Melfa se pasó en Francia. De todas estas villas y lugares, franceses y españoles se hacían todo el daño que podían, habiendo así de una parte como de otra presos, muertos y heridos, y de esta manera se visitaban cada día con escaramuzas. Y entre estos días un día que fueron veintinueve del dicho mes de Septiembre, el capitán Luis de Aste se partió de Venosa siendo de noche y fué sobre Atela, la cual tomó por fuerza de armas, y de ahí fué sobre Repola, y hizo lo mismo; por manera que muchas eran las villas y lugares que este capitán tenía puestas bajo la corona de Francia, y allí en Repola se estuvo algunos días, mediante los cuales españoles y franceses, de unos y otros lugares, se hacían muy cruda guerra. Después de esto Luis de Aste salió de Repola con toda su gente y vino á correr á Melfa, adonde estaba D. Diego de Arellano, y allegó con su gente hasta dentro de los términos; y como D. Diego de Arellano vido á los franceses tan cercanos de sí, salió de Melfa con su gente y dió de recio en los franceses, y tan fuertemente peleó, que murieron veinte franceses y muchos más murieran sino que Luis de Aste, no pudiendo sufrir á los españoles, á la mayor prisa que pudo se comenzó á retirar la vía de Repola, y allí se estuvo aquel día con la noche, y D. Diego de Arellano con su gente se tornó á Melfa. Luego otro día siguiente el capitán Luis de Aste, no se hallando seguro en Repola, se salió de allí y se fué á Venosa, adonde estuvo muchos días, hasta que, según que la crónica dirá, Bartolomé de Alviano lo echó de la provincia. Después de esto el Gran Capitán envió á mandar al capitán Pedro Hernández Nicuesa se fuese con su gente á Taranto y se estuviese allí hasta saber otra

cosa; el cual sabida la voluntad del Gran Capitán se movió de Corata y se fué á Taranto. Como el Conde de Condexame supo su venida, salió dende y vino á Venosa con Luis de Aste.

CAPÍTULO XCIII

De cómo el capitán Pedro Navarro aderezó de combatir el castillo del Ovo, y de cómo lo tomó y dejó la ciudad de Nápoles limpia de franceses y se fué adonde el Gran Capitán estaba.

Entre todas las cosas que el Gran Capitán ordenó antes que de Nápoles se partiese, según dicho es, fué que dió cargo al capitán Pedro Navarro para que tomase el castillo de Ovo, y dejó en su compañía con el artillería al capitán Diego de Vera. Pues dice ahora la crónica que queriendo el capitán Pedro Navarro dar fin en aquella empresa, aderezó de poner el artillería contra el castillo en la forma siguiente: en el monte de Pitifalcón se pusieron ciertas piezas de artillería, por razón que desde aquel lugar, por ser alto, señoreaban mucho el castillo y con ella se hacía mucho daño. Toda la otra artillería que quedó, se repartió por muchas partes y lugares de donde mayor daño se podía hacer, y después de asentada se comenzó á batir el castillo con tanta fortaleza y tan á menudo que por razón del asiento que tenía, tiraban tan á su gusto que con muy gran daño se podían los franceses asomar á la defensa del castillo. Entre tanto que se batía la gente, que metida estaba en armas, comenzó por otra parte á combatir una casamata que estaba en cabo de la puente de piedra, que está en la mar por donde se va al castillo junto á la timpa del castillo; y trabajando mucho en la presa de aquella casamata no la pudieron al fin tomar hasta que el capitán Pedro Navarro arremetió con cincuenta hombres á la casamata, adonde en la defensa estaba una buena parte de gente francesa. Los cuales defendían la casamata con mucha fortaleza; pero como el artillería que tiraba de Pitifalcón señorease tanto aquel lugar, no consentía á los franceses ponerse tan liberamente á la defensa de aquella casamata. Y en esto el capitán Pedro Navarro con aquellos cincuenta hombres allegó de recio y no dejaron por esto los franceses de defender la casamata, dado caso que de la artillería de

Pitifalcón recibiesen daño, antes hacían en la defensa muchas cosas de gran virtud y fortaleza. Pero el capitán Pedro Navarro hizo tanto con aquella gente por les tomar la casamata, que así por fuerza como por el daño que los franceses recibían del artillería del monte, no pudieron hacer menos de desamparar la casamata y retraerse al castillo, por lo cual los españoles que habían trabajado metiéronse dentro todos como la vieron desamparar de los franceses, y allí estuvieron en guarda de la casamata mucha y muy buena gente española. Después que los españoles fueron apoderados en la casamata, el capitán Pedro Navarro hizo hacer una mina al castillo para derrocar el muro por donde hiciese entrada en él, porque de otra manera, si no era á muy gran daño suyo, no podía meterse dentro por su fortaleza ó si no se acercaba de manera que por falta de bastimentos se diesen. En este caso no se debía diferir la toma del castillo, por razón que de cada día esperaban socorro los franceses que dentro estaban, y cuanto se dilataba, tanto más duda se ponía en la presa dél. Finalmente, según la orden que el capitán Pedro Navarro dió en el hacer de la mina, luego comenzó la gente de picar en el lugar do la mina había de ser hecha, adonde pasó muy grande y pesado trabajo; por razón que como el castillo del Ovo estaba sobre la mar, su edificación sobre una muy fuerte y grande peña de piedra viva, y de esta causa no se podía cavar sino poco y con mucho trabajo. Los franceses que estaban en el castillo, como sintieron el rumor de los picos y vieron que les cavaban aquéllos el muro, salieron de aquel castillo hasta veinte franceses con voluntad de rebotar de aquel lugar á los españoles que picaban la mina, y el capitán Pedro Navarro y el capitán Martín Gómez, que estaban dentro de la obra de la mina solicitando la gente que tenía cargo de cavar, salieron con hasta treinta hombres y arremetieron contra los franceses con grande ímpetu y fortaleza, y así ellos como el artillería que estaba en Pitifalcón, que no cesaba de tirar, hicieron daño en los franceses, en especial una culebrina que entre los otros cañones se descargó, la cual, andando los franceses escaramuzando con los españoles, mató de un camino dos franceses, de que los franceses cobraron miedo, y los españoles con grande ánimo cargaron más de recio sobre ellos, por mane-

ra que á golpes de espada los encerraron á todos en el castillo, y llegaron los españoles junto á la puerta por se meter con ellos juntos y revueltos. Pero los franceses que estaban en lo alto, como vieron á los españoles tan cerca de la puerta que forzaban por entrar, comenzaron de arriba de defender la entrada echando mucho fuego artificial y piedras, con que hicieron daño en algunos españoles. En esto el capitán Pedro Navarro hizo retirar su gente alemana y dejó de los seguir más. Tanto se trabajó en el hacer de la mina que en espacio de nueve días hicieron dos hornos bien grandes, los cuales el capitán Pedro Navarro mandó henchir de pólvora, y después cerráronlos con un muy fuerte muro. Hecho esto en esta manera, el capitán Pedro Navarro y los otros capitanes aderezaron la gente para dar la batalla, y metidos los españoles en armas púsose fuego á las minas, cuya fortaleza fué tan grande que derrocó en tierra un pedazo del castillo con una parte de la iglesia que dentro del castillo está; junto con esto mató de su caída muchos franceses, los cuales cayeron á vueltas del muro y á otros mató debajo. Finalmente, los españoles, viendo el muro en tierra, arremetieron y comenzaron de le combatir, y los franceses se defendían en todo su poder; pero como vieses gran parte del muro caído y muchos franceses muertos á esta causa, según dicho es, y junto con esto vieses el daño que el artillería de Pitifalcón les hacía, que apenas y sin muy gran daño suyo no se podían tener ni poner á la defensa de aquel castillo al portillo, que no les llevase á pedazos de vuelo, determinaron de esperar el mejor y más seguro partido con que sus vidas pudiesen amparar, y así, á ejemplo de los otros castillos de la ciudad, determinaron de se dar asimismo á merced, á quien el capitán Pedro Navarro, juntamente con el consentimiento de los otros capitanes españoles, los recibieron dando seguridad en sus vidas, aunque no en sus personas; y así los tomaron en prisión para los llevar al Gran Capitán, de quien, siendo su voluntad, debían de recibir libertad. Luego como el castillo del Ovo se dió al capitán Pedro Navarro, le mandó meter á saco, en que hallaron cosas de muy gran calidad, así en ropas, joyas y dineros como de otras muchas cosas que ende hallaron; y con esto, dejando primero proveído todo lo que convenía acerca de la

defensa de los castillos, el capitán Pedro Navarro con la otra gente que le quedó se partió de Nápoles para donde el Gran Capitán estaba, quedando de ahí adelante la ciudad de Nápoles muy conforme con el Rey Católico de España y la ciudad limpia de franceses, los cuales ya del todo habían sido echados con mucho daño suyo y de sus haciendas, según dicho es; y lo que después de esto sucedió, la crónica lo irá contando cada cosa en su lugar.

CAPÍTULO XCV

De cómo el Gran Capitán se partió de Roca Guillerma con todo su ejército y fué sobre la ciudad de Gaeta, adonde monsiur de Alegre con el ejército francés se había recogido, y de lo que sucedió, y de la muerte de aquel famoso capitán D. Yugo de Cardona.

Después que el capitán Pedro Navarro (según dicho es) hubo tomado el castillo del Ovo y echado de la ciudad de Nápoles los franceses, fuese á Roca Guillerma, adonde estaba el Gran Capitán con el ejército, el cual con voluntad que tenía de dar fin en aquellos negocios del reino, echando de todo punto dél á los franceses, envió desde allí á llamar al capitán Fabricio Colona para que luego con la gente que consigo tenía se viniese donde él estaba, y después de esto tomó parecer con los suyos para se determinar contra qué parte se debían mover con el ejército ó si irían contra Gaeta, donde monsiur de Alegre estaba con el ejército francés hecho fuerte, para conquistarla con otras muchas villas y lugares que en aquella provincia tenían la parte de Francia. Finalmente, después de muchas cosas que ende se alteraron, se determinó ser mejor comenzar aquel negocio por la cabeza y ir sobre la ciudad de Gaeta; por razón que si aquella ciudad se tomaba, todas las otras villas y lugares que tenían la parte de los franceses no podrían hacer otra cosa salvo recibir á los españoles y darse por el Rey de España, según lo habían hecho las otras tierras del reino de Nápoles. En conclusión de todo, quedando en este acuerdo, el Gran Capitán hizo aderezar su gente con el mejor aparejo de artillería y de todas las otras cosas á la guerra convenientes, se partió de Roca Guillerma y por sus jornadas vino á Gaeta, adonde puso la gente en derredor de la ciudad por

la parte de la tierra, y tuvo cercada la ciudad muchos días, mediante los cuales se tentó por fuerza de armas de tomar la ciudad, en que así por ser fuerte la ciudad como por ser la gente que dentro estaba toda escogida y buena, que muy bien la sabían defender, no pudo el Gran Capitán de aquella vez entrarla por esta razón, porque el artillería que ende á la sazón tenía, era poca, y para batir la ciudad envió á Nápoles por la artillería de los castillos y la que había quedado en las galeras, de manera que como la artillería fué venida á Gaeta luego la hizo poner en los lugares más necesarios y donde mayor daño se pudiese hacer con ella. Para mayor seguridad del artillería, el Gran Capitán repartió su gente en esta manera: en el jardín adonde se hacía la guardia, frontero de un torreón que sale á la marina, el cual cubre la puerta de la ciudad, mandó estar á Diego García de Paredes con otros capitanes con una parte de la infantería; en otro jardín más alto que estaba á la mano derecha mandó el Gran Capitán estar á Pedro Navarro con otros capitanes con mil y quinientos soldados; en otro jardín que estaba en lo alto un tiro de piedra más atrás de donde Pedro Navarro estaba, mandó estar á los alemanes, y en las otras casas y jardines desde allí atrás mandó estar á toda la otra gente del campo. Por manera que los españoles estaban tan cerca de la ciudad que con una piedra desde el muro ó del monte hasta las estancias del campo español muy fácilmente se allegaba. En otro jardín que está delante de los otros, el Gran Capitán mandó hacer muchos reparos, y en aquel jardín contra el monte hizo asentar mucha artillería de cañones gruesos y culebrinas y falconetes, la cual se asentó por lugares diversos contra el muro del monte, según dicho es. Después que el Gran Capitán hubo repartido su gente y artillería en la forma que dicho tengo, dió orden que el muro se batiese desde uno de los reparos que los franceses tenían hechos con una trinchera fuera del monte, adonde estaban doscientos franceses en guardia, los cuales asimismo tenían mucha artillería repartida por los costados, para que cuando los españoles se llegasen á dar la batalla, les tirasen desde allí y desde los reparos, de que se les pudiese seguir gran daño. Finalmente, desde aquel reparo para abajo hacia la puerta del burgo el Gran Capitán mandó que se diese la batería,

y sin más determinarse los artilleros comenzaron á batir el muro del monte, el cual se batió ocho días continuos, en que murió de una parte y de otra alguna gente. Era tanta la artillería que de ambas partes se descargaba unos contra otros, que verdaderamente parecía que allí estaba junto todo el ejército y rumor del infierno. Los españoles se dieron tanta prisa en batir en aquel lugar desde los bestiones que los franceses tenían fuera del muro abajo hacia la puerta del burgo que los franceses tenían cerrada, la cual está hacia otra puerta del burgo que cae al torreón de la marina, que derribaron por tierra ciento y cincuenta cañas de muro. En esto monsiur de Alegre había hecho hacer dentro del muro muchos reparos, tan grandes y tan fuertes que después del muro caído, según dicho es, quedaron los franceses tan defendidos como de antes. Había nueva en este tiempo que venía á los franceses socorro por mar, el cual enviaba el Rey de Francia con el marqués de Saluces, según abajo se dirá, y por esta razón el Gran Capitán se daba muy grande prisa por tomar la ciudad antes que el socorro llegase á Gaeta; y con esto se determinó dar una batalla en que los españoles, esforzados con un razonamiento y habla del Gran Capitán, añadiendo en su propia virtud mayor corazón y ánimo, deliberaron en sí de morir todos de aquella vez y no vivir con tanto trabajo como en las dilaciones de aquella conquista del reino habían padecido y padecían. Y con esta voluntad, poniendo en aquella batalla el fin de tantas guerras, todos se confesaron, y los que tenían de qué, hicieron sus testamentos y ordenaron sus almas en la forma que todo fiel cristiano debe ordenarla en el término y fin de sus días, porque ésta era la voluntad de los españoles de morir todos en aquella batalla en servicio de su Rey y señor, según que cada uno lo debe hacer. Pues dice la crónica que el Gran Capitán aquel día que se había de dar la batalla á la ciudad por la parte del monte, que era lo más fuerte, hizo meter toda su gente en armas, así á los unos como á los otros, hora y media antes que fuese de día, y lo más secretamente que ser pudo la hizo llegar junto al muro y mandó que Diego García de Paredes y D. Diego de Mendoza y Zamudio y Pizarro y otros capitanes con dos mil soldados diesen la primera batalla, y unto con esto ordenó hasta mil hombres que

así por la parte de la marina al burgo como por otras partes al monte hiciesen muchas arremetidas y acometimientos, de manera que los franceses que estaban dentro de la ciudad en la defensa del muro, siendo tantos en número como los españoles, después se repartiesen por partes diversas á defender el muro y no cargasen todos por aquella parte donde el Gran Capitán tenía pensado dar la batalla. Después de esto con toda la otra gente el Gran Capitán tomó la segunda batalla y fuese en pos de aquellos capitanes que para dar la primera batalla estaban ordenados, y púsose así en un jardín cerca del muro, y allí dió á toda la gente este orden: que como se tocase una trompeta como á manera de mudar la guarda, así la gente que para hacer los rebatos estaba ordenada como los que habían de acometer la primera batalla todos arremetiesen al muro y hiciesen lo que debían. De este concierto y orden que el Gran Capitán había dado fueron los franceses avisados, de cuya causa todos en particular estaban bien prevenidos y aparejados á los recibir, por lo cual tenían por diversas partes mucha artillería con otras defensas, como agua hirviendo, fuego artificial para echarles, si llegar quiesiesen á darles la batalla, y juntamente disparar el artillería, con que recibiesen los españoles en aquel día gran daño. Estando ya los españoles esperando el son de la trompeta para haber de arremeter, oyóse una voz por todo el ejército, no se determinó ser mortal ó de persona apartada de nuestra conversación y vida, en que dijo: «Dejad la batalla y tornad atrás todas vuestras banderas». Grande temor y admiración puso esta prodigiosa voz, por lo cual, queriendo el Gran Capitán investigar la causa por donde así les era mandado por aquella voz de tornar atrás, bien fué avisado de los grandes aparejos que muy secretamente los franceses tenían aparejados para se defender, así de mucha artillería como de muchas cosas de munición, con que muy gran daño podían hacer á su gente. Y por esta razón, considerando el Gran Capitán que la gente de dentro era tanta como la suya y que tenían muy grandes reparos y otras defensas, donde no se podía seguir sino perder en aquella batalla los mejores de su ejército, determinó por aquella vez dejar la batalla y mandar traer su gente á sus estancias, los cuales como se comenzaron á retirar á la hora, los franceses se

descubrieron de sus asechanzas y comenzaron á disparar el artillería, la cual hizo algún daño en los españoles, en especial muriendo en aquel retirar la flor de los capitanes del ejército español, que fué D. Yugo de Cardona, muy valeroso caballero y esforzado capitán, á quien Nuestro Redentor Jesucristo fué servido de llevar para le dar gloria en el cielo, la cual merecía en la tierra. Murió este buen capitán de una pelota que llegó de través. Muy grande dolor y extremado sentimiento causó en el ejército, porque allende de ser extremado en fuerzas y ánimo y ardid de guerra, según que la crónica bien y extensamente ha contado, era afable y de buena conversación, dotado de todo género de virtud. En el ánima sintió su muerte el Gran Capitán, según lo manifestaron las lágrimas que por su muerte derramó. Finalmente, dejando los españoles de dar la batalla por aquel día, retrajéronse á sus estancias, adonde estuvo el Gran Capitán algunos días, mediante los cuales el artillería de los franceses no dejaba de tirar y hacer daño en los nuestros.

CAPÍTULO XCVI

De cómo el Gran Capitán se levantó de sobre Gaeta y se retiró á Mola, y de lo que al retirar le acaeció con los franceses, que con la venida del marqués de Saluzes con el socorro habían cobrado más ánimo y soberbia.

El Gran Capitán después de haber estado sobre la ciudad de Gaeta muchos días, en los cuales los franceses estaban puestos en grande estrecho, que si mucho más estuvieran sin ser socorridos no pasaran de aquella vez sin venir á su poder, viendo el daño que el artillería hacía en su gente y viendo asimismo que cada día esperaban el socorro del Rey de Francia los de la ciudad, determinó de así para excusar su gente de peligro y daño, como para dar orden en qué lugar sería mejor esperar á los franceses, porque por muy averiguado tenía que en les venir socorro los saldrían á buscar, determinó de se retirar á Mola y Castellón, cuatro millas de Gaeta. Y con esta determinación, un día estando los españoles retirando el artillería para se ir á Mola con voluntad de otro día alzar todo el campo de sobre Gaeta, el Marqués de Saluzes allegó en

el puerto con una galeaza y cuatro navíos, adonde venían cinco mil infantes, y luego como llegó saltó en tierra para se meter en Gaeta. Otro día siguiente, como el Gran Capitán hubo acabado de tirar el artillería fuera de aquel burgo, mandó caminar la vía de Castellón todo el ejército, en que tomando él la avanguardia encomendó la rezaga del campo á García de Paredes y á Pedro Navarro y al capitán Pizarro y al coronel Villalba con hasta mil y quinientos españoles. Estos capitanes con aquella gente se estuvieron quedos en sus estancias hasta que toda la gente de la avanguardia con el artillería era ya salida del burgo ó arrabal según nuestro romance. En este medio los franceses, viendo cómo los españoles se alzaban, salieron de la ciudad con todas sus banderas, así de gente de armas como de infantería, y pusiéronlas sobre los reparos de la batería que los españoles habían hecho, y con gran prisa, unos por cima de los reparos y otros por la puerta de la marina, salieron con grande ímpetu á dar en la rezaga de los españoles, que ya se habían movido en seguimiento de la otra gente que iba adelante; y lo que mayor daño hacía era el tirar de la artillería, que muy á menudo les tiraban desde las galeras. En esto los franceses que habían salido por la puerta del arrabal, cargaron más de recio sobre los españoles, de que se les hizo gran daño. Diego García de Paredes y los otros capitanes que llevaban la rezaga revolvieron sobre los franceses, y junto con esto los llevaron hasta los meter en la ciudad todos desbaratados. Diego García de Paredes, contento con lo hecho, mandó retirar su gente para que saliese del arrabal, que no les convenía seguir más el alcance, por lo cual al retirar el artillería les hizo mucho daño. Ya el Gran Capitán, que llevaba la avanguardia, con toda su gente y artillería era ya salido del burgo ó arrabal y estaba aposentado fuera en unos jardines que estaban junto á la marina, cabe una iglesia que se dice Santiago, y allí se detuvo toda aquella noche, y luego como fué de día dió orden para se mover de aquel lugar de Mola, y estando para de allí partir fué avisado cómo los franceses habían salido de la ciudad y que estaban esperando en el arrabal para dar sobre la gente del Gran Capitán, encomenzándose á mover de aquel lugar. Y por esta causa el Gran Capitán, temiendo el peligro que

de aquella causa podría recrescer en su gente, determinó de lo remediar como mejor convenía. Y con esto el Gran Capitán se quedó en la misma rezaga con Diego García de Paredes y Pedro Navarro y con los demás capitanes que primero había señalado que quedasen en la rezaga, y con ellos señaló otros quinientos infantes más de la gente que en la rezaga venía primero. Y después de esto hecho el Gran Capitán hizo mover la gente de la vanguardia la vía de Mola. Luego los franceses, viendo mover á los españoles de aquel lugar de la marina, salieron del arrabal con gran furor y dieron en la rezaga con grandísimo corazón y ánimo. Los españoles, como vieron á los franceses contra sí, tornaron atrás y comenzaron de se defender con mucha virtud y corazón, porque mezclándose con los franceses, así de las lanzas como de las ballestas y picas, hacían muy bien conocer sus fuerzas. Por manera que muchos fueron presos y heridos, así de la una parte como de la otra. Andando, pues, en esta manera los unos con los otros revueltos, como los franceses que estaban en la ciudad viesan ir de vencida á los otros franceses que habían salido primero, salieron de socorro quinientos de refresco, los cuales, como venían descansados, cargaron tan recio sobre los españoles que verdaderamente pensó el Gran Capitán perder muchos de los suyos en aquel día, según el grande estrecho en que los tenían puestos. Porque, á la verdad, fué tan grande, que andaban unos tan cerca de otros que se llegaban á herir con las espadas. En este aprieto tan grande Diego García de Paredes y Pedro Navarro arremetieron recio con una parte de gente en aquel lugar que más lo habían menester, y tan recio dieron sobre ellos que en muy breve los desbarataron y los metieron en huida, y siguiéronlos hasta los meter por las puertas del arrabal, y á golpe de espada entraron revueltos con ellos hasta la mitad del arrabal, donde mataron más de ciento y cincuenta franceses, y todavía siguiéndolos con mucho corazón los encerraron por los reparos del monte. En esto el Gran Capitán, viendo que no era tiempo más de seguirlos, hizo señal de se retirar, y recogíendose todos con mucho concierto se fueron muy alegres la vía de Mola, viendo el daño que aquel día se había hecho sin haber perdido tan solamente un hombre de su parte. El Gran Capitán hizo en esta batalla grandes

cosas de su persona, y lo mismo hicieron todos los demás capitanes españoles.

CAPÍTULO XCVII

De cómo estando el Gran Capitán en Castellón, fué avisado cómo de Gaeta salían muchos días franceses á comer uvas de unas viñas que estaban entre Asperlonga y Gaeta, y de cómo envió gente contra ellos, y de lo que hicieron.

Después que el Gran Capitán con todo su ejército vino á Mola y á Castellón, según dicho es, estando no menos solícito en las cosas del reino (siendo como era debajo de su mano) que cuando era en poder de franceses él y su gente recogidos á Barleta, según extensamente la crónica lo ha contado, procuró junto con esto deshacer á los franceses y echarlos del todo del reino de Nápoles, los cuales aun no tenían perdida la esperanza de se tornar á poder en él, fué avisado cómo los más días los franceses salían en cuadrilla de Gaeta á comer uvas de las viñas que estaban entre Asperlonga y Gaeta; y con mucho descuido de sus personas y no menor desconcierto que en la orden de la guerra se debe guardar, andaban comiendo de viña en viña unos de otros apartados. El Gran Capitán por esta razón, viendo el daño que se les podría hacer, que no sería menor que aquel que el año pasado se les hizo en la misma manera cuando estaban sobre la villa de Barleta en la puente de Losanto, adonde fueron muertos y heridos muchos franceses, envió al capitán Pizarro y á Tristán de Huarte y al coronel Villalba con doscientos hombres de armas, para que con aquella gente, informados del paso por donde salían, se pusiesen allí y los esperasen hasta que saliesen. Los sobredichos capitanes y gente española con aquel mando de su capitán se partieron de Castellón y viniéronse á poner en el mismo paso, encubiertos, por donde los franceses acostumbraban venir. Y como llegaron en aquel lugar los españoles se emboscaron en un valle que está entre las viñas y la marina, y porque por falta de diligencia no viniese aquel negocio á ruín fin pusieron en diversas partes centinelas para descubrir los franceses cuando viniesen. Pues estando los españoles en esta espera, vieron venir por el camino de Gaeta hasta doscientos france-

ses, y venían desordenados metiéndose por las viñas cogiendo de las uvas de todas aquellas heredades. Como los españoles los vieron venir, no poco alegres, estuviéronse quedos hasta que llegasen á se meter en las otras viñas que estaban más cercanas adonde ellos estaban. Finalmente, los franceses allegaron en aquel lugar y con muy gran desorden y desconcierto se comenzaron á meter dentro en las viñas y desmandarse unos de otros con mucho descuido de sí. En esto los españoles, que no poco deseo tenían de los acometer y destruir, cuando les pareció ser tiempo, saltaron de la emboscada y dieron sobre los franceses, los cuales como se viesen salteados cobraron gran temor, por razón que según estaban unos de otros divididos no se pudieron así fácilmente favorecer y recoger, y de su desconcierto fué causa que estaban bien seguros de los enemigos; de cuya causa viendo suceder lo contrario, cada uno lo mejor que podía procuraba de se poner en salvo con huir. Pero muy poco les aprovechó, por razón que los españoles hicieron en tanto aquel día, que antes que los franceses se pudiesen poner en salvo, los mataron y prendieron á todos, que no escaparon de ellos sino diez hombres, y con esta victoria los españoles viendo que no les quedaba otra cosa que hacer y considerando que los diez franceses que se escaparon podrían dar aviso á los que estaban en Gaeta y lo que les había acaecido, determinaron de se tornar á Castellón á gran prisa antes que los franceses que estaban en Gaeta los saliesen á acometer.

CAPÍTULO XCVIII

De cómo los de Roca Guillerma se tornaron á rebelar por Francia, y del socorro que el Marqués de Saluces les envió, y de lo que el Gran Capitán hizo en aquel caso.

Pasando estas cosas entre franceses y españoles, según que la crónica ha contado, los de Roca Guillerma, que era una de las rebeldes villas y la más fuerte de aquella provincia, habiéndolos el Gran Capitán reducido por dos veces al servicio de los Reyes Católicos de España, y en aquella voluntad los dejó cuando vino á Gaeta, según que dicho es, como supieron el gran socorro que el Rey de Francia había enviado á los franceses que estaban

en Gaeta, y que venía por General un muy buen caballero, que era el Marqués de Saluces; viendo asimismo que el Gran Capitán y su ejército estaba algo lejos y apartado de Roca Guillerma, y que por esta razón no vendría así de presto á su noticia lo que por ellos acerca de su rebelión se ordenaba hacer, determinaron dar aviso al Marqués de Saluces, en que le hicieron saber con dos principales de la villa cómo ellos estaban en voluntad de se tornar á la parte del Rey de Francia, y que en aquello mismo habían estado, dado caso que al presente se habían mostrado de la parte de España, lo cual había sido por fuerza más que no de voluntad; pero que si él era servido de tener aquella villa en nombre del Rey de Francia, á quien ellos se inclinaban con deseo que tenían de le servir, que les enviase gente la que menester fuese de socorro, que ellos prometían de se levantar contra España y echar dende á su gobernador. Esta embajada fué hecha con mucho secreto, por razón que no viniese á oídos del gobernador, que era, según dicho es, Tristán de Acuña, á quien el Gran Capitán cuando se partió para Gaeta había dado la gobernación y tenencia de aquella villa, y había dejado asimismo con su persona cierta gente en guarda. El Marqués de Saluces, como supo la voluntad de los de Roca Guillerma, hubo consejo de lo que sobre aquel caso debía hacer, en el cual de las personas que bien sabían la disposición de la villa y el provecho que redundaba si á la parte de su Rey fuese reducida, fué aconsejado la socorriese. En esta determinación quedó por razón que se pensó que siendo aquella villa la más fuerte de aquella provincia, y viniendo en el poder de los franceses, lo mismo harían todas las demás de aquella comarca, y con este acuerdo y buen parecer el Marqués de Saluces envió un capitán, dicho por nombre Famillo, con cuatrocientos infantes para que se metiese en Roca Guillerma y defendiese aquella villa de los españoles, si quisiesen venir sobre ella, como otras veces lo habían hecho. El capitán Famillo con la sobredicha gente francesa con la orden del Marqués de Saluces se partió de Gaeta y vino á Roca Guillerma por la parte de la montaña hasta cerca de la roca. Después que los de la Roca Guillerma fueron avisados del socorro que les venía de Gaeta, y que ya estaban los franceses bien cerca de la roca, determinaron de

prender al gobernador Tristán de Acuña y á su gente, por razón que más fácilmente se concluyese la entrada de los franceses. Y con esta voluntad, estando el gobernador Tristán de Acuña aquel día, que era por la mañana, en la iglesia en misa con todos los más de los españoles que estaban en la villa, juntáronse todos y con mano armada se metieron en la iglesia y prendieron al gobernador y á todos los suyos, que bien seguros estaban de traición, y luego comenzaron á apellidar el nombre de Francia, y de poner por los muros la bandera del Rey de Francia. En este tiempo llegaban ya los franceses á la villa, y metidos dentro fueron avisados cómo el gobernador estaba ya en prisión, y que algunos españoles que no se habían hallado con él en la iglesia á la sazón que le prendieron se habían recogido á la roca, atento lo cual hallaban los franceses serles conveniente, pues los españoles se habían hecho fuertes en la roca, de darles la batalla, porque por cosa grave tenían ser la villa en su poder y la roca que era la mayor fuerza estar en poder de los españoles; y así con mucha diligencia antes que del Gran Capitán fuesen socorridos, procuraron de los tomar. Eran los españoles que se habían recogido á la roca siete soldados, porque todos los demás habían sido juntamente con el gobernador presos, según dicho es, y de éstos eligieron entre sí uno que de lo que había acaecido en Roca Guillerma fuese á dar aviso al Gran Capitán, para que vista su necesidad les enviase socorro de gente, de manera que aquella villa se tornase á cobrar y fuesen castigados los autores de aquella traición, y quedaron en la roca sólo seis hombres. Los franceses con muy gran diligencia comenzaron á combatir la roca, y los españoles, teniéndose por perdidos, quisieron antes vender bien caras sus vidas que dar la roca á los franceses, esperando que primero serían socorridos que los franceses la sacasen de su poder. Y con esto todo aquel día se defendieron con mucha fortaleza, y hicieron tales cosas que los franceses no les pudieron entrar de aquella vez ni tomarles la roca como ellos lo pensaron, y dejando por aquel día el combate se retiraron á sus estancias. El Gran Capitán, como fué avisado de la maldad y traición que los de Roca Guillerma habían contra el Rey su señor y voto que tenían hecho cometido, con prisión de su goberna-

dor y de toda la otra gente que consigo tenía, y viendo el estrecho en que aquellos seis españoles que estaban en la roca retraídos quedaban, determinó de le ir á socorrer con mucha diligencia, y para esto envió á muy gran prisa al capitán Pedro Navarro y al capitán Zamudio con ochocientos hombres para que se metiesen en la roca de la villa de Roca Guillerma, y de ahí procurasen de tomar la villa y castigar malamente á los que fueron principalmente en aquella traición y levantamiento. Y con esta orden los sobredichos capitanes y gente española se partieron de Castellón, adonde quedaba el Gran Capitán, un domingo á hora de medio día, y caminaron á gran prisa la vía de Roca Guillerma; y siendo á puesta de sol allegaron á la montaña adonde la roca estaba, y allí en la montaña se estuvieron quedos toda la noche recogiendo la gente, que la más de ella, por ser áspera la montaña de subir, se había quedado rezagada. Aquel mismo día que los españoles salieron de Castellón en socorro de la roca, según dicho es, el Marqués de Saluces fué avisado cómo el Gran Capitán los enviaba, y por esta razón con mucha diligencia envió al capitán Casanova con mil y quinientos infantes para rehacer la otra gente francesa que estaba en Roca Guillerma y para tomar á los españoles que eran idos de socorro á la roca. El Gran Capitán (que por sus espías no pasaba cosa en el campo francés de dentro ni de fuera que de todo no fuese avisado) supo cómo el Marqués de Saluces enviaba de nuevo aquella gente que él de primero había enviado más socorro, por lo cual lo más presto que pudo dió orden cómo se les diese un mal rebato antes que llegasen á Roca Guillerma en favor de los otros, y fué determinado en esta manera: que Diego García de Paredes fuese en pós de ellos con quinientos hombres, y que los esperase entre Trento y Castellón, por donde necesariamente aquella gente francesa había de pasar, y que allí los acometiesen y hiciesen según convenía y el tiempo y la razón les mostrase. Diego García de Paredes con aquesta orden que el Gran Capitán le dió, se partió con aquella gente de Castellón á hora y media de la noche y allegó al paso, que era en un bosque muy espeso, y púsose en una celada, dejando primero sus centinelas en aquellos lugares donde más convenía para que descubriendo á los franceses le avisasen de su ve-

nida. En esto los franceses, que todo lo que había quedado del día con parte de la noche no habían dejado de caminar, siendo ya pasada la media noche, viniendo por el camino muy descuidados de lo que sucedió, como allegaron al paso donde Diego García de Paredes estaba esperándolos con su gente, sin que sintiesen cosa alguna, pasaron su camino adelante, y los españoles como conocieron ser tiempo descubriéronse de su emboscada, y con grande ímpetu y fortaleza dieron sobre ellos, y pelearon tan reciamente con los franceses que en muy breve espacio los desbarataron todos y mataron y prendieron todos los más de ellos. Los que pudieron escapar recogieronse todos con el capitán Casanova, que fueron hasta doscientos ballesteros, el cual con aquella gente se escondió en aquellas montañas hasta que pasó toda la noche, y atinando el camino que iba á Gaeta vinieron á otro lugar que es en aquella comarca, llamado Itro, y allí se detuvieron á hacer colación y á beber, que era por la mañana. Y estando bebiendo y teniendo más en memoria lo presente que no lo que les habla acaecido la noche pasada con los españoles, estando así muy descuidados fueron en Itro todos ellos presos de los mismos de aquel lugar; los cuales sabiendo que iban rotos, se juntaron todos los de Itro y los tomaron en prisión, sin que les fuese dado lugar, y así presos viniendo Diego García de Paredes á Itro se los entregaron á todos; el cual con los prisioneros y con la gente que había sido muerta y herida en aquella noche antes, según dicho es, se tornó á Castellón sin perder tan solamente un hombre de los suyos. El capitán Pedro Navarro y el capitán Zamudio, que toda aquella noche habían estado en Roca Guillerma, á cuatro horas del día, estando los franceses dando el combate á la roca, abajaron de la montaña abajo con muy buena orden y hicieron ver de los franceses; y los franceses como vieron venir los españoles á más andar, dejaron de dar la batalla y todos juntos sin más ende esperar se salieron de Roca Guillerma y fuéronse la vía de Ponte Corvo. En esto el capitán Pedro Navarro llegó con su gente á Roca Guillerma, y como vido desocupada la villa metióse dentro, adonde supo cómo los franceses se habían de allí salido y se iban á más andar la vía de Ponte Corvo. En esto el capitán Pedro Navarro, dejando ende toda su

gente con el capitán Zamudio, con otra parte de su gente salió de Roca Guillerma en seguimiento de los franceses, y tanto anduvo que alcanzó hasta ciento de los que se habían tardado algo más, y dando en ellos mató y prendió los más de ellos, y los otros que se escaparon por la aspereza de la tierra se pudieron salvar aunque con mucho trabajo y peligro de sus vidas. El capitán Pedro Navarro, dejando de seguir los demás, se tornó á Roca Guillerma, adonde haciendo saquear la villa y juntamente haciendo justicia de aquellos que fueron autores de aquel levantamiento y traición, dejó la villa más domada y castigada que no lo era de antes, y quedando todo á buen recado de gente y de las otras cosas necesarias, se tornó á Castellón, donde el Gran Capitán estaba.

CAPÍTULO XCIX

De cómo el Rey de Francia hizo un muy buen ejército de gente contra el castillo de Salsás, y de cómo en gracia suya los principales de Italia hicieron otro ejército en socorro de Gaeta.

Contado ha la crónica cómo el Rey de Francia envió al Marqués de Saluzes con cinco mil hombres de guerra en socorro de Gaeta, adonde el capitán monsiur de Alegre se había recogido con la gente de la rota de la Chirinola que pudo haber, y asimismo de aquellos que en su socorro y en servicio del Rey de Francia habían venido á ayudar, según que bien extensamente se ha en lo de arriba dicho. Pues dice la crónica, que no contento el Rey de Francia con esto, procuró por una ó otra parte el daño de los españoles, y no mirando los varios casos de fortuna y cuán contrario le había sido muchas veces en la conquista de aquel reino de Nápoles, adonde allende de sesenta y más recuentros que habían habido los franceses con los españoles, en los cuales casi siempre habían perdido lo mejor, según que en el proceso de esta crónica se ha dicho, señaladamente en aquellas dos famosísimas batallas de la Chirinola en la Pulla y de Sememara en la Calabria, adonde perdido todo el ejército fueron rotos y muertos más de mil y quinientos franceses, siendo asimismo muerto su Capitán general y Visorrey de Nápoles monsiur de Nemos, con otros muchos nobles

capitanes franceses, quiso poner en aventura su condición mostrando su grandeza y constancia de ánimo en resistir los adversos y contrarios casos de la fortuna y no tener en nada su sér. Y por esta razón, confiando en la fortaleza de su gente, quiso porfiar en la presa de aquel reino de Nápoles, enviando á los Príncipes de Italia favoreciesen con gente contra aquel reino de Nápoles, pues conocía la necesidad que tenía de su ayuda y socorro; los cuales estaban en aquella misma voluntad según se dirá, porque con el Duque de Mantua D. Francisco Gonzaga envió veinte mil hombres de guerra y otros muchos aparejos de guerra. Por esto lo dejará ahora la crónica para su tiempo, por contar lo que en España sobre el castillo de Salsás acaeció, aunque parece cosa impertinente entremeter casos extraordinarios y romper á esta causa la continuación de la crónica, decirse ha por razón que en este mismo tiempo la guerra fué fundada por una misma persona, que fué el Rey Luis de Francia. El cual en todas las maneras que podía, procuraba dañar al Rey de España, y así lo quiso hacer según que en este capítulo se trata. Dice pues la crónica que en aquel mismo año que su ejército fué destruido en la Chirínola, el Rey de Francia, que de grande ánimo era, allende de haber enviado al socorro de Gaeta al Marqués de Saluzes con la gente que tengo dicho, hizo hacer otro ejército contra el castillo de Salsás, que es en la frontera de Francia del Rey de España junto á tres leguas de Perpiñán. Venían en este ejército diez mil infantes y mil hombres de armas y dos mil caballos ligeros y mucha y muy buena artillería, adonde venía por general el mariscal de Bretaña. Este caballero con la sobredicha gente del Rey de Francia se vino camino de Salsás para tomar aquel castillo, que era la cosa más fuerte de toda aquella frontera, y con determinación de en tomando aquel castillo irse por Cataluña adelante la vía de Perpiñán y tomar asimismo todas las tierras que pudiese del Rey de España. Estaba en el castillo de Salsás á la sazón en la tenencia y en guarnición un caballero castellano dicho por nombre D. Sancho de Castilla, el cual tenía consigo é guarda de aquel castillo quinientos hombres de guerra. Finalmente, el mariscal de Bretaña vino por sus jornadas á poner cerco sobre aquel castillo de Salsás, y allegó ende con toda su gente, y luego con mucha diligencia dió orden en lo

que convenía á la expugnación del castillo. Pasó su ejército detrás de un cerro, adonde antiguamente solía estar la villa de Salsás, y desde allí en derredor del castillo repartió por sus estancias toda la infantería. A la parte de Perpiñán, en aquel llano, puso toda la más gente de armas y caballos ligeros, y contra el castillo por diversas partes asentó mucha artillería, y en un monte que está sobre el castillo, á la parte de la montaña que sojuzga mucho el castillo, puso siete piezas de artillería, y en el mismo monte puso hasta mil y quinientos hombres, y junto con esto mandó hacer en derredor del castillo muchas trincheas y reparos, por razón que la gente que viniese allí pudiese andar cubierta sin recibir daño del artillería del castillo y se pudiesen amparar y defender de ella. Repartido, pues, su gente, el mariscal de Bretaña en la forma sobredicha, luego con muy gran diligencia comenzó á batir el castillo por todas partes, y fué tan grande y recia la batería, que aunque el muro era en cantidad grueso, no dejó de recibir gran daño, por razón que era de poco tiempo fabricado y con la continua batería fué derribado en el suelo un gran pedazo dél, en especial de las defensas de lo alto; porque como la artillería estaba en lo alto del monte batióle tan á su pie el castillo y teníale tan sojuzgado, que aun la gente de dentro no podían asomarse ni poner á la defensa dél sin recibir gran daño de ella. En este medio los franceses que estaban puestos con cargo de hacer las trincheas en rededor del castillo, porque encubiertos más sin peligro llegasen al combate, no cesaban de día ni de noche de trabajar en ellas, por manera que con el continuo trabajo las tenían ya llegadas hasta bien cerca del foso, y allí asentaron mucha artillería contra el castillo por los lugares que mejor les pareció, y con ella se comenzó de nuevo á batir el castillo por la parte de abajo. Los españoles como eran pocos, no se podían ocupar en defender en tantos lugares; por esta razón, viendo la recia batería que contra aquella parte del castillo descargaba y no pudiendo sin mucho trabajo y peligro de sus vidas ponerse en defensa del foso, que por aquel lugar era más aquejado el castillo, determinaron todos de le desamparar, y así se retrajeron á un torreón grueso que estaba en el mismo foso, y allí se hicieron fuertes y defendían el foso desde aquel lugar, según mejor podían.

Los franceses viendo desamparadas de los españoles las defensas, arremetieron recio y apoderáronse en él, y desde allí comenzaron á pelear de nuevo con los españoles que se habían hecho fuertes en el torreón. Estaba este torreón á la parte de Perpiñán y salían á él del cuerpo del castillo con una puente levadiza que caía encima del foso, de que los franceses se habían apoderado; por manera que según eran los franceses muchos y la batería mejor y más fuerte que antes, temieron los españoles que no dejaría de venir aquel torreón á poder de los franceses. Y por esta razón determinaron de les hacer un engaño con que les hiciesen mucho daño, y ordenáronse en esta forma: que dado caso que el torreón se pudiese defender por ellos por razón de estar apartado del cuerpo del castillo, según la fuerza con que eran combatidos, hicieron vista de lo querer defender. Con esta demostración á muy gran prisa y no con menor diligencia y secreto hinchieron el torreón de barriles de pólvora y cerraron ende todos los lugares por donde la fortaleza de la pólvora podía espirar, porque su voluntad era que por aquel arte y ingenio cayese el torreón sobre los franceses que estaban en el foso y pugnaban de lo tomar. Nunca en este medio los franceses dejaron de batir el torreón con el artillería, en que hicieron algún daño, y después cuando les pareció tiempo le dieron la batalla, poniendo todo su poder y fuerzas por tomar el torreón. Pero los españoles, que ya habían hecho lo que convenía para que el torreón cayese según dicho es, dejándole en buena disposición sin que quedase lugar abierto sino el cebadero por donde el fuego entrase á los barriles, comenzáronse todos á salir del torreón como que le desamparaban y huían todos por la puente adelante al cuerpo del castillo. En esto los franceses, muy alegres viendo desamparar el torreón, de recio subieron más de quinientos franceses con voluntad de se meter á vueltas con los españoles en el castillo por la puente levadiza. Pero de otra manera sucedió, porque viendo los españoles que era tiempo de poner por la obra el engaño que á los franceses tenían urdido, pusieron fuego en las botas, y fué tan grande la fuerza del ingenio, que cayó todo el torreón en el suelo y mató de la caída más de trescientos franceses de los que se habían apresurado á subir, y los demás que les seguían, como vieron el en-

gaño de los españoles, retiráronse afuera faltándoles la esperanza que de tomar el castillo de aquella vez tenían. Los cuales no poco indignados por la muerte de los suyos, que á causa de aquel engaño fueron muertos, según dicho es más de trescientos, para más presto tomar el castillo apresuraron la batería por todas partes, haciendo muy gran daño en la muralla así por la parte del foso como por la parte del monte, en que se hacía daño en las defensas de lo alto. Estaba á esta sazón el Duque de Alba en Perpiñán, que era general del ejército español, el cual viendo el estrecho en que el castillo estaba, recogió lo más presto que pudo todos los caballos ligeros y hombres de armas que en aquella comarca estaban aposentados y dió asimismo aviso á los Reyes Católicos, diciéndoles lo que pasaba sobre el castillo de Salsás y la necesidad que tenían de ser socorridos, y que este socorro él no lo podía dar cumplidamente según convenía, por razón que el ejército francés era muy pujante y él no tenía allí sino unos pocos de caballos ligeros y hombres de armas en guarnición de aquella ciudad, con los cuales si Sus Altezas enviaban con brevedad gente, él se ternía con ellos dándoles algunos sinsabores de noche y de día. Lo cual el Duque de Alba trabajó por su parte de hacer, por razón que los del castillo de Salsás, viendo su favor se sostendrían de mejor voluntad, y así él los avisó diciendo que muy presto sería el socorro de Castilla, porque él había ya hecho saber á los Reyes Católicos el estrecho que tenía el castillo. Y junto con esto de noche salía el Duque de Perpiñán, con la gente de armas y caballos ligeros y daba algunos asaltos á los franceses por la parte de lo llano que es contra Perpiñán, de que hacía algún daño en ellos. En este medio los franceses por aquella parte de la montaña que más sojuzgaba el castillo pusieron toda la más de la artillería, la cual se juntó á una boca del raso y desde allí comenzaron de nuevo á batir el castillo con mucha fortaleza, y tan reciamente le batieron que echaron por el suelo un gran pedazo del muro, y junto con esto hicieron muchos pertrechos con voluntad de cortar la tela del muro, porque de lo alto no hiciesen daño con piedras y con otros ingenios á los cortadores. Y hechos los pertrechos luego se comenzó á cortar el muro por abajo, y como iban cortando el muro ponían muy fuertes reparos por que se sus-

tentase y no cayese sino todo junto. Pero los españoles tanto trabajaron en la defensión del castillo, que matando é hiriendo muchos franceses los rebotaron muchas veces del foso, pero los franceses pugnaron tanto de derribar el muro que con mucho trabajo derrocaron un pedazo de la tela. A esta causa los españoles fueron puestos en muy extrema necesidad, y sin duda ninguna se tomara el castillo si no los socorriera Nuestro Señor con la venida del Rey D. Fernando, el cual siendo avisado el estrecho en que su castillo de Salsás estaba y viendo el gran daño que viniendo aquel castillo en poder de franceses se le seguiría en su reino de Cataluña, por ser aquel castillo la llave de todo él, á muy gran prisa se aderezó para venir en su socorro, y de esta manera hizo hacer muy buena gente y se vino la vía de Perpiñán, adonde junto con el Duque de Alba ambos dieron orden de ir en el socorro del castillo. Los franceses como fueron avisados que el Rey de España venía en persona sobre ellos en favor del castillo no osaron esperar, antes dejando asaz mal parado el castillo y á punto de le tomar se levantaron de allí, enviando primero adelante á todos los enfermos y heridos y á todo el carruaje y artillería gruesa; y toda la más gente con el artillería de campo quedó en la retaguardia con el capitán general, y á gran prisa comenzaron á caminar la vía de Narbona. Y el Rey de España y el Duque de Alba con toda su gente allegaron á Salsás, y como vieron á los franceses que se habían levantado, aguijaron en pos de ellos y fuéronlos siguiendo hasta la ciudad de Narbona, adonde los franceses se retiraron. Y como no los alcanzaron, á la vuelta tomaron un lugar que dicen la Cota, con otros dos ó tres lugares comarcanos, y con esto se tornó el Rey de España á Salsás, dejando los sobredichos lugares saqueados y mal parados. Y llegando á Salsás luego mandó de nuevo hacer lo que los franceses habían deshecho con el artillería y con otros ingenios, según dicho es, y hizo reparar todas las defensas, por manera que en no mucho tiempo quedó el castillo bien, más fuerte que de antes; y después de esto, dejando ende la gente que le pareció en guarnición, se vino á Perpiñán y allí dejó asimismo más gente, según que de antes estaba, y dejando todo lo que dicho es en mucha orden, se vino á Barcelona.

CAPÍTULO C

De la muerte del Papa Alejandro sexto, y de la creación que los Cardenales hicieron en su lugar, y de otras cosas que acaecieron en Roma, siendo de ellas autor el Duque Valentino.

Pasadas estas cosas en España, según dicho es, como las cosas de este mundo no sean permaneceras en un estado y esta vida no sea más que un poco de viento, esperándose el fin de ella cuando más olvidados de morir estamos, acaeció que estando el Papa Alejandro sexto y su hijo el Duque Valentino juntamente con el Cardenal Adriano cenando una noche en el palacio del Belveder en el Vaticano, fueron atosigados sin se saber el autor de aquel maleficio. Por manera que como el Pontífice fuese viejo, no tuvo virtud para resistir la fuerza del veneno, y así sin le aprovechar ninguno de los remedios que se le hicieron murió en breve. El Duque Valentino, como era mancebo, siéndole hechos con muy gran diligencia remedios, recibió salud, aunque quedó tan deshecho en sus miembros que de ninguno de ellos se podía aprovechar ni ayudar. Y lo mismo acaeció del Cardenal Adriano, el cual como fuese mancebo, tuvo virtud para deshechar con buena cura la fortaleza del veneno. El Duque Valentino, luego como murió el Pontífice, recogió todo el tesoro que su padre dejó, y junto con esto se estuvo en el Vaticano con doce mil hombres de guerra, y dende allí, dado caso que se estuviese enfermo, no dejó de entender con los Cardenales en la creación del nuevo Pastor, por razón que su voluntad era que criasen por Pontífice al Cardenal de Ruán, al cual luego que el Papa Alejandro sexto fué muerto, el Rey de Francia lo envió á Roma; y esto hizo y procuró con mucha instancia, por razón que siendo aquel Cardenal Pontífice, las cosas del reino de Nápoles se harían de ahí adelante más salvamente y con más prosperidad de su parte. Y pues hace tanta memoria la crónica de Cesaro Borja, hijo del Papa Alejandro, bien será decir su nacimiento, costumbres, vida y muerte, como por auténticos y aprobados escritores se halla. Y es así: que fué el Duque Cesaro Borja hijo de una señora de los de Vafioti romana, en lo demás mujer honrada, la cual yo conocí.

Después de ya crecido, por diligencia de su padre, Cardenal poderoso y rico, fué enviado al estudio á Pisa, adonde entonces florecían los estudios de las buenas letras. Aquí aprovechó mucho, tanto que con ingenio ardiente, propuestas algunas cuestiones en derecho civil y canónico, las disputó doctamente. El padre, alegrándose grandemente de la esperanza que tenía de este mozo, después que con el favor de la fortuna fué creado Papa, hizo Cardenal á Cesaro Borja, porque quería á D. Francisco Borja su hijo el mayor para Duque de Gandía y para levantar la familia y gozar de las riquezas y el estado. Pero Cesaro, pareciéndole la dignidad del capelo inferior á la grandeza de su ánimo y esperanza, una noche hizo ahogar á su hermano el Duque de Gandía (con el cual había cenado con grande regocijo) y echado en el Tiber á la ajuga del campo Marcio, donde buscándole dos días los pescadores lo sacaron. Por lo cual no muchos días después renunció Cesaro el capelo y puesto el vestido de soldado fué hecho Príncipe y capitán de la gente, quedando el padre grandemente atribulado por la crueldad y grande traición. Pero pues el Duque de Gandía no había de resucitar, le perdonó con grande amor todas sus culpas. Poco tiempo después, considerando el Papa con el Rey Luis de Francia á la ruina de toda Italia, con la autoridad del Rey Luis, hubo por mujer á Carlota de la Brit, parienta del Rey don Juan de Navarra. Tras este concierto comenzó Cesaro á descubrir sus designios, y con ánimo desordenado y cruel aspiraba á la señoría de una gran parte de Italia, con tan grande codicia, que en sus banderas puso este título: *Aut Cesar, aut nihil*, como que no deseaba cosas medianas; donde ante todas cosas determinó acabar á los señores Ursinos y Coloneses, después que en valde hubo entre ellos mantenido un poco de tiempo la guerra, á fin que la una parte y la otra con las armas se arruinasen. Ellos después de estas guerras civiles (entendidos los engaños de Borja) hicieron paces y ayuntáronse en una voluntad. Los Coloneses, no hallando mejor camino para seguridad, dejaron al Borja sus tierras. Los Ursinos, mantenidos con el sueldo y estando con sospecha de la fe del tirano, fueron casi todos cruelísimamente muertos. El Cardenal Bautista Ursino, en el castillo de Sant Angelo, previno la muerte á sus parien-

tes, habiendo sido de la misma muerte muertos Vitellocci, de la ciudad de Castella, y Oliveroto de Fermo, en Senegalia, y en el congado de Perosa á Pablo Ursino, hijo del Cardenal Latino, y Francisco Ursino, Duque de Gravina, y á los señores de casa Gaetana, los cuales poseían la tierra de Sermoneta en campaña de Roma junto á Piperno. Jacobo Nicolao y Bernardino, muertos por diversas vías, dejaron las fortalezas y los estados al Borja; los señores de Camerino, de antigua nobleza, Julio César, Venancio, Anibal y Pirro, fueron despojados del principado y fueron ahogados. Astor Manfredo, señor de Faenza, rendido sobre la fe, fué cruelmente muerto y echado en el Tiber. Catalina Esforza, señora de Forli y de Imola, combatida con el artillería, fué presa y llevada á Roma como en triunfo. Pandolfo Malatesta, Juan Esforza y Guido Ubaldo de Monte Feltro quisieron más presto huyendo dejalle sus ciudades á Ariminio, Pesaro, Urbino, que ser muertos. Jacobo Apiano dejó asimismo al insolente la tierra de Poblín en Toscana. Y mientras que con este sangriento suceso ocupaba los estados ajenos, hizo matar á un mozo de la casa de Aragón, Príncipe de Besel, hijo del Rey D. Alonso, y lo que más me afrento de decir, que era marido de Lucrecia, su hermana, hiriéndole andándose paseando por la lonja de Sant Pedro. Y porque se tenía alguna esperanza de poder sanar de las heridas, lo hizo matar en su cámara y en la cama de su misma hermana. Había atosigado al mozo Cardenal Borja porque favorecía al Duque de Gandía. Mató cruelmente volviendo una noche de cenar á D. Juan de Cervellón, hombre noble en la guerra y en la paz, porque severamente guardaba la honra de una señora de la casa de Borja. Mandó cortar la cabeza á Jacobo de Santa Cruz, nobilísimo ciudadano romano, el cual era el mayor amigo y más familiar que él tenía, no por otra ocasión sino porque era poderoso para juntar de presto un escuadrón de hombres del bando Ursino, y persuadilles para emprender cualquiera empresa. Pero en tan terrible sed y codicia de acrecentar el estado, así como lo hemos dicho, bebía el veneno juntamente con su padre, y habiendo vuelto de Nepi á Roma y las cosas del cónclave habían salido de otra manera de aquella que él pensaba, fué metido en prisión por mandado del Papa Julio, porque le deman-

daba las fortalezas de Roma, y esto porque los venecianos, movidos de no menos ciego que dañoso deseo, marchando de Rávena su gente para adelante, habían ocupado á Ariminio y á Faenza. Cesaro Borja entretenía al Papa con palabras, y cada día procuraba echar á lo largo el concierto con la esperanza de poderse ir á Romania, porque tenía por cierto que aquí no le faltaría ayuda y favor, en especial con tener cabe sí en mucha honra los dos principales caudillos de los bandos, que el uno era Juan Sasatello y el otro Guido Vayno, teniéndolos obligados con liberales pagas y grandes mercedes, y con esta confianza escribía á los castellanos de las fortalezas vanas y fingidas cartas. Por lo cual acació, que habiendo sido enviado por el Papa á Cesena Pedro Ovedió con cartas, fué derribado de las murallas abajo por Diego de Quiñones. Enojado el Papa grandemente por aquel insulto, amenazó al Duque Valentino, si á la hora los castellanos españoles no le entregaban las fortalezas. Espantados de esta cólera los Cardenales Borja y Remolins, parientes y hechura de la casa de Borja, se fueron huyendo á Nápoles. Pero después entre la una parte y la otra fué concertado en esta manera: que si Cesaro Borja fuese libre, prometiese de enviar á los castellanos de las fortalezas las secretas señas para que rindiesen los castillos, y entró por fianza de esto el Cardenal Bernardino Caravajal con esta condición: que en aquel medio el Duque Valentino le fué dado en guarda en el castillo de Ostia hasta tanto que él cumpliese con lo prometido. En este medio los dos Cardenales que estaban en Nápoles (deseándolo el Valentino), obtuvieron de Gonzalo Hernández que Cesaro Borja sobre su fe pudiese venir á Nápoles y pudiese irse libremente dél cuando se le antojase. Gonzalo Hernández concedió esto muy fácilmente á aquellos dos Cardenales, y le envió á Ostia una patente firmada de su mano y sellada con su propio sello. Habiendo poco después Diego de Quiñones y Gonzalo de Mirafuentes visto las contraseñas, entregaron los castillos de Cesena y de Forli al presidio del Papa. Cesaro Borja, luego á la hora que libró al Cardenal Caravajal, puesto en una fragata se fué á Nápoles muy alegre, porque fuera de toda espereza le parecía haberse librado de las manos de su antiguo enemigo. Luego que fué llegado á Ná-

poles juntamente con los Cardenales y con los capitanes españoles sus viejos amigos, comenzó á aconsejarse para intentar algunas novedades: que no había perdido ninguna parte del ánimo con la mudanza de la fortuna, sino fundado en la antigua esperanza buscaba en todas partes capitanes y soldados sus antiguos amigos y proveído navíos para que le llevasen á Pisa, porque se decía entre la gente del pueblo que quería ir á dar socorro á los pisanos, los cuales había nueve años que defendían su libertad constantísimamente contra los florentines. Pero su secreto designo era pasar por la ribera de Pisa y por el condado de Luca y por la Carnianada el Apenino y por los confines de Módena camino derecho arribar á las ciudades de Romania acrecentado de gente y favor de don Alonso de Este, Duque de Ferrara, el cual era casado con Lucrecia su hermana, adonde esperaba que sus aficionados y amigos le favorecerían, y en toda parte sería con grande placer recibido. Lo cual habiéndolo entendido el Papa, no le pareció poner más tardanza en medio y escribió secretamente al Gran Capitán Gonzalo Hernández, avisándole que no dejase de ir de Nápoles á este Cesaro Borja, Duque Valentino, hombre osado, de condición cruel, nacido para grandísimo mal de Italia, el cual procuraba una brava tiranía á los pueblos de su estado. Pues habiendo el Papa muchas veces gravísimamente tratado este negocio con los embajadores del Rey que estaban en Roma, y por los suyos que seguían en España la Corte del Rey D. Fernando, vinieron cartas del Rey de España al Gran Capitán, mandándole que detuviese al Duque Valentino, porque se decía que con grave daño y sospecha de todos los Príncipes tentaba nuevas cosas y designaba nueva guerra contra el Papa. Y así el Duque Valentino, estando ocupado en aparejar el armada y en hacer soldados, iba muchas veces (así como era ello necesario) al Castel Novo por hablar con el Gran Capitán, y queriendo salir fué inhumanamente detenido por Nuño Docampo y puesto en prisión. No hubo ninguno de los suyos que (mientras él dió un muy grande y muy crecido suspiro maldiciendo muy fuertemente cuanto podía á la fortuna y lamentándose muy congojosa y angustiadamente que debajo de la fe le había sido hecha muy grandísima traición) le pudiese dar so-

corro. Muy pocos días después, por mandamiento del Rey D. Fernando, fué llevado en España por el capitán Lezcano, adonde un poco de tiempo estuvo en la villa de Chinchilla, y después fué llevado el dicho Duque Valentino á Medina del Campo, adonde estuvo preso cerca de dos años en una muy fuerte fortaleza, la cual tiene por propio nombre la Mota. Y tuvo tal suerte, que engañando á las guardias se descolgó por una sogá y proveyéndole de caballo D. Rodrigo Pimentel, Conde de Benavente, se fué huyendo al Rey don Juan de Navarra, que por entonces tenía guerra con el Conde de Lerín, que se le había rebelado. En este movimiento de armas sirviendo á su Rey murió vencedor en una batalla que se dió junto á Viana; el cual no siendo conocido le quitaron las armas y lo dejaron desnudo, y un escudero suyo tomó el cuerpo y atravesándolo encima un caballo lo llevó á Pamplona, permitiéndolo sin duda el fatal destino de aquella ciudad, de la cual había sido Obispo, porque no he hallado jamás alguno que renunciase los sacramentos que en su vida hiciese buen fin. Pues volviendo á lo que, según dicho es, trataba Cesaro Borja en lo del Pontificado, de que atrás hicimos memoria, con fin de que su deseo hubiese mejor efecto envió sus letras al Duque de Mantua, llamado Francisco Gonzaga, que en aquel tiempo estaba en la Toscana con ejército que en gracia del Rey de Francia los Príncipes de la Lombardía enviaban á Gaeta, para que trabajasen mucho cómo el Cardenal de Ruán fuese Pontífice, y asimismo para dar mejor fin á su deseo puso en su libertad al Cardenal Ascanio Esforcia, hermano que era del Duque de Milán, el cual, según la crónica ha contado los años pasados, el Rey Carlos octavo su predecesor había preso y hecho llevar á Francia con voluntad que su voto en la creación no se perdería. En este tiempo, queriendo los Cardenales entrar en cónclave, según tienen de costumbre para criar nuevo Pontífice, procuraron de hacer semejante negocio con paz y tranquilidad, apartando de sí todas y cualesquier aficiones e inclinaciones que de muchos sobre aquel caso había. En especial el Duque Valentino estando enfermo y queriendo los Cardenales recogerse en la Minerva para criar al Pontífice fuera de las costumbres que tenían en la creación, la cual hacerse solía en el Vaticano, y un su capitán

que llamaban Micheloto quiso perturbarlos llevando la cosa por armas; pero al fin el Duque Valentino, viendo que no saldría con lo que comenzado tenía, que era los Cardenales elegir Pontífice según él quería y deseaba, siendo requerido muchas veces del Colegio de los Cardenales para que saliese de Roma, el cual estaba enfermo en el Palacio de Belveder y toda su gente de armas y caballos ligeros aposentados en la villa de Belveder, tuvo por bueno de se salir de Roma, y así lo hizo como adelante se dirá. En esto el Duque de Mantua con su gente vino por sus jornadas hasta cerca de Roma, con voluntad de poner por la obra y trabajar cómo el Cardenal de Ruán fuese Pontífice, según que era la voluntad del Rey de Francia. Finalmente, el Duque vino á una villa junto á Roma, que dicen la Isla. Era la gente que llevaba en socorro de Gaeta mil y trescientos hombres de armas y cuatro mil caballos ligeros y once mil infantes con otra mucha gente de aventureros. Y desde aquel lugar, el Marqués entendía con los otros Cardenales y les encargaba mucho la elección del Cardenal de Ruán; pero como el oficio sea de tal calidad, permitió Nuestro Señor que todo se hizo al revés de lo que aquellos Príncipes querían; y por esta razón, habiendo otra vez requerido al Duque Valentino se saliese de Roma, y viendo cuán inclinados estaban los Cardenales de quererle echar de Roma por aquella causa y no se sabiendo lo que debiese hacer por razón que de todos en común era mal quisto por muchos desafueros que había hecho y agravios que hacía, en especial contra los Ursinos, cuyo capital enemigo era, acordó de se salir de Roma y de ahí irse á servir al Rey de España en compañía del Gran Capitán, por razón que teniendo por amigo al Gran Capitán y al Rey de España por señor no tendría temor alguno aunque toda Italia lo quisiese mal. Y con esta voluntad envió un mensajero al Gran Capitán, haciéndole saber en cómo tenía determinado de irse adonde él estaba con toda su gente para servirle con ella y con su persona al Rey Católico en aquella guerra, y que así lo haría en breve en sintiéndose algo más dispuesto en su enfermedad que no estaba. El Gran Capitán, como supo la voluntad del Duque Valentino y cuánto le cumplía, según la poca gente que tenía, el favor que el Duque Valentino le ofreció, envió con mucha

diligencia á Roma al capitán Próspero Colona, para que juntos ambos diesen orden á la venida del Duque; y luego envió á Diego García de Paredes y á D. Diego de Mendoza, con trescientos hombres de armas y con trescientos caballos ligeros y con doscientos infantes, para que recibiesen al Duque Valentino á la salida de Roma y se viniesen todos juntos con él en su compañía. Con esta orden, después de ser ya ido adelante Próspero Colona, los sobredichos capitanes españoles y gente se fueron la vía de Roma y por sus jornadas vinieron á dos villas que son doce millas de Roma, que se llaman Marino y Frecada, tierras que son aparejadas para estar en ellas gente, sin que reciban daño alguno para ser bien proveídos de todos aquellos lugares. Estuvieron todos aquellos capitanes esperando algunos días al Duque, mediante los cuales los Cardenales tornaron última vez á requerir al Duque Valentino se saliese de Roma, echándole á cargo los daños que en la Iglesia de Dios por aquella razón podían suceder, no queriendo dar puntada en la elección del Pontífice hasta tanto que saliese de la ciudad. Finalmente, el Duque Valentino, no pudiendo en manera ninguna excusarse sin salir fuera de Roma, siendo ya llegado á la sazón Próspero Colona y dando orden en su salida, hizo juntar la gente que tenía en la ciudad, los cuales de muy buena gana en su servicio iban, creyendo que se quería ir á juntar con el Gran Capitán. Pero de otra manera sucedió, porque el día que salió de Roma, aun no del todo sano de su enfermedad, yendo en unas andas con harto trabajo suyo, vino á la Cruz de Montemar y allí hizo un razonamiento á su gente, cuya sustancia fué decirles que ellos bien sabían cómo él había recibido el hábito de San Miguel del Rey de Francia, de cuya causa de manera ninguna no podía ser contrario de franceses, por lo cual les rogaba que en aquel camino que hacer quería no le dejasen, que era irse á Nepe, una villa suya, y que después, por el amor que tenía á la nación española, él habría en mucho placer (aunque no en su nombre, porque sería ir contra la religión que de San Miguel tenía), que cada uno siendo su voluntad fuese á servir al Rey de España y se juntasen con el Gran Capitán en Mola, diciendo asimismo el Duque Valentino cuánto le pesaría si de haber negado su favor á los españoles á esta

causa les viniese algún daño. Pero la gente del Duque Valentino, dado que tuviera por mejor de ir á servir al Rey de España, los que de esta voluntad eran, conociendo el deseo de su señor, todos se ofrecieron de no le dejar entre tanto que otra cosa acordase; y con esto todos juntos con su capitán, que según dicho es, iba no muy sano en la litera, movieron de aquel lugar de la Cruz de Montemar y fuéronse la vía de Civita Castellana y de Nepe, unos lugares suyos. Después de esto, el Colegio de los Cardenales procuraron echar de aquel lugar de la Isla al Marqués de Mantua y á su ejército, diciendo que hasta que de allí fuese partido la vía que llevaba de Gaeta, no habían de elegir Pontífice; y por esta razón, y porque así se lo envió á rogar el mismo Cardenal de Ruán, á quien según dicho es trataba el Marqués de hacer Pontífice, no pudo hacer otra cosa salvo partirse dende. Y luego los Cardenales viendo apartados todos los inconvenientes que acerca de la creación del Pontífice se les podría seguir, se juntaron todos en el Vaticano y allí entrando en cónclave, según que es de costumbre, con las solemnidades requisitas, eligieron por Pontífice al Cardenal de Sena, varón de mucha autoridad y discreción, el cual debajo de muchos Pontífices por su gran prudencia y saber usó de oficio de Legado, y asimismo éste era Decano, que es el primero en antigüedad en el Colegio de los Cardenales. Fué sobrino del Papa Pío segundo, y por esta razón se puso del mismo nombre Pío tercio, porque de aquella manera refrescase la memoria de su tío Pontífice. Pío tercio dejó más memoria de su nombre, que no dejó en sus hechos y fama, por razón que dentro de treinta días que fué por Pontífice elegido, falleció de unas llagas viejas que en las piernas tenía. El Duque Valentino, que á la sazón estaba en Nepe y en Civita Castellana con toda su gente, sabiendo la muerte de Pío tercio, pocos días antes elegido, partióse de aquellas villas y vino á Roma, y los Cardenales, no obstante la venida del Duque á la ciudad, se congregaron todos á elegir nuevo Pontífice. Los cuales con las mismas ceremonias y solemnidades, de común consentimiento de todos, eligieron por Pontífice al Cardenal Juliano Ostiense, del título de San Pedro Advíncula, el cual tomó por nombre Julio segundo. Mucho trabajó el Duque Valentino en la creación de

este Pontífice, por razón que le era mucho amigo, aunque según se dirá, le fué después de Papa muy enemigo. Finalmente, después que Julio Ostiense fué electo por Pontífice, el Duque Valentino, que muy conforme con él y muy allegado en su amor era, no pensó tener más necesidad de su gente, y por esta razón dió licencia al capitán Próspero Colona para se ir al Gran Capitán, y asimismo dió licencia á su gente para que yéndose con Próspero Colona se juntase con el Gran Capitán en Mola, adonde á la sazón estaba. Finalmente, Próspero Colona se partió de Roma, y con esta orden vino á Marino y á Frescadero, adonde D. Diego de Mendoza y Diego García de Paredes estaban, según dicho es. Y como se juntaron, sabiendo los capitanes españoles la voluntad del Duque Valentino, luego se movieron de ahí con toda la gente y se fueron á su real al Gran Capitán, que estaba en Mola y en Castellón. Yendo por el camino, allegaron á una villa que llaman Chiprano, que es de la Iglesia, donde el río del Garellano aparta los términos de la Iglesia y del reino de Nápoles, y allí se encontraron con el capitán Fabricio Colona que venía de la provincia de Abruzzo por mandado del Gran Capitán, y por su mismo mandado había ido sobre aquella provincia á la reducir por el Rey de España; que muchas villas y lugares de ella estaban por Francia, según que la crónica lo ha contado, y de allí todos juntos se fueron á Roca Seca y á Aquino. Y yendo por el camino vino tan grande lluvia y tempestad de agua sobre ellos, que estuvieron en peligro de se perder, y tanto crecieron los arroyos, que no los pudiendo pasar se quedaron aquella noche en el campo sin comer ni beber cosa alguna. Muchos hombres y bestias del carruaje se ahogaron por la grande agua que todo el día y la noche cayó; pero como fué de día, habiéndose algo menguado los arroyos, se movieron de aquel lugar y se fueron á Roca Seca y Aquino, y allí se apartó Diego García de Paredes de los otros capitanes con dos mil infantes y fuese al condado de Oliveto, por razón que el Conde de Oliveto y toda su tierra estaban temerosos con la esperanza que decían que había de venir el Marqués con el ejército por allí, y esperábanle cada día. Y verdaderamente si Diego García de Paredes no fuera con aquella gente á les confortar sus ánimos, que muy alterados los te-

nían, si el Marqués de Mantua viniera á la sazón, se dieran por el Rey de Francia. Por esta razón, como Diego García de Paredes caminase con su gente camino del condado de Oliveto, acaeció que quedándose un día con veinte soldados al pasar de un paso áspero de aquella tierra, fué salteado de una junta de ladrones, los cuales atalayaban aquellos caminos y robaban y mataban á cuantos españoles podían haber, y debajo de este color á los mismos naturales no perdonaban así en personas como en bienes. Diego García de Paredes, como se vió acometer de aquella gente, así animando los soldados que consigo traía, dió recio en ellos y peleó una gran pieza, haciendo gran daño en aquellos ladrones, de los cuales mataron muchos y los demás se escaparon por la maleza de aquella tierra, que muy áspera era, porque según es verdad los que de semejante oficio viven, procuran de buscar los lugares más ásperos que hallar pueden. Finalmente, después que Diego García de Paredes hubo hecho muy grande estrago en los ladrones, no hallando más con quien pelear, con los veinte soldados (que ninguno de ellos perdió) se fué á aposentar á unas viñas que llaman Esclavia, alcanzando primero el cuerpo de su gente, que iba adelante, en la Posta y en Casaliber y en Oliveto, todas villas y lugares del condado de Oliveto, do estuvo Diego García de Paredes hasta que el Marqués vino con su ejército á Roca Seca, según la crónica lo dirá.

CAPÍTULO CI

De cómo el Gran Capitán, sabida la venida del Marqués de Mantua en favor de los franceses, se alzó de Mola y Castellón y se vino á Sant Germán, y de lo que los franceses hicieron sobre aquel caso, y de la gente que vino al real del Gran Capitán á servir en aquella guerra al Rey de España.

Contado ha la crónica cómo después de la muerte del Papa Alejandro sexto, el Duque Valentino, forzado por el convento y colegio de los Cardenales, se salió de Roma y se fué con su gente, que mucha, muy buena y noble era, á Nepe y á Civita Castellana, y que así mismo cómo después de la creación y muerte de Pio tercio, sucesor de Alejandro sexto, se tornó á Roma y allí despidió al capitán

Próspero Colona y á muchos de los suyos, quedando con muy gran parte de gente de muchos nobles caballeros italianos y españoles, á quien él les daba en buenos hechos de guerra buenos cargos y partidos muy excesivos, y de esta manera era el Duque Valentino de muy noble gente servido en el menester de la guerra. Pues, tornando ahora la crónica al Gran Capitán y á su campo que en Castellón y Mola tenía, dice que después que supo la venida del Marqués de Mantua con el ejército de las señorías en servicio del Rey de Francia, según que era verdad, no le pareciendo aquel lugar donde á la sazón estaba seguro para esperar ende tan grande poder, determinó de se levantar de allí y se retraer á Sant Germán, por razón que aquella villa era bien fuerte y asimismo proveída de todo aquello que para sustentación de su ejército había menester. Y por esta razón luego se movió de Castellón y de Mola, y viniendo por el camino la vía de Sant Germán á Castellón y á Monte Casino, adonde hay un monasterio de monjes Benitos, adonde estaban muchos religiosos de santísima vida. Este lugar tenían los franceses como segurísima fortaleza, los cuales poco antes se habían concertado de salir de allí si dentro de ciertos días no les venía socorro, y siendo cumplido el término alargaban el querer rendirse. El Gran Capitán, no le pareciendo sufrir aquella tardanza, allegóse con el ejército animando á los soldados con la esperanza de la presa. Fué muy grande la fuerza y diligencia de ellos en subir en lo alto del monte y en guindar arriba la artillería, con la cual después de batida y haberle dado un recio asalto dos valerosos capitanes llamados por nombre Ochoa y Jordán de Artiaga, subieron el uno por una sogá puesta por encima de la muralla y el otro muy osado y animosamente entró por una estrecha abertura del muro, siguiéndolos los alférez, mataron al capitán de los franceses y tomaron aquella plaza del monasterio, y de allí se fué á la torre del Garellano, que es un paso fuerte y por donde los franceses habían de venir y donde él les podía hacer mucho daño. Dejó el Gran Capitán á D. Alonso de Carbajal y al capitán Pedro de Paz con cincuenta hombres de armas y trescientos caballos ligeros y con quinientos infantes, y fuese más adelante á Roca Seca, que es una muy buena y fortificada villa. Dejó al capitán Pizarro y al capitán Zamudio

y al capitán Escalada, todos muy buenos, valerosos y esforzados capitanes con otra buena parte de sus infantes, y con toda la demás gente de su ejército se pasó el Gran Capitán á Sant Germán, adonde se rehizo de vituallas y de todo lo que era necesario para su ejército, y estuvo allí esperando hasta que salió de allí, según que se contará en su lugar. Monsiur de Alegre, que estaba en Gaeta con el ejército francés, sabiendo asimismo la venida del Marqués de Mantua en su favor, juntamente con ver el Gran Capitán y el ejército español levantado de Mola y Castellón, adonde hasta entonces había estado, y que ya de su parte no le vendría daño á la ciudad de Gaeta, por estar más apartado de aquel lugar, determinó con el Marqués de Saluces de salir de Gaeta y irse al Garellano y esperar allí al Marqués de Mantua y juntarse ambos en aquel lugar, y que entretanto pasarían por aquella puente á Cieza, y harían todo el daño que pudiesen en los españoles, que ende á la sazón estaban con el Duque de Termes. Finalmente, con esta voluntad el Marqués de Saluces y monsiur de Alegre, dejando bien proveída la ciudad de todo lo necesario á su defensa, así de gente como de todas las otras cosas, con todo el ejército se partieron la vía del Garellano, y como allegaron al lugar de la puente de Cieza, asentaron su real de esta otra parte del río, y desde aquel lugar cada día pasaban la puente á hacer daño en los españoles que estaban en Cieza; los cuales por el mismo caso salían á defender el paso á los franceses, y nunca dejaban cada día de se rencontrar, en que había así de la una parte como de la otra muchos muertos, heridos y presos. En este medio tiempo el Duque Valentino, que, según dicho es, se había tornado á Roma después de la creación del Papa Pío tercio, había trabajado en muy gran manera por que criasen por Pontífice al Cardenal Juliano Ostiense, del título de San Pedro *ad vinculam*, que por ser mucho su amigo lo deseó con mucha afición y hubo efecto, y así se llamó Julio segundo. Pero como las cosas el tiempo las rueda, y así traen diversos efectos y fines, la mucha familiaridad y conjunta amistad del Pontífice y del Duque Valentino vino á se trocar en muy grande enemistad y odio, de tal manera que fueron en sumo grado contrarios y muy enemigos. Y como el Duque Valentino estuviese muy enfermo, procuraba todas cuantas maneras él

podía para toda paz y concordia, para que no hubiese lugar de ejecutar el enojo y enemistad que con el Pontífice tenía, teniendo su gente á su salvo, por lo cual determinó de los despedir á todos y de les dar licencia que se fuesen adonde más su voluntad fuese. Y con este acuerdo del Duque Valentino todos los capitanes y gente de guerra que tenía en Roma se juntaron en uno y determinaron de irse en compañía del Gran Capitán á servir al Rey D. Fernando de España, en aquella guerra contra franceses, y así fueron todos unánimes y conformes. Y porque la nobleza y lealtad de los Príncipes que al campo español fueron, convida por su valor y virtud decir sus nombres, la crónica los pone aquí. El primero fué D. Yugo de Moncada y don erónimo Lloriz, Corollano de Roma, el Cardenal Borja, D. Pedro de Castro y Francisco Masa, con otros nobles capitanes, así españoles como italianos, caballeros y hombres de armas muy escogidos. Y como iban en ordenanza salieron de Roma y fuéronse la vía de Sant Germán, adonde el Gran Capitán con el ejército español estaba; y con aquella honra como tan nobles caballeros merecían, el Gran Capitán con todo su ejército los salió á recibir y los preció mucho por la gran necesidad que á la sazón de ellos tenía, y asimismo porque ellos por sus personas y linaje merecían toda honra y buen acogimiento.

CAPÍTULO CII

De cómo el Marqués de Mantua se partió de la Isla y se vino á juntar con el ejército francés, que estaba en el Garellano, y de cómo siendo juntos vinieron sobre Roca Seca, y de lo que sucedió.

Contado ha la crónica cómo el Marqués de Mantua con todo el ejército de las señorías estaba en la Isla, cerca de Roma, trabajando en la creación del Cardenal de Ruán por Pontífice. Pues dice ahora la crónica que viendo el muy poco fruto que en aquel caso su diligencia había obrado, por razón que los Cardenales no quisieron dar ninguna puntada en la creación hasta que de allí se partiese, determinó de lo así hacer, y también porque, como dicho ha la crónica, el mismo Cardenal de Ruán se lo envió así á rogar. Pues dice ahora la crónica que partido que fué el Mar-

qués de la Isla con su ejército, que vino la vía de Gaeta, adonde creía hallar el campo francés según que hasta allí había estado, pasó el monte Molle y de jornada en jornada venía á Ponte Corvo. El capitán monsiur de Alegre, como supo la buena venida del Marqués en su favor, levantóse del lugar de la puente de Cieza y fué á la torre de Campo Latro, y allí se juntaron ambos á dos ejércitos y estuvieron en la torre de Campo Latro tres días, en los cuales dieron orden en lo que debían de hacer acerca de la expugnación de aquel reino, dando de nuevo nueva expedición y consejo. Finalmente, en el último de Octubre del sobredicho año de mil y quinientos y tres años, el Marqués de Mantua se movió de la torre de Campo Latro juntamente con monsiur de Alegre, y vinieron con su ejército á Roca Seca, adonde, como arriba dijimos, estaban el capitán Zamudio y el capitán Pizarro y el coronel Villalba y el capitán Escalada con su gente. Y como los franceses fueron á cinco millas de Roca Seca, mandó el Marqués á algunos caballeros adelantarse para reconocer el estado de la villa y ver su disposición adonde más convenía asentar el campo. Con esta orden y mandado del Marqués de Mantua los caballos ligeros se adelantaron, y visto el asiento de la villa se tornaron á informar de todo al Marqués. El cual como fuese cerca de Roca Seca, envió delante un trompeta á requerir á los españoles que en todas maneras y sin tardanza alguna se saliesen de Roca Seca y dejasen aquella villa libre y desembargada, donde no que ellos tuviesen por muy cierto y averiguado que con más daño suyo del que pensaban se les sacaría de su poder, ejecutando en ellos todo el rigor que se pudiese ejecutar. Habían á esta sazón salido de Roca Seca el capitán Zamudio y el capitán Pizarro con alguna gente por reconocer á los franceses, que bien sabían que venían contra ellos sobre aquella villa; y como allegasen cerca, vieron venir al trompeta á muy grande prisa tocando la trompeta, que bien se hacía sentir por todos aquellos términos. Y como llegó adonde aquellos capitanes españoles estaban, explicóles su embajada, que, según dicho es, muy llena de amenazas venía. Los cuales, enojados de tanta soberbia como con ellos los franceses mostraban, tomaron el trompeta y sin ningún detenimiento le ahorcaron de un árbol, queriendo de aquel arte usar para que conociese

el Marqués el poco temor de sus amenazas que los españoles tenían, dado que viniesen muy ríguosos con el nuevo socorro. Gran pesar hubo el Marqués viendo que los españoles habían ahorcado á su trompeta, y por esta razón pugnó con todo su poder de los tomar á todos en aquella villa y no dejar hombre de ellos á vida, y así, hizo allegar su gente junto á Roca Seca, donde asentó su campo en la forma siguiente. En el arrabal, desde el principio de él hasta un monasterio de frailes, mandó estar la más gente de infantería de su ejército; de la otra parte del arrabal, en lo alto hacia la montaña el camino de Cuelo, mandó que se asentasen muchas piezas de artillería, y en aquel mismo lugar con hasta cuatro mil hombres aposentó su persona. Desde allí abajo hasta el cabo del otro arrabal camino de Sant Germán mandó estar toda la gente de armas y caballos ligeros con una parte de la infantería. Y por todas las otras partes del arrabal mandó el Marqués con mucha diligencia y presteza asentar toda la mayor parte del artillería que había quedado. Y todo su campo repartido en la forma que arriba se ha dicho, mandó luego por todas partes batir la villa, y tan animosa y fuertemente se batió que vino á tierra una gran parte del muro y derribó muchas casas y tejados, que por ser el sitio de la villa en alto los edificios de ella estaban señoreados del artillería, de manera que no disparaban tiro que no llevase delante de sí todo cuanto topaba en las casas. Finalmente, después de haber batido muy bien la villa, el Marqués mandó meter en armas su gente, y diéronle en un mismo tiempo tres combates, adonde los españoles mataron é hirieron muchos franceses, no sin harto daño suyo. Todo esto pasó dentro de un día; luego otro día siguiente el Marqués mandó batir la villa por otro cuartel de la parte del castillo abajo, adonde estaba el capitán Zamudio, y tan fuertemente le batieron, que en dos días que duró la batería no dejaron en todo aquel cuartel pedazo de muro que todo no fuese metido por el suelo, derribando asimismo muchas casas de las de dentro de la villa, aunque la muralla había muy poca ó ninguna defensa por razón de lo dicho, aunque muy indispueta era la entrada á los franceses por aquel lugar, porque tenían de subir una muy gran cuesta y áspera. Pero los franceses, conociendo todavía su ventaja, porque estaba todo el

muro en tierra, se esforzaron á subir ayudándose los unos á los otros, aprovechándose de las escalas que traían, y de esta manera llegaron junto al muro. Pero los españoles con muy grande ánimo defendían á los franceses la entrada, comenzándose de mezclar unos con otros, de manera que duró el combate tres horas, en que murieron muchos franceses y algunos españoles hubo heridos y pocos muertos, y éstos murieron á causa del artillería, por razón que como el muro de aquel cuartel estuviese todo derrocado y el artillería de los franceses no dejase continuamente de les tirar, no podían estar seguros á la defensa; porque como se descubrían, el artillería luego los llevaba de vuelo y los hacía muy gran daño. Pero el capitán Zamudio, que muy buen capitán y esforzado soldado era, con aquella gente que consigo tenía, trabajó tanto aquel día que los franceses no les pudieron entrar, y así les convino dejar la batalla y retirarse á su campo. Pues como los franceses se retiraban, el capitán Escalada salió con veinte buenos soldados por el mismo muro derribado y dió de improviso en ellos, y de su acometimiento mató é hirió algunos franceses; y no pudiendo por alguna aspereza de la montaña seguirlos más, se tornó á la villa, no osándose mucho desmandar por ser pocos los hombres que consigo tenía. Como los franceses fueron retirados de esta manera y de esta batalla, descubrieron por muy averiguado que tomaran la villa, según la poca defensa del muro, y tornaron de nuevo á dar prisa en la batería por todas partes de la villa, y tan espesa andaba y tan gran daño hacía, que así en la defensa del muro, que (como dicho es) todo estaba en tierra, como por las calles de dentro de la villa, no había hombre que osase parecer que no fuese muerto del artillería. De cuya causa fueron los españoles puestos en grandísimo estrecho y extremo trabajo, que ya no esperaban otra cosa salvo la muerte, según tenían por cierta su perdición. Estando, pues, en esto, ya los franceses se aderezaban para el combate, el cual sin ninguna duda fuera el último en aquella demanda, pero vieron venir por la montaña gente de guerra española. Este era Diego García de Paredes, el cual, como supo la venida del Marqués en socorro de los franceses y que estaba sobre Roca Seca, luego se movió de las tierras de Oliveto juntamente con el capitán Pedro Na-

varro, que traía dos mil hombres de guerra. Y como fueron encima de la montaña, á muy gran prisa se comenzaron á bajar para se meter en la villa y de camino dar un mal rebato en el campo francés. Pero como los franceses vieron venir aquella gente á la sazón, perdieron la esperanza que de tomar la villa tenían, á los cuales sin perder tiempo el Marqués mandó levantar de sobre aquel cerco; y hecho así, el Marqués de Mantua, juntamente con todo su campo, pasó el río á la otra parte á un llano que está cuatro millas de Roca Seca, y se quedó lo que quedaba del día y la noche toda. Y luego otro día siguiente por la mañana se alzó de aquel lugar y se fué la vía de Aquino, no sin muy gran trabajo y peligro del ejército, por razón de la gran tempestad de agua que en aquel día caía, como de los días pasados estoviese la tierra muy harta de agua á causa de las grandes pluvias que habían caído, porque, según verdad, aquel año fué el más mojado y tempestuoso de aguas que nunca los vivos tal vieron. Estaba la tierra tan llena de lodos y atolladeros, que muchas bestias del carruaje y caballos que llevaban el artillería pèrecieron ende sin poder ir atrás ni adelante ni sacar la carga de los grandes charcos y lodos que había. Finalmente, pasando muy gran trabajo en aquel día el ejército francés, vinieron á Aquino, adonde el Marqués estuvo todo lo que quedaba del día descansando con su gente.

CAPÍTULO CIII

De cómo el Marqués de Mantua con todo su ejército se partió de Aquino la vía de Ponte Corvo, y de cómo el Gran Capitán salió de Sant Germán en pos de él, y de lo que en el camino le sucedió con los franceses.

Luego á la mañana siguiente el Marqués de Mantua con todo su ejército se movió de Aquino y fuese la vía de Ponte Corvo, por razón que aquella villa era más fuerte y no había gente española que le estorbase su propósito para se fortificar en ella. El Gran Capitán, que no entendía en otra cosa salvo en dañar á los franceses, como supo que se habían levantado de Roca Seca y el camino que llevaban, que era con voluntad de se meter en Ponte Corvo, luego la misma mañana que el Marqués de Mantua se partió de Aquino, el

Gran Capitán se partió de Sant Germán con mucho secreto y fué á la mayor prisa que pudo en pos de los franceses. Por el camino que llevaban estaba la vía de Aquino en medio del camino, entre Sant Germán y Ponte Corvo, y como llegó á Aquino halló muy gran copia de franceses en la misma villa, los cuales habían quedado enfermos, que no habían podido caminar ni seguir su capitán. Y por esta razón estos franceses con gran miedo que de los españoles habían, creyendo que allí los habían de matar, todos se metieron dentro en una iglesia esperando la muerte, que por muy cierta tenían. Pero el Gran Capitán, que en semejantes casos de mucha humanidad y mansedumbre siempre se señalaba, mandó expresamente á toda su gente que no fuese ninguno osado de hacer mal á los franceses que allí estaban, lo cual así se cumplió según que el Gran Capitán mandó; y no contento con esto, viendo la necesidad de aquella gente, les mandó dar de comer y de beber y los favoreció en todo lo que había menester; y luego con mucha diligencia, habiendo estado un poco en aquella villa detenido, así en reparar á los franceses como en recoger su gente, que algo venía desordenada por la incomodidad de los caminos, movió de Aquino á muy gran prisa en seguimiento de los franceses que llevaban la vía de Ponte Corvo; y tanto anduvo que los descubrió que iban delante de él tres millas, todos en muy buena orden, aunque á la verdad muy trabajados del camino, que, como arriba dijimos, las aguas habían sido tan excesivas en aquella entrada del invierno, que la tierra con muy gran fatiga se podía caminar. Pero el Gran Capitán con su gente (que también participaba de aquel trabajo) no dejaba de los seguir á muy gran prisa; y para que mejor pudiesen reconocer el orden que los franceses llevaban, y asimismo para los entretener entretanto que la infantería llegaba, envió al capitán Fabricio Colona con los caballos ligeros adelante, el cual, según la crónica ha contado, era venido de la provincia de Abruzo, adonde el Gran Capitán estaba. Los franceses como se sintieron seguir de los españoles, aceleraron su camino, y á más andar lo mejor que pudieron se metieron en Ponte Corvo, no se teniendo por bien seguros si esperaban á los españoles en campo. Y con la misma orden que llevaban en el marchar, se metieron por Ponte Corvo y

después pasaron la puente y arrabal, y allí el Marqués de Mantua asentó su real haciéndose fuerte para esperar ende el Gran Capitán, si todavía quisiese ir contra él. Y para mayor seguridad suya y de los suyos, el Marqués mandó asestar toda el artillería á la boca de la puente por donde de necesidad había de pasar el ejército español, y hizo otros muchos aparejos creyendo que el Gran Capitán quería seguirle hasta dentro de aquel lugar. Pero no fué así, por razón que como el capitán Fabricio Colona era, según dicho es, ido adelante con los caballos á tomar lengua del ejército francés y su disposición, y supo la gran fortaleza que tenían y de cómo era muy dificultoso á esta causa entrarlos; por lo cual tornándose con sus caballos avisó de todo al Gran Capitán, el cual luego mandó tornar la gente á Sant Germán de donde habían salido. Y tornándose la gente su camino, en este retraer, después de pasada gran parte del día, ya que quería anochecer, entre Aquino y Sant Germán, vino tan grande tempestad de agua que todo el ejército fué metido en mucho trabajo y peligro de sus personas, y lo que más les causaba pasión era que la noche sobrevino con muchas tinieblas y oscuridad increíble, que apenas veían el camino; y de esta manera esforzándose los unos á los otros, viendo que era mayor el daño que les podía suceder quedándose en el campo que no el que les causaba caminar, aunque con harto trabajo, allegaron á Sant Germán bien fatigados, y de esta manera el Gran Capitán y gente del ejército se retrajeron á sus estancias, dando descanso á sus miembros, que bien lo habían menester, según el gran trabajo que pasaron.

CAPÍTULO CIIII

De cómo el Gran Capitán envió á Diego García de Paredes y al capitán Fabricio Colona sobre Roca de Andria, que se tenía por Francia, adonde en el río del Garellano estaba un capitán francés con comisión de hacer una puente por donde el ejército francés pasase, y de lo que sobre ello sucedió.

Después que el Gran Capitán se tornó, según dicho es, á Sant Germán, luego como fué de día, aquella mañana siguiente, procurando de todo punto la reducción de aquel reino en merced del Rey D. Fernando de Castilla y de

Aragón su señor, y viendo que la dilación en aquel caso era muy gran daño y perjuicio para el reino, por razón que los franceses se hacían más fuertes con los socorros que les venían cada día, determinó de poner gran diligencia por salir dél con aquel hecho; y con esto, sabiendo que una villa fuerte que llaman Roca de Andria estaba por Francia, y que asimismo en el río del Garellano estaba un capitán francés, dicho por nombre Monleón, con treinta hombres de armas y cien caballos ligeros y cincuenta infantes, con comisión de hacer una puente por donde el ejército francés pasase de la otra parte del río, porque estaban los franceses determinados de venir á las manos con los españoles; porque verdaderamente pensaban que si pasasen el Garellano, en breve los españoles serían rotos en campo y el reino vendría luego en su poder, y por esta razón habían los franceses enviado aquel capitán con la sobredicha comisión. Y por esta causa el Gran Capitán, viendo el daño que en pasar los franceses de esta otra parte del río se le podía seguir en el reino, determinó estorbarles con todo su poder, y así con mucha diligencia el Gran Capitán envió sobre Roca de Andria al capitán Fabricio Colona y á Diego García de Paredes, para que trabajasen de tomar aquella villa, adonde estaba un capitán llamado Federico de Mont Fort con guarnición francesa, y no consintiendo echar la puente al capitán Monleón, que según dicho es, para ello llevaba comisión. Llevaban estos capitanes españoles dos mil infantes y cuatrocientos caballos y cinco piezas de artillería, con lo cual se partieron una mañana de Sant Germán, y la noche bien tarde llegaron sobre Roca de Andria, adonde se concertó que Fabricio Colona con los caballos estuviese en el paso del río y no dejase echar la puente en ninguna manera á los franceses, y Diego García de Paredes con la infantería y artillería combatiese la villa. Y con esta orden cada uno de los sobredichos capitanes puso por obra lo que debían de hacer aquella noche que llegaron sobre Roca de Andria. Diego García de Paredes dió orden en el asiento del artillería para que luego en la mañana se combatiese la villa, según que se hizo, y asimismo ordenó su gente por sus estancias para que diesen la batalla por partes diversas, cuando menester fuese. Finalmente, siendo de día, Diego García de Paredes mandó batir la villa

con el artillería, la cual se batió con mucha fortaleza, de tal manera que hizo un gran portillo en el muro, por donde Diego García de Paredes metiendo en armas su gente comenzó á batir la villa y dar la batalla; adonde se pasó muy gran trabajo, por razón que la villa es muy fuerte y tiene un castillo de muy grande defensión. Pero en fin de mucho daño, así en una parte como en la otra, Diego García de Paredes tomó la villa por el Rey de España por fuerza de armas. Los que la defendían, viendo los españoles dentro, todos se retrajeron á la Roca. Pero no les fué aquel lugar tan seguro como pensaron tenerle, por razón que Diego García de Paredes los amenazó con batalla, y tanto hizo de su persona con su gente, que sin detenimiento convino á los de la Roca darse por el Rey de España, y de esta manera la Roca de Andria vino en merced del Rey Católico de España. En este medio, á la sazón que la Roca se combatía, el capitán Monleón, viendo la gente que contra él eran venidos y de cómo la Roca de Andria estaba ya por España, dejó aquel hecho de la puente imperfecto y fuese á Roca Guillerma, donde el ejército francés era ido para la tomar. Y como no pudieron hacer lo que quisieron, por razón de la guarnición española que ende estaba, la cual se retrajo á las fuerzas de la villa, adonde hechos fuertes por demás trabajaron los franceses de los querer tomar, y así se hubieron de retirar y se fueron al Garellano, dejando á los españoles de Roca Guillerma como de antes estaban en guarnición; y luego como llegaron en aquel lugar del río del Garellano ordenaron de pasar de esta otra parte del río, que á la verdad no era otro su deseo, salvo venir á las manos con los españoles.

CAPÍTULO CV

De cómo Diego García de Paredes después que hubo tomado la Roca de Andria, juntamente con el capitán Fabricio Colona, se fueron el río abajo del Garellano, adonde hallaron el campo francés ordenando de echar la puente abajo para pasar, y de cómo el Gran Capitán se vino á juntar con ellos en aquel lugar.

Después que Diego García de Paredes hubo tomado la Roca de Andria, según que dicho es, el capitán Fabricio Colona, que, como diji-

mos, se había quedado con la gente de caballo de esta otra parte del río para vedar al capitán Monleón que no hiciese por allí paso, sabiendo en cómo ya era partido y que llevaban el camino adonde todo el campo francés estaba, hízolo luego saber á Diego García de Paredes, y por esta razón lo más áína que pudo se desembarazó de la Roca de Andria, y dejando allí gente de guarnición se fué con toda la más gente que tenía á juntar con Fabricio Colona. Y ambos á dos capitanes con los infantes y caballos que llevaban se fueron por la otra parte del río abajo, porque se decía que los franceses querían pasar por la otra parte del río abajo, pues por aquella parte habían sido estorbados. Y así los españoles procuraban en todas las maneras del mundo de irles á la mano en aquel hecho, y con esta voluntad apresuraron su camino á tiempo que los franceses aderezaban de hacer el paso á la otra parte del río del Garellano. Es este río en la provincia de Campania y va á entrar en el mar Mediterráneo. Por la otra parte de Mola corre entre Sant Germán y Ponte Corvo y nace del lugar del lago de Celano, junto á Celano y Ortuchia. Es muy grande río y muy hondo, por manera que no se halla en él vado ninguno, en especial en aquel tiempo que era año de muchas aguas y era en el principio del invierno. Por esta razón los franceses tenían voluntad de pasar el Garellano á se ver con los españoles á las manos. Diego García de Paredes y Fabricio Colona, llegando luego, asentaron su real contra los franceses por la otra parte del río y no los dejaron hacer el paso para pasar la otra parte del río como deseaban, y los franceses no hacían sino pasar en barcas de la otra parte del río á escaramuzar con los españoles por darles rebatos en aquel lugar donde se habían alojado. En las cuales escaramuzas los españoles por se defender entre los unos y los otros había siempre muertos y heridos de la una y de la otra parte. De esta manera aquellos capitanes españoles detuvieron á los franceses, que nunca pudieron echar la puente hasta que tuvieron lugar, según que abajo se dirá. En este tiempo el Gran Capitán, que estaba, según dicho es, en Sant Germán, como supo la necesidad que de su persona y gente había en el Garellano y lo que los franceses trabajaban en querer pasar de la otra parte del río echando su puente, y el trabajo con que de aquellos

dos capitanes era defendido aquel paso, luego á muy gran priesa se partió de Sant Germán con todo su ejército y fuese á juntar con Fabricio Colona y con Diego García de Paredes en el Garellano. Y como allegó en el lugar contrario de los franceses, viendo la disposición de la ribera y asimismo el ejército francés y su asiento, con muy gran diligencia ordenó como convenía la guardia de la ribera que está junto á la torre, adonde Pedro de Paz y Alonso de Carvajal habían quedado, cuando el Gran Capitán se partió de Sant Germán, según dicho es. Y luego más abajo en la ribera junto á la marina, adonde estaba una torre fuerte, envió al capitán Pedro Navarro y á otros capitanes con seiscientos hombres de guerra para que estuviesen allí en guardia de aquella ribera, y llevaron asimismo cuatro falconetes y otra artillería menuda. Y hecho esto el Gran Capitán, viendo cómo los franceses querían echar en el río la puente, ordenó de no poner guardia en la ribera del río, por cuya defensión y seguridad del Gran Capitán mandó hacer una trinchea, para que los españoles que estuviesen de guardia en aquel paso estuviesen cubiertos sin que recibiesen algún daño de la artillería francesa que desde la ribera les tiraba. Después de esto un día, siendo de guardia en el paso de la ribera el coronel Villalba y el capitán Zamudio y el capitán Pizarro, pasaron en barcas de esta otra parte adonde la guardia española estaba hasta ochenta franceses, y atravesando el río vinieron á dar junto aquel lugar, donde hallaron que hacían la guardia los españoles. Y el capitán Zamudio y los otros capitanes, como los vieron venir, salieron á ellos con cuarenta hombres y pelearon un gran rato con ellos; y de tal manera los recibieron que á fuerza de brazos los levantaron hasta dar con ellos en el río en aquel lugar donde las barcas habían quedado, adonde en su seguimiento mataron é hirieron algunos franceses; los cuales, siendo en la barca metidos, se pasaron á su campo de la otra banda del río; los españoles se tornaron al lugar donde hacían la guardia. Muchos días estuvieron españoles y franceses en aquella ribera, en que no dejaban cada día de visitar con escaramuzas, por razón que los franceses nunca hacían sino pasar en barcas el río y atravesar de una y de otra parte á se ver con los de la guardia española, forzando siempre los franceses de los echar

de aquel lugar. Y de esta manera otro día siguiente, siendo de guardia el capitán Pedro de Paz y Alonso de Carvajal, fueron avisados cómo otro día habían los franceses de echar la puente, porque ya la tenían acabada y no les faltaba otra cosa salvo de echarla en el río para pasar de la otra parte. Y los capitanes españoles que eran de guardia, no se hallando muy seguros en aquel hecho, enviáronlo á decir al Gran Capitán, diciéndole asimismo que mandase poner recaudo en la guardia del paso, porque ellos cumplían aquella noche con su guardia y habían sabido que la mañana siguiente habían los franceses de echar la puente, y que ellos no tenían aderezo suficiente para les defender el paso. Luego á la noche que cumplieron la guardia Pedro de Paz y Alonso de Carvajal, el Gran Capitán envió á Diego García de Paredes con la gente que le pareció ser bastante para la guardia del paso, y Diego García de Paredes con aquella gente tomó la guardia y estuvo ende todo lo demás del día que los franceses no echaron la puente; y siendo á hora de vísperas los franceses comenzaron á echar la puente, la cual era con grande ingenio de barcas encadenadas y entretravadas unas con otras, y encima de ellas enclavadas unas tablas muy gruesas, por manera que se puede decir ser aquella puente hecha con no menor ingenio que las que Julio César, dictador de Roma, hizo para que su ejército pasase el río contra los sicambros, según que se lee en sus mismos comentarios. Después que fué la puente echada, según dicho es, pasaron por ella hasta cuatrocientos franceses; y todos juntos, con buena orden y grande ímpetu, dieron en la guardia española que Diego García de Paredes tenía, el cual los recibió con no menor ánimo que fortaleza; porque siendo Diego García de Paredes hombre de gran hecho en la guerra, procuró á la sazón con todas sus fuerzas dar buena cuenta de sí y de la guardia del paso que le había sido cometida; y por esta razón arremetió con toda su gente á los franceses, y de tal manera se hubo con ellos que en muy breve tiempo los desbarató á todos y por fuerza de armas los hizo retraer á la puente. Y en tanto aprieto los puso y tan de recio cargó sobre ellos, que no pudiendo todos entrar en la puente, los que de fuera quedaron cumplieron con sus vidas, siendo ende todos muertos á golpes de espada. Hubo

muchos ahogados en el río, los cuales fueron por todos más de cincuenta franceses. El Gran Capitán, que ya había sabido cómo los franceses se habían pasado con la gente de la guardia y que Diego García de Paredes andaba peleando con ellos, envió á gran prisa un soldado que dijese á Diego García de Paredes que hiciese como quien él era y que si hubiese menester socorro de gente que se lo hiciese saber y que luego le socorrería con gente. Diego García de Paredes, que grandes cosas había hecho aquel día, viendo que los franceses iban ya de vencida y que no le podían durar mucho tiempo en el campo, envió á decir al Gran Capitán con el mismo soldado: «Decid al Gran Capitán que en tanto que yo fuere de guardia que yo le aseguraré el campo de los franceses, y que al presente no tengo necesidad de su ayuda ni de otro ninguno, y que no tenga temor que la guardia se perderá». Con esto se fué aquel soldado al Gran Capitán, y Diego García de Paredes, forzando todavía á los franceses, los hizo retraer á su campo, que de la otra parte del río estaba, y él, dejándolos de seguir más, se tornó con su gente á su estancia, adonde se estuvo hasta que pasó el día de su guardia.

CAPÍTULO CVI

De cómo siendo de guardia en el paso de la ribera D. Rodrigo Manrique y Alonso de la Rosa perdieron aquel día á la guardia, y lo que después de esto sucedió.

Después que Diego García de Paredes, según dicho es, cumplió su guardia, otro día siguiente el Gran Capitán señaló que fuese de guardia D. Rodrigo Manrique y Alonso de la Rosa, con cien españoles y con doscientos alemanes y con doscientos caballos italianos. Y estando que estaban haciendo aquel día la guardia, procurando en todas maneras los franceses apartar si pudiesen los españoles de aquella guardia, que aquello les era muy grande impedimento á su propósito, que era pasar de esta otra parte del río, según dicho es, pues este día determinaron pasar la puente; y como fueron de esta parte de la puente arremetieron recio contra la guardia española, y los capitanes españoles, por mala orden que en el recibimiento de los enemigos tuvie-

ron, perdieron la guardia y por poco no se perdieron todos. Y fué la causa de la desorden consentir salir los capitanes á su gente toda de tropel, de donde sucedió que estando el artillería francesa asentada contra la punta del bestión de la guardia española y la gente saliese á escaramuzar con los franceses toda de tropel, descargáronla toda junta contra los soldados de la guardia, de lo cual murieron á esta causa muchos hombres llevados con el artillería. Y en esto los soldados italianos, que mezclados con el escuadrón de los españoles andaban, como vieron el daño que el artillería les hacía, no quisieron pelear, antes desamparando el bestión por su parte, se comenzaron todos de retraer al cuerpo de su campo. Los alemanes, viendo que los italianos se retraían, comenzaron ellos asimismo á los seguir, por manera que no quedaron en el campo sino algunos españoles, los cuales, dado caso que se detuvieron un buen rato defendiendo á los franceses no tomasen el bestión de la guardia, no pudieron tanto hacer que al fin no prevaleciese más el número desigual de los franceses; por donde convino á los españoles retirarse á su campo como lo habían hecho los otros primeros, y de esta manera los franceses ganaron el bestión de la guardia, con harta daño que el artillería hizo en los españoles, el cual se perdió aquel día por el mal orden de los capitanes que en él cargo tenían. Y á esta sazón se había ya comenzado á sentir en el campo español este desbarato de los de la guarda, por lo cual todos alborotados tomando las armas á muy gran prisa, el que más aina podía iba á echar los franceses de aquel lugar que los suyos habían perdido. Pero los franceses, viendo venir á todo el ejército español sobre sí, lo mejor que pudieron se comenzaron á retirar á su campo, no se atreviendo á esperar á los españoles que eran muchos más sin comparación que ellos y no se pudieran sustentar en la guardia de aquel bestión que habían ganado. De los primeros que socorrieron fué Diego García de Paredes y el capitán Zamudio y el capitán Pizarro y el coronel Villalba con mil y quinientos hombres, y fueron á la mayor prisa que pudieron en seguimiento de los franceses, que ya se habían comenzado á retraerse muy á su salvo. En esto, luego tras ellos allegaron el Gran Capitán con toda la demás gente del ejército, al cual como Diego García de Paredes fuese y

viere al Gran Capitán dijole: «Señor, qué habemos hecho, pues que nuestros enemigos sin temor nuestro se metieron por los términos de vuestro campo haciendo el daño que, señor, veis que han hecho? Gran vergüenza es nuestra». Entonces el Gran Capitán, creyendo que los franceses habían quedado apoderados en el bestión de la guardia, mandó que todos juntos arremetiesen contra ellos y los echasen de la guardia y que cobrasen el bestión. Diego García de Paredes, que muy bien sabía el estado de los franceses, de cómo dejado el bestión se retiraban á la puente, dijo al Gran Capitán: «Señor, lo que los franceses deseaban hacer ya me parece que lo han hecho, que ha sido quitar nuestra guarda del paso con el daño y muerte de vuestra gente; ya ellos se retiran á su campo, desamparando vuestra guarda y no hay al presente casi con quien pelear; por tanto, señor, mi parecer es que no pasemos más adelante, y pues de esta otra parte no hay ningún francés con quien pelear y no tenemos otros enemigos con quien combatir sino es con su artillería, que muy peligrosa se muestra contra nosotros, según que habemos visto, para haber de aventurar la gente de esta manera mejor sería que esperásemos á que pasasen mil ó dos mil franceses y que entonces diésemos todos sobre ellos, adonde sin ninguna duda teníamos cierta la victoria y podíamos ganar todo su campo». El Gran Capitán le respondió fuera de todo buen propósito diciéndole: «Diego García, pues no puso Dios en vos miedo, no lo pongáis vos en mí». Entonces Diego García de Paredes, con muy grande enojo que de aquellas palabras que el Gran Capitán le dijo recibió, le tornó á responder: «Señor, lo que yo tengo dicho no son palabras de miedo, que si hoy no hay quien meta mayor miedo en vuestro campo que yo meteré, seguro está; pero yo haré que de aquí á veinte días, si quisieredes caminar, nos metamos dentro en Francia, quedando vencidos y rotos los franceses». Y en diciendo estas palabras muy airado descendió de su caballo y púsose á pie con la infantería y á muy gran priesa comenzó á caminar hacia la puente con voluntad de pasar de la otra parte á pelear con el campo francés. Y para esto usó de un ardíz muy de sabio, y fué que mandó parar su gente algo apartados de la puente y fingiendo que iba á hablar con los franceses, así como estaba armado, quitado el almete y puesto un

morrión, tomó una espada de dos manos en el hombro y se metió por la puente del Garellano que los franceses habían echado poco antes. Los franceses como le conocían, viendo que venía solo y con un continente que parecía venir de paz, se allegaron pacíficamente á hablarle; el cual en llegando á ellos los saludó con mucha cortesía, y los franceses asimismo, y llegado que fué, los franceses le dijeron: «¿Qué manda el valeroso capitán Diego García de Paredes?» El cual les respondió: «Yo querría hablar al capitán general y á los otros capitanes cosa que á todos conviene; por esto haced que todos se ayunten aquí». Lo cual hacía con fin que como el artillería francesa estaba toda casi las bocas de los cañones á la puente, por donde ningún español podía pasar sin ser muerto, llegados allí los franceses tenían á sus espaldas el artillería, de tal manera que no podía jugarse sin matar primero á los mismos franceses que habían venido á hablar con Diego García de Paredes. Pues pidiendo Diego García de Paredes por el capitán general y otros capitanes para que allí se juntasen, que les quería hablar, según dicho es, y venidos allí todos, Diego García de Paredes les dijo: «Ya sabéis todos cómo el Gran Capitán Gonzalo Hernández y otros muchos y entre ellos yo habemos venido aquí por servir al Rey D. Fernando, nuestro señor, acerca de la conquista de este reino de Nápoles, y vosotros como servidores del poderoso Rey Luis de Francia, para oponeros contra nosotros, y pues por esta razón aquí nos habemos juntado, bien será hacer prueba de nuestras personas». Y diciendo esto, con la espada de dos manos que tenía se metió entre ellos, y peleando como un bravo león, empezó de hacer tales pruebas de su persona, que nunca las hicieron mayores en su tiempo Héctor y Julio César, Alejandro Magno ni otros antiguos valerosos capitanes, pareciendo verdaderamente otro Horacio en su denuedo y animosidad. Los españoles que él había dejado aparte, viendo lo que pasaba, todos hechos una cuña arremetieron á la puente, así para socorrerle como para pelear con los franceses, los cuales, viendo venir á los españoles tan determinados á se meter por la puente, salieron al encuentro y mezclados con ellos comenzaron á pelear con mucha fortaleza, y como Diego García de Paredes estuviese tan encendido en ira, por lo que poco antes había pa-

sado él y el Gran Capitán, hacía tanto de su persona, que sin duda ninguna si la otra gente española fuera igual en número con los franceses, aquel día se perdiera todo el campo francés. Y así se mostró tanto que con aquella gente que traía consigo entre muertos á golpe de espada y anegados en el río fueron aquel día más de quinientos franceses. Y verdaderamente todavía pasaran los españoles la puente sino por razón del artillería que andaba muy espesa entre los españoles y morían muchos de aquella causa, por haberse retraído los franceses de tal manera que podían jugar su artillería contra los españoles que estaban en la puente. Y lo que más les dañaba era que la puente y sitio de ella era llano y no había ende reparo alguno do se pudiesen defender del artillería y muy gran daño recibían; determinaron todos juntos de se retirar al bestión de su guardia. Y como Diego García de Paredes anduviese en tanto peleando con los franceses, creyendo que, según las palabras pasadas del Gran Capitán, tenía voluntad de pasar la puente á pelear de la otra parte con todo el campo francés, no mirando cómo toda la gente suya se retiraba, quedó él solo en la puente como valeroso capitán peleando con todo el cuerpo de los franceses, pugnando con todo su poder de pasar adelante. Pero como él no fuese sino uno solo, dado que grandes cosas hacía en armas, no pudo tanto sufrir que no sintiese bien la fuerza de los franceses, la cual por le traer á la muerte ponían. Y por esta razón, siendo amonestado de sus amigos que mirase su notorio peligro, le convino lo mejor que pudo recogerse adonde su gente estaba, y así, aunque bien cargado de golpes, por su fuerza y valor, salió del poder de los franceses, que aquel día le pusieron en muy gran peligro la vida; y cierto Nuestro Señor le quiso favorecer y guardar aquel día en particular, porque allende del daño que de la gente con quien se combatía podía recibir, descargaron contra él algunos cañones de artillería menuda y gruesa, ninguno de ellos le perjudicó en cosa alguna, aunque de verdad fué mucha la gente española que murió á manos de los franceses. Finalmente, librándole Dios su persona de peligro, se retrajo adonde la demás gente española estaba en el bestión de la guardia, donde lo recogieron alegremente viéndole sano.

CAPÍTULO CVII

De cómo el Gran Capitán, pareciéndole bien lo que Diego García de Paredes había dicho, quitó la guardia del paso de la puente; y cómo un capitán gallego que estaba en la torre del Garellano la vendió á los franceses por dinero, y de lo que sucedió.

Retirado que fué Diego García de Paredes á la estancia donde los españoles tenían la guardia, y los franceses tornados á su campo con gran pérdida que aquel día hubieron en su gente, según dicho es, el Gran Capitán pesó muy bien lo que Diego García de Paredes el día antes le había hablado aconsejándole. Al cual pareciéndole muy bien el consejo y buen aviso, determinó de lo así hacer y poner por la obra, y por esta razón luego mandó á los españoles que tenían aquel día la guardia del paso de la ribera que la dejasen y se recogiesen todos á su campo, pensando que de aquella manera, viendo los franceses desamparada la guardia que los españoles solían tener, pasaban contra los españoles poco á poco; y así de aquella manera pensaban deshacerlos en muy poco tiempo, según que Diego García de Paredes lo había pensado. Finalmente, dende ahí adelante no se curaba el Gran Capitán de poner guarda en el paso de la puente, esperando que los franceses pasasen. Pero no avino así como el Gran Capitán deseaba, antes espantados los franceses de lo que el día pasado habían con los españoles habido, adonde murieron, según dicho es, muchos, viendo con cuánta osadía y atrevimiento los españoles les habían acometido, no teniendo en nada el peligro de sus vidas, y en menos el artillería, que muy gran daño les hacía, como habéis oído en el capítulo antes de éste, determinaron de no pasar más por la puente, sino que con mucho secreto se partiesen de ahí la vía de Gaeta, adonde pensaban tener aquel invierno, con voluntad que aquella punta del verano venidero saldrían por otra parte á conquistar aquel reino, y que así mismo mediante aquel tiempo el Rey de Francia les socorrería con más gente, con que reharían muy mejor su ejército que á la sazón tenía. Estando, pues, los franceses en esta voluntad, no dejaban, ya que por la puente no pasaban, de atravesar el río con barcas y escaramuzar con los españoles y tornarse á su

campo lo más á su salvo que podían. Y con esto un día acaeció que pasando doscientos franceses en barcas el río abajo, vinieron á dar en la torre del Garellano, adonde, según arriba dijimos, el capitán Alonso de Carvajal y Pedro de Paz con su gente de guarnición habían quedado cuando vino de Mola á Sant Germán, y después que vino de Sant Germán á se poner en aquella ribera en contra de los franceses, el Gran Capitán les había mandado juntar consigo, dejando ende un capitán gallego con diez hombres de guerra con todo lo necesario para sustentación de la torre, para que no solamente la defendiesen con todo su poder y fuerzas, que según la fortaleza de la torre era solos ellos bastaban para la defender; empero que avisasen al Gran Capitán de todo lo que en el campo francés pasaba, de donde muy bien señoreaba y atalayaba el asiento de los franceses. Los cuales como vinieron sobre la torre, con gran diligencia intentaron de la tomar por fuerza de armas, y así le dieron algunos combates. Pero según la torre era fuerte por demás, les era á los franceses pugnar de la tomar contra la voluntad de los de dentro, y por esta razón determinaron de contratar secretamente con los gallegos que les diesen la torre, que ellos les prometían de les dar dos mil coronas de oro. Los gallegos luego de presente no querían aceptar tan feo partido; pero al fin, como estimasen más la codicia del dinero que no la honra que les debiera constreñir á no hacer cosa de tanta infidelidad y menoscabo, creyendo que ya que vendiesen la torre no se sabría, poniendo alguna colorada excusa en aquel caso, determinaron de tomar las dos mil coronas y de dar la torre á los franceses. Finalmente, los franceses trajeron las dos mil coronas y los gallegos las recibieron, dejando á los franceses apoderados en la torre, y yéndose á su campo se presentaron ante el Gran Capitán pidiéndole perdón debajo de una falsa relación que le hicieron; y fué diciendo hablan trabajado en la defensa de aquella torre muchos días, en los cuales habían pasado gran hambre y no menor temor de ser ende tomados y ser todos muertos, y viendo cómo no habían podido ni pudieran sustentarse más tiempo en la torre, á esta causa sacaron por mejor partido de se la dejar á los franceses con sus vidas que perecer sin sacar fruto de su pertinacia. El Gran Capitán, oyendo á

aquellos soldados la causa que hubo en la pérdida de aquella torre, y la diligencia que los gallegos en la defensa pusieron, que verdaderamente le pareció ser así verdad, les perdonó, como aquel que era el más humano y manso de corazón de los nacidos. Pero al fin como las cosas de semejante calidad no duren mucho tiempo encubiertas, dende algunos días que esto pasó, se supo en el campo español la traición y fea contratación de los gallegos, de cómo habían vendido á los franceses la torre por dos mil coronas, según dicho es; y por está razón, indignados contra los gallegos no embargante al perdón del Gran Capitán, entre sí mismos los hicieron á todos pedazos, no dejando hombre de ellos á vida, por manera que los gallegos acabaron con el castigo que su dañada codicia mereció.

CAPÍTULO CVIII

De cómo el Gran Capitán ordenó quemar la puente de los franceses con un ingenio de fuego artificial, y de la gran hambre y pestilencia que á la sazón había en el ejército español y francés.

Mucho tiempo estuvieron españoles y franceses en el río del Garellano debajo de los más fortunosos días que nunca fueron de aguas y nieves, que, según en muchos lugares de esta historia está dicho, fué aquel invierno el más recio que nunca los nacidos se acuerdan haber visto; y junto con esto los atormentaba mucho la gran penuria que de bastimentos tenían, de cuya causa con muy gran trabajo la gente se sostenía, y verdaderamente si no cayera en nación aparejada para trabajos más que cuantos hoy son, no se pudieran sufrir que de aquel lugar no se levantarán. Pero contra todos los trabajos se ponían los españoles por no perder un tan solo punto de su honra, que es de ellos muy estimada. Asimismo les allegó con la hambre la pestilencia que fué Nuestro Señor servido dar en el campo español, de que muchos soldados fueron tocados y muertos. Por lo cual viendo cómo duraba tanto tiempo en el ejército la hambre, que gran pasión sentían, y asimismo el temor que de la justicia divina contra ellos se mostraba tenían á causa de aquella contagiosa enfermedad, comenzaron todos á decir al Gran Capitán se levantase de aquel lugar,

pues que veía el gran trabajo que padecían, lo uno de hambre, lo otro de enfermedades de que se moría mucha de su gente, y que place-
ría á Nuestro Señor que mudando el lugar, todo se repararía y la enfermedad cesaría. Esto todo decían al Gran Capitán cada día, y entre ellos andaba un murmurar, casi dando á mostrar que si el Gran Capitán no se alzaba de aquel lugar, ellos se levantarían contra su voluntad. Pero el Gran Capitán, que en prudencia y sagacidad de las cosas de la guerra no hallaran otro su igual, con palabras llenas de toda mansedumbre comenzó de decir á sus soldados: que bien conocido tenía el gran saber suyo y el buen consejo que en muchas cosas le habían dado, el cual había seguido conforme á sus voluntades de ellos; pero el que al presente le daban, que era que se levantase de aquel lugar, no cabía en su corazón; que por esta razón no estaba determinado de le seguir; lo uno porque si se levantase de aquel lugar los franceses que no se osaban determinar de hacer de sí cosa, á la hora libremente harían á su voluntad de se ir á Gaeta, adonde se reharían aquel invierno, que sería no haber hecho nada en todo lo pasado y perder todo aquello que hasta allí habían trabajado. Lo otro era que los franceses no estarían tan á su sabor que no sintiesen ellos lo mismo, y aun por ventura mucho más que en su ejército se sentía, porque clara cosa es que siendo una misma tierra y no adonde los franceses estaban tan abundante como la que ellos tenían, le sería asimismo comunal el mal y falta de bastimentos que tenían, y por tanto, él determinaba de no se mover de aquel lugar, diciendo que de mejor voluntad iría tres pasadas adelante á buscar la muerte que no dar tan solo un paso atrás buscando la vida. Con esto que el Gran Capitán dijo á los suyos, sabiendo su voluntad cuán firme fuese de corazón, determinaron de seguir su consejo, deseando morir donde su capitán muriese y vivir donde viviese, y así se detuvieron que de ahí adelante no entendían en pensar en la hambre y enfermedad que tenían, sino en buscar nuevas artes y maneras para echar los enemigos de allí y quitarles del todo la parte que del reino tenían. Pues entre muchas cosas que se hacían, el Gran Capitán ordenó de hacer un ingenio con el cual de todo punto aniquilarían lo que de la puente los franceses habían hecho, metiéndola toda por el suelo. Y

fué así, que en una barca grande hizo meter mucha leña y mucha composición de fuego artificial, y en otras barcas hizo meter mucha gente de guerra en conserva de la otra barca que llevaba el fuego; y había de ser que un poco antes que llegasen á la puente habían de pegar el fuego y poner la boca debajo de la puente, por manera que, como la puente fuese sobre barcas edificada, fácilmente se quemase. Finalmente, con esta orden, siendo á boca de noche la sobredicha gente en las barcas, se partieron tomando un trecho bueno el río arriba de la puente, y viniendo el río abajo pusieron fuego á la barca en que venía la composición, mucho antes que debieran; por manera que, comenzando á arder con mucha fortaleza, como allegó á la puente no llevaba fuerza ninguna, y así por no lo saber hacer aquellos á quien aquel caso fué cometido, no hubo efecto ninguno, el cual se siguiera muy cumplido si á tiempo conveniente se pusiera el fuego, y todavía pudiera ser que aprovechara, sino que á la sazón que comenzó de arder la barca, vino muy fuerte agua del cielo, por manera que en breve mató el fuego. Y por está razón, dejando los de las barcas aquel hecho imperfecto, se tornaron á sus estancias enojados y mal parados del agua que en muy gran cantidad cayó aquella noche, y con gran pasión que tenían del poco fruto que de aquel hecho habían sacado, que por muy cierto tenían que hubiera buen fin si se supiera hacer.

CAPÍTULO CIX

De cómo el Gran Capitán ordenó de hacer otra puente por la parte de arriba del río del Garella, y de cómo vinieron á su real Bartolomé de Alviano y otros muchos caballeros Ursinos á le ayudar en aquella guerra.

Contado ha la historia que el Gran Capitán, siguiendo el consejo y parecer de Diego García de Paredes, mandó retirar á su campo los que hacían la guardia en el paso de la puente de los franceses, pensando que los franceses, siendo desembargados del paso de la guardia de la ribera, más libremente tentarían á pasar de la otra parte, y que de aquella manera se podrían los españoles aprovechar mejor de los franceses. Pues dice ahora la historia que después de la refriega de aquel día en que, con muerte de más de quinientos

franceses, los españoles se señalaron sobre la puente del Garellano, nunca más quisieron los franceses pasar la puente como solían, antes determinaban de se querer levantar de allí y irse á tener aquel invierno á Gaeta, lo cual verdaderamente causara muy gran dilación en aquel negocio si de otra manera no sucediera, según que abajo se dirá. Pues viendo el Gran Capitán cómo ya los franceses no pasaban como solían, andaba muy solícito buscando todas las maneras que podía para dañar á los franceses; y así acordó de hacer el río del Garellano arriba, encima de la puente de los franceses dos millas, otra puente por do pasase la gente de su ejército de la otra parte del Garellano á dar en los franceses por sus estancias, que de aquel hecho estarían bien descuidados. Pues estando el Gran Capitán en esta voluntad inclinado, vino al real Bartolomé de Alviano, que fué capitán mucho tiempo de venecianos y era varón de muy excelente y sutil ingenio y en el oficio de la guerra muy avisado, con el cual vinieron muchos nobles caballeros y todas las cabezas de los Ursinos, y allí vino Fabio Ursino y Pablo Ursino. Fabio Ursino murió en esto del Garellano de una saeta que le hirió en la cabeza. Vino asimismo el hijo del Conde Pitilano, Nicolao Ursino y Firmato Ursino, un buen caballero, y con ellos venían el Príncipe de Agilina y el capitán Vitiloso y Julio Vitilio su hermano con otros muy buenos caballeros, y traían consigo cien hombres de armas y doscientos caballos ligeros y mucha y buena infantería. Bien es de creer que estos caballeros y capitanes, siendo hasta este tiempo enemigos del Rey de España, que no le vinieron á ayudar en esta guerra tanto por le servir principalmente cuanto por su propio interés, que era ver á los españoles apoderarse de todo punto ó al menos en lo más y en lo mejor del reino de Nápoles, que según hasta allí habían llevado lo peor los franceses y no se esperaba que alzarían más cabeza; por donde si los franceses perdían aquello poco que tenían en el reino, sin ninguna duda á ellos les convenía (quedando en desgracia del Rey Católico) perder sus estados que en aquel reino ellos tenían. Y por esta razón acordaron con buen seso de se reconciliar con el Rey Católico y servirlo en aquella guerra y no esperar lo que sucedería por los franceses, de cuyo fin los principios, que hasta allí muy

contrarios les habían sido, daban verdadero testimonio. Finalmente, después de la muerte del Papa Alejandro sexto, habiendo hecho cosas señaladas en la ciudad de Ariminio y en otras tierras de la Iglesia, y asimismo con el Duque Valentino y su estado, según que en muchas escrituras auténticas se halla, Bartolomé de Alviano con estos capitanes y caballeros que he dicho en la historia, se vinieron á servir al Rey de España contra aquellos que hasta allí habían tenido por muy amigos. Pero á la verdad, según que otras muchas veces habemos dicho, nadie no debe fiar en la fe de aquellos Príncipes de Italia, porque allí vive aquel que vence, y de esta manera, como acaece entre los perros, alléganase al vencedor y tórnanse del vencido. Pues el Gran Capitán, con la venida de estos caballeros, considerando la necesidad que de gente tenían y el buen socorro que le había llegado, húbolo á gran placer y así los recibió con muy grande honra, según que á tales hombres convenía; y en especial se holgó con el capitán Bartolomé de Alviano, que, como dicho es, era varón de muy gran saber y discreción, y con el Gran Capitán comunicaba todos los hechos de aquella guerra, y así le dió parte de lo que tenía determinado de hacer acerca de la puente para pasar á los franceses, dándole asimismo cuenta de lo que hasta allí le había acaecido con los franceses, diciendo cómo ya no pasaban como solían por la puente á escaramuzar con ellos, y que le pesaba mucho según la necesidad que en su ejército había y la enfermedad tan cruel como entre ellos estaba sembrada, y de esta causa tenía voluntad de una vez dar fin en aquel hecho del río y no diferirlo tanto tiempo. Dijole asimismo la gana que su gente en general tenía que el ejército se retrajese á otro lugar para que se reformase de provisiones y de salud, que mucho les era menester, y que hasta entonces los había detenido amorosamente con voluntad que tenía de hacer aquella puente y de ir á dar en los franceses antes que ellos se retirasen á Gaeta, según que lo tenían en voluntad de hacer. Otras cosas le dijo el Gran Capitán, pidiéndole su parecer en todo. El capitán Bartolomé de Alviano, que muy atento estuvo á todo lo que el Gran Capitán le dijo, con deseo que tenía de le ayudar en aquella guerra, con gran fe y amor respondió al Gran Capitán diciendo: cuán grande incon-

veniente era en un negocio de la calidad de aquel hecho poner dilación, y en especial viendo lo poco que los franceses á la sazón tenían en el reino de Nápoles y lo mucho que podían tener si les diese de holgura hasta el verano venidero; por donde muy gran daño venía al reino y á su ejército pujando en gente y fuerzas los franceses, y que pues ahora tenían tiempo aparejado para dar el fin en esta empresa, que no esperase más ni largas dilaciones, sino que se aprovechase del tiempo según que se podía, considerando asimismo la voluntad y deseo que su gente tenía de moverse de aquel lugar; y que así lo haciendo, que á cualquier parte que los llevasen irían de muy buena gana, cuanto más que con aquel deseo, aunque les pareciese dificultoso al presente, ellos irían contra los franceses, según que estaban mal parados con el tiempo y hambre y enfermedades, de muy buena gana; mayormente viendo que lo mismo había en el campo de los enemigos, en especial no siendo los franceses gente tan dura y aparejada para sufrir trabajos como lo eran los españoles; que de esta causa clara cosa era que el tiempo que, así como era común, así lo sería en todas las otras cosas en necesidades que ellos tenían, por donde con mayor diligencia se debiese hartar su voluntad, que era hacer la puente para pasar á los enemigos, y que haciendo ellos lo que debían en todo su poder que lo demás lo encomendasen á Dios, que lo hiciese como él mejor fuese servido. Muy alegre fué el Gran Capitán con la respuesta de Bartolomé de Alviano, siendo como era allegado á lo que él tenía de antes en voluntad de hacer, para lo cual en especial dió autoridad ser aquel capitán hombre de muy gran consejo y bien experimentado en aquel menester. Por lo cual luego sin más tardanza (dado caso que la gente del ejército quisiera antes que se retrajeran aquel invierno á Cieza ó á Nápoles el Gran Capitán no quiso), dando muy gran priesa en el hacer de la puente, la cual encomendó que la hiciese Bartolomé de Alviano. Y con gran diligencia este capitán hizo llegar muchas barcas en un lugar dos millas sobre la puente en esta manera: juntáronse tantas ruedas de carretas cuantas era capaz lo ancho del río. Sobre estas ruedas se pusieron las barcas que eran menester, y después sobre las barcas se labró la puente; de manera que

aunque en el hacer de la puente se dió toda la brevedad que ser pudo, hízose un edificio no poco sutil y digno de ser igualado á aquel de Jerges en el río Dano. Finalmente, puesta la puente, el Gran Capitán, que estaba con el ejército español en el paso, según que arriba es dicho, luego como supo que la puente era acabada y echada en el río, á la hora aderezó á se mover de aquel lugar y de se ir á juntar con Bartolomé de Alviano en el lugar de la puente. Y un día, levantándose todo el ejército de allí con muy buena orden, acaeció que vino tan gran tempestad de agua que los soldados y gente, que hasta allí iban en muy buena orden, no pudieron aguardar sus escuadrones, por manera que les convino á todos, unos por una parte, otros por otra, ir á buscar lugares donde de tan gran tormenta de agua se pudiesen guarecer. Unos se fueron así desordenados á Sant Germán y los demás tornaron con el Gran Capitán atrás á la ciudad de Cieza y sus casares. Finalmente, fué tan grande la desorden que aquel día hubo en el ejército español, á causa de esto del tiempo tan contrario, que luego se divulgó por toda aquella provincia que los franceses habían desbaratado á los españoles y que los habían hecho retirar con mucho daño á los sobredichos lugares, atribuyendo el desbarate de aquel ejército, no al tiempo, según que de verdad se podía atribuir, sino á los franceses; los cuales podemos creer, según en aquel tiempo estaban de mal parados, que mayor deseo tendrían de paz que de guerra. De esta causa se levantaron algunos lugares por Francia que de antes eran de España, como fué Oliveto y todo su condado y otros lugares; pero al fin fueron reducidos á la Corona de España, según que se dirá en su lugar. Estuvo el Gran Capitán en Cieza doce días, en los cuales recogió su gente en uno, que, como dicho es, todos se habían dividido por lugares diversos. Después que hubo llegado su gente, una tarde se partió de Cieza llevando el camino donde Bartolomé de Alviano estaba con la puente, y fué á dormir aquella noche á un casar que está cuatro millas del río, y luego otro día de mañana puso su gente por escuadrones y partióse de aquel lugar la vía del río. Y como llegó donde Bartolomé de Alviano estaba y vido la puente echada hubo muy gran placer de ello, y exhortando primero su gente con buenas y animo-

sas palabras antes que pasasen la puente, de la manera que hizo Julio César pasando el Rubicón, diciendo: *Jacta est alea*, dió la vanguardia al capitán Alviano y á Diego García de Paredes y á Pedro Navarro y al capitán Pizarro y á Leonardo Villalba con seiscientos españoles escogidos, los cuales pasaban primero la puente, y luego tras él pasó el Gran Capitán con la retaguardia con los alemanes y gente del ejército. Y caminando los españoles que llevaban la vanguardia la vía donde los franceses tenían su real, allegaron á una villa que llaman Castelforte, que era en el camino, y estaba por Francia con otros dos castillos comarcanos, los cuales tomaron á fuerza de armas y los dejaron por España. Luego pasaron adelante y fueron aquella noche á dormir á unos casares que están abajo de Castelforte, y allí estuvo el ejército aquella noche esperando para luego á la mañana ir á dar en el real de los franceses que no muy lejos de aquel lugar estaba.

CAPÍTULO CX

De cómo se venció la batalla del Garellano y el Gran Capitán fué en seguimiento de los franceses, los cuales se habían levantado del Garellano á se retirar á Gaeta, y de cómo les tomó el artillería y los encerraron en Mola y después en Gaeta.

Luego, á la mañana siguiente, el ejército español se movió de los casares de Castelforte y comenzó á caminar la vía del Garellano, adonde tenían su real los franceses, llevando la vanguardia Bartolomé de Alviano con aquellos capitanes y gente que dicho ha la historia. Los franceses aquella noche que el ejército español estaba en los casares de Castelforte fueron avisados cómo habían los españoles pasado el río y cómo venían de voluntad de se juntar con ellos en batalla, y asimismo cómo habían recibido algunos lugares en su devoción de los que se mostraban por Francia, tomando algunos de ellos á fuerza de armas, de que muy gran pesar recibieron. Por esta razón el Marqués de Mantua y el Marqués de Saluces y monsiur de Alegre, con todos los otros caballeros y capitanes franceses, á muy gran prisa mandaron alzar su real de aquel lugar y irse camino de Gaeta, temiéndose que los españoles los acometie-

ran aquella noche que durmieron en los casares de Castelforte. Y con este temor luego aquella noche á la media noche se levantaron del Garellano haciendo meter en barcas todo el artillería gruesa para que la llevasen el Garellano abajo á la marina. Y hecho esto así, á muy gran prisa comenzaron á caminar la vía de Gaeta. En esto Bartolomé de Alviano y los otros capitanes y gente que llevaban en la vanguardia, no sabiendo que los franceses eran levantados del lugar donde estaban, se estuvieron quedos en un llano que está á dos millas de Trayeto, y queriéndose mover de allí para dar en los franceses, viniéronles nueva cómo los franceses se habían levantado del Garellano y de cómo se iban á gran prisa camino de Gaeta y que se habían partido aquella noche á la media noche. Bartolomé de Alviano, que estaba para se mover en seguimiento de los franceses, allegó el Gran Capitán con trescientos caballos y con dos mil alemanes, y como fué sabedor del levantamiento de los franceses y la prisa que llevaban para se meter en Gaeta, hubo de ello gran pesar. Por lo cual sin ningún detenimiento dió prisa en el caminar de su gente en seguimiento de ellos por el mismo camino que los franceses llevaban, y envió adelante á Bartolomé de Alviano y á Próspero Colona con doscientos caballos para detener á los franceses, en tanto que él llegaba con la otra gente del ejército. Pues como el Gran Capitán llegó al asiento donde habían tenido el real los franceses, junto á la puente halló que las barcas que llevaban el artillería, por la gran fortuna del tiempo, no habían podido caminar el río abajo, por lo cual convino al Gran Capitán detenerse allí un rato por las tomar. Y así fué que el Gran Capitán tomó toda el artillería francesa, sin que se salvase cosa ninguna de ella, y luego á muy gran prisa, dejando gente en la guardia de ella, y asimismo personas que tuviesen cargo de llevar la vía de Gaeta por donde ellos iban, el Gran Capitán se movió de allí en pos de los franceses. Bartolomé de Alviano y Próspero Colona, que, según dicho es, se habían adelantado con doscientos caballos ligeros en seguimiento de los franceses, allegaron á un paso de una puente de piedra que está cuatro millas de Mola, y como los franceses que iban á más andar la vía de Gaeta vieron venir aquellos caballos ligeros españoles, tor-

naron sobre ellos hasta cien hombres de armas creyendo que no había más gente de la que parecía, y dieron tan de recio en los franceses y los franceses en ellos, que sin hacer muestra de resistencia volvieron las espaldas, aunque los capitanes Bartolomé de Alviano y Próspero Colona trabajaron mucho por los detener. Pero al fin no los pudiendo tener, convino á Bartolomé de Alviano y á Próspero Colona con solos veinte caballos españoles detener en el paso de la puente, entre los cuales quedaban Carlos de Paz y Escalada, varones de muy gran virtud y ánimo; y así hicieron tanto estos españoles, que aunque eran pocos, aquel día juntamente con Próspero Colona y Bartolomé de Alviano defendiendo á los franceses que no pasasen la puente, adonde ya habían acudido más de doscientos hombres de armas que fueron dignos de memoria. En esto el Gran Capitán, que venía detrás, obra de tres tiros de ballesta, allegó con la infantería que Diego García de Paredes y el capitán Pedro Navarro traían y con muy grandísimo ímpetu dieron en los franceses que con aquellos veinte caballos españoles peleaban en la puente. Pero los franceses como vieron venir la infantería, luego conocieron que era allí todo el ejército español, y por esta razón todos á muy gran prisa dejaron la puente y volvieron las espaldas á se juntar con su campo, que iba adelante la vía de Mola. En esto el Gran Capitán, esforzando á los suyos, que muy cansados venían del camino, según que habían caminado aquel día bien tempestuoso de aguas que había hecho y hacía, aunque con gran trabajo, viendo la victoria en las manos, crecieron en fuerzas y corazón y con muy gran prisa fueron en pos de los franceses, donde mataron muchos de ellos que ya los habían alcanzado. En este seguimiento de los franceses, el Gran Capitán, con la mucha prisa que llevaba en el alcance, y como la tierra estaba llena de resbaladeros, de los lodos que las grandes aguas de aquel año habían causado, cayó con el caballo en el suelo; el cual levantándose con mucha diligencia sin recibir ningún daño, vió cómo muchos de los suyos habían acudido á le cobrar y ver lo que había recedido de la caída que el Gran Capitán había dado, y tornado á cabalgar muy ligeramente, dijo á su gente con alegre rostro: «Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien

nos quiere». Ciertamente se puede creer que aquel gran dictador de Roma, Julio César, á este Gran Capitán no hizo ventaja así en fuerzas como en corazón, prudencia y consejo, porque de él se lee que yendo á conquistar á Africa, allegando en un puerto con su flota cerca de Alejandría, mandó á toda su gente salir á tierra, y en saltando él de la barca á tierra, dió una gran caída y dijo estas palabras: «Aquí tengo á Africa», como dando á entender que no se le podía ir de su poder, tomando de aquella caída favorable pronóstico en los hechos que emprendía. Pues tornando á nuestro propósito, el Gran Capitán, que ya había cabalgado, comenzó á seguir el alcance de los franceses. A esta hora era casi el sol puesto, y los franceses, quedando muertos muchos en el campo, con gran temor se recogieron en Mola, no osando aquella noche pasar á Gaeta, y haciéndose fuertes comenzaron á defender la entrada de los españoles en aquella ciudad. A esta sazón llegó el Gran Capitán á Mola con trescientos hombres de caballo y con dos mil infantes españoles y alemanes; y como vió que los franceses no habían pasado adelante de Mola, antes se habían hecho fuertes, mandó á Diego García de Paredes y á Pedro Navarro que con aquellos dos mil infantes tomasen la batalla y que acometiesen á los franceses por la parte de la montaña, y él se puso á pie con los alemanes y se puso en lo bajo á la puerta de la ciudad para acometer á los franceses por aquel lugar. Diego García de Paredes y el capitán Pedro Navarro, con la gente y orden que el Gran Capitán les dió, comenzaron á dar en los franceses por lo alto de la montaña y pelearon con ellos un gran rato, en el cual mataron é hirieron muchos de ellos. En el mismo tiempo el Gran Capitán, que se había quedado en la parte de lo bajo de la ciudad, asimismo acometió á los franceses con los alemanes, y luego tras él los caballeros y gente de armas comenzaron á combatir. El capitán Fabricio Colona y Próspero Colona y el Duque de Termoli y Bartolomé de Alviano y el Prior de Mecina, de tal manera cargaron sobre los franceses, los unos por la una parte, los otros por la otra, que en muy breve tiempo los pusieron en muy gran estrecho; los cuales asimismo eran combatidos y no con menor fuerza de Diego García de Paredes y de Pedro Navarro, que, como es dicho, tenían

el combate de la parte de la montaña. Finalmente, los franceses se sintieron tan aquejados por los españoles, que no lo pudiendo más sufrir les convino desamparar á Mola y ponerse en huída la vía de Gaeta, que está cuatro millas de Mola, pensando de se poder salvar en aquella ciudad por ser más fuerte, creyendo que los españoles no les seguirían más por aquel día, por razón que la noche era muy cercana. Pero el Gran Capitán, que bien sabía usar de la victoria y buena ventura que Dios le daba, salió de Mola tras los franceses, y matando é hiriendo siempre en ellos los fué siguiendo hasta los meter por las puertas de Gaeta, donde perdieron aquel día los franceses la guarnición de Monte, que es en aquella ciudad de Mola la fortaleza y castillo de ella y de otras. Muchos de los franceses, dejando la ciudad con temor que así se tomaría Gaeta como Mola, se recogieron á las naves y galeras que estaban en el puerto, adonde cargó tanta gente que por se meter en las galeras se anegaron en la mar muchos de ellos, entre los cuales señaladamente se ahogó Pedro de Médicis, que según la historia ha contado tenía la parte de los franceses y tenía la villa y castillo y Abadía de Guillerma por ellos. Fué este Pedro de Médicis aquel que fué con la embajada de parte de la señoría de Florencia al Rey Carlo octavo, predecesor de este Don Luis doceño, que dió mala cuenta de sí y fué á esta causa desterrado de Florencia y sus bienes confiscados y publicados como en el principio de esta historia se dijo asaz largamente. De esta manera, pues, haciendo los españoles muy gran daño en los franceses, vino la noche que los despartió y fué causa que aquel día no viniese la ciudad de Gaeta á su poder, por donde les convino partirse de allí y tornarse aquella noche á Castellón. Murieron en este alcance más de tres mil franceses. Gran trabajo pasó en aquel día el Gran Capitán con su gente, y verdaderamente se puede decir y debe creer que capitán ni gente del mundo padecieron tanto trabajo quanto padecieron aquel día los españoles, por razón que todo aquel día y la noche que sobrevino nunca cesó de llover con muy gran tempestad de agua, y con toda aquella adversidad de tiempo habían andado con las armas á cuestras más de diez y siete millas sin comer ni descansar y andando á la mayor prisa que pudie-

ron los infantes, que nunca dejaron los caballos en todo el camino, antes con muy gran orden los fueron siguiendo; y verdaderamente bien mostró allí la gente española ser para mayores trabajos que otra ninguna nación del mundo, según lo que aquel día pasaron y por sus personas hicieron. Finalmente, el Gran Capitán, dejando recogidos en Gaeta á los franceses que de aquel desbarato quedaron, juntamente con el Marqués de Mantua, el Marqués de Saluces y monsiur de Alegre, sus capitanes, todo lo que quedó de aquella noche dieron descanso á sus cuerpos, porque del trabajo pasado bien lo habían menester. El Gran Capitán recogió toda la gente que con la victoria andaban unos de otros apartados, y allí en Castellón se estuvo hasta la mañana.

CAPÍTULO CXI

De cómo el Gran Capitán luego de mañana fué sobre Gaeta y la tomó, y lo que allí le aconteció.

Otro día de mañana, después de la rota de los franceses entre Mola y Gaeta, según que dicho es, habiéndose recogido á la ciudad el Marqués de Mantua y el Marqués de Saluces con la gente que les quedó, el Gran Capitán se movió de Castellón con todo su ejército para ir sobre Gaeta, que había sido avisado que los franceses á muy gran prisa se embarcaban para se partir la vía de Francia por mar en las galeras y naves que allí en el puerto estaban. Y así era la verdad, que aquella noche que los franceses se recogieron á Gaeta el Marqués de Mantua y el Marqués de Saluces se juntaron haciendo llamamiento de monsiur de Alegre y de monsiur de Sandicor y de otros capitanes y nobles caballeros franceses é italianos, adonde delante de todos el Marqués de Saluces habló diciendo: que ya habían visto el daño y muertes que aquel día habían hecho los españoles en los suyos y el poco fruto que estando en campo con los españoles habían sacado, dado caso que fuesen tan pujantes en gente y fuerzas como ellos lo habían sido y lo eran de presente; que menos provecho pensaban esperar si ahora quisiesen salir en campo contra los españoles, antes tenían el daño y peligro en las manos, y que estarse aquel invierno encerrados en Gaeta queriéndose ende hacer fuertes y esperar socorro

del Rey de Francia no lo podían hacer por dos cosas, la una por la falta que tenían del artillería, la cual era muy necesaria, que los españoles se la habían aquel día tomado, así la que venía por el río como la que venía por tierra, y que este era gran inconveniente para no se poder defender en aquella ciudad. La otra era que para haberse de poner á defender la ciudad que había mucha gente en demasía y provisión muy poca, de cuya causa era imposible poderse sustentar la gente cercada mucho tiempo, y que pues dejar la ciudad sin la defender no lo habían ni debían hacer, á él le parecía que se deshiciesen de toda la gente, dejando solamente para defensión de la ciudad aquella que les pareciese que sería menester, que de aquella manera él creía que la ciudad por ser fuerte se podría defender y que de otra manera no hallaba cómo se pudiese hacer aquella defensión. Muy bien pareció á todos aquellos señores y capitanes lo que el Marqués de Saluces dijo, por lo cual pusieron en el monte Orlando, que así se llamaba en Gaeta, la gente que era menester en su guarda y asimismo de las otras partes de la ciudad. Luego como fué de mañana aquel día, hicieron embarcar en las galeras dos mil hombres que les pareció ser demasiados de aquella gente que habían menester y mandábanles que se fuesen á Francia para venir con el socorro que creían que el Rey de Francia les enviaría el verano venidero. Así que, estando los franceses embarcándose para pasar á Francia, allegó á Gaeta el Gran Capitán, que de todo había sido avisado aquel día, y los primeros que allegaron fué Diego García de Paredes y Pedro Navarro y Nuño de Ocampo, que llevaban la vanguardia con hasta cien caballeros y cuatrocientos infantes. Los cuales como allegaron al arrabal de Gaeta, vieron cómo los franceses se embarcaban á muy gran prisa con gran miedo. Por lo cual los españoles les comenzaron de tirar con el artillería que tenían en las galeras, estorbándoles la subida al monte, que ya los españoles comenzaban de subir por tomar aquello que era lo más fuerte de la ciudad. Es verdad que el artillería les hacía mucho daño, pero no fué tanto que por ella no dejasen los españoles de subir. A esta sazón allegó el Gran Capitán con todo el ejército, al cual como vieron meterse tan determinadamente en el arrabal que seguía la gente de la vanguardia que de pri-

méro había, comenzaron á subir al monte, teniendo todavía presente la fuerza de los españoles, acordándose el daño que el día pasado habían hecho en los suyos, determinaron de no les esperar ni de experimentar su poderoso brazo, y por esta razón toda la gente que estaba en el monte, desconfiando de su salud, le desmampararon y se retiraron á la ciudad y castillo. En esto Diego García de Paredes y Pedro Navarro y Nuño de Ocampo acabaron de subir el monte con toda la gente de la vanguardia, los cuales antes que el Gran Capitán llegase habían hecho grandes cosas por ganar el monte; y luego tras ellos allegó el Gran Capitán con todo el ejército, por manera que se apoderaron del monte de todo punto. Luego aderezó el Gran Capitán de combatir la ciudad, que era lo menos, porque aunque la ciudad de Gaeta sea en sí fuerte, no tiene que hacer con la fortaleza del monte, en el cual consiste toda la fortaleza de la ciudad; y por esta razón tomando el monte poco caso se hacía de lo demás, porque se tenía por muy cierto que se ganaría aquel día. Como fué el Gran Capitán, luego mandó combatir la ciudad por muchas partes, adonde unos por una parte y otros por otra pusieron en tanto estrecho á los franceses que estaban á la defensión, que viéndose perdidos y que no tenían ende ningún remedio en su salud, por razón de estar el monte fuera de su poder, determinaron de desamparar del todo la ciudad de Gaeta, y así á muy gran prisa unos se iban á las naves y los otros se retiraban al castillo, donde el Marqués de Mantua y el Marqués de Saluces con monsiur de Alegre y otros capitanes y gente francesa se retiraron. Y desde allí, viendo del todo perdida la ciudad y que ellos asimismo se perderían si quisiesen ende hacerse fuertes en aquel castillo, determinaron de venir en concierto con el Gran Capitán en esta manera: Que diesen libertad á todos los que en aquella guerra habían sido presos de su gente y que les diesen paso en las galeras francesas que estaban en el puerto para que se fuesen adonde más fuese su voluntad, embarcando asimismo todos los bienes que tenían los franceses en aquella ciudad, y que fuesen eso mismo en lo que tocaba á sus personas y los que estaban retraídos en el castillo libres, y que de esta manera darían luego el castillo al Gran Capitán y se saldrían de él y de la ciudad; y que

donde no, que la más honrosa muerte suya sería aquella, pues la emplearían en defensa de su libertad. El Gran Capitán, como era humanísimo de corazón, no mirando que tenían la victoria en las manos y que muy cumplidamente pudiera recibir venganza de aquella gente que tan injustamente y con tanto daño de los españoles habían procurado oprimir el reino de Nápoles y hacerse señores de todo, hubo por bien de dar libertad á los prisioneros y á ellos facultad, pero en lo que decían de los bienes dijo que no se consentiría sacar cosa ninguna. Esto hizo el Gran Capitán á instancia de su gente, los cuales no quisieron venir en aquel partido, queriendo pagar sus trabajos que hasta allí habían en la conquista del aquel reino padecido con el despojo de sus enemigos. En esto se pasó aquel día, y aquella noche durmió el Gran Capitán en lo alto del monte Orlando, esperando á que la mañana siguiente le entregasen los franceses el castillo. Los cuales, toriando otra vez á suplicar al Gran Capitán la libertad de sus bienes, pues que de las personas ya la tenían, y viendo cuán puesto y determinado estuviere el Gran Capitán en no les dejar ir con sus bienes y viendo que no podían hacer ende otra cosa, entregaron el castillo al Gran Capitán, habiendo primero dado libertad de su parte á los prisioneros franceses. Pues saliendo los franceses después de haber entregado á Gaeta, Gonzalo Hernández á muchos que se iban por tierra les mandó proveer de caballos. Monsiur de Aubegni, Capitán General de los franceses, le dijo con un gesto medio riendo: «Gonzalo Hernández, ruégoos mucho que nos mandéis proveer de caballos gallardos y fuertes, porque nos sirvan para el ir y para volver», casi prometiendo de renovar la guerra. Gonzalo Hernández, entendiendo bien el fin por que lo decía, respondió: «Torná mucho en buen hora cuando os placiere, que las mismas cosas que ahora os doy de mi voluntad, que son vestidos, caballos y salvoconductos, fácilmente á la vuelta lo alcanzaréis de mi clemencia y liberalidad», dándoles á entender que si volviesen, correrían la misma fortuna. Pues de esta manera todos juntos se partieron de Gaeta para Francia, llevando unos el camino de tierra y otros por mar en las galeras, y así quedó la ciudad de Gaeta en poder del Gran Capitán y en devoción del Rey Católico, y los soldados ende hubieron gran saco

de los bienes que los franceses tenían recogidos en aquella ciudad. Al tiempo que la ciudad de Gaeta fué tomada y entrada, según dicho es, habiendo venido un caballero catalán, llamado Cerbellón, al combate algo más tarde de lo que fuera necesario si se hubiera de dar el combate, armado con muchos penachos y muy galán en una barca, dando gran prisa á los remadores que se allegasen á los compañeros vencedores, mientras muchos estaban á la orilla del agua para ver lo que era, llegó don Diego de Mendoza preguntando quién era aquel que venía tan bien armado, aunque tarde. Gonzalo Hernández le respondió: «Como sois corto de vista, no conocéis que es San Telmo», y es porque llaman los marineros la estrella de San Telmo aquella que se muestra encima de la entena después de una oscura y grande tormenta prometiendo bonanza. Entendieron, pues, los que estaban presentes la delicadeza del decir del Gran Capitán, porque reprendía al Cerbellón por no haber llegado al tiempo del haber de combatir, sino en tiempo de paz. Los que presentes estaban rieron tanto que en desembarcando el Cerbellón le saludaron por San Telmo, el cual sobrenombre le quedó entre los soldados para siempre. Pues, volviendo al caso, muy gran daño recibieron los franceses en el camino sus personas, porque según iban perdidos y destrozados, unos de hambre y otros de frío, por ser en lo más fuerte del invierno, y otros á manos de villanos, y muchos fueron muertos por los caminos; y los que quedaron, algunos se fueron á Roma y otros quedaron en las tierras de Jordano Ursino, el cual los reparó lo mejor que pudo y los hizo muy gran honra y merced. Gran compasión fué de ver á los franceses entrar por Roma, no con aquella soberbia que trajeron cuando el Rey Carlo octavo entró en ella dos veces, según dicho es, mas muy al contrario trocada la soberbia en muy gran humildad; venían todos rotos, llenos de lodo, flacos y del todo perdidos, que aunque á la verdad, á la mayor parte de Italia fuese la nueva del vencimiento de los españoles alegre y regocijada, por todas partes, viendo aquella miserable gente que en la entrada del reino con tanto orgullo y presunción habían pasado, ahora tornar con las cabezas bajas, los más de ellos á pie y puestos en lo último de su perdición, no había nadie que de ellos no hubiese compasión. Pero vien-

do que recibían el castigo merecido queriendo ir contra los juicios divinos en justa sentencia y querer quitar las dos partes de aquel reino que por división y partición de los Reyes de España y Francia, según dicho es, le tocaban, fué la voluntad de Dios que así como todo lo quisieron, por ser contra justicia y razón, así lo perdiesen, y así la gente que venir los vía tan mal parados, sin compasión mostraban placer y alegría escarneciéndolos todos á una voz. De esta manera, que contado ha la historia, el Gran Capitán acabó de ganar el reino de Nápoles, no quedando los rebelados en él sino en algunos lugares particulares, los cuales después de esto acabó de ganar, según que la historia lo dirá en su lugar. Acaeció esto, que dicho es, en el mes de Enero de mil y quinientos y cuatro años.

CAPÍTULO CXII

De cómo el Gran Capitán envió á muchos de sus capitanes y gente contra algunos lugares que aun todavía estaban por Francia, y de cómo se partió de Gaeta para la ciudad de Nápoles.

Después que el Gran Capitán hubo tomado la ciudad de Gaeta tanto á su honra y con tanto daño de los franceses, que siendo partidos de allí el Marqués de Saluces y monsiur de Alegre con todos los demás capitanes y gente francesa, según que en el capítulo antes dicho es, se estuvo descansando en aquella ciudad quince días con muy gran placer que de la alcanzada victoria era razón tener, haciéndose mediante estos días muy grandes fiestas y regocijos en la ciudad, no solamente por los mismos soldados, que en muy grandes placeres y descanso de sus personas aquellos quince días estuvieron, pero los mismos ciudadanos, que ya veían el estado del reino de Nápoles juntamente con el de aquella ciudad á causa del Gran Capitán en toda paz y sosiego puesto. Y por esta razón así los unos como los otros, con nuevas invenciones y con nuevos trajes, regocijaban cada cual según su condición aquel tan deseado y alegre triunfo. En este medio el Gran Capitán, que nunca gozaba de alegría y placer, si no los gozaba y mezclaba con nuevos cuidados, para dar de sí y sus hechos cumplida y entera cuenta, sabiendo cómo aun había en el reino de Nápo-

les algunas villas y lugares que no estaban firmes por el Rey Católico, y otros que de todo punto estaban por el Rey de Francia, adonde estaba un capitán francés, el cual la historia en lo de arriba ha hecho mención, que llamaban Luis de Aste. Este capitán estaba en Venosa, una villa que es en la Puglia, y tenía trescientos hombres de armas y doscientos caballos ligeros y muchos infantes, y desde allí hacía muy gran daño en los lugares comarcanos, procurando de traer aquella provincia á la parte de Francia. Y por esta razón, así en lo uno como en lo otro el Gran Capitán quiso hacer y proveer, quitando de aquellos lugares aquel impedimento, y asimismo dejando limpio aquel reino de aquella carcoma de franceses, y luego dió esta orden en aquel caso repartiendo su gente y capitanes en esta forma: contra Luis de Aste envió al capitán Bartolomé de Alviano con los dos mil alemanes y con doscientos hombres de armas y con ciento y cincuenta caballos ligeros; contra el Conde de Capachón envió al capitán Pedro Navarro con mil y quinientos infantes; contra el Conde Conversano envió al capitán Pedro de Paz con mil infantes y con doscientos caballos ligeros y con sesenta hombres de armas; contra Gonfredo Borja, Conde de Oliveto, envió al capitán Fabricio Colona y Alonso de la Rosa con la gente que hubieron menester. Repartida, pues, la gente en esta manera, el Gran Capitán salió de Gaeta con toda aquella gente que le quedó, dejando la ciudad á buen recaudo y en el castillo artillería, gente y provisión la que pareció que convenía, y fuese la vía de la ciudad de Nápoles, adonde se le hizo muy solemne recibimiento, el cual si particularmente se hubiese de escribir sería comenzar obra de nuevo; bastará saber que entró en Nápoles de esta manera. Todo el despojo de los franceses, como fueron armas de todo género y toda el artillería y banderas y otras cosas manuales que se hubieron, venían en carros delante, cosa digna de maravillarse la cantidad de todos. Luego venían en sus escuadrones los infantes, tras ellos los caballos ligeros y en medio venía el Gran Capitán cercado de los capitanes y de los más principales de Nápoles que le salieron á recibir. Más atrás venía la gente de armas, todas en muy buena ordenanza. Saliéronle á recibir con muy grandes invenciones de juegos y fiestas y grande compañía de damas y señores, las

principales de Nápoles, las cuales traían entre sí un carro triunfal más rico y bien labrado que aquel en que Julio César entró en Roma, cuando puso á Francia debajo del imperio de los romanos, según que Tranquillo en la vida de los emperadores lo escribe. Pero el Gran Capitán, con aquella humanidad de que naturaleza le dotó, desechando de sí toda soberbia, dando la honra á Dios, mediante quien había alcanzado tan grandes victorias de los franceses, no quiso entrar en el carro triunfal que aparejado le tenían, sino que quiso entrar así como venció, encima de su caballo y armado de sus armas. Y metido en Nápoles, fué á posar en los Palacios del Rey, adonde estuvo muchos días en gran descanso y haciendo los de la ciudad muy grandes fiestas, juegos y máscaras, que en aquel tiempo se celebraban los carnavales que llaman en Italia, y acá llamamos las carnestolendas, y tómake un mes antes, en el cual tiempo se regocijan mucho las ciudades, villas y lugares de toda Italia, según que tienen de costumbre y los que en aquellas partes han estado sabrán mejor el estilo de estas fiestas, adonde dejaremos al Gran Capitán, y contará la historia todos los capitanes que despachó para las villas y lugares rebeldes del reino de Francia.

CAPÍTULO CXIII

De cómo el capitán Diego García de Paredes, por mandado del Gran Capitán, fué sobre Sora, y el capitán Fabricio Colona sobre Oliveto, y de lo que hicieron.

Contado ha la historia cómo el Gran Capitán Gonzalo Hernández, después que recibió la ciudad de Gaeta y hubo de ella echado á los franceses y dado á su cuerpo algunos días de descanso, que envió á los más capitanes del ejército con gente en conquista de muchas villas y lugares del reino de Nápoles que se tenían por Francia, y que entre estos capitanes envió á Diego García de Paredes con dos mil infantes y con doscientos caballos ligeros contra una villa que dicen Sora, cabeza del ducado, que así se nombra al ducado de Sora. Pues dice ahora la historia que Diego García de Paredes con esta orden del Gran Capitán se partió de Gaeta á diez días andados del mes de Febrero del año de mil y quinientos y cuatro, y andando por sus jornadas allegó á

una villa del ducado de Sora que se dice Arpino, la cual villa tomó por fuerza de armas; y dejando allí aposentada una parte de su gente con el capitán Pizarro y otros capitanes, él pasó adelante á otro lugar que dicen Casa Oliver, adonde estaba un capitán italiano que tenía aquel lugar por fuerza, al cual llamaban micer Bautista de Sora, con cincuenta caballos de guarnición. Y como Diego García de Paredes allegó sobre aquel lugar, aderezó luego de le combatir, cercándole primero muy estrechamente; al fin la hubo de tomar como había hecho á Arpino, y dejando allí aposentados tres compañías de gente, luego envió desde allí dos capitanes con sus compañías sobre otra villa que llaman Esclaví, la cual luego se rindió sin hacer muestra de defensión. Luego envió su comisario á una buena villa que dicen Santo Padre, con comisión que en aquella villa permitiesen aposentar toda la gente que había quedado de aposento de Arpino y de Casa Oliver y los de Santo Padre. Pero como fuese una gente indómita y belicosa, y asimismo la villa fuese así fuerte, pensando que se defenderían de los españoles, no quisieron recibir ninguno dentro de la villa, antes poniéndose en armas mostraron que no era su voluntad que entrasen á se aposentar. Habíanse recogido en esta villa de Santo Padre mucha gente de las otras villas y lugares de la comarca, por razón que era aquella villa mucho más fuerte que no lo era ninguna otra de las de aquel término, adonde se pensaron fortalecer y oponerse contra los españoles, si quisiesen venir á les tomar la villa como hacían en todas las otras villas y lugares. Y asimismo con el favor de esta gente los de Santo Padre estaban más duros y fuertes para no querer venir en ningún partido con los españoles, y por esta razón; y por se mostrar ellos aficionados á franceses y defensores de su opinión, determinaron de no les recibir dentro. Diego García de Paredes, enojado con los de Santo Padre por ver el orgullo y osadía con que se oponían á los españoles teniéndolos en poco, hizo venir allí toda la gente que había dejado aposentada en Arpino y en Casa Oliver y en otros lugares de la comarca, y siendo juntos en Santo Padre, puso su cerco sobre aquella villa y tóvola bien estrechamente cercada una noche y un día, y después metida toda la gente en armas, otro día dieron el combate á la villa. Hicieron tanto los españoles con el eno-

jo que contra los de la villa tenían, que de aquel combate la tomaron por fuerza de armas, adonde mataron y prendieron muchos hombres, así de los de Santo Padre como de los que allí se habían venido á defendella de la comarca de Sora y de Archea, entre los cuales prendieron á un pariente del Duque de Sora. Y entre el despojo que le fué hecho, le tomaron una sortija, la cual queriéndola rescatar de un peón que se la quitó, diciéndole que cuánto quería por ella y que se lo pagaría, el peón como en burla le pidió por la sortija mil ducados, el cual fué contento dárselos, y para estar cierto de la paga le daba en rehenes un su criado muy acepto. Lo cual referido al Gran Capitán, porque ya habían llevado los presos á Nápoles donde él á la sazón estaba, y vista por él la sortija, preguntó á aquel caballero que cuál era la causa que daba tanta cantidad por aquella sortija, no teniendo piedra que lo valiese, respondióle aquel caballero: «Ningún precio iguala á su valor porque es empresa de la más linda y preciada dama que hay en París, en la cual están sus armas». Oído esto por el Gran Capitán y vista la afición con que aquel caballero lo decía, mandó que de su cámara fuesen al soldado dados los mil ducados, y la sortija con otras muy ricas joyas dió á este caballero y lo libertó sin pagar ningún rescate. Pues, volviendo al propósito, todas las otras villas del ducado, como supieron lo que los españoles habían hecho en Santo Padre, no osaron insistir más ni se poner contra ellos, temiendo que lo mismo acaecería por ellos que de los que de las villas y lugares tomados por fuerza suelen acaecer; y por esta razón luego alzaron en aquellos lugares y villas del ducado de Sora las banderas de Aragón por el Rey de España, siguiendo de ahí adelante su opinión y parte. Y lo que después de esto sucedió, contarle ha la crónica en su lugar, y dejará ahora á Diego García de Paredes en el Ducado de Sora, y dirá lo que Fabricio Colona y Alonso de la Rosa hicieron en el condado de Oliveto, porque aquellos capitanes no hicieron cosa que de contar sea más de acabar la presa que les fué cometida, tomando á Oliveto y á su castillo, metiendo á saco la villa y dejando todo el condado pacífico por España, no dice de ellos más y pasa su estilo á lo que el capitán Pedro Navarro hizo yendo contra el Conde de Capachón.

CAPÍTULO CXIV

De lo que hizo el capitán Pedro Navarro acerca de la empresa que el Gran Capitán le cometió, que era ir contra el condado de Capachón.

Entre los capitanes que, según dicho es, el Gran Capitán escogió para en conquista de muchas villas y lugares que tenían la parte de Francia contra España, fué uno de ellos el capitán Pedro Navarro con su gente, el cual poniendo en efecto aquel negocio allegó á una villa que se llamaba Altavilla, y detúvose ende tres días, mediante los cuales se aderezó lo mejor que pudo para comenzar á entender en aquello que tenía entre las manos. Y al fin de los tres días con muy buena orden se partió con su gente de Altavilla y vino sobre otra villa ó lugar que se llamaba Roca del Aspero, que se tenía por Francia. Este lugar y su fortaleza son conformes al nombre, porque es fuerte y áspero por manera, que con razón los mismos moradores intentaron de la defender de los españoles, y se sustentaron con todo su poder á la opinión de Francia. Pues allegando Pedro Navarro sobre aquel lugar, luego le cercó con mucha fortaleza y la puso con el cerco en muy gran estrecho. Pero los de la villa, no teniendo en nada el cerco de los españoles, no querían venir en ningún partido; por lo cual enojado el capitán Pedro Navarro, mandó meter la gente en armas y combatióla muy fuertemente, por manera que aunque la villa era asaz fuerte y de los de dentro bien defendida, hubo de venir en poder de los españoles, los cuales bien ejecutaron en ella todo el rigor que la pertinaz rebeldía suya merecía, en especial siendo cometida contra su mismo Rey y señor; porque después que por fuerza de armas la tomaron, mataron ende muchos hombres y saquearon la villa, que no quedó cosa que no viniese á manos y poder de los españoles. Después que la Roca del Aspero vino en devoción, aunque forzosamente, del Rey Católico, el capitán Pedro Navarro movió de allí con su gente la vía de Chelino, adonde estaba el Conde de Capachón retraído con toda su gente. Y como el capitán Pedro Navarro allegó sobre Chelino, luego le cercó por todas partes estrechísimamente, por manera que el Conde no tuvo osadía de oponerse contra las fuerzas y poder de los espa-

ñoles, y también porque vió que no había lugar de donde fuese socorrido, por razón que la gente que en los lugares y villas estaba, que tenían la parte de Francia, harto tenían que hacer cada cual de defender su partido sin salir á socorrer á los aliados de su opinión. Y así por una cosa como por otra el Conde de Capachón, no se hallando seguro en Chelino, determinó de se venir á la merced del Gran Capitán por el Rey de España, y de esta manera el Conde se salió de Chelino sin tentar las armas contra los españoles, y dejando sus estados se fué á Nápoles por alcanzar perdón del Gran Capitán. Pero como no haya lugar perdón ni misericordia en aquellos que muchas veces hayan en un mismo delito incurrido, así el Gran Capitán, sabiendo que este Conde de Capachón fué siempre en deservicio del Rey Católico, con el cual muchas veces se reconcilió viniendo á la su merced y otras tantas se había levantado contra él, no le quiso perdonar, y por esta razón, dejando perdido su estado, se fué á Francia, y el capitán Pedro Navarro metiéndose en Chelino y en todas las otras villas y lugares del condado se tornó á Nápoles, donde el Gran Capitán estaba.

CAPÍTULO CXV

De lo que hizo el capitán Bartolomé de Alviano, á quien el Gran Capitán había cometido la empresa de Venosa contra Luis de Aste.

Habiendo los sobredichos capitanes Diego García de Paredes y Pedro Navarro dado buena cuenta de aquello que el Gran Capitán les había encomendado, que fué, según dichos es, tornar el ducado de Sora y el estado del Conde de Capachón en servicio del Rey Católico de España, de quien la crónica en los dos capítulos antes de éste ha tratado, quiere ahora contar lo que Bartolomé de Alviano hizo en lo de Venosa, adonde estaba el capitán Luis de Aste haciendo todo mal y daño, en aquellos lugares y villas de aquella comarca. Pues dice ahora que partido que fué Bartolomé de Alviano de donde estaba el Gran Capitán con los dos mil alemanes y trescientos hombres de armas y ciento cincuenta caballos ligeros, que luego se metió en el camino de Venosa, y envió adelante á los dos mil alemanes y él se quedó con los caballos atrás. Ha-

biense de juntar los alemanes con D. Diego de Arellano, que estaba en frontera de Luis de Aste en Melfa. A este D. Diego de Arellano había el Gran Capitán enviado adelante antes que se partiese de Nápoles para Sant Germán, según que la historia lo ha contado, para que echase de Venosa á aquel francés Luis de Aste, y en todo aquel tiempo, por mucho que D. Diego de Arellano trabajó, nunca pudo hacer cosa ninguna. Pues dice ahora la historia que como el capitán Luis de Aste supo la venida del capitán Bartolomé de Alviano contra él, en socorro de D. Diego de Arellano, luego con mucha diligencia se aderezó para los esperar, proveyéndose de todo lo necesario para aquella guerra, como fué recogiendo en Venosa todas las vituallas que pudo haber de las villas y lugares de aquella comarca; y, porque algunos lugares eran sus contrarios, porque tenían la parte de España, salió antes que la gente de Bartolomé de Alviano allegase de Venosa, y fué sobre una villa que llaman Labelo por razón que aquella villa estaba por España, y asimismo porque era fama que había ende gran copia de bastimentos; y así llegando á la villa luego puso su cerco al derredor de ella, poniéndola en todo estrecho, pero los moradores se defendían con todo su poder. Después que la hubo cercado, mandó asestar con el artillería contra los muros de la villa por muchas partes, con la cual se batió muy fuertemente, y derribando con el artillería una parte del muro y de las defensas de lo alto, hizo meter su gente en armas, y allegándola á aquellos lugares que más malparados estaban del artillería, dió el combate á la villa con mucha fortaleza, por manera que aunque los moradores de Labelo pugnaron por se defender con grande ánimo y fortaleza, no pudieron tanto que al fin no viniese la villa en poder de Luis de Aste, la cual saquearon y tomaron ende todas las vituallas de pan y vino y cebada y otras muchas provisiones que hallaron en asaz cantidad, y cargándolo todo en carretas se vinieron todos con ello á Venosa, haciendo esto mismo en otros lugares comarcas. Aquesto hacía Luis de Aste no sin ardid, por razón que su voluntad era, no sólo rehacerse en Venosa de grandes provisiones, pero asimismo que se las quitaba á los enemigos, por manera que sacando las provisiones todas de los lugares y villas comarcas, no tendrían los enemigos con qué sustentar el

cercos, y de esta manera pensaba aventarlos de aquel lugar. En este medio los dos mil alemanes llegaron á Melfa, adonde Diego de Arellano estaba, el cual fué muy alegre con su venida, en especial cuando supo que Bartolomé de Alviano le venía á ayudar, porque bien creyó que de aquella vez no se excusaría Luis de Aste no dejar de todo punto á Venosa. Luego D. Diego de Arellano con aquellos alemanes y con la gente que tenía, salió de Melfa y fué sobre una villa que dicen Repola, que se tenía por Francia, y asentaron su real contra aquella villa, y aderezó luego de la combatir; por manera que de aquel combate la villa de Repola fué tomada y metida á saco, con asaz daño y muertes de los moradores de ella. Luego que fué tomada Repola, D. Diego de Arellano fué sobre otra villa que se dice Atela, adonde el Gran Capitán estuvo el tiempo de la partición del reino, según que dicho es. Allegando D. Diego de Arellano sobre aquella villa, púsole su cerco por todas partes y cada día le daba batalla, pugnando D. Diego de la tomar por fuerza de armas; pero como la villa fuese en sí fuerte y vigorosamente de los de dentro defendida, no la pudo D. Diego de Arellano tomar de aquella vez. Por esta razón se levantó D. Diego de Atela y tornó con su gente á Melfa. Luego llegó Bartolomé de Alviano con la gente de armas y caballos ligeros, adonde halló á los alemanes que ya se habían juntado con D. Diego de Arellano, y siendo juntos ambos á dos capitanes comunicaron entre sí todo lo que sobre la expedición de aquel negocio convenía, y hallaron que para haber de ir sobre Venosa, y asimismo sobre las otras villas que estaban al presente por Francia, que tenían muy grande necesidad del artillería, por razón que todos aquellos lugares eran bien murados; y por esta causa luego enviaron al castellano de Manfredonia, para que vista su necesidad, les enviase el artillería, porque sin ella no podrían hacer cosa alguna en la conquista de aquellas villas y lugares rebelados. El castellano de Manfredonia como supo la necesidad que aquellos capitanes tenían del artillería, luego les envió tres cañones reforzados y una culebrina y cuatro falconetes. Y como esta artillería llegó á Melfa, á la hora Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano con los caballos y infantes salieron de Melfa llevando consigo el artillería, y aderezando su camino contra una villa que

estaba por Francia, que se llama Monarvino, y allegando sobre aquélla, asentaron su real alrededor de ella, adonde en los lugares más convenientes se dió asiento al artillería, y batíanla cada día muy fuertemente. Al fin se dió la batalla, adonde los españoles hicieron tanto de sus personas, que tomaron á fuerza de armas la villa de Monarvino y la metieron á saco, adonde hubieron los españoles muchas cosas ricas. Después de esto Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano se partieron de Monarvino con su gente y vinieron á una villa que dicen Espina Sola, y allí estuvieron sin hacer cosa que de contar sea, hasta que vinieron sobre la villa de Venosa.

CAPÍTULO CXVI

De cómo Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano fueron sobre Venosa y de lo que ende hicieron contra Luis de Aste.

Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano después que hubieron reposado algunos días en Espina Sola, según que dicho es, en los cuales concertaron de venir sobre Venosa, y así un día con toda la gente y artillería que tenían se partieron de Espina Sola y vinieron sobre Venosa á cercar ende á Luis de Aste. Y como llegaron á Venosa, luego asentaron su real junto á un monasterio de frailes que llaman la Trinidad; y después de asentado el real, encararon el artillería contra los muros de la villa por aquellos lugares que más daños les podían hacer. Por manera que todo el tiempo que sobre Venosa estuvieron, no dejó el artillería de tirar con mucha fortaleza, de que se hizo asaz daño en la muralla. En éste medio no dejaban los franceses que dentro de Venosa estaban de tirar asimismo con el artillería á las estancias del campo español, con la cual se hacía no menor daño que ellos recibían; y los franceses asimismo salían muchas veces de Venosa y escaramuzaban con los españoles, adonde se hacían unos á otros todo el daño que podían. Pues estando los españoles en Venosa, según dicho es, el artillería con que de dentro les tiraban les hacía mucho daño; y por esta razón y porque estuviesen en sus estancias más seguros, ordenaron de reparar su campo de muchas trincheas para haber de llegar el artillería á la muralla, lo cual hicieron de tal manera que

allegaron con las trincheas al muro, lo cual pudieron muy bien hacer, porque cubiertos con la una hacían luego la otra trinchea tan cautamente, hasta que las llegaron al muro junto á los fosos de la villa; y siendo tan cerca de la muralla y fosos, luego hicieron otros reparos en el asiento del artillería, y fué de esta manera. Los españoles asentaron el artillería muy á su salvo junto al muro, con que tiraban á las defensas de lo alto con tanta fortaleza y tan á menudo, que los franceses no se osaban asomar á la defensa por recibir muy gran daño del artillería. Estando, pues, en este estado las cosas del reino de Nápoles, no quedando ya que hacer acerca de la recuperación del reino, salvo tomar algunas villas y lugares que aun estaban por Francia, como era Venosa y Conversano y Rosano, con otros lugares de menor calidad, según que en la prosecución de esta crónica se dirá, vino nueva al Gran Capitán cómo entre el Rey Católico D. Fernando de España y el Rey D. Luis de Francia se habían puesto treguas por tres años, siendo el Gran Capitán avisado y sabiendo que aquella era la voluntad de su Rey, aunque no determinada, acordó de suspender aquel hecho de guerra hasta tanto que le viniesen los capítulos de las treguas, según que habían de ser guardados y mantenidos. Y luego el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba envió su mandado á los capitanes que estaban en la villa de Venosa y al capitán Pedro de Paz, que estaba en Conversano, y al capitán Gómez de Solís, que estaba sobre la ciudad de Rosano, para que todos dejasen el cerco que cada cual tenía en las villas y lugares, así de la Pulla como de Calabria, y se estuviesen quedos en sus anteriores aposentamientos, dejando las sobredichas villas y lugares en su primera libertad, hasta tanto que hubiesen otro su mandado de nuevo. El capitán Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano que estaban sobre la villa de Venosa (según dicho es), luego sin más detener se alzaron de sobre Venosa y se retiraron á la villa de Labelo, adonde estuvieron hasta que otra cosa se acordó. El capitán Luis de Aste, que no con poco temor había estado hasta allí, viendo el estrecho y peligro en que el capitán Bartolomé de Alviano y D. Diego de Arellano con su gente española le tenían puesto, como vió alzado el real de sobre Venosa, fortificó la villa y castillo

de Venosa de toda la gente y vituallas y de todas las cosas necesarias á su defensión, y dejando la más gente que para defensión de la villa y castillo fué menester, se salió de Venosa y fuese á Trana, tierra de venecianos donde dende algunos días que allí estuvo se fué á Francia. El capitán Pedro de Paz, que estaba sobre la villa de Conversano, asimismo viendo el mandado del Gran Capitán (dado que tuviese á la sazón la villa de Conversano en punto de la tomar), obedeciendo su mandado, se levantó de sobre Conversano y se retiró á Orvino y otras tierras de aquella comarca; y eso mismo hizo el capitán Gómez de Solís, que se retiró con su gente á Curillano, adonde en estos lugares que dicho ha la crónica estuvieron aposentados hasta tanto que vino al Gran Capitán la claridad de las treguas entre los dos Reyes, como se debía tener y guardar.

CAPÍTULO CXVII

De cómo vino la declaración de las treguas al Gran Capitán, y de cómo los capitanes que hasta entonces habían estado suspensos en la guerra, comenzaron de nuevo á acabar el hecho comenzado, según que en la declaración se contenía.

Estando, pues, todos los campos de España suspensos todo el tiempo que la declaración de las treguas tardó, no haciendo cosa de que daño ni perjuicio á los franceses redundase, mirando mucho que por su parte las treguas no se quebrantasen, vino al Gran Capitán la declaración de todo ello. Y era que bien era verdad que los Reyes de España y Francia estaban atreguados; pero que las treguas no quitaban que todas las villas y lugares ó ciudades, que cualquier Príncipe tuviese por Francia ocupadas, no se pudiesen conquistar, antes expresamente se mandó que las dejasen al Gran Capitán por el Rey Católico don Fernando de España y no intentasen de las defender en manera ninguna. El Gran Capitán, habida esta relación y declaración, luego avisó á todos sus capitanes diciéndoles que sin ningún detenimiento acabasen de todo punto aquellos hechos de aquel reino, los cuales verdaderamente sin esperar declaración ninguna debieran de hacer guerra en aquellas tierras, por razón que en aquel tiempo de las treguas el Barón de Marzano y el Príncipe

de Rosano, sin las guardar según debían, salían de los lugares adonde estaban y hacían daño en los españoles que con el capitán Gómez de Solís y con el capitán Pedro de Paz estaban; pero ellos no querían ir contra las decisiones y treguas de su Rey, porque así les era mandado por el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. El capitán Bartolomé de Alviano, que estaba en Labelo, y el capitán D. Diego de Arellano, luego como supieron el mandado del Gran Capitán, se movieron de Labelo y con toda su gente fueron sobre la villa de Venosa, y de donde según dicho es el capitán Luis de Aste se había salido y ido huyendo á Francia, y por esta razón sin muchas armas ni resistencia los de Venosa se rindieron y recibieron dentro en la villa á los españoles, quedando de allí adelante aquella villa con todos los lugares de aquella comarca en toda paz y amor y reconciliados por el Rey Católico D. Fernando de España. Después de esto, el capitán Bartolomé de Alviano y don Diego de Arellano con los capitanes Ursinos que en aquel hecho les habían ayudado y favorecido con toda su gente, se tornaron á la ciudad de Nápoles á dar cuenta al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba de lo que habían hecho. El capitán Pedro de Paz, que se había retirado, según arriba dicho es, sabiendo la voluntad del Gran Capitán, se movió de aquel lugar y fué sobre una buena villa que dicen Oyra, que estaba por el Rey Luis de Francia; y por razón que no tenía toda la gente que había menester, envió al capitán Bartolomé de Alviano, antes que se partiese de Venosa, para que le enviase mil hombres de guerra, de los cuales tenía muy gran necesidad. El cual luego se los envió porque ya no tenía necesidad de ellos, y luego el capitán Pedro de Paz con aquella gente y con la otra que de antes tenía, tuvo muchos días cercada la villa, mediante los cuales se trabajó mucho por la tomar, pero no lo pudo hacer tan fácilmente por ser la villa muy fuerte en sí y asimismo muy bien defendida de los moradores de ella.

CAPÍTULO CXVIII

De cómo el capitán Pedro de Paz, haciendo muchos ingenios y minas contra la villa de Oyra, la tomó.

En todo el tiempo que los españoles estuvieron sobre la villa de Oyra, no dejaron los

franceses de salir cada día á visitar el campo de los españoles con continuas escaramuzas, rebotándolos de sus estancias, adonde así de la una parte como de la otra había siempre muertos, heridos y presos. Y como el capitán Pedro de Paz tuviese por menoscabo de su honra haber estado tanto tiempo sobre aquella villa sin la poder tomar, recibiendo mayor daño en su gente del que hacían á los de dentro, determinó buscar todas las maneras y artes que pudo para haber de tomar aquella villa. Y para esto hizo hacer una mina bien grande contra de los muros de la villa, en que pasó muy gran trabajo. Los de Oyra, como sintieron hacer la mina al muro, hicieron por de dentro por aquella parte grandes reparos y un foso muy alto y ancho, por manera que aunque la mina derribase el muro, quedase la villa tan fuerte como de antes, y también se hizo el foso para ver si la mina que los españoles hacían, se pudiera descubrir por donde su fortaleza expirase. El capitán Pedro de Paz, después que la mina fué acabada, hízola encharcar de mucha pólvora y cerrarla muy fuertemente, según que hacerse suele en los semejantes ingenios; y hecho esto mandó meter en armas su gente, y como fueron todos aderezados para dar la batalla, á la hora se puso fuego á la mina, la cual reventó con tanta fortaleza, que metió por el suelo una buena parte del muro. Según dijimos, como los de dentro se hubiesen fortificado con el foso y otros reparos del muro, dado caso que viniese á tierra, quedó la villa tan fuerte como de antes. Los españoles como vieron el muro caído, no viendo los reparos que los de dentro habían hecho, por razón del mucho polvo que la caída del muro causó, arremetieron como ciegos á entrar por allí, y los de la villa, que bien en orden estaban en los reparos, los recibieron de tal manera que muchos de los españoles perdieron allí las vidas, con poco daño que en ellos se hizo, á causa de quedar fuertes con los reparos con que se apercebieron. Los españoles, sintiendo el daño, retiráronse afuera, no pudiendo de aquel combate tomar la villa, y así se sosegaron en sus estancias aquella noche. Y luego otro día de mañana el capitán Pedro de Paz mandó aderezar su gente para dar otra vez el combate con voluntad de hacer de aquella batalla venir la villa en merced del Rey Católico ó morir en aquella demanda. Estando los

españoles para dar la batalla, los de Oyra, viendo que los españoles habían de poner todas sus fuerzas para los tomar y que les era dañoso intentar de los resistir con armas, determinaron de darse á partido, y así enviaron personas al capitán Pedro de Paz, que le hiciesen saber su voluntad y compusiesen con él que dejándolos libres en la villa sin recibir daño en sus personas, ellos le entregarían la villa y castillo de Oyra. El capitán Pedro de Paz, habido aquel mandado de los de la villa, luego mandó apartar su gente que ya estaba para dar el combate, y vino en aquello que le demandaban; y de esta manera los de la villa quedaron en merced del Rey Católico juntamente con el castillo, adonde dejó gente de guarnición. De ahí el capitán Pedro de Paz se fué á poner cerco sobre Conversano.

CAPÍTULO CXIX

De cómo el capitán Pedro de Paz, después que hubo tomado á Oyra, fué á poner cerco sobre Conversano, y de lo que sobre ello acaeció.

Habiendo ya tomado el capitán Pedro de Paz la villa y el castillo de Oyra, según dicho es, luego se movió de allí con toda su gente y fué á cercar á Conversano, que asimismo se tenía por Francia, adonde el Conde de Conversano cuando se fué á Francia había dejado un capitán, dicho por nombre micer Aníbal, con trescientos soldados italianos y franceses, sin la gente de la misma villa, que no era poca, toda gente determinada de morir por la opinión de Francia, en la cual el Conde su señor les había dejado cuando dende se partió. Pues allegado que fué Pedro de Paz sobre Conversano, puso su campo junto á un monasterio de frailes que está á media milla de la villa, y sentó el artillería en un lugar contra al muro que más aparejado le pareció ser, con la cual cada día se batía el muro con mucha fortaleza, de que se hacía algún daño. Eso mismo acaeció, que los de Conversano salían y daban rebatos en las estancias del campo español, y asimismo los españoles los recibían, en que mezclados los unos con los otros no poco daño y peligro padecían así de muertos como de heridos. Pues visitándose de esta manera que dicho es, un día salieron de Conversano hasta ciento y cincuenta de caballo y doscientos

infantes, y vinieron á saltar las estancias de los españoles. Y como los españoles los vieron venir, luego con gran diligencia se aderezaron para salir á recibirlos, y revueltos unos con otros, trabóse entre ellos una muy brava y peligrosa escaramuza, adonde fueron muchos muertos y heridos de ambas partes. Pero al fin los españoles cargaron en los de Conversano con tanta fortaleza, que metiéndolos en huída, los fueron siguiendo hasta junto á los fosos de la villa. En este alcance murieron algunos soldados de los de Conversano, y los españoles dejándolos de seguir más, se comenzaron á retraer á su campo; y al tiempo de retraerse los de Conversano cargaron sobre ellos toda su artillería, la que por los muros y torres tenían contra el campo español asestada, en que mataron é hirieron algunos españoles. En este tiempo el artillería española no dejaba de tirar á los que estaban en el muro de Conversano, y en esto acaeció un gran desastre en aquel lugar, de que por poco muriera el capitán Pedro de Paz, y fué así. Que poniendo un artillero fuego á un cañón que estaba cargado contra el muro, reventó y saltó el fuego en veinte barriles de pólvora que estaban en el lugar de la munición, que no quedó pólvora que no fuese consumida. El capitán Pedro de Paz, que á esta sazón se halló cerca de la munición, quemósele malamente el rostro y parte del cuerpo, de que estaba tan malo que todos creyeron que muriera. Quemáronse asimismo algunos hombres, que ende se hallaron, y murieron con aquel rebato y triste infortunio. De este hecho fué luego la nueva al Gran Capitán, con la cual hubo muy gran pesar, en especial sabiendo el peligro del capitán Pedro de Paz, á quien él mucho quería, por ser uno de los fuertes y animosos capitanes que nunca en Italia pasaron, y por esta razón luego envió con sus veces al capitán Alonso de Carvajal, para que con aquella gente que sobre Conversano estaba, acabase aquel hecho que en muy buenos términos lo tenía el capitán Pedro de Paz, antes que le sucediera aquel desastre. Con este mandamiento del Gran Capitán se partió Alonso de Carvajal de Nápoles, y por sus jornadas vino sobre Conversano, adonde halló el campo español próspero, aunque el capitán Pedro de Paz enfermó gravemente, y luego como llegó allí dió orden en el combatir de la villa como

convenía. Y de tal manera les hizo la guerra y tan á menudo les daba la batalla, que los de la ciudad no pudieron más sufrir el trabajo que cada día padecían y habían padecido en aquel cerco, y así determinaron de dar la villa y castillo á los españoles, con partido que en sus personas ni haciendas no recibiesen detrimento ninguno. El capitán Alonso de Carvajal, comunicándolo con el capitán Pedro de Paz, que aunque estaba en la cama, con su consejo se hacía mucho en el campo, acordaron entre sí que así se hiciese. Pero como los españoles hubiesen en aquel cerco pasado mucho trabajo, con pérdida y daño harto suyo y de los amigos y compañeros, viendo como la villa se tomaba á partido, todos se metieron en armas y corrieron contra Conversano con voluntad de morir ó tomar la villa para la saquear. El capitán Alonso de Carvajal, que ya tenía afirmado con los de Conversano su seguro, hubo de esto muy grande enojo y trabajó mucho desviarlos de aquella fuerza. Pero la cosa, que muy inclinada estaba, no pudo resistirla, de manera que los españoles con gran osadía dieron la batalla á la villa, en que hicieron tanto de sus personas, que añadiendo en su virtud mayores fuerzas con la codicia del saco, tomaron la villa, haciendo gran daño en los moradores y gente de guerra que ende estaba, y metidos en Conversano saquearon la villa, que no quedó cosa que no viniese á su poder: lo cual fué hecho contra la voluntad de sus capitanes, porque merecían muy gran pena y castigo, si la multitud no los excusara. Finalmente, la villa y castillo de Conversano vino en poder de los españoles, dejando la villa y todo lo demás muy mal parado.

CAPÍTULO CXX

De cómo el Gran Capitán envió á Diego García de Paredes y al capitán Pizarro para que se juntasen con Gómez de Solís, que estaba en Garellano, y fuesen contra el Príncipe de Rosano y contra el Barón de Marzano, que se habían hecho fuertes en Rosano, y de lo que ende sucedió.

Siendo en la devoción del Rey Católico casi todo el reino de Nápoles, y no quedando cosa que no le reconociese por señor, según es dicho, empero había algunos que antes reconocían al francés que á él, y para esto el Gran

Capitán contra el Príncipe de Rosano (que mantenía juntamente con el Barón de Marzano y otros señores y barones de aquella provincia el nombre de Francia, y haciendo grande junta de gentes salían de Rosano á correr todas las villas y lugares de aquella provincia que se tenían por España hasta llegar á Curillano, donde estaba en frontera con alguna gente el comendador Gómez de Solís) envió á Diego García de Paredes y al capitán Pizarro con dos mil infantes para que se juntasen con el comendador Gómez de Solís, que á la sazón estaba en Curillano y tenía consigo cien caballos ligeros y otros tantos hombres de armas, y que todos juntos fuesen contra Rosano, adonde el Príncipe con todos los principales señores y caballeros de aquella provincia se habían hecho fuertes. Porque era aquella ciudad en sí fuerte, de la cual todo el Principado dependía, y lo mismo habían fortificado otros lugares comarcanos, que son éstos: Santa Severina, Longo, Buco y la Escalada. Finalmente, los sobredichos capitanes españoles partieron de Nápoles mediado el mes de Mayo de aquel año de mil y quinientos y cuatro, y en fin del sobredicho mes llegaron á una villa que dicen Terranova de Tarsia, adonde estuvieron un día y una noche, y mediante este tiempo los capitanes españoles se juntaron y ordenaron entre sí lo que debían hacer cerca de aquel hecho de Rosano, adonde se acordó que, pues el Príncipe de Rosano se había hecho fuerte en aquella ciudad, adonde esperaba ser cercado de ellos, que clara cosa sería que todas las provisiones de pan y vino de aquel año y de todas las otras cosas necesarias para su mantenimiento procurarían meter en Rosano para poderse sustentar en el cerco, y por esta razón á ellos les parecía que sería bien acordado, para que mejor principio llevasen sus hechos, que se fuesen á juntar con el comendador Gómez Solís en Curillano, y que desde allí se partiesen á hacer el gasto y talas en los trigos, cebadas y viñas de aquellas tierras, porque los de Rosano no se aprovechasen aquel año de ello, que según la gente que dentro había (que sería entre soldados italianos y franceses y la gente de guerra de la misma ciudad, sin la otra gente que no era para tomar armas, más de tres mil hombres) grande falta les harían las provisiones en aquella tafa, y este acuerdo que los capitanes hubie-

ron, á todos pareció muy bueno. Luego otro día siguiente á la punta del día Diego García de Paredes y el capitán Pizarro con toda la otra gente se partieron de Terranova de Tarsia, y el capitán Gómez de Solís con la gente de caballo, que ende tenía, salió fuera de aquella villa y juntóse con los otros capitanes españoles que dicho habemos, y así todos juntos, comunicando con el comendador Gómez de Solís lo que habían determinado de hacer, se fueron á aposentar con el ejército á cinco millas de la ciudad de Rosano, en un bosque y matas muy espeso, que es junto á unas lagunas cabe la marina, adonde por aquella parte se podría hacer muy gran mal y tala, por razón que los de Rosano tenían en aquel lugar grande abundancia de sembradas, así de trigos como de cebadas, estando en el ejército los taladores y gente que habían de hacer el gasto, no se apartarían mucho de ellos y podrían hacer aquella tala más á su salvo. Pues como los españoles fueron aposentados en aquel lugar, y hechas sus estancias, según que se suele hacer en semejantes aposentos de campo, luego sin más detener enviaron los sacomanos á correr y cortar los trigos y cebadas que estaban aún verdes en el campo, y toda otra hierba para los caballos y bestias de carruaje del campo; y la guarda de los sacomanos fueron veinte caballos á hacerles la escolta mientras ellos talaban y cortaban las sembradas, así de trigo como de cebadas y otras legumbres que muchas había en aquellas partes, las cuales estaban ya cortadas y taladas de manera que no podían los españoles hacer mayor daño ni tala de lo que ende estaba hecho. Y la razón de ello fué que, como el Príncipe de Rosano hubiese sido avisado de la venida de los españoles contra él, usó de un ardid de guerra con el cual hizo daño á los españoles, y fué que hizo cortar y talar todas las sembradas que más pudo, así de trigo como de cebadas, así verdes como estaban, y habíalo todo hecho meter en la ciudad porque no faltasen para los caballos que estaban dentro en Rosano provisión, y por esta razón no hallaron mucho los españoles que talar por aquella parte, y aquel oficio de talar así era común á los de Rosano como á los españoles, salvo que se aprovechaban mucho los de la ciudad de las talas que se hacían, porque lo metían todo en la ciudad de Rosano.

CAPÍTULO CXXI

De cómo saliendo el mismo día que los sacomanos españoles talaban los trigos, el Barón de Marzano con gente á hacer la escolta á sus taladores, fué roto por Diego García de Paredes y muerta mucha gente de la suya.

Luego que los españoles, según dicho es, allegaron al bosque junto á la marina, enviaron los sacomanos con veinte caballos que hiciesen la escolta, para que segasen para los caballos del ejército todas las cebadas y trigos y otras hierbas que hallasen. Pues dice ahora la crónica que como el Príncipe hubiese mandado segar los panes y meterlos en la ciudad, que cada día salían de Rosano gentes que no entendían en otra cosa sino en segar todos los panes y cebadas y hierbas que en aquel término había; y que este día que los sacomanos españoles salieron, sucedió que asimismo salieron los de la ciudad á segar según lo tenían de costumbre, con los cuales salió el Barón de Marzano con cuatrocientos infantes y cien caballos ligeros y treinta hombres de armas á hacer la escolta, en tanto que los sacomanos segaban y cargaban. Pues acaeció que estando el Barón de Marzano haciendo la escolta, vieron cómo los sacomanos españoles talaban y gastaban aquellos panes y cebadas, y hacían muy gran daño en todo, por lo cual dejando á su infantería en una viña, él con los cien caballos ligeros y los treinta hombres de armas corrió hacia aquel lugar donde los sacomanos españoles andaban segando, y los veinte caballos como vieron venir tanta gente contra ellos volvieron las espaldas y fuéronse retirando hacia donde estaba su campo, y el Barón de Marzano los fué siguiendo á la mayor prisa que pudo hasta tanto que tomó todos los sacomanos, hiriendo primero algunos de ellos, y uno de los sacomanos herido de dos lanzadas se escapó de entre ellos, y al mayor correr que pudo llevar entró por el campo dando muy grandes voces diciendo lo que les había acaecido con los de Rosano, y de cómo llevaban todos los sacomanos presos. En esto Diego García de Paredes, que á la sazón estaba á caballo y se había hallado en la delantera del campo, como supo lo que los de Rosano habían hecho, y cómo llevaban presos á sus sacomanos, recogió hasta sesenta caballos lige-

ros y veinte hombres de armas, y fué en pos del Barón de Marzano, el cual con los sacomanos españoles se tornaba á la ciudad. Y tanto anduvo Diego García de Paredes con los caballos, que alcanzó al Barón y á su gente junto á una ermita derribada que llaman Santo Sodor, que está en las viñas de Rosano. El Barón de Marzano, como vió que no se podía excusar de no venir á las manos con los españoles, que ya lo habían alcanzado, tornó sobre ellos, y en una calle de viñas que endé estaba, se afrontaron los unos con los otros, adonde así revueltos pelearon bien más de una hora, haciéndose mucho daño, así de muertos como de heridos. Pues estando así trabados, Diego García de Paredes, que peleaba en la batalla delantera, viendo que por la disposición del lugar adonde peleaban no se podía aprovechar bien de toda la gente, hizo saltar en las viñas hasta cuarenta caballos de los suyos para que diesen por el costado en los enemigos, porque bien vió que de aquella manera más brevemente los desbaratarían. Pues así fué que los caballos españoles, según el mandado de su capitán, saltaron en las viñas y dieron en los enemigos por el costado tan fuertemente, que el Barón de Marzano por aquella causa no pudo sufrir más á los españoles, y así juntamente con los suyos fué desbaratado y metido en huida llevando el camino á donde había quedado su infantería, pensando que con ella se reharía y tornaría á los españoles otra vez. Pero no sucedió así, antes los españoles los fueron siguiendo de tal manera que revueltos con los caballos se metieron entre los infantes del Barón de Marzano, los cuales pensaron de hacerse fuertes en aquella viña adonde estaban; pero como los caballos de Rosano fueron desbaratados, mataron é hirieron los españoles muchos de ellos. En esto el Barón de Marzano, viendo la cosa perdida, con solos veinte caballos de los suyos se salvó con harto trabajo en Rosano. Toda la demás gente que quedó fué presa y muerta de los españoles, y fueron los muertos ochenta hombres y presos ciento y cincuenta, y librados asimismo los sacomanos españoles que les había preso el Barón de Marzano. Y después de esto Diego García de Paredes mandó hacer grande tala en las sembradas y cargar grandes cebadas y trigos verdes y otras hierbas, y con todo esto y con la vic-

toria con tanto daño de sus enemigos alcanzada se tornó Diego García de Paredes á su campo.

CAPÍTULO CXXII

De cómo Diego García de Paredes se metió en la ciudad de Rosano para haber de saber si había provisión en la ciudad para aquel año, y del peligro que á esta causa recibió.

Roto el Barón de Marzano en las viñas de Rosano, según que la crónica ha contado, los españoles hicieron muy grandes talas y gastos en las sembradas de aquella comarca, por manera que así con la tala que ellos habían hecho como la tala y gasto que los de la ciudad eso mismo hacían, ya no había por aquella parte cosa ninguna que no estuviese metida toda á destrucción; y por esta razón los capitanes españoles luego dieron orden de se levantar de aquel lugar, y haciéndolo así fuéronse á poner cuatro millas más adelante la marina arriba, con voluntad de talar asimismo por aquella parte todos los trigos y cebadas que eran sembrados en aquel lugar. Adonde estuvieron ocho días haciendo muy gran tala, no solamente en los trigos y cebadas, pero en las viñas, no dejando cosa en el campo que no destruyesen, á lo menos de aquellas que creían que los de la ciudad de Rosano se podían aprovechar; de manera que bien tenían averiguado que por el año venidero los de la ciudad de Rosano no tendrían provisiones, á lo menos de pan y vino, según la tala que se había hecho en todos los términos de la ciudad de Rosano. Pero con esto hallaban muy gran inconveniente si se hubiese de diferir aquel cerco hasta el año venidero, por razón que esperando ellos hasta otro año no se podrían sustentar en ninguna manera, porque aún estaban por pasar cinco meses del verano, que tenían pensamiento de estar sobre aquella ciudad, y en aquel tiempo ellos no tenían demasiadas provisiones; lo cual pensaban sería contrario en los de la ciudad, los cuales estarían bien proveídos para aquel año, aunque á la verdad no lo sabían de cierto. Eso mismo hallaban por grandes inconvenientes si el invierno venidero hubiesen de estar sobre la ciudad de Rosano por la indisposición del lugar de aquella tierra, que de muchas aguas y nieves y de otros trabajos de invierno serían oprimidos y metidos en

muy grande afán y peligro, según que lo había sido el invierno pasado en el Garellano, especialmente que en aquella tierra, por causa de las muchas aguas, corren muchos arroyos y ríos y hácese muy grandes lagunas, y el ejército vendría en muy grande detrimento, que verdaderamente sería muy dificultoso poderse sustentar, principalmente esperando faltarle bastimentos, como lo esperaban, si hasta el invierno estuviesen en cerco. Y lo que mayor pasión les daba, era no saber si en la ciudad de Rosano había provisión para lo que quedada de pasar de aquel año, y eso mismo en el estado que la ciudad de Rosano estaba, lo cual no habían podido saber. Finalmente, los capitanes españoles y toda la otra gente principal del ejército se juntaron y comunicaron entre sí estas cosas, hallando muy cerrada la salida de todo ello, si del estado de la ciudad de Rosano no se sabía, por razón que así como hallasen los enemigos apercebidos, así ellos harían y ordenarían lo que más conviniese hacer sobre aquel cerco. Estando los capitanes en esta duda, teniendo muy gran deseo de saber las provisiones que había y para qué tanto tiempo, el capitán Diego García de Paredes, á quien por su osadía y valeroso ánimo en todo le fué favorable la fortuna, dijo á sus compañeros que él quería meterse en Rosano y sabría muy bien, si con la vida quedase, todo lo que en la ciudad se hacía; pero que tenían necesidad, según lo que en aquel caso tenía pensado hacer, que todos publicasen cómo él había muerto un lugarteniente suyo de capitán, por razón que se le había querido alzar con su compañía y que todo el campo se había levantado contra él para le matar, porque con aquel achaque pudiese estar seguro en Rosano como que se había ido á meter en la ciudad con temor de no ser muerto. Finalmente, con este aviso Diego García de Paredes se armó como hombre de armas y su caballo eso mismo, y cabalgando en él se encomendó á Dios con muy gran devoción y fué cuanto el caballo le pudo llevar á se meter dentro en Rosano. Pues acaso antes que llegase á la ciudad se encontró con una guardia de doscientos hombres, los cuales como le viesan venir, luego conocieron ser de los enemigos, y todos á una arremetieron contra él, y de tal manera le recibieron que le convino haber con ellos una peligrosa escaramuza; el cual, dado caso que

les dijese la razón de su venida, no por eso dejaron de le cargar de muchos y pesados golpes, y sin duda ninguna, si no fuera por la fortaleza de las armas y por su buen corazón, peligrara aquel día. Pero Diego García de Paredes hizo tanto de su persona que hiriendo algunos de los enemigos se libró de sus manos huyendo la vía de la ciudad. Verdaderamente se debe creer, según que él mismo muchas veces dijo, que en cuantos peligros pasó en esta vida ninguno le puso tan cercano á la muerte como aquel en que de su misma voluntad se metió; por razón que habiéndose salvado de la guardia de los trescientos soldados, viniese á meter en otro mayor peligro. Porque como llegó á Rosano, la gente que estaba en guardia de las puertas por donde se entró, turbados en ver aquel español entrar corriendo, pensaron que todo el ejército español venía allí, cerrando todas las puertas y tomando sus armas se pusieron delante de Diego García de Paredes, que ya estaba dentro, el cual no se quiso detener entre ellos, antes, dando de espuelas á su caballo, pasó de recio adelante. Luego fué tocado alarma por la ciudad, y todos corrían contra él, procurando cada uno darle muerte. Y Diego García de Paredes, que no había venido á Rosano por pelear, sino por tomar lengua del estado de bastimentos que en la ciudad había, pasaba por todos sufriendo muy grandes golpes, hasta tanto que vino á los palacios del Príncipe, que sintiendo el alboroto de la ciudad, había salido fuera para ver lo que era, y luego corrió allí toda la ciudad sobre él. Pero el Príncipe le hizo seguro hasta tanto que Diego García de Paredes, descendiendo de su caballo, se puso ante el Príncipe diciéndole la causa de su venida, que era cómo había él muerto un lugarteniente de capitán suyo por razón que se había rebelado y levantado con su compañía, y que por aquella causa se había levantado todo el campo contra él por le matar; y que él, viéndose en peligro de muerte, no había hallado mejor remedio á su salud que era venirse á poner debajo de su amparo, confiando en la grandeza y valor de su persona que le haría seguro de todo mal y daño que venirle podría, por razón que haber venido ante su presencia lo tenía más por ventura que por peligro, lo cual todo le había dado atrevimiento de venir ante él, y que por esto le suplicaba tuviese

se por bien servirse de su persona algunos días hasta tanto que se asegurase la gente de su ejército y él pudiese irse sin recibir algún daño en su persona á España, de donde era natural. El Príncipe, que era buen caballero y muy leal en sus hechos, maravillándose de lo que aquel capitán español había pasado aquel día, preciólo mucho y dióle algún crédito, aunque no quedó satisfecho y hizo recibir información de ello, y hallando ser verdad, según en el campo había quedado ordenado que se dijese, el Príncipe le tuvo en su casa tres días. En los cuales el capitán Diego García de Paredes se informó de todo cuanto pasaba en la ciudad y supo eso mismo cómo tenía provisiones para se sufrir aquel verano estando cercados; el cual, siendo muy alegre de lo sucedido en aquel hecho, pasados los tres días que en Rosano estuvo, habló con el Príncipe diciéndole cómo él tenía voluntad de irse á España y que ya no tenía temor de los españoles que le harían mal alguno, yéndose por camino que hubiese de venir á sus manos, y que si fuese servido él recibirla muy gran merced si le diese un salvoconducto con que él pudiese ir seguro por sus tierras, de que se temía. El Príncipe de Rosano (según dicho es) era buen caballero, dado que holgara que se quedara en su servicio; pero como vió que aquella era su voluntad, no sólo le dió el salvoconducto, pero dióle asimismo un soldado para que se fuese con él hasta le poner en salvo. Diego García de Paredes se salió de Rosano y fuese con el soldado italiano por el mejor camino que le pareció, y cuando sintió que era tiempo túvole en merced su compañía y despidióse de él, diciendo que no le quería poner en más trabajo, que se tornase, que de allí adelante él se iría seguro con sólo el salvoconducto. Y despedido el soldado italiano, se tornó Diego García á su campo, adonde dió cuenta á sus compañeros de lo que había hecho y del estado de la ciudad, según que arriba es dicho. Finalmente, obró tanto aquel hecho que hizo Diego García de Paredes, aunque algunos lo juzgaban por temerario, que fué causa que la ciudad de Rosano vino en más breve tiempo en servicio del Rey Católico, como adelante se dirá. Luego otro día de mañana que Diego García de Paredes llegó al campo, los capitanes aderezaron de se levantar de aquel lugar donde estaban y

se llegaron más cerca de Rosano para poner en mayor estrecho la ciudad.

CAPÍTULO CXXIII

De cómo el ejército español se levantó de aquel lugar de la marina y se vino á poner junto á Rosano, y cómo el coronel Villalba hizo una cabalgada del ganado de la ciudad.

Como Diego García de Paredes allegó al campo de los españoles bien instruido del estado de la ciudad de Rosano, habiendo á los capitanes sus compañeros avisado, luego otro día en la mañana se levantaron de aquel lugar donde hasta entonces habían estado aposentados y vinieron á poner cerco más junto á la ciudad. Los cuales como llegaron á Rosano, para tenerla en mayor estrecho por todas partes, hicieron dos partes de su ejército: en la una quedó el Comendador Gómez de Solís y el capitán Pizarro, y se pusieron junto á una iglesia que llaman San Andrés. En la otra parte quedó Diego García de Paredes y el coronel Villalba junto á otra iglesia que llaman San Francisco, adonde ambos los aposentados en cuatro meses que estuvieron sobre Rosano nunca dejaron de hacer todo el daño que pudieron en la ciudad. Eso mismo los de Rosano, así del muro como saliendo á saltar el campo con rebatos y escaramuzas, no dejando de hacer todo el daño que podían. Pues acaeció que estando en este estado la ciudad, una noche el coronel Villalba se apartó de su campo con cien hombres y metióse en una emboscada por aquella parte por donde los de la ciudad sacaban el ganado á pacer al campo, según que lo tenían de costumbre, y estuvo toda aquella noche emboscado hasta que fué de día; y siendo la punta del día los pastores sacaron el ganado bien descuidados de lo que sucedió, y traían en su guardia cien hombres de guerra, y como el coronel Villalba los vió venir, dejolos pasar adelante esperando que se desviasen más de la ciudad, y cuando le pareció buen tiempo descubrióse de su emboscada y arremetió contra la gente de guerra, por manera que matando é hiriendo muchos de ellos, les tomó mucha parte del ganado, y con ellos, sin perder un hombre solo de los suyos, se tornó á su campo en el aposento de Diego García de Paredes.

CAPÍTULO CXXIII

De cómo los de la ciudad de Rosano salieron dos veces á pelear con los españoles que tenían la parte de San Francisco, en que los de la ciudad recibieron muy gran daño y Diego García de Paredes fué herido de un escopeta, de que por poco muriera.

Aquejados los de la ciudad de Rosano de los soldados españoles que tenían el cuartel de San Francisco, pensaron que si ellos no se trabajaban de echar los españoles de aquella estancia no podrían dejar de recibir de ellos gran daño cada día. Y por esta razón luego otro día siguiente después de lo que pasó el día antes, los de la ciudad de Rosano salieron hasta doscientos hombres de guerra, y con muy grande ímpetu dieron en una de las estancias de aquel aposento de San Francisco, adonde la ciudad mayor daño recibía, y allí estaban cien soldados españoles que por aquella parte guardaban el campo. Los cuales como sintieron venir á los enemigos se mezclaron los unos con los otros y hubieron entre sí una muy reñida y peligrosa batalla, en la cual la gente de la ciudad de Rosano llevaban lo mejor, por razón que como vieron andar aquellos doscientos soldados que primero salieron con los españoles revueltos, toda la demás gente salió con voluntad de echar de todo punto de aquella estancia á los españoles. Y verdaderamente recibieran muy gran daño y perdieran aquella estancia, si no que el capitán Diego García de Paredes, viendo el manifiesto peligro de los suyos y de cómo eran acometidos de toda la mayor parte de la gente que guardaba aquel cuartel, socorrió con doscientos soldados españoles y dió tan de recio y con tan grande fortaleza en los de la ciudad de Rosano, que de su venida muchos fueron muertos y heridos; y tanto hizo de su persona con su gente que á golpe de espada los hizo retraer á la ciudad, y los españoles todavía los iban siguiendo matando é hiriendo en ellos hasta los meter por la puerta de la ciudad. Y como fueron dentro en la ciudad, luego el capitán Diego García de Paredes mandó retraer toda su gente á sus estancias del campo y halló que habían sido muertos aquel día cien hombres de los de la ciudad de Rosano, sin muchos prisioneros y heridos, y de los soldados españo-

les murieron asimismo aquel día veinte, sin algunos heridos. Después de esto, estando los de la ciudad muy lastimados viendo el daño que cada día recibían de los españoles, especialmente el de aquel día en aquella batalla, determinaron en sí de salir todos juntos un día y dar en una de las guardas del campo español, por razón que, como ya arriba dichos es, los aquejaban mucho. Y un día con esta voluntad los de la ciudad de Rosano salieron con tanta determinación, que traían delante de sí ó la muerte ó la vergüenza de sus enemigos, y arremetieron contra la estancia de aquella guardia. Pero los españoles, que no se descuidaban, recibieronlos muy bien, y con mucho ánimo pelearon los unos contra los otros más de hora y media, con tanta fortaleza que como los de la ciudad de Rosano hubiesen salido con determinación de morir ó de desbaratar aquella gente, eso mismo lo hubiesen con hombres que sabían bien defenderse, fué causa de ser mucho más sangrienta la pelea entre los unos y los otros; murieron ende muchos hombres de una y otra parte. Diego García de Paredes, que no era usado á desamparar sus soldados, viendo el peligro y trabajo en que los de la ciudad de Rosano los tenían puestos, á causa de ser mucha más gente en comparación que no ellos, arremetió en su socorro con toda la demás gente de su campo, y con tanto ánimo y fortaleza que después de mucha gente de una y de otra parte muerta, á fuerza de armas los metieron por las puertas de la ciudad. En este rebato fué herido Diego García de Paredes de una escopeta de través, que por poco no fué muerto; pero saliendo de aquella prisa maltrecho de la herida, hubo de estar en la cama muchos días hasta tanto que fué Nuestro Señor Dios servido que cobrase entera sanidad. Murieron en este combate de una y de otra parte más de cien hombres, y verdaderamente murieran muchos más, si no lo estorbara la herida del capitán Diego García de Paredes, que fué causa que la gente del ejército, viendo herido á su capitán, dejaron de seguir más á los de la ciudad de Rosano. Todo aquel tiempo que Diego García de Paredes estuvo malo, los de Rosano no dejaban de salir de la ciudad para hacer rebatos en el cuartel, y los españoles los recibían como mejor podían, siéndoles muy gran falta la enfermedad de su capitán, con cuya forta-

leza las suyas se doblaban; y por esta causa el coronel Villalba trabajaba mucho en que por la enfermedad de Diego García de Paredes no hubiese falta en el recibimiento de los enemigos, y así se sustentaron todos aquellos días hasta tanto que el capitán Diego García de Paredes recibió entera sanidad.

CAPÍTULO CXXV

De un desafío que hicieron tres infantes italianos de la ciudad de Rosano con otros españoles, y de lo que del desafío sucedió.

En todo aquel tiempo que Diego García de Paredes estuvo enfermo, muy negligentes estaban los soldados españoles y muy tibios en todo, porque ciertamente la enfermedad de su buen capitán Diego García de Paredes era muy grande parte de su tristeza, y no por eso dejaban de hacer en su defensión contra los de la ciudad de Rosano todo lo que ellos podían, los cuales muy más á menudo salían y visitaban á los españoles con muy continuos rebatos; en los cuales, por la mala orden con que recibían á los enemigos, se les hacía muy gran daño, y verdaderamente andaban tan descuidados todos los españoles, que si Nuestro Señor Dios por su infinita bondad y clemencia no les enviara sanidad á su capitán, no fuera mucho perderse el ejército. Pues estando la cosa en este estado acaeció que demandaron tres soldados de la ciudad de Rosano campo y desafío á otros tres soldados españoles; y los españoles, como no sean perezosos en semejantes afrentas, en especial adonde alguna honra se puede ganar, salieron al puesto y demanda de los italianos otros tres soldados españoles, y dada entre ellos la orden que debían de tener y señalado el lugar del combate y los jueces y el día que se habían de combatir, los tres soldados italianos salieron de Rosano con muy grande solemnidad acompañados de mucha gente de guerra y con su juez de su parte que tuviesen seguro el campo, y otros tres soldados españoles asimismo salieron con la misma solemnidad y orden, y llegados al lugar de la estacada metieronlos dentro los jueces y pusieronlos asimismo en sus puestos. Y hecha la señal los unos se vinieron contra los otros (traían picas y espadas á guisa de infantes), y mezclados los

unos con los otros hubieron entre sí uno de los más bravos y reñidos combates que nunca hicieron en Italia infantes contra infantes. Finalmente, porque es cosa demasiada querer contar particularmente lo que acaeció cada cosa por sí en los combates, en especial no siendo ni acaeciendo cosas notables ni dignas de cuenta, dice la crónica que los tres soldados españoles, habiendo pasado muy gran trabajo y peligro de sus vidas dentro en la estacada, hicieron tanto de sus personas aquel día que por fuerza hicieron rendir á los tres soldados italianos, quedando por sus prisioneros. Y siendo así declarado y dado por sentencia de los jueces, los soldados españoles salieron con la honra del desafío y campo y fuéronse cada cual adonde salieron. Y es cierto que en esto puede la nación española dar muchos loores y gracias infinitas á Nuestro Redentor Jesucristo, pues en todos los peligros siempre les quiere ayudar á que salgan con su honra de ellos. Aunque muy al contrario de esto sucedió á Sotomayor, español, con el capitán Pedro Bayarte, que era francés; porque el dicho capitán Pedro Bayarte en los días pasados poco después de los once por once, de que arriba se hace mención, desafió á combatir en batalla de toda ultranza al sobredicho Sotomayor, quejándose el capitán francés de haber sido gravemente ultrajado del español, teniéndole preso en más áspera y descortés prisión de lo que debía tenerle. Y el Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, entendida la causa de la querrela, reprendió muy severamente á Sotomayor por lo hecho y le mandó que saliese al campo, porque con el juicio de las armas se purgase la infamia del mal tratamiento ó quedando vencido méritamente fuese castigado con deshonorado fin por haber ensuciado con palabras y obras descorteses la honra de la nación española y á su linaje. Y así salieron los dos al campo, adonde la fortuna sentenció en aquel combate y desafío un triste fin, y fué que el capitán francés en poco espacio de tiempo metió al Sotomayor la punta de la espada por la escotadura de la coraza y le hirió mortalmente en la garganta, de la cual herida murió con harta vergüenza y confusión suya; y porque ya se va cansando mi pluma quiero solamente decir de qué manera la ciudad de Rosano vino en servicio del Rey Católico de España.

CAPÍTULO CXXVI

De cómo el capitán Pizarro y el coronel Villalba se juntaron y fueron á tomar unas grutas que estaban fuera de Rosano, adonde eran veinte hombres de guarda, y lo que ende hicieron.

Estando las cosas de la ciudad de Rosano en este estado, el capitán Pizarro, que estaba en compañía del Comendador Gómez de Solís, y el coronel Villalba y Diego García de Paredes ordenaron ámbos á dos (es á saber), Pizarro y Villalba, de ir á tomar unas grutas que son fuera de la ciudad, adonde los del Príncipe hacían la guardia. Los capitanes españoles, tomando de sus compañías hasta cien hombres, un día en medio del día en la siesta salieron de su campo y fueron á dar sobre aquella guardia de las grutas, adonde estaban veinte hombres de guarda. Y los capitanes españoles con aquellos cien soldados con buena orden y con gran secreto comenzaron de subir á aquel lugar, el cual, por ser áspero de subir, con mucha dificultad se tardaron algún tanto. Y como los españoles llegaron á las grutas, dieron de recio sin ser sentidos en los veinte hombres que las guardaban, adonde mataron algunos de ellos y todos los demás se escaparon con mucho trabajo metiéndose en la ciudad huyendo. Y los españoles habiendo echado las guardas de aquellas grutas se apoderaron ende en ellas y se hicieron ende fuertes, y así las tuvieron todo el tiempo que sobre Rosano estuvieron, adonde en su defensa los españoles con otros que con ellos pusieron en guarda, hicieron cosas maravillosas; porque como estaban en lo alto de la sierra que señoreaban la ciudad, de adonde al Príncipe y á los demás les venía mucho daño y por donde se les podía causar su total perdición, cada día procuraban con escaramuzas y continuos asaltos echar de allí á los españoles. Pero como ellos eran tales que tenían más el perjuicio de las honras que la falta de las vidas, de tal manera se sustentaban, que ningún acometimiento que les hiciesen les ponían temor, antes aquello tenían por gloria, obrando de sus personas de tal manera que su valor era manifiesta muerte y ruína á los enemigos. En esto acaeció que un día el Príncipe de Rosano con los demás caballeros y gente que con él estaban,

deseando la perdición de los españoles que en las grutas estaban, ordenaron un ardid con el cual los rompiesen y echasen de allí con mucho daño suyo, escaramuzándolos de tal manera que aun redundase en daño y temor de los restantes que en el real estaban. Y para esto trataron que el Barón de Marzano con hasta doscientos soldados los más escogidos, á la primera vela de la noche, cuando la gente estuviese más descuidada, saliesen de la ciudad y por unos lugares que hay muy asperísimos en la subida de las grutas, donde los españoles estaban, por ser lugar muy alto para ponerse gente, se emboscase, y al alba del día saliese repartiendo su gente en tres partes, y que cada un soldado llevase en la mano una alcancía llena de pólvora con una mecha encendida cuanto un dedo de largo atravesada en la misma alcancía, y como llegasen á la guarda de los españoles, los acometiesen muy animosamente con las armas en la mano, guardando las alcancías para mejor oportunidad; y rotos aquellos, como sería poca gente, los que guardaban las grutas vendrían á socorrerles, cargasen sobre ellos por tres partes y juntando con ellos echándoles las alcancías, las cuales quebrándose como las mechas iban encendidas, prenderían el fuego en la pólvora y chamuscarían, no sólo á los que anduviesen con ellas, pero aun á los que anduviesen cerca, y con el temor de esto y la turbación, de presto serían desbaratados y echados de aquel lugar, el cual á los de la ciudad de Rosano era muy importante, como dicho es, y el resto de la ciudad se pusiese en el paso por donde los del campo habían de socorrer á los que estaban en las grutas, el cual era muy angosto y áspero, por donde si subían no podían sino recibir notable daño, por ser unas cuevas de unos riscos, hechas de tal manera que muy poca gente les podía defender el paso á los que por allí subiesen y hacerles mucho daño. Y así pensaron escarmentarlos de manera que otro día más atentadamente se pusiesen á emprender otra semejante cosa, y aun como desconfiados dejarían el sitio de Rosano. Pues ordenado esto por los de Rosano y puesto por obra, salió como dicho es de aquella emboscada al alba del día conforme á lo concertado, y envió la tercera parte de su gente á los españoles que hacían la guardia hacia aquella parte, que sería hasta veinte hom-

bres; y como aquellos del Príncipe eran más de ochenta hombres, aunque los españoles pelearon como leones, á la postre fueron por los de Rosano rotos y se empezaron de retirar. En esto al ruido acudieron los españoles que estaban con el capitán Pizarro en las grutas en socorro de los suyos, quedando en guardia de las grutas el coronel Villalba y con hasta cincuenta soldados; y como Pizarro vió maltratar la guardia de los españoles, socorrióles con tanto ánimo y presteza, que aunque los que venían con el Barón de Marzano se quisieran socorrer de las alcancías, no pudieron sino muy pocos, porque los apretaron de tal manera que se les cayeron entre los pies por ayudarse de las armas, de que redundó que el daño que habían de hacer en los enemigos lo hicieron en sí mismos. En esto llegaron las otras dos partes que traía el Barón de Marzano, y como el coronel Villalba los vió, salió á socorrer á los suyos con el resto de la gente, haciendo señal al capitán Pizarro que se recogiese, porque los enemigos no le ganasen las espaldas, y él por le socorrer no desamparase las grutas, y así lo hizo el capitán Pizarro, que vuelta la cara á los enemigos, se juntó con el coronel Villalba. En esto ya llegaban los del Barón de Marzano á ellos, y empezaron de arrojar las alcancías que les habían quedado á los españoles; pero quiso Nuestro Señor Dios que como hacía un viento contrario á los italianos, así como arrojaban las alcancías, con el viento las mechas encendían las alcancías; de suerte que antes que llegasen á los españoles, en el aire eran quemadas, y así los españoles no recibieron daño alguno; y como los españoles fuesen con las armas en las manos, y los italianos (después de echadas las alcancías) echasen mano á las suyas, antes que se pudiesen valer de ellas fueron acometidos de los españoles de tal manera, que sin poder hacer armas fueron de ellos muchos muertos y presos, entre los cuales fué preso el Barón de Marzano, aunque herido muy mal, y así los españoles tuvieron de ellos la victoria. Los capitanes españoles Diego García de Paredes y Gómez de Solís y Pedro de Paz, como entendían en mirar por dónde podrían combatir la ciudad y querían labrar ciertas minas, no supieron ni oyeron lo que pasó, y así se estuvieron quedos en su real, y así no hubo efecto el designio del Príncipe de Rosano por aquel día.

CAPÍTULO CXXVII

De cómo Diego García de Paredes, estando ya bueno de su herida, acordó con los otros capitanes sus compañeros hacer una mina á la ciudad, por lo cual el Príncipe de Rosano les entregó la ciudad.

Pues visto por el Príncipe Rosano el triste y desastrado fin que su designio y del Barón de Marzano había habido, determinó de probar ventura otra vez. Y fué que llamó á un capitán que él tenía por hombre muy escogido en valor, y mandóle que en la mañana siguiente antes que fuese de día, por la puerta que salía al real, con quinientos soldados, todos con sus propias camisas vestidas sobre las armas, diesen en el real de los enemigos más con voces que con armas, á fin que los del real acudiesen á ellos; y como los del real moviesen tras de ellos, se retrajesen con buen concierto hacia la ciudad y se pusiesen debajo los muros, porque los que estarían sobre los muros los defenderían, y él por otra parte saldría con el resto de la gente, y como hallaría el real que era á la parte donde estaba Diego García de Paredes desocupado, haría en ellos mucho daño y los tomaría por las espaldas, donde creía desbaratarlos; porque la otra gente que estaba en la otra parte de la ciudad en guarnición no los tenía en tanto como aquellos que estaban con Diego García de Paredes. Pues dada esta orden, el capitán del Príncipe de Rosano salió tan quietamente, que no fué sentido de las guardas del cuartel del capitán Diego García de Paredes, y así los tomó de sobresalto y hirió en ellos de tal manera, que antes que fuese entendido el hecho mató algunos soldados é hirió muchos y los puso en muy grande alteración. Pero tornados sobre sí se juntaron y reforzaron de tal manera, que los rosanos se entretuvieron, y como algunos de la compañía del capitán Diego García de Paredes le sintiesen y lo avisasen de ello, envióles doscientos infantes de socorro, los cuales llegados los de Rosano con el concierto, se comenzaron á retirar á la ciudad, yendo en seguimiento los españoles. Pues como el Príncipe de Rosano sintiese el ruido, creyó que todo el campo iba en seguimiento de los suyos, salió con toda su gente para tomarlos por las espaldas, pensando que no le había de quedar hom-

bre á vida; pero no le sucedió así, porque como el ruido y las voces de los heridos eran tan grandes, Diego García de Paredes, que ya se podía vestir las armas, se levantó y se armó y mandó poner á toda su gente en armas, hechos escuadrón, para ir á socorrer á los suyos, enviando delante algunos caballos ligeros para tomar lengua de lo que pasaba. Y estando así aguardando la respuesta y aviso, llegó el Príncipe de Rosano con toda su gente, y pensando hallar el campo desembarazado, no en muy buena orden, empezaron de entrar por él, que como aun no era de día no podían ver lo que pasaba. Pero Diego García de Paredes, que fué avisado de la venida del Príncipe de Rosano, volvió con toda su gente hacia aquella parte, y topándose con los rosanos que andaban desmandados, matando y robando cuanto hallaban, pensando que no había nadie en las tiendas, fué su fatiga burlada, porque viniendo los españoles todos en orden y tomando á los italianos desordenados y desmandados, como dicho es, en poco rato hicieron tanto estrago en ellos y mataron y prendieron tantos, que no se vió en una jornada de tan poco espacio tantas muertes y heridas. Y fué la causa que allende de su desconcierto, todos los italianos traían camisas sobre las armas, y así se diferenciaban los unos de los otros. Finalmente, fué tal aquella escaramuza, que convino al Príncipe de Rosano, con la mayor prisa que pudo, volverse á la ciudad con los pocos que seguirle pudieron, siguiéndole siempre los españoles; y si no procurara que cerraran luego las puertas de la ciudad, de aquella hecha la entrarán los españoles; porque al ruido acudieron los españoles que á la otra parte de la ciudad estaban, y todos hechos un cuerpo procuraban entrar dentro. Pero como está dicho, el Príncipe mandó cerrar las puertas, las cuales cerradas, quedaron muchos de los suyos fuera, que no pudieron entrar en la ciudad, los cuales fueron muertos y presos por los españoles. Los quinientos soldados que á la otra parte estaban, no pudiendo sufrir el recio acometimiento de los soldados españoles, tuvieron por mejor meterse en la ciudad que no aguardar allí la muerte, la cual tenían por muy cierta, si allí más se detenían, y así lo hicie-

ron, cerrando muy bien sus puertas. De esta manera pensando hacer mucho daño en los españoles, el Príncipe de Rosano lo recibió él y su gente, de la cual murieron más de doscientos hombres, y fueron presos pasados de seiscientos. De los españoles murieron dos infantes y fueron heridos catorce soldados. Pues entrado que fué el Príncipe de Rosano en la ciudad y vista la perdición de los suyos y cuán solo de gente se hallaba, temió de algún revés, lo cual hasta entonces no había creído, pero todavía determinó llegar al cabo de su determinación creyendo que sería socorrido de franceses. Pero como Diego García de Paredes, con parecer de los otros capitanes, deseaba dar fin á aquella guerra, determinó hacer una mina á la ciudad, por la cual pensó que la tomaría y daría fin á aquel efecto. Y así empezaron con mucha diligencia á hacerla, la cual hecha como convenía y puéstole fuego, derribó un gran pedazo del muro, por donde, como tuviese su gente apercebida, dieron el asalto y entraron en la ciudad. El Príncipe de Rosano, vista su perdición, se retrajo al castillo con los más que pudo haber, pero viendo que plantaban los españoles la artillería para batirla y hallándose sin provisión ni gente que le ayudase, sin esperanza de socorro, determinó de tentar la misericordia del Gran Capitán, y así envió á Diego García de Paredes por seguro porque quería hablarle, y así entre ellos (por medio de algunos hombres principales de la ciudad) se trató de dejaría la ciudad y castillo y las demás fuerzas que tenía pacíficamente, con que él y los suyos se pudiesen ir adonde les pareciese, libres sus personas y bienes de los españoles, lo cual consultado con el Gran Capitán fué contento; y así se fué el Príncipe de Rosano con los suyos á Francia, quedando de todo punto aquello de aquella provincia por España pacíficamente, de que no poco contentamiento recibió el Gran Capitán, y luego despachó al Rey Católico haciéndoselo saber; el cual hizo hacer por ello muchas fiestas en España y muchas y muy devotas procesiones, dando por ello muchos loores y gracias á Nuestro Señor Jesucristo, por cuya voluntad la victoria se alcanzó.